LAMARTINE

HISTORIA DE LA RESTAURACION

TOMO I

DC256
L3
v.1

UNIVERSIDAD AUTONOMA D NVEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

HISTORIA

DE LA RESTAURACION.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD D NVEVO LEON · FACULTAD D MEDICINA ·
BIBLIOTECA
BIBLIOTECA

HISTORIA

DE LA

RESTAURACION,

POR

A. DE LAMARTINE.

TOMO PRIMERO.

MADRID.
ESTABLEC. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO.
CALLE DE STA. TERESA NÚM. 8.

1851.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DC256
L3
v.1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

PREÁMBULO.

I.

La rapidez del tiempo suple á la distancia. Cuando uno se encuentra separado por muchos acontecimientos del punto en que fija su pensamiento, cree que le separan de él un gran número de siglos. Desde mi nacimiento, los años están llenos de vicisitudes, caídas, reinados, imperios y repúblicas. Ya no hay historia contemporánea. El dia de ayer parece haber penetrado en las sombras de lo pasado. Las perspectivas retroceden por la grandeza y la multitud de las cosas que se interponen entre la vista y la memoria.

Apenas paso de la mitad de mi vida y he presenciado sucederse en Francia diez dominaciones ó gobiernos diferentes. Desde la infancia á la madurez he asistido á diez revoluciones: gobierno constitucional de Luis XVI, primera república, Directorio, Consulado, Imperio, primera restauracion de 1814, segundo gobierno de los Cien dias por Napoleon, segunda restauracion de 1815, reinado de Luis Felipe, y segunda república: diez cataratas por las que el espíritu de moderna libertad y el espíritu estacionario ó retrógrado han intentado alternativamente bajar ó subir las pendientes de las revoluciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

He palpitado con esas emociones, mi vida ha sido idéntica á la de las cosas de mi tiempo, me he contristado ó regocijado con esas caidas ó esos acontecimientos, he sufrido con esos trastornos y me he instruido con esos espectáculos. Mi tiempo ha vejetado, ha resonado, se ha hecho hombre, ha envejecido y se ha renovado en mí. He comprendido, ó creido comprender, á donde se dirigia el mundo por la corriente de Dios. Una última vicisitud me ha colocado por un momento á la cabeza de uno de esos movimientos, entre un gobierno que se abismaba y una sociedad que era necesario recoger, salvar y constituir sobre nuevas bases. Nació la segunda república: esta era al menos, durante un largo período, la única base que podia unir y guiar al pueblo. Las monarquías se han hundido sucesivamente sobre él, cualesquiera que fuesen las modificaciones que para sostenerse hubiesen tratado de hacer en sus principios. Las dinastías en guerra civil por el trono, no eran ya mas que ocasiones y causas de civiles guerras entre sus partidarios en la nacion. Los derechos á la corona habian llegado á ser facciones. Solo la nacion era única, sus pretendientes estaban divididos; solo el pais podia reinar.

Para la defensa de los fundamentos de la sociedad, se necesitaba algo mas que esos esfuerzos que exigen la fuerza y la unanimidad de un pueblo. En fin, habia que hacer en sus leyes, en sus ideas, en sus relaciones de clase á clase, en su religion legal, en su enseñanza, en su filosofía y en sus costumbres, trasformaciones enérgicas, que la mano de ninguna monarquia es bastante vigorosa y desinteresada para llevar á cabo. Las revoluciones las hacen las repúblicas: es el gobierno de los pueblos levantado en sus grandes esperiencias sobre sí

mismos. Este siglo tiene que hacer cosas grandes y remover árduas cuestiones de civilizacion y de religion para no permanecer estacionario largo tiempo, ó para no convertirse continuamente en república. Soy, pues, republicano por el conocimiento de las cosas que deben sobrevenir, y por adhesion á la obra de mi tiempo. Sin que se me oculte ninguno de los inconvenientes y peligros de la democracia, creo que es preciso aceptarlos heróicamente. Es el instrumento que hiere y rompe la mano del hombre de estado; pero tambien es el instrumento de las cosas grandes. Es necesario renunciar á ellas, y volver á tenderse en el lecho de los hábitos y de las preocupaciones, ó aventurarse en la república. He aquí mi profesion de fé política.

III.

Desde este punto de vista emprendo á escribir la historia de los dos reinados de la Restauracion. Sin embargo, tranquilícense mis lectores, porque este punto de vista no me hará injusto. Mas bien tendré que evitar un esceso de imparcialidad en cuanto á las cosas de mi primera época. En el historiador hay dos hombres; el de sus impresiones y el de sus juicios. Mis juicios pueden ser severos, pero mis impresiones me conmueven y casi me enternecen por la Restauracion. Aun cuando la condene con frecuencia, no puedo menos de compadecerla. ¿Por qué? murmuran los republicanos austeros: voy á decirlo. Porque fué la época en que el sentimiento y la imaginacion tuvieron mas cabida en la política; porque los escritores han sido despues injustos con esa fase de nuestro tiempo; porque mas bien se ha escrito la sátira que la historia de la Restauracion; porque se anda fácilmente sobre lo que está derribado; porque entre el entu-

siasmo de la gloria servil del Imperio y la utilidad vulgar del reinado de Luis Felipe, se ha pisoteado á dos príncipes, dos reinados y dos generaciones de hombres políticos, dignos de ser tratados con mas consideracion; y en fin, porque mi corazon es del partido de esa generacion olvidada, aunque mi inteligencia sea del partido del porvenir.

IV.

Salia yo de la infancia, nacia para el pensamiento y era de sangre realista: habia sido mecido en la casa paterna con las narraciones domésticas de los dramas de la revolucion, que todavia estaban vertiendo sangre. Una reina jóven y hermosa arrancada de su lecho y perseguida medio desnuda, en su mismo palacio, por el puñal del pueblo en los dias 5 y 6 de octubre: sus guardias cayendo exánimes por salvarla en el umbral de su cámara á impulsos de las picas de los asesinos: una familia real huyendo con sus niños en brazos desde las Tullerías á la Asamblea nacional el 10 de agosto; las torres del Temple llenas de los misterios de su cautiverio; el cadalso de un rey, de su muger y su hermana; su hijo embrutecido por la soledad, y juguete de un feroz artesano; su hija, que habia quedado sola para llorar á toda su raza en las bóvedas de una prision peor que el sepulcro, y sacada luego de su calabozo por la noche, con condicion de un ostracismo eterno; príncipes en otro tiempo célebres por su talento, su gracia, y hasta su lijereza, errantes de córte en córte, de retiro en retiro, sin que se supiese en donde ocultaban su miseria, eran cosas mas que suficientes para remover todas las fibras de un niño. Cuando el corazon es noble, siempre es del partido del infortunio. La imaginacion es el verdadero complot de las restauraciones.

V.

Y luego esa Restauracion coincidia con mi juventud; su aurora se mezclaba con la de mi vida y se confundia con ella. Aquella era la hora del entusiasmo; poética como lo pasado, milagrosa como una resurreccion. Los ancianos se rejuvenecian, las mugeres lloraban, los sacerdotes oraban, las liras cantaban, los niños se maravillaban y esperaban. El Imperio habia oprimido las almas. El resorte de todo un pueblo se ponia en movimiento al oir la palabra libertad, proscrita ya hacia diez años. Los republicanos, vengados por la caida del destructor de la república, abrazaban á los realistas como en una reconciliacion de que debia ser prenda la libertad. Aquella parecia ser la vuelta de la monarquia corregida por el destierro de la libertad, purificada por la espiacion. Era una época de renacimiento pacífico, intelectual y liberal para la Francia. La poesia, las letras y las artes, olvidadas, esclavizadas ó disciplinadas bajo el régimen de la policía del Imperio, parecian brotar del suelo al contacto del paso de los Borbones. Parecia que respiraba ya un aire puro el mundo asfixiado durante diez años por la tiranía; se respiraba por lo pasado, por el presente y por el porvenir. Nunca volverá á ver el siglo una época semejante; no se veia el dia siguiente. A fuerza de esperanzas se olvidaban las desgracias y humillaciones de la patria. Solo los soldados de Napoleon bajaban la cabeza, deponiendo sus armas hechas pedazos, porque sus cortesanos se habian pasado ya al partido vencedor.

VI.

Era natural que semejante espectáculo, y los que si-

guieron al primer dia de aquella Restauracion, la libertad de la prensa, la libertad de la tribuna, las elecciones que difundian el movimiento y la animacion en un pueblo por largo tiempo inmóvil y mudo, los libros detenidos por la censura imperial, que salian á millares como de las catacumbas del pensamiento, los folletos, los diarios multiplicados é independientes, las relaciones del destierro y de la emigracion; los grandes escritores, los publicistas, los filósofos, las Staël, los Bonald, los Chateaubriand y los Maistre; los grandes oradores que se ensayaban en la discusion; los Lainé, los de Serre, los Foy; la vista de aquellos príncipes y princesas ante quienes la Francia componia su semblante para hacerles la patria dulce y hospitalaria; los salones, los teatros, las fiestas, las sociedades de una aristocracia anhelosa por gozar, las mugeres entusiastas, hermosas, literatas, agrupando de nuevo en torno suyo todo lo mas ilustre de la Europa, de la guerra, de la tribuna, de las letras y de las artes: era natural, repito, que las impresiones de tal período de la vida de un pueblo, quedasen profundamente grabadas en la memoria de un jóven, y predispusiesen mas tarde al hombre maduro á no sé qué parcialidad de recuerdos por ese crepúsculo prestigioso de sus opiniones.

VII.

Tal es, lo confieso, mi ternura ó mi debilidad de ánimo para con la Restauracion. Sus faltas y sus desgracias no han alterado en mi aquellas primeras impresiones. Me he abstenido de servir y aun de amar á la monarquía sin pasado, sin prestigio y sin derecho, que en 1830 sucedió á ese gobierno de mis recuerdos. Solo al tio no se le podia perdonar el reemplazar á su sobrino. La naturaleza es por lo menos una legitimidad para

los que no reconocen legitimidad política. La república podia, desde aquella época, apartar ese trono: ningun otro príncipe que el pueblo podia sentarse en él. Entonces la revolucion de julio hubiera sido un progreso, pero no fué mas que un trastorno. No reemplazó al trono, no coronó á la nacion: no hizo mas que aplazar el tiempo. Aunque jamás he hecho vacilar ni insultado al gobierno de Luis Felipe, porque temia lastimar al pais, tenia el instinto de su instabilidad. Sucede con los gobiernos como con los metales: nada falso es fuerte: una verdad es el principio vital de cada cosa. Nada habia de verdadero en aquella dignidad real mas que un trono y un pueblo igualmente engañados. Pronto ó tarde debia anonadarse, como habia nacido, con un soplo. No faltaron á ese reinado ni hombres eminentes, ni ministros, ni oradores, ni habilidad, ni talentos, ni aun virtudes privadas. Lo que le faltó fué lo que hace durar las instituciones, tanto jóvenes como viejas, el respeto. Cuando le preguntaban qué era, no podia atestiguar ni con Dios, ni con el pueblo: no podia contestar mas que una cosa: Soy la negacion del derecho divino, que hace reinar hereditariamente á los príncipes, y soy la negacion del derecho que las naciones tienen de nombrar sus reyes. Entre la herencia que habia desterrado y la eleccion nacional que habia eludido, ¿qué podia hacer? Maniobrar, negociar, dar treguas, atraer y corromper: gobierno de dos caras, que ninguna decia la verdad.

VIII.

Su caida, dejando el palacio vacío, cedió el puesto al derecho absoluto, el derecho nacional, el derecho natural, el derecho que cada hombre, al venir al mundo, tiene de su parte de sufragio, de inteligencia y de vo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luntad en el gobierno, el voto universal. El voto universal es el verdadero nombre de la sociedad moderna en el dia. Este voto universal ha hecho de la Francia una república: no podia hacer otra cosa. En el estado de incredulidad, de anarquía y de lucha en que el principio monárquico personificado en tres dinastías se encontraba consigo mismo, entregar la Francia de 1848 á la monarquía era entregarla á las facciones. El pais debia tomar su dictadura, y la dictadura del pais es la república. La tomó, y la conservará mientras sea digno del nombre de pueblo. Porque un príncipe ó una dinastía que abdican, son reemplazados por otra dinastía ó por otro príncipe. Pero á una nacion que cansada ó incapaz de la libertad abdica, ¿quién la reemplaza? Nada mas que un vacío en la historia, nada mas que la ignominia, la esclavitud ó la tiranía. Mírase el mapa del mundo y se dice: Aquí habia un gran pueblo, pero ya no hay mas que una gran mancha en la dignidad de las naciones.

IX.

Despues de haber pagado nuestro tributo de sinceridad al tiempo, debemos pagar nuestro tributo de reconocimiento á los escritores que han aclarado y nivelado para nosotros este camino de la historia. Debemos mucho, especialmente á dos de ellos: á Mr. Lubis, que ha sabido prescindir de sus prevenciones de corazon por los Borbones, refiriendocon valentía é imparcialidad y con luminosa apreciacion, las faltas y las desgracias de su causa; y Mr. de Vaulabelle, que en nuestro concepto ha sacado sus noticias de manos hostiles; pero que ha dispuesto y escrito con concienzudo talento, y agrupado los acontecimientos con tal arte, que le señala un lugar muy notable entre los historiadores. Nosotros hemos escrito

bajo otro punto de vista, porque estábamos mas distantes que ellos de las impresiones del drama; pero sin ellos no hubiéramos podido escribir. Mr. Lubis ha escrito el sentimiento de la Restauracion; Mr. de Vaulabelle el sentimiento y á veces la oposicion del liberalismo. Procuramos escribir sin espíritu de supersticion y sin espíritu de oposicion: únicamente la verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL

HISTORIA

DE LA RESTAURACION.

LIBRO PRIMERO.

Ojeada retrospectiva sobre el reinado de Napoleon.—Napoleon en 1813.—Su regreso á Paris.—Los ejércitos coaligados sobre el Rhin.—Convocatoria del Consejo de Estado el 11 de noviembre.—El Consejo de Estado decreta una quinta de 300,000 hombres.—Estado de la Francia militar.—Apertura del Cuerpo legislativo.—Discurso del emperador al Cuerpo legislativo.—Proposicion de Francfort.—Señalamiento de un congreso en Manheim.—Eleccion de los comisarios encargados por el Senado y el Cuerpo legislativo del exámen é informe de las negociaciones.—Eleccion hostil y oposicion del Cuerpo legislativo.—Mr. Lainé.—Mr. Raynouard.—Mensage de Mr. de Fontanes.—Cambaceres.—Mensage de Mr. de Lainé.—Indignacion de Napoleon.—Savary.—Supresion del mensage del Cuerpo legislativo.—Su disolucion.—Recibimiento del 1.° de enero de 1814.—Discurso del emperador al Cuerpo legislativo.—Reorganizacion de la guardia nacional de Paris.—Presentacion de María Luisa y de su hijo á los oficiales de la guardia nacional.—Alocucion de Napoleon.—María Luisa.—Partida de Napoleon para el ejército el 23 de enero.—Schwartzenberg y Blucher pasan el Rhin el 31 de diciembre.—Situacion respectiva de los aliados y del emperador.—Cansancio de la Francia.—Llegada de Napoleon á Chalons el 25 de enero.

I.

El reinado de Napoleon iba estrechándose. Puede definírsele en estos términos: el Antiguo Mundo reconstruido por un hombre nuevo. Daba un retoque de gloria á los siglos gastados: su genio era un genio póstumo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fué el primero de los soldados, no de los hombres de Estado: muy perspicaz en lo pasado, era muy ciego en cuanto al porvenir. Si este juicio parece á alguien demasiado duro, con solo una ojeada puede convencerse de su exactitud. Los hombres no se juzgan por su fortuna, sino por sus obras. Tuvo en su mano la fuerza mas grande que la Providencia ha depositado en un mortal para crear una civilizacion ó una nacionalidad: ¿y qué ha dejado?... Nada mas que una patria conquistada y un nombre inmortal: fué el solisma de la contra revolucion.

El mundo pedia un renovador y se habia hecho su conquistador. La Francia aguardaba el genio de las reformas, y la dió el despotismo, la disciplina y el uniforme por toda institucion. A la libertad de conciencia contestó con una coronacion, un pacto simoniaco con Roma, un concordato.

La impiedad se cobijaba bajo las pompas oficiales de su culto. En vez de buscar la religion en la libertad, se engañó en ocho siglos parodiando el papel de Carlo-Magno, sin tener la fé juvenil ni la sinceridad heróica de aquel Constantino de las Galias y de la Germania. A la necesidad de igualdad de derechos, contestó con la creacion de una nobleza militar, y un feudalismo de la espada: á las necesidades de la libertad del pensamiento, con la censura y el monopolio de la prensa: á la necesidad de la discusion con el silencio de las tribunas, á cuyo pie, una muda representacion del pueblo, no conservaba mas derecho que el de escuchar y aplaudir á los órganos del emperador. La inteligencia yacia en la mayor languidez, las letras se envilecian, las artes estaban supeditadas, y las ideas morian con aquel régimen. Solo la victoria podia contener la explosion de la independencia de los pueblos y del espíritu humano. El dia en que cesase de dorar aquel yugo del universo, debia parecer lo que era: la gloria de uno solo, la humillacion de todos, la ignominia en la dignidad de los pueblos, el llamamiento á la insurreccion del continente. Cesó: el espíritu humano, el genio rechazado de la revolucion, la independencia de los pueblos, el remordimiento de las nacionalidades destruidas, y el orgullo de los soberanos humillados siguieron los pasos del vencido conquistador del mundo, de revés en revés hasta el otro lado del Rhin, para arrancarle no solo la España, la Italia, la Holanda, la Bélgica, la Prusia Rheniana, la Alemania, la Suiza, la Saboya, sino hasta la misma Francia, por largo tiempo instrumento, y entonces campo de batalla de la última lucha de su héroe.

II.

Napoleon, en los últimos años de su dominacion, habia cedido á las seducciones de su fortuna; á medida que se ensanchaba su imperio, menguaba su inteligencia y actividad. Separado de los hombres por la córte servil de que se habia rodeado, siempre cubierto, por decirlo así, con el manto de su imperio, parecia que queria olvidar su origen, su fortuna y su genio, con la etiqueta y adulaciones del bajo imperio: el emperador habia disminuido el hombre. Su campaña de España se asemejaba á una campaña de Darío ó de Luis XIV, viéndolo todo de lejos, mandando con un gesto, y haciéndolo todo por medio de sus tenientes. Su campaña de Moscou habia abarcado el mundo sin poderle sujetar. La habia dirigido con molicie, proseguido con obcecacion, concluido con descuido, y espiado con insensibilidad. No habia un solo oficial en su ejército que no hubiera conducido y salvado mejor los restos de aquellos setecientos mil hombres, dignos de otro Jenofonte. Habia vuelto en posta desde el Berozina á las Tullerías sin mirar atrás. Parecia que todo lo cedia á la fortuna el dia en que no le concedia el universo: jugador que habia empeñado el continente, y que ya no disputaba nada despues de perdido el gran golpe. Su diplomacia no habia sido menos ciega y vacilante que su

campaña; al aventurar sus legiones hasta Moscou amenazadas por el invierno, habia contado á un mismo tiempo con la guerra y con la paz: con la guerra, para arrancar la paz al emperador Alejandro; y con la paz, para substraer á su ejército de los azares y riesgos en que su temeridad le habia empeñado. Acostumbrado á los enervados pueblos del Oriente y Mediodía, á quienes fácilmente habia domado, se asombraba de encontrar una nacion decidida á incendiar sus hogares, antes que dejarlos á merced de un dueño. No creia en la resistencia, y apenas creia en el clima. En el Kremlin perdió los dias que el Otoño le dejaba todavía para efectuar su retirada. Sus generales le decian: «Quedaros ahí con la flor de vuestras tropas durante este largo invierno, ó apresurar á replegaros sobre una línea de operaciones en comunicacion con vuestro imperio y vuestros refuerzos. No supo tomar ni el partido de aquel atrevido acantonamiento, ni el de una prudente retirada. Engañado por las ilusiones de paz con que se obstinaba en adormecerse, no partió hasta que fué impelido por las primeras nieves, flanqueado por los rusos, acosado por los cosacos, extenuado por el hambre, separado de sus poco afectos auxiliares, dejando cada noche en el camino los restos de su moribundo ejército. La Alemania, testigo de aquella fuga se habia sustraido de su mano: sus auxiliares no eran mas que unos vencidos, y su derrota les devolvió el patriotismo. Habia estado muy fascinado con su propio prestigio, para creer en la fidelidad de sus aliados despues de los reveses. No habia entrado aun en las Tullerías, cuando los débiles restos de su ejército, cuyo mando confiara á Murat, se habian disipado, y el mismo Murat dejó el mando para ir á Nápoles á meditar su defeccion y salvar su trono.

III.

Su audacia, mas que su genio, pareció reanimarse en

la campaña de Alemania de 1813. Dresde y Leipsick habian sido victorias y reveses dignos de su nombre. Todavía tenia la paz en sus manos, pero una paz humillante no podia satisfacer á un hombre, cuya fama de general invencible, era el título para el respeto de la Europa, y para el trono absoluto de la Francia. Todavía contaba con lo imposible: habia descuidado hacer volver de España ó Italia sus aguerridas legiones, temeroso de que apareciese que queria abandonar uno solo de sus pensamientos de monarquia universal. Replegarse y concentrarse era confesar que estaba vencido y que conocia su debilidad. No la conocia, ni queria hacer semejante confesion á la Francia. La habia hablado sin cesar de milagros, y la prometia otros nuevos; se los prometia él mismo efectivamente. Tanto se habia hecho ensalzar por sus aduladores, que habia concluido por creer en la divinidad de su nombre. De allí el rompimiento de toda clase de negociaciones sérias con el continente, la diseminacion de sus ejércitos desde Madrid á Amsterdam, y la debilidad ó inesperiencia de sus tropas en Francia, en el momento en que los ejércitos confederados pasaron el Rhin.

IV.

Entonces cesó de ser Dios, y volvió á su estado de hombre. La ignominia de haber conducido los ejércitos de la Europa al suelo de la patria, por único resultado de tantas victorias compradas con la sangre francesa; el dolor de reinar sobre aquel imperio de que cada habitante podia pedirle cuenta de su hogar violado; el respeto de su nombre militar; la costumbre inveterada de los prodigios; el sufrido patriotismo de aquel gran pueblo, que al acusar á su soberano se personificaba todavía en su general; la adhesion de sus antiguos lugar-tenientes y de sus nuevas tropas, envanecidas de combatir á las órdenes y á la vista del genio de la guerra; las perdidas

ilusiones que le dejaban ver claramente el peligro y los recursos; el campo de batalla de la Francia tan bien estudiado, y de que cada ciudad, cada aldea, cada surco iba á recordarle que combatia por el hogar nacional; en fin, aquella muger, aquel hijo, aquel trono que podia dejarles ó perder, y la desesperacion de la naturaleza y de la ambicion en su corazon, le devolvieron cuanto habia perdido en el largo vértigo de la prosperidad. Olvidó los diez años de omnipotencia y de orgullo, arrojó su cetro y su manto, y volvió á vestir el uniforme y á empuñar la espada. Se volvió á hacer soldado para reconquistar el imperio, ó para sucumbir con toda su gloria. Aquel fué el dia de su carácter, los demas no habian sido mas que los de su fortuna. El historiador mas prevenido le aclama grande, en aquel esfuerzo supremo para retener la fortuna que se le escapaba. Se rejuveneció diez años: su alma aletargada por el trono, triunfó de la postracion de su cuerpo. No se volvió á ver el Bonaparte de Marengo, pero volvió á verse en él otro Napoleon.

V.

El imperio le habia envejecido antes de tiempo. Satisfecha la ambicion y el orgullo, las delicias de los palacios, la esquisita mesa, el muelle lecho, las esposas jóvenes, las queridas complacientes, las largas vigilias, el insomnio compartido entre el trabajo y las fiestas, la costumbre de montar á caballo que embastece y engruesa el cuerpo, habian entorpecido sus miembros y debilitado sus sentidos. Una obesidad precoz le sobrecargaba de carne: sus mejillas, en otro tiempo surcadas por músculos y por la consuncion del genio, estaban llenas, anchas, y prominentes como las de Othon en las medallas romanas del imperio. Una lijera tinta de bilis mezclada con sangre ponia la piel un poco amarillenta, y desde lejos daba á su semblante como una especie de barniz de oro mate.

Sus labios tenian siempre su arco ático, su gracia y su firmeza, y pasaban fácilmente de la sonrisa á la amenaza. Su barba sólida y huesosa sostenia muy bien la base de las facciones: su nariz no era mas que una línea delgada y trasparente, la palidez de las mejillas daba mayor realce al azul de los ojos. Su mirada era profunda, movible como una llama sin reposo, como una inquietud. Su frente parecia haberse ensanchado por la desnudez de sus negros cabellos, medio caidos por la humedad de un pensamiento contínuo. Hubiérase dicho que su cabeza, naturalmente pequeña, se habia agrandado para dejar correr libremente entre sus sienes, las ruedas y las combinaciones de una alma, de que cada pensamiento era un imperio. La carta del globo parecia haberse incrustado en el mapa-mundi de aquella cabeza. Pero comenzaba á debilitarse: inclinábala contínuamente sobre su pecho, cruzando los brazos como Federico II. Afectaba aquella actitud y aquel gesto. No pudiendo seducir ya á sus cortesanos y soldados con la hermosura de la juventud, se notaba que queria fascinarlos por el carácter inculto, pensativo y desdeñoso aun de sí mismo, de su modelo de los últimos tiempos. Representaba la estátua de la reflexion delante de sus tropas, que le apellidaban el Padre del pensamiento. Algo de brusco y agreste en sus movimientos revelaba al hombre insular y meridional. A cada instante sobresalia su orígen mediterráneo sobre el carácter francés. Su naturaleza, mas grande y mas fuerte que su papel, revosaba en él por todas partes. No se asemejaba á ninguno de aquellos hombres que le rodeaban. Superior ó indiferente, habituado al sol, al mar, á los campos de batalla, estrangero en su palacio y hasta en su imperio; tal era en aquella época el perfil, el busto, la fisonomía esterior de Napoleon.

VI.

Hacia ya dos años, desde su regreso á Paris, en otro

tiempo triunfal que repentinamente se ponia triste y taciturno. Llegaba cuando no le esperaban, como si quisiera sorprender ó anticiparse á una revolucion. De este modo volvió la noche del 9 de noviembre de 1813, vencido pero no desalentado. Sus ejércitos se habian desvanecido, y las tropas coaligadas tocaban ya al Rhin. Parecian detenerse como indecisas y asombradizas de sus victorias sin saber si le pasarian ó no. La Francia no estaba en realidad protegida mas que por la sombra de sus destruidas legiones, por aquel rio, por sus plazas fuertes, y las montañas de los Vosges. Pero la policía del imperio era tan implacable, y el silencio de la opinion, aunque forzado, tan profundo, que la generalidad de la poblacion ignoraba la verdad hasta de los mismos hechos, y nadie se atrevia á revelar la invasion de la Europa en la Francia sino á sus mas íntimos amigos y en voz baja. El espionage y la delacion habian llegado á ser dos instituciones del despotismo. Las fisonomías temian hacerse traicion: anunciar una derrota del emperador, hubiera sido un crímen de lesa magestad contra su fortuna. El terror de 1793 se recordaba con el gobierno de aquel hombre, que habia vivido, engrandecídose y tratado con los hombres de aquel tiempo. Las ejecuciones rápidas, los calabozos, las prisiones de Estado, los consejos de guerra y la sangre, no eran medios de gobierno tan distantes de sus ministros, que no hubiese que temer su repeticion. Pocas semanas despues iba á vérsele en la capital de la Champaña.

VII.

Napoleon dedicó el dia siguiente á su muger, su hijo y sus confidentes. Estaba resuelto á prevenir los murmullos con la audacia y á dominar la oposicion naciente redoblando las exigencias y la tiranía con la opinion. Temeroso de ser acusado, llegaba como acusador. El 11

convocó en las Tullerías su Consejo de Estado, compuesto de hombres hábiles, especiales, muy versados en los negocios, rígidos con los subordinados, y flexibles con su amo. La mayor parte eran hombres de luces y de talento, pero sin carácter avezado á la resistencia: muchos de los hombres de la convencion, algunos del terror, y un corto número de regicidas. Pero aquellos se habian vendido al Imperio, y renegado de la libertad de un modo, que nunca podian retroceder en la revolucion Napoleon los tenia sujetos por la apostasía: los enseñaba al pueblo como emblemas de la democracia, y como prendas de revolucion: pero él los miraba sin temor como instrumentos de dominacion, ni capaces de otro papel que el de popularizar la esclavitud. Aunque estaban bien acostumbrados á sonreirse con su amo, y felicitarse por las circunstancias, los ministros y consejeros de Estado no tuvieron tiempo para componer sus semblantes. Su fisonomía y su silencio descubrian su embarazo. No sabian todavía si Napoleon queria espresiones de sentimiento ó de valor. Comenzaban tambien á acusar por lo bajo á una fortuna, que obstinándose de aquel modo, comprometia la suya propia. Estaban indecisos y taciturnos: Napoleon sabia la disposicion de sus ánimos por su ministro de policía. Resolvió asombrarlos por la rudeza de sus confesiones, y sobrepujar á sus temores con la exageracion de los desastres. La Europa armada, que seguia sus pisadas, no permitia ya disimulo. Aparentó confianza, abandono, y se quejó del destino y de los hombres. Se propuso difundir la consternacion en el alma de sus cortesanos unidos á su suerte, para que aquel temor les inspirase su valor desesperado, y los consejos que de ellos aguardaba.

VIII.

Comenzó por dirigir en términos injuriosos, severas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ó inesperadas quejas á algunos de sus ministros de segundo órden, como un sacrificio espiatorio para la cólera de los acontecimientos, y para que el rayo que caia sobre aquellos, tranquilizase y estrechase la union de los demas. Pidió que se aumentasen los impuestos: un ligero murmullo le irritó: «Los impuestos, contestó con audacia, no tienen límites: pueden seguir las proporciones del peligro de la patria. No hay mas medida que las necesidades del gobierno. Las leyes que digan lo contrario son malas leyes.» Todos callaron y aprobaron.

Propuso una conscripcion ó quinta de trescientos mil hombres, que hubiesen ya cumplido el servicio, y que hiciese cuatro años que habian vuelto á sus hogares. El silencio le reveló el asombro del Consejo al oir aquel nuevo diezmo de la juventud. Solo uno, mas servil que sus colegas, se inclinó diciendo que aquella medida era necesaria para la salvacion del Estado. Napoleon, para quien todo lo que no era entusiasmo parecia resistencia, frunció las cejas y se puso pálido: no queria ser solamente obedecido, queria que le aprobasen. Aparece otro aprobador, y censura intrépidamente al emperador el hablar de *fronteras invadidas*, como si la confesion de un revés fuese un atentado contra la inviolabilidad de su estrella: la evidencia de la invasion le parecia mas intolerable de confesar que de sufrir. La misma Francia conquistada, debia creer aun que su dueño no podria ser vencido.

Napoleon, preparado para aquel obsequio de sus cortesanos, aparentó rechazar con desprecio aquella reticencia. «¿Por qué, dijo, esas contemplaciones con la verdad?... Es necesario decirlo todo. Wellington ha penetrado en el Mediodía: los rusos amenazan al Norte, y los austriacos y alemanes mis provincias del Este.» Luego, con un acento que remedaba al de la *Marsellesa* de 1792, que hubiera querido renovar: «¡Wellington, continuó, está en Francia!... ¡qué ignominia!... ¿y no se

ha levantado en masa para arrojarle de ella?...» Cómo si quedase en Francia algo que pudiera levantarse como no fuese el mismo terreno. «Todos mis aliados me han abandonado, prosiguió con palabras entrecortadas, y con miradas de indignacion al cielo. ¡Los alemanes me han hecho traicion! han tratado de cortarme la retirada.... Pero ¡cuán caro les ha costado!.... No, no haya paz, hasta que quede incendiada su capital.... Un triumvirato se ha formado en el Norte.... el mismo que se ha repartido la Polonia.... Como si él no hubiese asegurado los fragmentos de aquella Polonia, y de la humillada Venecia al Austria. ¡Nada de tregua hasta que ese triumvirato quede deshecho!... Quiero trescientos mil hombres: formaré tres campos de cien mil en Burdeos, Lyon y Metz. ¡De este modo tendré un millon de hombres!... Pero los quiero ya formados y no niños, que me obstruyen los hospitales, y se caen muertos por los caminos.»

«Si, señor, dijo un consejero, es necesario que nos quede la antigua Francia.» Napoleon se indignó al ver que no le comprendian, y la resignacion de su Consejo á limitarse al corazon de su Imperio.—«¿Pues y la Holanda?... añadió, dando con el puño en el brazo de su sillon: ¡si me viese precisado á abandonar la Holanda, preferiria volvérsela al mar!... ¡Consejeros de Estado, es necesario un impulso!... ¡Es preciso que todo el mundo marche!.., Vosotros sois padres de familia, sois los gefes de la nacion; á vosotros os toca ponerla en movimiento.....»

Ningun entusiasmo se manifestó en su actitud. Napoleon los miró é increpó como si hubiese oido la palabra que le atormenta, aunque nadie la habia pronunciado: «Se habla de paz, segun creo; no oigo mas que la palabra de paz, cuando todos deberian gritar, ¡guerra!.....»

Su consejo decretó sin discusion los trescientos mil hombres. Napoleon los despidió con la entusiasta pala-

bra de órden, pero solo le contestó el abatimiento. Con su actividad febril se ocupó en reunir en rededor de los débiles núcleos de los cuerpos que habia dejado en las orillas del Rhin, en Bélgica y en Holanda, los restos de las tropas aguerridas que tenia á mano, los destacamentos de su guardia, y los nuevos soldados que se hallaban en depósito en las guarniciones de lo interior. Pero esceptuando sus antiguas huestes, reducidas á cerca de ochenta mil hombres, todo resistia á su mano por la estenuacion é inercia del Imperio. Daba órdenes á la nada, y dirigia contingentes quiméricos: contaba hombres en sus caminos militares y campamentos, y solo tenia guarismos en sus estados. Consumidas de este modo sus noches, eran infructuosas para el dia. En sus consejos, en su capital y en su palacio, se notaba el mismo movimiento que en la época en que conmovia al mundo desde el fondo de su gabinete, y ya no se movia nadie mas que él. La Francia militar habia muerto en los campos de batalla de la Alemania, de la España, y de la Rusia: ya no tenia mas que su general: continuaba dirigiendo la palabra á legiones que no existian. Su palacio se habia convertido en el palacio de sus sueños: estaba solo en él con la sombra de su antigua omnipotencia, y de su invencible voluntad: marchaba, y nadie le seguia.

IX.

En sus palabras al Senado, estuvo tan imperioso como en los dias de sus victorias. Seguro de antemano del servilismo de aquellos hombres gastados por la revolucion, y envejecidos en la adulacion, les intimó su voluntad: apresuráronse á convertirla en senado-consultos. Llamó al Cuerpo legislativo á Paris para el 19 de diciembre, pero temia que aquellos mudos representantes de

los departamentos, que participaban mas de cerca del descontento general, no elevasen por el órgano de su presidente, una voz importuna. Previó que podian elegir para presidente á un hombre independiente, y los quitó el derecho de nombrarle. Mr. Molé era ministro de la Justicia: jóven, con un nombre ilustre, de un talento precoz, de una opinion adaptada al tiempo, con un celo por la monarquía llevado hasta la paradoja del despotismo, atreviéndose á mucho para complacer, y á todo para servir, se encargó de justificar á los ojos de la opinion aquel capricho de su amo. Habló de las miradas del emperador, que podian sorprenderse con el rostro de un presidente desconocido. Alegó lo arriesgado que era para un hombre nuevo ignorar ó *infringir* la etiqueta de palacio. El Imperio, en su decadencia, se adheria como el imperio bizantino, á las últimas puerilidades del trono. No se sabia quien se envilecia mas con semejante audacia, si el despotismo ó la nacion. Jugábase con las instituciones de diez años, á los escesos del orgullo de las monarquías envejecidas, que habian vuelto al estado de la infancia. La dignidad humana se reia de su propia degradacion.

Abrióse por fin el Cuerpo legislativo.

X.

La nacion esperaba muy poco de aquella sombra de representacion; la constitucion la condenaba al silencio. Votar sin discusion los proyectos de ley presentados por el gobierno y sancionar decretos, eran todas las atribuciones de aquella asamblea. El mismo Napoleon habia tenido cuidado de llamarla *Consejo legislativo*, y no una representacion soberana. Seria una pretension criminal, dijo, al creer representar la nacion ante el emperador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Sin embargo, la nacion aguardaba mas del Cuerpo legislativo que del Senado.

Si en medio de tanta opresion podia exhalarse algun murmullo, era precisamente de allí. Aquellos hombres llevaban por lo menos á Paris la impresion de los padecimientos y humillaciones del pais. Napoleon espiaba y velaba aquellos murmullos: hasta entonces habia sido encubierto por felicitaciones perpétuas. Aquella vez pedia mas, exigia una obediencia y abnegacion supremas. Arrancándolas, podia arrancar un grito de dolor: todo lo tenia combinado con sus complacientes para sofocarle.

Para presidir el Cuerpo legislativo designó un jurisconsulto eminente, Regnier, duque de Massa, hechura suya por los favores y dignidades. En la sesion de apertura se presentó con una pompa enteramente militar. Leyó un discurso, cuyas palabras de un doble sentido, estaban calculadas de modo, que para el pueblo fuesen prendas de paz, y para los cuerpos constituídos como unas intimaciones de enérgica cooperacion para la guerra. Al final aparentó una abnegacion de ambicion y un espíritu de padre de familia, que hacia esperar por su parte mucha longanimidad en las negociaciones. En su acento se reconocia la sabiduría del hombre maduro, y el cansancio del soldado fatigado; se observaba ademas en aquel documento una melancolía que recordaba la de su juventud, y enternecia á pesar de los resentimientos.

«¡Habia concebido, dijo, y ejecutado grandes proyectos para la prosperidad y la ventura del mundo!....» Aquí se detuvo como para dejar tiempo al pensamiento de recorrer en silencio sus reveses y de medir su caida. Despues continuó con gravedad: «Monarca y padre, comprendo muy bien cuánto contribuye la paz á la estabilidad del trono y á la de las familias. Se han entablado negociaciones con las potencias coaligadas: me he adherido á las bases preliminares que me han presentado. Abrigaba la esperanza de que antes de la apertura de

esta legislatura estaria reunido el congreso de Manheim. Pero nuevas dilaciones que no pueden atribuirse á la Francia, han alargado el momento porque tanto anhelaba el mundo. Mis oradores os darán á conocer mi voluntad acerca de este punto. Se os presentarán los documentos relativos á las negociaciones.»

Salió. Sus palabras fueron recibidas con una incredulidad oculta con las apariencias de una mentida confianza. Se sabia que las negociaciones no eran mas que el velo con que la Europa y él procuraban encubrir los preparativos de una guerra decisiva. Una vez levantada contra él, la Europa no podia volver á permanecer tranquila bajo su mano. Una vez despojado, á los ojos de la Francia, de su prestigio y de sus conquistas, ya no podia gobernarla. Coronado por las victorias, las derrotas le destronaban. Lo sabia muy bien: no presentaba á la Francia la idea de la paz, sino para arrancarla los últimos medios de guerra. No podia reconquistar su trono, sino sobre nuevos campos de batalla. Una vez vencedor, ya no le era posible detenerse. Cualquiera paz era la pérdida de un derecho para un soldado que habia poseido el Continente. No era la paz en lo que soñaba, era en una segunda omnipotencia. Dos ó tres jornadas felices bastaban para devolvérsela. ¿No podia la fortuna rehacer lo que ya habia hecho?

Las negociaciones no eran sérias ni en las Tullerías ni en el cuartel general de los aliados. Por ambas partes se trataba de distraer la atencion: los aliados, de la Europa; Napoleon, de la Francia.

XI.

En el momento en que los ejércitos de las potencias aliadas llegaron á las márgenes del Rhin sin atreverse á

pasarle, el príncipe de Metternich, ministro omnipotente del emperador de Austria, se acordó de que la emperatriz María Luisa era hija de su amo. Atravesado el Rhin, el destronamiento de Napoleon era una de las consecuencias de la victoria. La caida de Napoleon podia arrastrar en pos de sí el trono de María Luisa, lo cual era un mal para la política austriaca, que de aquel modo perderia la alianza íntima de la Francia, los beneficios de una regencia en su casa, y el patronato austriaco de un niño, emperador de los franceses. Ademas seria un bochorno para la familia, y desgarrar el corazon del emperador Francisco. El príncipe de Metternich, mezclado largo tiempo hácia en la córte de Napoleon, alternativamente despreciado ó acariciado por las princesas de la sangre, no participaba contra ella de las preocupaciones de los que debian últimamente á la fortuna la victoria, ni de las antipatías de la vieja Europa. Temia ademas la desesperacion de un hombre de talento, colocado por una negativa de convenio entre el trono y la muerte. Por fin, era diplomático y deseaba atraer hácia sí el destino. Hizo una proposicion á Mr. de Saint-Aignan, uno de los ministros mas acreditados de Napoleon en Alemania: detenido en Weymar, Mr. de Saint-Aignan fué conducido al cuartel general: Mr. de Metternich le llamó á Francfort: allí le dictó una nota en que decia á Napoleon con qué condiciones trataria con él la Europa. Los ministros de las diferentes potencias se adhirieron á las bases de aquella negociacion: Mr. de Metternich era sincero, porque estaba interesado en ella. Los demas aparentaron creer en la posibilidad de semejante paz: eran demasiado ilustrados para esperarla ó para temerla. El alma de Napoleon vencido no podia contenerse en los límites que se le trazaban.

Aquellos límites eran los de la antigua Francia. Napoleon debia renunciar á toda soberanía en Alemania, al otro lado del Rhin, en España, Italia y Holanda. A

este precio se trataria, pero no se suspenderian las operaciones militares mientras estuviesen pendientes las negociaciones.

XII.

A esta nota contestó Napoleon señalando á Manheim como punto en que debia reunirse el congreso. La aceptacion de una retirada general de la Europa, sobre el terreno de la antigua Francia, demasiado estrecho para sostener el Imperio, anunciaba claramente que aquel congreso no era para Napoleon mas que una ilusion que dejar á su pueblo. No hacia seis meses que habia renunciado en Dresde la mitad del Continente. Hizo mas: algunos dias despues se adhirió á las bases propuestas en la nota de las potencias. Las cartas y las respuestas se cruzaron con una lentitud que indicaba por ambas partes el temor de comprometerse mas estrechamente. El congreso de Manheim no llegó á abrirse. Habian pasado los dias y los acontecimientos. A estas cartas en que se fijaba un punto para tratar, era á lo que Napoleon llamaba los documentos de la negociacion: las remitió simultáneamente al Senado y al Cuerpo legislativo. Aquellos dos cuerpos nombraron comisiones para que informasen sobre aquellos documentos y presentasen su dictámen para que los diputados y senadores pudiesen discutir acerca de la situacion. Los ministros, los consejeros y los cortesanos se esforzaron en ganar la votacion por medio de hombres seguros, es decir, influyendo en aquellos ánimos enervados y en aquellos caractéres vencidos.

XIII.

El Senado nombró sin deliberar á los miembros, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quienes sus antecedentes diplomáticos y su mérito eminente, parecian designar para aquel estudio de la Europa. Mr. de Talleyrand, hombre de dos caras, de las que ninguna descubria á la otra, y capaz de ocultar á la Europa lo que no se queria revelar con una declaracion ambigua de Napoleon, comenzaba á presentir la caida y buscaba con ávidos ojos un terreno nuevo, sin levantar por eso el pie del antiguo. Mr. de Fontanes, poeta elegante y mediano, orador de aparato, hábil en resistir con antiguas frases la dura voluntad de su amo, Ciceron habitual del nuevo César, pero Ciceron despues de su postracion ante la fortuna. No amaba la voluntad que confundia con la demagogia revolucionaria. Perseguido por ella en 1793, se habia guarecido bajo el sable del emperador: desde aquel asilo todo lo acometia contra la libertad: habia convertido en dignidad la lisonja. La suya era flexible, pero jamás baja. Por lo demas, tenia un juicio recto y una alma literaria, en que el oficio de adulador habia estinguido la independencia, pero no la honradez. El general Beurnonville, antiguo soldado de las guerras de la república, especie de Dumouriez, sin la traicion. Recuerdos de libertad se mezclaban en él á la costumbre de la antigua disciplina y al espíritu militar. Mr. de Saint-Marsan, de la elevada nobleza de Turin, francés por sus servicios, pero italiano por su instinto; uno de aquellos hombres que Napoleon habia nacionalizado por su mérito, comprometido en su destino, y que despues del Imperio ya no encontrarian patria. Y por último, Barbé-Marbois, anciano independiente y atrevido, deportado el 18 fructidor, libertado de la proscripcion por el Consulado, y que honraba al Senado con la probidad de su carácter y lo ilustre de sus desgracias. De semejantes hombres podia esperarse cierta mezcla de libertad de opinion y de deferencia, con grande decoro en el lenguage. El Senado no podia ya adular, y sin embargo, todavía no se atrevia á hacer advertencias.

XIV.

La eleccion del Cuerpo legislativo manifestaba otro espíritu. Oprimida la opinion no se atrevia á descubrirse por medio de las palabras; pero en cambio se espresaba por el escrutinio. En él quedaron eliminados aquella vez todos los nombres serviles. Los aduladores habituales se estremecieron ó indignaron al verse separados: fueron á quejarse á Cambaceres y al duque de Rovigo, que eran los oidos del emperador. Mrs. Lainé, Raynouard, Gallois, Maine de Biran, Flaugergues, salieron electos por una inmensa mayoría. Aquellos nombres que hubieran sido una garantía de sabiduría y de fuerza para un gobierno templado, parecieron una amenaza á la córte del emperador. Eran independientes, luego amagaba una revolucion.

Mr. Lainé era de Burdeos: digno por su elocuencia del foro enaltecido por Vergniaud, tenia la grandeza de alma del orador girondino, sin su indolencia ni debilidad. Nacido en las Landas, hombre rural, viviendo con una mediania estóica en los campos, y lejos de las bajezas, absorto en la contemplacion de las cosas grandes, elevado por el espectáculo de la naturaleza á la adoracion del tipo divino, muy versado en la historia, imbuido de los preceptos estóicos y del desprecio de Tácito hácia los vicios de su tiempo, Mr. Lainé tenia toda su altivez, sin nada de su amargura. Era el orador y el filósofo antiguo trasplantado con la dulzura de alma del cristiano á las cosas modernas. Su valor no participaba nunca de los arrebatos de la cólera, sino de la intrepidez del deber. La naturaleza habia formado á aquel hombre y manteniéndole en reserva para dirigir el primer ataque al despotismo. No pertenecia al partido de los Borbones; era republicano por carácter y por inclinacion. Solo la razon

hizo mas tarde servir á los reyes. Para que condescendiese en acercarse á la córte, era necesario que su conciencia le manifestase á la patria en el trono. Tal era el hombre culminante de la comision. No adulo á su tumba; la venero, porque encierra un gran vestigio de la humanidad.

XV.

Mr. Raynouard, era de Tolosa. Una tragedia memorable, *Los Templarios*, habia hecho ilustre su nombre. Era un poeta austero, estudioso, aunque un poco áspero: sus versos participaban de la rigidez de su carácter, que era ingénuo, sencillo y elevado como su talento: nunca separaba al genio de la virtud. Hombre de un aspecto inculto, poco á propósito para agradar, é incapaz de adular, alimentaba contra el despotismo de Napoleon el odio sordo, pero áspero, enérgico que proviene del respeto á la dignidad de una nacion. El despotismo le parecia menos una opresion, que un insulto á la naturaleza humana. Apreciado de sus colegas, hablaba con una libertad varonil, y escribia con cierta espresion de agreste dureza. Los otros tres eran hombres de oposicion filosófica y tranquila, como convenia á una oposicion sin tribuna, sin oradores y sin periódicos.

XVI.

Mr. de Fontanes, confidente del emperador y relator del Senado, satisfizo al trono y la nacion con una de esas frases en que la opinion encontraba la palabra *paz*, y el emperador la absolucion de la guerra «La paz, decia el Senado, es la primera necesidad de la Francia y de la

BIBLIOTECA FAC. DE MED. U. A. N. L.

humanidad. Si el enemigo persiste en su negativa, combatiremos por la patria entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos.» Cuando semejantes palabras quedan selladas con la defeccion al cabo de dos meses, se conservan en la historia de los pueblos, no como juramentos, sino como perjurios de la elocuencia.

El Cuerpo legislativo fué mas lento. Los murmullos necesitaban estallar, y era muy difícil, mas estallaron por fin, á pesar de las amenazas de Regnier, duque de Massa, y de los halagos de Cambaceres. Cambaceres, uno de los convencionales que enmudecieron durante el terror, dió su voto en el proceso de Luis XVI, con una ambigüedad favorable á su carácter. Despues de la Convencion, se adhirió á Bonaparte con el presentimiento de la debilidad que busca un apoyo. Bonaparte apreciaba su capacidad, y nada temia de su valor. Ninguno como Cambaceres sabia doblegarse á los papeles secundarios: de este modo quitaba todo motivo de envidia al primero. Napoleon le habia elevado tan alto como le fué posible, sin temor de acercársele. La subordinacion de carácter formaba en Cambaceres parte de la adulacion. Habia algo del Alcibiades envejecido, en aquel príncipe de nueva fecha, archicanciller del Imperio, especie de virey civil que el soberano dejaba en París durante sus campañas lejanas, para representarle al frente del consejo de Estado y responderle de la Francia. Cambaceres aparentaba algunas ridiculeces para dar al emperador garantías contra su ambicion. Un hombre espuesto de este modo á la burla de la córte y la risa del pueblo, podia ser útil, pero jamás peligroso. Cambaceres aceptaba y aun parecia que buscaba aquellas ridiculeces. Paseábase todas las tardes con el trage de la antigua córte, acompañado de dos chambelanes grotescos, descubierta la cabeza, peinados y empolvados como los retratos de sus antepasados, que adornaban las galerías del palacio real. Los estrangeros, las prostitutas y los muchachos seguian aquel

grupo con la vista y la rechifla. Buscaba la celebridad de Apicio, y exigia en derredor suyo la etiqueta, las genuflexiones y los títulos de la mas antigua aristocracia. Era el genio anticuado del ceremonial en una monarquía de hombres de fortuna, pero bajo aquellas futilezas de cortesano, Cambaceres encubria una alma honrada, un carácter humano, una ciencia real y un firme espíritu de gobierno. Burlábanse de él, pero le apreciaban: hé ahí al archicanciller.

XVII.

En las discusiones secretas del Cuerpo legislativo, no trató de negar el cansancio de la nacion, pero sí de neutralizar su espresion en el mensage. El fantasma de la revolucion le habia hecho retroceder hasta el envilecimiento y la adoracion del despotismo. Tenia todo lo que se asemejaba á sinceridad, por no dar lugar á una libertad. Conjuró á los diputados que emitiesen sus ideas en voz baja. Convino en la necesidad general de la paz, pero negó á la comision el derecho de elevar su voz, aun para espresar un padecimiento del pueblo.

Mr. Lainé tenia la actitud modesta y reflexiva de su carácter: su semblante era sosegado, y al acercar los brazos á su pecho parecia atestiguar las concienzudas convicciones de su corazon. Su cabeza inclinada no tenia nada del reto del tribuno: su voz tenia la gravedad y el temblor nervioso de sus pensamientos. Se indignó de tantas exigencias á los órganos de un pueblo y «No, reclamó al fin con dolor, no, es preciso realzar al Cuerpo legislativo, por tanto tiempo deprimido, y sacarle de su postracion: es preciso hacer oir el grito del pueblo por la paz, y es necesario que sus lamentos estallen contra la opresion.» A escepcion de una cincuentena de diputados apegados por sus dignidades al despotismo, ó cobardes que temian la cólera del emperador, todos los corazones habian hablado por la voz de Mr. Lainé. Encargáronle de redactar el informe, que fué aprobado. Era con palabras encubiertas un llamamiento á la Constitucion, una tímida insurreccion de las almas contra el esceso de esclavitud, el derecho de queja, el último derecho de los pueblos revindicado, al menos por sus representantes, un recuerdo lejano de la Asamblea del Juego de pelota en Versalles, pero bajo el cetro de un señor rodeado de armas, en un palacio cercado de pretorianos.

XVIII.

Mr. Lainé se atrevió á decir en nombre del Cuerpo legislativo: «En medio de los desastres de la guerra, se esperimenta un sentimiento de esperanza al ver á los reyes y á las naciones pronunciar á porfía el nombre de paz. Las declaraciones de las potencias convienen, en efecto, señores, con el voto universal de la Europa por la paz y con el voto tan generalmente manifestado en derredor de cada uno de nosotros en los departamentos, voto de que el Cuerpo legislativo es el órgano natural.

«¿Quién puede, pues, retardar los beneficios de esta paz? Tenemos como garantía de los designios pacíficos del emperador, á la adversidad, consejo verdadero de los reyes.... Los medios que se nos proponen para rechazar al enemigo y conquistar la paz serán eficaces si los franceses se convencen de que no derramarán ya su sangre mas que para defender la patria y sus leyes protectoras.

«Pero en vano resonarian esas palabras de paz y de patria, sino se garantizasen las instituciones que crean la una y que sostienen la otra....

«Vuestra comision opina que es indispensable que al

mismo tiempo que el gobierno proponga las medidas mas prontas para la seguridad del Estado, se suplique al emperador mantenga la completa y constante ejecucion de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía nos parece la mas eficaz para devolver á los franceses la energía necesaria para su propia defensa.

«Queremos enlazar al trono y á la nacion para reunir sus esfuerzos contra la anarquía, contra la arbitrariedad y contra los enemigos de la patria....

«Si el primer pensamiento del emperador en circunstancias graves ha sido llamar en derredor del trono á los diputados de la nacion, ¿no es nuestro primer deber manifestar al monarca la verdad y el voto del pueblo por la paz?....»

La espresion de los *diputados de la nacion* era una revolucion completa. El 18 brumario volvia á aparecer y se vengaba con una palabra.

XIX.

Era la primera vez que Napoleon encontraba un alma insurreccionada contra su voluntad, desde el dia en que todo lo habia agobiado con el cetro. Hubiera valido mas que aquella queja, proferida en un grito nacional, se hubiese elevado en los momentos en que oprimia al mundo, que cuando declinaba hácia su catástrofe, en que la misma Francia caia con él. Pero Mr. Lainé no era culpable de ninguna de aquellas adulaciones cortesanas. Su alma habia sido una constante censura contra la degradacion civil en su pais: tenia el derecho de decirlo todo y á todas horas: lo decia como hombre libre y no como tribuno. Por otra parte, las naciones, cuando se

sobreponen al poder que decae no son generosas, sino lo han sido con ellas. Se aprovechan de la debilidad de sus tiranos para odiar la tiranía. Esto no es sin duda magnanimidad, pero es el destino.

XX.

Napoleon conoció que no era ya Napoleon si aquella voz independiente del orador del cuerpo legislativo no era al momento disipada por el esplendor de la suya. Lanzó un grito de furor fingido ó real: hizo resonar en su Consejo, en su palacio y en sus conversaciones la gravedad de aquel insulto. Se esforzó en hacer subir la indignacion oficial de sus cortesanos y de la nacion á la altura de su resentimiento. Intimó á sus ministros y á su servidumbre la órden de imitar y propagar el eco de su cólera. Todos levantaron el grito contra la insolencia de Mr. Lainé. Era entonces ministro de la policía Savary, duque de Rovigo, antiguo compañero de armas del emperador. Su mérito consistia en una ciega adhesion personal á los intereses y caprichos de su amo: aquella adhesion sin restricciones la habia esperimentado Napoleon con servicios que pierden á la misma amistad. El nombre del duque de Rovigo figuraba en el proceso nocturno del duque de Enghien. Juzgado como un asesino, el jóven príncipe habia caido en los fosos de Vincennes á impulso de las balas de una comision militar nombrada por Napoleon. Habia sido arrebatado de territorio estrangero por un crímen contra el derecho de gentes. Su prision fué semejante á una traicion, y su muerte á un atentado: su sangre clamaba y clamará de siglo en siglo contra su asesino. Aunque Savary no hiciese mas que obedecer, hay obediencias que justa ó injustamente se llaman complicidades. Esa justicia ó injusticia de la opi-

mismo tiempo que el gobierno proponga las medidas mas prontas para la seguridad del Estado, se suplique al emperador mantenga la completa y constante ejecucion de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía nos parece la mas eficaz para devolver á los franceses la energía necesaria para su propia defensa.

«Queremos enlazar al trono y á la nacion para reunir sus esfuerzos contra la anarquía, contra la arbitrariedad y contra los enemigos de la patria....

«Si el primer pensamiento del emperador en circunstancias graves ha sido llamar en derredor del trono á los diputados de la nacion, ¿no es nuestro primer deber manifestar al monarca la verdad y el voto del pueblo por la paz?....»

La espresion de los *diputados de la nacion* era una revolucion completa. El 18 brumario volvia á aparecer y se vengaba con una palabra.

XIX.

Era la primera vez que Napoleon encontraba un alma insurreccionada contra su voluntad, desde el dia en que todo lo habia agobiado con el cetro. Hubiera valido mas que aquella queja, proferida en un grito nacional, se hubiese elevado en los momentos en que oprimia al mundo, que cuando declinaba hácia su catástrofe, en que la misma Francia caia con él. Pero Mr. Lainé no era culpable de ninguna de aquellas adulaciones cortesanas. Su alma habia sido una constante censura contra la degradacion civil en su pais: tenia el derecho de decirlo todo y á todas horas: lo decia como hombre libre y no como tribuno. Por otra parte, las naciones, cuando se

sobreponen al poder que decae no son generosas, sino lo han sido con ellas. Se aprovechan de la debilidad de sus tiranos para odiar la tiranía. Esto no es sin duda magnanimidad, pero es el destino.

XX.

Napoleon conoció que no era ya Napoleon si aquella voz independiente del orador del cuerpo legislativo no era al momento disipada por el esplendor de la suya. Lanzó un grito de furor fingido ó real: hizo resonar en su Consejo, en su palacio y en sus conversaciones la gravedad de aquel insulto. Se esforzó en hacer subir la indignacion oficial de sus cortesanos y de la nacion á la altura de su resentimiento. Intimó á sus ministros y á su servidumbre la órden de imitar y propagar el eco de su cólera. Todos levantaron el grito contra la insolencia de Mr. Lainé. Era entonces ministro de la policía Savary, duque de Rovigo, antiguo compañero de armas del emperador. Su mérito consistia en una ciega adhesion personal á los intereses y caprichos de su amo: aquella adhesion sin restricciones la habia esperimentado Napoleon con servicios que pierden á la misma amistad. El nombre del duque de Rovigo figuraba en el proceso nocturno del duque de Enghien. Juzgado como un asesino, el jóven príncipe habia caido en los fosos de Vincennes á impulso de las balas de una comision militar nombrada por Napoleon. Habia sido arrebatado de territorio estrangero por un crímen contra el derecho de gentes. Su prision fué semejante á una traicion, y su muerte á un atentado: su sangre clamaba y clamará de siglo en siglo contra su asesino. Aunque Savary no hiciese mas que obedecer, hay obediencias que justa ó injustamente se llaman complicidades. Esa justicia ó injusticia de la opi-

nion, es la responsabilidad de los instrumentos de la tiranía. Sería muy cómodo servirla, si un acto fuese inocente por solo decir que había sido mandado: no es así; la responsabilidad sube y baja desde la cabeza á los miembros. No se pierde nada en el pensamiento del crimen y en su ejecucion: cada gota de sangre derramada salpica el nombre, la mano y aun la gloria. Desde el primero hasta el último de los ejecutores deben dar cuenta de ella.

XXI.

Savary llamó á su casa á los miembros de la comision. Tan insolente intimacion del ministro de la policía á los representantes de una Asamblea nacional, se asemejaba á un mandamiento de prision. Al recibir aquella órden los individuos de la comision, deliberaron si la obedecerian ó no. Algunos, presintiendo un golpe de estado contra sus personas, opinaron que debia dirigirse un manifiesto á la nacion; que se convocase al Cuerpo legislativo á sesion estraordinaria para colocarse bajo la salvaguardia de la representacion nacional amenazada. Aquel dictámen pareció estremado, y semejantes resoluciones desprovistas de la fuerza moral necesaria para sostenerlas. Mr. Lainé y sus colegas prefirieron correr solos los peligros de la situacion.

Fueron, pues, á casa del ministro de la policía. En el semblante de aquel funcionario se veia retratado el de Napoleon: su acento era una repeticion premeditada del suyo. Estuvo amenazador como para probar los ánimos: «Los descontentos, dijo á Mr. Lainé, toman vuestro nombre como enseña de revolucion. Mi policía encuentra ese nombre en todas las tramas. No puede haber inocencia en palabras, que como las vuestras, escitan turbulencias.»

Al hablar así, el criado del emperador iba elevando la voz en tono de amenaza.

«Mi conciencia habla mas alto que vos,» le contestó Mr. Lainé. Aquellas palabras parecieron intimidar al ministro: bajó la voz y tomó el acento que acaricia despues de haber probado en vano el que consterna. «Sois hombres honrados, dijo, y me envaneceria de teneros por amigos: pero el emperador se halla suspenso entre resoluciones estremas. Le habeis irritado: habeis querido parodiar la insurreccion de la Asamblea constituyente. No puede dejaros continuar en vuestras sesiones: va á marchar al ejército, y en su ausencia le destronariais. No quiere correr ese peligro. ¡Quieren á los Borbones, me ha dicho el emperador, pero antes habrá batallas como la de Yory!...»

Luego, dirigiéndose Savary otra vez á Mr. Lainé: «¿A dónde quereis ir á parar?.... le preguntó con una mirada que inspiraba confianza al mismo tiempo que mandaba una confesion.

«Quiero, replicó Mr. Lainé, salvar á mi patria, ó al menos exhalar gloriosamente por la nacion el último suspiro de la libertad.»—«Queriamos, añadieron sus colegas, que el emperador tendiese la mano á una nacion prosternada para levantarla».... Aquella humildad en la respuesta de los colegas de Mr. Lainé y de los representantes de la Asamblea, no pareció suficiente retractacion de su audacia. El ministro les prohibió reunirse y volverse á ver.

XXII.

El emperador recibió al senado, Mr. de Fontanes en el discurso que redactó, mezcló con las acostumbradas adulaciones algunas palabras de verdad, en la justa proporcion que el emperador queria tener la magnanimidad

de oirla: «Unámonos, decia el orador, en derredor de esa diadema, en que el esplendor de cincuenta victorias brilla al través de pasagera nube.»

Habló tambien de paz; del poder que se afirmaba limitándose, del arte de hacer felices á los pueblos, pero sobre todo de correr á las armas.

«Ya no se trata, respondió Napoleon, de recobrar las conquistas que hemos hecho. La independencia del territorio y de la paz, hé aquí nuestro grito de union. Nuestras provincias están desmembradas: llamo á los franceses al socorro de la Francia».

Dichas estas palabras mandó la supresion del mensage del Cuerpo legislativo y le aplazó para otra época. Savary habia manifestado su pensamiento. No queria dejar una asamblea deliberante detrás de si. La voz de Mr. Lainé le habia parecido un eco de 1789: sabia que devolviendo la voz á un pueblo, se le vuelve el soplo de la libertad. Al dia siguiente dejó escapar el torrente de cólera que se habia acumulado en él desde la reunion del Cuerpo legislativo.

Era el 1.º de enero de 1814, dia en que el ceremonial de la corte conduce al pie del trono á las corporaciones y dignatarios del pais, mezclados con los cortesanos de la real persona. Los miembros del Cuerpo legislativo prorogado la víspera parecieron ante el emperador para desfilar. Los detuvo haciéndoles una señal con la mano: queria que el resentimiento contra su temeridad, resonase en la Francia y en toda la Europa. Aparentó un acceso mal reprimido de cólera: el afectado desórden de sus palabras, su rostro amostazado, y su voz de trueno, hacian á su discurso mas semejante á una improvisacion que á un cálculo. Era lo último en efecto: lo habia meditado y arreglado durante ocho dias: era el discurso de la tirania desvergonzada por la primera vez, queriendo abrumar por la audacia, la independencia que trataba de manifestarse.

XXIII.

«Diputados del Cuerpo legislativo, dijo concentrando sobre ellos sus fulminantes miradas, podiais haber hecho mucho bien, y habeis hecho mucho mal.

«Las once duodécimas partes de vosotros son buenas: los demas son facciosos.

«Os habia llamado para que me ayudáseis, y habeis venido á decir y hacer lo que se necesitaba para secundar al estrangero: en vez de reunirnos, nos dividiais.

«Vuestra comision ha sido supeditada por gentes adictas á la Inglaterra. Mr. Lainé, vuestro relator, es un malvado. Su dictámen ha sido redactado con una astucia y unas intenciones que no habeis conocido ni debiais esperar. Dos batallas perdidas en Champaña hubieran hecho menos mal.

«En vuestro informe habeis colocado la ironía mas sangrienta al lado de la censura. Decis que la adversidad me ha dado consejos saludables. ¿Cómo podeis echarme en cara mis desgracias? Las he sufrido con honor, porque he recibido de la naturaleza un carácter fuerte y altivo, y si no tuviese esta altivez en mi alma, no me hubiera elevado al primer trono del mundo.

«Sin embargo, necesitaba consuelos y los esperaba de vosotros. Habeis querido cubrirme de lodo, pero yo soy de esos hombres á quienes se mata, pero no se deshonra.

«¿Pretendiais con semejantes medios realzar el esplendor del trono? En suma ¿qué es el trono? Cuatro listones de madera forrados con un pedazo de terciopelo. Todo depende dél que se sienta en él. El trono está en la nacion. ¿Ignorais que soy yo quien le representa sobre todos los demas?.... No puede atacárseme sin atacarla á ella. Cuatro veces he sido llamado por ella, y cuatro veces he ob-

tenido cinco millones de votos. Tengo un título, y vosotros no. No sois mas que los diputados de los departamentos del Imperio.

«¿Es este el momento oportuno de hacerme advertencias ó representaciones, cuando 200,000 cosacos atraviesan nuestras fronteras? ¿Es el momento de venir á disputar sobre la libertad y seguridades individuales, cuando se trata de salvar la libertad política y la independencia nacional? Vuestros ideólogos piden garantías contra el poder, en el momento en que toda la Francia solo me las pide contra el enemigo.

«¿No estais contentos con la Constitucion?... Hace cuatro meses que era necesario pedir otra, ó aguardar dos años despues de hecha la paz.

«Hablais de abusos y de vejaciones: lo sé tan bien como vosotros. Eso depende de las circunstancias y de las desgracias del tiempo. ¿Por qué hablar delante de la Europa armada de nuestros debates domésticos?... La ropa sucia debe lavarse en casa. ¿Quereis imitar á la asamblea constituyente y volver á comenzar una revolucion?.. Yo no imitaría al rey que entonces existía: abandonaria el trono y preferiria hacer pueblos soberanos, á ser un monarca esclavo.»

XXIV.

Estas palabras faltaban al respeto á la nacion, y á la justicia á un hombre. *Tengo un título, y vosotros no*, en la boca de un soldado, que con la espada en la mano habia usurpado todos los títulos al pueblo francés, era la burla mas insolente que jamás habia bajado del trono sobre una representacion soberana. Pero si semejantes injurias eran despreciables en la boca de un triunfador ébrio de victorias y de autoridad, adquirian, por lo menos esta vez, cierta grandeza de audacia, con los reveses que esperimentaba Napoleon. Erguiase delante del infortunio y decia su última palabra á la adversidad. Esta última palabra no era una degradacion de sí mismo, sino un reto al destino, y un desprecio de la opinion. Era un atentado mas contra la soberanía y la dignidad del pueblo; pero atentado que al menos tenia mucha parte de valor. Solo á sus cortesanos les pareció sublime: la generalidad de la opinion le encontró brutal é insensato. Esperaba que hiciese un grande efecto en la imaginacion de la multitud, y solo causó un grande asombro, un grande escándalo, una gran sublevacion en la dignidad ofendida del pais. Humillaba á la nacion en el momento en que mas necesitaba realzarla. Las naciones se sacrifican algunas veces en el infortunio, jamás en la humillacion. Circulando aquel discurso de boca en boca por todos los ángulos del imperio, hizo creer en esa *mansion* celeste, que precede á la caida de los hombres estraviados. Habia querido difundir el terror en las almas de sus enemigos, y solo esparció en ellas la irritacion y el desprecio.

XXV.

Mas despues de haber asombrado queria enternecer. El 22 de enero, víspera de su partida para el ejército, convocó en palacio á los gefes de la guardia nacional de París. La escasez de tropas y la necesidad de guarnecer, al menos por algunos dias, la capital que sus maniobras podian dejar descubierta, le habian obligado á reorganizar aquella milicia cívica, que el nombre de La Fayette y los recuerdos del 89, le hacian sospechosa. Armar la guardia nacional, era para él lo mismo que volver á armar la revolucion. Pero no pudiendo apelar al derecho, creia menos peligroso acudir á las armas de los ciudadanos. Ademas, se habia reservado el mando en

gefe de aquel ejército del hogar doméstico. En su ausencia, entregó el mando al mariscal Moncey, incapaz de faltar á su deber, y tan manejable y seguro como su espada. La guardia nacional se envanecia y honraba con obedecer á un soldado antiguo, que habia participado de la gloria, pero jamás de los desafueros de la tiranía.

Napoleon presentó teatralmente la emperatriz María Luisa y su hijo, á los oficiales de la guardia nacional. Aquella presentacion no tenia solo por objeto á París, sino tambien á Viena. Queria recordar al emperador de Austria, su suegro, que los golpes que sus ejércitos le preparaban iban á parar á su propia hija. Le enseñaba á su nieto en los brazos y por encima de la cabeza de los guardias nacionales. Aquella escena es una negociacion sorda, por la que esperaba encontrar complicidad en el corazon de Francisco II.

María Luisa era poco conocida de los parisienses y poco querida de la Francia. Arrancada de Viena como un despojo de la victoria, conquistada mas bien que pedida, sucesora en el tálamo del héroe de la emperatriz Josefina, que todavía vivia, y á quien sus gracias, su bondad superficial y su lijereza de alma, hacian por sus mismos defectos, mas popular, á una nacion superficial y lijera; estrangera en medio de la Francia, hablando con timidez su lengua, y estudiando con embarazo sus costumbres, María Luisa vivia encerrada y como cautiva entre la servidumbre de que el emperador la habia rodeado. Aquella córte de mugeres hermosas, recientemente tituladas, celosas por disipar todo esplendor que no fuese el de su rango y el de su favor, no dejaba entrever de la nueva emperatriz mas que la naturalidad y la torpeza propias de una muger casi niña, pero muy á propósito para despopularizarla en su misma córte, que no era otra cosa que la respetuosa calumnia de la jóven soberana. María Luisa se guarecia en el ceremonial, el retiro y el silencio, contra la malevolencia que la acechaba. Intimidada por la nombradía, la grandeza y la brusca ternura del raptor en quien no se atrevia á ver un esposo, se ignora si aquella timidez podia permitirla amarle sin violencia. Napoleon la amaba por superioridad y por orgullo: era el blason de su filiacion con las grandes razas: era la madre de su hijo, la perpetuidad de su ambicion. Mas aun cuando no hacia alarde de tener favoritas, por desprecio mas bien que por virtud, se le conocian algunos caprichos pasageros con las hermosas damas que le rodeaban. Los celos, aunque no se atreviese á acusarle, podian enfriar el corazon de María Luisa.

El público tenia la injusticia de exigir de ella los trasportes y apasionada abnegacion del amor, cuando su naturaleza no podia inspirarla mas que el deber y el respeto para con un soldado, que no habia visto en ella mas que un rehen de la Alemania y una prenda de posteridad.

Aquella especie de violencia, no la permitia desplegar sus gracias naturales, solemnizaba su fisonomía, intimidaba su espíritu y comprimir su corazon. No se veia en ella mas que una condecoracion estrangera unida á las columnas del trono. Hasta la misma historia, escrita con la ignorancia de la verdad, y bajo los resentimientos de los cortesanos napoleónicos, ha calumniado á aquella princesa. Los que la conocieron la restituirán, no la gloria teatral y estóica que se exigia de ella, sino su naturaleza. Era una hermosa jóven del Tirol, con los ojos azules, cabello rubio, el rostro matizado con la blancura de sus nieves y las rosas de sus valles, el talle flexible y esbelto, su actitud agobiada y lánguida como las de esas germanas que parecen tener necesidad de apoyarse en el corazon de un hombre, y la mirada llena de sueños y de horizontes interiores, velados con la lijera niebla de los ojos. Los labios un poco gruesos, el pecho lleno de suspiros y de fecundidad, los brazos lar-

gos, blancos, admirablemente formados, y que la caian con graciosa languidez sobre el vestido, como cansados del peso de su destino. El cuello habitualmente un poco inclinado sobre el hombro. Era la estátua de la melancolía del Norte, llevada al tumulto de un campamento francés. La supuesta nulidad de su silencio encubria pensamientos femeninos y misterios de sentimiento que la llevaban lejos de aquella córte, destierro magnífico pero muy duro. En cuanto entraba en sus habitaciones interiores, ó en la soledad de sus jardines, se volvia alemana. Cultivaba la poesía, la pintura y el canto. La educacion habia perfeccionado en ella aquellas habilidades, como para consolarla lejos de su pais, de la ausencia y tristeza á que algun dia estaria condenada. Sobresalia en todas ellas, mas para sí sola. Leia y repetia de memoria los poetas de su lengua y de su cielo. Carácter sencillo, patético, encerrado en sí mismo, mudo para lo esterior, lleno de ecos en lo interior, formado para el amor doméstico en un destino oscuro, deslumbrado sobre un trono en donde se creia espuesto á las miradas del mundo, como la conquista, no del amor sino del orgullo de un héroe. No sabia fingir ni durante la grandeza, ni despues de los reveses de su dueño: ese fué su crimen. Los personages de aquella córte teatral querian el simulacro de la pasion conyugal en una cautiva de la victoria. Era demasiado natural para fingir amor cuando no tenia mas que obediencia, terror y resignacion. La historia la acusará, la naturaleza la compadecerá.

Hé aquí el retrato de María Luisa: lo he escrito delante de ella diez años despues. En la libertad y en la viudez, habia desarrollado todas las gracias reprimidas en su juventud. Se la quiso hacer representar un papel: faltó la actriz, pero quedó la muger. La historia debe devolverla lo que la parcialidad de los cortesanos de Napoleon la ha arrebatado: la gracia, la ternura y la piedad.

XXVI.

Tal era la emperatriz que Napoleon presentaba á la guardia nacional de París, con su hijo, el rey de Roma, en los brazos. Aquel espectáculo era una elocuencia muda que conmovió el corazon de los parisienses. Recibiéronla levantando los brazos, con esclamaciones y lágrimas; la naturaleza tenia su imperio, como el orgullo el suyo. Aquellos ciudadanos armados de la capital, se envanecian de ver á aquella hija de los Césares, confiada como un depósito á la ciudad de la revolucion. Aquella señora y aquel niño, puestos á cubierto con la espada de todos, parecian haberse convertido en aquel instante, en el hogar de cada uno. Cuando el corazon desempeña su papel estraordinario en las crisis de los imperios, estalla, y lo doma todo por un momento. La oposicion universal enmudeció á vista de aquella escena. La Francia se creyó un dia napoleónica porque su corazon habia palpitado por una muger y por un niño. Tomando Napoleon á su hijo del regazo de su madre, le abrazó, le levantó en sus brazos con los ojos humedecidos, le puso en los brazos de los oficiales que se encontraban mas inmediatos á él, y avanzando hasta el centro del inmenso círculo que los gefes de la fuerza ciudadana formaban en derredor del salon principal de palacio, les habló con aquella voz alternativamente varonil y enternecida, en que la calidad de marido y de padre cortaba la voz al soldado. Talma, el gran escultor de las estátuas vivientes, le habia visitado la víspera: pero la naturaleza en aquel momento era un maestro mas consumado é infalible que Talma. Napoleon no tenia nada que aprender en aquella escena, mas que el modo de cubrirse los ojos: su destino le cubria bastante, su corazon hablaba mejor que su papel.

Estuvo natural, heróico, familiar: no ocultó ninguna de las eventualidades de la guerra, ni ninguno de los riesgos momentáneos que podia correr la capital. Esplicó que aquel peligro no seria mas que aparente, porque él volveria con sus fuerzas aumentadas por las guarniciones ya libertadas, y destrozaria al enemigo colocándole entre París y su ejército. «No teneis que hacer, les dijo, mas que permanecer unidos, y resistir á las tentativas que harán para separaros de mí. Os dejo á la emperatriz y al rey de Roma, mi esposa é hijo: parto tranquilo confiándolos á vuestro amor; pongo en vuestras manos lo que mas amo en el mundo.»

XXVII.

En París produjo mucha sensacion aquella despedida; le enterneció un momento como habia enternecido al palacio. Al dia siguiente se supo que Napoleon habia salido por la noche con direccion á Chalons. Se sabia que no se presentaba en el ejército sino la víspera de la batalla; pero ya no se esperaban milagros. Las campañas de Rusia, de España, y de Dresde habian amortiguado la esperanza. Escuchábase con atencion el ruido de los primeros choques: iba á abrirse la última campaña. No referiremos sus pormenores sino sus resultados: mereceria para sí sola un historiador. Napoleon fué en ella mas grande que lo habia sido en los años de su omnipotencia. No trazaremos en esta narracion su gloria como general, sino su caida como soberano, ni nos detendremos en ella mas que lo necesario para manifestar cuanto contribuyó á la Restauracion aquella caida heróica.

XXVIII.

Un millon de hombres armados por el resentimiento de la Europa, concertados por el genio de la coalicion y

alentados por los reveses del que durante mucho tiempo habian creido invencible, entraba por cuerpos de ejército en el territorio de la Francia. El círculo de accion que todavía tenia libre el emperador se iba estrechando cada veinte y cuatro horas. Wellington bajaba de los Pirineos sobre el Mediodía con el ejército inglés aguerrido, llevando en pós de sí como auxiliares las mejores tropas de España y de Portugal. El ejército del mariscal Soult y el del mariscal Suchet volvian precipitadamente á Francia para cubrir el territorio de la patria contra aquel reflujo de dos naciones por largo tiempo provocadas. Bulma y Bellegardo, generales austriacos, á la cabeza de cien mil hombres, contenian al príncipe Eugenio, virey de Nápoles, en el Milanesado, y atravesaban los Alpes para caer sobre Lyon, por las gargantas de la Saboya. Bernadotte, Coroliano moderno, sin tener que vengar sobre su patria los daños del primer Coroliano, se habia vendido á la coalicion por precio del trono de Suecia. Guiaba ciento veinte mil hombres de todas las naciones secundarias del Norte contra la Bélgica y el Rhin, sujetas todavía á la Francia. El príncipe Schwartzenberg, generalísimo de la coalicion, y Blucher, general de la Prusia, pasaron el Rhin la noche del 31 de diciembre, y dirigian cerca de doscientos mil hombres de varias naciones hácia el pie de los Vosges, último parapeto de las tropas francesas. Cuatrocientos mil combatientes marchaban por cuatro caminos diferentes de Alemania para reforzar á los ejércitos que habian entrado en Francia. Hasta los mismos soberanos, el emperador de Rusia, el emperador de Austria, el rey de Prusia y el de Suecia, marchaban con sus tropas, como para decir al mundo que habian abandonado sus capitales por un campamento, y que no iban á hacer una campaña, sino una cruzada unánime y suprema contra el opresor del Continente.

A aquellas masas que pagaba la Inglaterra, que re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

clutaba el patriotismo, y á las que las mismas derrotas habian enseñado á vencer, Napoleon no podia oponer mas que los fatigados y divididos restos de sus ejércitos.

XXIX.

La Francia, á pesar del llamamiento que habian hecho á su patriotismo el emperador y el Senado, no se levantaba. Estaba exhausta de legiones, y queria paz y libertad. Si se levantaba, temia alzarse para el emperador y no para la patria. Estaba resuelta á no suministrar ya mas sangre á su ambicion; el largo despotismo que habia sufrido la hacia mirar con indiferencia hasta su mismo suelo. Aun en los campos se oia la impia palabra de desaliento llevada hasta el estremo de la impasibilidad: «¡Tirano por tirano!».... Los prefectos decretaban los alistamientos, y los gendarmes tenian que llevar los conscriptos á los depósitos, atados por los caminos. Apenas se veian libres se volvian á sus aldeas y sus chozas. Las provincias mas belicosas, como la Borgoña, el Antunés y la Bretaña, ocultaban en sus bosques bandas de *refractarios*, último recurso de sus familias, y preferian la vida vagabunda á incorporarse á sus regimientos.

XXX.

Ademas, Napoleon durante los setenta dias que la lentitud y timidez de los aliados le habian dejado para tomar una resolucion decisiva, no habia adoptado ninguna. Habianse repetido en el palacio de las Tullerías las incertidumbres é indecisiones de Moscou. Habia perdido las horas en deliberar consigo mismo y con los demas, en luchar con el Senado y el Cuerpo legislativo, y en interminables conversaciones con sus confidentes. Hacia algunos años que se habia vuelto en estremo hablador, señal de decaimiento de voluntad y de accion en los hombres que por mucho tiempo han sido felices. Perdia mas tiempo en convencer que en vencer. Y luego conocia que la opinion le abandonaba cuanto mas se esforzaba en retenerla, admirándola en sus conferencias con el primero que se presentaba, ó en los artículos dictados al *Monitor*. Tenia en sí mismo su propia publicidad: nadie hablaba libremente en Francia sino él. Su vida interior era un continuado monólogo: hubiérase creido que trataba de pasar el tiempo. Parecia que aguardaba, ya de sus negociaciones, que aun no habia entablado, ya de su *estrella*, que no creia todavía apagada, no sé qué prodigio que le devolviese lo que habia perdido. Tenia la predestinacion de los hombres y de las cosas que caen, la inmovilidad del hombre ante la rapidez del tiempo.

XXXI.

Solo le quedaba un recurso á principios de diciembre. No tenia mas que examinar con ojos serenos su situacion, y en vez de continuar diseminado por los restos de sus conquistas, replegarse y concentrarse en el corazon de la Francia. Tenia en España el ejército de Suchet y de Soult, que ascendian á cerca de ochenta mil hombres, acostumbrados al fuego y las fatigas de la guerra y mandados por generales, que como él, habian salido de la escuela de las guerras de la república. Tenia en Italia el ejército del rey de Nápoles y treinta mil hombres mezclados entonces con escelentes regimientos franceses y con oficiales superiores, tan adictos á la patria como á Murat. Cincuenta mil hombres de tropas fran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cesas y milanesas combatian por su reino de Italia, maniobrando inútilmente al otro lado de los Alpes. La Holanda y la Bélgica, estérilmente ocupadas y á duras penas contenidas, le absorbian con sus mejores generales de segundo órden, cuarenta mil hombres. En fin, habia dejado sin prevision, mas de ciento veinte mil hombres encerrados, fuera del alcance de su mano, en Maguncia y todas las plazas fuertes del otro lado del Rhin, como postes ó miras perdidas en unos caminos que ya no debia volver á ver. Componian entre todos trescientos veinte mil soldados hechos, aguerridos, disciplinados, bien armados, provistos de caballería y artillería, que reunidos á los ochenta mil hombres del interior, hubieran formado á sus órdenes, en el corazon de la Francia, un ejército de cuatrocientos mil combatientes. Habia podido disponer de noventa dias, en una estacion favorable para la marcha y alimento de las tropas, para reunir aquellos trozos de sus fuerzas. Podia ademas haberlos colocado en provincias fértiles, en las orillas de los rios que rodeaban á su capital, flanquearlos con sus plazas fuertes, enlazarlos por medio de sus grandes poblaciones y depósitos de reclutas de los cuerpos, llenarlos de su presencia, animarlos con su alma y moverlos con su genio. Cuatrocientos mil hombres concentrados, colocados y puestos en movimiento de aquel modo, atacados siempre en puntos distantes de la circunferencia, siempre cercanos al centro que hubiera apoyado cada rayo de la fuerza del núcleo, habrian conservado siempre su mismo número, y muchas veces superior al de las columnas de ataque de los aliados. Cada victoria parcial de los generales enemigos hubiera sido una victoria estéril, porque ninguno de ellos se hubiese atrevido á proseguirla en el corazon de semejante masa para ir á estrellarse y hundirse al pie de las murallas de Paris. Por el contrario, la menor derrota hubiera permitido á Napoleon el lanzar cien mil hombres entre los flancos ó sobre la retaguardia

del enemigo. El tiempo y la distancia que debilitan los ejércitos de agresion, habrian aguerrido, renovado y fortificado el de la Francia: la victoria decisiva con grandes resultados ó una paz segura con grandes concesiones para la patria, hubiera sido el resultado de tal resolucion. Aquel era el 92 disciplinado y aguerrido de la Francia: el patriotismo de la nacion en una sola cabeza, y sus bayonetas en una sola mano. ¿Qué no hubiera hecho un ejército desesperado, flor de los ejércitos de diez años, mandado por un héroe, y al ver bajo sus plantas el suelo y el hogar de cada ciudadano? Adoptando semejante partido, Napoleon habria sido tan prodigioso en su concentracion como en sus conquistas. Hubiera escedido al grande Federico por la inmensidad de las fuerzas de sus enemigos y del destino. Napoleon bien entrevió semejante resolucion: para tomarla no se necesitaba un genio mas vasto, sino un alma mas grande que la suya. Era preciso sacrificar su orgullo á su verdadera gloria, renunciar á si mismo para salvar á la patria, sacrificar sus coronas de familia y las provincias poseidas, para hacer á París invencible. Le faltó este heroismo: disputó con la necesidad, pero ella no obedece sino al que se la anticipa. Llenó su alma de ilusiones y prestó horas al tiempo en contra suya. Fué tímido con los partidos estremos en circunstancias que exigian los últimos esfuerzos de carácter y de genio. El trono le habia rebajado: fué muy inferior al papel con que su destino le brindaba: faltó el hombre de Estado, pero quedaba el soldado: reemplazó en él al general.

XXXII.

Setenta mil combatientes componian el único ejército que tenia para maniobrar y combatir en el centro de la

Francia contra un millon de hombres. La victoria no podia hacer nada por tan corto número: únicamente podia gastarle un poco menos pronto que la derrota. Contaba con un imposible, ó solo queria ilustrar su última lucha. Nadie sabe lo que pasó en aquella alma endurecida ya hacia algunos años en las ilusiones. La mas verosimil es que contaba con algunos triunfos brillantes, pero pasageros, que hubieran servido de pretesto al emperador de Austria para negociar con él. Jamás creyó que un padre deshonraria á su yerno, ni que los reyes destronarian al vencedor de la Revolucion. Por lo menos no dudaba que aunque vencido y separado del trono, no trasmitiesen el imperio á su hijo.

Llegó á Chalons el 25 de enero, revolviendo en su cabeza aquellos pensamientos. Por todas las partes del tránsito fué recibido con los gritos de *¡Viva el emperador! ¡Abajo los derechos reunidos!...* El pueblo, conmovido y descontento á un tiempo mismo, manifestaba con aquel grito su entusiasmo por el guerrero, y su cansancio de la tiranía.

LIBRO SEGUNDO.

Campaña de 1814.—Plan de Napoleon.—Marcha del emperador sobre Saint-Dizier al encuentro de los aliados.—Napoleon se replega sobre Brienne.—Reunion de Blucher y de Schwartzenberg.—Batalla de la Rothiere.—Combate de Marmont en Rosnay.—Napoleon se traslada á Troyes.—Su permanencia y sus fluctuaciones en Troyes.—Congreso de Chatillon.—Caulaincourt.—Ultimatum de los soberanos aliados el 8 de enero.—Correspondencia del emperador y de José.—Blucher se replega hácia Chalons y marcha sobre París.—Napoleon se dirige sobre Champ-Aubert para detener á Blucher.—Combate de Champ-Aubert.—Batalla de Montmirail.—Batalla de Vauchamp.—Napoleon retira á Caulaincourt la autorizacion para firmar la paz.—Schwartzenberg amenaza á Paris y baja por el valle del Sena.—Napoleon corre á él.—Batalla de Montereau.—Napoleon vuelve á entrar en Troyes el 23 de enero.—Manifestacion realista.—Ejecucion del caballero de Gonault.

I.

Los generales que habian quedado en las orillas del Rhin sin fuerzas suficientes, procuraron cerrar al menos las gargantas de los Vosges y de la Alsacia, avenidas de las llanuras francesas. Apurados, envueltos, y comprometidos, se retiraron á paso lento hasta el otro lado de aquellas montañas. Cuatrocientos mil hombres, rusos, prusianos y austriacos, los seguian de cerca, aumentándose todos los dias con nuevas columnas que atravesaban el Rhin. Aquellos cuatrocientos mil hombres formaban dos ejércitos, uno á las órdenes de Schwartzenberg, y otro á las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Francia contra un millon de hombres. La victoria no podia hacer nada por tan corto número: únicamente podia gastarle un poco menos pronto que la derrota. Contaba con un imposible, ó solo queria ilustrar su última lucha. Nadie sabe lo que pasó en aquella alma endurecida ya hacia algunos años en las ilusiones. La mas verosimil es que contaba con algunos triunfos brillantes, pero pasageros, que hubieran servido de pretesto al emperador de Austria para negociar con él. Jamás creyó que un padre deshonraria á su yerno, ni que los reyes destronarian al vencedor de la Revolucion. Por lo menos no dudaba que aunque vencido y separado del trono, no trasmitiesen el imperio á su hijo.

Llegó á Chalons el 25 de enero, revolviendo en su cabeza aquellos pensamientos. Por todas las partes del tránsito fué recibido con los gritos de *¡Viva el emperador! ¡Abajo los derechos reunidos!...* El pueblo, conmovido y descontento á un tiempo mismo, manifestaba con aquel grito su entusiasmo por el guerrero, y su cansancio de la tiranía.

LIBRO SEGUNDO.

Campaña de 1814.—Plan de Napoleon.—Marcha del emperador sobre Saint-Dizier al encuentro de los aliados.—Napoleon se replega sobre Brienne.—Reunion de Blucher y de Schwartzenberg.—Batalla de la Rothiere.—Combate de Marmont en Rosnay.—Napoleon se traslada á Troyes.—Su permanencia y sus fluctuaciones en Troyes.—Congreso de Chatillon.—Caulaincourt.—Ultimatum de los soberanos aliados el 8 de enero.—Correspondencia del emperador y de José.—Blucher se replega hácia Chalons y marcha sobre París.—Napoleon se dirige sobre Champ-Aubert para detener á Blucher.—Combate de Champ-Aubert.—Batalla de Montmirail.—Batalla de Vauchamp.—Napoleon retira á Caulaincourt la autorizacion para firmar la paz.—Schwartzenberg amenaza á Paris y baja por el valle del Sena.—Napoleon corre á él.—Batalla de Montereau.—Napoleon vuelve á entrar en Troyes el 23 de enero.—Manifestacion realista.—Ejecucion del caballero de Gonault.

I.

Los generales que habian quedado en las orillas del Rhin sin fuerzas suficientes, procuraron cerrar al menos las gargantas de los Vosges y de la Alsacia, avenidas de las llanuras francesas. Apurados, envueltos, y comprometidos, se retiraron á paso lento hasta el otro lado de aquellas montañas. Cuatrocientos mil hombres, rusos, prusianos y austriacos, los seguian de cerca, aumentándose todos los dias con nuevas columnas que atravesaban el Rhin. Aquellos cuatrocientos mil hombres formaban dos ejércitos, uno á las órdenes de Schwartzenberg, y otro á las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

de Blucher. Despues de inundar todo el álveo del Rhin, la Alsacia, el Franco-Condado, los valles de los Vosges, y la Lorena, dirigíanse lentamente uno hácia otro para reunirse, como los ejércitos de Atila en Troyes, capital de la Champaña. El emperador, imitándose á sí mismo como acontece á los genios gastados, resolvió interponerse atrevidamente entre aquellos dos ejércitos, dar separadamente la batalla á cada uno de ellos con aquel puñado de combatientes desesperados, separarlos lo mas lejos que le fuese posible, uno á la izquierda hácia sus plazas del Norte, otro á la derecha hácia Lyon, y aprovechar contra cada uno de ellos, aventurados de aquel modo en lo interior, los azares de la victoria, el terror pánico de la derrota, y el entusiasmo de la insurreccion nacional ante el paso del estrangero. Aquel plan, aunque inferior al de la concentracion, inspirado á las naciones como al individuo por la lucha defensiva, habria podido concebirse, si el emperador hubiese tenido al menos una fuerza igual en la mitad ó en una cuarta parte á la de los ejércitos que marchaban sobre él. Pero el dia en que llegó á Chalons, los aliados contaban ya en Francia cuatrocientos mil soldados. Otros quinientos mil bajaban de los Alpes detrás de aquella vanguardia, de los Pirineos, de los Vosges, y del Jura. Una campaña concebida de aquel modo, no era mas que una aventura heróica. Iba á prodigar el resto de la sangre de sus bravos compañeros, ilustrar una caida y á aniquilar una nacion.

Napoleon habia mandado dirigirse á Chalons los restos de su guardia, y los cupos de la nueva conscripcion.

II.

Las cabezas de columna del ejército ruso y prusiano, mandadas por Blucher, llegaban á Saint-Dizier. Las avanzadas del ejército austriaco de Schwartzenberg, estaban

junto á Langres. El emperador con el ejército francés no ocupaba mas espacio que el que mediaba entre aquellas dos ciudades, y las llanuras de París que quedaban á su espalda. Las tropas veteranas y sus soldados bisoños, le recibieron con un entusiasmo, á que el infortunio de su general parecia añadir lo que el infortunio comunica al genio, la desesperada ternura de la abnegacion. Sus gritos arrostraban la adversidad y desafiaban á la muerte. Napoleon aprovechó aquel entusiasmo que su presencia inspiraba siempre en los campamentos. Con aquel puñado de hombres se lanzó delante del ejército prusiano para cortarle el camino de Langres, y llegar antes que el á las orillas del Marne, que aquel ejército tenia que atravesar para ir á Troyes. Ya era demasiado tarde. La mitad del ejército prusiano habia pasado el Marne, y avanzaba en fuerza hácia la capital de la Champaña. La otra mitad se disponia á atravesar aquel rio cuando Napoleon llegó á él. Con una mirada pudo escoger entre los dos azares que la fortuna le presentaba: cortar en dos el ejército de Blucher, y diseminarle á derecha é izquierda, ó bien precipitarse á marchas forzadas sobre la cabeza de aquel ejército, llegar á la primera columna que iba delante de él hácia Troyes, atacarla, deshacerla, entrar en Troyes antes que Schwartzenberg, y colocarse de este modo como un muro impenetrable en el punto de reunion señalado para los dos ejércitos. La necesidad de anticiparse á los emperadores en Troyes, le decidió prontamente por este último partido. La timidez de su marcha, la indecision de sus primeras columnas al aventurarse en el corazon de la Francia, podia ofrecerle una ocasion de vencer. Una victoria, aunque incompleta, contra los cuerpos de ejército en que se encontraban los soberanos, podia llenarlos de asombro, y decidirlos á volver á entablar las negociaciones. El general y la política estaban de acuerdo entre sí para correr al desenlace de su destino, que estaba en Troyes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III.

Los rigores de la estacion parecian reunirse á los de la campaña: unas continuas y frias lluvias habian puesto intransitables los caminos. Una capa de nieve y de escarcha cubria las carriladas y los barrancos en donde quedaban atascados hombres, caballos y cañones. Afortunadamente el ejército iba muy aliviado de equipages, porque unido de corazon con el pais, en todas partes encontraba pan y forrages. Hasta las últimas cabañas se despojaban con cordial hospitalidad para alimentar y calentar á aquellos últimos defensores del hogar francés. Pocos rezagados quedaban en los caminos: el entusiasmo excitaba á todos á no separarse de las filas y á seguir al emperador. El prestigio de sus victorias parecia haberse perpetuado con el espíritu de su guardia y de sus batallones de reserva. Aquella guardia se creia solidaria ó fiadora del emperador. Se creia obligada á sacrificar hasta su último hombre en defensa del territorio. Notábase en las rudas fisonomías de aquellos pretorianos la vergüenza de haber traido al pais al enemigo, y el ardiente deseo de arrojarle de él. Marchaban con la cabeza y los ojos bajos, y guardaban un silencio mucho mas belicoso y siniestro que su antigua alegría soldadesca. Conociase que no solo era la victoria la que marchaba invisible delante de ellos, sino la venganza de la patria. La mayor parte de aquellos soldados curtidos en los arenales del Egipto, los calores de España y las nieves de la Polonia y de la Rusia, eran veteranos infatigables en las marchas é insensibles al fuego de cañon. Verdaderas máquinas de guerra animadas, parecia que no participaban de las debilidades ni necesidades de la naturaleza. La confianza en sí mismos, el desprecio del número, y la indiferencia en el fuego, los multiplicaba á sus propios ojos.

En medio de una columna de aquellas tropas, marchaba Napoleon unas veces á pie otras á caballo, no metiéndose en su carruage, ó en la primera casa de un artesano que encontraba en los altos que hacia, sino para desarrollar sus cartas, trazar su itinerario, dar órdenes á sus oficiales, y dormir un poco junto á la lumbre del vivac ó de la chimenea.

IV.

Se reunió pues con su vanguardia que habia ya pasado de Saint-Dizier, y lanzó sus columnas sobre Brienne. Instruido Blucher á tiempo de la aproximacion del ejército francés, aglomeró la primera mitad del ejército ruso y prusiano, en aquella ciudad y en el castillo. Napoleon, en el último término de su carrera de soldado, era llevado al punto de su partida, como un ciervo perseguido por la jauria. En la escuela de Brienne habia recibido las primeras lecciones de los combates. Su oscura infancia se le aparecia al declinar su poderio y su gloria. Un abismo de acontecimientos mediaba entre ambos puntos de su vida. Parecíale que iba á combatir teniendo por testigos sus juveniles recuerdos. Aquel pensamiento, segun dicen sus confidentes, le hizo sonreir y le inspiró confianza en su fortuna. Conocia su campo de batalla, por las huellas de sus primeros pasos grabadas en su memoria. No titubeó en atacar con una tercera parte de sus fuerzas, á los sesenta mil hombres atrincherados de Blucher. Los generales rusos Saken y Alsafief, estaban encargados de defender la ciudad, y los prusianos, á las órdenes del mismo Blucher, las alturas que la rodeaban, y la formidable posicion del castillo. Napoleon mandó el asalto á sus tropas sin darlas el menor tiempo de descanso, de secarse, ni comer. Estaban tan impacientes de combatir como él mismo. Era el primer gran choque en el suelo

francés, y fué terrible. Napoleon ensayaba su fortuna, y le correspondió con prodigios de sus soldados. Brienne y el castillo fueron tomados por el irresistible arrojo de la guardia: el número desapareció ante la intrepidez. Blucher, segun su costumbre, se espuso como un simple soldado para hacer avanzar ó contener sus batallones. Arrollado dos veces por cargas francesas se vió separado de sus escuadrones, y se batió cuerpo á cuerpo, no por la victoria, sino por la vida. Desprendido dos veces por medio de su sable, de las manos de los ginetes franceses, solo pudo librarse por los azares de la refriega y por la fogosidad de su caballo. Antes que aquel corto dia de invierno cubriese de sombras y de nieve los diez mil cadáveres que yacian esparcidos por Brienne y sus inmediaciones, Blucher, desesperando el romper aquel muro de bayonetas, se replegaba silencioso por la orilla derecha del Aube, para unirse con el ejército de Schwartzenberg por la parte de Bar y de Troyes.

El mismo Napoleon, solo debió su salvacion á las tinieblas. Despues de apagados los fuegos, volvió á entrar lentamente en su cuartel general, á alguna distancia de la ciudad reconquistada. Caminaba solo, un poco apartado de su estado mayor, que le dejaba entregarse libremente á sus reflexiones. Los cuerpos franceses y rusos andaban todavía mezclados por acá y por allá, como sucede despues de las batallas, cuando los combatientes se separan. Un escuadron ruso que marchaba por la falda de la colina para incorporarse con el ejército que iba en retirada, oyó las pisadas de los caballos de la escolta del emperador, la cargó y la envolvió en la oscuridad. Napoleon cercado un momento, fué reconocido por dos ginetes rusos que inmediatamente le acometieron. El general Corbineau se arrojó entre el emperador y uno de los cosacos: el ayudante de campo del emperador, Gourgaud, derribó al otro de un pistoletazo. Acudió la escolta y los salvó á todos. Napoleon volvió á emprender el camino de su vivac, meditando sobre la esterilidad de una victoria, que le costaba cinco ó seis mil muertos y heridos, y que no producia mas que una lijera variacion de camino en el ejército enemigo.

V.

Blucher y Schwartzenberg se reunieron en efecto al dia siguiente en Bar-sur-Aube. Retrocedieron juntos en número de ciento cincuenta mil hombres á atacar á Napoleon, debilitado por su primera victoria. Los aguardaba á tres leguas de Brienne, en la aldea de la Rothiere. No podia desplegar mas que cuarenta mil hombres fortificados en aquella posicion. Desesperanzado Bonaparte de vencer, y consumiendo sin ventajas el tiempo y la sangre, conservó inútilmente aquel campo de batalla, á fuerza de heroismo de sus soldados. Alli, como en otras partes, quiso hacer imposibles, en vez de amoldarse cual Turena y Federico, al papel de inferioridad numérica, y estrechar el espacio en derredor suyo. La costumbre de la superioridad de sus ejércitos sobre los del enemigo, le engañaba. Combatia con un trozo de ejército, como en otro tiempo con quinientos mil soldados. Tenia todavía el genio de los combates, pero no el de la situacion. Seis mil franceses quedaron en el campo de la Rothiere. En tres dias faltaban doce mil hombres á un ejército de setenta mil combatientes. Parecia que Napoleon, por primera vez, pedia á la noche que encubriese con sus tinieblas el dolor y la humillacion de una retirada. Durante la batalla mandó echar puentes sobre el Aube, y dejando al mariscal Marmont en retaguardia con seis mil hombres, se aprovechó de la oscuridad para pasar el rio, y volver á tomar como á la ventura, el camino de Troyes.

VI.

Decimos á la ventura, porque la ocupacion de Troyes, indispensable antes de la reunion de Blucher y de Schwartzenberg, carecia ya de importancia verificada aquella, á pesar suyo, despues de las batallas de Brienne y la Rothiere. Proseguia su camino sin objeto, andaba errante por Francia, ya no marchaba. Seguíale Marmont, acosado muy de cerca por la caballeria prusiana, y precedido de veinte mil bávaros que se habian adelantado hasta Rosnay. Echó pie á tierra, é imitando heróicamente al emperador en Brienne, cayó con algunos batallones sobre el cuerpo de ejército que le cerraba el paso. Se le abrió á la bayoneta, y llegó á Arcis-sur-Aube, á la misma hora que el emperador entraba en Troyes.

VII.

Apenas llegó á Troyes, se arrepintió de permanecer en aquel punto en que no podia defenderse, ni servirse de él como base de una operacion agresiva. La vana satisfaccion de entrar en una ciudad de su imperio y permanecer en ella tres dias, le costaba doce mil hombres, el cansancio de los restantes, y el alejarse veinte y cinco leguas mas de la capital, descubierta por su escursion al centro de la Champaña.

El camino de París quedaba espedito á los ejércitos reunidos de Blucher y Schwartzenberg, si al aniquilar los débiles cuerpos de Napoleon le hubiesen perseguido en vez de cortarle.

VIII.

En los tres dias que estuvo titubeando en Troyes, re-

cibia noticias siniestras de todas partes de su imperio. El general Maison, lugarteniente de toda su confianza en Bélgica, rechazado por la insurreccion del pais, habia entrado en el departamento del Norte, con las fuerzas escasamente necesarias para cubrirle. El mariscal Soult, el mas consumado y de mayor sangre fria de sus generales, abandonaba la direccion de Burdeos, que se le habia prevenido al entrar de España, y se replegaba pausadamente hácia Tolosa. París murmuraba de no oir todavía el ruido de una de aquellas victorias á que estaba acostumbrado al abrirse una campaña. Los departamentos invadidos ó amenazados no se levantaban al sentir los pasos del enemigo. Los voluntarios de 1792, no cubrian los caminos cantando la *Marsellesa*. El despotismo no hacia los milagros de la libertad: la Francia estaba fria. Comenzaba á discutirse en voz baja, que forma de gobierno sustituiria al imperio. Algunas voces pronunciaban los nombres de los Borbones olvidados ya hacia veinte años: aquel prolongado olvido era favorable á su causa. El recuerdo lejano tiene sus prestigios, que pueden hacerse aparecer á los ojos de los pueblos, como esperanzas indefinidas. Lo pasado tiene sus ilusiones como el porvenir. La poblacion jóven é ignorante no rechazaba ya la memoria de los antiguos reyes que la retrataran sus padres. Savary, ministro de la policía, decia rudamente la verdad á su amo. El imperio comenzaba á temblar bajo sus pasos. Todavía era tiempo de resignarse con la desproporcion de sus fuerzas relativamente á las desmesuradas que lo iban estrechando, y de formar en derredor de su capital un ejército de doscientos mil hombres llamándolos de las estremidades al centro. Lo quiso y no lo quiso: se dejó guiar una hora por la razon, una hora despues por la menor claridad de su estrella, un poco por la necesidad, y otro poco por la ilusion, pero siempre por la indecision. Su permanencia en Troyes no era mas que la prolongacion y el sistema de sus incertidumbres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

IX.

Mr. de Caulaincourt su negociador íntimo desde qu desconfiaba de Mr. de Talleyrand, habia salido de París algunos dias antes que Napoleon marchase al ejército. Confidente del emperador, llevaba sobre su nombre el sello de una complicidad involuntaria, pero terrible, en el rapto del duque de Enghien. Era una de las manos de que Napoleon se habia servido para llevar la víctima al sacrificio: aquel dolor pesaba sobre Caulaincourt. Su favor, sus dignidades, su título de duque de Vicenza, su larga familiaridad con el emperador de Rusia, en cuya córte habia residido como embajador, no bastaban para borrar aquella mancha de su frente. Habia sido engañado, decia que era inocente; le creian, pero no podia perdonarse á sí mismo el haber obedecido á una órden cuyo resultado fué un crímen. No tenia refugio mas que en su conciencia delante de Dios, y ante los hombres en su adhesion al emperador. Semejante negociador debia desear ardientemente la paz, porque ella alejaba definitivamente á los Borbones. El nombre de Caulaincourt y el de Condé no podian volver á encontrarse en Francia: su regreso era su destierro. Por eso le habia escogido Napoleon: sabia que un embajador tan comprometido con la Restauracion, no podia transigir con ella. Una complicidad aparente le respondia de su fidelidad á toda prueba.

X.

Caulaincourt llegó á los puestos avanzados de los ejércitos coaligados, y fué detenido allí algunas semanas. Habian pasado el Rhin, las columnas avanzaban,

los generales maniobraban, y las provincias iban cayendo unas detrás de otras en manos de la coalicion. Los gabinetes estrangeros querian dar tiempo á sus victorias, porque siempre habria oportunidad para abrir un congreso, cuando los acontecimientos se pronunciasen mas. En fin, Mr. de Metternich, verdadero Ulises de aquel consejo de reyes, les hizo consentir en abrir un simulacro de congreso, en el mismo corazon de la Francia. Los aliados escogieron la pequeña poblacion de Chatillon, en los confines de la Borgoña y de la Champaña, en la confluencia de todas aquellas corrientes de ejércitos, que se disputaban el terreno de la Francia. Hicieron neutral á Chatillon, para que las vicisitudes de la guerra no perturbasen la negociacion. El 27 de enero, Caulaincourt, detenido en Nancy, recibió del príncipe de Metternich la invitacion de trasladarse á Chatillon. Allí encontró al conde Razumoski, negociador por el emperador Alejandro; al conde de Stadion por el Austria; al baron de Humboldt por la Prusia, y al lord Castlereagh por la Inglaterra. Las conferencias se abrieron el 4 de febrero, sin grandes esperanzas por ninguna de las partes. Era mas bien una conversacion oficial entre los representantes de las córtes y el de Napoleon, que una negociacion que tenia por base una tregua, y por objeto la paz. Era evidente que el verdadero plenipotenciario, invisible en aquel congreso, era la fortuna de la guerra. Los acontecimientos militares, base de las conferencias, cambiaban á cada momento. ¿Cómo habian de tener las discusiones un punto de partida y una solucion?

El mismo emperador Napoleon, á pesar de la confianza que tenia en su negociador, se guardó muy bien de darle plenos poderes y un *ultimatum* decisivo. Los primeros dias mandó á Mr. de Caulaincourt que no consintiese mas que en los *límites naturales*, y en ellos comprendia los departamentos de la orilla izquierda del Rhin, la Bélgica, Amberes, Ostende, y la Saboya. Algunos dias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

despues, le envió la autorizacion formal para consentir en la desmembracion de aquellas conquistas de la revolucion. «Concededlo todo, decia, para salvar la capital, y evitar una batalla suprema, que consumiria las últimas fuerzas de la nacion.»

XI.

Los correos portadores de las resoluciones recíprocas de Napoleon y de los aliados, se cruzaban á cada momento entre Chatillon y el cuartel general francés. En la víspera ó á la conclusion de cada combate Napoleon recibia un despacho y dictaba una respuesta: combatia y trataba á un mismo tiempo. Al recibir el dia 8 el ultimatum de las potencias que exigia que el emperador despojase á la Francia de todas las provincias adyacentes, cuyo dominio poseia, acababa de combatir y de ser vencido. Estuvo encerrado horas enteras para ocultar la humillacion de aquel ultimatum, y á sus confidentes la ansiedad de sus resoluciones. Por último dejó entrar á Berthier y Maret, sus dos compañeros de campo de batalla y de gabinete, y con la carta de Caulaincourt en la mano: «¿Qué, les dijo, quieren que firme semejante tratado, y que falte á mi juramento de no segregar nada del territorio del imperio?... Reveses inauditos han podido arrancarme la promesa de renunciar á mis conquistas, ¿pero qué abandone tambien las que se hicieron antes de mí?... ¿qué por premio de tantos esfuerzos, de tanta sangre y de tantas victorias deje á la Francia mas pequeña que la encontré?... ¡jamás!... ¿Qué seria yo para los franceses cuando hubiese firmado su humillacion?... ¿Qué responderia á los republicanos del Senado cuando me pidiesen su barrera del Rhin?... ¡Dios me libre de semejante afrenta!... Contestad si quereis; decid á Caulaincourt que desecho ese tratado. Prefiero correr los últimos riesgos de los combates.»

Concluidas estas palabras se arrojó sobre su lecho, y permaneció en él algunas horas sin dormir, escuchando á Maret, que le aconsejaba se resignase con la necesidad. Habiendo por fin obtenido Maret autorizacion para contestar á lo menos en términos evasivos y dilatorios, salió, redactó el despacho, le entregó al correo, y volvió á entrar en la habitacion del emperador, para anunciarle que estaba obedecido, y que el correo volaba ya hácia Chatillon.

XII.

Pero el emperador atormentado por el insomnio, y buscando en sus cartas sueños mas dulces que los de su lecho de campaña, salió de él. Medio vestido estaba tendido en el suelo con las manos y la vista fijas sobre sus cartas que tenia desplegadas, midiendo las distancias con las puntas de un compás. Maret entraba con mucho silencio para no despertar á Napoleon, pero levantando éste la cabeza al oir los pasos de su ministro: «¿Ya estais aquí, le dijo con rostro animado y risueño, se trata ahora de concesiones y de protocolos?... En este momento estoy batiendo á Blucher con la vista. Avanza sobre París por el camino de Montmirail. Marcho, la bato mañana, y pasado mañana. Si este movimiento infalible tiene el éxito que yo espero. Cambiará la suerte y usaremos otro lenguage.»

Así, en una noche y todos los dias, su pensamiento tan movible y tan indeciso como su fortuna, imprimia á sus resoluciones las vicisitudes de los acontecimientos, y hasta los reflejos fugaces de sus sueños. Su correspondencia con su hermano José, ex-rey de España, que había dejado en París al frente de los negocios, como tutor

de la emperatriz, y para vigilar á los ministros, no es mas que un cambio de desalientos y esperanzas que siguen la pendiente de su destino, subiendo ó bajando con sus exaltaciones ó sus abatimientos supremos: pero á través de los gritos de victoria de Napoleon, y de las adulaciones de José, domina allí el triste fondo de la realidad.

XIII.

«Hermano mio, escribia el emperador el 8 de febrero, el emperador Alejandro parece que ha tomado falsas disposiciones. Podria vencerle, pero lo sacrifico todo á la necesidad de cubrir á Paris. Ademas, por el partido que yo tomo, no nos veremos en esa estremidad.»

«Señor, contesto José, no puedo disimularos que la consternacion del pueblo de Paris podria producir resultados funestos á la emperatriz y á las princesas. Los hombres adictos á vuestro gobierno, opinan que la salida de la emperatriz de Paris, pudiera dar una capital á los Borbones. Veo retratado el temor en todos los semblantes.»

«Hermano mio, escribia Napoleon, preparad á Paris para todo: llevaos los ministros, y todo lo que haya precioso, al palacio de Fontainebleau.»

Dos dias despues: «Hermano mio, la situacion de Paris no es tan alarmante como generalmente se cree: los que os rodean han perdido la cabeza. Los momentos son críticos indudablemente, mas sin embargo, desde que os he dejado, solo he tenido victorias. El mal espíritu de Talleyrand y de los hombres que quieren adormecer á la nacion, me ha impedido el hacerla correr á las armas, y hé ahí el resultado. Seamos confiados y atrevidos.»

«Señor, replicó José, mas cerca de la opinion en Paris que en un campamento, salvo el tesoro. En el patio del Carrousel están preparados los furgones para en caso de necesidad. Pensamos en llevarnos los cuadros y las estátuas del Museo. Las rogativas á Santa Genoveva no reanimarán el abatido espíritu del pueblo. El fanatismo religioso inspirado al pueblo por ese recurso de los milagros, solo serviria para aumentar la indolencia y el egoismo de las masas. Nada obtendremos de los católicos mientras no devolvais la libertad y Roma al papa. He pasado el dia en reanimar las esperanzas de hombres que tienen menos firmeza que la emperatriz.»

Cuatro dias despues, Napoleon, aunque demasiado tarde, se decidió á cubrir la capital, y antes de replegarse, escribió á José:

«Remitid esa carta á la emperatriz Josefina, para que escriba á Eugenio que venga á unirse con el ejército de Augereau que cubre á Lyon.

Una semana despues hubo contra órden.

«Señor, contestó todavía José; todos nuestros recursos en Paris consisten en seis mil fusiles. ¿Se levanta y arma con esto un ejército de cuarenta mil hombres?.... Las cosas son mas fuertes que los hombres....» Primer grito de la necesidad reconocida. «Ceded á los tiempos, conservad lo que todavía puede conservarse. Salvad vuestra vida preciosa para millones de hombres. No hay deshonor en ceder al número y en aceptar la paz. Le habria en abandonar el trono, porque de ese modo abandonariais una multitud de hombres que se han entregado en vuestras manos. Haced la paz á toda costa.»

«Hermano mio, contestó Napoleon, el príncipe de Schwartzenberg, acaba por fin de dar señales de vida. Pide una suspension de armas: ¡cobardes!... Esos miserables al primer choque caen de rodillas. No, nada de armisticio hasta que no hayan evacuado el territorio. Todo ha cambiado en los aliados: Alejandro quiere tratar. El enemigo está abatido: haré una paz todavía mas digna que la de las bases de Francfort.»

«Firmad, señor, dijo José, firmad en el territorio francés invadido lo que hubiérais firmado igualmente con honor al otro lado del Rhin. El enemigo solo os pide tregua para tener tiempo de reunir mas fuertes masas contra vos.»

«No necesitaba vuestros sermones, le respondió el emperador, para estar dispuesto á la paz si fuese posible. Los emperadores habian hecho señalar su alojamiento en Fontainebleau; ahora huyen hácia la Champaña.»

«Señor, las condiciones que me ofrecen, como á vos, son mas bien una capitulacion que una paz. Ahora que huyen deben haber cambiado sus ideas.... Vuestro boletin de hoy ha sido mal recibido por la opinion pública. Algunas de sus frases han sido interpretadas como subterfugios para eludir la paz.»

Napoleon exaltado por el buen éxito, continuó: «Hermano mio, entro en Troyes, y al momento me asedian con parlamentarios para implorar la tregua. Esta tarde estaré en Chatillon-sur-Seine..... El ministro de lo Interior, Mr. de Montalivet es un miedoso: tiene formada una idea muy necia de los hombres. Ni él, ni el ministro de la policía, Savary, conocen á la Francia....»

«Señor, escribió José, Mr. de Montalivet es en estremo celoso por vuestro servicio. Se ocupa en proporcionaros las fuerzas que pedis.»

«Hermano mio, reunid á los ministros, los grandes dignatarios y los presidentes del Consejo de Estado, leedles las condiciones que me proponen, (la Francia en sus antiguos límites). No son consejos lo que quiero; solo deseo conocer las sensaciones.»

«Señor, he celebrado el consejo, y es de parecer que debe aceptarse todo mas bien que esponer á París. La ocupacion de esta ciudad, se mira como el fin de vuestra dinastía y el principio de grandes desgracias. ¡La paz, sea como fuere!.. Ahora es necesaria: podrá cesar algun dia cuando la Francia haya respirado. Haced

pues una tregua reservada en vuestro pensamiento, pues que la iniquidad de vuestros enemigos no os permite una paz justa. Quedareis para la Francia y ella os pertenecerá: os reconocerá la Inglaterra. Salvareis segunda vez á la patria con la paz, despues de haberla salvado y hecho ilustre tantas veces con la guerra. La Francia os indemnizará en bendiciones, lo que algunos espíritus superficiales crean que habeis perdido en gloria.

«Ayer, las rentas del estado han bajado á 51 francos, mitad de su valor nominal. Macdonald se ha desmandado. Los esploradores enemigos llegan hasta á algunas leguas de París. Burdeos fermenta como un foco de guerra civil. Soult se ve acometido por fuerzas inmensas. Sois todavía vencedor..... pues firmad la paz. Hareis olvidar á los franceses á Luis XII y Enrique IV. Llegareis á ser el padre del pueblo.»

«Hermano mio, he examinado la posicion del enemigo: es muy fuerte: retrocedo. Marmont se ha portado como un subteniente. La guardia moderna se derrite como la nieve. Mi guardia de caballería tambien está diezmada, mi guardia antigua se sostiene..... Mandad construir reductos en Montmartre...»

He aquí el continuo diálogo entre el emperador y su hermano durante las peripecias de aquella corta campaña. En él se lee la disposicion interior de su alma con sus pensamientos, y la lucha alternativa de sus ilusiones y de sus resignaciones. Su corazon se elevaba ó comprimia con el acontecimiento de cada dia. Aguardaba que se levantase la Francia, y esta no se movia. Ningun plan mas que el de la víspera, destruido por el del dia siguiente. Caos en el ánimo, fluctuacion en los pensamientos. No podia haber salvacion para el mas que en un partido razonablemente adoptado, seguido con unidad de miras y constancia de operaciones. Todos los tomaba, y en seguida los abandonaba: estos partidos á medias, no podian darle mas que resultados incompletos. El número crecia, el espacio

se estrechaba, corria el tiempo y la Francia se cansaba. Era la campaña de la casualidad; ningun heroismo podia corregir tan perpetua vicisitud de ideas. La gran timidez de los aliados, proporcionaron hechos brillantes á las armas de Napoleon.

XIV.

Blucher, rechazado pero no batido en la Rothiere, en vez de volver á caer sobre el pequeño ejército del emperador con todas sus fuerzas reunidas, se replegó sobre Chalons, para salir al encuentro de su retaguardia. Desde allí marchó rápidamente sobre París por el valle del Marne. El príncipe de Schwartzenberg se aproximó en masa á Troyes, para dirigirse con el mismo objeto por el valle del Sena. Napoleon estaba entre aquellos dos caminos, y los dos ejércitos, á seis leguas de uno y otro, cerrando á Schwartzenberg el camino de Troyes á París.

Al saber por los avisos de Macdonald, la invasion de Blucher en las llanuras de París, Napoleon resolvió acometerle de nuevo, batirle y volver á tiempo para atacar á Schwartzenberg en las inmediaciones de Troyes. Dirigióse á marchas dobles á Champ-Aubert. Flanqueó al ejército ruso de ciento veinte mil hombres, le derrotó, le mató cinco mil hombres, le atravesó de parte á parte, diseminó los pedazos, arrojó á unos otra vez hacia Chalons, y los otros, á las órdenes de los generales York y Saken, fueron arrollados hasta las llanuras de Meaux desde donde veian los campanarios de París. La victoria fué brillante pero estéril. Al dia siguiente, las columnas rusas y prusianas de York y de Saken, volvieron de Meaux al oir el ruido del cañon, en número de sesenta mil hombres, y tropezaron con el fatigado ejército de Napoleon en los collados de Montmirail. Los franceses no contaban mas que veinte y cinco mil combatientes, pero era la flor

de la Francia, esperimentada en diez campañas, alentada por la victoria de la víspera, y que creia dar el golpe decisivo de la patria. La batalla encarnizada sobre el declive de las mesetas, y las gargantas que Napoleon tenia que atravesar para acercarse á los prusianos, duró desde el amanecer hasta la noche. Un hermoso sol de invierno doraba los collados despojados de hojas. Brillaban las armas y los cañones, y se distinguian claramente los dos ejércitos y sus movimientos. El uno inmenso, reposado, sintiendo á su espalda el apoyo de nuevas é inagotables columnas: el otro imperceptible, fatigado, sucio con el lodo de las marchas dobles que estaba haciendo desde quince dias antes, el polvo de los vivaques y de los combates, sintiendo estrecharse y hundirse cada noche el suelo de la patria debajo de sus plantas, sin tener delante mas perspectiva, aun en caso de victoria, que un campo de batalla inútil, y detrás un segundo ejército que combatir al dia siguiente: sin embargo, se hallaba poseido del mayor ardor. Hubiérase dicho que el elevado cabo de la aldea de Marchais, avanzando sobre la llanura, cubierta de baterías y de batallones rusos y prusianos, era las Termópilas de la Francia. El emperador Napoleon se apeó del caballo á la orilla de un bosquecillo destrozado por las balas enemigas, y desde allí dirigia los ataques de sus tropas. Aquella aldea y las quintas diseminadas por las laderas de los collados de que estaba flanqueada, fueron perdidas y recobradas muchas veces por los franceses y prusianos. Numerosos espectadores que habian acudido desde Montmirail y los pueblos inmediatos, contemplaban, como desde las gradas de un circo, aquella lucha desigual del Norte y del Mediodía, en que la guerra, despues de haberse disputado el mundo, se disputaba su propia patria. Los semblantes estaban consternados, enternecidos, los brazos inmóviles: no habia allí mas que ancianos y niños, poblaciones fatigadas con diez años de insaciables quintas. Lloraban por la patria, y se interesa-

ban por aquel gran capitan y por aquellos batallones diezmados, pero no se incorporaban á ellos. El cansancio habia producido la indiferencia.

XV.

Al concluir el dia, los franceses, para impedir que los prusianos y rusos volviesen á alojarse en las aldeas almenadas al pie de los promontorios de Montmirail, incendiaron algunas granjas. El humo de aquellos incendios y el de las descargas, flotaron largo tiempo sobre los dos ejércitos, como espesas nieblas, sin que pudiese prejuzgarse cuál sería su suerte. Pero bien pronto Napoleon, reforzado en su derecha por Marmont, salió vencedor de las gargantas, y coronó las alturas del campo de batalla. Los sesenta mil rusos y prusianos de Saken y de York, se precipitaron segunda vez hacia Meaux, buscando al azar el curso del Marne, para atravesarle y cubrirse con él. Si hubiese habido un ejército de reserva al pie de las murallas de París habrian sido aniquilados, y Napoleon, cayendo sobre Blucher, disminuido en la mitad de sus batallones, le hubiera destrozado al pie de los Vosges. Pero no podia mas que vencer, no podia ni aprovechar una victoria, ni perseguir á un cuerpo de ejército vencido.

XVI.

Lo hizo sin embargo, y eso fué su pérdida. Olvidó ó aparentó olvidar que Blucher volvia sobre él por su derecha, reforzado con un nuevo ejército de cien mil hombres, por la union de los generales Kleist y Langeron, que volvian del bloqueo de Maguncia para entrar en línea.

Olvidó que Schwartzenberg con otros doscientos mil combatientes, quedaba á su espalda por el camino de Troyes á París. Dió algunos pasos en persecucion de Saken y de York. Mas á los dos dias de su victoria, Blucher con todo su ejército desembocó en Montmirail por el camino de Chalons, y se estendió hasta Vauchamp, aldea en donde Napoleon indeciso parecia aguardarle. Una segunda batalla, mas desigual, tan terrible y tan triunfante para Napoleon, se empeñó entre el ejército fresco de Blucher y los restos despedazados pero infatigables de Bonaparte. El genio de su gefe, la intrepidez de su alma, inmortalizó segunda vez las llanuras de Montmirail. En vano Blucher rechazado y arrollado por todas partes se dirige desde los puestos avanzados á la retaguardia de sus columnas, poseido de ese valor de soldado que sustituye el brazo á la cabeza, y que trasforma inútilmente al general en héroe. Dos veces envuelto por los franceses, combatiendo con su mano, derribado de su caballo, levantado por sus húsares, y librado por sus tenientes, regó con su sangre aquel vasto campo de batalla. Su ímpetu salvage fué desconcertado por la mirada superior y fria de Napoleon. El segundo ejército ruso y superior, atravesando á Montmirail por entre las balas y los obuses de los franceses, se dispersó como el primero en las sombras de la noche por el camino de Chalons, por donde habia llegado. De este modo, el emperador, con su mano izquierda, rechazó á York y Saken á las orillas desconocidas del Marne, y con la derecha rechazó á Blucher, Kleist y Langeron, á las taladas llanuras de Chalons. París podia respirar: Napoleon tenia algun espacio y algunos dias. Cobró impulso, pero recobró tambien su orgullo. Olvidó en Montmirail que cinco victorias en diez dias no eran una campaña, y que sus golpes no ofendian mas que en derredor suyo. La oleada distante refluia siempre para tragársele. Napoleon era vencedor y la patria estaba perdida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XVII.

En aquel destello de fortuna se apresuró á revocar la autorizacion que habia dado á Caulaincourt á firmar la paz sobre la base de las fronteras reducidas al territorio de 1789. «He vencido; vuestra actitud debe ser la misma para la paz, escribió desde el campo de batalla á su plenipotenciario, pero no firmeis nada sin órden mia, porque yo solo conozco mi posicion.» Era evidente que reservaba toda la negociacion á su espada, y que el congreso no era mas que una conversacion durante las marchas y las batallas: solo negociaba el cañon.

XVIII.

Mientras se embriagaba asi con una corta esperanza y un reducido horizonte en Montmirail, dando algunos dias de descanso á sus tropas, curando los heridos y enterrando los muertos, el ejército de los emperadores, sin encontrar obstáculo, pasaba el Sena en innumerables columnas por Nogent-sur-Seine y Montereau, amenazando á Paris por sus mas espaciosos valles y por la parte del Este y del Mediodia. La capital, tranquilizada un momento por el lado de Meaux, principiaba á mirar con terror por la parte de Melun y de Fontainebleau. No tenia para cubrir el Sena mas que dos veteranos de Napoleon, los mariscales Victor y Oudinot. Gefes intrépidos, pero reducidos á unos cuantos puñados de hombres, no podian mas que disputar los caminos y los puentes, por honor mas bien que por la salvacion. Replegábanse lentamente, pero con desesperacion, sobre Paris, que no les enviaba ni un soldado, dejando cada noche una parte de los suyos en el campo de batalla ó en los caminos. Su retirada, convergente á las llanuras que rodean la capital, debia conducirlos mas ó menos pronto á reunirse con el emperador, como á una última etapa, para sucumbir juntos.

XIX.

Napoleon, tranquilo todo un dia por el asombro que habia causado á York, Saken, Blucher, Kleist, Langeron, los prusianos y los rusos, se puso en movimiento con un ejército un poco aumentado con los refuerzos de Marmont y de Mortier. Para aumentar su celeridad echó mano de cuantos carruages y caballerías encontró al paso. Sus cañones, su guardia y su infantería fueron trasportados en posta: su caballería dobló las marchas. Devoraba el espacio y parecia anteponerse al tiempo. Treinta horas de dia y de noche le bastaron para atravesar el diámetro entero desde el Marne al Sena, entre Montmirail y Montereau. Al rumor de sus primeros pasos, que llegaban multiplicados por el ruido de sus últimas victorias sobre los rusos, el general austriaco Blanchi, que con treinta mil hombres habia llegado hasta las puertas de Fontainebleau, retrocedió á Fossard. La aldea de Fossard, unida á la ciudad de Montereau por una corta calzada como la calle de un arrabal, es la encrucijada del camino de París á Fontainebleau y de otros dos caminos que conducen desde París á Troyes. Uno de ellos pasa por Montereau. Atraviesa dos puentes, famosos en las guerras civiles, sobre el Sena y el Yonne, cerca de su confluencia. Napoleon mandó al general Victor, que ya estaba á sus órdenes, que se apoderase de aquellos dos puentes indispensables para su plan de atacar al dia siguiente á Blanchi en Fossard y cortar en dos al ejército austriaco, como ya habia hecho con el ruso. Victor, fa-

tigado, obedeció perezosamente y perdió la hora dando descanso á sus batallones. Una columna wurtemberguesa destacada por Blanchi se le anticipó, atravesó á Montereau, fortificó los puentes, trepó por las elevadas riberas de creta que dominan aquella ciudad, y sobre las alturas de Surville se dispuso á cerrar á Napoleon la bajada á Montereau. Victor, desesperado y tratado con dureza por el emperador, quiso lavar con su sangre las reprensiones de su gefe. Ataca á los wurtembergueses como hombre que quiere el paso ó la muerte: procura sacrificarse. Su yerno el general Chateau cae muerto á sus pies. Al ruido de aquella lucha en las faldas de las colinas de Montereau, Napoleon apresura sus columnas y se ve cañoneado por las baterías de los austriacos cuando los creia al otro lado de los puentes. Se irrita, se obstina, lanza al asalto su guardia, precipita á los wurtembergueses de las alturas sobre la ciudad; desde allí, con su propia mano, apunta sus cañones contra los enemigos formados en masa en las calles y los puentes. Crúzanse los fuegos: los artilleros de Napoleon ruedan á sus pies entre el cieno y la sangre. Los que sobreviven le conjuran que se ponga á cubierto y conserve un gefe y un pensamiento á la Francia: «Andad, amigos mios, les contestó sonriéndose y mirando con ojos serenos los proyectiles que removian el terreno en derredor suyo, la bala que debe matarme no está aun fundida.» De este modo aguarda la tardía llegada de sus masas. Entretanto hace vacilar con los disparos de su inespugnable artillería al ejército que veia descubierto entre Fossard y Montereau. Al concluir el dia llega el refuerzo, lanza al general Gerard, uno de sus mejores tenientes, á la cabeza de un cuerpo de bretones contra el arrabal de Montereau para barrer la calle que conducia á los puentes. Pajol, intrépido oficial de caballería, se aprovecha del paso abierto por Gerard, marcha á cubierto y al abrigo de los cañones del emperador hasta un recodo del arrabal que

conduce á los puentes. La caballería al galope, los atraviesa mezclada con los austriacos, acuchilla á los fugitivos, abre paso á Napoleon y avanza por la calzada hasta Fossard. Napoleon con sus cuarenta mil hombres que habian llegado durante la jornada, pasa los rios que cubrian á Blanchi. Victoria brillante, pero inútil. Mientras forzaba aquel paso, Blanchi, replegando rápidamente sus treinta mil hombres desde Fontainebleau hasta Sens, frustraba el plan del emperador y se ponia en comunicacion con Schwartzenberg. Se libraba, pero huia. En Paris resonó la fama de las hazañas de Montereau. Los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia, consternados al ver rechazada su vanguardia, vacilaban en si avanzarian ó retrocederian. Napoleon, rápido y temerario como la sorpresa, dejó las llanuras de Paris, y persiguió á Blanchi en retirada por el camino de Troyes. El 21 hizo alto en Bray, y se alojó en la misma habitacion que el emperador de Rusia acababa de dejar, para seguir la corriente del reflujo que volvia á llevar á los aliados á la Champaña. Schwartzenberg hacia ya retroceder los bagages hasta los desfiladeros de los Vosges. Los rusos de la guardia del emperador que le seguian en el cuartel general austriaco se retiraron á Langres. Los soberanos estaban en Chaumont. El cañon de Montereau reconquistó á Napoleon sesenta leguas de espacio y de libertad de movimiento. El 23 entró vencedor en Troyes, siguiendo los pasos á los rusos de Alejandro. La ciudad libertada le recibió en triunfo. Testigo del terror del enemigo, creia ver en el regreso de Napoleon la vuelta decisiva de la victoria.

XX.

El mismo Napoleon participaba de la confianza que renacia á la vista de sus invencibles batallones. Aquella vez, la paz estaba en sus manos si se hubiese apresurado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tigado, obedeció perezosamente y perdió la hora dando descanso á sus batallones. Una columna wurtemberguesa destacada por Blanchi se le anticipó, atravesó á Montereau, fortificó los puentes, trepó por las elevadas riberas de creta que dominan aquella ciudad, y sobre las alturas de Surville se dispuso á cerrar á Napoleon la bajada á Montereau. Victor, desesperado y tratado con dureza por el emperador, quiso lavar con su sangre las reprensiones de su gefe. Ataca á los wurtembergueses como hombre que quiere el paso ó la muerte: procura sacrificarse. Su yerno el general Chateau cae muerto á sus pies. Al ruido de aquella lucha en las faldas de las colinas de Montereau, Napoleon apresura sus columnas y se ve cañoneado por las baterías de los austriacos cuando los creia al otro lado de los puentes. Se irrita, se obstina, lanza al asalto su guardia, precipita á los wurtembergueses de las alturas sobre la ciudad; desde allí, con su propia mano, apunta sus cañones contra los enemigos formados en masa en las calles y los puentes. Crúzanse los fuegos: los artilleros de Napoleon ruedan á sus pies entre el cieno y la sangre. Los que sobreviven le conjuran que se ponga á cubierto y conserve un gefe y un pensamiento á la Francia: «Andad, amigos mios, les contestó sonriéndose y mirando con ojos serenos los proyectiles que removian el terreno en derredor suyo, la bala que debe matarme no está aun fundida.» De este modo aguarda la tardía llegada de sus masas. Entretanto hace vacilar con los disparos de su inespugnable artillería al ejército que veia descubierto entre Fossard y Montereau. Al concluir el dia llega el refuerzo, lanza al general Gerard, uno de sus mejores tenientes, á la cabeza de un cuerpo de bretones contra el arrabal de Montereau para barrer la calle que conducia á los puentes. Pajol, intrépido oficial de caballería, se aprovecha del paso abierto por Gerard, marcha á cubierto y al abrigo de los cañones del emperador hasta un recodo del arrabal que

conduce á los puentes. La caballería al galope, los atraviesa mezclada con los austriacos, acuchilla á los fugitivos, abre paso á Napoleon y avanza por la calzada hasta Fossard. Napoleon con sus cuarenta mil hombres que habian llegado durante la jornada, pasa los rios que cubrian á Blanchi. Victoria brillante, pero inútil. Mientras forzaba aquel paso, Blanchi, replegando rápidamente sus treinta mil hombres desde Fontainebleau hasta Sens, frustraba el plan del emperador y se ponia en comunicacion con Schwartzenberg. Se libraba, pero huia. En Paris resonó la fama de las hazañas de Montereau. Los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia, consternados al ver rechazada su vanguardia, vacilaban en si avanzarian ó retrocederian. Napoleon, rápido y temerario como la sorpresa, dejó las llanuras de Paris, y persiguió á Blanchi en retirada por el camino de Troyes. El 21 hizo alto en Bray, y se alojó en la misma habitacion que el emperador de Rusia acababa de dejar, para seguir la corriente del reflujo que volvia á llevar á los aliados á la Champaña. Schwartzenberg hacia ya retroceder los bagages hasta los desfiladeros de los Vosges. Los rusos de la guardia del emperador que le seguian en el cuartel general austriaco se retiraron á Langres. Los soberanos estaban en Chaumont. El cañon de Montereau reconquistó á Napoleon sesenta leguas de espacio y de libertad de movimiento. El 23 entró vencedor en Troyes, siguiendo los pasos á los rusos de Alejandro. La ciudad libertada le recibió en triunfo. Testigo del terror del enemigo, creia ver en el regreso de Napoleon la vuelta decisiva de la victoria.

XX.

El mismo Napoleon participaba de la confianza que renacia á la vista de sus invencibles batallones. Aquella vez, la paz estaba en sus manos si se hubiese apresurado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

á asirla. Perdió tiempo en vengarse y esparcir la irritacion en un partido á que sus triunfos habian castigado bastante, á los pocos partidarios de la casa de Borbon.

Aquel partido hasta entonces no era mas que un recuerdo. Napoleon, al herirle, pareció reanimarle. Escribió con letras de sangre el nombre de los Borbones que tenia interés en hacer olvidar, despreciando unos síntomas vanos que ninguna fuerza tenian en las poblaciones.

Durante los dias de la ocupacion de Troyes por el enemigo, algunos antiguos oficiales realistas de la emigracion, el marques de Vidranges, el caballero Gonault, y cinco ó seis habitantes de la ciudad, deseosos de anticiparse á una opinion todavía adormecida, se presentaron al emperador de Rusia, y le pidieron la proclamacion de sus antiguos amos en el trono de Francia. El emperador dejó ver una inclinacion vaga y muda por aquellos soberanos. No quiso ni prejuzgar la opinion de su aliado el emperador de Austria, ni empeñar una palabra que tendria que retirar mas tarde, ni perder por una esperanza temeraria á hombres aventurados en lo desconocido. Contestó que lo azares de la guerra eran inciertos, y que no encontraria consuelo si veia sacrificados á unos hombres de bien, por una tentativa de destronamiento de su enemigo. La diputacion realista se retiró, quizá alentada secretamente por algunos oficiales tránsfugas ó emigrados, adictos al cuartel general del emperador de Rusia. Todo se redujo á algunas escarapelas blancas, y condecoraciones de la órden de San Luis, colocadas por algunos ancianos ó por sus hijos, en sus vestidos y sombreros. A consecuencia de aquella tímida demostracion, el marqués de Vidranges partió para el Franco-Condado, en donde el conde de Artois se habia aventurado á presentarse bajo la salvaguardia de los austriacos. Los cómplices de su imprudencia se habian quedado en Troyes.

XXI.

Napoleon, al entrar en la ciudad, pidió le entregasen los traidores, que repudiando su nombre, decia, habian hecho causa comun con los enemigos de la patria. Mr. de Gonault, fué enviado á un consejo de guerra, antes que el emperador se sentase, juzgado, condenado y fusilado, á pesar de las súplicas de Mr. de Megrigny, noble del pais y escudero de Napoleon: de este modo espió con su sangre la temeridad de su entusiasmo por sus antiguos amos. Condugéronle al suplicio con un cartel al pecho, en que se leia la palabra traidor. El ruido de aquella venganza en un hombre aislado y sin cómplices, al dia siguiente de aquellas victorias que hacian á César generoso, escitó en Francia menos terror que murmullos. ¿Que suponia la vida ó la muerte de un viejo realista culpable de fanatismo ó de ilusiones, en una querella de la Europa con su dominador, y á quien se juzgaba, no en el campo del suplicio, sino sobre diez campos de batalla? Napoleon hubiera interesado con la indulgencia, y contristó é indignó con el rigor. No vengaba á la patria con la sangre de un hombre, sino á su dinastía. Aquel egoismo pareció cruel, é hizo recordar al duque de Enghien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MAGISTRAL

LIBRO TERCERO.

Peticion de suspension de armas por los aliados.—Conferencias de Lusigny.—Toma de Soissons por los aliados.—Blucher reune todos sus cuerpos de ejército.—Marcha sobre Troyes hácia donde estaba Schwartzenberg.—Encuentro de Napoleon y de Blucher.—Combate de Mery-sur-Seine.—Blucher abandona el valle del Sena, y se lanza sobre Paris por el valle del Marne.—Mortier y Marmont se repliegan sobre Paris.—Mortier recobra á Soissons.—Napoleon deja á Schwartzenberg, y corre sobre Blucher.—Le alcanza en la Ferte-sons-Jouarre.—Blucher pasa el Marne perseguido por Napoleon.—Blucher, cercado por el emperador, Mortier y Marmont, se escapa por Soissons, abandona el Aisne y se retira hácia Laon.—Napoleon atraviesa el Aisne por Bery-an-Bac y encuentra en Craonne á los cuerpos rusos y prusianos que iban á proteger á Blucher.—Batalla de Craonne.—Batalla de Laon.—Alto de Napoleon en Reims.—Schwartzenberg marcha sobre Paris y avanza hasta Provins.—Táctica del emperador.—Regresa á Troyes para maniobrar por la espalda de los enemigos.—Terror pánico de los aliados.—Schwartzenberg retrocede hasta Troyes y Dijon.—Batalla de Arcis-sur-Aube.—Nuevo plan de campaña del emperador.—Decreto de levantamiento en masa.—Cansancio de la Francia.—Marcha de Napoleon hácia Saint-Dizier.—Tratado de Chaumont.—Concentracion de los ejércitos aliados en Chalons.—Sus vacilaciones.—Marchan sobre Paris.—Situacion de Paris y de la Francia.—Fuga de María Luisa

I.

El enemigo se apartaba por todas partes á marchas forzadas de Troyes, que habia llegado á ser el cuartel general de Napoleon. No se sabe hasta dónde le arrastraria el terror pánico que se habia apoderado de él, al acercarse el emperadory oir su nombre. Napoleon, despues de algun descanso, queria, sin perseguirle á todo trance, batirle sus últimas columnas estraviadas, é intimidarle lo bastante, para que su terror le diese tiempo para volver por tercera vez sobre el ejército de Blucher.

Habiendo hecho alto en Naugis el 17 por la noche en casa de un carretero, recibió como parlamentario al príncipe de Lichtenstein, enviado por el generalísimo príncipe de Schwartzenberg, para pedir una suspension de armas, con intencion, decia el príncipe de Lichtenstein, de dar tiempo á ciertas negociaciones de paz. Napoleon, afectando mas confianza en el resultado de sus victorias, de la que quizá abrigaba en el fondo de su pensamiento, se quejó de la proteccion que se daba á los partidarios de los Borbones en contra suya: «¿Se pretende hacer una guerra al trono, dijo, en vez de hacerla al conquistador? ¡El conde de Artois está en Vesoul en medio de vuestras tropas, y se le consiente!... ¡El duque de Angulema está en el cuartel general de lord Wellington, y desde allí se le deja dirigir proclamas al Mediodía del imperio, y á mis mismos soldados!... ¿Debo creer á mi suegro el emperador Francisco tan ciego ó tan desnaturalizado, que pueda conspirar al destronamiento de su propia hija, y á desheredar á su nieto?» El príncipe tranquilizó al emperador, disipó sus dudas, juró que la permanencia de algunos príncipes de la casa de Borbon en los ejércitos de la Europa, no era mas que una tolerancia, ó cuando mas una posibilidad útil de diversion entre enemigos que se combaten: pero los aliados, añadió, no quieren mas que la paz, de ningun modo el imperio. Napoleon se negó á esplicar hasta meditar por la noche. Nuevos correos podian traerle á cada hora, nuevos derechos para ser exigente. Luego se durmió.

II.

Nadie llegó durante la noche, mas que un segundo

ayudante de campo de Schwartzenberg, que llevaba una proposicion mas espresa de abrir conferencias para un armisticio precursor de paz. Napoleon fijó el sitio en la aldea de Lusigny, entre Vendocuvre y Troyes, y envió allí á Mr. de Flahaut, uno de sus mas brillantes oficiales. Mr. de Flahaut encontró tres generales de los aliados encargados de entenderse con él, acerca de los preliminares de un armisticio. Eran aquellos el general Duca por el Austria, el general Schouwalof por la Rusia, y el general Rauch por la Prusia. Mientras aquellos generales discutian las bases de una supresion de hostilidades y las zonas de la Francia sobre que deberia estenderse, Napoleon, confiando mas en un triunfo que en una negociacion, reformaba sus columnas de ataque para completar la derrota del grande ejército austriaco. Habia comenzado sus primeras marchas.

Un rumor de desastre le llamó la atencion y le puso en movimiento por su espalda: aquel rumor venia del ejército de Blucher.

Los generales York y Saken, separados de los cuerpos de ejército del general en gefe prusiano por las batallas de Montmirail y de Vauchamp, se habian precipitado en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres, en las llanuras que se abrian á su frente, perseguidos por Mortier, destacado al efecto con algunos miles de hombres: pero la victoria aumentaba su número. Eran suficientes para dispersar un trozo de ejército vencido y estraviado en un terreno enemigo. Aquellos restos procuraban pasar el Aisne por Soissons, para refugiarse hácia el Norte, y unirse al ejército de Bélgica. Llegaron al pie de las murallas de Soissons, al mismo tiempo que Woronzof, comandante del ejército de invasion del Norte, llegaba tambien por distinto camino. El general Rusca, que trató de defender á Soissons, quedó muerto en la brecha. Los dos ejércitos de Saken y de Woronzof se reunieron en la ciudad conquistada. Fortalecidos con

aquella union, cobraron ánimo y se replegaron sobre Chalons, para reunirse con el ejército rechazado de su general en gefe Blucher. Reforzado éste por aquella casualidad, volvió á emprender con sesenta mil hombres, el camino dos veces interrumpido de Troyes, para volar en socorro de Schwartzenberg. Encontró á Napoleon en Mery-sur-Seine, y un choque terrible señaló la confluencia de aquellos dos ejércitos que no esperaban encontrarse. La ciudad de Mery-sur-Seine, se hundió con las balas de cañon, y se incendió con el fuego de los obuses de los dos cuerpos de ejército. Quedó como una ruina del desierto con sus paredes ennegrecidas, y sus casas humeantes á orillas de su rio. Rechazado Blucher tercera vez por aquel choque inesperado, cedió, renunció á su incorporacion con los austriacos, volvió á emprender su marcha por el valle del Marne, y se lanzó sobre París para llamar á Napoleon hácia aquel lado para la defensa de su capital.

Mortier y Marmont, con dos débiles cuerpos de siete mil hombres cada uno, estraviados entre París y el Marne, se replegaban lentamente á París. No tenian mas objeto que ganar tiempo y dar lugar á las grandes maniobras del emperador.

III.

Al oir aquel ruido, Napoleon, temblando por su capital y su gobierno, abandonó á los austriacos á sí mismos, atravesó con sus columnas descansadas todo el espacio comprendido entre Troyes y Sezaune, y se preparó á atacar nuevamente á Blucher por la espalda en las cercanías de Meaux, mientras Mortier y Marmont lo hacian de frente. Ya habia salido de Sezaune y llegaba á la Ferte-Sons-Jonarre, posicion en que Blucher estaba detenido por Marmont y Mortier. El aniquilado ejército prusiano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

iba á ser el trofeo de aquella espedicion. Libre de él Napoleon estaba seguro de triunfar fácilmente de los austriacos. Su ejército participaba de su esperanza: el entusiasmo aceleraba sus pasos. Dentro de algunas horas, el Marne iba á sepultar los restos de Blucher y de los rusos. Mas aquel general, presintiendo el pensamiento de Napoleon, y queriendo arrastrarle en pos de sí para alejarle de Schwartzenberg, forzó el paso del Marne y quemó los puentes antes que Napoleon pudiera darle alcance. El emperador, desde lo alto de las cumbres que descienden hácia el rio, vió al ejercito prusiano desfilar en seguridad por la orilla opuesta, dirigiendo sus largas columnas por el lado del Norte.

IV.

Una duda terrible le ocurrió á Napoleon. ¿Dejaria á Blucher rodear á París á la cabeza de un ejército intacto y difundir el terror en su capital? ¿ó perderia pasos y dias en seguirle, dejando á Schwartzenberg tiempo para volver en masa y sin obstáculo alguno sobre Fontainebleau? París le pareció que era el corazon del imperio que habia de cubrir. Decidióse á pasar el Marne en seguimiento de Blucher, pero perdió dos dias en restablecer los puentes, y en trasladar su ejército á la otra orilla.

Alli, buscando en la carta un punto intermedio entre Soissons y Reims, señaló con el dedo á Firmes, á donde llegó el 4 de marzo al rayar el dia. Aquel movimiento colocaba á Blucher entre Napoleon por un lado, Marmont y Mortier por otro, y Soissons y el Aisne al frente. Soissons habia sido reconquistado por Mortier, que guardaba los puentes del Aisne. Blucher ya era prisionero: Napoleon creia que ya no tenia mas que dictarle la capitulacion.

V.

Pero la guerra tiene azares que desconciertan los planes mejor combinados. La insuficiencia ó la vacilacion de la débil guarnicion de Soissons, habia hecho que abriese las puertas de aquella ciudad á los prusianos del Norte, en el momento mismo en que la resistencia de algunas horas, ponia en manos del emperador y de sus tenientes un ejército entero prisionero. Blucher volvió á encontrar en Soissons al ejército de Witzingerode y de Bulan que le recibieron y aumentaron sus fuerzas hasta cien mil combatientes. Más de tal modo temia un cuarto choque con el emperador, que se alejó nuevamente del Aisne, y se internó á largas marchas hacia Laon.

Otra duda para Napoleon: ¿debe perseguir ó retroceder? El impulso le arrastra, y prosigue: atravesó el Aisne por Bery-au-Bac. El 7 de marzo encontró en Craonne á los cuerpos rusos y prusianos, que marchaban desde Soissons para proteger á Blucher despues de haberle salvado. Napoleon los atacó á la bayoneta en las alturas de Craonne erizadas de baterías. Los rusos murieron sobre sus cañones, despues de barrer filas enteras de soldados franceses. Mas cedieron á los repetidos ataques de Napoleon, y huyeron en desórden hacia Laon. Blucher estaba alli ya, cansado, herido, y asombrado de tan continuada persecucion. El emperador, que no le dejaba respirar, iba á alcanzarle. El ejército prusiano se encontraba en uno de esos momentos de desaliento que producen las retiradas despues de las derrotas. La nombradía de Napoleon pesaba sobre Blucher y sus soldados. Todo presagiaba la destruccion de aquellos tres ejércitos, cuyos trozos nunca se unian sino bajo los fuegos del cañon de su vencedor.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI.

Pero un cuarto ejército llegaba en socorro de Blucher en el momento en que Napoleon se presentaba en frente de él. Era el de Bernadotte, rey de Suecia, Murat del Norte, á quien la familia de los reyes en que habia entrado, hacia olvidar su patria. No le mandaba en persona: sus consejos y sus contingentes combatian por él: su espada respetaba la sangre de sus compatriotas.

Napoleon, testigo de la union del cuerpo de Bernadotte, con los dos ejércitos de Blucher y con el de Witzingerode, no titubeó, sin embargo, en acometer á aquellos cien mil hombres, con menos de treinta mil combatientes, cansados con las contínuas marchas, pero de infatigable corazon. Envió al mariscal Ney y al general Gourgand, hombres de mucho prestigio y valor, á ocupar un desfiladero rodeado de pantanos, que protegian al ejército de Blucher: las tropas que le defendian fueron arrolladas: solo la noche suspendió la batalla.

Volvióse á empeñar al rayar el alba. A los primeros cañonazos una noticia desgraciada abruma el corazon de Napoleon sin abatirle. Marmont, sorprendido la víspera por fuerzas desproporcionadas á su debilidad, habia perdido tres mil hombres y cuarenta piezas de artillería. El emperador, consternado, oculta su pérdida y ataca resueltamente á los cien mil hombres escalonados bajo los muros de Laon. En vano sus batallones, obedientes á su voz, escalan aquellas graderías de fuego; vuelven á bajarlas hechos pedazos. El ejército francés se destruye contra aquellas masas que la disposicion de los lugares hacen inaccesibles, y que las baterías cubren con sus proyectiles. Aquel es el escollo de Napoleon: retrocede ante lo imposible. Vuelve á reunir su mutilado ejército, y se retira por la parte de Reims sin ser perseguido, errante

en su propio imperio, y buscando en él, casi en vano, una ciudad que franquee el paso á su ejército. El general ruso, Saint-Priest, francés, de una ilustre familia y que permanecia al servicio de Rusia desde la emigracion, ocupaba á Reims. Pereció allí disputando la entrada de la ciudad á los franceses. Cuatro mil rusos sucumbieron con él, dejando cañones y banderas en poder de Napoleon, último y estéril trofeo de un resto de lucha.

El emperador entró en Reims y permaneció allí tres dias, reorganizando sus debilitados cuerpos. Hácia cualquier punto que volviese sus miradas, no veia mas camino libre que el que pudiese abrirse por en medio de cinco ejércitos. Apenas recibia pliegos, y estaba reducido á conjeturas. Andaba á tientas por sus provincias, chocando á cada paso con un nuevo enemigo. Consecuencia deplorable y fatal de la falta de resolucion y de concentracion al principio de la campaña. Hasta su mismo heroismo se convertia contra él. Ningun genio ni ningun recurso suplen al sentido general de una situacion. La guerra ofensiva en una lucha esencialmente defensiva, le gastaba, le estraviaba, y le destronaba.

VII.

Durante los ocho dias gastados inútilmente en la persecucion de los cuerpos rusos y prusianos de Blucher, los austriacos, reanimados por la ausencia de Napoleon, habian refluido en irresistible masa hácia Troyes, y desde allí hácia París. Oudinot y Macdonald, no tenian como Marmont y Mortier, mas que unos ejércitos de puestos avanzados, que oponer á doscientos mil hombres. El 16 de marzo, la vanguardia austriaca estaba en Provins. Un dia de marcha la ponia al pie de las alturas de Montmartre. Un correo llevó aquellas noticias al emperador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Ya no era tiempo de cubrir la capital. Confió en la defensa de sus barreras por una ciudad de un millon de almas, y volvió á emprender el camino de Troyes, para llamar la atencion por la espalda á Schwartzenberg, por medio de la sensacion que debia producirle un ejército francés mandado por el emperador, interpuesto entre él y su base de operaciones.

Aquella inquietud obró en el ánimo de Schwartzenberg con mas fuerza y rapidez de la que Napoleon habia calculado. Al recibir las primeras noticias de la vuelta del emperador á Champaña, el ejército austriaco, como aterrado con un solo nombre, retrocedió por todos los caminos, desde París hasta Troyes y Dijon. El emperador de Austria, temiendo verse cercado aun en medio de sus tropas, se retiró á Dijon. Alejandro y el rey de Prusia, pasaron de Troyes. Aquellos soberanos abultaban el peligro, con el recuerdo de tantas antiguas derrotas, y temiendo un lazo en el corazon de la Francia que tan fácilmente habia cedido á su paso, se ponian de acuerdo para enviar á sus plenipotenciarios del Congreso de Chatillon, instrucciones henchidas de paz. Si el emperador hubiera sabido á tiempo aquellos temores, podia haber firmado un convenio europeo, en el mismo momento en que su imperio se desplomaba: pero lo ignoró. Asustado por su parte de las masas que cargaban sobre él, se internó hácia Arcis-sur-Aube. Allí encontró, sin que tuviese la menor noticia de ello, al ejército de Schwartzenberg. Trabóse una encarnizada batalla, contra la voluntad de ambos generales entre las tropas austriacas y francesas. Napoleon se batió como un húsar, sin otro plan que la necesidad de combatir, y el deseo de morir ó de vencer. Allí renovó los milagros de sangre fria y de arrojo, de los puentes de Lodi y de Rivoli. Los soldados jóvenes se avergonzaron de abandonar á un gefe que se esponia de aquel modo. Muchas veces se le vió lanzar su caballo al galope sobre los cañones enemigos, y volver á

aparecer como inaccesible á la muerte despues del humo de las descargas. Habiendo caido una bomba encendida al frente de uno de sus batallones bisoños, que se intimidaba y no guardaba la firmeza que debiera, esperando la explosion, Napoleon, para reanimarle, dirigió su caballo hacia el proyectil, le hizo oler la mecha, aguardó impasible á que reventase, rodó por el suelo con su mutilado caballo, y levantándose sin herida alguna entre los aplausos de sus soldados, pidió con tranquilidad otro caballo, y continuó arrostrando la metralla. Por fin llegó su guardia y restableció el combate.

VIII.

La noche y las masas siempre crecientes de Schwartzenberg, obligaron al emperador á encerrarse en la ciudad, y á construir parapetos para defender á su ejército. Durante aquella noche contuvo ciento cincuenta mil hombres. Aprovechóse de las tinieblas para hacer construir muchos puentes de retirada sobre el Aube. En la imposibilidad de romper aquellas masas austriacas que le cerraban el paso de París, la desesperacion le inspiró aunque tardiamente la idea que le hubiera hecho invencible, si la hubiese adoptado á tiempo. Resolvió abandonar á París y al centro de la Francia á su suerte, arrojarse sobre la Lorena, sobre el Mosa y sobre el Rhin, incorporar á sus fuerzas, facilitándolas el paso, las guarniciones de Metz, Verdun y de Maguncia, y por último, sublevar los departamentos del otro lado del Rhin, que le aseguraban eran muy adictos á su cetro. Esperaba volver á entrar con cien mil hombres en el territorio francés, arrojarse como un leon en medio de las columnas de invasion, arrollarlas, dispersarlas, batirlas en detalle, hacerlas prisioneras cuando estuviesen diseminadas entre el Rhin y el Loira,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sublevar sus grandes ciudades, sus campiñas, y dar al mundo el espectáculo de un millon tragados por la tierra que imprudentemente habian pisado. Era un sueño heróico, pero no pasaba de un sueño. Para semejante campaña se necesitaba un gefe adorado, el fanatismo de una causa unánime, una nacion nueva y no gastada por la tiranía ni rendida por el cansancio. No se forman vendeanos con soldados, sino con ciudadanos, niños, ancianos, mugeres, decididos todos á morir, y para quienes las mismas derrotas son martirios. Las cartas de Gerónimo sobre el espíritu de paz, la languidez de la opinion, la desercion de los depósitos, la inmovilidad de la Francia entera al presenciar su invasion, la resignacion, la pereza, y hasta las murmuraciones de sus mariscales y de sus mas fieles tenientes, decian bastante á Napoleon, que la patria no se despertaria mas que á la voz de la libertad. El general espiaba las faltas del déspota. Su guardia le seguia y moria por él, pero le seguia por espíriru de cuerpo, y por el recuerdo de su gloria comun, mas que por esperanza: Eran los mártires del honor militar: seguian hasta la muerte, no á la causa, sino al gefe y á la bandera.

IX.

El resto del pueblo miraba y gemia: en vano habia Napoleon decretado levantamientos en masa, el armamento de las guardias cívicas, la insurreccion de los pueblos, el toque de rebato, el cortar los caminos, y el hacer fuego al enemigo. Por todas partes en donde no resonaba su cañon, la Francia estaba muda. Todo se reducia á dos ó tres partidas formadas en la Borgoña, por tres nobles, intrépidos aventureros, el conde Gustavo de Damas, en las montañas que separan el Loira del Saona. Mr. de Moncroc en Mazon y en Chalons, y el conde de

Forbin-Janson en el Antunes. Cada uno de aquellos cuerpos se componia de algunos centenares de hombres, que acosaban al enemigo por sus flancos, y desaparecian despues de cortas espediciones. En las inmediaciones de los pueblos, cuando los austriacos se retiraban, algunos paisanos solian hacer fuego á los rezagados desde las orillas de los bosques. A esto se limitaba toda la insurreccion nacional decretada por Napoleon. Su nombre era un obstáculo para ella. La mayoría del pueblo estaba tan cansada de su esclavitud, que casi temia tanto su vuelta al poder, como aborrecia la invasion. Pero la nacion, sorda á la voz del gefe, se conmovia y enternecia por los soldados. Cada fusilazo del enemigo resonaba en su corazon, porque era uno de sus hijos el que caia. Napoleon creia sacar al pueblo de su inercia por medio de un golpe brillante á la espalda del enemigo. Marchó hacia el Mosa, y llegó el 23 de marzo á Saint-Dizier. Allí, un rayo de paz le recordó todavía la política.

X.

Caulaincourt se veia comprometido en el congreso de Chatillon por las instrucciones contradictorias del emperador y las exigencias de los aliados, mas ó menos duras, segun las vicisitudes de la guerra. Iba á dar á su amo un supremo consejo de resignacion: no veia ya salvacion para él mas que en una pronta amputacion del antiguo imperio, para conservar al menos el trono y la Francia. Las conferencias militares de Lusigny no habian sido mas que una conversacion de algunas horas entre Mr. de Flahant y los generales aliados. Los plenipotenciarios que se encontraban en Chatillon, despues de haber cedido algunas semanas como sus ejércitos, recibieron la noticia de que las potencias que representaban

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

acababan de formar entre sí en Chaumont una coalicion mas irrevocable contra el emperador, obligándose solidariamente á no deponer las armas hasta que el conquistador del Continente volviese á circunscribirse á los límites que la Francia habia traspasado en 1792. En aquel tratado la Inglaterra se comprometia á pagar quinientos mil hombres de los soberanos del Norte. Caulaincourt le participó aquel *ultimatum* de las potencias. Los generales y ministros que rodeaban al emperador sostuvieron con Caulaincourt varias polémicas desagradables, de esas que revelan la desesperacion de las causas perdidas. El triunfo cubre las faltas á los ojos de los cortesanos, los continuos reveses las descubren. La responsabilidad de la caida comun principia con sordas murmuraciones, y luego con reprensiones que alcanzan hasta aquel á quien lo deben todo. Acúsanle de no ser ya bastante feliz para sostener su propia fortuna. La ingratitud toma entonces el acento de la compasion. Cuando comienzan á tener lástima al hombre que se hunde, no está muy distante el momento de abandonarle.

XI.

Tal era el espíritu que reinaba en los vivaques de Napoleon cuando Caulaincourt llegó á ellos. El mismo, á pesar de su fidelidad, habia llegado á ser un confidente incómodo para el emperador. Conocia sus fluctuaciones y le acusaba por lo bajo, no de sus reveses, sino de su obstinacion en la esperanza. Hacia ya mucho tiempo que Caulaincourt no esperaba. Aunque las potencias jamás habian pronunciado el nombre de los Borbones, sonaba ya en las conversaciones de los negociadores. Aquel nombre era el pensamiento reservado de la Europa, si Napoleon se obstinaba en conservarlo ó en perderlo todo. Su negociador le aconsejaba que transigiese con la necesidad. Pero Napoleon, estasiado con el nuevo plan que acababa de concebir, y viendo ya cumplido aquel cambio victorioso que corria á buscar al otro lado del Rhin, á la cabeza de sus libertadas guarniciones, se sonrió como con compasion y dijo á Caulaincourt con el acento profético á que se habia acostumbrado en la fatalidad: «Tranquilizaos, estoy mas cerca de Munich que los aliados lo están de París.»

XII.

En el momento mismo en que Napoleon, incrédulo en la adversidad, pronunciaba aquellas palabras, los ejércitos enemigos de Schwartzenberg y de Blucher, que se habian retirado de las inmediaciones de París, como ya hemos visto por la marcha del emperador sobre Troyes, se concentraban en masas innumerables en las llanuras de Chalons para resistir al choque que temian por la espalda. Napoleon los creia en las cercanías de su capital. La presencia tan próxima de aquellas masas en Chalons, hizo titubear á Napoleon acerca de la ejecucion de su nuevo plan. Temia que aquel peso concentrado cayese sobre su retaguardia. Meditó y titubeó seis dias entre el instinto que le impelia hácia su capital y la temeridad que le arrastraba hácia el Rhin y el Mosa.

Durante aquellos dias de incertidumbre, los aliados tambien vacilaban en Chalons. Los generales mas consumados y tímidos opinaban que todo debia temerse de un hombre como Napoleon, que era necesario replegarse juntos y en número invencible sobre su base de operaciones, y preservar á la Alemania de una visita del emperador, que les privaria de refuerzos en un pais insurreccionado. El parecer de los generales franceses tránsfugas en el

campamento de los rusos, y la resolucion del emperador Alejandro, jóven, ardiente, emprendedor, y que tenia que vengar á Moscou, era precipitarse sobre París, dividir la opinion, apoderarse del corazon del imperio, halagar á la libertad, hacer esperar á los amigos de los Borbones y dejar al emperador, incomunicado con su pueblo, disiparse en su aislamiento y agitacion. Las intenciones de la Inglaterra, las insinuaciones de los partidarios de una restauracion en Francia, los resentimientos de las córtes, los odios personales de algunos diplomáticos que seguian al cuartel general, la causa comun entre los príncipes de las antiguas razas contra la de la espada, y en fin, las maniobras todavía encubiertas, pero hábiles y activas de algunos realistas de lo interior, que asediaban el vivac de los emperadores, les decidieron por este último partido. El 25, los ejércitos reunidos rompieron su movimiento hácia París por los caminos que siguen el curso del Marne.

XIII.

Napoleon, impulsado, segun dicen, por sus tenientes, en vez de proseguir su camino hácia Nancy, siguió de nuevo á los aliados para cortarles el camino de París. Perdió de este modo ocho dias, es decir, el tiempo para él de cinco victorias, y para llevar á cabo la mitad de su plan, é iba á perder otros siete ú ocho en retroceder. En esta campaña no habia, pues, resolucion mas que contra sus determinaciones anteriores. Su carácter no guardaba aqui armonía con su genio. Sus tenientes mas adictos lo vislumbraban y comenzaban á abusar de su familiaridad en cambiar de resolucion. Les convenia mas aproximarse á París para capitular y salvar á sus familias, sus dignidades y sus fortunas, que acometer con su gefe las aventuras de una campaña errante al otro lado

del Mosa y del Rhin: deseaban el fin de aquella lucha sin esperanza. Estaban cansados, no de combatir, sino de declinar. El espíritu del pais concluye siempre por penetrar en el ejército.

XIV.

La concentracion de los ejércitos aliados en las llanuras de Chalons, los habia alejado bastante de París, para que Napoleon, mas distante que ellos cuatro jornadas, pudiese, doblando el paso, llegar casi al mismo tiempo que las cabezas de sus columnas á las barreras de su capital. Aun suponiendo retrasos y obstáculos, era necesario que los parisienses defendiesen por lo menos dos dias las puertas de la capital. El emperador enviaba los correos uno detrás de otro á su hermano José, conjurándole que reanimase el espíritu de París, que armase al pueblo y á la juventud de las escuelas, y que exigiese el supremo esfuerzo de dos dias á una poblacion de tantos millares de almas. «A este precio, decia, todo se salvará. Voy á maniobrar de modo, añadia, que es posible que no tengais noticias mias en algunos dias. Si el enemigo se lanzase sobre París con tales fuerzas que fuese imposible toda resistencia, haced marchar en direccion del Loira á la regente, mi hijo, los grandes dignatarios, los ministros, los grandes oficiales de la corona, y el tesoro. No descuideis á mi hijo, y acordaos que preferiria saber que habia caido en el Sena, que en manos de los enemigos de la Francia. La suerte de Astianacte, prisionero de los griegos, me ha parecido siempre la mas desgraciada de la historia.»

De este modo, su adversidad se elevaba ya en su pensamiento á la altura de los grandes infortunios épicos de Homero y de Virgilio. La poesía, como la religion en las almas vencidas, entraba en su vida por la adversidad.

BIBLIOTECA

XV.

Lo que habia previsto se verificaba en Paris, mucho mas pronto de lo que creia posible. Marmont y Mortier, estenuados por las retiradas y los contínuos ataques de vanguardia, andaban errantes por los alrededores de Paris. En donde quiera que sus diezmados batallones dejaban un vacio, los cosacos, atrevidos merodeadores del desierto, se precipitaban sobre las aldeas, y con el terror, el saqueo, y las puntas de sus lanzas hacian huir á los consternados habitantes á Paris. Ya no se sabia nada del emperador: por la ciudad circulaban rumores siniestros. Las plazas, los baluartes, los Campos Elíseos, y los patios de las casas, estaban llenos de fugitivos de los pueblos, de carruages cargados de muebles, ó de vinos sustraidos á las devastaciones de la guerra, y de animales introducidos por los labradores en el recinto de la capital. El Mediodía parecia dispuesto á separarse del Imperio, y á proclamar un gobierno desconocido. Lyon, defendido un momento por Augereau á la cabeza de diez y siete mil hombres, y de algunos refuerzos de caballería que habian vuelto de España, sucumbia al reflujo del ejército de Bianchi. El curso del Saona estaba ocupado y espedito alternativamente por aquel mariscal, pero la capitulacion de Lyon, le llevaba sin utilidad alguna para Paris, hácia las montañas del Jura. Solo las provincias del Loira estaban libres: pero detrás de ellas, el Oeste de la Francia, podia de un dia á otro, responder á los movimientos realistas fomentados en Burdeos por una insurreccion que hubiera colocado á Paris entre dos guerras. José y sus hermanos Luis y Gerónimo conocieron la responsabilidad que pesaba sobre ellos. Tenian que responder de la emperatriz y de su hijo á su hermano y á la dinastía de Napoleon. Aun suponiendo que el mismo Napoleon se viese obligado á capitular, á abdicar, ó á morir, la regencia y la trasmision del trono Napoleónico al rey de Roma, era el último asilo de su fortuna. Arrojados de Madrid, de la Holanda y de Westfalia, aquellos reyes de un dia, quedarian por lo menos príncipes de la sangre imperial en Paris. Convocaron un consejo supremo, al cual llamaron á Cambaceres, los ministros, los presidentes del Consejo de Estado, los grandes dignatarios del Imperio, los mas identificados con el nuevo régimen, y á los miembros mas comprometidos del Senado. José leyó la carta del emperador en que le mandaba salvar á su esposa y á su hijo. La emperatriz asistia silenciosa y temblando á aquel consejo, en que sus cuñados iban á decidir de su suerte. Los pareceres estuvieron divididos.

Boulay (de la Meurthe) acostumbrado á los dramas revolucionarios, conocia por esperiencia la movilidad del pueblo y el poder del entusiasmo. Sabia que la noticia de la fuga de aquella princesa, descubriendo lo desesperado de su causa, haria que se hundiese el Imperio. Aquel consejo heróico recordaba la resolucion de María Teresa. Pero resoluciones de esa especie no convienen mas que á dinastías arraigadas desde muchos siglos en el corazon de las poblaciones. Cuando no producen un fanatismo de abnegacion religiosa en los príncipes, sucumben en las parodias. El consejo tampoco se componia de hombres dispuestos á salvar una raza ó á morir por ella. Despues de una deliberacion lenta, templada, enteramente oficial, y que parecia destinada únicamente á descargar unos sobre otros la responsabilidad de una retirada, se separaron todos á media noche sin haber acordado nada. Nadie se atrevia á adoptar una resolucion que podia llegar á ser un crímen, si el emperador lograba todavía vencer, y pedia á sus hermanos cuenta de la capital abandonada. Atuviéronse á la carta de Napoleon que prohibia la permanencia de su muger en Paris, en

caso de un peligro estremo. Prejuzgaron el riesgo, no le declararon.

XVI.

Cambaceres y José querian descargar en María Luisa la responsabilidad de la resolucion que podia salir de sus labios. Siguiéronla despues del consejo á su habitacion, y allí la asediaron con sus ambíguas instancias, para obtener de ella un deseo que los pusiera á cubierto. Sea que temiese la cólera de su marido, ó que se inclinase á permanecer en su capital, en donde se tributaba el mayor respeto á su sexo y á su rango, sea que temiese llegar á ser en manos de sus cuñados una víctima errante de la ambicion de Bonaparte, y un instrumento de guerra civil, arrojada de provincia en provincia en medio de los campamentos, María Luisa venció su timidez. Contestó con entereza á José y á Cambaceres, que aquella resolucion á ellos les correspondía, que jamás la tomaria sobre sí, que ellos eran sus consejeros obligados, y que bien debiese permanecer ó partir, no obedeceria mas órden que la que estuviese firmada por ellos. Eludieron aquella responsabilidad. La órden eventual de marcha dada por Napoleon en su carta, permaneció pues como un testo absoluto á que la emperatriz estaba resuelta á obedecer. Preparóse la fuga: el tesoro fué cargado en los furgones, empaquetáronse los papeles secretos del emperador y los diamantes de la corona. La partida se fijó para el dia 29 de marzo.

XVII.

Pero cada galope de un caballo por el patio del palacio podia anunciar un correo y traer una contraórden

del emperador. La emperatriz, rodeada de las damas, cortesanos, y oficiales designados para seguirla, aguardó desde el amanecer hasta medio dia, la señal de la partida, que debia dar José. Este príncipe, montó á caballo por la noche y fué á reconocer y animar los puestos avanzados colocados en las barreras y entradas principales de París. Pero la masa de la poblacion ignoraba hasta esta última demostracion de resistencia: acusaba á José de una molicie régia contraida en los tronos de Nápoles y de Madrid, en el seno de los placeres de las córtes del Mediodía.

José ni volvia ni mandaba á decir nada á la emperatriz. Los oficiales de la guardia nacional que daban el servicio de palacio la suplicaron que se quedase. Esperaban que la presencia en Paris de la hija del emperador de Austria, seria una salvaguardia contra las estremidades de una ciudad que iba á ser bien pronto sitiada. María Luisa derramando lágrimas, cedia unas veces, y otras resistia. Se veia que violentándola á no obedecer al emperador dejando á Paris, la hubieran aliviado de una grande incertidumbre, librándola de las sugestiones de los hermanos de Napoleon. Por otro lado, los hombres previsores y el partido de Mr. de Talleyrand, embarazados con la presencia de aquella princesa en las negociaciones que ya anudaban para entregar su trono á otros príncipes, apresuraban secretamente su partida. Clarke, ministro de la guerra, envió á decirla al medio dia, que no respondia ya de la seguridad de los caminos, interceptados por las bandas de cosacos, si se detenia hasta el dia siguiente. Doce coches de la casa aguardaban desde por la mañana en el patio. Una fuerte escolta de caballeria de la guardia los rodeaba. María Luisa se arrancó por fin de su palacio: uno de sus escuderos llevaba en brazos al rey de Roma: aquel hermoso niño, soberbio ya por la adulacion que se anticipa á la edad, se agarraba á las barandillas de la escalera y se obstinaba en no que-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

rerse dejar desterrar de aquel trono. «No quiero marchar, gritaba; ¿cuando el emperador está ausente, no soy yo el amo?» Hubiérase dicho que presentia que entre las pompas de las Tullerías y las fúnebres bóvedas de Schœnbrum, no habia para él mas que algunos cortos años de adolescencia y de melancolía. Los carruages desfilaron lentamente por los malecones, como un cortejo mortuorio. Apenas algunos curiosos se detenian acá y allá para ver pasar aquel convoy dinástico. Ninguna voz del pueblo se elevó para saludar á la muger y al hijo de Napoleon, que huian al azar, arrastrando en pos de sí, las últimas pompas de la soberanía.

Tal era la popularidad de aquel reinado, que la historia pintaba algunos años despues como el fanatismo del pueblo.

XVIII.

Mientras la emperatriz seguia lentamente el camino del palacio imperial de Rambouillet, la llamada del tambor hacia acudir á los ciudadanos á la defensa de los puestos. La guardia nacional tomaba las armas, menos para combatir que para velar por la defensa de sus hogares. Pero la juventud de las escuelas, y algunos de esos hombres que el patriotismo y el peligro producen cuando los momentos son mas desesperados, volaban á las barreras y á las alturas de Montmartre. Los arrabales al verlos pasar, pedian á gritos armas. Todo faltaba: el imperio lo habia consumido todo en los campos de batalla estrangeros. La noticia de la marcha de la emperatriz y de la traslacion del gobierno, consternó y abatió los ánimos. Aguardábase en silencio el último golpe que derriba los imperios.

José volvió á entrar en Paris despues de haber visto desde lejos la especie de inundacion de tropas que cubrian

las llanuras y los caminos de la capital: evitó las calles mas concurridas, y convocando secretamente á los ministros y al consejo de regencia, se preparó á seguir con aquellos últimos restos del reinado de Napoleon los pasos de la emperatriz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LIBRO CUARTO.

Movimiento de Napoleon sobre Paris.—Atraviesa por Troyes y Sens.—Llegada de los ejércitos coaligados al frente de Paris.—Batalla de Paris.—José manda á Marmont capitular.—Proclama de José.—Fuga de José, de Gerónimo y del gobierno.—Mortier ofrece una suspension de armas.—Ultima resistencia de Marmont.—Propone una suspension de armas.—Diputacion del Consejo municipal á Marmont.—Capitulacion de Marmont el 30 de marzo.—Mres. de Chabrol y Pasquier en el cuartel general de Alejandro.—Alejandro.—Recibe una diputacion de los parisienses.—Discurso de Alejandro.—Entrada de los ejércitos aliados en Paris.—Fisonomía de Paris.—Peticion de los maires de Paris á Alejandro.—Manifestacion realista al pasar los soberanos.

I.

Mientras que París se resignaba, casi desarmado, á las innumerables fuerzas de que se hallaba rodeado, Napoleon calculaba con ansiedad las jornadas y las horas que le separaban de su capital. Tenia que atravesar setenta leguas con un ejército fatigado por las marchas y contramarchas, pero impaciente por volver á ver los muros de Paris y conseguir allí la última victoria. Los soldados, con los pies lastimados por los caminos y las nieves, olvidaban su cansancio y sus heridas al mirar á su emperador marchando unas veces á pié y otras á caballo en medio de ellos. La impaciencia febril de Napoleon se

comunicaba con sus miradas. La ignominia de ver á la capital de la Francia amenazada pesaba sobre sus almas como los remordimientos de tanta gloria perdida. Corrian para anticiparse á la venganza del mundo, y Napoleon para recobrar su imperio. Arrojando á los canales ó quemando los equipages que le embarazaban, andaba veinte leguas por dia. El 29 á las once de la noche llegó á Troyes é inmediatamente despachó á Paris al general conde de Girardin, previniendo sostener la defensa para que le diese tiempo de llegar. El 30 continuó la marcha á la cabeza de los restos de su guardia, corriendo hácia Pont-sur-Yonne y hácia Moret. A cinco leguas de Troyes, mientras descansaba su guardia, el enigma de su suerte le parecia imposible de soportar. Se metió en un mal carruage que la casualidad le presentó, y acompañado de algunos oficiales de su estado mayor, tomó el camino de Sens. Al atravesar aquella ciudad mandó llamar á los magistrados y les previno tuviesen preparadas las raciones necesarias para ciento cincuenta mil hombres, que dijo llevaba en socorro de Paris. Durante la noche siguió al galope el camino de Fontainebleau.

II.

Mientras la rápida marcha de Napoleon y de su puñado de soldados hácia la capital, Paris se hallaba amenazado á tiro de cañon por los primeros cuerpos de tres ejércitos enemigos. El general ruso Bayewsky salió de Bondy con tres columnas de ataque y trepó por las cumbres de Belleville. La guardia del emperador Alejandro le seguia y le apoyaba. Las alturas de Belleville, cubiertas de grupos de casas y jardines, dominan la mitad oriental de Paris. Marmont, pegado á aquellos jardines y arrabales, defendia con la intrepidez de la desespera-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cion aquel último baluarte de la patria. Su artillería, rompiendo las columnas rusas, barria á Pantin y Romainville. El enemigo cedia por aquella parte. Blucher y su ejército no estaban aun á la vista de París. El general en gefe ruso Barclay de Tolly, no viéndole desembocar para atacar en combinacion aquella ciudad de un millon de almas, temblaba que se le anticipase Napoleon antes que efectuase su reunion con Blucher al pie de las alturas de Montmartre. El general austriaco Giulay, que venia desde Fontainebleau, tambien se retrasaba. Aquellas dilaciones podian dar tiempo para que se presentase Napoleon. Barclay de Tolly comprometió todo su ejército para rendir á París sin esperar á los generales Blucher y Giulay. Pero Marmont y sus soldados, reforzados con algunos voluntarios y animados con el entusiasmo que infunde la presencia de la patria, cubrió de cadáveres las cuestas de Belleville y rechazó y contuvo á los rusos hasta el medio dia. José á caballo, recorria y alentaba á los puestos avanzados: «Defendeos, estoy con vosotros,» decia á los soldados y voluntarios. Pero aquellas palabras no aumentaban el arrojo de los batallones franceses. No conocian á José: la sombra de Napoleon hubiera guardado mejor á París.

Aquel príncipe, confiado en las cartas de Napoleon, creia de buena fé, que París no estaba atacado mas que por un cuerpo aislado de los ejércitos aliados, y que los soberanos y las masas estaban ocupadas en luchar por la parte de Troyes con su hermano. Un oficial francés, hecho prisionero la víspera por una banda de cosacos y conducido al cuartel general del emperador Alejandro, desengañó á José. Aquel oficial habia visto al mismo Alejandro rodeado de todas sus fuerzas á alguna distancia de París. «No es á la nacion francesa á la que yo hago la guerra, le dijo el emperador de Rusia, es á Napoleon. Ha llevado el fuego y el hierro á mis estados y ha incendiado mis ciudades. Id á París y decid que quiero

entrar en él no como bárbaro sino como amigo. Su suerte está en sus manos.» José al oir la narracion de aquella entrevista comprendió que toda resistencia contra semejantes fuerzas reunidas, perderia á la capital sin salvar al imperio. Sin embargo, despues de haber dado la órden de parlamentar, la retiró en virtud de otras noticias. Al medio dia, el ejército de Blucher, y el ejército austriaco desembocaron, uno por la parte del Sud, y otro por la del Norte en las llanuras de Montmartre y del Sena. Marmont se continuaba batiendo, y cada una de sus irrupciones desde el pie de las alturas, hacia retroceder al enemigo: pero unas masas se sucedian á otras. Las baterías se iban acercando y las bombas estallaban sobre las cabezas de José y de su estado mayor. Envió un ayudante de campo mandándole capitular, pero la imposibilidad de encontrar á aquel mariscal, uno de los primeros que se lanzó al fuego y de atravesar el espacio acribillado de proyectiles que separaba á los tiradores, retardó á los parlamentarios. Oyese de mas cerca el estampido del cañon: los enemigos pasaron á la vez de Montmartre y Belleville, y podian entrar por asalto en una ciudad desarmada pasando por encima de los cuerpos de sus pocos defensores.

III.

Sin embargo, José quiso engañar hasta el último momento á París, para que no estallase una sedicion contra el imperio, por lo menos mientras estuviesen allí los hermanos de Napoleon. Dirigió al efecto una proclama, en que presentaba á los cinco ejércitos reunidos de los aliados, como una columna estraviada que llegaba de Meaux perseguida por el emperador. Cuando el despotismo se vale de la mentira, tiene que sostenerla hasta la última hora. «Armémonos, decia, yo permanezco con vosotros...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Defendamos esta gran ciudad, sus monumentos, sus riquezas, nuestras mugeres, nuestros hijos y que el enemigo encuentre su ignominia en esos muros, que espera atravesar triunfante.» Los parisienses ociosos esparcidos por sus baluartes y por sus jardines públicos, leyeron aquellas palabras y las creyeron por un momento. El emperador, se decian unos á otros, ataca en este momento por la espalda á esas temerarias vanguardias de la coalicion. Su cañon es el que oimos resonar: sus balas son las que caen hasta nuestros tejados: trae consigo la fortuna que por un momento le habia abandonado. Tales eran las conversaciones que en lo interior de Paris sostenian los partidarios de Napoleon, obcecados con su genio, cuando los hombres de corazon y de patriotismo morian á las últimas descargas de los rusos en las alturas de Belleville y de Menilmontant.

IV.

Durante aquel momento de confianza que la proclama de José daba á la ciudad, aquel príncipe, su hermano Gerónimo y el ministro de la Guerra, Clarke, bajaban de las alturas de Montmartre, se alejaban con toda la velocidad de sus caballos por los baluartes esteriores y atravesaban el bosque de Boloña para llegar á Blois. Los hombres mas comprometidos en el gobierno de Napoleon los seguian. En toda aquella corte, ya no quedaban en Paris mas que los mariscales que defendian las puertas. El Imperio no era ya mas que un cuartel general reducido á capitular para salvar á aquel grande hogar de la patria.

Mortier, atacado hácia el Mediodía por las fuerzas irresistibles de dos ejércitos, ya no tenia municiones para combatir. Iba á ser cortado de Marmont, envuelto, arrollado hasta por las calles de Paris convertidas en teatro

de carnecería. Maldecia y llenaba de imprecaciones á aquella sombra de gobierno, que huia dejando á sus últimos apoyos sin refuerzos, sin artillería y sin pólvora. Por último, recibió la órden de José, y se apresuró á escribir sobre un tambor, en medio del fuego, algunas líneas al príncipe de Schwartzenberg. «Príncipe, decia Mortier, economicemos una sangre inútil. Os propongo una suspension de armas de veinte y cuatro horas, durante las cuales conferenciaremos para ahorrar á la ciudad de Paris los horrores de un sitio. De otro modo, nos defenderemos hasta la muerte.»

El generalisimo austriaco, se apresuró á aceptar la proposicion de Mortier. El fuego cesó por aquella parte. Marmont, aunque tambien habia recibido ya la órden de capitular, continuaba defendiéndose. La confusion de los movimientos, la imposibilidad de comunicarse en medio de las balas, el arrojo de los voluntarios y de los alumnos de la escuela politécnica que servian la artillería, impedian entenderse. Blucher, durante aquellos últimos combates de Marmont, trepaba por las alturas de Montmartre, y desde allí asestaba sus baterías contra París. El mariscal, viendo la capital espuesta al fuego de los prusianos envió al coronel Labedoyere al cuartel general de sus aliados con proposiciones semejantes á las de Mortier. Los caballos de Labedoyere y de su trompeta, fueron muertos al momento que salieron á la llanura. Siete veces los oficiales que como parlamentarios trataron de atravesar el espacio que mediaba entre los dos ejércitos rodaron con sus caballos por el suelo. Solo á las cinco de la tarde, un ayudante de campo, Mr. de Quelen, logró llegar á la aldea de Bondy, cuartel general de Alejandro y del rey de Prusia. Aquellos príncipes despidieron al ayudante de campo con una escolta hasta los puestos avanzados rusos en la Villette. Allí sobre la mesa de un bodegon, al ruido de las últimas descargas de fusilería, firmó una suspension de armas de cuatro horas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Cuando Mr. de Quelen hacia cesar de aquel modo el fuego, Marmont, animado por la presencia de París, y por la conviccion del relevante servicio que trataba de hacer á su emperador y al amigo de su juventud, se quedaba el último en la calle mayor de Belleville, disputando palmo á palmo las casas de aquel arrabal al enemigo. Rota su espada, con un fusil de tiradores en la mano, con el sombrero y el vestido atravesados á balazos, y ennegrecido el rostro con el humo del combate, el que al dia siguiente debian llamar el primero de los traidores, era el último de los héroes. Buscaba la muerte como por un presentimiento de los dobles deberes en que iba á verse colocado, y en donde su fama de fidelidad y de patriotismo, iba á eclipsarse por largo tiempo para su país. La muerte no le buscó. Mientras sus soldados guarecidos en los jardines y en las casas de uno de los lados de la calle, se tiroteaban por encima de su cabeza con los rusos, que ya eran dueños del otro lado, un puñado de granaderos se arrojó á salvar á su general. Replegáronse con él paso á paso y batiéndose hasta la barrera. Uno de los brazos con cabestrillo, una mano atravesada, y cinco caballos que le mataron en la jornada, atestiguaban suficientemente, que si al dia siguiente no hizo bastante por el imperio, habia hecho demasiado aquel dia para la gloria y por la patria. Sin aquellos cuantos granaderos, el ejército no hubiera entrado en París mas que el cadáver de su general.

V.

El silencio del cañon, hizo saber á la ciudad que el armisticio estaba firmado. Las tropas, en número de diez y siete mil hombres, se replegaron detrás de los muros. El pueblo de los arrabales, las recibió con lágrimas de

patriotismo y de admiracion. Olvidábase su causa, y enternecia su heroismo. La Francia lo perdonó todo al valor desgraciado. El mismo Napoleon, maldecido y execrado algunas semanas antes, hubiera tenido un triunfo en su derrota, si en aquellos momentos hubiese entrado en su capital. La compasion estingue el odio; el pueblo estaba enternecido, y perdonaba. Pero la opinion del centro de París, no perdonaba: la Francia cansada de peligros y de hacer sacrificios por su emperador, pensaba en si misma. Preguntábanse si habian de sacrificarse á aquel hombre hasta las cenizas de la capital. Los principales ciudadanos de París, meditaban acerca de sus intereses, su fortuna, y la salvacion de sus mugeres y de sus hijos. El gobierno habia desaparecido con José, Cambaceres, Regnault-de Saint-Jean-de Angely, los ministros, y los grandes cortesanos del emperador, y la opinion pública se sublevaba. Un gran número de hombres de consideracion, banqueros, comerciantes, abogados, y ciudadanos, salian de sus casas, se acercaban unos á otros, se concertaban y se entendian, por su comun deseo de preservar á la patria, y comenzaban á discutir en voz alta, las probabilidades de un arreglo con la Europa. El cañon enemigo habia roto el sello de los corazones y de los labios. Un murmullo general se pronunciaba por la paz necesaria á todos. Como en las revoluciones, se formaba una corriente unánime de opinion, para repudiar á un hombre, que no habia sabido ni cubrir las fronteras, ni preservar el corazon mismo de la nacion en París. La Francia, decian, ¿debe su capital en holocausto á ese insaciable genio de la guerra? Los aliados en sus proclamas, y los soberanos que se hallaban en Bondy, en sus conversaciones, declaraban que no hacian la guerra mas que contra la ambicion de Napoleon. ¿Debia la Francia hacer suya aquella causa y perder hasta su último hombre, por un gefe que habia usurpado su trono, privádola de la libertad y agotado sus venas? ¿Aquel sacrificio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

por la gloria de uno solo, no era un sofisma de abnegacion, un ultrage al verdadero patriotismo? Tales eran las conversaciones de los ciudadanos al ver entrar las mutiladas columnas de Mortier y de Marmont, los carros llenos de heridos, chorreando sangre, y los cadáveres de los intrépidos voluntarios que habian caido en Montmartre por el fuego de los rusos y prusianos.

VI.

Los principales de aquellos ciudadanos se agrupaban á la puerta del mariscal Marmont, y solicitaban hablarle acerca de la apurada situacion de París, y de los peligros de la próxima noche. El mariscal los recibió desarmado, herido, y cubierto de polvo y de sangre. Su aspecto redobló la emocion de las palabras: «El honor y la fidelidad al emperador quedan ya satisfechos, le dijeron sus amigos: el ejército se ha salvado por el armisticio que le da tiempo para atravesar nuestros muros, resguardarse detrás de Paris, y dirigirse hácia el Loira: ¿pero qué va á ser de nosotros? ¿Cuál será la suerte de nuestras mugeres, nuestros hijos, nuestras familias, nuestros ancianos, nuestros hogares, nuestros monumentos, y ese pueblo sin armas y sin víveres, entregado á todas las angustias del hambre, en una ciudad cercada por quinientos mil hombres? ¿Quereis que en las tinieblas de la noche que avanza con rapidez, esta capital tomada por asalto, ó abriendo sus puertas sin condiciones ni salvaguardia, llegue á ser el campo de la carnecería, el saqueo y el incendio de las irritadas hordas del Norte? ¿Colocareis vuestra egoista fidelidad de soldado y de amigo del emperador, al nivel, y aun por encima de vuestros sentimientos de hombre, y vuestros deberes de ciudadano? ¿No teneis tambien esposa, parientes, amigos

y conciudadanos dentro de este recinto? Los azares de la guerra, ponen en vuestras manos en este momento la suerte de París y de la Francia. Es una responsabilidad terrible pero forzosa, que no podeis declinar sin cometer un crímen. París, la capital del mundo civilizado, el corazon de la nacion, no puede ser á vuestros ojos, como uno de esos campos inhabitados ó incultos, que un general abandona ó tala con indiferencia, para obedecer á un plan de su gefe ó á las necesidades de una estrategia.»

VII.

Marmont, convencido, convenia en la necesidad de una capitulacion para París, pero se escusaba con su incompetencia para tomar una resolucion de que dependeria la suerte del imperio: «Yo no soy, decia, el gobierno, ni aun el comandante en gefe del ejército, no soy mas que un teniente del emperador, un soldado de la patria. ¡Con qué título me atreveria á estipular en mi nombre condiciones, que solo á la misma patria, ó al emperador toca admitir! El emperador, segun dicen, se acerca á Fontainebleau: voy á llevarle mis tropas, y hará lo que su penetracion y su autoridad juzguen mas conducente al bien estar del pais.»

Los ciudadanos respondian: «Al pais es á quien corresponde tomar una determinacion. Los ministros de Napoleon han abandonado la capital. ¡Dejaremos arruinar nuestros hogares por un supersticioso respeto á un gobierno que solo ha sabido atraer sobre nosotros la última de las calamidades!» El Consejo municipal de París, consejo de familia que se presenta cuando los gobiernos desaparecen, se unió á los banqueros, ciudadanos y comerciantes que instaban. Marmont fluctuaba entre su deber militar y su deber civil. Obedeciendo al emperador

esponia á París á una de esas catástrofes que hacen desaparecer del suelo á una capital. Obedeciendo al consejo municipal, y á los justos temores de los ciudadanos, perdia á su general y sacrificaba su nombre. Separado del ejército del emperador por los ejércitos estrangeros, no podia recibir mas órdenes que las de la necesidad. Cedió á los sentimientos de su corazon, capituló y abrió las puertas de París: en seguida mandó replegar sus tropas sobre Fontainebleau. En aquel acto, que sustituia una capitulacion á un sitio no hubo traicion ni debilidad. ¿Qué podia hacer un general aislado habiéndose batido hasta el último estremo con diez y siete mil hombres contra trescientos mil? No fué Marmont quien hizo aquel dia traicion á París, sino que París se la hizo á Marmont, no levantándose para su propia defensa. El corazon del imperio no palpitaba ya por Napoleon.

VIII.

En la capitulacion se estipuló, que los cuerpos de ejército, (asi llamaban todavia á aquellos restos), saldrian de la capital el 31 de marzo por la mañana, y que las hostilidades no podrian volver á comenzar hasta dos horas despues de la evacuacion, es decir, á las nueve: que la guardia nacional se someteria á las órdenes de las potencias aliadas, y por último que la capital de la Francia quedaba á la generosidad de los aliados.

La noche fué triste y silenciosa. Solo turbó el sobresaltado sueño de los ciudadanos, el ruido de las ruedas de las cajas de municiones, y los pasos de los caballos de las columnas francesas, que se retiraban suspirando. Pero la noticia de que se habia firmado una capitulacion, tranquilizó á los mas tímidos. Sabian que el prefecto de París, Mr. de Chabrol, y el prefecto de policia

Mr. Pasquier, se habian dirigido al cuartel general del emperador Alejandro, en Bondy, para conferenciar con los vencedores, y ponerse de acuerdo con los generales estrangeros acerca de la ejecucion de la capitulacion. El carácter de aquellos dos magistrados, tranquilizaba á los ciudadanos. Eran de los que sirven con inteligencia y comedimiento á los gobiernos, pero que no hacen mayores esfuerzos de lo posible, ni oponen una resistencia desesperada á la necesidad. Mr. de Chabrol, era un funcionario imparcial, muy apreciado de la capital: Mr. Pasquier, de una antigua raza parlamentaria, era uno de esos hombres, instrumentos útiles en todas las causas, con tal que sirvan para su engrandecimiento y no deshonren su carácter. Uno y otro tenian demasiado presentimiento de la catástrofe del Imperio, para dejarse sepultar entre sus ruinas. Por la misma flexibilidad de sus convicciones, tranquilizaban á París. Se sabia muy bien que no se ostinarian en seguir la suerte de una causa que se hundia. Algunos ciudadanos de los mas impacientes por cambiar de amo, les acompañaron al campo de los aliados, para tantear sus disposiciones, y ver si podian husmear el desenlace. Caulaincourt que corria ya hacia muchas noches por salvar los intereses de su amo, llegaba á Bondy en aquel mismo momento para volver á agarrar el último hilo de una negociacion tantas veces desconcertada por la derrota y por la victoria. Aquellos clientes del emperador Alejandro, que iban á abogar causas tan diferentes, aguardaron á que se despertase para saber lo que la suerte iba á pronunciar por su boca.

IX.

El emperador Alejandro estaba asombrado y enternecido de su victoria. Dictar leyes á las puertas de Pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ris, al pueblo que habia incendiado su capital; tener en su mano la corona ó la abdicacion del conquistador de que habia sido el amigo y casi el adulador, era para estasiar á un alma vulgar: pero Alejandro tenia una alma grande. Como las almas magnánimas, cifraba su gloria, no en la venganza sino en la generosidad. Las represalias contra un pueblo ó contra un hombre vencido, le parecian lo que son, una perversidad del triunfo. Aunque aquel príncipe participaba de la flexibilidad de la raza griega, y del fanatismo de las razas del Norte, tenia tambien la grandiosidad teatral de las razas heróicas del Oriente. Queria imitar á la antigüedad, no con destrozos, sino con virtudes. Aspiraba á la civilizacion: respetaba á la humanidad; adoraba profundamente á la Providencia, de la que se creia instrumento para libertar al mundo del despotismo que Napoleon hacia pesar sobre la independencia de los pueblos ya hacia quince años, y sobre las libertades del espíritu humano. Jóven, hermoso, adorado con la vista, aunque llevaba impreso en sus funciones el sello de la melancolía de un recuerdo, imponia con una sencillez magestuosa. Procuraba mas bien agradar á los franceses que vencerlos, y parecia que les pedia le perdonasen sus triunfos. Deseaba que la Francia viese en él, no un bárbaro sino un admirador, no un vencedor, sino un libertador y un amigo. A aquella dulzura de carácter, á aquella gracia que se escusa de su fuerza, el emperador Alejandro reunia una adoracion exaltada á la divina Providencia. Su apasionado y caballeresco corazon, se habia impregnado de dulzura y de tristeza por algunas mugeres idolatradas. El cansancio de los placeres, estinguiendo en sus sentidos desde muy temprano la voluptuosidad, los habia reemplazado en su alma con un platonismo piadoso, y un amor inagotable á lo infinito. Una muger todavía hermosa, especie de Sibyla cristiana, madama de Krudener, seguia correspondencia con él. Le profetizaba el papel de Constantino de un nuevo cristianismo. En el alma religiosa de Alejandro se hallaban mezclados, el fanatismo de la ortodoxia griega, las doctrinas del filósofo católico Maistre, que habia residido mucho tiempo en su córte, las luces de la filosofía racionalista de la Francia, y por último, la ilustrada piedad de madama de Krudener. Grande eclecticismo, cuyo culto era vago, pero en el que Dios inflamaba su corazon. Todo papel sublime necesita grande inspiracion. Segun iba engrandeciéndose el suyo, aumentábase aquella, y sus pensamientos se elevaban á Dios: le daba gracias por haberle concedido el triunfo, y buscaba ardientemente en su alma el santificarle ante el Ser Eterno con beneficios á la humanidad.

X.

Tales eran las verdaderas disposiciones del emperador Alejandro en el momento en que se despertaba vencedor á las puertas de París. Admitió á su audiencia á los magistrados, gefes de la guardia nacional, y particulares. Parecia que el conquistador era el que suplicaba: «Deploro esta guerra, les dijo, no la hago á los franceses sino al hombre que abusa de su nombre y de su sangre para oprimir á la Europa. El es quien fué á provocarme hasta el centro de mi imperio, á talar mis provincias, sacrificar mis pueblos, é incendiar mis ciudades. La justicia de Dios me trae hoy al pie de los muros de donde partió la agresion. No me aprovecharé de este favor que la Providencia ha dispensado á mis armas, mas que para reconciliar á la Francia con las naciones, y devolver la paz al género humano.

El emperador prometió en seguida proteger la capital, y dirigiéndose á los gefes de la guardia nacional, los autorizó para que conservasen su organizacion y sus ar-

mas, para que en union de sus tropas velasen por la seguridad pública y doméstica.

Durante esta conversacion, su ministro Mr. de Nesselrode, avisaba secretamente á Mr. de Tayllerand, que Alejandro deseaba conferenciar con él, y que cuando entrasen los ejércitos aliados en P arís, iria á parar á su palacio.

XI.

Nada anunciaba en la fisonomía de París, la consternacion de una capital que aguarda á su vencedor. Los baluartes, los arrabales y las calles, estaban llenos de una multitud inmensa, cuyos rostros espresaban mas curiosidad que tristeza. Todo es espectáculo para semejante ciudad, hasta su misma humillacion. Sin embargo, forzoso es decirlo, lo que hacia aquella humillacion menos visible, era la opinion del pueblo y de la inmensa mayoría de los ciudadanos. No era la Francia la que les parecia vencida sino el emperador. Decian con verdad: «No es el enemigo quien triunfa de ella, nosotros somos los que le dejamos caer. Si no hubiese llevado la usurpacion de todos nuestros derechos y la tiranía de todas nuestras libertades hasta ese estremo que hace doblegarse el patriotismo ante la dignidad de hombre, la Francia, levantándose como en 1792, hubiera rechazado hasta sus capitales, á esos soberanos profanadores de su suelo. Hemos sido invadidos porque lo permitimos, somos vencidos en el hombre que es nuestro gefe: pero cuando este se halle ya fuera de combate, volveremos á conseguir la victoria, recobrando la libertad, y con ella la voluntad de apresternos á la lucha.» Leíase ademas en todos los semblantes y se leia en todas las conversaciones, el ardiente deseo de saber cuál seria la suerte que aquel dia tenia reservada á la patria. ¿Volveria á levantarse en la capita

aquel poder militar que no habia podido preservarla?... ¿Cuál seria el gobierno que su caida iba á imponer ó á dejar elegir á la Francia? Aquellos pensamientos preocupaban de tal modo los ánimos, que apenas les permitian meditar sobre la inmensidad de semejantes reveses, y la ignominia de la ocupacion. Las controversias de los ciudadanos entre sí, sobre las eventualidades del porvenir, y sobre la preferencia de tal ó de cual reinado, daban á París una animacion, un movimiento y un murmullo, que convertian aquel dia de degradacion, en uno de fiesta ó en un espectáculo.

Solo el pueblo de los cuarteles populosos y de los arrabales, llevaba retratada en su fisonomía la rabia de la patria y la consternacion del ciudadano. Aquellos hombres sencillos, estraños á los debates políticos para la eleccion de los gobiernos, no tienen mas opinion que la patria. Familias de las que salen y en las que vuelven á entrar los soldados, se interesan especialmente en las luchas, en las derrotas ó en las victorias de sus hermanos. Los soldados de Mortier y de Marmont, hambrientos, heridos, y padeciendo estremadamente, habian pasado la noche en los arrabales, y al retirarse por aquellas calles, habian inspirado en ellos una compasion muy viva de sus miserias, un odio fanático al estrangero, y una sorda indignacion contra la capitulacion que entregaba París á merced de los enemigos, y obligaba á las tropas á emprender la retirada. Algunos grupos de aquellos hombres del pueblo á quienes el rey José habia mandado distribuir picas aunque en corto número, blandian sus armas, protestando contra la cobardia de la ciudad, y lanzaban imprecaciones contra los hermanos de Napoleon y los ministros que habian huido. Pero aquellas imprecaciones espiraban entre el silencio y la resignacion de la multitud. Nadie se armaba para defender á la capital, temiendo que se creyese se armaba en defensa de Napoleon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XII.

A las diez de la mañana, con un sol de primavera, y por entre una multitud tranquila, como si asistiese á una revista de la Europa, comenzaron á desfilar por París los ejércitos coaligados. Aquellas tropas, descansadas de marchas y de combates ya hacia muchos dias, habian tenido tiempo de quitar de sus ropas y de sus armas, las señales de las marchas y de las batallas. Los hombres, los caballos, los cañones, ostentaban gran lujo militar, y mucho oro y acero. Todos los regimientos rusos, prusianos, austriacos, y alemanes, parecian que acababan de salir de sus cuarteles para que les pasasen revista sus soberanos. Doscientos cincuenta mil hombres, caballería, artillería, é infantería, marchaban en columnas cerradas de treinta hombres de frente, por todas las avenidas del Norte y del Este de París, y penetraban por sus puertas al sonido de los tambores y músicas militares.

Algunos pelotones de cosacos y de caballería oriental del Cáucaso, precedian al ejército como para abrirle paso por las principales avenidas de la capital. Al verlos, el pueblo de los cuarteles de la Bastilla, se puso en conmocion, y como en señal de desafio prorumpió en el grito de ¡Viva Bonaparte!.... Algunos hombres armados salieron de aquella multitud y se arrojaron sobre un ayudante de campo del emperador Alejandro, que iba á preparar su alojamiento. «¡A nosotros, franceses, gritaban desesperados, el emperador Napoleon llega!.... aniquilemos al enemigo!....» El pueblo no hace caso, se interpone la guardia nacional, y levanta á algunos oficiales heridos, protegiendo al destacamento. Bien pronto aparecen en los baluartes las cabezas de las columnas.

Las calles de los paseos de árboles, los balcones y los tejados de las casas eran como otras tantas gradas de un

circo, cuyos inmensos y silenciosos espectadores, presenciaban el desenlace del drama europeo de diez años. El gran duque Constantino, hermano del emperador Alejandro, marchaba á la cabeza de la caballería rusa, montado en un brioso corcel. Aquel príncipe de rostro tártaro, mirada azorada, la voz bronca, y el gesto soldadesco, representaba la guerra bárbara, evocada desde el fondo de los desiertos del Norte para refluir sobre el Mediodía. Pero sometido como un esclavo domado y afecto á su hermano, el gran duque Constantino imponia á sus escuadrones la disciplina y la humanidad de los dias de paz.

XIII.

El emperador Alejandro, mientras su hermano conducia lentamente sus treinta mil caballos hácia los Campos Elíseos por los baluartes, habia ido con todos sus generales á reunirse con el rey de Prusia en la barrera de París para hacerle participar del triunfo, como habia participado de la victoria. Los maires de París se presentaron y le recomendaron la capital.

«La suerte de las armas me ha conducido hasta aquí, les contestó Alejandro. Vuestro emperador, que fué mi aliado, me ha engañado dos veces. Estoy muy distante de querer causar á la Francia los males que me ha hecho. Los franceses son mis amigos, y quiero probarles que vengo á devolverles bien por mal. Napoleon es mi único enemigo. Protegeré á París, respetaré sus habitantes, y sus monumentos: no haré permanecer en él mas que tropas escogidas, y conservaré la guardia nacional, que es la flor de vuestros ciudadanos. De vosotros depende únicamente el asegurar vuestra suerte para el porvenir.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XIV.

Alejandro, con aquellas palabras indicaba bastante claramente cual debia ser la única víctima del acontecimiento. Era evidente que Napoleon, su único enemigo, debia ser sacrificado á la paz. Pero el vencedor no lo decia.

Despues de aquellas palabras admirablemente calculadas para esplorar y prevenir la opinion contra el único obstáculo para la reconciliacion del mundo, Alejandro y el rey de Prusia guiaron lentamente sus caballos hácia la puerta de San Martin. Una numerosa y brillante comitiva de soberanos de segundo órden, príncipes y generales les seguia. Marchaban entre un regimiento de cosacos regulares del Don, cuyo aspecto oriental asombraba la vista, y los regimientos de su guardia. Aquellas tropas, por la hermosura de los caballos, por la talla de los hombres del Norte, por la limpieza, la elegancia y riqueza de los uniformes, de los arneses y de las armas, contrastaban con la caballería flaca y los cuerpos encorvados por las marchas y los uniformes sucios con el polvo y la sangre del puñado de heróicos franceses que París habia visto la víspera por la noche atravesar sus muros. Los tambores, trompetas é instrumentos de las músicas militares llenaban las calles de sonidos belicosos, alegres para ellos, tristes para los franceses. Las calles que conducen desde las barreras al arrabal de San Martin, miradas desde los balcones, parecian un rio de acero.

En el sitio en que el ancho arrabal desemboca en los baluartes por la puerta triunfal de Luis XIV, las columnas, obstruidas por la inmensa multitud de la ciudad de París que habia acudido de todos los cuarteles del Mediodía y del Oeste, fluctuaron un momento como detenidas

por aquel flujo del pueblo. Por último, á duras penas se abrieron paso por la avenida que conduce á los Campos Elíseos. Jamás se habia visto París inundado por semejante Océano de sables, bayonetas y cañones que llenaban sus calles y sus plazas. El pueblo, tantas veces engañado por los boletines del emperador, que no le hablaban mas que de las victorias de sus armas y de las derrotas de sus enemigos, veia, en fin, con sus propios ojos la dolorosa verdad: la Francia, desarmada y estenuada, la Europa armada é inagotable. Aquel espectáculo le desprendia del emperador. Las masas solo juzgan por sus sentidos: la fuerza visible las arrastra hácia el lado de la fortuna. La multitud, en un principio muda y consternada, comenzaba á creer en la caida completa de Napoleon. Desde el convencimiento de la caida hasta la maldicion de su fatal poder, no habia que hacer mas que una señal; y algunos realistas la dieron en efecto.

XV.

Cuando los soberanos, el emperador Alejandro, el rey de Prusia, el príncipe de Schwartzenberg, los generales, los ministros y los embajadores, todos á caballo, llegaron á la parte de los baluartes en donde desembocan los cuarteles mas opulentos de la ciudad, varios grupos prorumpieron en los gritos de ¡*Viva el rey*!... Aquel grito, ahogado desde 1791, desconocido para las nuevas generaciones, asombró al principio como un eco de otro siglo. El pueblo apenas comprendia su sentido: por largo tiempo permaneció aislado. Los mismos soberanos, aunque secretamente inclinados á aceptarle, miraron al parecer aquella manifestacion como prematura; evitaron el sonreirse y pusieron un semblante adusto. Hicieron seña con la mano á algunos nobles que le habian proferido para que suspendiesen y reservasen tan peligroso entusiasmo. Pero bien fuese sincera aquella muda reco-

mendacion de prudencia en la actitud de los soberanos, ó ya fuese una provocacion mas delicada y mas hábil para que el pueblo espresase su voluntad, lo cierto es que no fué obedecida. Los grupos entre los que habia muchos republicanos mezclados con jóvenes partidarios de los Borbones, quisieron arrancar á los soberanos y á su comitiva una señal de consentimiento de aquel grito. En derredor del emperador y del rey de Prusia algunos generales y ministros, menos temerosos de comprometerse que sus soberanos, alentaban visiblemente con sus miradas, su sonrisa y su gesto aquellas aclamaciones que los vengaban del imperio. A medida que el estado mayor de los aliados iba penetrando en los cuarteles de la nobleza, de los banqueros, de las artes, el comercio y el lujo, aquellos gritos iban en aumento. Los grupos que los proferian se engruesaban cada vez mas. Algunos jóvenes y mugeres, agitando pañuelos blancos, los enseñaban á los aliados como una bandera que les recordase una causa hasta entonces enmudecida. Los mas exaltados, olvidando la prudencia personal y la dignidad de un pueblo vencido, se arrojaban al pretal de los caballos de los soberanos, les abrazaban las botas, agarraban las riendas, juntaban las manos, clavaban los ojos en su rostro, y parecian suplicarles pronunciasen una palabra que les librase del yugo del imperio, y que les devolviese los reyes de sus padres. Repartian escarapelas blancas entre la multitud y ponian cintas blancas en las puntas de los bastones. Las señoras, asomadas á los balcones, respondian á aquellas voces y señales con otras exactamente iguales. Aplaudian á los realistas, se inclinaban cuando pasaban los soberanos, ponian colgaduras blancas en las ventanas y balcones, alzaban en sus brazos á los niños y propagaban con sus voces las de ¡*Vivan nuestros libertadores*!... ¡*Abajo el tirano*!... ¡*Vivan los Borbones*!... Las casas no ofrecian mas que un color y una voz.

XVI.

El pueblo de aquellos cuarteles parecia asombrado y como indeciso entre la humillacion de ver su capital en poder de los ejércitos y la novedad del espectáculo. Napoleon era á sus ojos el culpable de aquella invasion que profanaba el recinto de su ciudad. La actitud tranquila y afectuosa de los soberanos, la disciplina de sus tropas, la finura de los generales, la modestia de los vencedores, la maravilla de aquella capital respetada, de los hogares tranquilos, de aquellas demostraciones pacíficas, de aquellos monumentos y almacenes que habian quedado abiertos, sin que mano alguna osase atentar contra las riquezas de que estaban llenos, aquella Guardia nacional armada que era el valladar para contener á las hordas del Norte, aquella policía, aquella seguridad, aquellos semblantes apacibles, aquellas señales de regocijo, aquellas banderas de fiesta en una ciudad largo tiempo amenazada, ocupada mas bien que conquistada, hacian pasar al pueblo de la consternacion al reconocimiento y al entusiasmo de su seguridad en aquel desquiciamiento de su imaginacion y de sus sentidos. El menor impulso debia conducirle á los partidos mas inesperados la víspera. Sin saber en realidad lo que significaban aquellas señales, aquellas banderas, aquellos gritos de realismo, se asoció á ellos suave y ciegamente y como por complacer á cierto desconocido, que le presentaban por solucion de aquellas incertidumbres. Sin embargo, aquel movimiento realista concebido en algunos palacios, intentado por la mañana por algunos jóvenes y viejos de la antigua nobleza, favorecido por algunos literatos y consentido y fomentado por algunos ambiciosos, presurosos á desertar del Imperio y presentar sus servicios á nuevos reinados, no se comunicaba al pueblo sin

BIBLIOTECA

murmullos ni resistencia. Unos se ruborizaban de manifestar su odio real y profundo contra el imperio, como un homenage vergonzoso y exigido por sus vencedores. Otros creian que semejantes manifestaciones eran irreflexivas, imprudentes, y que quizá al dia siguiente se convertirian para Paris en listas de proscripcion. La mayor parte ignoraban por qué se entusiasmaban los realistas de aquel modo. Niños en tiempo de la república, jóvenes en el del Consulado, y hombres en el del Imperio, no conocian mas historia de su pais que la revolucion, las conquistas y los reveses del emperador. Los amigos de la familia ausente de los Borbones solo con mucho trabajo y como por sorpresa de la opinion, consiguieron ofrecer á los ojos del emperador de Rusia una apariencia de voto nacional en favor de la Restauracion. Solo una cosa era sincera y profunda en el pueblo reflexivo: el cansancio del imperio y el odio á la tiranía.

XVII.

El desfile de los ejércitos duró una parte del dia. El emperador de Rusia y el rey de Prusia, constantemente cercados y asediados por un puñado de realistas, pasaron por fin de la reserva y de la indecision á manifestaciones mas claras. Habian tenido algunas conversaciones, aunque cortas, con los hombres mas próximos á ellos. Parecia que se hallaban penetrados de la opinion que los rodeaba. Aquella opinion y aquellos recuerdos estaban representados por individuos que llevaban los mejores nombres de la monarquía ó que gozaban de la mayor reputacion en las letras: los Montmorency, los Levis, los Hautefort, los Choiseul, los Kergolay, Chateaubriand, Fitz-James, Adhemar, Noailles, Boisgelin, Talleyrand de Perigord, Juigne y Virien. Aquellos hombres suplian al número por la energía y la audacia del fanatismo por su causa. Su adhesion á los soberanos de la antigua raza de los Borbones era un culto mas bien que una simple preferencia. Querian reconquistar menos su poder que su historia con los reyes de su pasado. Por la mañana, antes que la presencia de las tropas estrangeras les asegurase el patronato de los coaligados, habian arriesgado temerariamente su vida agrupándose á pie ó á caballo en la plaza de la Concordia y enarbolando solos una enseña que el pueblo podia tomar por un signo de traicion y castigar con la muerte. Pero llevados de la impaciencia y sabiendo que en las revoluciones es necesaria una abnegacion que no vuelva la vista atrás, habian jugado la vida por su recuerdo. Muertos por el pueblo ó por Napoleon, si sucumbian no tenian mas salvacion que en la complicidad del emperador Alejandro. Era necesario arrancársela, é iban á conseguirlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LIBRO QUINTO.

Napoleon en la aldea de la Cour-de-France, cerca de Paris, el dia 30 por la noche.—Encuentro de las tropas francesas en retirada, del general Belliard y del emperador.—El emperador sabe la capitulacion de Paris.—Indignacion de Napoleon.—Envia á Caulaincourt á Paris.—Infructuosa tentativa de Caulaincourt para entrar en Paris.—Su regreso al lado del emperador.—Le envia por segunda vez á avistarse con los aliados.—Napoleon se dirige á Fontainebleau.—Encuentro del duque Constantino y de Caulaincourt en las barreras.—Hace entrar á Caulaincourt en Paris.—Le recibe Alejandro.—Entrevista de Alejandro y de Caulaincourt.

I.

La noche que precedió á la entrada triunfal de los soberanos estrangeros en Paris ¿qué hizo Napoleon?

Ya hemos visto, que despues de mandar la reunion de los restos de su ejército á marchas forzadas el 2 de abril al pie de los muros de Paris, salió de Troyes el 30 de marzo al rayar el alba, y que acompañado únicamente de Berthier su mayor general, y de Caulaincourt, su negociador íntimo, se habia precipitado con toda la velocidad de sus caballos hacia Paris. Incierto de los reveses ó de los triunfos de Marmont y de Mortier, temblaba por el corazon de su imperio, por su esposa, su hijo, sus hermanos, su trono y su gloria. Esperaba que su presencia y su nombre valdrian tanto como un ejército para Paris. No pedia al tiempo mas que dos dias, y un plazo al destino. Si el tiempo y el destino se lo hubiesen concedido, sesenta mil hombres concentrados al pie de las murallas, una artillería inmensa, fáciles refuerzos, y un impulso popular comunicado por sus soldados, uno ó dos encuentros brillantes de sus armas con Schwartzenberg ó Blucher, y las negociaciones vueltas á entablar por Caulaincourt sobre la base de las de Chatillon, podian dejarle todavía, no la grandeza, pero si el trono. Ya no disputaba acerca de la necesidad de la paz: apresurábase á asirla despues de haberla despreciado tantas veces. Pero la paz, el imperio, el trono y la gloria, iban á escapársele á un mismo tiempo. Corria para saber cuanto antes la sentencia del destino que tantas veces habia dictado, y que entonces se convertia contra él.

II.

En dos horas, el carruage que la casualidad le habia proporcionado cerca de Montereau, le condujo al galope por los caminos rurales de aquellas llanuras, por entre las aldeas de Esoune y de Villejuif, hasta las puertas de Paris. Se apartó de Fontainebleau temiendo encontrar ocupada la ciudad por los destacamentos de las tropas de Schwartzenberg. En los caminos desiertos por donde su guia le conducia, nadie pudo decirle una palabra precursora de lo que iba á saber acerca de la suerte de Paris y de sus ejércitos. La noche era muy oscura, el frio glacial, y el emperador caminaba silencioso entre sus dos últimos compañeros de fortuna. Aquel carruage contenia al dueño del mundo que corria delante de su destino.

Detúvose en la aldea de la Cour-de-France, situada sobre la última cresta que domina el curso y el valle del

Sena por un lado, y por otro el curso y el valle del Esoune. Pero la oscuridad no dejaba percibir á derecha é izquierda de aquellos dos grandes horizontes, mas que el lejano resplandor de las hogueras del vivac, que se estendian en linea por los collados de Villeneuve, Saint-Georges y de Charenton, y se prolongaban hasta las orillas del Sena, sin que el emperador pudiese saber, si aquellos fuegos eran los de Mortier y Marmont, ó los del campamento enemigo.

III.

Se arrojó del carruage, y corrió á la casa de postas para informarse de lo que tanto deseaba y temia saber. Antes de encontrar á quien preguntar, vió á larga distancia algunos soldados desbandados que por la ancha calzada de la aldea se dirigian hácia Fontainebleau. Se asombra y se irrita: «¿Cómo, esclama, no se dirigen esos soldados hacia Paris?. . » El general Belliard, uno de los tenientes mas adictos al emperador, al oir sus espresiones salió y le dió la infausta noticia de aquella marcha retrógrada. Paris ha capitulado, los enemigos entran en él mañana, dos horas despues de salir el sol, y esas tropas son los restos de Marmont y de Mortier, que se replegan sobre Fontainebleau, para reunirse con el emperador y el ejército de Troyes.

Un largo silencio fué la única respuesta de Napoleon, semejante al que sucede al ruido de un hundimiento. Alli se abismaba su única esperanza. Varias veces se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor frio que la inundaba, y luego, como un hombre que reune todas sus fuerzas para igualarlas con la inmensidad de su infortunio, compuso su semblante, aseguró su voz, dominó su carácter, y aparentando contra los hombres una cólera, que solo debia dirigir contra los acontecimientos, prorumpió en vituperios é imprecaciones contra sus tenientes, contra sus ministros y contra su hermano, cuya impericia y falta de carácter habia dejado que se le anticipasen los enemigos. Paseábase apresuradamente por la espaciosa y desigual plaza que da frente á la posada, seguido de Caulaincourt, Berthier y Belliard. Se detuvo un momento, avanzó, y luego pareció titubear y retrocedió. En su marcha unas veces rápida y otras lenta, se descubria la indecision, los arrebatos, los cambios y todos los confusos movimientos de su pensamiento. Sus tenientes se miraban y no se atrevian á mezclar sus advertencias en el consejo que celebraba consigo mismo. Despues volvió á preguntar:

«¿En dónde está mi esposa? ¿En dónde mi hijo?.. ¿En dónde el ejército?.... ¿Qué se ha hecho la guardia nacional de Paris? ... ¿Y la batalla que debia sostenerse mientras hubiese un solo hombre al pie de las murallas de Paris? ¿Y los mariscales Mortier y Marmont, en dónde se hallan?...» Le contestaban y no escuchaba las respuestas. «La noche es mia, esclamaba, el enemigo no entra hasta por la mañana. ¡Mi carruage!.. ¡mi carruage!.. ¡marchemos al instante!.. ¡Anticipémonos á Blucher y Schwartzenberg!.... ¡Que me siga Belliard con la caballeria!.... Peleemos hasta en las calles y las plazas de Paris. Mi presencia, mi nombre, la intrepidez de mis tropas, y la necesidad de seguirme ó de morir despertarán de su letargo á Paris. El ejército que me sigue llegará en medio de la lucha, y atacará á los estrangeros por la espalda, mientras nosotros lo hacemos de frente. Vamos, quizá me aguarda una fortuna en mi último revés.» Y con la voz y sus ademanes daba prisa para que enganchasen los caballos que habia pedido.

Berthier, Belliard y Caulaincourt, consternados de la estension de un desastre que no le habian revelado mas que á medias se estremecian con la idea de una lucha de esterminio en el recinto de una capital. Aquella era la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

guerra antigua con sus incendios, sus matanzas y sus pueblos y ciudades borradas de la superficie de la tierra: viéronse, pues, obligados á recordarle, que el derecho de gentes y la humanidad se oponian á un designio tan estremado y funesto. Le confesaron que el ejército de París y los generales estaban ya ligados por un convenio que los obligaba á replegarse hacia Fontainebleau. «¡Que insensatos son, contestó Napoleon hablando consigo mismo, José y mis ministros!... ¿Qué?.. con una artillería formidable en sus parques, no han podido colocar mas que una batería de seis piezas en Montmartre, con escasas municiones?.... Allí debia haber doscientas piezas, ¿qué han hecho?.... Hombres sin corazon y sin cabeza, que todo lo dejan perder en donde yo no estoy.»

IV.

Volvió á pedir con mas premura un carruage y caballos para correr en auxilio de la capital. «Quiero entrar en ella á toda costa, decia, y no salir sino muerto ó vencedor.»

Pero mientras se entregaba á aquel acceso de cólera, de impaciencia y de heroismo á presencia de aquellos tres compañeros de fortuna inmóviles delante de él, iban llegando sucesivamente por el camino de París, generales, coroneles, soldados de la guardia de caballería, en grupos y en retirada; se detenian al oir su nombre, echaban pie á tierra y se agrupaban tristemente en derredor de su emperador. Los fué interrogando uno á uno, y por ellos supo alternativamente, los pormenores de la jornada, la retirada de sus cuerpos, la pérdida de sus regimientos, y la separacion de sus fuerzas. Los cadáveres de cuatro mil hombres, yacian esparcidos en las afueras de París.

Al escuchar aquellas relaciones que se confirmaban y agravaban unas con otras, Napoleon renunció por fin á volver á París con los restos de su ejército. Pensó en negociar todavía por un resto de imperio, antes que el enemigo ocupase su propio palacio: se acordó de que fué amigo de Alejandro, y de que era yerno del emperador Francisco. Creyó que sus títulos y la sombra de su nombre, contendrian á tiempo la última profanacion de su corona. Llamó aparte á Caulaincourt, le mandó hiciese ensillar un caballo, y que antes de romper el alba estuviese en el cuartel general de los aliados. «Corred á rienda suelta, dijo á su negociador confidencial, corred: estoy entregado y vendido.... Ved si tengo todavía tiempo para intervenir en el tratado que se firme ya quizá sin mí y contra mí. ¡Os doy plenos poderes!... No perdais un minuto.... Aquí os aguardo. Volved al instante á anunciarme mi suerte.» Partió Caulaincourt y atravesó á galope la corta distancia que le separaba de Villejuif. Napoleon mandó á Belliard que hiciese vivaquear las tropas al otro lado del rio de Esoune, segun fuesen llegando. En seguida entró en la posada acompañado de Belliard y de Berthier.

V.

Caulaincourt, en cuanto llegó á los puestos avanzados del enemigo, se dió á conocer y pidió en vano paso en nombre de la mision que llevaba del emperador. Vióse, pues, obligado á desistir de su empeño, y dos horas despues de su partida, regresó al lado de su amo para anunciarle la inutilidad de sus tentativas. Pero nada hace desistir á Napoleon, que quiere intervenga su nombre en el tratado, ya como emperador ó como general. Un tratado en que fuesen omitidos su nombre y sus intereses, seria un destronamiento pronunciado. No dejó á Caulaincourt

BIBLIOTECA

mas tiempo que el necesario para que tomase otro caballo, y le volvio á enviar para que tentase otro camino. «¡Miserables!... esclamaba mientras Caulaincourt se enjugaba el sudor de la frente: ¡cobardes!... No les pedia mas que se sostuviesen veinte y cuatro horas... ¡Y Marmont que habia jurado dejarse hacer pedazos al pie de las murallas de París!... Y mi hermano José, dando á mis tropas el ejemplo de la retirada.... Y sin embargo sabian, que pasado mañana, el 2 de abril, llegaria á las puertas con sesenta mil hombres.... ¿Y mi valiente guardia?... ¿y mis colegios militares?... ¿y los entusiastas voluntarios de la guardia nacional que me habian jurado defender á mi esposa y á mi hijo?... ¡Han capitulado!... ¡Han hecho traicion á su hermano, á su país, y á su soberano!... ¡Han deshonrado á la Francia en Europa!... ¡Han permitido á columnas enemigas seguidas por mí, entrar sin combate en una ciudad de un millon de almas!...

Luego, dirigiéndose á Caulaincourt: «¡Apresuraos, marchad, marchad!... Forzad la puerta del emperador Alejandro. Firmaré cuanto estipuleis con ellos. ¡En vos cifro mi esperanza!... Esta noche decide la suerte del imperio y la mia.

Despues de estas palabras entrecortadas, el emperador alargó la mano á Caulaincourt, que la estrechó entre las suyas y la llevó á sus labios. Avanzaba la noche, y Caulaincourt volvió á galopar entre las tinieblas dirigiéndose por otro camino hacia París, cuyos fuegos veia al frente.

VI.

Renunciando Napoleon por el pronto á toda tentativa armada contra París, montó á caballo, y volvió á tomar lentamente y en silencio el camino de Fontainebleau, palacio de su felicidad, de sus cacerías y de sus fiestas.

Un grupo de oficiales generales, le seguia abismado en las mismas reflexiones. El emperador llegó al rayar el alba, á aquella desierta mansion de Francisco I. Como si quisiera ya amoldarse á las proporciones de su nuevo destino que iba estrechándose, y abdicar sus pompas ante su imperio, prohibió que se le abriesen las grandes habitaciones. Se alojó mas como particular que como soberano, en un entresuelo del ángulo del palacio. Los balcones daban al jardin, sombreado por aquel lado por un bosque de abetos. Una escalera con algunos escalones, bajaba desde la habitacion á un parterre reservado, separado por una cerca del jardin real. Aquel parterre, cuyos arbustos apenas comenzaban á echar botones al aproximarse el mes de abril, se asemejaba mucho á los cementerios de la Córcega y de Toscana, cercados de paredes y con algunos cipreses. Aquella conformidad del sitio y de la suerte, habia sin duda impulsado instintivamente á Napoleon, á refugiar su destino en aquel ángulo del palacio.

Segun iban llegando las tropas de París por diferentes caminos y las de Troyes por Fossard, se acantonaban en la ciudad y aldeas inmediatas. Pero sigamos á Caulaincourt

VII.

Nada esperaba obedeciendo por segunda vez la órden de su amo, que la desgracia le hacia mas imperativa. A cada momento era detenido é interrogado por oficiales, soldados y amigos de Napoleon, fugitivos de París, que le preguntaban en dónde estaba el emperador. «Nos hemos batido por él hasta esta noche, gritaban las tropas, que se presente. Si vive, que nos digan lo que quiere, todavía estamos dispuestos á batirnos. ¡Que nos vuelva á llevar á París!... El enemigo no entrará sino pisando el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cadáver del último soldado francés!. . Si ha muerto, que nos lo digan tambien, y que nos conduzcan al frente del enemigo: nosotros le vengaremos.»

Tales eran las disposiciones de las tropas, tan diferentes de las del pueblo: con los rostros tostados, los labios crispados, los ojos ensangrentados, los brazos con cabestrillos, y los zapatos destrozados por las marchas, aquellos soldados, sentados en la orilla de los fosos, ó arrastrándose por el lodo de los caminos daban por su aspecto un carácter de desesperacion y de desolacion á su adhesion por su emperador. Cuando Caulaincourt les decia que Napoleon vivia y los aguardaba en Fontainebleau le contestaban con voz casi apagada. ¡Viva el emperador!... y volvian á emprender con mas celeridad el camino para reunirse á él.

Mientras las últimas filas de su ejército protestaban con sus últimos acentos contra la ingratitud, los gefes civiles y militares con quienes habia compartido los despojos del mundo, se ponian de acuerdo con los vencedores, y daban su trono por rescate de sus títulos y de sus tesoros.

VIII.

Los rusos estaban acampados en los caminos que desembocan en las barreras de Melun, Orleans y Chartres. Un cordon de tropas de todas las naciones rodeaba á París. Al amanecer, Caulaincourt se encontró en medio de aquellas tropas, prontas á apoderarse de su presa. De todos los vivaques salia un murmullo de alegría y de orgullo. Los instrumentos militares y la voz de los oficiales llamaban á los soldados á la entrada triunfal en aquella capital, que el sol iba á iluminar. Aquel júbilo cubria de luto los ojos y el corazon de aquel negociador errante de Napoleon. Rechazado segunda vez por todos los puestos, se refugió durante todo el dia, á una de aquellas quintas aisladas, que se elevan en medio de las espaciosas llanuras que rodean á París. No salió de allí hasta la caida de la tarde, en que el silencio de los tambores y trompetas le hizo comprender que los ejércitos estrangeros habian entrado ya en la ciudad. Pensaba que ocupado París, cesarían las prohibiciones que le habian detenido, que se le abririan las puertas y podria penetrar hasta el emperador Alejandro. Rechazado otra vez, se desalentaba é iba á emprender el camino de Fontainebleau. Una casualidad le hizo encontrar el carruage del gran duque Constantino, hermano del emperador de Rusia que iba á atravesar las barreras. Aquel príncipe conoció á Caulaincourt que habia sido mucho tiempo embajador de Napoleon en Rusia, y le trató como á un amigo desgraciado. Le confesó que los criados de Mr. de Talleyrand, en cuya casa estaba hospedado Alejandro, habian tomado las precauciones mas serias é inflexibles, para cerrar el acceso del gabinete de los soberanos, á cualquiera emisario de Napoleon. Pero vencido por las súplicas y el sentimiento de Caulaincourt, Constantino se atrevió á violar la consigna de aquella política. Le hizo subir en su carruage, le puso con sus propias manos, un ropon ruso con pieles, y disfrazado de aquel modo le condujo hasta los Campos Elíseos, inmediatos al palacio de Mr. de Talleyrand. Allí le dejó solo en su carruage custodiado por cosacos, y desde el fondo de aquel desconocido birlocho, el embajador de Napoleon asistió durante una parte de la noche, á la tumultuosa concurrencia de diplomáticos, generales y hombres políticos, que la hora decisiva y el consejo aun no resuelto del emperador de Rusia y del rey de Prusia, conducian á la puerta del palacio en donde la suerte iba á pronunciar su fallo. El gran duque Constantino detenido por su hermano, no volvió á presentarse en la portezuela del carruage, hasta concluirse la noche: habia por fin ob-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tenido de Alejandro el permiso de introducir al último representante de Napoleon. Caulaincourt bajó, y con aquel disfraz, y la proteccion del gran duque, atravesó los salones llenos de enemigos de su amo: pasó sin que le conociesen y fué recibido por Alejandro.

IX.

El emperador estuvo familiar, magnánimo y compasivo. Animó á Caulaincourt para que cobrase confianza, por la misma que le manifestaba. Se acordó de sus antiguas simpatías por Napoleon, y manifestó deseos de tratarle con la consideracion que los héroes se merecen despues del triunfo. No se esplicó acerca de la suerte que le reservaban, pero confesó á Caulaincourt, que su reinado y el de su hijo, inspirado por las tradiciones de su gloria y de sus conquistas, habian sido declarados incompatibles con la paz y el órden de la Europa. «¡Con que está jurada su pérdida!.... dijo el embajador.—¿Y quién tiene la culpa?.. dijo Alejandro enternecido, pero inflexible, ¿quién tiene la culpa? ¡He hecho cuanto ha estado á mi alcance para evitar este estremo, para abrirle los ojos sobre el crímen y el riesgo de invadir mi imperio, un imperio cuyo soberano se honraba con el título de su amigo!.. En la candidez de mi edad, sí, habia creido mas en la amistad que en la política. Me engañó cruelmente. No importa, si su destino no dependiese mas que de esta mano, firmaria todavía la paz, poniendo por condiciones el dejar el imperio á mi enemigo. No abriga resentimiento este corazon que en otro tiempo estaba lleno de entusiasmo por él. Pero la paz del mundo exige el restablecimiento de la casa de Borbon en el trono de Francia. Estos príncipes cuentan con un partido numeroso en el consejo de los soberanos. Con esa familia, la Europa ya no tiene que temer la guerra. Talleyrand nos responde de los votos del Senado, del pueblo, y de los gefes del ejército. Todo nos indica el cansancio de gloria y de sacrificios, que vuestra nacion ha hecho por ese hombre, que ha abusado del entusiasmo que la inspiraba.»

X.

Caulaincourt trató de convencer al emperador de Rusia, de que el supuesto deseo del pueblo de entronizar á la familia ya olvidada de sus reyes, no era mas que un artificio convenido entre algunos diplomáticos, y cortesanos de lo pasado, para aparentar una opinion falsa; que los Borbones en veinte y cinco años habian retrocedido un siglo: que su largo destierro era un abismo entre ellos y la nueva Francia: que su regreso, avivando en el corazon de la antigua nobleza y del clero esperanzas contrarevolucionarias, pero sin fuerza, seria un motivo para nuevas luchas entre los principios populares y los monárquicos, luchas en que la monarquía, seguramente vencida, volveria á comprometer todos los tronos.

Alejandro convino en aquel peligro, pero se desentendió de aquellas objeciones, repitiendo á Caulaincourt, que los aliados ni impondrian, ni aun indicarian los Borbones á la Francia: que se limitarian á declarar la incompatibilidad de la Europa con la dinastía conquistadora de Napoleon: que por lo demas, estaban resueltos á dejar que la nacion escogiese la forma de gobierno que mas la agradase. Añadió, que los grandes cuerpos constituidos por el mismo Napoleon, manifestaban ya en voz alta su adhesion á la antigua casa real, basada sobre instituciones liberales y constitucionales. Por último, el emperador, cediendo como por un resto de complacencia á las reiteradas instancias de Caulaincourt, concluyó que-

jándose de su impotencia y de su aislamiento en el consejo de los soberanos, y prometió al embajador, que al dia siguiente abogaria por la regencia de María Luisa.

Avanzaba la noche y ya iba á amanecer: el emperador, como si quisiese sancionar las esperanzas que daba á Caulaincourt, con una familiaridad mas tierna, le hizo acostarse en un divan en la misma alcoba en que él dormia. Todavia no habia adoptado un partido decisivo. Cuando jóven, habia sido entusiasta de Napoleon: se envanecia de haberse medido con él para con la historia: desde su infancia, formada por maestros revolucionarios, afectaba la popularidad de un príncipe muy avanzado á su siglo: ridiculizaba las cosas antiguas y los restos de la córte y de la emigracion. No era muy afecto á los príncipes de la casa de Borbon. Aquellos príncipes no habian manifestado en San Petersburgo, mas que las esterioridades de la caballeria de su raza, en la época en que Catalina II esperaba de ellos las temeridades del heroismo, y en que les prestaba sus subsidios y su apoyo. Ademas, Alejandro temia en ellos á la Inglaterra de quien eran clientes ya hacia muchos años.

Caulaincourt, encerrado todo el dia siguiente en la habitacion del gran duque Constantino, esperó entre el temor y la esperanza, el resultado de los últimos consejos, que se multiplicaban entre los soberanos, los generales estrangeros, los partidarios de la casa de Borbon, los miembros influyentes del Senado, y los mariscales del emperador. Aquel dia debia fijarse la suerte de la Europa, variar el cetro de manos, abolirse el gobierno militar, y hacer surgir una dominacion, cuya gloria misma, no podia alijerar el peso. Concluia el reinado de las espadas, é iba á comenzar el de las ideas.

LIBRO SESTO.

Alejandro en casa de Mr. de Talleyrand.—Mr. de Talleyrand.—Conferencia nocturna de los aliados.—Deliberacion.—Alejandro.—El duque de Alberg.—Pozzo di Borgo.—Mr. de Talleyrand.—Declaracion de los soberanos.—Diputacion realista á Alejandro.—Respuesta de Mr. de Nesselrode.—Propaganda realista.—La prensa.—Folleto de Mr. de Chateaubriand, *Bonaparte y los Borbones*.—Estado de los ánimos.—Convocatoria del Senado.—Sesion del 1.º de abril.—Formacion del gobierno provisional.—Mr. de Talleyrand.—El duque de Alberg.—Mr. de Jaucourt.—El general Beurnonville.—El abate de Montesquiou.—El consejo municipal.—Manifiesto de Mr. Bellart.

I.

El emperador Alejandro, despues de su entrada triunfal en Paris, fué á echar pie á tierra en casa de Mr. de Talleyrand. La situacion de aquel palacio á la entrada de los Campos Elíseos y del jardin de las Tullerías, sus espaciosas y magníficas habitaciones, sirvieron de pretesto á los ministros y ayudantes de campo del emperador, para elegir aquel alojamiento. Pero las relaciones secretas de Mr. de Talleyrand con los diplomáticos estrangeros del gabinete de Alejandro, sus inteligencias con los príncipes de la casa de Borbon por medio de Mr. de Vitrolles, negociador voluntario, intrépido y activo entre la opinion realista y los desafectos imperiales,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

jándose de su impotencia y de su aislamiento en el consejo de los soberanos, y prometió al embajador, que al dia siguiente abogaria por la regencia de María Luisa.

Avanzaba la noche y ya iba á amanecer: el emperador, como si quisiese sancionar las esperanzas que daba á Caulaincourt, con una familiaridad mas tierna, le hizo acostarse en un divan en la misma alcoba en que él dormia. Todavia no habia adoptado un partido decisivo. Cuando jóven, habia sido entusiasta de Napoleon: se envanecia de haberse medido con él para con la historia: desde su infancia, formada por maestros revolucionarios, afectaba la popularidad de un príncipe muy avanzado á su siglo: ridiculizaba las cosas antiguas y los restos de la córte y de la emigracion. No era muy afecto á los príncipes de la casa de Borbon. Aquellos príncipes no habian manifestado en San Petersburgo, mas que las esterioridades de la caballeria de su raza, en la época en que Catalina II esperaba de ellos las temeridades del heroismo, y en que les prestaba sus subsidios y su apoyo. Ademas, Alejandro temia en ellos á la Inglaterra de quien eran clientes ya hacia muchos años.

Caulaincourt, encerrado todo el dia siguiente en la habitacion del gran duque Constantino, esperó entre el temor y la esperanza, el resultado de los últimos consejos, que se multiplicaban entre los soberanos, los generales estrangeros, los partidarios de la casa de Borbon, los miembros influyentes del Senado, y los mariscales del emperador. Aquel dia debia fijarse la suerte de la Europa, variar el cetro de manos, abolirse el gobierno militar, y hacer surgir una dominacion, cuya gloria misma, no podia alijerar el peso. Concluia el reinado de las espadas, é iba á comenzar el de las ideas.

LIBRO SESTO.

Alejandro en casa de Mr. de Talleyrand.—Mr. de Talleyrand.—Conferencia nocturna de los aliados.—Deliberacion.—Alejandro.—El duque de Alberg.—Pozzo di Borgo.—Mr. de Talleyrand.—Declaracion de los soberanos.—Diputacion realista á Alejandro.—Respuesta de Mr. de Nesselrode.—Propaganda realista.—La prensa.—Folleto de Mr. de Chateaubriand, *Bonaparte y los Borbones*.—Estado de los ánimos.—Convocatoria del Senado.—Sesion del 1.º de abril.—Formacion del gobierno provisional.—Mr. de Talleyrand.—El duque de Alberg.—Mr. de Jaucourt.—El general Beurnonville.—El abate de Montesquiou.—El consejo municipal.—Manifiesto de Mr. Bellart.

I.

El emperador Alejandro, despues de su entrada triunfal en Paris, fué á echar pie á tierra en casa de Mr. de Talleyrand. La situacion de aquel palacio á la entrada de los Campos Elíseos y del jardin de las Tullerías, sus espaciosas y magníficas habitaciones, sirvieron de pretesto á los ministros y ayudantes de campo del emperador, para elegir aquel alojamiento. Pero las relaciones secretas de Mr. de Talleyrand con los diplomáticos estrangeros del gabinete de Alejandro, sus inteligencias con los príncipes de la casa de Borbon por medio de Mr. de Vitrolles, negociador voluntario, intrépido y activo entre la opinion realista y los desafectos imperiales,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

el odio que Mr. de Talleyrand dejaba traslucir contra el emperador despues de su desgracia, su influencia en el Senado, su crédito con los antiguos revolucionarios, sus relaciones de familia y de amistad con las mayores aristocracias de Francia, y en fin, su reputacion casi profética de adivinacion de los acontecimientos, que habia llegado hasta tal punto, que cuando se veia que Mr. de Talleyrand se inclinaba hácia un partido, se creia ver que hácia él se inclinaba la fortuna, eran los verdaderos motivos que habian conducido á Alejandro á casa de aquel hombre de Estado. Hasta el favor del jóven soberano que habia llegado á ser huésped del antiguo diplomático, era muy á propósito para aumentar la importancia que la opinion pública atribuia ya á Mr. de Talleyrand. El partido realista que sabia de antemano que de aquellas conferencias saldria la Restauracion, habia tenido la habilidad de colocarlas en el hogar y bajo los auspicios del hombre de Estado, cuya voluntad queria captarse y consolidar su crédito.

II.

Ya hacia largo tiempo que Mr. de Talleyrand inspiraba sérias sospechas á Napoleon. Muchas veces habia pensado mandarle prender, para prevenir intrigas y defecciones, de que sus primeros reveses debian ser la señal; pero no se atrevió. Temerario y pronto en obrar contra los facciosos vulgares, hasta cruel, y sin justicia ni compasion para con el duque de Enghien, el supremo pontífice y los príncipes de la casa de España, Napoleon, en aquellos últimos tiempos, se habia vuelto débil, y falto de resolucion, para con ciertos hombres de prestigio que tenia en su córte, á los cuales aborrecia, pero toleraba. Se arrebataba, murmuraba, y amenazaba: hacia de intento que resonasen muy alto los impulsos de su cólera,

pero en el momento de herir le faltaba valor. Acariciaba, enriquecia, y se esforzaba en retener ó atraerse con dones escesivos ó una aparente confianza, á aquellos á quienes temia mas como enemigos secretos. Hubiérase dicho, que implacable con los que tenian un poder material, era prudente con las fuerzas de la inteligencia y de la opinion, como si presintiese que su ruina vendria de la rebelion de la inteligencia contra la fuerza. Fouché y Talleyrand eran dos ejemplos de aquella debilidad. Temiendo en Fouché á un conspirador revolucionario, que podria en un dia dado, volver á encender la chispa republicana en el Senado y en el pueblo, se contentó con alejarle honorificamente de Paris, y detenerle en Italia, bajo pretesto de vigilar á las córtes de Roma y de Nápoles. Temiendo en Talleyrand á un conspirador realista, que en caso de un revés podria entregarle á él y su dinastía como en rescate á la vieja Europa, no se atrevió ni aun á alejarle de Paris durante su campaña. Hacia que le vigilara Savary, su ministro de la policía, pero le dejaba sus dignidades, su confianza oficial, y hasta su plaza en el consejo de gobierno, entre su hermano José y la emperatriz. El voto de Mr. de Talleyrand era tan decisivo en la opinion, que al emperador le parecia menos arriesgado sufrirle como amigo dudoso, que ofenderle como enemigo declarado. Aquella timidez é indecision aceleraron su ruina política en lo interior, como habian preparado su decadencia militar en sus últimas campañas. Al envejecer, se habia vuelto el hombre de los paliativos. Era una inconsecuencia en sus principios: la tiranía que delibera y que transige, no es mas que la vacilacion de la violencia. Mr. de Talleyrand conocia el odio que le profesaba el emperador, y el secreto terror que inspiraba á su amo. Estaba, pues, decidido á anticiparsele, y espiaba la hora en que pudiese declararse sin cometer una imprudencia.

III.

Creyó que ya habia sonado, y la aprovechó el dia en que José y la emperatriz salieron de París con el gobierno. Su puesto estaba en aquella córte fugitiva, y recibió la órden de seguirla á Blois. Aparentó que queria obedecer é hizo preparar con ostentacion su equipage. Envió algunos confidentes á la barrera por donde debia salir, subió en su coche, emprendió la marcha, y fué detenido en la puerta por los cómplices que tenia allí apostados. Aquella violencia convenida, hecha á su voluntad de seguir al gobierno imperial, le pareció un pretesto suficiente para volverse á su palacio y quedarse en París. Pensaba que de aquel modo quedaba bien con Napoleon si la victoria le conducia de nuevo á su capital, y lo mismo con sus enemigos si lograban entrar primero en París. Sus relaciones con los príncipes y los soberanos, las medias palabras que habia proferido en San Petersburgo, Viena y Lóndres, su resistencia problemática al asesinato del duque de Enghien, á la usurpacion del trono de España, á la ambicion de territorio de Napoleon, su influencia en el Senado en donde era simultáneamente el representante de la voluntad del emperador y la brújula de la oposicion, y por último, su prodigiosa reputacion de habilidad y de preciencia, debian señalarle un gran papel en la jornada que iba á decidir la suerte del mundo. Ya hemos visto que sus presentimientos no le engañaron, y que su casa habia llegado á ser el consejo de la Europa.

IV.

El emperador Alejandro, el rey de Prusia, el príncipe de Schwartzenberg, representante del emperador de

Austria, el príncipe de Lichtenstein, el conde de Nesselrode, ministro y confidente de Alejandro, celebraron una conferencia la noche que siguió á su entrada en París. Todavía estaban regocijados con su triunfo, y asombrados con el aspecto solemne y risueño de aquella capital, que desde la puerta de San Martin hasta las Tullerías parecia haberlos recibido mas bien como huéspedes que como conquistadores. Las aclamaciones de los realistas que les pedian un monarca de sus antiguas razas, resonaban todavía en sus oidos. Sin duda tambien sus largos resentimientos y el recuerdo de las humillaciones que les hiciera sufrir la espada de Napoleon, clamaban venganza en el fondo de sus corazones. Por otra parte, la sublevacion de la capital del imperio contra un enemigo que aun no habia rendido las armas, debia parecerles una circunstancia decisiva. De este modo, el orgullo del soberano, el culto de las viejas dinastías, la espiacion de los triunfos contra sus pueblos y la táctica mas propia para desarmar al enemigo comun, se reunian para aconsejarles secretamente la eleccion de otro gobierno para la Francia. Pero no se atrevian á hacer por sí mismos lo que deseaban. Querian dar una apariencia de libertad al voto nacional, y no aparecer sino como los testigos armados de la caida de Napoleon, y de la proclamacion de otra monarquía. Pero solo la presencia de los soberanos seguidos de un millon de hombres, en aquella deliberacion ofendia la independencia y la dignidad. No se delibera subyugados por la espada. Aquella actitud de la patria en el momento en que volvia á llamar á los Borbones, bastaba para marchar á la Restauracion con la nota de esclavitud: mas tarde debia servir de pretesto á sus enemigos. Aquel pretesto verdadero en la forma, era no obstante falso en la realidad, al menos en aquel momento. A escepcion del ejército y de la córte servil y militar del emperador, la Francia casi entera aspiraba á sacudir el yugo de un dueño que la oprimia ilustrándola.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Si la Francia hubiese votado con completa libertad de opinion, sin hallarse rodeada del ejército de Napoleon ni de los de las potencias estrangeras, es indudable para los que se acuerdan de aquella época, que habria votado casi unánimemente la caida de Bonaparte y de su dinastía. ¿Hubiera votado la restauracion de los desterrados príncipes de la casa de Borbon, ó habria votado una república constitucional, guardadora de los principios de su revolucion de 1789? En esto es en lo que puede ocurrir alguna duda. El renaciente liberalismo era muy ardiente en un corto número de almas; pero el deseo de la paz con la Europa era mucho mas imperioso en las masas, fuera cual fuese la opinion á que pertenecian. Un gobierno que enlazaba las tradiciones con las esperanzas, que reconciliaba los tronos, y que prometia una era pacífica á las naciones, semejante gobierno, acreditado con garantías de libertad, de constitucion, de completa amnistía y de progreso para el porvenir, tenia mas probabilidades de ser votado libremente, que el imperio despopularizado por sus derrotas, y que la república amenazadora por su memoria. Es cierto y debemos confesarlo, que la Restauracion fué adoptada, hallándose el pais dominado por el estrangero, y que en la apariencia fué un gobierno impuesto por la fuerza, pero no lo es tampoco menos que en aquellas circunstancias, si la Francia hubiese estado enteramente libre, el resultado habria sido el mismo. Se la presentó como una transaccion imprescindible con la Europa, y como una transaccion de preferencia consigo misma. Fué una necesidad en un recuerdo: he aqui la verdad. Bastaba en aquella crísis que se la pronunciase un nombre para que se precipitase por sí misma. Las intrigas realistas contribuyeron bien poco á su triunfo: lo fué de circunstancias mas bien que el de un partido.

V.

En aquella conferencia, Alejandro concedió una libertad estremada á la discusion. Habló solo y con la elocuencia de una alma grande en un papel sublime. El espíritu del siglo habia penetrado en el suyo. Parecia que le difundia desde lo alto del trono, como si fuese á un tiempo mismo el genio de las monarquías y el de los pueblos. Desarrollóse ante su vista el porvenir constitucional y liberal de la Europa. Reconocíase en él al discípulo de Catalina II, Semiramis del Norte, tomando prestados sus vaticinios de la filosofía de Montesquieu y de Voltaire. Se descubria tambien en él al discípulo y amigo del republicano La Harpe, al corresponsal de los filósofos alemanes y de la escuela de madama de Stael. Repudió la conquista en nombre de la humanidad, el despotismo en nombre de la dignidad de los pueblos, y de la division de la Francia en nombre de la independencia de las razas y del equilibrio europeo. «Aquí no tenemos, esclamó al tiempo de concluir, mas que dos enemigos que combatir: Napoleon, opresor del mundo, y los enemigos de la independencia de los franceses, sean los que fueren.» Dirigiéndose luego al rey de Prusia, modesto, triste y silencioso desde la muerte de su esposa la reina Luisa, la beldad de la Alemania, que sucumbió por las victorias y por los insultos de Napoleon: «Hermano, le dijo, y vos príncipe de Schwartzenberg qué representais aquí al emperador de Austria, manifestad si mis palabras no son la espresion de nuestros sentimientos comunes para con la Francia.»

El rey de Prusia y el generalísimo, contestaron con solo una inclinacion de cabeza: en seguida y ante todas cosas, se adoptó la resolucion de destronar al perturbador de la Europa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI.

El duque de Alberg, confidente de Mr. de Talleyraud, pero confidente aventurado por el, para sondear el terreno, y para caer en los lazos en caso de necesidad, defendió entonces la regencia de María Luisa. Ponderó los riesgos de una nueva lucha entre la revolucion consumada, y la contra-revolucion inminente en manos de una familia por largo tiempo desterrada: la necesidad de respetar en la emperatriz á la hija de uno de los soberanos coaligados para libertar á la Europa, pero no para hundirse en la humillacion de su propia sangre: y por último, la pasion del ejército al nombre de Napoleon, que le unía á la causa de su esposa y de su hijo. El rey de Prusia, en su inmóvil fisonomía no daba muestra alguna de favor ni de disentimiento: el príncipe de Schwartzenberg, que como miembro de la aristocrácia alemana aborrecia la soberanía de un hombre de fortuna, no podia, sin embargo, como generalisimo del emperador Francisco, combatir las consideraciones que la conferencia tenia con su soberano. Mr. de Talleyran con su acostumbrada penetracion, estudiaba con una mirada, al parecer indiferente, las impresiones que las palabras del duque de Alberg producian en el rostro de Alejandro. Le parecia vislumbrar el asombro y el sentimiento, que se marcó involuntariamente en la frente del emperador de Rusia, al escuchar la proposicion de una regencia napoleónica. Aquel príncipe no podia en efecto inclinarse á una regencia que diese para siempre un ascendiente tan paternal, tan filial, y tan dominante al Austria en los consejos de la Francia. Los movimientos de sus labios indicaban que diferentes veces habia contenido sus objecciones. Mr. de Talleyrand abandonó con su silencio á un confidente á quien habia comprometido: no habló ni una

palabra. Sus largas relaciones con Napoleon, los títulos, los empleos y los dones que de él habia recibido, le imponian hasta en la ingratitud, las esterioridades del reconocimiento y del pesar. No le convenia provocar, sino fingir que aceptaba la necesidad de aquella defeccion. Un nombre de inteligencia con él, militar intrépido, diplomático consumado, ayudante de campo del emperador Alejandro, admitido en todos los secretos de las córtes coaligadas de las que era el alma, hombre cuyo talento reunia la voluntad del corso, y la graciosa flexibilidad del griego. Pozzo di Borgo rompió con oportunidad aquel silencio, del cual podia salir una resolucion á medias.

VII.

Pozzo di Borgo, compatriota de Napoleon, noble como él, y relacionado con el al principio de su carrera por una conformidad de ardor revolucionario y de juventud, que le habia señalado en su isla y conducido á la asamblea legislativa, se habia enternecido con las virtudes y desgracias de Luis XVI. Habia vuelto á Córcega convertido en un realista constitucional. Allí fomentó y sirvió la causa de la independencia de su patria, que queria sustraer de la tiranía del terror. En union del patriota Paoli solicitó la alianza con la Inglaterra. Napoleon habia perseverado en la causa contraria, y se habia hecho adepto del jacobinismo mas exaltado. De allí provino entre los dos insulares, uno de esos odios, que el sol de Mediodía trasmite de raza en raza con la sangre. Refugiado en Lóndres despues de la espulsion de los ingleses de Córcega, Pozzo di Borgo se unió allí con los enemigos mas implacables de Napoleon. Dotado del mas noble esterior, de la elocucion mas penetrante y apasionada, de las maneras mas sencillas y elegantes, militar, diplomático,

publicista, hombre jovial y de negocios, Pozzo di Borgo, por solo la atraccion de su naturaleza privilegiada, se grangeó el aprecio de la aristocracia inglesa y continental. Era uno de esos hombres cuyo mérito y atractivos se presentan desde luego á la vista. Admitido al servicio de Rusia se concilió el afecto de Alejandro por la analogía de carácter. Aquel soberano le envió al lado de Bernadotte rey de Suecia. Estos dos tránsfugas de Napoleon asociaron su rencor contra él. Sus manos trazaron los planes políticos y de campaña para la libertad de la Europa. Moreau, antiguo rival de Napoleon, llamado de América por su consejo, no llegó hasta mas tarde. Pozzo habia seguido al emperador Alejandro á los campos de batalla de 1813 y 1814 Ayudante de campo durante el dia, y su consejero por la noche, hábil en adivinar cuando era necesario dar un golpe á la fortuna de su enemigo, señaló á París con el dedo á Alejandro, en el momento en que Napoleon parecia volver á tomar la ofensiva contra Troyes. El emperador le creyó, y triunfaba por sus inspiraciones. Jamás estuvo mas dispuesto á escucharlas.

VIII.

Pozzo di Borgo sabia que lisongeaba en secreto las inclinaciones de su amo, las astucias de Mr. de Talleyrad, las venganzas de Lóndres, y los resentimientos de los aristócratas de Viena, hablando contra la regencia: asi fué que se espresó en estos términos: «Mientras que el nombre de Napoleon, dijo, pese sobre la Europa desde lo alto del trono, la Europa no quedará satisfecha ni libre. Siempre verá en el gobierno del hijo menor, el alma amenazadora de su padre. La paz, necesaria á los pueblos, y gloriosa para los reyes, no estará basada en la confianza pública. La guerra renacerá siempre bajo

las plantas del hombre que ha talado, humillado y sometido al continente. Si se halla presente, nada contendrá su genio impaciente por el movimiento y las aventuras. Apenas hayan vuelto á sus hogares los ejércitos aliados, cuando un acceso de ambicion volverá á apoderarse de ese hombre, que llamará á las armas á su pais, repuesto prontamente de sus descalabros, y será preciso volver á comenzar nuevas victorias que cuestan tantos tesoros y sangre humana. Si se le lleva muy lejos de la Francia, sus consejos atravesaran los mares, y sus tenientes y ministros, se apoderarán de la regencia. Presentarán á su hijo como una enseña de fanatismo, y como un ídolo á sus tropas. La Francia que en el dia aborrece al autor de su ruina, se levantará para pedirle sus soberanos. ¿Se rehusará la guerra?... ¿Y si se concede todavía guerra?... Dejar que el imperio sobreviva al emperador, no es apagar el foco incendiario de la Europa, es cubrirle con una ceniza engañosa, debajo de la cual se formará un nuevo incendio. Los partidos á medias son el descrédito de los grandes pensamientos. La Europa ha hecho una cosa inmensa libertando al Continente de su dominador. ¿Quiere echar á perder su obra con un desenlace que hará en lo futuro dudar de su sabiduría y de su fuerza? A los soberanos y á los hombres de Estado toca decidir. En cuanto á mí, me pronuncio como la victoria: ella formó á Napoleon, y ella tambien le ha deshecho. ¿Era su único título el imperio?.... Que caiga el imperio con el hombre que le elevó. Solo á este precio pueden conservar su seguridad los tronos y los pueblos.»

IX.

La opinion manifestada con tanta energía por Pozzo di Borgo, complacia demasiado al emperador de Rusia, al rey de Prusia, al príncipe de Schwartzenberg, y á Mr. de Talleyrand, para que no se inclinasen como por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

conviccion, á adoptar las poderosas razones, que abrigaban en sus mismos corazones. Convinose, pues, unánimemente y sin mas discusion en que la raza de Napoleon quedase depuesta del trono.

Separado ya Napoleon, quedaban ó un Borbon, ó uno de aquellos reyes y gefes militares que la victoria y el favor de Napoleon, habian elevado al nivel de los tronos. El emperador Alejandro parecia inclinarse á este último partido. Durante largo tiempo, y con mucho estrépito habia rechazado la causa de los soberanos legitimos de la envejecida Francia monárquica, para no sentirse humillado al volver á aceptarla. Hacia ya diez años que habia fraternizado con los miembros de la familia napoleónica, con sus generales y sus embajadores, en una palabra, habia manifestado demasiado, ser un hombre del siglo nuevo, para proteger y ensalzar el culto del antiguo. Creia perder en ello algo de la popularidad de príncipe sin preocupaciones, con que los hombres de la época imperial le habian lisongeado, y que apreciaba tanto como la victoria. Aun dicen que murmuró el nombre de Bernadotte, aquel francés rey de Suecia, ligado entonces con los enemigos de su pais. Se cree que habia dado á Bernadotte no promesas, sino esperanzas vagas, cuando le sedujo y atrajo á la coalicion madama de Stael; como el partido liberal de que era oráculo, habia recibido tambien hospitalidad del rey de Suecia, y en su rencor contra Napoleon, habia promovido varias veces en Estocolmo el pensamiento de reemplazar á Bonaparte con un príncipe de fecha reciente, popularizado por el espíritu revolucionario, de que seria la restauracion con un gobierno constitucional.

X.

M. de Talleyrand estaba de antemano seguro del resultado casi unánime de su pensamiento. Lo leia en las

palabras y en las reticencias de los que al parecer deliberaban: «No hay, dijo, con esa brevedad de oráculo, que fija las ideas y corta las objecciones, no hay mas que dos principios frente á frente en el mundo: la legitimidad ó la casualidad: la legitimidad es el derecho reconocido y consagrado por el raciocinio y por la tradicion. La casualidad, es la victoria ó la derrota, la fortuna, los reveses, la arbitrariedad, la revolucion, el hecho. Si la Europa quiere librarse de la revolucion, del hecho, de la casualidad, de los trastornos, debe adherirse al derecho, es decir, á la legitimidad. Entonces los decretos no serán ya simplemente la fuerza material, serán la autoridad moral de un dogma superior á las vicisitudes de los acontecimientos.»

«No hay, añadió, dirigiéndose al emperador Alejandro como para contestar á su insinuacion del nombre de Bernadotte; no hay aqui mas que dos cosas posibles, Napoleon ó Luis XVIII. El emperador no puede ser reemplazado en el trono mas que por un rey de derecho. Todo rey por la victoria ó por el talento, seria mas pequeño que él: es el primero de los soldados: despues de él, no hay en Francia, ni aun en el mundo, quien pueda hacer marchar diez hombres por su causa.» En pocas palabras desenvolvia estos pensamientos: y reasumiéndolos luego en un axioma conciso, propio para grabarse en la inteligencia, y para correr como un pequeño volúmen en la circulacion de las opiniones fluctuantes; «Todo lo que no sea Napoleon ó Luis XVIII, señor, añadió, es una intriga?..» Esto era colocar al emperador y al consejo en una alternativa que no dejaba lugar á la decision. Napoleon era el peligro supremo: la intriga era un paliativo indigno de la Europa. Alejandro esclamó como un hombre convencido de que Mr. de Talleyrand habia previsto lo que tenia que suceder, y que se adheria definitivamente á su dictámen.

«Pero, repuso con cierta apariencia de escrúpulo y

BIBLIOTECA

de ansiedad, que manifestaba su respeto á la nacion francesa; somos estrangeros y no podemos disponer de ese modo del trono, no podemos por nosotros solos llamar á unos príncipes, que quizá la nacion no recibiria de nuestras manos. ¿Qué medio tenemos para conocer el verdadero voto de la nacion?..»

XI.

Mr. de Talleyrand pronunció el nombre del Senado, único grande cuerpo que existia entonces constituido en Paris. Aquel cuerpo carecia de mandato del pueblo, porque habia sido nombrado por el emperador. Pero era imponente por los nombres de sus individuos, y por el papel que Napoleon le habia hecho representar con cierta especie de deferencia, que el Senado le pagaba con adulaciones. El Senado, pues, en un momento supremo, podia figurar á los ojos de la Francia y de la Europa una sombra de representacion. Si elevaba todavía su voz, podia dar á una resolucion cualquiera, no la autoridad de un derecho, pero sí la señal de una revolucion. Por un estraño fenómeno de flexibilidad en aquel cuerpo envilecido, y por decirlo asi, doméstico, del imperio. Mr. de Talleyrand, estaba de antemano seguro de su complacencia para con el emperador triunfante, y de su defeccion para con el emperador vencido. Lo que mejor representaba el Senado imperial eran los vicios de la nacion degradada con diez años de despotismo, la versatilidad, la adoracion del triunfo, y la infidelidad en los reveses. Mr. de Talleyrand, respondió de aquel cuerpo constituido á Alejandro. Tomó la pluma de su propia mano para redactar con anuencia, de los soberanos y generales presentes á la conferencia la declaracion á los

franceses que queria hacer irrevocable por medio de una publicidad que hiciese imposible su retractacion.

XII.

«Los ejércitos aliados, escribió Mr. de Talleyrand, han ocupado la capital de la Francia. Los soberanos acogen el voto de la nacion francesa, y declaran:»

«Que si las condiciones de la paz deberian contener garantías mas fuertes cuando se tratase de encadenar la ambicion de Bonaparte, deben ser mas favorables cuando, por un cambio de un gobierno sábio, la Francia ofrezca seguridad de reposo. En su consecuencia, los soberanos proclaman:

«Que ya no tratarán con Napoloon Bonaparte.» Estas eran las mismas palabras que acababa de dictar la conferencia al que tenia la pluma en la mano. Conoció que aquellas palabras podian dejarle la esperanza de recobrar el imperio en la persona de su hijo, ó de algunos miembros de su dinastia que queria comprender en la misma sentencia. Se detuvo un rato mirando al emperador de Rusia en silencio, como si preguntase á los ojos de aquel príncipe, suplicándole concluyese con una palabra mas, un sentido que le parecia insuficiente y arriesgado. Alejandro comprendió la mirada, se paseó con agitacion por el Salon, miró á su vez sin hablar palabra al rey de Prusia y al generalísimo austriaco, y luego, como si hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de aquella dinastía moderna: «ni con ningun miembro de su familia» dijo, indicando con el dedo á Mr. de Talleyrand, que concluyese la frase suspendida. Ninguno de los que asistian á la conferencia, murmuró contra aquella decision de Alejandro. Mr. de Talleyrand continuó escribiendo:»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

«Los soberanos respetarán la integridad de la antigua Francia tal como existia en tiempo de sus reyes legítimos. Ellos pueden hacer todavía mas, por que siempre profesarán el principio, de que para la felicidad de la Europa es necesario que la Francia sea fuerte y grande.

«Reconocerán y garantizarán la constitucion que la nacion francesa se diere.

«Invitan al Senado á que se designe inmediatamente un gobierno provisional, que provea á las necesidades de la administracion y pueda preparar la constitucion que convenga al pueblo francés.»

XIII.

Mr. de Talleyrand que queria prevenir con una revolucion completa la llegada del emperador de Austria á París, y las intrigas, súplicas y remordimientos paternales que los partidarios del Imperio podian remover en el corazon de aquel príncipe, envió precipitadamente á imprimir, fijar en los parages públicos, y esparcir aquella declaracion. En cada una de sus palabras se conocia la mano de un hombre consumado en el conocimiento y en la práctica de la opinion. Los resentimientos contra Napoleon, universales entonces en el ánimo de los pueblos cansados y humillados, quedaban satisfechos con aquella destitucion. Su repugnancia natural contra la influencia del Austria durante una larga minoría, recibia allí una garantía con la esclusion de la regencia. El patriotismo quedaba tranquilizado por la integridad, y la ambicion nacional por la posibilidad en perspectiva de un aumento de territorio. Los realistas veian segura en ella la restauracion de la única raza, que podia reemplazar á la gloria, con esa legitimidad cuyo nombre pronunciaba por primera vez el pueblo. El liberalismo naciente era protegido y escitado por la promesa de una constitucion formada y discutida con entera libertad. Los nuevos intereses y las nuevas ambiciones napoleónicas quedaban apaciguadas con el llamamiento hecho al Senado, que ciertamente no haria traicion mas que al emperador, y que cubriria con una amnistía y con la inviolabilidad las vidas, fortunas, y dignidades del ejército y de la corte de Napoleon. En fin, el pueblo de la capital y de las provincias que temblaba por la patria, por sus hogares, y por la seguridad de sus bienes y personas, era allí convidado á la paz y á la admiracion, por la magnanimidad de los vencedores, que juraban respetarlo todo escepto un hombre.

XIV.

Asi es, que aquella declaracion, tan hábilmente mezclada con garantías y esperanzas para todos, fué recibida con aclamaciones por la inmensa mayoría del pais. El ejército únicamente se entristeció, pero estaba solo y gimió sin irritarse. Los gefes que quedaban bien satisfechos, contuvieron la emocion del soldado envez de escitarla.

XV.

Apenas salieron las primeras copias de aquella declaracion del palacio de Mr. de Telleyrand y circularon por los grupos de realistas que aguardaban en las escaleras, en los patios y en la plaza, resonaron los gritos de ¡Viva el rey!... y llegaron hasta los oidos de los soberanos que todavía estaban reunidos. Algunos jóvenes de las mejores casas del arrabal de San German, ansiaban que llegase la hora que la Providencia concedia á la antigua

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

aristocracia y á la monarquía secular. Antiguos servidores de Luis XVI que habian podido escapar del cadalso y de la emigracion, periodistas oprimidos y despojados por la arbitrariedad de la policía de Napoleon, como Bertin; publicistas y escritores que no habian abandonado la causa perdida como Mres. de Chateaubriand y Ferrand; y en fin, aquella juventud elegante, audaz, movible, que arrastraba el remolino del momento, se reunieron en la primera casa que abrió las puertas á su impaciencia, para ponerse de acuerdo acerca del impulso que debia darse al acontecimiento. Tratábase de prevenir las resoluciones y vacilacion de un Senado sospechoso, odioso, vendido á los restos del Imperio, ó á los intereses y recuerdos de la revolucion. Pero aquellos hombres estaban tan llenos de sentimientos y tan vacíos de ideas, la fiebre del entusiasmo daba tal delirio á sus palabras; y estaban tan poco habituados á las deliberaciones y discursos, que la sesion no fué mas que un prolongado tumulto, y ninguno de ellos llegó á espresar ni á hacer adoptar un parecer comun. Solo un jóven de la gran casa de la Rochefoucault se hizo escuchar por la autoridad de su nombre el arrebato de su entusiasmo, y su actitud dominadora. El ardor de su realismo le iluminaba acerca del mayor riesgo de las revoluciones, el de discutir sin tomar un partido. «Esta hora, dijo, puede arrebatarnos la monarquía, mientras nos ocupamos en aclamaciones vanas á nuestros reyes.» El conde Sosthene de la Rochefoucault, propuso se nombrase una diputacion, que inmediatamente se trasladase al alojamiento del emperador de Rusia, para tomar acta de la declaracion de los soberanos, y hacerle presente el voto de la nobleza, de la inteligencia y de la fidelidad francesa, en favor de su legítimo monarca: aquella proposicion fué aprobada. Sosthene de la Rochefoucault, Mres. de Chateaubriand, el mas popular é ilustre de los escritores del siglo, César de Choiseul, y Ferrand, antiguo y mediano parlamentario, pero rodeado

entonces de una aureola de importancia y de una nombradía de oráculo, se dirigieron en nombre de los realistas al palacio de Mr. de Talleyrand.

XVI.

Introducidos ya en él, solicitaron ver al emperador Alejandro: aquel príncipe se habia entregado ya al sueño. Su ministro Mr. de Nesselrode recibió á la diputacion en lugar de su amo, Mr. de Nesselrode era cómplice de antemano del voto que trataban de manifestar al emperador. Pero ninguno de los cuatro comisionados, fuese por emocion, timidéz ó falta de costumbre en los discursos, espresó el pensamiento comun que se hallaban encargados de esponer á las potencias. Mr. de Choiseul era un soldado: Mr. de Ferrand, talento apelmazado, dogmático y tardío, balbuceaba; Mr. de Chateaubriand, talento muy á propósito y solemne, temia no encontrar, sin haberlas antes escrito y meditado, palabras en relacion con tan magestuoso momento: solo queria pronunciar palabras ilustres. Sosthene de la Rochefocault, aunque mas jóven, habló por todos con la elocuencia de la impaciencia y del celo. Mr. de Nesselrode no deseaba mas que un pretesto para comprometer mas y mas á las potencias.

XVII.

«Puedo aseguraros, les contestó aquel ministro, que me es muy conocida la voluntad del emperador. Volved á los que os envian y decidles, como asimismo á todos los franceses, que el emperador acoge su voto, manifestado hoy á su vista con tanta vehemencia, y que va á devolver la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

corona al que le pertenece. Luis XVIII volverá á subir al trono de Francia.»

Al oir aquellas palabras, los cuatro comisionados, prorumpieron en espresiones de reconocimiento y alegría y sus ojos se cubrieron de lágrimas. Veian entonces todos sus disgustos, las esperanzas, las ilusiones, y el entusiasmo de su ancianidad ó de su juventud. Corrieron, pues, á llevar aquellas palabras, aquellas aclamaciones, sus lágrimas y su entusiasmo, á la reunion que se hallaba en casa de Mr. de Morfantaine. Los gritos, los aplausos, los abrazos y el tumulto resonaron por toda la casa. Era la esplosion reprimida de un siglo que creia salir de su sepulcro y volver á tomar posesion del mundo. No pudo apaciguarse aquel delirio, sino apagando las luces, y alejando á aquella multitud frenética de triunfo en la oscuridad que la dispersó.

XVIII.

Por la noche aquellos realistas se distribuyeron los papeles: las señoras de la nobleza prepararon muchas banderas blancas, y algunos millares de escarapelas del mismo color, para repartirlas al pueblo. La prefectura de policía fué abandonada por los agentes del emperador, y ocupada por una persona de confianza de los realistas. Los periódicos, libres de las trabas de la censura, y restituidos á sus antiguos propietarios, ó bien otros nuevos creados por escritores de la situacion, cambiaron de manos, y prepararon la opinion proscripta el dia anterior en Francia. Prorumpieron en injurias y ultrages contra Napoleon, su nombre, su gloria, y sus crímenes, como venganza de una larga ó insoportable opresion. Aquello fué el desbordamiento del alma irritada de un gran partido, que despues de roto el dique, arrastraba

entre las olas de su legítima cólera, las espumas, las heces, y las inmundicias del corazon humano.

XIX.

El primer escritor de la época, Mr. de Chateaubriand, no preservó ni su conciencia, ni su talento, de aquel desbordamiento de injurias y calumnias esparcidas sobre un gran nombre que se hundia. Ya hacia algunos meses que preveia la hora de la decadencia. Abrigaba en su corazon un justo resentimiento contra Napoleon, que tanto mas pesaba sobre su inteligencia, cuanto esta era mas elevada. Madama de Stael y todas las almas grandes y libres, esperimentaban la misma compresion. Napoleon se habia declarado enemigo nato de todo pensamiento y de toda independencia, y la independencia y el pensamiento le pagaban con odio, el desprecio y la opresion con que los habia tratado. Su caida iba á dejar respirar libremente las almas: era pues natural que la deseasen con ardor. Algunos tácitos afilaban en silencio el buril que debia algun dia grabar el reinado del soldado, que ponia una mordaza á la historia, como si hubiese presentido la futura venganza del espíritu humano.

Pero aquella venganza no debia degradarse hasta la calumnia: Mr. de Chateaubriand calumnió hasta la tiranía. Escribió en favor de la restauracion de los Borbones un folleto cruel contra el emperador. En él arrastraba su nombre por la sangre y el fango del sitio de los suplicios de aquel tiempo. Allí, él mismo conducia al patíbulo su reinado: cortaba piedras para que el pueblo las lanzase contra su héroe. En otro tiempo le habia alabado hasta compararle con los héroes de la Biblia, y aun le habia servido en las filas subalternas de la diplomacia. Despues del asesinato del duque de Enghien, el en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tusiasmo del escritor, convertido en desprecio, le habia colocado en una oposicion sorda, pero no desmedida. Se creia proscripto y perseguido, pero no habia sido proscripto mas que de los favores imperiales, ni perseguido mas que por el afectado desprecio de su amo. Su amigo Mr. de Fontanes, favorito de Napoleon, era siempre un mediador posible y sincero entre las dos glorias á quienes amaba. La proscripcion de Mr. de Chateaubriand, no era en realidad mas que una noble actitud. Gozaba en paz de su patria, de sus estudios, de su fama, y del culto que su obra del Genio del Cristianismo, le habia grangeado en el partido religioso.

XX.

Sea como quiera, ya hacia algunos meses que llevaba consigo su folleto inédito, como la espada que debia dar el último golpe al tirano. Aquel folleto, impreso por la noche, y entregado por trozos á los periódicos, inundó por la mañana á París y bien pronto á la Francia, de maldiciones contra el emperador y el Imperio. Napoleon estaba retratado en él con los rasgos del Atila moderno, y con los repugnantes de un verdugo, que ejecutaba con sus propias manos á las víctimas de que estaba sediento. Presentábasele en Fontainebleau atormentando la conciencia de Pio VII, y arrastrando de los encanecidos cabellos por el pavimento de su prision, al pontífice mártir de su complacencia y de su resistencia al aventurero coronado. Mr. de Chateaubriand habria los calabozos para enseñar en ellos con el dedo al pueblo los tormentos, las mordazas, y los silenciosos asesinatos de las víctimas. Removia todas las cenizas, desde Pichegrú hasta las de los apestados de Jaffa, para hacer brotar de ellas, acusaciones, sospechas y crímenes. Era el alegato de la humanidad y de la libertad escrita por la mano de las Furias contra el gran culpable del siglo. No escaseaba á su enemigo hasta esas acusaciones viles de sórdida avaricia y de concusion que tanto ofenden y manchan, y que tan grande sensacion producen. El robo, la cobardía, el hierro, el veneno, todo le servia de arma para destruir aquella reputacion que tanto le ofendia. Aquel libro arrojado hoja por hoja á la opinion durante muchos dias, era muy terrible porque sucedia al largo silencio de la oposicion. Creíanse aquellas calumnias, porque sucedian á diez años de mentiras de la prensa oficial. Era el primer grito del siglo que habia logrado quitarse la mordaza que le pusiera la policía, y le escuchaban como una revelacion del sepulcro. Mr. de Chateaubriand, arrojando la fama de Napoleon á manera de pasto á la malevolencia del pueblo, y como un homenage al partido realista, ejecutó una accion que no puede escusar ninguna pasion política: el asesinato de un reinado con armas emponzoñadas. Pero aquella mala accion, alabada entonces porque era necesaria, fué rechazada mas adelante por la conciencia del siglo. En aquel tiempo contribuyó eficazmente á despopularizar el imperio. Cuando Mr. de Chateaubriand se presentó á Luis XVIII, para recibir en recompensa los favores de la nueva monarquía, aquel príncipe le dijo: «Vuestro libro ha valido para mí tanto como un ejército.»

Mas por una compensacion justa, algunos meses despues, la indignacion de los bonapartistas y de los hombres imparciales, contra las calumnias y ultrages de aquel libro, sirvieron tambien eficazmente, para rehabilitar el nombre de Napoleon, y hacer que el pueblo corriese presuroso á saludarle. Solo la justicia es mortal para las reputaciones.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XXI.

Sin embargo, el nombre de los Borbones, desconocido ú olvidado de los pueblos, corrió en las páginas de Mr. de Chateaubriand y en las columnas de los periódicos por todo el imperio. Al pronto causó sorpresa, luego hubo un recuerdo, y en pocas horas el asombro y el olvido se convirtieron en una especie de fé borbónica. Poco á poco, sin disputas de ningun género, fueron uniéndose todos á aquel nombre, que parecia una áncora de salvacion en la confusion y oscuridad en que habian quedado las cosas. Hubo algunos incrédulos, pero pocos ó ninguno fueron los que murmuraron. Parecia que la Providencia se declaraba con la victoria por aquel nombre. Monsieur de Chateaubriand era un oráculo. Describia con rasgos arrebatadores personas imaginarias, los infortunios, las bondades, las virtudes y las gracias de los individuos proscriptos de aquella familia, cuya existencia apenas era conocida algunos dias antes. Luis XVIII era un sábio de la escuela y del poema de Fenelon, que traia desde remotos climas la política, la esperiencia, la paz y la amnistía: Cárlos X, entonces conde de Artois, el caballero heróico de la edad media, adornado con esas debilidades generosas de corazon que los franceses prefieren aun á las mismas virtudes: la duquesa de Angulema, la huérfana del Temple, la víctima propiciatoria de la revolucion, la prenda tierna y religiosa del perdon: el duque de Angulema, un segundo duque de Borgoña, preparado en el destierro para el trono por la docilidad á las lecciones de su tio y de su padre hermanos, hermanos de Luis XVI, consagrados con su sangre. El duque de Berry, un jóven Enrique IV, con sus ligerezas disimulables como prendas del valor y de la bondad del rey bearnés: los Condés, dos generaciones de héroes, cuya vida habia segado en flor y cubierto de tristeza la crueldad del tirano: el duque de Orleans, un príncipe popular, que habia hecho olvidar los crímenes de los revolucionarios, de su nombre con el arrepentimiento de la inocencia y practicado en el destierro la vida de artesano para elevarse por su solo mérito al rango de los herederos del trono.

La Francia se maravillaba, se sonreia y se enternecia con aquellas pinturas. Cada periódico, cada folleto y cada conversacion las adornaba con los matices mas adaptados á la opinion de las diversas clases de la nacion, fuertes para el Mediodía, heróicos para la Vendée, patrióticos para el Este, y liberales y reflexivos para el Norte y para París. De este modo una vaga é inmensa poesía de opinion precedia al regreso de aquella familia, en que todos comenzaban á ver personificado uno de sus sueños de gobierno ó de corazon.

Tal era la verdadera disposicion de los ánimos en Francia el 1.º de abril y los dias que siguieron á la ocupacion de París. Entre el prestigio de las esperanzas apenas se preveia la desgracia presente. Ninguna familia que hubiera vivido en aquel suelo habria podido producir aquella unanimidad de ilusion y de adhesion. El largo destierro hacia el efecto de una perspectiva lejana: aumentaba y solemnizaba las figuras.

XXII.

Solo el Senado comenzaba á alarmarse por un impulso que amenazaba llevar la opinion pública mas allá de los límites que su voluntad queria imponerla. El Senado habia cedido mucho con Napoleon para que no fuese condescendiente con la Europa y la opinion reunidas. No era á Napoleon á quien queria disputar á la Europa; era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XXI.

Sin embargo, el nombre de los Borbones, desconocido ú olvidado de los pueblos, corrió en las páginas de Mr. de Chateaubriand y en las columnas de los periódicos por todo el imperio. Al pronto causó sorpresa, luego hubo un recuerdo, y en pocas horas el asombro y el olvido se convirtieron en una especie de fé borbónica. Poco á poco, sin disputas de ningun género, fueron uniéndose todos á aquel nombre, que parecia una áncora de salvacion en la confusion y oscuridad en que habian quedado las cosas. Hubo algunos incrédulos, pero pocos ó ninguno fueron los que murmuraron. Parecia que la Providencia se declaraba con la victoria por aquel nombre. Monsieur de Chateaubriand era un oráculo. Describia con rasgos arrebatadores personas imaginarias, los infortunios, las bondades, las virtudes y las gracias de los individuos proscriptos de aquella familia, cuya existencia apenas era conocida algunos dias antes. Luis XVIII era un sábio de la escuela y del poema de Fenelon, que traia desde remotos climas la política, la esperiencia, la paz y la amnistía: Cárlos X, entonces conde de Artois, el caballero heróico de la edad media, adornado con esas debilidades generosas de corazon que los franceses prefieren aun á las mismas virtudes: la duquesa de Angulema, la huérfana del Temple, la víctima propiciatoria de la revolucion, la prenda tierna y religiosa del perdon: el duque de Angulema, un segundo duque de Borgoña, preparado en el destierro para el trono por la docilidad á las lecciones de su tio y de su padre hermanos, hermanos de Luis XVI, consagrados con su sangre. El duque de Berry, un jóven Enrique IV, con sus ligerezas disimulables como prendas del valor y de la bondad del rey bearnés: los Condés, dos generaciones de héroes, cuya vida habia segado en flor y cubierto de tristeza la crueldad del tirano: el duque de Orleans, un príncipe popular, que habia hecho olvidar los crímenes de los revolucionarios, de su nombre con el arrepentimiento de la inocencia y practicado en el destierro la vida de artesano para elevarse por su solo mérito al rango de los herederos del trono.

La Francia se maravillaba, se sonreia y se enternecia con aquellas pinturas. Cada periódico, cada folleto y cada conversacion las adornaba con los matices mas adaptados á la opinion de las diversas clases de la nacion, fuertes para el Mediodía, heróicos para la Vendée, patrióticos para el Este, y liberales y reflexivos para el Norte y para París. De este modo una vaga é inmensa poesía de opinion precedia al regreso de aquella familia, en que todos comenzaban á ver personificado uno de sus sueños de gobierno ó de corazon.

Tal era la verdadera disposicion de los ánimos en Francia el 1.º de abril y los dias que siguieron á la ocupacion de París. Entre el prestigio de las esperanzas apenas se preveia la desgracia presente. Ninguna familia que hubiera vivido en aquel suelo habria podido producir aquella unanimidad de ilusion y de adhesion. El largo destierro hacia el efecto de una perspectiva lejana: aumentaba y solemnizaba las figuras.

XXII.

Solo el Senado comenzaba á alarmarse por un impulso que amenazaba llevar la opinion pública mas allá de los límites que su voluntad queria imponerla. El Senado habia cedido mucho con Napoleon para que no fuese condescendiente con la Europa y la opinion reunidas. No era á Napoleon á quien queria disputar á la Europa; era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

á sí mismo. Hombres llenos de poderío, de dignidades, de honores, de aristocracia, de sueldos, los senadores del imperio esperaban conservar su ascendiente, su autoridad y sus fortunas por medio de una defeccion: traficaban con el emperador. Talleyrand les hacia hábilmente vislumbrar la esperanza de conservar sus títulos al precio de que llamasen á los Borbones, y les insinuaba su nombre sin pronunciarle.—«Aprovechad la hora, decia en voz baja al Senado por medio de sus confidentes, y no comercieis con la necesidad: en el dia podeis haceros pagar vuestra adhesion á la voluntad secreta de las potencias: mañana la opinion que se va manifestando quizá os arrebatará. Quedareis confundidos en ese naufragio del que podeis salvar, sino al emperador, al menos vuestras dignidades y vuestras riquezas.» El Senado en masa estaba dispuesto á escuchar los consejos del destino y de Mr. de Talleyrand. Nada prepara mejor á la traicion que la bajeza de la adulacion. Cuando no se encuentra refugio en la conciencia, se busca con gusto en la humillacion.

XXIII.

Los emisarios de Mr. de Talleyrand emplearon la noche en disipar los últimos escrúpulos de los senadores. No les fué difícil hacer comprender á aquellos caractéres generalmente enervados y amoldados ya hacia largo tiempo á las circunstancias, que el interés de la patria y el suyo exigian la pronta repudiacion del vencido. En aquel momento no habia en París mas que un centenar de senadores. Estaban viejos, achacosos, gastados por las revoluciones, y la responsabilidad de tiranía y de bajeza que habian aceptado con los decretos de conscripcion, contribuciones y silencio que Napoleon les habia hecho aprobar durante diez años. Algunos eran príncipes improvisados de la familia del emperador, y otros pertenecian á su servidumbre: un gran número de ellos eran hombres sin significacion, escogidos por la nulidad de su talento y la flexibilidad de su carácter para que la falta de valor personal no les dejase mas que el inherente á su dignidad. Otra parte, aunque pequeña, estaba compuesta con arte de hombres de opiniones liberales y hasta revolucionarias, para que una apariencia de oposicion diese á la nacion la idea de una contradiccion y de una independencia que no existian. En el número de los senadores destinados á comprobar la libertad é imparcialidad del Senado, se contaban algunos partidarios, aunque raros, de la casa de Borbon y algunos sectarios obstinados de las instituciones republicanas. Entre los primeros figuraban Maleville, Barthelemy, Pastoret, Barbé-Marbois y Jaucourt: entre los segundos Tracy, Volney, Gregoire y sus amigos de 1789 y 1791. Apoyándose en aquellas dos fracciones igualmente hostiles al imperio, y ayudado por la fuerza de los acontecimientos que desconcertaban toda resistencia, Mr. de Talleyrand estaba casi seguro de dominar al Senado. Tenia su servilismo pasado por garantía de su servilismo futuro. Hizo convocar al Senado para sesion estraordinaria el 1.º de abril. Muchos miembros de aquel cuerpo, temerosos de comprometerse con lo pasado y con el porvenir, se ocultaron ó alegaron varios pretestos para no asistir á la reunion: solo se presentaron sesenta y cuatro, que eran los mas animosos, los menos adictos al imperio, los mas decididos á doblegarse, ó los mas impacientes por mudar de amo. La vergüenza de las defecciones ya no les embarazaba.

XXIV.

«Senadores, les dijo Mr. de Talleyrand, que queria cubrir con una apariencia de discusion una resolucion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

imperiosa, se trata de trasmitiros unas proposiciones. Esta sola palabra, añadió bajando la vista y fijándola en el papel que tenia en la mano, esta sola palabra basta para indicar la libertad que disfrutais en esta asamblea: ella os proporciona el medio de dar una generosa espansion á los sentimientos de que se halla poseida vuestra alma, la voluntad de salvar á vuestro pais, y la resolucion de acudir al socorro de un pueblo abandonado. Aun cuando las circenstancias son graves, no pueden ser superiores al firme é ilustrado patriotismo de los individuos de esta asamblea, y seguramente, todos estareis convencidos de la necesidad de una deliberacion que cierre la puerta á las dilaciones, y no deje trascurrir el dia sin restablecer la accion de la administracion, la primera de todas las necesidades, por la formacion de un gobierno cuya autoridad, establecida por la urgencia del momento, debe ser necesariamente tranquilizadora.»

XXV.

Aquellas palabras, redactadas por el abate de Pradt, no disfrazaban el acto abyecto que iba á provocarse bajo la forma y la dignidad de la discusion. Era el tartamudeo de la impudencia ofreciendo el pretesto mas vil á la cobardia. Las palabras eran tan bajas como los sentimientos: fueron recibidas como habian sido escritas y pronunciadas, con rubor en los semblantes, y con latidos de versatilidad en los corazones. Nadie contestó: todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Algunos palmotearon y aplaudieron con fingido entusiasmo por la misma energia de la pusilanimidad, convertida en valor cívico. Mr. de Talleyrand comprendió por aquel silencio, que la fortuna era la dueña absoluta de sus almas, y que podia disponer de ellas á su gusto para vender el imperio á sus enemigos. Sin consultar á sus colegas, designó los miembros de un gobierno provisional, elegido unicamente por él con toda premeditacion durante la noche. Un senado-consulto, votado sin discusion á una seña de Mr. de Talleyrand, ratificó aquella eleccion. En seguida lisonjeó á los liberales del Senado, recordándoles que los aliados habian pronunciado la palabra Constitucion, y que era necesario promulgarla. El Senado, en vista de lo avanzado de la hora, se limitó á decretar las bases. El primer artículo fué declarar la conservacion del Senado: hablábase tambien en él de un cuerpo legislativo y de la libertad de las opiniones. Pero tan acostumbrados estaban al silencio, que ni siquiera hicieron mencion de la libertad de la palabra. En ella se concedia al ejército, al que querian desprender de su gefe, la conservacion de sus grados y sueldo: á los compradores de bienes de emigrados la garantía de la inviolabilidad de sus posesiones, despojos de la revolucion con que muchos senadores habian formado sus riquezas: la amnistía para las opiniones, la libertad de cultos y de escribir reservándose el formar leyes represivas para los abusos de aquellas dos libertades.

XXVI.

Mr. de Talleyrand habia escogido los individuos del gobierno provisional con profunda sagacidad. Sus nombres estaban equilibrados de manera, que daban esperanzas á todos los matices de la opinion, que se queria separar desde luego de Napoleon para dársela toda entera á los Borbones. Se reservó para sí la presidencia de aquel gobierno, á título de gran dignatario del imperio, mediador tolerado por Alejandro entre los aliados y la nacion, y representante de los intereses del Senado. Esta triple actitud, dejaba la indecision política personifi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cada en él. Todo podian esperarlo los partidos de un hombre semejante. A Mr. de Talleyrand seguian el duque de Alberg, ilustre por el nombre, de origen aleman, pero francés por las dignidades, igualmente apto para volver á unirse á la aristocracia por su nacimiento, como para servir á un gobierno revolucionario por sus opiniones: uno de esos hombres cosmopolitas de carácter y de ideas, que la naturaleza ha formado para quedarse á flor de agua en todos los acontecimientos. El duque de Alberg, personage instruido, gracioso, y atractivo, era muy útil para las negociaciones de Mr. de Talleyrand, ademas no tenia en Francia mas ascendiente personal que su nombre. Podia prometerse á todos los partidos. Los aliados le aceptaban sobre todo, porque tenia que rescatar de ellos sus títulos de Alemania con los servicios que les prestase en Francia.

XXVII.

Luego iba Mr. de Jaucourt, de un apellido de la antigua aristocracia francesa rejuvenecida por la revolucion: desde 1790 pertenecia á la escuela revolucionaria moderna de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Lafayette. Pero tan decidido por el órden como resuelto á las reformas, Mr. de Jaucourt habia manifestado en 1791 y 1792 en los campamentos, en las jornadas de Paris, y en las asambleas, el valor de un héroe y el alma de un sábio. Habia luchado de obra y de palabra contra los representantes mas populares, y contra la demagogia de los clubs omnipotentes. Preso por su audacia despues del 10 de agosto, Danton le libertó de las premeditadas matanzas de setiembre. Madama de Stael, que apreciaba su valor, participaba de sus opiniones, y á quien agradaban las gracias de su talento, le hizo escapar y le preparó un

asilo en Suiza. De regreso á Francia despues de un largo destierro, encontró á su amigo Talleyrand, ministro del consul Bonaparte. Los resentimientos del terror, le precipitaron en la nueva monarquia como un asilo contra los jacobinos. Allí encontró la seguridad, la dignidad y la fortuna. La senaduría de Florencia fué la recompensa de su adhesion. Pero la insaciable ambicion de Mr. de Talleyrand le arrastró á la desafeccion del imperio. La excesiva tiranía ó los reveses de Napoleon le cansaron de los primeros en el Senado. Con la victoria habia vuelto á las deidades de su juventud. la legitimidad y la libertad constitucional. Semejante hombre, unido á Mr. de Talleyrand por quince años de familiaridad, y que en su pasado encontraba una escusa para su fogosa defeccion, convenia admirablemente á la hábil mano de su amigo. Era á propósito para arrastrar en pos de sí y á un mismo tiempo, á la nobleza y al partido moderado de la revolucion. La amistad le enlazaba con Mr. de Talleyrand, su nacimiento en la aristocrácia, sus recuerdos á la Constitucion, y los favores recibidos al imperio: era pues aceptable para todos.

XXVIII.

Seguíale el general Beurnonville, hombre mixto tambien como Jaucourt, de noble nacimiento, de una opinion flexible, pero honrado, y de un valor célebre en los ejércitos de la república. Dumouriez, de quien habia sido teniente, le apellidaba el *Ayax francés* ministro de la guerra en 1793, Beurnonville habia luchado con intrepidez contra la dominacion de los jacobinos. Enviado á Bélgica en los momentos de la traicion de Dumouriez para evitarla y contener á su antiguo general en el borde de la defeccion, Beurnonville fué preso por él y entre-

gado á los austriacos. Encerrado cuatro años en los calabozos de Olmutz fué cangeado, despues de la caida de Robespierre, con la hija de Luis XVI, presa en el Temple. Napoleon recogió aquel resto de las guerras revolucionarias, y le nombró senador. Beurnonville, sin embargo, se hallaba olvidado ú oscurecido por los compañeros del emperador en Egipto é Italia. Sus recuerdos le decian que era mas grande por sí mismo, que aquellos favoritos de los nuevos campamentos. Su corazon le recordaba tambien los reyes de su juventud, por quienes se habia batido el 10 de agosto. La caida de Napoleon iba á volver á poner en escena su nombre y sus servicios. No podia adherirse á un gobierno que le parecia injusto ó ingrato. Mr. de Talleyrand le presentaba como una prenda al antiguo ejército, como un héroe de las guerras republicanas desatendido, á quien la monarquía constitucional podia honrar sin temor. El nombre de Beurnonville tenia tres aspectos que tranquilizaban á la vez á las tres opiniones. Pero su corazon pertenececia á la Restauracion.

XXIX.

Por último, el gobierno provisional quedaba completo con la significacion del nombre del último de sus individuos, que era el abate de Montesquion.

Pertenecia este á una familia, tronco de la Francia aristocrática y monárquica. Este nombre precedió en la historia al de las dos últimas razas de los reyes. Hasta los pueblos democráticos aman esos hombres que son las costumbres y los títulos de sus anales. Les parece que esos nombres ennoblecen las revoluciones populares. Su nacimiento condujo desde luego al abate de Montesquion á las funciones mas elevadas del clero. Negociador hábil, persuasivo y frio, entre los intereses de su clase que

procuraba salvar, y las exigencias de la revolucion que se esforzaba en moderar sin chocar con ella, se habia adquirido una doble influencia en la asamblea constituyente. Admitido muchas veces como árbitro, siempre respetado, entre la filosofía impaciente por vulnerar á la iglesia, y la iglesia disputando los últimos restos de su establecimiento temporal, desde que se consumió la revolucion, mantenia relaciones poco secretas con Luis XVIII, de quien era el principal corresponsal en París. Napoleon lo sabia y lo toleraba. Preferia una correspondencia casi pública entre París y Luis XVIII, á las tentativas tenebrosas y desesperadas. Mr. de Montesquion, era por decirlo así, el gefe de una conspiracion pacífica, y permitida por aquel contra quien se dirigia. Hombre mesurado, en todo, apacible, y de transacion, el abate de Montesquion, era eminentemente propio para calmar todas las venganzas de una restauracion, y tranquilizar á los partidos demasiado comprometidos con la Revolucion y con el Imperio. Aquel nombre era ademas una prenda segura para los realistas. Al verle inscripto en la lista del gobierno provisional, los amigos de los Borbones no podian dudar que Luis XVIII seria la última palabra de aquel gobierno.

XXX.

Tales eran los preludios de la revolucion que se preparaba en casa de Mr. de Talleyrand y en el Senado: faltaba allí la voz oficial del pueblo de París: estalló por el dia. El consejo municipal, sombra del antiguo ayuntamiento, esmerada y severamente depurado y mutilado en sus atribuciones por el Imperio, encerraba todavía sin embargo algunos de esos elementos de representacion municipal que personifican á las ciudades. Lo que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

llamaba antiguamente el tercer estado, era el que mas dominaba en el Consejo municipal. Los oficios, las artes, el comercio, la industria, el foro, la magistratura, eran y todavía son los llamados á esa representacion provincial y local, por los electores de esas diferentes profesiones, que son los mas numerosos en todas las ciudades, porque sus profesiones son allí tambien las mas generales. La aristocracia de los cuarteles y de las profesiones tiene y tendrá siempre asiento en la municipalidad. La opinion es allí media como las condiciones: la inteligencia clara y viva, pero doméstica y circunscripta á los intereses, como el instinto de los hogares y de los talleres del pueblo. Rara vez, esas corporaciones toman la iniciativa en una cuestion política, pero de sus reuniones casi siempre sale la señal del peligro comun. Allí se forma y toma incremento el murmullo de los resentimientos públicos contra las persecuciones que amenazan la seguridad de los hogares. Allí enmudecen el heroismo, pero el egoismo social es apasionado y elocuente.

Un individuo, hasta entonces entusiasta y muchas veces adulador del genio de Napoleon, mientras protegía é ilustraba á la Francia, Mr. Bellart, reasumió de repente la impresion pública de terror y decepcion que se habia apoderado de París, desde que el emperador habia hecho de la Francia y de la capital el campo de batalla y la presa del estrangero. Sus victorias le habian parecido virtudes, sus reveses le parecian crímenes.

Se arrebató contra el hombre que ya no sabia dominar el destino. Propuso al Consejo municipal la iniciativa del primer golpe dirigido por una corporacion instituida contra el emperador y el Imperio. El prefecto de París, Mr. de Chabrol, no se atrevió á aprobar ni á oponerse. Hombre incapaz de hacer traicion, y cansado quizá de servir, se abstuvo é hizo dimision de sus funciones. Abandonado de aquel modo el Consejo á sí mismo, votó y publicó la declaracion siguiente, esplosion justa

para unos, de venganza para otros, y de abandono para todos.

«¡Habitantes de París!...

«Vuestros magistrados serian traidores para con vosotros y la patria, si por mezquinas consideraciones personales, comprimiesen por mas tiempo la voz de su conciencia. Ella les grita que todos los males que os agobian los debeis á un solo hombre.

«El es, el que todos los años diezma nuestras familias con la conscripcion. ¿Quién de nosotros no ha perdido un hijo, un hermano, parientes ó amigos?... ¿Por quién han muerto todos esos valientes?... Por él solo, no por el pais. ¿Por qué causa?... Han sido sacrificados únicamente á la demencia de dejar detrás de sí, el recuerdo del mas espantoso opresor, que ha pesado sobre la especie humana.

«El es, el que en vez de cuatrocientos millones que la Francia pagaba en tiempo de nuestros buenos reyes, para ser libre, dichosa y tranquila, nos ha sobrecargado con mas de mil y quinientos millones de contribucion, los que todavía amenazaba aumentar.

«El es quien nos ha cerrado los mares de los dos mundos; el que ha secado todos los manantiales de la industria nacional, arrancado de los campos á nuestros labradores y de los talleres á nuestros obreros.

«A él debemos el rencor de todos los pueblos, sin haberlo merecido, pues que, como ellos, fuimos víctimas desgraciadas, aun mucho mas que tristes instrumentos de su rabia.

«¿No es él tambien, el que violando lo que los hombres tienen por mas sagrado, ha retenido cautivo al venerable gefe de la religion, y privado de sus estados, por una detestable perfidia, á un rey aliado suyo, y entregado á la devastacion á la nacion española, nuestra antigua y siempre fiel amiga?...

«¿No es él tambien, el que enemigo de sus propios

súbditos, largo tiempo engañados por él, despues de rehusar ahora mismo una paz honrosa, con que al menos hubiera podido respirar nuestro pais, ha concluido por dar la órden parricida de esponer inútilmente la guardia nacional para la defensa imposible de la capital, sobre la que llamaba de ese modo la venganza del enemigo?...

«¿No es él, por fin, el que temiendo sobre todo á la verdad, ha arrojado ignominiosamente á la faz de la Europa, á nuestros legisladores, porque trataron de decírsela una vez con tanta consideracion como dignidad?.....

«¿Qué importa que no haya sacrificado mas que un corto número de personas á sus rencores particulares, si ha sacrificado á la Francia, ¿que decimos la Francia?... toda la Europa á su desmesurada ambicion?

«Ambicion ó venganza, el motivo importa poco. Sea la que quiera la causa, ya veis el efecto: ¿veis ese vasto continente de Europa, cubierto por todas partes de huesos de franceses, mezclados con los de otros pueblos, que nada tenian que pedirse unos á otros, que no se aborrecian, que las distancias eximian de querellas, y que solo ha precipitado á la guerra, para llenar la tierra con el ruido de su nombre!...

«¿Qué nos puede decir de sus pasadas victorias? ¿Qué bienes nos han producido esas funestas victorias?... El odio de los pueblos, las lágrimas de nuestras familias, el celibato forzado de nuestras hijas, la ruina de todas las fortunas, la viudez prematura de nuestras mugeres, la desesperacion de los padres y madres, á quienes de una posteridad numerosa, no queda ya la mano de un hijo, para cerrarle los ojos: ¡he ahí lo que nos han producido esas victorias!... Ellas son las que en el dia han traido á nuestro recinto, que siempre ha permanecido intacto bajo la paternal administracion de nuestros reyes, á los estrangeros, cuya generosa proteccion exige reconocimiento,

cuando tan dulce nos hubiera sido ofrecerles una alianza desinteresada.

«No hay entre ellos ninguno, que en lo intimo de su corazon no le deteste como á un enemigo público, ni uno siquiera que no haya formado el voto de ver poner un término á tantas crueldades.

«Seriamos unos desertores de la causa pública, si dilatásemos el manifestar ese voto de nuestros corazones y de los vuestros.

«La Europa armada nos lo pide: lo implora como un beneficio para la humanidad, como la garantía de una paz universal y duradera.

»¡Parisienses!... la Europa armada no lo obtendria de vuestros magistrados si no fuese conforme á sus deberes.

«En nombre de esos mismos deberes, los mas sagrados de todos, abjuramos la obediencia al usurpador para ofrecerla á nuestros dueños legítimos.

«Si hay peligro en seguir este impulso del corazon y de la conciencia, desde luego le aceptamos. La historia y el reconocimiento de los franceses recogerán nuestros nombres y los legarán al aprecio de la posteridad.

«En su consecuencia:

«El consejo general del departamento del Sena, consejo municipal de Paris, de motu propio, y por unanimidad de sus individuos presentes, declara:

«Que niega formalmente la obediencia á Napoleon Bonaparte; y espresa su mas ardiente voto por que sea restablecido el gobierno monárquico en la persona de Luis XVIII y en las de sus sucesores legítimos.

«La presente declaracion y la proclama que la esplica, será impresa, distribuida, y fijada en los sitios públicos de la capital, noticiada á todas las autoridades que han quedado en Paris y en el departamento, y remitidas á todos los consejos generales de los departamentos.»

LIBRO SÉTIMO.

Sesion del Senado del dia 2 de abril.—Declaracion de destitucion.—Sesion del Senado del 3 de abril.—Testo del decreto de destitucion.—Adhesion del Cuerpo legislativo.—Manifestaciones de Paris contra el emperador.—Ministerio.—Progresos de la opinion.—Adhesion de los demas cuerpos constituidos.—Manifiesto del gobierno provisional.—Situacion del emperador y de los aliados.—Napoleon en Fontainebleau.—Regreso de Caulaincourt á Fontainebleau la noche del 2 de abril.—Proclama de Napoleon á su guardia el 3 de abril.—Orden del dia para la marcha del ejército sobre Paris.—Oposicion de los mariscales.—Entrevista de Napoleon y de Marmont.—Adhesion de Marmont á la destitucion del emperador.—Carta de Marmont al príncipe de Schwartzenberg.—Respuesta del príncipe de Schwartzenberg.

I.

Aquella imprecacion de la corporacion municipal de Paris contra el que ya llamaban enemigo público, dió un impulso decisivo á la opinion hasta entonces muda en París y en los departamentos. Cuando Paris hablaba tan alto, ¿quién podia callar? Fué un eco que resonó en la Francia entera. La indignacion y el insulto se elevaron á tanta altura como el servilismo y la adulacion. Roma, en tiempo de las elevaciones y degradaciones súbitas de sus emperadores, no ofreció semejante ejemplo ni escándalo de ultrages despues de su humillacion. Los ánimos

mas rebeldes á la tiranía napoleónica, pero los mas generosos porque habian sido los mas firmes, se regocijaron con aquella venganza de la libertad, pero se ruborizaron de la impudente apostasía del pueblo.

Mr. de Talleyrand deseaba aquella esplosion, pero la queria mas lenta y tardía. Se afligió con sus confidentes de aquel rompimiento que podia permitir á las potencias pasarse sin el Senado y aun sin él mismo. Estipulaba con Luis XVIII, y con Alejandro en nombre de la opinion, y hablando esta tan alto, se le anticipaba. Revelaba á los Borbones y á los aliados una fuerza de desafeccion contra el imperio, y una tendencia natural á la Restauracion, que quitaba todo precio á sus servicios, y el mérito á sus negociaciones. Le subordinaba á los realistas á quienes bien queria servir, pero á los que sirviéndolos queria dominarlos. Vióse, pues, precisado á instar al Senado para que declarase la destitucion del emperador, que esperaba tener suspensa é indecisa como una amenaza y como una esperanza que podia vender á los dos partidos.

II.

El Senado corria por su mandato al palacio de sus sesiones.

Los antiguos republicanos, á falta de realistas, á quienes Napoleon habia tenido mas cuidado de escluir del Senado, se apresuraron á recuperar, aunque no fuese mas que por una hora, una sombra de soberanía nacional para abatir á sus pies la tiranía. Justa espiacion del 18 brumario, vengado al menos en una asamblea representativa, pero una asamblea cuyas puertas estaban protegidas por el estrangero. Mr. Lambrechts fué el primero que usó de la palabra. Lambrechts era un republicano belga, que habia recibido á los franceses en Bélgica

como al ejército de la filosofía y de la libertad. Ministro en tiempo del Directorio, habia combatido con energía la molicie de aquel gobierno, que se iba deslizando por la pendiente de las ideas monárquicas. Habia votado contra el imperio sin ocultar su mano. Sin embargo, el aprecio de la Bélgica, á la que Napoleon queria lisonjear, le habia elevado al Senado. Debia morir como habia vivido, acusando hasta su último suspiro la causa de su muerte: «La vergüenza de haber visto tantas cobardías.»

Lambrechts era el amigo político de Lanjuinais, la mas pura y obstinada de las almas republicanas en el Senado: de Tracy, de Gregoire y de Garat, nombre mal colocado en un Senado monárquico, despues de haber presidido el suplicio de un rey. Barthelemy, sobrino de un escritor filósofo, que habia cerrado el siglo XVIII, con el *Viaje de Anacarsis*, en la antigüedad republicana, presidia la sesion. Barthelemy, hombre inofensivo, atractivo por sus costumbres, é irreprensible en lo pasado, habia sido el único negociador monárquico, cuyos talentos empleó la república. Sus misiones en Suiza ó en las conferencias para la paz de Basilea, le habian dejado en relaciones íntimas con la emigracion. El aprecio de todos los partidos le llevó al Directorio, y la eleccion de Napoleon, al Senado. Era uno de esos hombres con que todos los partidos se honran, y cuya autoridad se complacen en reconocer, cuando piensan con calma. Daba aquel dia al Senado la apariencia de la imparcialidad y del patriotismo.

III.

Lambrechts propuso al Senado un senado-consulto concebido en estos términos: «El Senado declara á Napoleon Bonaparte y á su familia destituidos del trono: absuelve al pueblo y al ejército de su juramento de fidelidad.» Aquel senado-consulto fué votado sin una sola protesta. Los miembros del Senado mas adictos á Napoleon, solo protestaron con su ausencia: otros se retiraron taciturnos y avergonzados despues de haber votado: acababan de rescatar su dignidad por medio de una cobardía. Aun cuando hubiesen estado convencidos de la necesidad de deponer á su creador, se debian á sí mismos el ejecutarlo con plena libertad. Votaban la destitucion de un amo, á una seña de otros amos, y dominados por su espada. La revolucion tuvo dias mas nefastos, pero no los tuvo tan ignominiosos.

IV.

Pero la forma en que aquel Senado abyecto votó su propia degradacion en la del emperador escedió á la abyeccion del acto mismo. El Senado redactó por su mano los motivos que le decidian á repudiar el imperio. Lambrechts fué el encargado de reunirlos en una acta de acusacion, de la que cada palabra echaba en cara á los senadores su sufrido servilismo.

En manos de Lambrechts y de los republicanos del Senado, aquellos testos de acusacion eran legítimos. Era el talion de la libertad. Pero en boca de los desertores de toda libertad, y de los cómplices de la opresion, aquellas quejas no eran mas que los crímenes de la adversidad rechazados por los cobardes sobre el vencido, para descargar de ellos sus vidas.

V.

Decian: «El Senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional, el monarca solo existe en virtud de la Constitucion y del pacto social:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

«Que Napoleon Bonaparte, durante algun tiempo de un gobierno firme y prudente, habia dado á la nacion motivos para contar en lo porvenir con actos de sabiduría y de justicia, pero que en seguida ha roto el pacto que le unia al pueblo francés, especialmente levantando impuestos y estableciendo contribuciones, sin la formalidad prevenida por la ley, contra el tenor espreso del juramento que prestó á su advenimiento al trono, conforme al artículo 53 del acta de las constituciones de 28 floreal año XII.

«Que ha cometido ese atentado contra los derechos del pueblo, precisamente cuando acababa de prorogar sin necesidad el cuerpo legislativo, y de hacer suprimir como criminal un dictámen de aquel cuerpo, al que negaba su título y su parte en la representacion nacional:

«Que ha emprendido una série de guerras, con violacion del artículo 50 del acta de las constituciones de 22 frimario año VIII, que exige que la declaracion de guerra sea preparada, discutida, decretada y promulgada como una ley:

«Que ha espedido inconstitucionalmente muchos decretos imponiendo la pena de muerte, especialmente las dos de 5 de marzo último, tendiendo á hacer nacional una guerra, que solo era motivada por satisfacer su ambicion desmesurada:

«Que ha violado la leyes constitucionales con sus decretos sobre las prisiones de Estado:

«Que ha reducido á la nada la responsabilidad de los ministros, confundido todos los poderes, y destruido la independencia de los cuerpos judiciales:

«Considerando que la libertad de imprenta, establecida y consagrada como uno de los derechos de la nacion ha estado constantemente sometida á la censura arbitraria de su policía, y que al mismo tiempo se ha servido de la prensa para llenar á la Francia y á la Europa de hechos inventados, máximas falsas, doctrinas favorables

al despotismo, y de ultrages contra los gobiernos estrangeros:

«Que algunas actas y dictámenes del Senado han sufrido alteraciones al tiempo de su publicacion:

«Considerando que en vez de reinar con la única mira del interés, de la felicidad y la gloria del pueblo francés, segun los términos de su juramento, Napoleon ha llevado hasta el colmo los males de la patria:

«Por su negativa á tratar con condiciones que el interés nacional le obligaba á aceptar, y que no comprometian el honor francés:

«Por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le han confiado en hombres y en dinero:

«Por dejar abandonados á los heridos sin curarlos, sin socorros y sin subsistencias:

«Por diferentes medidas cuyas consecuencias eran la ruina de las ciudades, la despoblacion de los campos, el hambre y las enfermedades contagiosas:

«Considerando que por todas estas causas, el gobierno imperial establecido por el senado-consulto de 28 floreal, año XII, ha cesado de existir, y que el voto manifiesto de todos los franceses, exige un órden de cosas cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general, y que sea tambien la época de una reconciliacion solemne entre todos les estados de la gran familia europea:

«El Senado declara y decreta lo siguiente:

«Napoleon Bonaparte queda destituido del trono, y abolido el derecho de herencia establecido en su familia.

«El pueblo francés y el ejército quedan absueltos del juramento de fidelidad prestado á Napoleon Bonaparte.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI.

La opinion pública, antes que el Senado, habia ya formulado aquellas maldiciones contra la tiranía: reconocia en todo el mundo, menos en el Senado, el derecho de proferirlas. Se aprovechó de la abyeccion de aquel cuerpo, pero le despreció. En toda la Francia se elevó un murmullo unánime de indignacion contra unos senadores que añadian á su facilidad en prosternarse ante el Imperio, la complacencia de sus insultos contra el hombre que habian divinizado. El poco aprecio que inspiraba el Senado, desapareció: ya no se oyó mas que un grito contra su pretension de servir de órgano á la patria, y de perpetuar su autoridad por medio de la bajeza. Mr. de Talleyrand y sus confidentes conocieron que se les habian anticipado: la Francia se les escapaba de entre las manos: queria que hablasen por ella voces mas independientes. Un corto número de miembros del Cuerpo legislativo, acudieron espontáneamente á Paris, se reunieron y sin deliberacion ni anuncio alguno prévio de nuevos crímenes, votaron la abolicion del reynado de Napoleon Bonaparte y de su familia. El crímen estaba á sus pies: era la Francia enmudecida por la esclavitud, estenuada por la falta de su sangre, conquistada y poseida por el estrangero. La Francia oyó con mas dignidad y aceptacion la voz justa y breve de sus legisladores, y contestó á ella con el grito casi unánime de *Abajo el tirano*. Este grito produjo en Paris escenas degradantes para la dignidad de un pueblo. Las pasiones realistas procuraron escitar las pasiones populares, para arrastrarlas á saturnales contra las imágenes del reinado caido. Mugeres jóvenes, hermosas, de alta pocision social, se prestaron á indignas ovaciones á la victoria contra su patria. Presentáronse en los paseos á pie y á caballo ofreciendo flores

á los bárbaros.... Hombres de nombres ilustres trataron de mutilar los emblemas en que el emperador habia asociado su nombre al recuerdo de los triunfos de la Francia. Uno de ellos ató la estrella de la legion de honor á la cola de su caballo. Otros rodearon cuerdas á la estátua de Napoleon colocada sobre su columna de bronce conquistado y se esforzaron en derrribarla aunque infructuosamente. Mas tarde se avergonzaron, no de su rencor, sino de aquellas demostraciones que confundian el odio á la tirania con los insultos á la gloria militar de la patria. Sin embargo, en aquellos tumultos no se derramó ni una gota de sangre. Los realistas y los republicanos solo protestaron contra la dinastía del Imperio, con la alegría de repelerla.

VII.

El gobierno provisional nombró un ministerio temporal como el. Sus nombramientos, escepto uno, fueron hábiles y populares. Mr. Henrion de Pausey, esplendor y honra de la magistratura francesa, fué electo ministro de la Justicia. Esto era indicar que se administraria rectamente sin complacencias ni venganzas. Anciano que habia atravesado tres reinados y el terror, sin complicidad y sin debilidad, Henrion de Pausey, tenia los recuerdos borbónicos y la inteligencia de la Revolucion. Nadie mas propio que aquel hombre apacible, firme é inalterable para representar á la ley y reconciliar el antiguo trono con el nuevo suelo.

Mr. Malouet, antiguo miembro de las asambleas, tanto mas fiel á las opiniones constitucionales, cuanto que en él habian sido mas meditadas y moderadas, recibió la cartera de marina. Regresaba del destierro, fiel á los Borbones, pero sin reclamaciones ni compromisos con los amigos exagerados de aquella córte, bastante adicto á

Luis XVIII para serle aceptable, y bastante independiente para colocar sus consejos entre la córte de la emigracion y él. El abate Luis, satélite de Mr. de Talleyrand desde el principio de la revolucion, hombre de la escuela de Mirabeau y de Raynal, iniciado en las cuestiones de crédito público, de industria y de comercio, prudente en los negocios, resuelto y apasionado en los consejos políticos, encarnizado por teoría contra Napoleon y su régimen, obtuvo el ministerio de Hacienda, y la mejoró.

Mr. Anglés, hombre nuevo, formado en la escuela administrativa del Imperio, fué nombrado ministro de la policía. Desconocido para la opinion ni la comunicaba recelos ni color.

Mr. de Beugnot, uno de esos hombres de circunstancias y de recursos que todo lo encuentran á la mano, fué llamado al ministerio de lo Interior. Diputado en la asamblea legislativa de 1791, defensor intrépido del rey y de la constitucion contra los jacobinos, proscripto por ellos durante su dominacion, unido al imperio por reconocimiento y por funciones que hubieran comprometido en aquella causa á un carácter menos lijero, hombre de una flexibilidad que le hacia capaz de igualar á la carrera todos los acontecimientos, de una erudicion ática, de conversacion deslumbradora, y de buen corazon, aunque muy deseoso de agradar, Mr. Beugnot gustaba á Mr. de Talleyrand por su docilidad; y debia tambien simpatizar con el futuro gobierno por su complacencia. Era una tradicion del Imperio, útil para la ignorancia de los emigrados, y agradable para una dinastía antigua, pero nueva en los negocios.

Mr. de Laforet, antiguo diplomático de Napoleon en los Estados Unidos, en Viena y en España, manejado en todas aquellas misiones por Mr. de Talleyrand, recibió la cartera de Negocios Estrangeros. La diplomacia de la Francia invadida, no le dejó mas actitud que la de la

espectativa. Aguardaba á Mr. de Talleyrand y le indicaba á Luis XVIII.

Por último el ministerio de la Guerra se confió al general Dupont. Este general valiente y capaz, pero desgraciado, no tenia mas título para un puesto tan importante en la decadencia é indecision del ejército, que su resentimiento contra el emperador. Acababa de salir de una prision de Estado: se lavaba de una mancha militar para encargarse de la direccion del ejército y de su honor que era lo que quedaba. El general Dupont, soldado é hijo de soldado, se habia distinguido cuando jóven en las guerras de la república, se engrandeció en las del imperio, y era uno de los primeros que marchaban por las huellas de los que sus servicios y su gloria conducian al rango de mariscales de Napoleon. En un dia lo perdió todo. Cercado en España por las tropas y por las milicias del país, dió el primer ejemplo de un ejército que capitulaba en vez de vencer: Bailen enseñó á Napoleon que no solo podia ser vencido, sino humillado. Prefirió, pues, acusar de traicion ó de cobardía á su teniente. Dupont no habia sido traidor ni cobarde, sino muy inferior al acontecimiento. Acusado al regresar á Francia, Dupont aguardaba el fallo del juicio que habia ido á arrostrar, cuando Mr. de Talleyrand, buscando entre los generales del emperador un enemigo irreconciliable suyo, llamó á Dupont. El ejército murmuró de una eleccion que le parecia una venganza ó una ofensa. El nombre del general Dupont, llegó á ser una recriminacion amarga de los bonapartistas contra los Borbones. Les parecia que la emigracion y la defeccion se unian contra ellos en un solo nombre. Aquel cargo era injusto, pero bastaba que fuese posible para que Mr. de Talleyrand le hubiera evitado al gobierno de Luis XVIII. El resentimiento le ofuscó. No buscaba servicios sino rencores: se equivocó. El nombre del general Dupont fué una prenda para el regreso de la isla de Elba.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Sin embargo, el movimiento de opinion que Mr. de Talleyrand queria simultaneamente provocar y contener, lo arrastraba todo en pos de sí, y hasta á el mismo gobierno. No se contiene una ruina á medias. No se infunde á un pueblo la paciencia de la diplomacia, cuando se hunde la tiranía que le oprimia, y se precipita en un gobierno nuevo. Mr. de Talleyrand lo aprendió por primera vez: en el corto intervalo de algunos meses, debia aprenderlo tambien otras varias. Habia desencadenado la esperanza, la pasion mas delirante de los pueblos. Bien pronto iba á dejarle atrás sino se decidia á seguirle. Hombre que nada tenia que negar al tiempo, Mr. de Talleyrand se dejó vencer y llevar á la Restauracion con tanta presteza y tan lejos como la opinion lo exigia, comenzó á no tomarse interes por el Senado. Ya habia conseguido de él lo que queria: ingratitud para unos, insurreccion para otros, la destitucion para todos. Dejó á los demas cuerpos constituidos del Estado, que manifestasen libremente y á porfia su defeccion. Aquellos cuerpos rivalizaron con el consejo municipal en insultos á lo pasado, y en prosternacion para con el porvenir. Cada hora se vió brotar una defeccion, una acusacion, un ultrage al gobierno rechazado. Cada corporacion y cada personage parecia que se apresuraban á ostentar su ingratitud, y á dar por la energía de sus injurias una prenda contra la vuelta de la servidumbre. El mismo gobierno provisional conoció que si no tomaba la palabra, no corresponderia á aquel entusiasmo de odio. Con estas palabras concitó al ejército y á las poblaciones á que se pronunciasen contra Napoleon.

«La Francia acaba de sacudir el yugo bajo el cual ha gemido con vosotros ya hace tantos años. Solo habeis combatido por la patria: si seguis las banderas del hombre que os conduce, peleareis contra ella. Mirad cuanto habeis sufrido con su tiranía: antes erais un millon de soldados, ¡casi todos han perecido!.... La paz está en vuestras manos; ¿la negareis á la Francia desconsolada?... ¿á la Francia que os llama y que os suplica?.... Os habla por su Senado, por su capital, por sus desgracias. Sois sus mas nobles hijos y no podeis pertenecer al que la ha asolado, y la ha entregado sin medios de defensa. Ya no sois los soldados de Napoleon: el Senado y la Francia entera os eximen de vuestros juramentos.»

Decia á la Francia:

«Al salir de las discordias civiles habíamos elegido por gefe á un hombre que aparecia en la escena del mundo con los caractéres de la grandeza. Cifrabamos en él todas nuestras esperanzas, y han sido defraudadas. No ha sabido reinar conforme al interés nacional, ni tampoco como convenia á su despotismo. ¡Solo creia en la fuerza, y ella le abruma en el dia; justa recompensa de una ambicion insensata!... Por fin, esa tiranía ha cesado: las potencias aliadas acaban de entrar en la capital de la Francia: vienen á reconciliar con la Europa á un pueblo valiente y desgraciado.

«¡Franceses!... El Senado ha declarado á Napoleon destituido del trono: la patria no está ya con él. Solo otro órden de cosas puede salvarla. Hemos conocido los escesos de la licencia popular y del poder absoluto: restablezcamos la antigua monarquía, poniendo límites con leyes sábias á los diversos poderes que la componen.

«¡Que al abrigo de un trono paternal vuelva á flore-

cer la aniquilida agricultura!... ¡que el comercio, lleno de trabas, recobre su libertad, que la juventud no sea arrancada del hogar paterno para empuñar las armas antes de tener fuerza para llevarlas: que el órden no sea interrumpido en la nacion, y que el anciano pueda esperar el morir entre sus hijos;... ¡Franceses!... unámonos: la paz va á poner término á los trastornos de la Europa. La Francia descansará y se repondrá de sus largas agitaciones, y aleccionada por la doble prueba de la anarquía y del despotismo, encontrará la felicidad en un gobierno tutelar.»

X.

Los aliados inquietos, instaban á la Francia para que completase por si misma su obra. Mr. de Talleyrand comenzaba á parecerles demasiado lento y mesurado en sus actos. Ninguna victoria podia tranquilizarles completamente mientras el emperador estuviese en pie. Tampoco el se conformaba con la suerte.

Sin duda alguna, la ocupacion de su capital por los ejércitos de la coaliccion, la fuga de la regencia que no encontraba en su tránsito mas que aislamiento y compasion, el abandono del Senado, la formacion de un gobierno provisional, el anuncio de la proxima llegada de los Borbones, la adhesion de un gran número de poblaciones y corporaciones constituidas á la destitucion, la revolucion borbónica completamente efectuada en Burdeos, el cansancio de sus generales, que parecia no aguardaban mas que una palabra suya para relevarles de la fidelidad á sus aguilas; todos aquellos desastres, todos aquellos síntomas, todos aquellos insultos del destino le dejaban muy pocas esperanzas de levantarse y salir de su abatimiento en Fontainebleau. Pero todavía podia encontrar en la desesperacion una de esas resoluciones supremas, que hacen variar el desenlace de las cosas humanas, y que son la última palabra de los almas grandes. En ningun período de aquella larga campaña se habia encontrado quizá militarmente en una actitud tan amenazadora para sus enemigos: lo conocia muy bien.

XI.

El emperador de Rusia, el rey de Prusia, y el príncipe de Schwartzenberg, habian obrado mas bien como hombres políticos que como tácticos, al precipitarse sobre Paris, mientras que un general como Napoleon, maniobrase todavía á su espalda y por sus flancos. Mr. de Vitrolles y los agentes realistas que les habian dado aquel consejo atrevido, habian respondido temerariamente del resultado. Pero si París hubiese estado menos enervado y sido mas afecto al Imperio, de lo que sus apasionados consejeros les habian pintado, la situacion de los aliados dentro de sus muros habria sido peor que la de el emperador en Fontainebleau. Aquellos príncipes y aquellos gefes, para ocupar y contener tan grande capital, se habian visto obligados á concentrar todas sus fuerzas. Un murmullo de vergüenza ó de cólera en aquella numerosa poblacion, un insulto de los Borbones á sus aguerridos habitantes, un conflicto entre los soldados y el pueblo, una gota do sangre francesa derramada en sus calles, un cañonazo del ejército francés que se oyese resonar desde afuera, podian convertir á Paris en el lazo, la prision ó el sepulcro de los ejércitos estrangeros. Ayudado Napoleon, solo por algunas horas, por la sublevacion de la capital, y por la insurreccion patriótica de las ciudades, pueblos y aldeas en los caminos que formaban su línea de retirada, podia lanzar sesenta mil hombres concentrados, descansados, é irritados, en las calles de su capital, reconquistarla en un dia y sepultar en ella á sus vencedores. Todas las tropas de Mortier y de Marmont estaban á

ocho leguas de Paris, de vanguardia á las dos orillas del Essonne, entre Fontainebleau y Paris. El ejército de Napoleon habia atravesado en seguimiento de los enemigos las llanuras de la Champaña, contaba cuarenta mil combatientes, y aquella guardia imperial que valia por un ejército. Aquellos sesenta mil hombres reunidos al pie de los muros de Fontainebleau, endurecidos por la adversidad, indiferentes al fuego, que despreciaban el número, llenos de confianza en si mismos, y de fanatismo por su emperador, pedian á voces marchar sobre Paris, la venganza y el combate. Napoleon se presentaba todos los dias á sus tropas en el patio del palacio, leia su pensamiento en sus semblantes, acogia en su corazon sus aclamaciones, y cruzaban por su mente noche y dia pensamientos semejantes á los que fueron el fundamento de su grandeza. Al verse todavía tan amado de sus soldados, no podia creerse tan aborrecido del pueblo. La patria le parecia que aun se reasumia y palpitaba en él: soñaba su resureccion en la de la Francia.

XII.

Pero le era desconocido el poder de la opinion que tanto habia despreciado, ultrajado, y perseguido. Entre el ejército y la patria, habia creado un abismo de opinion. La patria, cuyo nombre habia hecho olvidar por tanto tiempo absorbiéndole en el suyo, habia llegado hasta tal punto de resentimiento contra él, que de todos sus enemigos, era quizá al que mas temia. Abandonada y despreciada por él, su vuelta mas bien la parecia una esclavitud, que libertad. A fuerza de doblegarle habia roto en las almas el resorte del patriotismo. La opinion de la Francia era el mas temible de los ejércitos de la coalicion del mundo contra él. Lo conocia sin poderlo esplicar. Se asombraba de no tomar resoluciones enérgicas á vista de sus tropas, al contar sus soldados y al oir el grito de sus batallones. Queria marchar: cada noche daba órdenes para el movimiento decisivo del dia siguiente, y luego las revocaba, se agitaba y quedaba inmóvil. Sentia desmayar su resolucion y su voluntad é ignoraba la causa. El peso de la opinion le abrumaba.

XIII.

Mr. de Talleyrand, los realistas que cada vez le rodeaban mas y mas, y aun los republicanos unidos en aquel momento á los realistas por la mancomunidad de odio, los diplomáticos, los generales estrangeros, el Senado, el Cuerpo legislativo, los gefes de la guardia nacional, y en fin los ciudadanos opulentos que temblaban por su ciudad, se estremecian del peligro que corria Paris si el emperador seguia los consejos de la estremidad y de la desesperacion. Influian con toda la energía de una capital alarmada en el ánimo de los mariscales y generales de Napoleon. Por medio de sus amigos, de sus mugeres, de sus familias, por el interés sagrado de la patria, por el interés mismo de su porvenir y de su fortuna, se esforzaban en irlos desprendiendo uno á uno de Napoleon. Mostrábanles la capital incendiada en la lucha, sacrificados sus parientes, saqueadas sus casas, maldecidos sus nombres, y su responsabilidad escrita con letras de sangre si preferian un hombre á la patria, y si por servir á los últimos favores de la ambicion de un proscripto del mundo, hacian traicion al juramento de los juramentos, al que todo ciudadano presta al nacer á sus conciudadanos. Napoleon ya no era á sus ojos y á los de la Francia casi entera, mas que un hombre frenético á quien era preciso quitar las armas de la mano, para que no las emplease en un parricidio.

Una opinion tan unánime, tan íntima, tan apasionada y tan patriótica en sus términos, manifestada en todas partes y á todas horas por boca de los amigos, de los padres, de las esposas y de los conciudadanos, no podia dejar de persuadir á generales, á quienes los reveses y el cansancio tenian ya convencidos. Ya no luchaban mas que por el honor de la patria y por no cubrirse con la ignominia del abandono. El camino espedito entre sus cuerpos de ejército y las puertas de París, la necesidad de volver á ver sus familias despues de largas campañas y de conferenciar con el gobierno provisional y con los generales aliados para la demarcacion de límites y para las condiciones del armisticio, les suministraban contínuos pretestos para marchar á París. Habia una negociacion contínua y secreta entre la capital y el ejército, negociacion independiente de la que el mismo emperador continuaba con Alejandro por medio de Caulaincourt y de sus mariscales. Una situacion tan apremiante no podia menos de romperse por cualquiera casualidad. Esta se hallaba en el corazon de uno de los compañeros de armas mas antiguos de Napoleon, fluctuando entre la desesperacion de dar los últimos golpes, y segun él golpes inútiles á la patria, y el sentimiento de que se creyese abandonaba á su gefe y bienhechor. Marmont tomó uno de esos partidos mistos que solo salvan la conciencia contaminando la fidelidad. La capitulacion de París, medida de prudencia bajo una apariencia de traicion, habia ya comprometido á Marmont.

XIV.

Aunque aquel mariscal habia combatido el último y buscado la muerte en los arrabales de París, algunos de sus tenientes y de sus soldados, irritados de ceder la capital del imperio por un armisticio, prorumpieron contra él en el grito de traicion al replegarse al Essonne. El general Chastel, que mandaba una parte de su caballería, combatiente intrépido, pero obcecado por un fanatismo soldadesco, apostrofó á Marmont con el epíteto de traidor. Marmont, cuya sangre habia lavado aquel dia el honor, respondió á aquel insulto amenazando al general Chastel con sujetarle á un juicio en cuanto el ejército no estuviese al frente del enemigo. Despues de aquella capitulacion, de la retirada y de las injustas sospechas de sus oficiales y soldados, Marmont, aunque sin haber incurrido en falta y sin remordimientos, no dejaba de hallarse embarazado con el ejército y con el emperador. El infortunio hace injustos. Napoleon podia hacerle cargo de no haber reservado á su fortuna las pocas horas que pedia de defensa para llegar antes que Alejandro á París. Aquel mariscal, ocupado con su cuerpo de ejército en Essonne, no se habia presentado aun á Napoleon en Fontainebleau Sin duda temia una reprension en su mirada. Corrian los dias llevándose en pós de sí las resoluciones é irresoluciones del emperador. Cada uno de aquellos dias se llevaba tambien uno de los escrúpulos de fidelidad de sus generales.

XV.

Ya hemos visto que Mr. de Caulaincourt, enviado sin cesar desde Fontainebleau á París y desde París á Fontainebleau, no habia conseguido su intento de hacer, primero, que entrasen en transacciones con Napoleon, y luego, que se reconociese la regencia. La dinastía estaba ya escluida. No quedaba, pues, mas que la persona del emperador y la suerte que le reservasen, intermedia entre el trono y la destitucion completa. Caulaincourt habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vuelto la noche del 2 á Fontainebleau, á referir á su amo aquellos tristes decretos de la victoria. Napoleon que hasta entonces habia conservado la esperanza, se indignó contra semejantes determinaciones. Aguardó que rayase el alba, reunió sus tropas en los patios y jardines del palacio, montó á caballo rodeado de sus mariscales y ayudantes de campo, y poniéndose al frente de los batallones de su guardia leyó con voz irritada y sonora una proclama que acababa de escribir para sondear su resolucion.

«Soldados, el enemigo nos ha anticipado tres marchas y se ha apoderado de París. Es preciso arrojarle de él. Franceses indignos, emigrados á quienes hemos perdonado, han enarbolado la bandera blanca y se han unido á nuestros enemigos ¡Cobardes!.... ya recibirán el premio de este nuevo atentado. ¡Juremos vencer ó morir! ¡Juremos hacer respetar esa escarapela tricolor que hace veinte años marcha por el camino de la gloria y del honor!»

XVI.

La voz de su emperador resonó en el corazon de los batallones y escuadrones. Cierta agitacion se esparció por las filas, moviéronse los sables, los semblantes palidecieron, temblaron los lábios y contestaron con largas y sordas aclamaciones, como el mugido de la cólera que comienza á hervir en el pecho. «¡A París!... ¡á París!.... gritaban los soldados, que nos lleve allí nuestro emperador.» Sus ojos parecian devorar de antemano la corta distancia que los separaba de los enemigos, y que sus sables barrian las calles de la capital restituida á la patria y á su emperador. Napoleon, mirando á sus mariscales y generales agrupados en derredor suyo, parecia, al mostrarles aquel entusiasmo inestinguible de la guerra, escitado por su presencia en el alma de sus soldados, reprenderles su cansancio y los síntomas de defeccion en algunos gefes. No dudando ya del arrojo con que le seguirian sus soldados, volvió á entrar en el palacio, acompañado hasta lo interior de sus habitaciones por aquel eco prolongado de fidelidad y adhesion de las tropas. Se paseó largo tiempo solo por su gabinete con paso entrecortado, haciendo señas con la mano y actitudes de reflexion y de arrebato que revelaban que su alma luchaba con un gran proyecto. Luego se sentó, tomó la pluma y escribió la órden de que el ejército rompiese al dia siguiente el movimiento sobre París, y que el cuartel general se trasladase desde Fontainebleau á Essonne. Era la señal de la batalla al pie de los muros de París, en la cual queria perder la vida ó reconquistar lo perdido.

XVII.

Aquella resolucion se traslució por la noche en palacio é hizo estremecer al ejército de venganza y de alegría. Los gefes temblaron por París, por la Francia y por su propio porvenir. Ninguno de ellos tenia los mismos motivos que Napoleon para esponer el fruto de toda su vida y la responsabilidad de su nombre en un golpe desesperado. Caido el Imperio, les quedaba su nombradía, sus grados, sus riquezas, su nobleza, la certidumbre de ser buscados, honrados y respetados por todo gobierno, que tuviese en algo la gloria y los servicios hechos á la patria. Ninguno queria manchar su nombre con una traicion, pero tampoco queria ninguno secundar lo que ellos llamaban una locura. Les convenia pues impedir á toda costa el que el emperador pusiese su fidelidad á tan dura prueba, y que se diese una última batalla, en la que seguirle seria una temeridad, y abandonarle una cobardía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XVIII.

Apenas los gefes del ejército supieron la resolucion del emperador, cuando el mismo sentimiento suscitó en ellos el mismo murmullo, y se buscaron por el instinto de un pensamiento comun, para preguntarse unos á otros acerca de sus impresiones, y para cohonestar una resistencia, convenir en unas objecciones y consejos que hiciesen vacilar el ánimo del emperador. En el mismo palacio fué donde los mariscales y los gefes de los cuerpos se reunieron y encontraron con el mismo espíritu de oposicion, al plan desesperado de Napoleon. Aquella oposicion, por tan largo tiempo encubierta con las fórmulas de la adhesion y la prontitud de la obediencia, estallaba por fin en sus gestos, en sus miradas y en sus esclamaciones. Un pretesto honroso mitigaba, á su modo de ver, la dureza é inconveniencia de aquel paso. Aquel pretesto era el interés del ejército de que se titulaban representantes naturales, y por el que comenzaban á negociar sin mandato, con el gobierno provisional, por medio de persona de su confianza. Ninguno de aquellos guerreros dudaba que Napoleon habia concluido y que iba á comenzar un nuevo reinado. La disciplina militar, quitando al hombre de los campamentos el ejercicio de su propia voluntad, le quita, mas que en ninguna otra profesion, la energía de carácter en las vicisitudes de los acontecimientos. Al paso que les comunica la intrepidez personal, les priva de la constancia cívica. Nada se doblega tanto ni tan pronto al viento de las revoluciones, como los generales. Siguen la noble profesion de las armas, pero la ejercen con toda clase de amos. Pasan de una córte á otra, de un imperio á una monarquía, y de esta á una república, no como cortesanos, sino como servidores, espada de todos filos que se presta ó se da á

el último que ciñe la corona. En sus filas debe buscarse el heroismo del valor, pero jamás el heroismo de la independencia.

XIX.

Habituado Mr. de Talleyrand á tantos gobiernos y revoluciones palaciegas, habia calculado por la complacencia que aquellos hombres tenian con Napoleon en la prosperidad, la facilidad con que le abandonarian en su caida. Asi pues hacia que el general Dupont y sus agentes de confianza, los sondeasen, interrogasen, y casi que entrasen en convenio con ellos. Mostrábales á Napoleon condenado ya en los consejos de la Europa, y rechazado de la Francia: les preguntaba si el ejército despues de haberle sacrificado tanta sangre, debia sacrificarse tambien sobre su tumba hasta el suicidio. Haciales vislumbrar el reconocimiento del futuro soberano que recompensaria los servicios prestados á la Francia, ó que proscribiria en ellos á los verdugos ó incendiarios de su capital.

Aquellas insinuaciones tenian acceso en sus corazones ulcerados por los reveses, y que necesitaban descargar sobre uno solo la responsabilidad, los resentimientos y lo odioso de la desgracia comun. Una gloria mal sonante, se unia en la idea de algunos de aquellos mariscales á una rudeza de lenguaje y una franqueza brusca de oposicion, que les daba la apariencia de una independencia varonil. Pero su complicidad en el 18 brumario, su complacencia con el Imperio, su afan durante diez años de satisfacer los caprichos de la tirania, les quitaban el derecho de tan áspero patriotismo. Solo se murmura con dignidad de los escesos de un poder á quien se ha combatido. Los hombres de los campamentos de Napoleon, no pensaron en separar su causa de la suya, hasta

despues de su decadencia. Era justo para él, inicuo para ellos. Cuando se ha seguido hasta en sus últimas faltas á un amo que cae, no queda mas que una verdadera escusa á sus compañeros de fortuna, y es la de caer con él.

XX.

El mariscal Oudinot, ese Bayardo de la República y del Imperio, adicto al emperador, pero mas adicto al ejército de que era el modelo, fué uno de los primeros que se pronunciaron contra la locura de un gefe, que no sabia enternecerse al ver las llagas de la patria, y que queria arrastrar los restos de su ambicion personal por entre las llamas y la sangre de la capital. Aquella esplosion de un corazon en que el patriotismo ahogaba la fidelidad, hizo brotar de la boca y del corazon de los demas mariscales y de los gefes de los cuerpos, el descontento y la desesperacion de aquella situacion, manifestados mútuamente en voz baja, ya hacia largo tiempo. La conviccion de un pensamiento comun multiplicó los cargos, y aumentó la audacia de todos. Cesaron pues de disfrazar sus secretos sentimientos, y comenzaron á hablar de su propósito de desobecer, en voz bastante alta para que llegase á oidos del emperador, y para que la certeza de la resistencia que por primera vez iba á esperimentar, evitase á sus tenientes el dolor de resistirle cara á cara.

XXI.

Durante aquella primera insurreccion, en los patios, jardines y salones del palacio, el emperador, encerrado con Caulaincourt, prorumpia en lamentos sobre su ruina,

en acusaciones contra el emperador de Rusia, en otro tiempo su amigo, y entonces su ejecutor, en imprecaciones contra Talleyrand y el Senado, y en desprecio, incredulidad é ironías contra los Borbones, dinastía pusilánime é incapaz, decia, de gobernar á aquel pueblo nuevo. Luego, recobrando su confianza y recordando á Caulaincourt los gritos del alma de su ejército que acababa de oir: «Mañana, le decia, marcho con sesenta mil hombres á las puertas de París: mis bravos veteranos me reconocen todavia, y no reconocen mas que á mí. El estampido de mi cañon despertará á París. Se levantará detrás de los rusos mientras yo los ataco de frente. La victoria es mia, y ella será mi juez. Si los franceses despues de su libertad me juzgan todavía digno del trono, me le devolverán.» La noche trascurrió en estas ilusiones y conversaciones.

XXII.

Sin embargo, aunque el emperador aparentaba conservar sus ilusiones en presencia de Caulaincourt, tenia dudas que no queria disipar acerca de la obediencia de los generales que estaban á sus órdenes. Dudar de que le obedeciesen en aquel momento, era reconocer la rebelion. Reconocerla y no castigarla, era subordinarse al capricho de sus tenientes. Retrocedia ante aquel ruidoso escándalo: se lisongeaba de que la noche y la reflexion reducirian á aquellos generales á su deber. Delante del mismo Berthier, su gefe de estado mayor y su confidente, se abstuvo de manifestar la menor desconfianza en cuanto á la ejecucion de las órdenes que continuaba dictando. Durmió algunas horas, se vistió muy temprano, y se asomó al balcon para presenciar el movimiento que habia mandado á sus tropas. Pero sucediéndose las horas hasta el medio dia, sin que oyese en el campamento in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

mediato á Fontainebleau, mas ruido que el de los toques de cajas acostumbrados en un ejército en reposo. Por todas partes continuaban reinando el vacio, la inmovilidad y el silencio. Todavía no podia creer en la primera desobediencia que esperimentaba por parte del ejército. No se atrevia á preguntar temeroso de tener que ceder ó castigar. Fingia creer y decia á Caulaincourt y á cuantos le rodeaban que los preparativos de marcha, los carruages, forrajes, y víveres para la manutencion del ejército, habian sin duda retardado hasta hora tan avanzada, el movimiento de las columnas hacia Essonne. A medio dia los destacamentos ordinarios de la guardia de palacio, maniobraron en el patio para la parada. La noticia de la abdicacion de Napoleon esparcida rápidamente durante la noche por sus mariscales, como para hacerle aquella intimacion indirecta del destino por medio de la voz pública, circuló por las filas y por el palacio. Aquellos rumores llegaron hasta Napoleon y le hicieren palidecer. Temia una interpelacion mas directa de los que en sus corazones apresuraban su caida. Las trágicas escenas del Bajo Imperio y del palacio de Paulo I le ocurrian á la imaginacion. Cedia interiormente á la necesidad, pero aparentó de nuevo el mando sin contradiccion y la confianza. Montó á caballo en medio de sus generales y pasó en silencio revista á los destacamentos. La tristeza, la duda y la compasion se notaban en los rostros de todos los soldados. En aquel momento, un ayudante de campo de Marmont, llegó de Essonne á escape: echó pie á tierra, entregó los pliegos, y divulgó entre los grupos que le rodeaban, la destitucion del emperador por el Senado. Aquella noticia pasó de boca en boca al oido de los mariscales, y á las silenciosas filas de los soldados. Irritó á unos, consternó á otros, regocijó á algunos, y ofreció al mayor número una puerta para la ingratitud y la infidelidad. La revista fué taciturna y concluyó sin los gritos acostumbrados. Era evidente para Napoleon que sus órdenes habian sido despreciadas, y que ya miraban hacia París titubeando entre el Senado y él. Echó pie á tierra pálido y pensativo al pie de la gran escalera interior, é hizo seña con la mano á los mariscales y generales, de que no queria ser acompañado hasta su habitacion. Sus tenientes se miraron, se animaron con la vista, y sin hacer caso de la seña, siguieron detrás de él como por su acostumbrado respeto: entraron en la antesala de su gabinete.

XXIII.

Dejemos por un momento esta escena todavia muda, y veamos lo que pasaba en el ejército de Marmont, vanguardia y flanco izquierdo del de Napoleon.

El Senado, como ya hemos dicho, se pronunciaba de hora en hora con mas audacia contra el Imperior. Beurnonville enviaba mensage sobre mensage á Marmont, para desprender al ejército de un gefe rechazado por la victoria y por la voz de la nacion. El Emperador por su parte, al dia siguiente de su llegada á Fontainebleau, fué á visitar á Marmont y las líneas de su ejército. En aquella visita llegaron á sus oidos los rumores de traicion, y las quejas sobre la prontitud de la capitulacion de París. Habia fingido no oir nada, y bien fuese completa confianza en una amistad de veinte años, y en la confraternidad de tantos campos de batalla, ó bien un hábil disimulo para mantener en la obediencia, cuerpos que una sola palabra podia enagenar, manifestó á Marmont su habitual semblante. Honró en él al valor desgraciado: distribuyó grados, elogios, y condecoraciones á los oficiales. Esta última entrevista del emperador y de su antiguo ayudante de campo, parecia haber adherido mas que nunca á Marmont á cumplir con su deber. El mismo emperador procuró disipar las irritadas palabras que

mediato á Fontainebleau, mas ruido que el de los toques de cajas acostumbrados en un ejército en reposo. Por todas partes continuaban reinando el vacio, la inmovilidad y el silencio. Todavía no podia creer en la primera desobediencia que esperimentaba por parte del ejército. No se atrevia á preguntar temeroso de tener que ceder ó castigar. Fingia creer y decia á Caulaincourt y á cuantos le rodeaban que los preparativos de marcha, los carruages, forrajes, y víveres para la manutencion del ejército, habian sin duda retardado hasta hora tan avanzada, el movimiento de las columnas hacia Essonne. A medio dia los destacamentos ordinarios de la guardia de palacio, maniobraron en el patio para la parada. La noticia de la abdicacion de Napoleon esparcida rápidamente durante la noche por sus mariscales, como para hacerle aquella intimacion indirecta del destino por medio de la voz pública, circuló por las filas y por el palacio. Aquellos rumores llegaron hasta Napoleon y le hicieren palidecer. Temia una interpelacion mas directa de los que en sus corazones apresuraban su caida. Las trágicas escenas del Bajo Imperio y del palacio de Paulo I le ocurrian á la imaginacion. Cedia interiormente á la necesidad, pero aparentó de nuevo el mando sin contradiccion y la confianza. Montó á caballo en medio de sus generales y pasó en silencio revista á los destacamentos. La tristeza, la duda y la compasion se notaban en los rostros de todos los soldados. En aquel momento, un ayudante de campo de Marmont, llegó de Essonne á escape: echó pie á tierra, entregó los pliegos, y divulgó entre los grupos que le rodeaban, la destitucion del emperador por el Senado. Aquella noticia pasó de boca en boca al oido de los mariscales, y á las silenciosas filas de los soldados. Irritó á unos, consternó á otros, regocijó á algunos, y ofreció al mayor número una puerta para la ingratitud y la infidelidad. La revista fué taciturna y concluyó sin los gritos acostumbrados. Era evidente para Napoleon que sus órdenes habian sido despreciadas, y que ya miraban hacia París titubeando entre el Senado y él. Echó pie á tierra pálido y pensativo al pie de la gran escalera interior, é hizo seña con la mano á los mariscales y generales, de que no queria ser acompañado hasta su habitacion. Sus tenientes se miraron, se animaron con la vista, y sin hacer caso de la seña, siguieron detrás de él como por su acostumbrado respeto: entraron en la antesala de su gabinete.

XXIII.

Dejemos por un momento esta escena todavia muda, y veamos lo que pasaba en el ejército de Marmont, vanguardia y flanco izquierdo del de Napoleon.

El Senado, como ya hemos dicho, se pronunciaba de hora en hora con mas audacia contra el Imperior. Beurnonville enviaba mensage sobre mensage á Marmont, para desprender al ejército de un gefe rechazado por la victoria y por la voz de la nacion. El Emperador por su parte, al dia siguiente de su llegada á Fontainebleau, fué á visitar á Marmont y las líneas de su ejército. En aquella visita llegaron á sus oidos los rumores de traicion, y las quejas sobre la prontitud de la capitulacion de París. Habia fingido no oir nada, y bien fuese completa confianza en una amistad de veinte años, y en la confraternidad de tantos campos de batalla, ó bien un hábil disimulo para mantener en la obediencia, cuerpos que una sola palabra podia enagenar, manifestó á Marmont su habitual semblante. Honró en él al valor desgraciado: distribuyó grados, elogios, y condecoraciones á los oficiales. Esta última entrevista del emperador y de su antiguo ayudante de campo, parecia haber adherido mas que nunca á Marmont á cumplir con su deber. El mismo emperador procuró disipar las irritadas palabras que

Chastel habia proferido contra el mariscal al atravesar por Paris, y las atribuyó á la cólera que la retirada produce en un corazon generoso. Recomendó á ambos generales que olvidasen sus resentimientos mútuos, y al mariscal que desistiese de la formacion de causa.

XXIV.

Mas apenas el emperador habia dejado el ejército de Marmont cuando se presentaron en el campo del mariscal, y penetraron hasta él, emisarios del ministro de la guerra, de Mr. de Talleyrand, de los realistas, y sobre todo de los republicanos. Es creible que el contristado ánimo del mariscal, sufriria cada vez mas con unas pretensiones revestidas con los colores de un verdadero patriotismo, y que le colocaban en la terrible alternativa de faltar á la amistad de su antiguo gefe, ó su solicitud por su patria. Mientras fluctuaba de aquel modo Marmont, el príncipe de Schwartzenberg que mandaba las fuerzas colocadas al frente de Essonne, intimó al mariscal en nombre de la paz y del nuevo gobierno de su pais, que evitase una inútil efusion de sangre, y se colocase, decia, bajo la bandera de la causa verdaderamente francesa. El comandante de la guardia nacional de Paris, el general Dessoles, antiguo teniente de Moreau, justamente resentido contra el emperador, dirigió á Marmont las mismas súplicas, en nombre de sus conciudadanos de Paris, de sus vidas, de sus propiedades, y de sus familias. Su adhesion al nuevo gobierno nacional, lo arreglaria todo. La responsabilidad de la Francia pesaba toda entera en aquel momento en un solo hombre, árbitro entre el Imperio todavía armado, y la nacion suplicante á los pies del general mas allegado á ella, por su capital y por su sangre.

XXV.

El mariscal no se atrevió á cargar por sí solo con el peso de una decision, con que de antemano se sentia oprimido, y hundido ante el honor, el reconocimiento y la historia. Deliberar cuando el deber militar es obedecer, era ya faltar. Como militar se condenaba: como amigo, desgarraba su alma; como ciudadano de un pais cuya suerte estaba en sus manos, hacia tal vez uno de los esfuerzos sobrenaturales, que sacrifican un deber á otro, y un hombre á la salud pública. Sea como quiera, Marmont quiso una escusa, lo cual era confesar que iba á cometer una falta. Reunió en Essonne todos los generales y oficiales superiores de su ejército, y les consultó si deberian ó no adherirse en nombre del ejército, á las proposiciones de París del gobierno provisional y de los aliados. La situacion debia ser bien apurada, y estremada á fuerza de los acontecimientos y de la opinion nacional, cuando todos se pronunciaron por la adhesion. Solo se hizo una reserva exigida por los recuerdos y por la decencia misma del abandono, y fué que se garantizase la vida y la libertad del emperador. Marmont escribió al príncipe de Schwartzenberg una carta, en que se descubrian á un mismo tiempo, la resolucion, el dolor y los remordimientos.

XXVI.

«He recibido, decia, la carta que vuestra alteza me ha dispensado el honor de escribirme. La opinion pública ha sido siempre la regla de mi conducta. El ejército y el pueblo, se hallan libres del juramento de fidelidad al emperador Napoleon por el decreto del Senado. Me

hallo dispuesto á coadyuvar á una reconciliacion entre el ejército y el pueblo, porque debe evitarse toda eventualidad de guerra civil, y contenerse la efusion de sangre francesa. En su consecuencia, estoy pronto á dejar el ejército del emperador Napoleon, con las condiciones siguientes, cuya garantía os pido por escrito.

Art. 1.° «Las tropas que abandonaren las banderas de Napoleon, podrán retirarse libremente á Normandía.

Art. 2.° «Si por consecuencia de este movimiento los acontecimientos de la guerra hiciesen caer en manos de las potencias aliadas la persona de Napoleon Bonaparte, le serán garantizadas la libertad y la vida, con un espacio de terreno y un pais circunscripto, á eleccion de las potencias aliadas y del gobierno francés.»

XXVII.

Se ve, pues, que la defeccion conocia todas las eventualidades que preparaba. Sabia que entregaba á Napoleon, y que estipulaba de antemano las condiciones ambiguas de su cautiverio. Efectivamente, los términos del artículo segundo, lo mismo podian aplicarse á una prision que á un Imperio. La mejor prueba de que Marmont hablaba como los enemigos de su soberano, de su bienhechor y de su general, es que los aliados firmaron sus palabras, y aun las estendieron, concediéndole una soberanía en el ostracismo.

«No puedo espresaros suficientemente, contestó el generalísimo de las tropas estrangeras á Marmont, la satisfaccion que esperimento al saber que os habeis apresurado á aceptar la invitacion del gobierno provisional, colocándoos bajo la bandera de la causa francesa. Los distinguidos servicios que habeis prestado á vuestro pais son generalmente reconocidos. Los poneis el sello devol-

viendo á su patria los pocos valientes que han podido escapar de la ambicion de un solo hombre. Aprecio sobre todo la delicadeza del artículo relativo á la persona de Napoleon, que desde luego acepto. Nada caracteriza mas la generosidad natural de los franceses, y que os distingue particularmente.»

Los aliados disfrazaban de este modo á Marmont su propia falta, con el colorido de delicadeza y generosidad, mas indulgentes que lo era consigo mismo. Apenas firmó aquel convenio pareció arrepentirse, y querer rescatar lo que tenian de cruel para su alma, por medio de esfuerzos concertados con otros mariscales, en favor de la regencia, y del imperio para el hijo de su bienhechor. Pero volvamos á Fontainebleau.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LIBRO OCTAVO.

Abdicacion de Napoleon.—Envia á Caulaincourt y Macdonald como plenipotenciarios á Paris.—Consejo de los mariscales y de los soberanos aliados el 4 de abril.—Desaprobacion de la Regencia.—Defeccion del cuerpo de ejército de Marmont.—Cena de los generales y oficiales.—Marcha del sesto cuerpo entre las líneas enemigas.—Su sublevacion al llegar á Versalles.—Su marcha hácia Rambouillet.—Marmont corre á Versalles, contiene y apacigua al sesto cuerpo.—Ovacion de Marmont á su regreso al palacio de Mr. de Talleyrand.—Orden del dia de Napoleon el 5 de abril.—Regreso de los plenipotenciarios á Fontainebleau.—Napoleon quiere volver á comenzar la guerra.—Renuncia á ello.—Marcha de Caulaincourt á Paris.

I.

Al entrar el emperador en su habitacion, dió en alta voz la órden de trasladar el cuartel general á Ponthierry, en el camino de Essonne. Aquello era en su pensamiento, una órden tácita de que los mariscales le siguiesen con sus cuerpos de ejército. No suponia que sus compañeros de armas le abandonarian en el último combate. No creia ya en su adhesion, pero todavía creia en su honor.

Sin embargo, los mariscales que le habian seguido hasta el último gabinete á donde parecia creer retirarse,

formaban al frente de él un grupo de aspecto enigmático. Indecisos entre su respeto acostumbrado, y una resolucion atrevida, sus fisonomías revelaban la ambigüedad de su papel. Prontos á inclinarse si el emperador comprendia su gesto significativo, estaban resueltos á exigir si se obstinaba en no comprender nada. El largo silencio que se prolongaba entre el emperador y sus tenientes era el diálogo mas trágico de aquella escena. Napoleon observaba la mirada de sus oficiales, que tambien examinaban la suya. Todos querian ser los últimos en espresarse acerca de la situacion; Napoleon estaba muy distante de tomar la iniciativa. Sus tenientes temblaban de verse obligados á pronunciarse los primeros. La vergüenza de esperar en vano, aumentada por el deseo de manifestarse aumentó hasta la cólera, la impaciencia de los gefes del ejército. Resueltos á obtener y renunciando á persuadir, iban á estallar.

II.

«Cuento con ustedes, caballeros,» dijo por fin Napoleon, que se les anticipó con una palabra, á la que siempre habian contestado. Aquella palabra exigia otra ó por lo menos algun signo. Los mariscales, en vez de retirarse respetuosamente, como solian, para ejecutar aquella órden, se acercaron mas, y con firme ademan manifestaron su resolucion de quedarse. Napoleon se turbó pero se contuvo. El mariscal Ney á quien tantas espediciones daban derecho á tener alguna franqueza, dijo que ninguna espada saldria de la vaina, para ejecutar un pensamiento que seria un crimen inútil é insensato contra la patria. Napoleon le dirigió una mirada llena de indignacion. Era la primera verdad que oia despues de diez años; salia de la boca de uno de sus

mas heróicos compañeros, y tenia el acento de la rebelion y la amargura del abandono. Se quedó consternado y desconcertado como en el 18 brumario en Saint-Cloud, con la voz y la actitud de los representantes. Era necesario para aquel hombre, que se interpusiese un ejército entre la verdad y él: no combatia á la audacia cuerpo á cuerpo.

III.

Sus tenientes Ney, Oudinot y Lefebvre, apoyaron con palabras enérgicas y algo bruscas la indomable voluntad del mariscal. El semblante, el tono, el gesto, los brazos, el ademan imperioso de los oficiales, el sordo murmullo, la mirada amenazadora, las medias palabras mal contenidas en los labios, el movimiento de pies y el ruido de los sables, indicaban á Napoleon que recurririan á los mayores estremos, y que el terror que por tan largo tiempo habia inspirado se convertia por fin contra él. Sin embargo, trató de recobrar su fuerza moral: levantó la cabeza que le habian hecho inclinar tan duras reprensiones, y despidiendo de nuevo á sus tenientes con un gesto: «A lo menos el ejército me seguirá, dijo con amarga sonrisa.»

—«El ejército, respondieron con mayor vehemencia los mariscales, obedecerá á sus generales.» Aquello equivalia á dirigir contra su pecho la espada que habia puesto en sus manos. Napoleon se sintió desarmado: no le quedaba mas recurso que hacer frente al último ultrage de sus compañeros de gloria, abriéndose paso por entre el grupo que le rodeaba, lanzándose á la galería que daba al patio para llamar á sus granaderos que acudiesen á vengar á su emperador. Pero allí, como en Saint-Cloud, le faltaron el movimiento, la voz, y el ánimo. Cruzó los brazos sobre el pecho, bajó la cabeza, pareció

reflexionar largo tiempo en silencio, compuso su fisonomía para ocultar la humillacion, y con el tono de un hombre que recibe con gusto un consejo de sus amigos en vez de someterse á su voluntad por la fuerza: «Pues bien, los dijo, ¿que os parece que debo hacer?...»

—«Abdicar, contestaron con voz áspera y unánime los mariscales que se hallaban mas próximos á él.

«Si, no hay para vos, para nosotros y para la patria mas salida ni salvacion, que vuestra abdicacion» repitieron los demas.

«Y he ahí lo que habeis ganado con no seguir los consejos de vuestros amigos, cuando os invitaban á hacer la paz» dijo el mariscal Lefebvre.

Un murmullo de aprobacion hizo conocer á Napoleon, que ya no habia esperanza ni aun escusa para aquellos corazones. Escuchó, pero aparentó no oir las palabras que abren los abismos del alma, cerrados por largo tiempo. Vió que los resentimientos de la nacion desbordaban hasta en los labios de sus últimos servidores. Ninguna compasion le manifestaba la ingratitud: la defeccion tomaba el acento del patriotismo. Las almas vulgares que mas se doblegan en tiempo de prosperidad, se erguíen y vuelven insolentes en el infortunio. La rudeza militar se engalana entonces con los atavíos de la franqueza, tardía casi siempre, y que suele ser la venganza de un largo servilismo. No la escasearon á Napoleon: en algunos minutos, oyó todas aquellas voces que habian estado subyugadas con la adulacion. Merecia aquel suplicio de la opinion que tanto habia oprimido: ¿pero debia acaso esperarle de mano de los suyos?...

IV.

Se resignó no por la fuerza de los consejos, sino por la del destino que le desarmaba. «Pues bien, dijo, voy á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

entregaros mi abdicacion, dejadme un momento de aislamiento para redactarla.» Los mariscales se retiraron hácia la puerta del estrecho gabinete, sin perder de vista al emperador. Se sentó junto á una mesita cubierta con un tapete de paño verde, tomó una pluma, reflexionó un instante, y escribió con lentitud, como pesando las palabras y con temblorosa mano, la abdicacion concebida en los términos siguientes:

»Habiendo proclamado las potencias aliadas, que el emperador Napoleon era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz de Europa, el emperador Napoleon, fiel á su juramento, declara que se halla pronto á descender del trono, dejar la Francia y aun la vida por el bien de la patria, inseparable de los derechos de su hijo, de los de la regencia de la emperatriz, y de la conservacion de las leyes del imperio.»

«Hecha en nuestro palacio de Fontainebleau el 4 de abril de 1814.»

«NAPOLEON.»

V.

«Tomad, señores, dijo á los mariscales que fueron acercándose, tomad ¿estais contentos?...»

Sus tenientes recibieron la abdicacion de sus manos, la leyeron y se inclinaron satisfechos. Aquella abdicacion era el rescate de la patria, y su tratado personal con la Europa. Las condiciones que parecia unir á ella el emperador, les inquietaban muy poco. No se negocia sin espada y sin corona. Tenian su juramento y su libertad en la mano y estaban decididos á no devolvérsela.

VI.

En cuanto á él, aunque la escena que acababa de representarse, no le dejaba ninguna ilusion con respecto á la adhesion de la ambicion al poder, aparentó creer todavía en ella ya para lisongearse á sí mismo, ya para cubrir con una apariencia de dignidad y de independencia la violencia que acababa de sufrir y que no queria confesar, ó bien para lisongearlos honrándolos.

«Señores, les dijó con voz que se esforzó en hacerla tranquila y marcial, ahora es necesario ir á París á defender los intereses de mi hijo, los intereses del ejército, y los de la Francia. Nombro por mis comisionados al duque de Vicenza, (Caulaincourt), al mariscal príncipe de la Moskowa y al mariscal duque de Ragusa. ¿Os convienen estos hombres?... ¿Os parece que vuestros intereses se hallan en buenas manos?...»

Los generales hicieron una señal de asentimiento.

VII.

Napoleon que se habia mantenido de pie en una agitacion nerviosa, desde el momento en que alargó la acta de abdicacion á sus compañeros de armas, no pudo resistir por mas tiempo al desfallecimiento que suele seguir á un violento sacudimiento de ánimo: se sentó en un canapé y procuró cobrar aliento: poniéndose luego las manos en la frente, pareció quedarse absorto en una ansiedad suprema. No se oia en el silencioso gabinete lleno de sol, mas que el penoso ruido de su respiracion. Los mariscales padecian con aquella agonía de una ambicion moribunda, pero la creian al fin vencida: se equi-

vocaban. Aquella languidez de Napoleon, encubria la última astucia de su pasion al imperio. Levantóse como poseido de un repentino arrepentimiento, y dirigiéndose hácia sus generales como para recoger y desgarrar su resignacion escrita: «¡No, no, esclamó, nada de regencia. Con solo mi guardia y el ejército de Marmont, estaré mañana en París.» Un grito unánime de los generales, protestó con indignacion contra aquel cambio de voluntad que creian haber subyugado. El mariscal Ney le habló con la enérgica resolucion de un soldado, que no escasea la dureza á la demencia. Napoleon no pudo ya contener los ímpetus de su desesperacion ni soportar por mas tiempo la presencia de unos hombres que acababan de arrancarle hasta el respeto de sí mismo: «Retiraos» les dijo con voz de trueno. Salieron bajando la vista, y recomendándose el silencio en cuanto á la violencia de la abdicacion. Se llevaban el Imperio, El emperador les importaba ya muy poco.

VIII.

Apenas salieron los mariscales, Napoleon revocó otra vez su abdicacion, y llamando á Caulaincourt se la entregó como el último instrumento, con que negociase con los aliados para obtener en compensacion la regencia y el reinado de su hijo. Su corazon comprimido largo tiempo por la presencia de sus tenientes, delante de los cuales no se atrevia á manifestar su cólera, y se ruborizaba de dejar traslucir su debilidad, estalló por fin: «¡Ingratos! repitó muchas veces, ¡ingratos!... todo me lo deben y no han aguardado siquiera la hora de abandonarme con decoro. ¡Menos cruel me hubiera sido caer á manos de mis enemigos, pero á impulso de las de mis amigos!... ¡Ingratos... ¡yo les he hecho lo que son: yo les he dado ese ejército que amenazan volver contra mi!...»

Y decia la verdad en cuanto á algunos hombres nuevos del ejército, pero no con respecto á los veteranos de la República. Se habian formado un nombre antes que él, le habian gastado en su servicio, y algunos le habian empañado con su servilismo. Napoleon y ellos podian dirigirse mútuamente cargos: ellos de haberlos plegado á su tiranía: y él, de haber aceptado la complicidad y sus frutos, y de no acordarse de que eran libres hasta el dia en que estaba vencido.

IX.

Se arrojó en los brazos de Caulaincourt, y lloró un momento sobre su corazon. Este no tenia mas porvenir que el de Napoleon. Aunque se habia lavado de la complicidad directa que pesaba sobre él en el asesinato del último de los Condé, sabia que aquel recuerdo pesaba sobre su nombre y le perseguiria como una calumnia ó como una venganza en el reinado de los Borbones. El Imperio no era únicamente su fidelidad, era su asilo. Se adheria á su último resto tanto como el mismo emperador. Los otros no estaban comprometidos mas que en las victorias y derrotas de Napoleon: Caulaincourt lo estaba en sus espiaciones. Pero la amistad de Alejandro que cultivó en sus numerosas misiones al lado de aquel príncipe, le hacia esperar todavía una transaccion para el emperador y proteccion para él.

Napoleon le ordenó que volviese á marchar, y nombró á Marmont y á Ney negociadores agregados, cerca de los soberanos aliados. Acababa de esperimentar la dureza de Ney, pero le suponia aplacado con la abdicacion. En cuanto á Marmont, ignoraba todavía la promesa de defeccion que habia puesto en manos del príncipe de Schwartzenberg.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

X.

Caulaincourt, mas desconfiado porque estaba mas instruido, representó al emperador que la ausencia de Marmont de Fontainebleau, retardaria quizá la accion de la negociacion, y que seria preferible nombrar á Macdonald. Maret, duque de Bassano, seguia á Napoleon en sus campamentos como secretario de Estado. Tenia sobre el emperador el ascendiente que dan la presencia, la familiaridad y la costumbre: fué pues llamado y consultado. Maret hombre de honor, no dudaba del de los demás: indicó á Macdonald y fué llamado.

Era un noble de familia irlandesa, cuyos padres habian seguido á Jacobo II á Francia. Por sus venas circulaba la sangre de la fidelidad. Sin embargo las revoluciones, como á todos los soldados, le habian conducido á servir causas diversas, pero sobre todo era fiel á su espada. Militar antes de la revolucion, general durante las guerras de la República, sirvió á las órdenes de Moreau en Alemania, de Pichegrú en Holanda, y de Championet en Nápoles, é hizo ilustre su nombre con la gloriosa retirada del Trebia, equivalente á una victoria. El 18 brumario, como todos los generales que se encontraban en París, se prestó á ayudar á Bonaparte para sorprender á la República. Napoleon le empleó, ascendió y condecoró, pero con desconfianza y reserva. Macdonald no databa de sí solo: temia en aquel teniente á un hombre que se acordaba mucho de Moreau. Macdonald le desengañó en la hora de la prueba. Aunque aquel general aconsejó la abdicacion la víspera, y aunque por la mañana formó parte del grupo de oficiales que pedian imperiosamente el cetro á Napoleon, habló con el miramiento que inspira el infortunio á los corazones generosos, y con esa independencia de los acontecimientos que da la

nobleza del alma. El menos favorecido de los mariscales era el que se manifestaba mas fiel. Dado el consejo, ofreció su espada y su intervencion al emperador hasta el último estremo: Napoleon se enterneció. Habia encontrado su último amigo, en donde creia hallar el juez mas severo. Mandó llamar á Macdonald, y con cierta efusion le confió la suerte de sus últimas esperanzas, y el porvenir de su hijo. «Me he conducido mal con vos, le dijo el emperador, ¿os acordais?...—No, dijo Macdonald, yo no me acuerdo mas que de vuestra confianza.» El emperador estrechó la mano al soldado, y los ojos de ambos derramaron lágrimas.

XI.

Los plenipotenciarios Caulaincourt, Ney, y Macdonald, dejaron al emperador solo y abismado en su humillacion y su dolor. Subieron en un coche y corrieron hacia París.

Algunas horas despues eran introducidos en la habitacion de Alejandro; no dudaban que aquel príncipe, convencido de los peligros de una última lucha con Napoleon, y secretamente animado contra los Borbones, se inclinase á la regencia de la emperatriz. Los negociadores se habian agregado al mariscal Marmont con quien se unieron en su campo de Essonne. Marmont comenzaba á arrepentirse de su defeccion demasiado completa, cuyo secreto todavía no se habia transpirado. Sus tropas, al mando de sus oficiales, no habian comenzado aun su movimiento hacia la Normandía. Aquel mariscal no se atrevia á confesar á sus compañeros de armas que habia tratado sin ellos. Esperaba rescindir su convenio con Schwartzenberg, ó por lo menos diferir su ejecucion hasta que Alejandro consintiese en la regencia. La ca-

sualidad completó la comenzada defeccion, y cerró la puerta á la fidelidad de aquel mariscal.

XII.

Caulaincourt, cuya familiaridad con Alejandro era ya antigua, se presentó á aquel príncipe antes que los mariscales. Alejandro aparentó haber titubeado y sido arrastrado á su pesar á una liga universal contra la dinastía de Napoleon. Refirió á Caulaincourt las exigencias de Mr. de Talleyrand, del abate Luis, del abate de Pradt, y del abate de Montesquion, cuatro antiguos miembros del clero, versados en su política y las intrigas, como los eunucos de las córtes bizantinas. Le reveló la defeccion de Marmont y de su estado mayor; le confió que el general Souham que mandaba el ejército de Essonne en ausencia del mariscal, quizá á la hora en que hablaba, habia dejado ya desarmado y descubierto á Napoleon abandonando sus posiciones. Napoleon sin soldados, no era un hombre cuyo temor pudiese hacer inclinar el peso de la regencia en el consejo de los aliados. No era ya mas que un prisionero cuyas condiciones de cautiverio se le iban á dictar. Alejandro con el gracioso disimulo del carácter griego, que tanto se nota en la raza eslava, fingió al espresarse de aquel modo, tanto pesar y dolor, como si todavía fuese amigo de Napoleon. Consolaba al mismo tiempo que hería: con cada palabra infundia y quitaba las esperanzas. Caulaincourt consternado creia todavía en la eficacia y el poder de la presencia de los mariscales sobre su alma: fueron pues introducidos.

XIII.

El emperador de Rusia, el rey de Prusia, los generales, los diplomáticos estrangeros, los miembros del gobierno provisional, y los principales agentes de Mr. de Talleyrand, los de los realistas, y el general Beurnonville, asistian á aquella sesion en que iba á decidirse por última vez é irrevocablemente la cuestion del trono. Caulaincourt entregó á los soberanos el acta condicional de abdicacion. El rey de Prusia, poseido del recuerdo de la batalla de Jena, y de la venganza de una muger adorada, cuya vida habia roto Napoleon, tomó la palabra. Dijo á los enviados de Napoleon, que ya habia pasado la hora de las transacciones; que la Francia se pronunciaba con una irresistible autoridad de opinion, contra la tiranía hereditaria del gefe que habia abusado de ella, y que pedia sus antiguos reyes por conducto del Senado y por la voz del pueblo.

Macdonald defendió con respetuosa y tranquila energía la causa de Napoleon. « Entrega el imperio por rescate del trono de su hijo, dijo, devuelve la paz al universo, y á este precio deja su espada y su título. La sangre que todavía correria por Europa, si llevase hasta el estremo la resistencia, ya no pesaria sobre él. Los soberanos que se han armado no por la causa de tal ó cual familia coronada, sino para restituir la independencia y la paz á la humanidad, ¿pueden sin contradecirse hacer correr tales riesgos á los ejércitos y las poblaciones, por un destronamiento que no ha sido el objeto de su liga? El ejército situado aun entre París y Fontainebleau es todavía fiel y numeroso. A la voz de Napoleon, daria la mas terrible y lamentable de las batallas. ¿Conviene reducir al primer soldado del mundo á ese estado de desesperacion? »

XIV.

Tales fueron las palabras de Macdonald; mas cuando dijo que el ejército estaba pronto á seguir á su general se asomó á los labios de los concurrentes una sonrisa de incredulidad que no comprendió: un cuchicheo enigmático inquietó á Macdonald y Ney. Abrióse la puerta y entró Marmont. Entonces, aunque tarde, iba de buena fé á unirse con sus compañeros de armas para interceder por la regencia, avergonzándose de ser menos leal y adicto que Macdonald y Ney, que debian mucho menos que él al emperador. Fué recibido por Mr. de Talleyrand, por los afiliados del gobierno provisional, y por los generales aliados con demostraciones de cordialidad y de júbilo que desde luego le captaban la palabra. En las fisonomías se veia la revelacion de relaciones anteriores. En el ánimo del consejo, Marmont estaba ya separado de la causa del Imperio. Los que la defendian palidecieron al ver la acogida y la familiaridad de los aliados. Sin embargo, no sospechaban mas que una parte de la verdad: Marmont la ignoraba enteramente. Su ejército, en cuyo nombre iba á negociar, ya no existia. Durante su ausencia, sus generales intimados por Schwartzenberg, y acosados por los emisarios de Paris, habian ejecutado el convenio, atravesado las líneas del príncipe de Schwartzenberg con el arma al brazo, y replegádose hácia Versalles, mas presurosos que su gefe por poner entre el emperador y ellos, á Paris y los ejércitos estrangeros. Aquel movimiento equivalia á una capitulacion. El cuerpo de ejército de Marmont quedaba cercado por las líneas enemigas. El ejército de Napoleon quedaba sin cabeza, flanco ni línea. No era mas que un puñado de valientes, cercados y al descubierto por todas partes, en derredor del último palacio de su soberano.

XV.

En el momento en que Marmont se disponia á tomar la palabra para rivalizar en aparente lealtad é intercesion con sus colegas, recibió un pliego el emperador Alejandro que abrió al momento. Era del generalísimo austriaco. Anunciaba el movimiento del ejército de Essonne: Alejandro leyó en alta voz: Marmont que no habia mandado nada quedó confundido. Caulaincourt, Macdonald y Ney, enmudecieron. Mientras abogaban, la suerte ó la traicion habia juzgado. Un silencio de júbilo en unos, de consternacien en otros, de vergüenza en estos y de asombro en todos, reinó por largo rato en el consejo. Ya no habia que negociar, no quedaba mas que implorar. Caulaincourt y los mariscales salieron.

XVI.

Trataron de consolar su fidelidad y su dolor. Beurnonville, antiguo compañero de armas de Macdonald en las guerras de la República, se adelantó hácia aquel mariscal y le alargó la mano: «No me hableis, gritó Macdonald, me habeis hecho olvidar en un dia una amistad de treinta años. Luego dirigiéndose al general Dupont, ministro de la Guerra: En cuanto á vos, dijo, teniais el derecho de aborrecer al emperador; habia sido injusto con vos: ¿pero desde cuando se venga en la patria una injuria personal?....»

Acercándose Mr. de Talleyrand al grupo de los mariscales, cuya voz resonaba con el acento de la indignacion y de la desesperacion, les rogó que bajasen la voz y recordasen que no estaban en su casa sino en la del em-

BIBLIOTECA

perador Alejandro. Macdonald le contestó con la energía de la desesperacion y del desprecio. Marmont, golpeandose la frente con ambas manos, deploraba la precipitacion de sus generales que habian obrado sin órden suya: «Daria un brazo, esclamaba, por reparar la falta de mis generales.—Decid mas bien el crímen, replicó Macdonald, y sus cabezas no le espiarán.»

XVII.

La desesperacion de Marmont, aunque tardía, no era fingida. A pesar del culpable convenio de Essonne, nada tenia aun resuelto definitivamente. Se habia propuesto no ejecutarle hasta mas adelante, despues que las conferencias de París, hubiesen asegurado la dignidad de su actitud, la seguridad del ejército y las condiciones personales del emperador. Pero el primer paso por la pendiente de la traicion, arrastra al fondo de la ruina. He aqui los acontecimientos que Marmont no habia previsto y que pasaron durante su ausencia.

Irritado Napoleon con la violencia que acababan de hacerle sus tenientes arrancándole la abdicacion, en cuanto salieron habia vuelto á pensar en la lucha. Envió al campo de Marmont al coronel Gourgand, oficial de órdenes, jóven, y que le era adicto con todo el entusiasmo de su edad y de su corazon. Gourgand debia llevar aquel mariscal á Fontainebleau. Napoleon esperaba encontrar en él mas constancia y adhesion á sus desesperadas resoluciones, que en sus demas tenientes. Con Marmont y su guardia podia hacer frente á los gefes sublevados de los otros cuerpos, entregarles al resentimiento de los soldados, nombrar otros, volver á tomar el mando, marchar sobre París, y cambiar ó modificar la fortuna. Gourgand no encontró ya á Marmont en Essonne, porque habia marchado

á París. El enviado del emperador se asombró de que un gefe de cuerpo, al frente del enemigo abandonase su puesto. El coronel Fabvier, ayudante de campo de Marmont, dijo que por el ejército habia circulado ya el rumor de la abdicacion del emperador, segun cartas recibidas de los puestos avanzados, y que cada uno de los generales de division, comenzaba á pensar en sí. El coronel Fabvier, fiel á su deber é incapaz de faltar al honor, corrió á buscar al mariscal, cuyo regreso estaba ya esperando: al paso encargó la mayor vigilancia y valor á los puestos avanzados, Gourgand prosiguió su mision, y desde allí fué á buscar á Mortier é invitarle á una entrevista nocturna en Fontainebleau con Napoleon, para concertar un gran movimiento sin noticia de los mariscales desafectos. Berthier, gefe de estado mayor del emperador, no viendo volver á Gourgand, envió un ordenanza al campo de Essonne, previniendo á Marmont que se presentase inmediatamente á recibir órdenes del emperador.

XVIII.

Aquella nueva invitacion á Marmont, coincidiendo con el rumor siempre creciente de la abdicacion, y con la marcha de los mariscales, cuyos motivos se ignoraban, pero cuyo descontento era bien conocido, hizo creer al estado mayor de Marmont, que el emperador queria protestar por medio de una insensata renovacion de hostilidades, contra la voluntad de los gefes del ejército y los intereses de la patria. A la inquietud sucedieron la indignacion y la sublevacion. En ausencia del mariscal, se reunieron los generales Bordesoulle, Compans, Digeon, Ledru, Desessarts y Meynadier para comunicarse sus aprensiones, y se decidieron á tomar por sí un partido supremo para desarmar al emperador, y quitarle la posi-

bilidad de derramar inútilmente la sangre de la Francia y de sus soldados Cada uno de aquellos generales convino en reunir sus oficiales en su mesa al anochecer, y arrastrarles por medio de la conviccion ó de la disciplina, á ejecutar el movimiento que debia dejar abandonado á Napoleon. Los entretuvieron en efecto hasta media noche, como á convidados á quienes se queria obsequiar con un opíparo banquete, y cuando los coroneles trataron de retirarse para ocupar cada uno su puesto, los generales les anunciaron que el emperador habia resuelto el movimiento sobre Paris, y que era necesario dejar el sitio al ejército de Fontainebleau que le seguia, y colocarse á vanguardia en el camino de Versalles. Toman los soldados las armas á los gritos de ¡*Viva el Emperador*! y una desesperada impaciencia de venganza, señala la última fidelidad de aquel cuerpo. La caballería, á las órdenes del general Bordesoulle, marcha en la oscuridad hácia Paris.

XIX.

El coronel Fabvier, ayudante de campo de Marmont, que volvia de los puestos avanzados, encontró las columnas en marcha; maravillado hace preguntas y no puede comprender un movimiento que el general no habia mandado. Los soldados no pueden contestarle: llega por fin á los generales, que se estaban calentando en la lumbre del vivac, junto al rio Essonne, mientras las columnas desfilaban por el puente, y preguntó al general Souham la causa de un movimiento nocturno que precipitaba á las tropas en las líneas enemigas. Souham le contestó que no acostumbraba á responder de sus actos á sus inferiores. Mas como Fabvier insistiese respetuosamente: «Vuestro mariscal, le dijo Souham, se ha puesto á cubierto en Paris: yo no quiero pagar con mi cabeza la

responsabilidad que nos ha dejado.» El general Compans se unió á Fabvier para aconsejar fuertemente la suspension de un movimiento que siempre habria tiempo de ejecutar, si se sabia que el emperador queria comprometer y sacrificar sus últimos soldados. Souham permaneció inflexible: «No, no, dijo, el pie está ya levantado, y es preciso dar el paso.» El ejército continuó la marcha.

XX.

La vanguardia se asombró de no encontrar ningun enemigo: la oscuridad de la noche la ocultaba las llanuras á orillas del camino. A lo lejos se oia por intérvalos un rumor inesplicable. Los soldados creian que eran las columnas de derecha é izquierda de Fontainebleau que marchaban de frente con ellos. El alba les hizo descubrir las baterías, batallones y escuadrones del ejército ruso, formados en batalla á los dos lados del camino. Hacia tres horas que marchaban por entre aquellas dos filas invencibles, prontas á volverse á cerrar detrás de ellos. Grande fué la indignacion; mas como la vuelta era imposible, el ejército contuvo hasta Versalles su grito de furor. Solo la retaguardia, mandada por el general Chastel, reconoció el lazo á la claridad de la aurora, antes de pasar el puente de Essonne. Se detuvo y fortificó aceleradamente aquel paso para proteger al menos al emperador. En Corbeil el general Lucotte se negó á seguir al ejército de Marmont y juró morir en su puesto.

XXI.

Apenas llegó á Versalles, el general Bordesoulle escribió á Marmont esplicándole los motivos que habian

decidido á sus generales á emprender sin sus órdenes un movimiento que estaban resueltos á suspender hasta su regreso de París. En su carta se felicitaba de la unanimidad de las tropas en seguir el impulso que las habia dado. Pero mientras Bordesoulle escribia, repuestos los soldados de su asombro y esparcidos por la poblacion y las aldeas inmediatas, se agrupaban, se preguntaban, se indignaban y acusaban á sus generales del crimen de una desercion que deshonraba á aquel cuerpo, y prorumpian en aclamaciones al emperador y en imprecaciones contra los generales. El coronel Ordener reunió en su alojamiento á los demas coroneles, recibió de ellos el mando por insurreccion, y haciendo montar los regimientos á caballo, los dirigia hácia Rambouillet para marchar á Fontainebleau. La infantería, la artillería y toda la caballería tomaron espontáneamente las armas, formaron, desoyendo la voz de sus generales, y se precipitaron en pos de Ordener para volver al lado de su emperador. La ciudad, los caminos y los bosques resonaban con sus aclamaciones y gritos de furor; desesperacion de una indomable fidelidad al vencido.

XXII.

Informado el gobierno provisional de aquella rebelion; y temeroso de que se estendiese á los demas cuerpos y á las poblaciones, suplicó á Marmont que arrostrase el furor de su ejército y le redujese á su deber. El mariscal corrió como á una muerte cierta, pero que al menos seria el desenlace de su falta y de la ambigüedad de su situacion. Montó uno de sus caballos mas veloces y se precipitó en seguimiento de Ordener por el camino de Rambouillet. «Deteneos, gritó al coronel, volved mis tropas á Versalles, ó os hago prender y juzgar

por usurpacion de mando.—Os desafio á que lo hagais, contestó el coronel: vuestras tropas ya no lo son; no hay ley militar que las condene á obedecer á la traicion, y aun cuando la hubiese, estos soldados no son tan cobardes que la ejecutasen.»

Las voces desentonadas de los dos generales, la agitacion del grupo en medio del cual se interpelaban, y el alto que suspendió la marcha de las columnas, atrajeron en derredor de Marmont á los oficiales y soldados. Marmont, de cuya fidelidad sospechaban, pero en quien apreciaban el valor, y cuya voz reconocian, desgarra su uniforme, les muestra las cicatrices de sus heridas, les recuerda sus proezas sobre los mismos campos de batalla, se justifica de una órden que no ha dado, pero les ruega que se pronuncien entre la insurreccion y él, y les asegura que el movimiento de la noche anterior no ofrece ningun peligro para sus hermanos de armas y para el emperador por hallarse ya firmada la paz. Les pide la muerte antes que el oprobio de abandonar á su general. Los soldados mas próximos se conmueven á su voz, se arrepienten de su indisciplina, abandonan á Ordener, gritan ¡*Viva Marmont*! convencen á los demas y vuelven á emprender detrás de él el camino de su acantonamiento. Marmont los arenga, los pasa revista, los pone á las órdenes de sus generales y vuelve triunfante á París.

Mr. de Talleyrand, los ministros y los soberanos aliados le abrazaron y colmaron de elogios: por segunda vez, dijeron, ha salvado la sangre de la capital. Rodeado, servido, ensalzado al fin de un banquete en casa de Mr. de Talleyrand, Marmont debió conocer en el entusiasmo de los enemigos de su amo la triste realidad de su defeccion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XXIII.

Mientras con tanta presteza pasaban aquellos acontecimientos en París y Versalles durante el corto intervalo de una mañana y una noche, el emperador, solo en Fontainebleau, aguardaba en vano á Marmont y Mortier, las dos últimas esperanzas de su fortuna. En vez de aquellos dos mariscales cuya fidelidad queria tantear todavía para atraerse á los demas, recibió por un despacho confidencial de Caulaincourt la copia del convenio secreto entre Marmont y los aliados. Una hora despues Gourgand y Chastel acudieron á participarle la defeccion nocturna de todo el ejército de Essonne. En aquel mismo momento recibió las actas y proclamas injuriosas del Senado: se abatió de nuevo, pero volvió á reanimarse. Aunque abatido quiso competir al menos en recriminaciones é invectivas con aquel Senado servil, que solo recobraba la voz contra el vencido; se encerró en su gabinete y escribió al ejército la siguiente órden del dia:

XXIV.

Fontainebleau 5 de abril de 1814.

«El emperador da las gracias al ejército por la adhesion que le manifiesta, y principalmente porque reconoce que la Francia está en él y no en el pueblo de París. El soldado sigue la fortuna y la desgracia de su general, su honor y su religion. El duque de Ragusa no ha inspirado ese sentimiento á sus compañeros de armas: se ha pasado á los aliados. El emperador no puede aprobar la condicion con que ha dado ese paso: no puede aceptar la vida ni la libertad por la merced de un súbdito.

«El Senado se ha permitido disponer del gobierno francés: ha olvidado que debe al emperador el poder de que ahora abusa; que el emperador es quien ha salvado á una parte de sus miembros de la borrasca de la revolucion, y quien ha sacado á otra de la oscuridad y la ha protegido contra el odio de la nacion.

«El Senado se funda en los artículos de la Constitucion para derribarle: no se avergüenza de hacer cargos al emperador, sin observar que como primer cuerpo del Estado ha tenido parte en todos los acontecimientos. Ha ido tan lejos, que se ha atrevido á acusar al emperador de haber alterado sus actas al tiempo de publicarlas. El mundo entero sabe que no tenia necesidad de semejantes artificios. Una seña era una órden para el Senado, que siempre hacia mas de lo que se le exigia. El emperador siempre ha sido accesible á las observaciones de sus ministros, y en estas circunstancias esperaba de ellos la justificacion mas indefinida de las medidas que habia adoptado. Si han mezclado el entusiasmo en los mensages y discursos públicos, el emperador ha sido engañado. Pero los que han usado ese lenguage deben atribuirse á sí mismos las consecuencias de sus lisonjas.

«El Senado no se ruboriza de hablar de libelos públicos contra los gobiernos estrangeros: ¿olvida que fueron redactados en su seno? .. Mientras la fortuna asistió á su soberano, esos hombres se mantuvieron fieles, y ninguna queja profirieron contra los abusos del poder. Si el emperador hubiese despreciado á los hombres como le atribuyen, el mundo reconoceria ahora que tuvo razones para despreciarlos. Habia recibido su dignidad de Dios y de la nacion, y solo ellos podian quitársela: siempre la consideró como una carga, y cuando la aceptó fué con la conviccion de que solo él podia llevarla dignamente.

«La felicidad de la Francia parecia consistir en el destino del emperador: ahora que la fortuna se ha decidido contra él, solo la voluntad de la nacion podia per-

suadirle á que permaneciese mas tiempo sobre el trono. Si debe considerarse como el único obstáculo para la paz, hace con gusto este último sacrificio á la Francia. En su consecuencia ha enviado al príncipe de la Moskowa y á los duques de Vicenza y de Tarento á París para entablar la negociacion. El ejército puede estar seguro de que su honor jamás se hallará en contradicion con la felicidad de la Francia.»

XXV.

Aquella alocucion á sus tropas envolvia todavía un llamamiento á la compasion, bajo la apariencia de una resignacion forzosa del imperio. A medida que la esperanza se le escapaba, se encarnizaba cada vez mas. Un carruage cuyo ruido sonaba por el patio, llegó á desvanecer su ilusion. Se asomó al balcon para ver bajar á Caulaincourt, Macdonald y Ney, que le traian la última resolucion de sus enemigos. Su fisonomía le revelaba la tristeza é inflexibilidad del destino. Caulaincourt y Macdonald templaban la impresion por la muda compasion de su actitud. El mariscal Ney, aunque leal, llevaba retratada en sus facciones la dureza de una resolucion con que ya no debe disputarse: ya no luchaba consigo mismo. Cansado antes de dejar á Fontainebleau de una oposicion vana entre el emperador y el destino, su permanencia y sus conversaciones en París le habia predispuesto á no guardar consideraciones con aquella obstinacion de reinar. Le parecia la obstinacion de un hombre contra la salvacion de la patria. Dulce en un principio, obediente todavía, pero intrépido siempre, mas cansado al fin, concluyó por irritarse. Toda su adhesion pasada se convertia en cólera. No sabia disimular: sus ojos, su voz, sus pies, su gesto, sus palabras le descubrian.

XXVI.

Ney, antes de presentarse al emperador, se ha preparado contra la debilidad y la adhesion, comprometiéndose con los Borbones por un acto precipitado é irrevocable. «Llegué á París ayer, escribió á Mr. de Talleyrand, con el duque de Tarento y el duque de Vicenza, con plenos poderes para defender cerca del emperador Alejandro, los intereses de la dinastía del emperador Napoleon. Un acontecimiento imprevisto suspendió de repente las negociaciones, que parecian prometer los mas felices resultados, y desde entonces ví que para evitar á nuestra querida patria los espantosos males de una guerra civil, no quedaba á los franceses mas recurso que abrazar la causa de sus antiguos reyes: penetrado de esta verdad esta noche me he presentado al emperador Napoleon para manifestarle los votos de la nacion. Espero que mañana por la mañana me entregue él mismo el acta formal y auténtica de su abdicacion: en el momento tendré el honor de ir á visitar á vuestra alteza serenísima.

«Fontainebleau 5 de abril á las 11 ½ de la noche.»

XXVII.

El lenguage de Ney al emperador fué conforme al estado de su alma. Desde la primera palabra le quitó toda esperanza, como hombre que ni quiere discutir, ni enternecerse, ni dejar padecer á su víctima. «Pues bien, dijo el emperador, ahora la situacion es despejada. Ni para el ejército, ni para mí hay ilusion posible, ni tampoco para vosotros, añadió mirando á los dos mariscales. Se

nos exige una capitulacion sin condiciones; ¿consentirá en ella el ejército? por lo que á mi hace ¡jamás!...» Y enumeró las fuerzas diseminadas que podia reunir, y de las que le era mas fácil disponer: veinte y cinco mil hombres en Fontainebleau, veinte mil en Lyon á las órdenes de Augereau, otros tantos á las del príncipe Eugenio en Italia, el ejército de Suchet en Cataluña y el de Soult en Tolosa; en todo ciento cincuenta mil combatientes con el emperador á su cabeza, y la Francia insurreccionada.... Esto era mas que suficiente para disputar las cláusulas de una abdicacion. Y disputándolas con las eventualidades de la guerra, ¿no era quizá bastante para reconquistar el Imperio y el honor?

En vano Macdonald y Caulaincourt procuraron obtener por la dulzura y la persuasion, lo que Ney habia querido arrancar con la brutalidad de su franqueza: en toda aquella larga noche no fué posible vencer la obstinacion de Napoleon. Combatia por su posteridad, fingia haber sacrificado lo presente, pero se aferraba en el porvenir. Su hijo, su nombre y su raza sobre el trono, equivalia á recobrar todo su pasado despues de haberlo perdido. La ansiedad de su alma llenaba el palacio de incertidumbre, turbulencia y traiciones. Todos fluctuaban en derredor suyo, como fluctuaba él mismo.

XXVIII.

Caulaincourt se quedó solo con el emperador despues que marcharon los dos mariscales. La noche se pasó en quejas del destino y de los hombres. La ambicion jamás los encuentra fieles cuando no la siguen hasta el suicidio. Sus actitudes eran unas verdaderas convulsiones. Se sentaba, se levantaba, se paseaba, volvia á sentarse y hablaba á solas ó con Caulaincourt. Luego de repente, arrojando con el pie la silla en que apoyaba sus fatigadas piernas, se dirigia á los mapas que tenia estendidos, y marcaba en ellos el plan de campaña que le quedaba en la otra mitad de la Francia.

«¡Creen que la traicion de algunos cobardes es la última palabra de la Francia!» decia á Caulaincourt señalándole el curso del Sena, del Saona, del Loira y del Ródano. «No, no, la nacion no ha ratificado su traicion: yo llamaré al pueblo á mí: ¡Imprudentes! ¿No saben que un hombre como yo no cesa de ser terrible hasta que se halla tendido en el féretro? Mañana, en una hora, al salir el sol, puedo, con un solo movimiento, deshacer todas esas tramas que urden en derredor mio.... Seguidme con la vista, Caulaincourt. Reuno en Lyon ciento cincuenta mil hombres que me quedan; pronuncio la palabra libertad que ahora resuena contra mí; escribo en mis águilas independencia y patria ... Si los gefes del ejército están cansados, que reposen en la ignominia: en las charreteras de estambre encontraré nuevos mariscales y nuevos príncipes. Sus uniformes, llenos de oro, les han hecho olvidar el capote azul del soldado. Era su mas hermoso título: condecorará á otros.»

XXIX.

Mandó á Caulaincourt que tomase la pluma y escribiese á Ney y Macdonald, que acababan de marchar á París, libres por fin de sus juramentos y poco dispuestos á renovarlos. Caulaincourt tambien, apurada, no su adhesion, sino su paciencia, se negó á ello, replicó y le rogó que reflexionase. «No, esclamó Napoleon, todo está pensado, ya no me queda la eleccion de partido. Los aliados han rechazado el sacrificio personal que queria hacerle dos dias ha. Pues bien, á mi vez retiro la abdicacion. ¡Que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

nos exige una capitulacion sin condiciones; ¿consentirá en ella el ejército? por lo que á mi hace ¡jamás!...» Y enumeró las fuerzas diseminadas que podia reunir, y de las que le era mas fácil disponer: veinte y cinco mil hombres en Fontainebleau, veinte mil en Lyon á las órdenes de Augereau, otros tantos á las del príncipe Eugenio en Italia, el ejército de Suchet en Cataluña y el de Soult en Tolosa; en todo ciento cincuenta mil combatientes con el emperador á su cabeza, y la Francia insurreccionada.... Esto era mas que suficiente para disputar las cláusulas de una abdicacion. Y disputándolas con las eventualidades de la guerra, ¿no era quizá bastante para reconquistar el Imperio y el honor?

En vano Macdonald y Caulaincourt procuraron obtener por la dulzura y la persuasion, lo que Ney habia querido arrancar con la brutalidad de su franqueza: en toda aquella larga noche no fué posible vencer la obstinacion de Napoleon. Combatia por su posteridad, fingia haber sacrificado lo presente, pero se aferraba en el porvenir. Su hijo, su nombre y su raza sobre el trono, equivalia á recobrar todo su pasado despues de haberlo perdido. La ansiedad de su alma llenaba el palacio de incertidumbre, turbulencia y traiciones. Todos fluctuaban en derredor suyo, como fluctuaba él mismo.

XXVIII.

Caulaincourt se quedó solo con el emperador despues que marcharon los dos mariscales. La noche se pasó en quejas del destino y de los hombres. La ambicion jamás los encuentra fieles cuando no la siguen hasta el suicidio. Sus actitudes eran unas verdaderas convulsiones. Se sentaba, se levantaba, se paseaba, volvia á sentarse y hablaba á solas ó con Caulaincourt. Luego de repente, arrojando con el pie la silla en que apoyaba sus fatigadas piernas, se dirigia á los mapas que tenia estendidos, y marcaba en ellos el plan de campaña que le quedaba en la otra mitad de la Francia.

«¡Creen que la traicion de algunos cobardes es la última palabra de la Francia!» decia á Caulaincourt señalándole el curso del Sena, del Saona, del Loira y del Ródano. «No, no, la nacion no ha ratificado su traicion: yo llamaré al pueblo á mí: ¡Imprudentes! ¿No saben que un hombre como yo no cesa de ser terrible hasta que se halla tendido en el féretro? Mañana, en una hora, al salir el sol, puedo, con un solo movimiento, deshacer todas esas tramas que urden en derredor mio.... Seguidme con la vista, Caulaincourt. Reuno en Lyon ciento cincuenta mil hombres que me quedan; pronuncio la palabra libertad que ahora resuena contra mí; escribo en mis águilas independencia y patria ... Si los gefes del ejército están cansados, que reposen en la ignominia: en las charreteras de estambre encontraré nuevos mariscales y nuevos príncipes. Sus uniformes, llenos de oro, les han hecho olvidar el capote azul del soldado. Era su mas hermoso título: condecorará á otros.»

XXIX.

Mandó á Caulaincourt que tomase la pluma y escribiese á Ney y Macdonald, que acababan de marchar á París, libres por fin de sus juramentos y poco dispuestos á renovarlos. Caulaincourt tambien, apurada, no su adhesion, sino su paciencia, se negó á ello, replicó y le rogó que reflexionase. «No, esclamó Napoleon, todo está pensado, ya no me queda la eleccion de partido. Los aliados han rechazado el sacrificio personal que queria hacerle dos dias ha. Pues bien, á mi vez retiro la abdicacion. ¡Que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sea juez la espada! ¡Que corra la sangre! ¡Que caiga sobre los cobardes que han querido la humillacion del pais!»

Conociendo despues que se estraviaba pensando en cosas pasadas que no podia volver á recuperar, dejó caer la pluma en manos de Caulaincourt. Pareció ceder á la necesidad, se enterneció y aun suplicó: «Somos muy desgraciados, dijo al único espectador de sus perplejidades, ¡vos y yo somos muy desgraciados! ¡Ya lo sé! ¡ya lo sé! Id á descansar un poco, amigo mio, ¡yo no puedo hacerlo! ya volvereis.... Puede ser que la noche me ilumine.»

XXX.

Caulaincourt se retiró para volver al punto que el emperador le llamase. Pero ya los palaciegos mas íntimos y los compañeros mas antiguos de Napoleon se disponian á marchar para no volver. La fortuna desaparecia del antiguo palacio de Francisco I y se presentaba en Paris con la aurora de otro reinado. Temian no llegar á tiempo. La sospecha de una fidelidad demasiado prolongada, podia llegar á ser el crímen de toda la vida y la condenacion de una ambicion que no querian abdicar con el emperador. Era evidente que Napoleon habia llegado á ser el enemigo público, el gran culpable sobre quien iban á descargar todas las quejas y todas las desgracias, y el gran proscripto de la Europa y de la Francia. Temblaban verse confundidos en aquel ostracismo. Los mariscales, escepto Macdonald, daban el ejemplo. Cuando la espada se doblaba, ¿cómo habia de resistir aquel resto de córte?... No es en los salones de los palacios en donde se templan las almas y se endurece el carácter. Solo buscaban un pretesto para revestir de cierto decoro la desercion. Napoleon se negaba á darle por su

persistencia y su vacilacion. La impaciencia del abandono se convertia en cólera contra la obstinacion del amo. Los patios, los salones, las galerías, y hasta la antesala del gabinete del emperador estaban llenos de grupos de sus oficiales, dignatarios y servidores, que censuraban en alta voz con severidad y hasta con desprecio su obstinacion en reinar. El ruido se oia hasta lo mas retirado de la habitacion de Napoleon. La voz de la censura se iba elevando á medida que las horas demolian los últimos restos de su situacion. Se veia obligado á abrir de cuando en cuando la puerta para prevenir con voz alternativamente severa é imperiosa á su chambelan de servicio que impusiese silencio á aquella algarabía de la desafeccion. Hasta las mismas confianzas que tenia con sus cortesanos mas íntimos acerca de sus reveses y de sus pensamientos, eran referidas al instante en las conversaciones de palacio, y acrecentaban el descontento ó el temor. Todos procuraban comunicarse mútuamente sus proyectos de fuga para que la ingratitud personal se confundiese con la general. Ya no se avergonzaban de confesar en voz alta el abandono. Unos alegaban la inutilidad de su presencia en un palacio convertido en cuartel, y que iba á llegar á ser una prision: otros la necesidad de ir á proteger en París las madres, las mugeres y los hijos que se alarmaban con su aislamiento: estos enseñaban cartas de Mr. de Talleyrand y de senadores, y aquellos se acordaban de que sus nombres pertenecian antes que todo á la antigua monarquía, y no querian que á su entrada en las Tullerías notasen su ausencia: todos tenian intereses, deberes de familia y respetos de situacion, mas poderosos y sagrados que la inútil obstinacion de rodear á un soldado caido: algunos, por último, tenian complicidades que hacerse perdonar por su presteza en hacer traicion, prenda de nuevas fidelidades que ofrecer á un poder naciente. A la puerta de todas las salas, en las galerías, en las escaleras y en los patios se hacian

preparativos de marcha sin el menor disimulo: la mayor parte se iban sin despedirse. A cada instante el ruido de un carruage que rodaba por el enlosado del patio, anunciaba un abandono mas. Por la mañana el palacio estaba casi vacío: hasta los criados del emperador habian desaparecido. Cuando llamaba á un dignatario de su córte, á un oficial de su estado mayor ó alguno de su servidumbre interior, le contestaban que se habia ausentado. A cada uno de aquellos síntomas de cobardía y de fingida é interesada adhesion, se notaban en su semblante una amarga sonrisa y una impasibilidad desdeñosa. Parecia que con aquellos golpes se justificaba consigo mismo del desprecio que siempre habia profesado á los hombres: aquel desprecio le justificaba tambien de su propia degradacion. No habia amado nada; todo lo habia profanado; ¿podia contar con un corazon ó con una virtud? No encontró ninguna, ni aun entre los antiguos servidores domésticos, á quienes la familiaridad y el contínuo trato suelen adherir mas á la persona que á la grandeza. Richard habia tenido á Blondel, Luis XVI á Clery, pero Napoleon no tuvo ni aun á su mameluco. Su córte todo lo habia pervertido. Solo los soldados, los oficiales de menos graduacion, y menos allegados á su favor, se manifestaron fieles hasta la última hora: los campamentos al menos habian protegido el honor: el interés habia corrompido las córtes.

XXXI.

¡Que concluya! era por la mañana el grito general de cuantos le rodeaban. Cuando se supo que queria volver á llamar á Macdonald y Ney para romper la negociacion y retirar su palabra, la murmuracion subió hasta la insolencia y el ultrage. Las paredes de aquel palacio de sus

fiestas no habian repetido tantas adulaciones en el tiempo de su gloria, como imprecaciones oian el dia de su caida. Temian, y con razon, no tener tiempo para capitular con los Borbones. Los ejércitos aliados, libres del temor de una batalla al pie de los muros de París por la defeccion de Marmont, que habia tambien dejado descubierto á Mortier, y por la adhesion sucesiva de los generales y cuerpos separados del emperador, habian maniobrado con libertad para cercar enteramente á Napoleon en su último asilo. Las avenidas de Fontainebleau estaban cerradas por todas partes. Los rusos se estendian desde en frente de París hasta Melum y Montereau: otro ejército de Alejandro guardaba á Essonne y el paso de aquel rio. Los caminos de Chartres y de Orleans estaban interceptados por cuerpos numerosos. Todo el pais entre el Sena, el Marne, el Yonne y el Loira estaba ocupado por el grande ejército austriaco que habia seguido la retirada de las tropas francesas sobre París. El débil ejército de Augereau, espulsado de Lyon y rechazado al Franco-Condado, no podia ni aun molestar la retaguardia de los austriacos. El espacio iba estrechándose en derredor del que habia devorado el mundo. Doscientos mil hombres, dispuestos ya hacia dos dias y dos noches en columnas de ataque, iban por fin á caer sobre los últimos restos de la guardia de Napoleon.

XXXII.

Sabedor de la resolucion de los aliados y de sus maniobras mandó llamar á Caulaincourt. Ya fuese sincera su demostracion de energía, ó ya quisiese aparentar que solo cedia á consejos amigos, manifestó la resolucion de desprenderse de aquel cordon de enemigos, haciendo una salida al frente de sus treinta mil hombres. Caulain-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

court le hizo presente los grandes peligros que podian correr la patria, el ejército y aun él mismo. «¡Peligros!... esclamó Napoleon, ¿creeis que los temo?.... ¡Mi vida es una carga muy pesada de que quisiera librarme!.... No soportaré largo tiempo una vida inútil y sin objeto. Pero antes de comprometer la de los demas, quiero interrogarles, quiero saber qué opinan de este partido estremo. Decid á los mariscales y generales que aun permanecen aqui, que se presenten. Quiero saber por fin si mi causa es la suya, y si la causa de mi familia no es la de la Francia. Me decidiré segun su dictámen.»

XXXIII.

Aquella opinion le era ya bastante conocida por las escenas decisivas de las dos primeras abdicaciones, y por la soledad que reinaba en derredor suyo. Era evidente que solo buscaba un pretesto para resignarse y aparentar que sus compañeros de armas habian ejercido una coaccion moral sobre su voluntad. Tomaba prendas ante la posteridad y ante la Francia: queria que pudiese decirse, y decir tambien él mismo algun dia: «Quise, podia combatir y vencer todavia, pero ellos no quisieron. El trono y la patria fueron entregados por ellos, no por mí.» ¿Cómo á no haber sido asi un general tan consumado hubiera esperado á verse reducido á veinte y cinco mil hombres, abandonado por sus tenientes, y cercado en un bosque por doscientos mil hombres prontos á atacarle? La historia no debe aceptar como verdades el fingimiento del orgullo reducido á la estremidad. La verdad en semejante materia se halla en los actos, no en las palabras. Los actos de Napoleon en Fontainebleau desde el primer dia, indican con evidencia el pensamiento de negociar, no el de combatir. Sus resoluciones mas bien

son actitudes de negociador, que maniobras de general ya antiguo.

XXXIV.

Berthier, hasta entonces fiel, pero cansado, entró con los mariscales y los gefes de los cuerpos. En sus semblantes se hallaban retratada la tristeza y el embarazo. La palabra ya se habia pronunciado tres dias antes: no querian repetirla, sino que la repitiesen las cosas mismas. Berthier, con palabras breves y oficiales, confirmó los peligros crecientes é insuperables de la situacion. «Fontainebleau quedará completamente cercado dentro de algunas horas.—Lo sé, contestó el emperador como si le incomodase la verdad: no se trata ahora de enemigos, sino de vos y de mi. He ofrecido mi abdicacion, pero en la actualidad quieren que abdique por mi familia. ¡Quieren que yo mismo despoje á mi esposa, á mi hijo..... á todos vosotros con mi familia! ¿Lo consentireis? ¿Puedo atravesar esas líneas que me cercan, recorrer la Francia y sacarla de su letargo? ¿Puedo llegar á los Alpes, reunirme con Augereau, llamar á Soult y Suchet, alcanzar á Eugenio en Lombardía, pasar á Italia y fundar alli con vosotros un nuevo imperio, un nuevo trono y nuevas fortunas para mis compañeros, hasta que el grito de la Francia nos vuelva á llamar?... ¿Me seguireis?....

XXXV.

Los semblantes le habian contestado ya de antemano; las voces unánimes le respondieron que aquello era llevar la guerra civil de provincia en provincia por toda la Francia, y atraer los ejércitos de Europa compuestos de mi-

llones de hombres, hasta el último asilo de la independencia del pais; que la patria, ya bastante desgraciada, se convertiria en campo de batalla, y de asolacion universal. Que no podia haber gloria en donde faltaba el patriotismo; que los conquistadores de la Europa no podian concluir como aventureros de la edad media, yendo á buscar tronos estrangeros despues de haber abdicado el del universo.

El emperador irritado, ó fingiéndolo al menos, pidió que le dejasen solo para reflexionar.

En cuanto salieron los mariscales: «¡Qué hombres!... dijo á Caulaincourt sentándose en frente de sus cartas, ¡Qué hombres! ¡No tienen ni corazon ni entrañas!... Mas bien soy vencido por el egoismo y la ingratitud de mis hermanos de armas, que por la fortuna. ¡Todo está consumado! Marchad y confirmad las dos abdicaciones.«

Caulaincourt partió tercera vez para París. Ya no quedaba mas que estipular para Napoleon y su familia condiciones mas ó menos generosas que los soberanos aliados concedian á aquella capitulacion del mundo.

LIBRO NOVENO.

Tratado de Fontainebleau del 11 de abril.—Regreso de Caulaincourt y de Macdonald.—Napoleon se niega á firmar el tratado.—Rumores de envenenamiento.—Ratificacion del tratado.—Vida de Napoleon en Fontainebleau.—Viage de María Luisa.—Su permanencia en Blois.—Lucha de María Luisa con los hermanos de Napoleon.—Su partida de Blois el 16 de abril.—Regresa á casa de su padre.—Ultimos dias de Napoleon en Fontainebleau.—Despedida y alocucion del emperador á su guardia.—Juicio acerca de Napoleon.

I.

Los pensamientos y las resoluciones se acumulaban y cruzaban en la mente de Napoleon entregado á sí mismo. Apenas marchó Caulaincourt, cuando el emperador, por medio de un ayudante que hizo le siguiese á París, le escribió: «Volved; traedme mi abdicacion, estoy vencido, soy prisionero de guerra, cedo á la suerte de las armas, nada de tratado, un simple convenio debe ser suficiente.»

Por la noche, otro emisario llevó á Caulaincourt la órden de suspender toda negociacion.

Despues en otro tercer mensage, le decia, «Os pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

llones de hombres, hasta el último asilo de la independencia del pais; que la patria, ya bastante desgraciada, se convertiria en campo de batalla, y de asolacion universal. Que no podia haber gloria en donde faltaba el patriotismo; que los conquistadores de la Europa no podian concluir como aventureros de la edad media, yendo á buscar tronos estrangeros despues de haber abdicado el del universo.

El emperador irritado, ó fingiéndolo al menos, pidió que le dejasen solo para reflexionar.

En cuanto salieron los mariscales: «¡Qué hombres!... dijo á Caulaincourt sentándose en frente de sus cartas, ¡Qué hombres! ¡No tienen ni corazon ni entrañas!... Mas bien soy vencido por el egoismo y la ingratitud de mis hermanos de armas, que por la fortuna. ¡Todo está consumado! Marchad y confirmad las dos abdicaciones.«

Caulaincourt partió tercera vez para París. Ya no quedaba mas que estipular para Napoleon y su familia condiciones mas ó menos generosas que los soberanos aliados concedian á aquella capitulacion del mundo.

LIBRO NOVENO.

Tratado de Fontainebleau del 11 de abril.—Regreso de Caulaincourt y de Macdonald.—Napoleon se niega á firmar el tratado.—Rumores de envenenamiento.—Ratificacion del tratado.—Vida de Napoleon en Fontainebleau.—Viage de María Luisa.—Su permanencia en Blois.—Lucha de María Luisa con los hermanos de Napoleon.—Su partida de Blois el 16 de abril.—Regresa á casa de su padre.—Ultimos dias de Napoleon en Fontainebleau.—Despedida y alocucion del emperador á su guardia.—Juicio acerca de Napoleon.

I.

Los pensamientos y las resoluciones se acumulaban y cruzaban en la mente de Napoleon entregado á sí mismo. Apenas marchó Caulaincourt, cuando el emperador, por medio de un ayudante que hizo le siguiese á París, le escribió: «Volved; traedme mi abdicacion, estoy vencido, soy prisionero de guerra, cedo á la suerte de las armas, nada de tratado, un simple convenio debe ser suficiente.»

Por la noche, otro emisario llevó á Caulaincourt la órden de suspender toda negociacion.

Despues en otro tercer mensage, le decia, «Os pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

vengo me traigais la abdicacion. En todo caso, nada de estipulacion de dinero. Eso es humillante.» Siete correos en veinte y cuatro horas acosaron al negociador de Napoleon con órdenes y contraórdenes de aquella especie. Se arrepentia de haber abdicado: habia prestado su consentimiento para su destitucion y la de su familia. Preferia la condicion de vencido y la deposicion por las armas estrangeras, á un tratado y la deposicion voluntaria. Mas tarde podia acriminarse lo uno, y no protestarse contra el otro. Tenia razon entonces para quejarse en cuanto á sus proyectos futuros. Mas como todos los hombres indecisos, solo él tenia la culpa: habia firmado dos veces su propia condenacion.

II.

Su negociador en París y los mariscales que le ayudaban no escuchaban ya aquellas tergiversaciones de su pensamiento. Continuaban, por interés suyo, negociando para él y su familia las condiciones mas dignas de su pasada grandeza y de su seguridad futura. Su honor estaba interesado en que aquellas condiciones estuviesen al nivel del hombre cuya vida y honor habian garantizado al abandonar sus banderas. El dia 11 fué firmado el tratado en París por las potencias: en él se aseguraba á Napoleon una posicion intermedia entre la condicion de los reyes y la privada. Demasiado grande, si no era mas que un soldado; demasiado estrecha y amenazadora si todavía era un monarca. Concesion al terror de su nombre ó imprudencia de la magnanimidad de Alejandro. Diocleciano, despues del imperio, no quiso mas que un jardin en Iliria, y Cárlos V un convento en Estremadura. La sangre de la Francia y de la Europa borró bien pronto el tratado.

Héle aqui: hizo una pausa en el destino de Napoleon y en las calamidades de la Francia.

III.

TRATADO DE FONTAINEBLEAU DEL 11 DE ABRIL DE 1814.

«S. M. el emperador Napoleon por una parte y SS. MM. el emperador de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, el emperador de todas las Rusias y el rey de Prusia, tanto en su nombre como en el de todos los aliados por otra; habiendo nombrado por sus plenipotenciarios, á saber: S. M. el emperador Napoleon, á los señores Armando Augusto Luis de Caulaincourt, duque de Vicenza, su caballerizo mayor, senador, ministro de relaciones esteriores, gran águila de la Legion de Honor, caballero de las órdenes de Leopoldo de Austria, de San Andrés, de San Alejandro Newsky, de Santa Ana de Rusia, y otras muchas: Miguel Ney, duque de Elchingen y mariscal del imperio, gran águila de la Legion de Honor, caballero de la Corona de Hierro y de la órden de Cristo; Jacobo Esteban Alejandro Macdonald, duque de Tarento, mariscal del imperio, gran águila de la Legion de Honor, y caballero de la Corona de Hierro.

«Y S. M. el emperador de Austria, el señor Clemente Wenceslao Lotario, príncipe de Metternich, Winebourg-Sachsenhausen, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden real de San Esteban, gran águila de la Legion de Honor, caballero de las órdenes de San Andrés, San Alejandro Newsky, de Santa Ana de Rusia, del Aguila negra y del Aguila roja de Prusia, gran cruz de la órden de San José de Wurtzburgo, caballero de la órden de San Juan de Jerusalen y de otras muchas, canciller de la órden de María Teresa, curador de la Acade-

mia imperial de S. M. I. y R. apostólica, y su ministro de Estado, de conferencias y negocios estrangeros.

(En el tratado con la Rusia están los títulos del baron de Nesselrode, y en el tratado con la Prusia los del baron de Hardenberg.)

«Los plenipotenciarios arriba nombrados, despues de proceder á cangear sus respectivos plenos poderes, han convenido en los artículos siguientes:

ARTICULO 1.°

«S. M. el emperador Napoleon renuncia para sí y sus sucesores y descendientes, como tambien para cada uno de los miembros de su familia, á todo derecho de soberanía y de dominacion, tanto sobre el imperio francés y el reino de Italia, como sobre todo cualquiera otro pais.

ARTICULO 2.°

«SS. MM. el emperador Napoleon y la emperatriz María Luisa conservarán sus títulos y cualidades durante su vida.

«La madre, hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas del emperador conservarán igualmente donde quiera que se encuentren, los títulos de príncipes de su familia.

ARTICULO 3.°

«La isla de Elba, adoptada por S. M. el emperador Napoleon para lugar de su residencia, formará durante su vida un principado separado, que poseerá en propiedad y soberanía.

ARTICULO 4.°

«Todas las potencias se obligan á emplear sus buenos oficios para hacer que los berberiscos respeten el pabellon y el territorio de la isla de Elba, y para que en sus relaciones con los berberiscos sea asimilada á la Francia.

ARTICULO 5.°

«Los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, se darán en propiedad y soberanía á S. M. la emperatriz María Luisa.

«Pasarán á su hijo y su descendencia por línea directa: el príncipe su hijo tomará desde este momento el título de príncipe de Parma, Plasencia y Guastalla.

ARTICULO 6.°

«En los paises que Napoleon renuncie para sí y su familia se reservarán patrimonios ó rentas sobre el gran libro de Francia, que produzcan una renta anual líquida de 2.500,000 francos, deducidas todas las cargas. Estos patrimonios ó rentas pertenecerán en propiedad, para que dispongan de ellas como mejor les parezca, á los príncipes y princesas de su familia, y se repartirán entre ellos de modo que la renta de cada uno esté en la proporcion siguiente:

«A la señora madre, 300,000 francos.
«Al rey José y á la reina, 500,000 fr.
«Al rey Luis, 200,000 fr.
«A la reina Hortensia y sus hijos, 400,000 fr.
«Al rey Gerónimo y á la reina, 500,000 fr.
«A la princesa Elisa, 300,000 fr.
«A la princesa Paulina, 300,000 fr.

«Los príncipes y princesas de la familia del emperador Napoleon conservarán ademas todos los bienes muebles é inmuebles, de cualquiera naturaleza que sean, que posean por título particular, y especialmente las rentas que disfrutan como particulares, sobre el gran libro de Francia ó el monte Napoleone de Milan.

ARTICULO 7.°

«La renta anual de la emperatriz Josefina quedará

reducida á un millon en propiedades ó en inscripciones en el gran libro de Francia. Continuará gozando en propiedad todos sus bienes particulares, muebles é inmuebles, y podrá disponer de ellos conforme á las leyes francesas.

ARTICULO 8.º

«Al príncipe Eugenio, virey de Italia, se le dará un establecimiento conveniente fuera de Francia.

ARTICULO 9.º

«Las propiedades que S. M. el emperador Napoleon posee en Francia, ya como patrimonio estraordinario, ya como privado, quedarán incorporadas á la corona.

«Sobre los fondos colocados por el emperador Napoleon, sea sobre el gran libro de Francia, en el banco de Francia, en las acciones de los canales ó de cualquier otro modo, y de que S. M. hace cesion á la corona, se reservará un capital que no esceda de dos millones, para emplearle en gratificaciones en favor de las personas incluidas en una lista que firmará el emperador Napoleon, y que se entregará al gobierno francés.

ARTICULO 10.

«Los diamantes de la corona pertenecerán á la Francia.

ARTÍCULO 11.

«El emperador Napoleon devolverá al tesoro y demas cajas públicas todas las sumas y efectos que hayan sido sacados de ellas por su órden, como procedentes de la lista civil.

ARTÍCULO 12.

«Las deudas de la casa de S. M. el emperador Napoleon tales como se encuentren el dia de la firma del presente tratado, serán inmediatamente pagadas con los

atrasos que el tesoro público adeuda á la lista civil, segun los estados que firmará un comisionado nombrado al efecto.

ARTÍCULO 13.

«Las obligaciones del Monte Napoleone de Milan con todos sus acreedores, sean franceses ó estrangeros, se cumplirán esactamente sin que se haga ninguna variacion en el particular.

ARTICULO 14.

«Se espediran los salvo-conductos necesarios, para el libre viage de S. M. el emperador Napoleon, de la emperatriz, de los príncipes y princesas, y de todas las personas de su comitiva que quieran acompañarle ó establecerse fuera de Francia, como tambien para el paso de los equipages, caballos y efectos que les pertenezcan.

«En su consecuencia las potencias aliadas, suministrarán los oficiales y hombres necesarios para la escolta.

ARTICULO 15.

«La guardia imperial dará un destacamento de mil doscientos á mil quinientos hombres de todas armas, para servir de escolta hasta Saint-Tropez, punto del embarque.

ARTICULO 16.

«Se aprestará una corbeta armada y los barcos de trasporte necesarios, para conducir al lugar de su destino á S. M. el emperador Napoleon y su servidumbre. La corbeta quedará como propiedad de S. M.

ARTICULO 17.

«S. M. el emperador Napoleon podrá llevar consigo y conservar cuatrocientos hombres para su guardia que voluntariamente se presten á ello, tanto oficiales, como sargentos y soldados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ARTICULO 18.

«Todos los franceses que sigan á S. M. el emperador y su familia, si no quieren perder su cualidad de franceses, estarán obligados á volver á entrar en Francia en el término de tres años, á menos que no estén comprendidos en las escepciones que el gobierno francés se reserva hacer, concluido aquel término.

ARTICULO 19.

«Las tropas polacas de todas armas que se hallan al servicio de Francia, quedan en libertad de volver á su pais, conservando sus armas y bagages como un testimonio de sus honrosos servicios. Los oficiales, sargentos y soldados conservarán las condecoraciones que les hayan sido concedidas, y las pensiones anejas á ellas.

ARTICULO 20.

«Las altas potencias aliadas garantizan la ejecucion del presente tratado, y se obligan á obtener que sea adoptado y garantido por la Francia.

ARTICULO 21.

«El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones se cangearan en Paris en el término de dos mesas, ó antes si fuera posible.

«Fecho en Paris el 11 de abril de 1814.

»*Firmado*: CAULAINCOURT, duque de Vicenza,

«El mariscal, duque de Tarento, MACDONALD,

«El mariscal, duque de Elchingen, NEY,

«*Firmado*: El príncipe de METTERNICH...»

Los mismos artículos fueron firmados separadamente y con la misma fecha, por parte de la Rusia, por el conde de Nesselrode, y por parte de la Prusia, por el baron de Hardenberg.

IV.

Tal fué el tratado que liquidó la sangre de un millon de hombres, el imperio, el génio y la gloria de diez años. Una estrecha isla del mar de Toscana, iba á encerrar al hombre que la Europa no habia podido contener. ¿Era un reposo definitivo, ó solo una pausa de aquella vida que agitaba la de su siglo?.... Eso era lo que todos preguntaban al dia siguiente de firmarse aquel tratado. Por lo tocante á Napoleon, no era evidentemente mas que una parada. En su pensamiento ya se preparaba á recobrar lo que le quitaban, por medio de lo que le dejaban. Conocia á los hombres, tenia la esperiencia de la fortuna, sabia cual era la fuerza de su ejército, y creia en el dia siguiente de todas las cosas humanas. Para los hombres de un sentido profundo, y para él, no era dudoso que aquella aparente espiacion de su gloria, iba á satisfacer prontamente los resentimientos del pueblo; que el destierro iba á ponerle á cubierto de la impopularidad de su caida; que las dificultades y las faltas del nuevo reinado iban á producir quejas, escusas y comparaciones en favor de la opinion que iba á rejuvenecer acrisolándose con el infortunio á los ojos de sus partidarios; que su gloria, cubierta con un velo, pero no estinguida, iba á brillar desde lejos con mas resplandor y prestigio; y en fin, que aquel peñasco tan próximo á la Italia y á la Francia, llegaria á ser el refugio de todas las esperanzas de su partido, y el punto de apoyo de todas las facciones interiores. Atenas no aproximó á Temístocles á su patria, sino en su sepulcro: Napoleon era mas que Temístocles. No habia para la Europa mas que dos medios de preservarse de su genio: un destierro lejano y que no pudiese traspasar, ó el trono abatido á donde se le dejase volver á subir vencido, y en pugna con la libertad de su pais. Un

BIBLIOTECA

tratado de paz firmado por él despues de la ocupacion de Paris, y sobre las ruinas de su imperio, le degradaba á los ojos de la Francia. Un tratado de ostracismo, le engrandecia y le renovaba. Solo la ignominia mata la gloria. Alejandro se manifestó en aquel tratado, magnánimo pero sin conocimiento de la historia. O no previó nada, ó previó demasiado. Tal vez sus consejeros pensaron dejar aquella amenaza viva sobre el reinado de los Borbones.

V.

Caulaincourt y Macdonald llevaron aquel tratado á Fontainebleau, sin desconocer las dificultades que iban á encontrar para hacérsele firmar á Napoleon. Pero estaban resueltos como la Europa á dejar que se cumpliese aun contra la aparente voluntad de aquel cuya suerte aseguraba. Ya estaban cansados de luchar por él y contra él: el honor y la fidelidad quedaban satisfechos. Ratificado ó no el tratado era en adelante la ley del destino.

Napoleon le recibió con fingida indignacion, aunque ya sabia con anticipacion todos sus pormenores, por las noticias secretas que Caulaincourt le habia enviado hora por hora. Pero convenia á su futuro papel, protestar hasta la última estipulacion. Parecia que todavía aguardaba del tiempo alguna cosa: no queria dejarle nada de cuanto pudiera tener que darle. «¿Me traeis por fin mi abdicacion?» gritó con voz desentonada al ver á su plenipotenciario. Caulaincourt, asombrado, le contestó, que la primera base del tratado habia sido naturalmente la abdicacion entregada á los soberanos, y que ya hacia largo tiempo que tenia publicidad como los demas documentos oficiales. «¿Y qué me importa á mí ese tratado? contestó Napoleon, no quiero reconocerle, ni firmarle, y no le firmaré.»

Todo el dia le pasó en disputar con sus enviados. Cansados de sus subterfugios y desalentados con su resistencia, dejaron el tratado sobre la mesa, y se retiraron para que reflexionase durante la noche.

VI.

A media noche, los criados del emperador fueron á llamar á Caulaincourt, que estaba durmiendo. Este encontró á Napoleon con dolores de estómago y de nervios que le tenian pálido y postrado, y habian alarmado á sus servidores. Le asistia su primer cirujano Ivan. En su habitacion se hablaba por lo bajo de si habia ó no intentado un suicidio tragando el veneno de Cabanis, con el que Condorcet, cuando se hallaba preso, se sustrajo del suplicio. El emperador no confesaba ni desmentia aquella sospecha, que daba un carácter trágico á una indisposicion lijera, y un pretesto para las tiernas súplicas de sus amigos. Su médico se limitó á hacerle tomar algunas tazas de té, y sin mas medicamentos se alivió y volvió á dormirse. El médico, despues de reconocidos los síntomas, temió tan poco las consecuencias de aquel pretendido envenenamiento, que al rayar el dia se ausentó de Fontainebleau.

VII.

Al despertar, prosiguiendo Napoleon en términos ambiguos la idea de un envenenamiento que la fatalidad le habia impedido llevar á cabo: «Dios no lo ha querido, dijo, no he podido morir.» Y como sus servidores, aparentando temer que renovase aquella tentativa, le hablasen de su gloria, de su esposa, de su hijo, y de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA

Francia, que debian hacerle amable la vida: «¡Mi hijo! esclamó, ¡mi hijo! ¡que triste herencia le dejo!... ¡Ese niño que nació rey, no tiene en el dia ni aun patria!.... ¡Por qué no me dejan morir!....

«¡No, señor, le respondió con ternura Caulaincourt, la Francia debe lloraros en vida!....

«¡La Francia, repuso Napoleon, me abandona!.... La ingratitud de los hombres me ha hecho volver la cabeza con disgusto.»

Y descorrió con un gesto violento las cortinas de su cama que le ocultaban los primeros rayos del sol: parecia tan lleno de vida y de poder sobre si mismo, que solo el rayo hubiera podido anonadarle. «En estos últimos dias he sentido tal concentracion, y tal eco de los acontecimientos en mí, dijo, que he temido la demencia. La demencia, añadió es la caducidad de la humanidad. ¡Antes la muerte!....»

«Despues de un momento prosiguió: hoy firmaré: retiraos.»

VIII.

Esta última palabra descubria bastante bien el secreto de la noche. Napoleon queria tener testigos de la violencia moral que le arrancaba un consentimiento de que se retractaria algun dia. Habia luchado hasta el suicidio, y solo habia cedido á la imposibilidad de morir. Ningun entendimiento reflexivo creyó en semejante envenenamiento. La perfecta entereza de sí mismo que atestigua la obstinada diplomacia de sus actos, de sus palabras y de su negociacion durante aquellos dias, la libertad de su juicio antes y despues de la escena nocturna, la levedad de la indisposicion, la insignificancia de su tratamiento, el poco cuidado del médico, y la prontitud del restablecimiento, todo indica ó una alteracion casual de

su salud, ó una escena trágica para escusar la ratificacion, y para escitar la compasion y el enternecimiento del siglo. Hasta la naturaleza de Napoleon era antipática al suicidio. Su espíritu era fuerte, su alma no tenia ternura ni debilidad: solo sentia por medio de la inteligencia. Su genio matemático todo lo calculaba y no sucumbia á ninguna sensibilidad. Jamás una lágrima por la muerte de sus compañeros de armas mas queridos, empañó sus ojos y su juicio. La ingratitud y el abandono le tenian irritado y humillado, pero estaba muy distante de desesperar del porvenir. Semejante hombre no se mata cuando le queda un ejército, una gloria que saborear y un imperio que reconquistar. Las mismas cláusulas de aquel tratado que disputaba una á una, manifiestan bastante que no pensaba concluir con su vida. La isla de Elba á que se dirigian sus pensamientos, y de la que ya soñaba en volver, es el contra-sentido de la muerte buscada en Fontainebleau. Por otra parte, Napoleon era corso: sus fibras participaban de la luz y del aire del Mediodía: el suicido es una enfermedad del Norte.

Pero su naturaleza era teatral como su destino. Grande actor, hacia quince años en la escena de la Europa y del mundo, combinaba sus ademanes, y estudiaba su gesto y su papel. Cómico hasta en las violentas congojas de su fortuna, necesitaba en su desenlace un paso trágico: si no le hizo, le aceptó de la casualidad. Tal fué la noche de Fontainebleau.

IX.

Despues de levantarse, mandó llamar á Caulaincourt, á quien podia engañar menos que á cualquiera otro, por que el amigo de los últimos dias habia sido encargado confidencialmente por él mismo de preparar las condiciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que entonces rechazaba en voz alta: «Ahora, le dijo, apresurad la conclusion de todo. En cuanto firme ese tratado, volvedle á poner en manos de los soberanos aliados: decidles que yo solo trato con ellos, y de ningun modo con el gobierno provisional, en el que no veo mas que traidores y facciosos.»

Entraron Macdonald y Ney: tomó la pluma y firmó. En su semblante se notaban las señales del mal estar de la noche, y de la agitacion verdadera ó fingida de su alma. Su frente, oculta entre sus manos estaba inclinada sobre sus rodillas. Se levantó para dar las gracias á Macdonald que era quien le debia menos, y el que le habia servido mas. En él se vengó noblemente de la ingrata aspereza y de la prisa de los demas en abandonarle. «Mariscal, le dijo, ya no soy bastante rico para recompensar vuestros últimos y fieles servicios: me habian engañado en cuanto á vuestros sentimientos hácia mí.—Señor, desde 1809, lo he olvidado todo, contestó Macdonald con la generosidad de un alma grande.—Es verdad, lo sé, añadió el emperador, mas puesto que ya no puedo recompensaros como quisiera, deseo tengais al menos un recuerdo mio, que os traiga igualmente á la memoria, lo que habeis sido en estos dias de prueba. Caulaincourt, dijo, volviéndose hacia su caballerizo mayor, pedid el sable que me regaló en Egipto Mourad-Bey, y que yo llevaba en la batalla del Monte Tabor.» Trajeron el arma oriental, y alargándosela Napoleon al mariscal: «He aquí el único premio, le dijo, que puedo dar á vuestra adhesion, ¡Fúisteis mi amigo!..—Señor le contestó el intrépido guerrero estrechando el arma contra su corazon, le conservaré toda mi vida, y si tengo un hijo, será su mas preciosa herencia.—Dadme la mano, murmuró Napoleon, y abracémonos.» Napoleon y el general se abrazaron, y al separarse, sus ojos estaban humedecidos con el llanto.

X.

La firma del tratado por Napoleon fué en palacio la señal de una desercion casi universal. Cada uno no tenia ya mas que pensar en su propia paz con el nuevo gobierno. Todos se apresuraban á huir: todos temian que el emperador no señalase su nombre entre los de aquellos cuya fidelidad invocase para el destierro. De todos los antiguos ministros, solo Maret quedó en su puesto de secretario de Estado, al lado de su amo sin poder y sin corte.

Despues que Caulaincourt y Macdonald llevaron el tratado firmado á Paris, los soberanos aliados nombraron cada uno un comisionado para acompañar al emperador hasta el puerto del Mediterráneo por medio de la Francia: Schouwalof por la Rusia, Koller por el Austria, Campbell por la Inglaterra, y Valdeboug-Fruchssefs por la Prusia. Corte del destierro, encargada de vigilar, preservar y honrar al proscripto de la Europa. La irritacion del Mediodía de la Francia era entonces tal contra Napoleon, que necesitaba una salvaguardia entre su propio pueblo. Por el contrario, en los departamentos del Centro y del Este, su presencia podia despertar el entusiasmo militar, y dar un gefe á la insurreccion y á la independencia de la patria. Bajo estos dos aspectos, la escolta de los comisarios y de una fuerza armada imponente, era necesaria para los soberanos y el mismo Napoleon. Su muerte hubiera parecido el crímen de la Europa: su evasion y su llamamiento á las armas, habria sido la renovacion de una guerra sin grandeza, pero no sin calamidades.

Caulaincourt precedió algunas horas á la llegada de los comisarios á Fontainebleau, para preparar al emperador á la vista de aquella córte estrangera. El palacio

parecia ya un sepulcro. En los patios y salones reinaban el vacío y el silencio. Solo debajo de los balcones, solian verse algunos grupos de soldados, menos habituados al espectáculo de las vicisitudes, y menos gastados con las compasiones humanas, que andaban errantes al derredor de las paredes y de los jardines del palacio, procurando divisar por entre las balaustradas de los parterres y balcones, la figura fugaz de su general, para consolarle con sus aclamaciones. El emperador se presentaba y desaparecia por intérvalos. No daba muestras de animarse ni de atender á aquellos gritos. Parecia absorto en sí mismo: su cuerpo estaba sin tranquilidad como su alma.

XI.

En aquel momento se paseaba solo y con lentos pasos por las calles de un parterre reservado, cubierto apenas por nacientes hojas, semejante al jardin monástico situado entre una ala avanzada, y las paredes de la capilla del palacio. Las sombras del bosque forman el fondo de aquel horizonte rodeado de encinas, en donde el pensamiento se pierde en una soledad sin límites. Allí fué donde se acercó á él su confidente. Los pasos y la voz de Caulaincourt apenas pudieron arrancar al emperador de sus ilusiones. Hubiérase dicho que era la sombra de Cárlos V, llorando el imperio en los corredores del monasterio de Yuste. Acababa de ser herido en el corazon, por una desercion muda mas sensible que todas las demas. Berthier habia partido furtivamente sin ser despedido y sin despedirse. Aquel mariscal, compañero privilegiado del emperador desde sus campañas de Italia, era el Efestion de ese otro Alejandro. Dormia en su tienda, comia á su mesa, sabia hasta el último de sus pensamientos, era el órgano de sus órdenes, su voz, su pluma, su mano, su alma. Pero Berthier alimentaba ya

hacia quince años en su corazon, uno de esos amores ingénuos y caballerescos que son la estrella y la fatalidad de toda una vida. Amaba á una hermosa italiana que en otro tiempo le habia hechizado en Milan, y de la que no habian podido separar un momento su pensamiento y sus ojos, ni la guerra, ni la ambicion, ni la gloria, ni la amistad del emperador. La víspera de los combates, el retrato de aquella hermosura, divinizada por su culto, estaba colgado en su tienda al lado de sus armas, rivalizaba con sus deberes, y le consolaba de su ausencia, con la presencia imaginaria de la que adoraba. La idea de dejar para siempre aquella muger, si el emperador exigia de su reconocimiento que le siguiese al destierro, habia estraviado el alma de Berthier. Desde la abdicacion, temblaba á cada instante que su amo pusiese su adhesion á la mas dura prueba, mandándole que eligiese entre su pasion y su deber. Se libró de ella, abandonando clandestinamente á su compañero de armas y su bienhechor. Infiel al destierro de Napoleon por fidelidad á su amor, huyó como para enlazarse mas, y fué á ofrecer su traicion á los Borbones. Todavía no se habia embarcado Napoleon para la isla de Elba, cuando ya Berthier su mayor general y su confidente militar, arrastraba ya por los artesonados salones de las Tullerías, con el plumero blanco, su deferencia y su adhesion al nuevo reinado, ejemplo mas de postracion ante la fortuna. Napoleon no podia quejarse: habia querido el abatimiento de las almas. La fidelidad es una fuerza del corazon; pero al fin gemia. La ausencia de unos hombres á quienes veia á todas horas despues de tantos años, y la desaparicion de los individuos con quienes tenia mas familiaridad, le desgarraban el corazon. Sin embargo, no era mas que la dilaceracion de sus costumbres porque se habituaba, pero no se adheria.

XII.

«Y bien, dijo con una voz, que se esforzaba en hacer jovial aunque estaba alterada, aludiendo á su partida, ¿quereis ejercer hasta el fin vuestras funciones de caballerizo mayor?... ¿concebís que Berthier haya partido sin despedirse de mí?... Nació cortesano, añadió con desprecio, ya vereis como antes de poco mi vice-condestable mendigará un empleo en la córte de mis enemigos.» Luego, pasando revista á todos los mariscales y dignatarios de su imperio que habian seguido á la fortuna fugitiva ya hacia algunos dias: «Estoy avergonzado por la especie humana y por la Francia, esclamó, de que unos hombres á quienes tanto he elevado, se rebajen tanto solo por su carácter. ¿Qué deben pensar los soberanos estrangeros de unos hombres, que eran el adorno de mi reinado?... ¡Acelerad, acelerad ahora mi marcha!... ¡Me abochorno de la ignominia de la Francia!... Ved ahí á los comisarios: dadles prisa; marchemos...»

En el mismo momento en que de aquel modo acusaba á los que habia asociado á todas sus glorias, á todo su poder, y á todos sus despojos, el ejército subalterno, cuyos servicios, heroismo, y cuya sangre habia prodigado con criminal desprecio, y cuyos cadáveres habia sembrado por todos los caminos de Europa, se adheria á él de todo corazon. Cada minuto le presentaban en el jardin bravos sargentos ó soldados de su guardia, que iban á suplicarle les inscribiese en el número de las tropas que le dejaban con arreglo al tratado, solicitando el destierro con mas ahinao que la víspera habian procurado una mirada, una condecoracion ó un grado. Las grandes acciones vienen siempre de las masas, porque participan de la naturaleza. La naturaleza es magnánima; las córtes son egoistas; el favor corrompe.

XIII.

La necesidad de hacer ratificar en Lóndres el tratado de Fontainebleau, prolongó por algunos dias la presencia del emperador en aquella residencia. Esos dias, que él mismo procuraba prolongar artificiosamente como para aguardar algun movimiento de la Francia en su nombre, y gozar de un resto de aparato imperial, fueron silenciosos, ociosos y tristes. El pesar y el reconocimiento trajeron de París algunas visitas aunque raras: querian estar en regla con las dos fortunas: eran cortesanos que se envanecian de saludar á la una despues de haberse despedido de la otra. Pero estas consideraciones de la defeccion hácia la desgracia, fueron en muy corto número. La multitud, para satisfacer su impaciencia, no pensaba mas que en que se alejase cuanto antes, aquel á quien habian deificado por espacio de diez años. Les parecia que se llevaria consigo al otro lado de los mares la reprension de su ingratitud. El nombre y la sombra de Fontainebleau, estaban demasiado cerca de París.

Macdonald, Mortier y Moncey, soldados de una época menos servil que la del Imperio, volvieron á honrar la antigua lealtad y la antigua fortuna. Los recibió con reconocimiento. Aquellos nombres contrastaban con los de aquellos cuya ausencia acusaba. ¡Cambaceres, solia esclamar, Molé, Ney, sobre todo Berthier, y hasta Fontanes!... ¡Fontanes, el proscripto recogido por el consulado!... ¡Fontanes, el favorito de su hermana!... ¡Fontanes, el poeta de la religion y del trono, el orador de la prosperidad, ahora el senador traficando con la Restauracion, la destitucion de su ídolo imperial!... No podia consolarse de aquel abandono. Las letras, que tanto habia envilecido, le parecian entonces las guardadoras de la virtud y del poder de los caractéres. En las filas de los

BIBLIOTECA

grandes hombres de la filosofía ó de la poesía, es donde se encuentran ejemplos de fidelidad tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Fontanes, por su alma elevada, sus talentos áticos, y por la dignidad de su vida, hubiera debido perpetuarlos. ¡Mientras que era poderoso, habia protegido á sus rivales contra la cólera del emperador; habia defendido noblemente en Mr. de Chateaubriand y en madama de Staël, la generosa independencia del talento y del corazon, y era ya uno de los favoritos del reinado futuro!... El secreto de aquella conducta de Fontanes, no estaba en su corazon sino en sus opiniones. Habia sido realista con Andrés Chenier, Delille y Roucher, por indignacion contra los crímenes de la demagogia y por una generosa compasion á los mártires de los Borbones. Habia luchado entonces intrépidamente con la sanguinaria tiranía del pueblo: habia arrostrado el cadalso y sido proscripto. Al encontrar á los Borbones, recobraba los reyes de su juventud, y las memorias de su primera fidelidad. El emperador le habia cansado: veia que volvia á sumergir la patria en la barbarie y en los desastres de las invasiones y revoluciones. Habíase inclinado al lado de la patria, pero habia olvidado al infortunio. Debia colocarse al menos algun tiempo entre Napoleon y él, para exigirle la inaccion, el silencio y el luto. Habia adulado demasiado para maldecir; faltó al tiempo y pareció ingrato para con su bienhechor, pero solo estuvo inoportuno en las actas del Senado contra Napoleon. Este le apreciaba por la elegancia activa de su lenguaje y de su talento: veia en el un literato de la córte de Augusto: no podia consolarse de verle pasarse á otra córte. Así se pasaban las horas en Fontainebleau, en recriminaciones contra la soledad que con la destitucion reinaba en derredor del emperador.

XIV.

Dos dias antes del 20 de abril, fijado definitivamente para la partida, un general obstinado en detener al emperador, fué á referirle el espíritu del ejército francés replegado detrás del Loira, y pronto á renovar la lucha en su nombre. «Ya es demasiado tarde, contestó Napoleon, podia y no han querido: ¡cúmplase el destino!...» Ya no se ocupó mas que de los preparativos personales de su marcha, y de las perspectivas desconocidas de la isla de Elba, en las que se estraviaba su imaginacion. El vacío que el mundo que perdia dejaba en su alma, estaba ya lleno con aquella última y pequeña sombra de dominacion. Vivir para aquel hombre es reinar.

Pero tambien se ocupaba en recoger prendas para en caso de un cambio de la suerte. Una de las que con mas seguridad contaba, era su pronta reunion con su esposa y su hijo. Su muger le proporcionaria en su destierro la respetuosa compasion del mundo y el favor secreto del Austria. Su hijo le aseguraba la familia y la dinastía. No dudaba ó aparentaba no dudar que los soberanos le dejarian aquellos dos consuelos del destierro y aquellos dos complementos de la libertad. Afectaba hablar y escribir de ellos, como si aquellas dos condiciones no tuviesen necesidad de ser escritas. A donde va el hombre va la familia: pero Napoleon era mas que un hombre; era un soberano y una dinastía destronada. No podia olvidar lo que él habia hecho de aquellos lazos de familia, con los príncipes de la casa de Condé, la familia real de Suecia, la de España, el duque de Enghien, Gustavo IV, Fernando VII y Pio VII, arrebatado por la noche de su palacio, para pasar lejos de los suyos una vida abatida, en el mismo sitio en donde él dirigia entonces recriminaciones. Su misma muger, la jóven María Luisa que reclamaba con

tanta confianza y derecho, ¿qué era sino una conquista de la fuerza y un despojo de la política, arrancada á una familia que habia dado á aquella princesa como un rescate? Pero aquellas meditaciones de sus propios actos, no entibiaban su ardor para recobrar la emperatriz, adornar con ella la isla de Elba, y tal vez grangearse su proteccion personal y su compasion mas elocuente y sensible al atravesar aquella Francia que necesitaba enternecer.

XV.

Volvamos ahora á la fugitiva córte de María Luisa, para referir lo que pasaba en ella durante aquel largo hundimiento del imperio y del emperador.

Ya hemos visto que María Luisa salió de París tres dias antes de la ocupacion de aquella capital. Diez coches ocupados por los ministros, altos empleados de palacio, y las damas de su servicio, formaban la comitiva de aquella córte en fuga, que se dirigia á paso lento hácia el antiguo palacio de Rambouillet. La princesa no solo lloraba por aquella fuga, preludio de la catástrofe de su marido, sino tambien por la desagradable necesidad en que se veia de obedecer á los consejeros imperiales, que la conducian á las estremidades desconocidas del imperio, y que pretendian hacer de ella un centro y una provocacion de guerrra desesperada. Aqui su esposo, allí su padre, á su vista su hijo, afectos todos, y destinos opuestos en intereses: por cualquier parte que mirase el triunfo, ella era seguramente la víctima. En derredor suyo no veia mas que una córte vendida á su marido, de la cual habia espulsado desapiadadamente hasta la última compañera de su infancia que pudiera recordarla la lengua y la memoria de su patria, y por todas partes ojos que espiaban sus lágrimas, y que la exigian cierta actitud en poblaciones desafectas. Todo esto era mas que suficiente para llenar de amargura y tristeza el corazon de una jóven de veinte años. Cambaceres, con impasible continente, tembloroso corazon, y pensamientos inciertos, seguia á los grandes oficiales de la corona.

XVI.

La comitiva se detuvo una noche en la antigua soledad de Rambouillet. La falta de noticias de París, y el temor de ser cortados por algunos cuerpos de caballería enemiga, hizo apresurar al dia siguiente la salida para Chartres, á donde llegaron por la noche José y Gerónimo, hermanos destronados del emperador, con la reina, el ministro de la guerra Clarke, y otros funcionarios que se habian evadido de París. La emperatriz Josefina y su hija, se habian refugiado aquel mismo dia en el palacio de Navarra en Normandía, patrimonio de aquella emperatriz despues de su repudiacion. Dos emperatrices, dos córtes y dos dinastías desposeidas, seguian á aquel imperio, tan lleno de grandeza como de ruinas, diez años despues de su advenimiento.

En Vendome, recibió la emperatriz la primer carta de Napoleon desde su salida de las Tullerías. Aquella carta anunciaba á María Luisa la fatal noticia de la ocupacion de París, y la tardía llegada del emperador á la Cour-de-France. Todavía respiraba guerra: alentaba á la córte fugitiva á que manifestase autoridad y seguridad, y alimentaba la esperanza, que todavía conservaba Napoleon, de la próxima y triunfal entrada en París. Durante aquellos dias de angustia, las cartas del emperador á su jóven esposa, se sucedian con bastante frecuencia: mas por íntimos que debiesen ser los desahogos entre un esposo que caia del trono del mundo, y una muger, hija de los Césares y madre de su hijo, á quienes arrastraba en su caida, aquellas cartas, aunque dictadas por el

tanta confianza y derecho, ¿qué era sino una conquista de la fuerza y un despojo de la política, arrancada á una familia que habia dado á aquella princesa como un rescate? Pero aquellas meditaciones de sus propios actos, no entibiaban su ardor para recobrar la emperatriz, adornar con ella la isla de Elba, y tal vez grangearse su proteccion personal y su compasion mas elocuente y sensible al atravesar aquella Francia que necesitaba enternecer.

XV.

Volvamos ahora á la fugitiva córte de María Luisa, para referir lo que pasaba en ella durante aquel largo hundimiento del imperio y del emperador.

Ya hemos visto que María Luisa salió de París tres dias antes de la ocupacion de aquella capital. Diez coches ocupados por los ministros, altos empleados de palacio, y las damas de su servicio, formaban la comitiva de aquella córte en fuga, que se dirigia á paso lento hácia el antiguo palacio de Rambouillet. La princesa no solo lloraba por aquella fuga, preludio de la catástrofe de su marido, sino tambien por la desagradable necesidad en que se veia de obedecer á los consejeros imperiales, que la conducian á las estremidades desconocidas del imperio, y que pretendian hacer de ella un centro y una provocacion de guerrra desesperada. Aqui su esposo, allí su padre, á su vista su hijo, afectos todos, y destinos opuestos en intereses: por cualquier parte que mirase el triunfo, ella era seguramente la víctima. En derredor suyo no veia mas que una córte vendida á su marido, de la cual habia espulsado desapiadadamente hasta la última compañera de su infancia que pudiera recordarla la lengua y la memoria de su patria, y por todas partes ojos que espiaban sus lágrimas, y que la exigian cierta actitud en poblaciones desafectas. Todo esto era mas que suficiente para llenar de amargura y tristeza el corazon de una jóven de veinte años. Cambaceres, con impasible continente, tembloroso corazon, y pensamientos inciertos, seguia á los grandes oficiales de la corona.

XVI.

La comitiva se detuvo una noche en la antigua soledad de Rambouillet. La falta de noticias de París, y el temor de ser cortados por algunos cuerpos de caballería enemiga, hizo apresurar al dia siguiente la salida para Chartres, á donde llegaron por la noche José y Gerónimo, hermanos destronados del emperador, con la reina, el ministro de la guerra Clarke, y otros funcionarios que se habian evadido de París. La emperatriz Josefina y su hija, se habian refugiado aquel mismo dia en el palacio de Navarra en Normandía, patrimonio de aquella emperatriz despues de su repudiacion. Dos emperatrices, dos córtes y dos dinastías desposeidas, seguian á aquel imperio, tan lleno de grandeza como de ruinas, diez años despues de su advenimiento.

En Vendome, recibió la emperatriz la primer carta de Napoleon desde su salida de las Tullerías. Aquella carta anunciaba á María Luisa la fatal noticia de la ocupacion de París, y la tardía llegada del emperador á la Cour-de-France. Todavía respiraba guerra: alentaba á la córte fugitiva á que manifestase autoridad y seguridad, y alimentaba la esperanza, que todavía conservaba Napoleon, de la próxima y triunfal entrada en París. Durante aquellos dias de angustia, las cartas del emperador á su jóven esposa, se sucedian con bastante frecuencia: mas por íntimos que debiesen ser los desahogos entre un esposo que caia del trono del mundo, y una muger, hija de los Césares y madre de su hijo, á quienes arrastraba en su caida, aquellas cartas, aunque dictadas por el

emperador, no estaban escritas de su mano. Lo mas frecuente eran que no estuviesen escritas ni dictadas por él, sino por sus secretarios intimos á quienes hacia una lijera indicacion. Tanta influencia ejercia en él la séria preocupacion de su rango, que interponia la frialdad y la etiqueta oficial de las córtes, entre el corazon de su esposa y el suyo. El imperio habia ocupado el lugar de la naturaleza en aquella alma infatuada de poder. Por el rigor de aquel sentimiento de magestad y superioridad, que observaba tanto en lo interior de su vida doméstica como en las ceremonias esteriores, se sentaba solo á la mesa con la emperatriz. Los asientos estaban colocados con arreglo á la dignidad de su muger y á la suya. En las largas veladas del palacio, mientras él solo descansaba en un divan imperial, tenia en pie, en frente de él á sus ministros, sus mariscales, y hasta á las señoras de mas ilustre nombre y de los mayores cargos de su córte. Pequeñeces de la gloria y del rango que en vez de engrandecerle recordaban su orígen, á pesar de la altura desde donde queria dominarle.

XVII.

María Luisa se vió obligada á permanecer ocho dias en Blois. Los hermanos del emperador y los ministros que dirigian imperiosamente sus paradas y sus actos, trataron de hacer aquella ciudad la capital momentánea del gobierno errante. El emperador que les inspiraba todavía, se comunicaba con ellos y con la emperatriz, por medio de oficiales de su casa, que iban á Blois con diversos pretestos. El camino de Fontainebleau interceptado para una comitiva imperial, no lo estaba bastante para detener á los emisarios. Aquellas cartas parecian despertar algunas veces en el alma de la emperatriz el deseo verdadero ó aparente de reunirse con su marido. Luchaba visiblemente entre la voluntad de hacer lo que su título de esposa la mandaba, y el temor de comprometerse ella y su hijo, colocándose como un rehen de la familia Bonaparte, en medio de un puñado de hombres de guerra, reducidos á los últimos estremos de una lucha trágica y desesperada. No atreviéndose á confesar en voz alta la repugnancia á verse rodeada de gentes adictas hasta la violencia á los intereses del imperio, ni á resistir enteramente á los hermanos de Napoleon, sin una sola confidenta en quien poder desahogar su alma, porque veia un espía en cada uno de aquellos cortesanos, su ansiedad, su insomnio, sus resoluciones contradictorias, sus lágrimas ocultas, las intimaciones de su marido que la llamaba, la voz de su hijo que la detenia, la memoria y las advertencias secretas de su padre que la mandaban aguardar, la habian producido un anonadamiento y una postracion de ánimo y de fuerzas que solo se escitaban con convulsiones, sollozos y desesperacion. No podia persuadirse que el emperador de Austria, que la profesaba un cariño tan tierno, y que la habia mandado aquella union con la autoridad de padre, consintiese jamás en destronar al marido de su hija. Se reservaba para el último momento como un mediador amado, y un negociador seguro entre Napoleon y él. Tal era aquella alma de jóven, esposa y madre, aislada y combatida por tantos sentimientos y consejos opuestos, durante la regencia de Blois.

XVIII.

Con esta idea María Luisa envió al emperador de Austria, que todavía estaba en Dijon, á Mr. de Champagny, hombre de conocida y razonable adhesion, y que gozaba de alguna consideracion en los dos campos. Mr. de Montalivet, ministro moderado de los tiempos fáciles y de los trabajos diarios, sin colocacion durante aquellas borrascas, fué nombrado en lugar de Mr. de Champagny, mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

nistro que dirigia una sombra de administracion en una sombra de imperio, Regnault de Saint-Jean de Angely adicto hasta el fanatismo á Napoleon, fué enviado algunos dias despues al emperador de Austria: eleccion desacertada por el mismo exceso de compromiso en la causa del imperialismo. Regnault de Saint-de-Angely, era de la escuela de Fontanes. Combatiente intrépido y elocuente, contra los escesos de la revolucion, rayaba ya casi en despotismo: él era quien redactaba las disposiciones mas absolutas del emperador. Su nombre habia llegado á ser en aquellos últimos tiempos tan impopular como la tiranía. Fiel hasta á la autoridad que se hundia, se honraba no siguiendo á los transfugas, pero despopularizaba al imperio sirviéndole. No tardó mucho en marchar detras de el Mr. de Saint Aulaire, hombre de mucha nombradía, de talento diplomático, y que se amoldaba suficientemente á las circunstancias. Por último Mr. de Beausset, gefe de palacio, especialmente adicto á la emperatriz, y mas propio para interceder que para convencer, fué tambien á esponer sus lágrimas mas bien que sus razones al emperador Francisco. Aquellos negociadores no tuvieron ningun ascendiente sobre el soberano. Habia entregado su corazon á su primer ministro Mr. de Metternich. Estaba resuelto el ostracismo: la victoria le habia pronunciado. María Luisa era sacrificada dos veces.

XIX.

Sin embargo, los dos hermanos del emperador, José y Gerónimo, la tenian cautiva en el palacio de la regencia en Blois. Guardada por un destacamento de tropas de Napoleon, que preparaba una espedicion para arrebatarla, honrada en la apariencia con la magestad y autoridad de regente, presidia todos los dias el consejo de ministros, pero en realidad estaba esclavizada y vigilada por ellos, y por los dignatarios cómplices de su amo.

Temblaban de que un movimiento repentino de la caballería rusa sobre Blois, les quitase con la emperatriz, la última prenda de imperio y de negociacion que tenian en sus manos. A cada momento la suplicaban é intimaban que dejase á Blois y los siguiese á provincias mas distantes del teatro de la guerra, y mas defendidas por el Loira. María Luisa manifestaba una repugnancia invencible á seguirlos. Desconfiaba de aquellos príncipes destronados, arrojados por la misma ruina de su ambicion á las resoluciones mas estremas. Se estremecia al pensar que en sus manos podia llegar á ser el rehen de su desesperacion, y el móvil de una guerra civil: en su mismo terror encontraba ánimo. Aplazaba, negaba, exageraba la estenuacion de sus fuerzas, que segun decia, la hacia preferible esperar su suerte, fuere cual fuese, á provocarla con nuevas fugas. Cuando las instancias la apremiaban se metia en su habitacion y hasta en la cama.

XX.

La historia debe aqui dejar un lugar á la naturaleza. Es preciso decir cuáles eran los sentimientos secretos de la muger, disfrazados con los sentimientos convencionales de la emperatriz. Por haber desconocido los sentimientos involuntarios, pero verdaderos, de aquella princesa, los desapiadados partidarios de su marido han proferido contra ella cargos, vituperios y desprecios desmedidos. La han acusado de no ser la heroina teatral, de una ternura que no esperimentaba. Han olvidado que era muger, y que el corazon tiene tambien su papel en el drama de semejante destino. Si el corazon no es una jus-

tificacion, no es una escusa. La justicia las tiene presentes hasta en sus condenaciones.

María Luisa no amaba á Napoleon: ¿cómo pudiera amarle? Envejecia en los campamentos y en los afanes de la ambicion. Tenia diez y nueve años. El alma del soldado era dura y fria como el cálculo, instrumento de su genio. La de la jóven alemana era delicada, tímida y pensativa como los sueños poéticos de su patria. Habia caido de las gradas de un trono antiguo, él habia subido al suyo escalando á mano armada las dinastias, que pisaba con sus pies. Aquel hombre habia sido para ella en las preocupaciones de su infancia y en las conversaciones de familia, el azote de Dios, el Atila de los reyes, el dominador de la Alemania, el asesino de los príncipes, el despojador de los pueblos, el incendiario de las capitales, el enemigo contra quien se rogaba á Dios desde la cuna en los palacios de la casa de Austria. Cedida á aquel conquistador por un contrato del miedo, despues de la repudiacion ingrata de una esposa que habia hecho su fortuna, fué vendida, no dada. Se miraba á sí misma como el rescate cruel de su patria y de su padre. Se habia resignado como á un sacrificio: los honores del trono en que la admitian, eran las galas con que se adornan á las víctimas. Arrojada sola y sin amiga alguna en una córte de soldados de fortuna, de palaciegos revoltosos y de mugeres burlonas, de quienes no sabia n aun los nombres, ni la lengua, ni las costumbres, toda su juventud se habia refundido en el silencio y la etiqueta. Su marido tampoco la habia tranquilizado con sus primeros actos, hasta en su ternura era poco respetuoso y algo violento: ofendia aun cuando acariciaba. Hasta en sus amores tenia una dureza imperiosa. Entre él y el corazon de su jóven esposa, se habia colocado el terror. El deseado nacimiento del hijo que le habia dado, no habia unido aquellas naturalezas tan opuestas. Conocia que no era para el emperador mas que un medio de posteridad, no

la madre de familia, sino el tronco de una dinastía. Aquel dueño no tenia las virtudes del amante, la adhesion y fidelidad á una misma muger: sus amores, aunque pasageros, eran numerosos. No respetaba los celos naturales en el corazon de esposa. No daba los escándalos de Luis XIV, pero tampoco tenia su delicadeza ni su constancia. Las mugeres mas hermosas de su córte y de las capitales estrangeras no le apasionaban, pero satisfecho su gusto, las condenaba al desprecio. Ausencias largas y frecuentes, instrucciones minuciosas y severamente obedecidas, una servidumbre antipática, espías en vez de amigas, semblante adusto, triste y temido cuando volvia despues de algun revés, y un ceremonial ostentoso, pueril y cansado, era cuanto se la proporcionaba como placer y distraccion: nada de aquella vida, de aquel carácter, ni de aquel hombre, era á propósito para inspirar amor á María Luisa. Su corazon y su imaginacion, fuera de su centro en Francia, permanecian al otro lado del Rhin. El imperio hubiera consolado á cualquiera otra; pero ella habia nacido para la vida privada, y para las ternuras del hogar aleman.

XXI.

No es estraño que una jóven contrariada de aquel modo en su naturaleza, su raza y en todos sus sentimientos, y próxima á verse libre por la victoria de su padre, no hiciese votos fervientes y sinceros contra su propio corazon para obrar en su cautiverio á gusto de sus carceleros de Blois. No sabia fingir, ni aparentar contra su carácter un heroismo conyugal que no tenia. Este era su único crímen; aguardaba temblando que el destino la arrojase al menos sola de una en otra desgracia: no queria anticiparse á él.

Los dignatarios de Napoleon y sus dos hermanos, de quienes la habia rodeado para que la dirigiesen y obligasen á medidas desesperadas de política, ó á fugas arriesgadas hácia el emperador, no cesaban de proponerla aquellas medidas y aquella marcha. Escuchaba con repugnancia, se refugiaba en el silencio, se ocultaba á su porfía y se aferraba en Blois. La resistencia pasiva por un lado, la impaciencia contenida por otro, los acontecimientos que se sucedian con rapidez, las tropas estrangeras que se aumentaban en derredor de aquella residencia, debian producir un desenlace violento en aquella lucha todavía decorosa entre una jóven y sus consejeros.

XXII.

El viernes 8 de abril, á una hora en que la habitacion de las señoras suele ser todavía inaccesible para los palaciegos, se oyó un rumor en la residencia de la emperatriz en Blois. En las habitaciones interiores en que la jóven princesa acababa de ser privada del sueño, mediaron conversaciones animadas, amenazas y resistencia. Las camaristas y gentiles-hombres de servicio y los guardias, se asombraron y enternecieron al ver semejante movimiento en el palacio á una hora inusitada. En los patios y antesalas se formaron grupos que se preguntaban mútuamente. Hablábase de una coaccion moral egercida con la emperatriz, para obligarla á huir con los hermanos de Napoleon hácia lo interior de la Francia ó hácia Fontainebleau. La emocion y la indignacion se pintaban en los acentos y en los semblantes. Nadie se atrevia á manifestar todavía en voz alta el escándalo de semejante violencia á una muger estrangera, aislada, privada de todo medio de defensa para su libertad y la de su hijo.

XXIII.

Mr. de Beausset, noble del Mediodía de la Francia, de carácter caballeresco, corazon lleno de respeto hácia la magestad, y de compasion por la debilidad, era gefe de palacio, y adicto con este título á la emperatriz. Las desgracias y ansiedades de aquellla jóven, redoblaban en él su adhesion oficial. Al oir aquel ruido, penetró contra su uso en la habitacion que precedia á la alcoba de la emperatriz. Allí supo por las damas que estaban de servicio, que Cambaceres, José y Gerónimo se hallaban con la princesa. Escuchaba el altercado cuya causa procuraba adivinar, cuando María Luisa, á medio vestir, como una muger que acaba de ser arrancada repentinamente de su lecho, abrió la puerta de la alcoba y se dirigió precipitadamente hacia Mr. de Beausset. Sus pasos eran rápidos, sus megillas estaban encendidas por la animacion del dolor, sus ojos humedecidos y sus facciones alteradas. La fuerza de sus impresiones, prevaleció sobre su timidéz ordinaria.

«Caballero Beausset, dijo con voz temblorosa á su gentil-hombre, de todos los oficiales de la casa del emperador que están aqui, vos sois á quien he conocido primero, pues que vos fuísteis quien me recibisteis en Brunan en el acto de mi matrimonio... ¿Puedo contar con vuestro apoyo?.... Mis dos cuñados y Cambaceres están allí, dijo en voz baja, señalando con un gesto la alcoba inmediata. Acababan de decirme que es preciso dejar á Blois al instante, y que si de grado no consiento, van á ponerme á la fuerza en el coche con mi hijo.

—«¿Cual es la voluntad de V. M?... preguntó Beausset con resolucion.

—«Permanecer aqui, contestó la emperatriz, y esperar carta del emperador.

—«Si tal es vuestro gusto, señora, repuso Mr. de Beausset, me atrevo á asegurar que todos los oficiales de vuestra casa y de vuestra guardia pensarán como yo, y que no recibirán órdenes mas que de vuestros lábios. Voy á sondearlos.

—«Id, os lo suplico, murmuró en voz baja la tímida y resuelta jóven: id, y volved á decirme con quien puedo contar.»

XXIV.

Mr. de Beausset encontró al salir del salon al general Caffarelli, que mandaba en palacio, y al conde de Hanssonville, uno de los chambelanes de aquella córte. Ambos se indignaron. Corrieron al peristilo del palacio, y llamaron en alta voz á los oficiales de la guardia diseminados por el patio. Apenas aquellos bravos soldados se informaron de la violencia ejercida con una muger confiada á sus armas, se pronunciaron contra ella fuertemente, y pidieron ser presentados á la emperatriz para ofrecerla su adhesion, y en caso de necesidad, su espada. Mr. de Beausset les precedió para prevenir á María Luisa. «Entrad, le dijo al verle, y repetid á los príncipes lo que me habeis oido.

—«Los oficiales de la casa y de la guardia de la emperatriz, contestó Mr. de Beausset, han declarado su firme intencion de defenderla, de cualquiera coaccion que que traten de imponerla, para dejar á Blois contra su voluntad.

—«Decidnos las palabras de que han usado, contestó con imperiosa obstinacion al rey José: es necesario que conozcamos el espíritu que los anima.

—«Esas palabras, contestó el gefe de palacio, no sería conveniente para vos que yo las repitiese. Escuchad el ruido que resuena por las galerías y patios del palacio: ese murmullo de indignacion, os dirá mejor que yo cuanto quereis saber.»

XXV.

Apenas habia articulado Mr. de Beausset aquellas palabras, cuando abrieron la puerta varios grupos de oficiales de la guardia y de palacio, se esparcieron por el salon, y prorumpieron ante la emperatriz en espresiones de adhesion hácia ella, y de cólera mal reprimida contra los opresores de su libertad.

Mudando entonces José de tono y de lenguage, se volvió con aparente respeto hacia María Luisa, y la dijo con fingida conviccion: «Es preciso permanecer, Señora; lo que yo os habia propuesto, me parecia conforme á los intereses de V. M., mas puesto que V. M. piensa de otro modo, repito que es necesario permanecer...» Los hermanos de Napoleon no se atrevieron á repetir aquella tentativa. La desesperacion de una jóven la habia vuelto el valor. La indignacion contra la violencia habia sublevado en favor suyo todos los corazones. Abandonáronse á la suerte, y aguardaron en Blois el resultado de las negociaciones de Fontainebleau.

Algunas horas despues, un comisario ruso sin escolta, fué á apoderarse de María Luisa y de su hijo, en nombre de los soberanos. No hubo ni resistencia ni murmullos. Era evidente que la emperatriz estaba de antemano por su padre preparada para aquella medida de los aliados en cuanto á su persona. Cautiverio por cautiverio, preferia el de su primera familia y su primera patria. Desde de aquel momento se dispersó toda su córte imperial. Los ministros, los consejeros de Estado, y los cortesanos emprendieron la marcha aceleradamente, no hácia Fontainebleau, sino á Paris. Allí estaba la nueva

fortuna. El ministro de la Guerra se contentó con enviar su despedida al emperador, y corrió á ofrecer sus servicios al nuevo amo.

XXVI.

Al dia siguiente, la emperatriz, con una escolta rusa, fué conducida á Rambouillet por Orleans. El emperador continuaba escribiendo á su muger, previniéndola que se reuniese con él en el camino de la isla de Elba. La describia el lugar de su destierro, y la fijaba el número de gentiles-hombres y camaristas, que debia llevar consigo á aquella nueva córte. No habia renunciado á ninguna de las pompas y puerilidades del trono. Hubiérase dicho que habia nacido entre aquellos aparatos de la soberanía, y que eran tan inherentes á su naturaleza, que ya no concebia mas vida que aquella. Luego preguntaba confidencialmente á Mr. de Beausset, cuáles eran las verdaderas intenciones de María Luisa acerca de su reunion con él. Despues discutía con ella las agregaciones de territorio en Luca, Piombino, y Carrara, que era preciso exigir, para completar sus estados de Parma: mas lejos la recomendaba que reedificase un palacio para su hijo el rey de Roma, en cuanto llegase á Parma, en donde la decia habia muchas señoras de elevada nobleza. Aquella pretension á rodearse de aristocracia antigua con la que queria confundirse él y los suyos, le dominaba hasta en sus ruinas. Las vanidades del hombre nuevo sobrevivian á la destitucion del sobereno caido. En seguida hablaba de atravesar de noche á Lyon y las grandes poblaciones, por temor de las conmociones populares que pudiera suscitar contra él el resentimiento público. Recomendaba que se llevasen algunos millones para establecerse con el esplendor conveniente en la isla de Elba. Hacia que de los diamantes de la corona se estrajesen algunos, cuya propiedad reclamaba. Mandaba colocar su tesoro, compuesto de muchos millones en oro, plata, y alhajas en diferentes furgones y carruages de la emperatriz, para sustraerlos de este modo á la confiscacion, ó á la depredacion de sus enemigos en el camino desde París á Italia. Pedia tres millones para sus gastos personales en el viage que iba á emprender. El general Cambronne estaba encargado de escoltarla desde Blois hasta Fontainebleau. Se oponia á la idea de la emperatriz de permanecer en Rambouillet, y la instaba que apresurase la marcha á sus estados de Italia. Manifestaba cierto disgusto á la idea de una entrevista del emperador de Austria con María Luisa. Temia sin duda que las insinuaciones paternales no la alejasen de él para siempre. Presentia las dificultades que la permanencia de su muger y de su hijo, como rehenes en manos del Austria, suscitarian para una restauracion del imperio de que ya se ocupaba confusamente.

XXVII.

A escepcion de las órdenes concernientes á una parte de su tesoro, todas aquellas cartas eran vanas ocupaciones de sus dias ociosos en Fontainebleau. La emperatriz, impulsada, tanto por la inclinacion como por la fuerza, hácia su padre, se reunia en Rambouillet con el emperador de Austria, ponia á su hijo en los brazos de su abuelo, y tomaba el camino de Viena escoltada por los vencedores de su marido.

Pero mientras la victoria y la indiferencia alejaban de él de aquel modo á la esposa que la política le habia dado y que el imperio no habia podido adherirle, la adversidad llevaba á su lado á Fontainebleau, á una hermosa jóven estrangera, cuyo amor no podian arrebatarle la derrota ni el destierro.

Entre los numerosos y fugitivos objetos de sus inclinaciones ilegítimas, Napoleon habia amado, quizá por primera vez, con una pasion tierna y duradera. En la cúspide de su fortuna y de su gloria, en una fiesta en Varsovia, le chocó la belleza de una polaca, entusiasmada con su nombre. Era la jóven esposa de un noble sármata de edad ya avanzada. Brillaba por primera vez en las pompas de una córte. Adoraba en Napoleon, como entonces todos los polacos, el genio, la victoria, y la esperanza defraudada de la independencia de su patria. Sus radientes miradas, descubrian involuntariamente aquel culto. Napoleon la vió, la adivinó y la amó. Largas resistencias, combates con los deberes, desmayos y lágrimas, irritaron el gusto del emperador hasta la pasion. Robó á la condesa Waleski á su esposo y á su patria: la arrastró á sus campamentos y á sus capitales conquistadas. Un hijo fué el fruto de aquellos amores. Un palacio en París, visitado con frecuencia por la noche por Napoleon, ocultaba á las miradas del público á la madre siempre apasionada de aquel niño.

XXVIII.

La adversidad la hacía su falta casi sagrada y su amor mas ardiente. Sacrificándose al desterrado, queria rescatar su debilidad por el dueño de la Europa. Escribió á Napoleon pidiéndole permiso para verle, y ofrecerle acompañarle á donde quiera que el infortunio le condujese. Consintió en aquella entrevista. La penúltima noche que precedió á la marcha del emperador de Fontainebleau, la jóven fué introducida por una escalera secrete en el salon que precedia á la alcoba de su amante. Un criado de confianza fué á anunciar á su amo la presencia de la que habia consentido en volver á ver. Napoleon

que estaba sumergido en la especie de estupor soñoliento que le absorbia desde su caída, contestó al introductor que bien pronto llamaria á la que arrostraba por él, el pudor y la adversidad. La jóven llorosa aguardó en vano hasta la mitad de la noche. No la llamó á pesar de que le oia pasearse por la alcoba. Volvió á entrar el criado y le recordó la persona presente.—Que se aguarde, dijo el emperador. En fin pasó la noche, y la claridad del dia amenazando revelar el secreto de la entrevista, la jóven indignada y derramando copiosas lagrimas, fué conducida á su carruage por el confidente de su último adios. Sea que Napoleon hubiese perdido el sentimiento de su propio corazon con la agitacion de su ánimo, sea que se avergonzase de presentarse abatido y prisionero delante de la que le habia amado vencedor y soberano de la Europa, no tuvo compasion de aquel sacrificio. Habiendo entrado por la mañana el confidente en la alcoba del emperador y pintádole la impaciencia, la verguenza y la desesperacion de la condesa Waleski,—¡Ah! dijo, estoy humillado por ella y por mí. Pero han trascurrido las horas sin que conociese su duracion. Tenia alguna cosa aqui, añadió poniéndose el dedo en la frente.» Hasta la desesperacion que enternece á los demas hombres era dura y glacial en él.

XXIX.

Al dia siguiente mandó llamar á Caulaincourt. Hizo algunos regalos á los oficiales de su guardia y de su casa que hasta entonces habian permanecido fieles. «Dentro de algunos dias, les dijo, estaré por fin establecido en la isla de Elba. Me he apresurado por respirar un aire mas puro..... ¡Aqui me ahogo! ¡Habia pensado grandes cosas para la Francia!... Pero me ha faltado el tiempo y tambien los hombres. La nacion francesa no sabe soportar

los reveses. Un solo año de desastres la ha hecho olvidar quince de victorias. ¡Me abandonan!.... ¡Me separan de mi muger y de mi hijo!.... La historia me vengará.»

Luego habló con aparente imparcialidad de los Borbones. «Entre las antiguas razas y los pueblos renovados por la revolucion, hay abismos, dijo. El porvenir está cargado de acontecimientos. ¡Nos volveremos á ver, amigos mios!.... Mañana, me despediré de mis soldados.»

XXX.

Amaneció por fin el dia siguiente. Los comisarios respetuosos hasta en su vigilancia, pidieron al emperador que fijase la hora de la marcha. Señaló la del medio dia.

La córte que le quedaba, es decir, los generales de su guardia y algunos oficiales de su casa, Belliar, Gourgand, Petit, Athalin, Laplace, Foulier, y algunos de la servidumbre interior, se reunieron á las diez en el salon que precedia á su gabinete, con los comisarios estrangeros, pequeño y fúnebre cortejo imperceptible para un palacio en otro tiempo demasiado estrecho para sus pompas. El general Bertrand, gran mariscal de palacio, envanecido con sentir su fidelidad superior á todos los destierros, anunció al emperador. Salió con el rostro tranquilo y compuesto. Atravesó la fila de sus últimos amigos, alargando á derecha é izquierda la mano que retiró mojada de lagrimas. Ni una sola palabra turbó el silencio. La impresion era demasiado solemne para que las palabras tratasen de espresarla. Toda la elocuencia, reconocimiento y dolor de aquella despedida estaba en las actitudes. La del emperador era digna del lugar, de su rango, del asto, natural, triste y reflexiva. Se veia que respetaba su propio ostracismo, y que replegaba de aquel palacio quince años de gloria y de desgracias dados á la Francia. No era como la víspera el hombre quien salia: era el imperio. Salia con la magestad de un acontecimiento.

XXXI.

Atravesó á paso lento seguido de los comisarios y de sus amigos la larga galería de Francisco I, y llegó á la meseta de la escalera principal. Miró un momento á las tropas formadas en batalla en el patio, al innumerable gentío que de los pueblos inmediatos habia acudido á presenciar aquel momento histórico para referirlo á sus hijos. Eran diversos los sentimientos en aquella multitud en que el reinado tenia mas acusadores que amigos. Pero la grandeza de la caida en unos, la compasion de los reveses en otros, y la decencia de la circunstancia en todos, imponian un silencio unánime. Los insultos habrian sido una cobardía, los gritos de *¡viva el emperador!* hubieran parecido una ironía. Las mismas tropas esperimentaban algo de mas solemne y mas religioso que una aclamacion, el honor íntimo de su fidelidad hasta en los reveses, y el ocaso de su gloria que iba á desaparecer con su gefe, por detrás de los árboles del bosque y las olas del Mediterráneo. Envidiaban á sus compañeros á quienes la eleccion ó la suerte habia concedido el favor de seguir al emperador á su isla. Todos tenian la cabeza baja y empañada la vista: las lágrimas corrian por sus megillas curtidas por la guerra. Si los tambores hubieran tenido crespones negros, hubiérase dicho que el ejército hacia las exequias á su general. El mismo Napoleon, despues de dirigir una mirada marcial y severa á sus batallones y escuadrones, se enterneció algun tanto. ¡Cuántas acciones de guerra, y cuántos dias de gloria y de poder le recordaba aquel ejército!... ¿En dónde estaban los que le componian cuando recorria con él la

Europa, el Africa y el Asia?... ¿Qué era lo que quedaba de aquellos millones de hombres en el cuadro de tropas que tenia á la vista?... ¡Y sin embargo, aquel resto era hiel, é iba á separarse de él para siempre!.... El ejército era él. Cuando no estuviese ya á su vista, ¿qué seria de él?... Todo lo debia á la espada y todo lo perdia con ella. Antes de bajar vaciló algun tiempo y parecia que maquinalmente queria volver á entrar en el palacio.

XXXII.

Se repuso, cobró animo y bajó la escalera para aproximarse á los soldados. Los tambores le hicieron los honores de mando. Con un gesto les impuso silencio: avanzó hasta el frente de los batallones é hizo seña de que queria hablar. Callaron las cajas, inmóviles las armas y la respiracion suspendida, se oyó su voz repetida por las elevadas paredes del palacio, hasta en las últimas filas de su guardia.

«¡Oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia, dijo, me despido de vosotros. Hace veinte años que constantemente os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en los de nuestra prosperidad, no habeis cesado de ser modelos de fidelidad y de valor.

«Con hombres como vosotros, nuestra causa no estaba perdida, pero la guerra habria sido interminable: la guerra civil hubiera hecho á la Francia mas desgraciada. He sacrificado, pues, nuestros intereses á los de la patria. Marcho.... Vosotros, amigos mios, continuad sirviendo á la Francia; su honor era mi único pensamiento, y siempre será el objeto de mis votos.

«¡No sintais mi suerte!.... Si he consentido en vivir ha sido para servir todavia á nuestra gloria. Quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos.... ¡Adios, hijos mios!... quisiera estrecharos á todos contra mi corazon.... ¡Que abrace al menos á vuestro general y á vuestra bandera!....»

Aquellas palabras enternecieron á los soldados. Estremeciéronse las filas y se movieron las armas. El general Petit, que mandaba la antigua guardia en ausencia de los mariscales, hombre de temple marcial, pero sensible, se adelantó á una señal repetida de Napoleon entre las filas y su emperador, que le tuvo abrazado largo tiempo. Ambos capitanes sollozaban. Un gemido sordo contestó en todas las filas á aquel espectáculo. Los granaderos se enjugaban las lágrimas con la mano izquierda. «¡Que me traigan las águilas!» dijo el emperador, que queria grabar en sí y en aquella enseña una memoria de César. Varios granaderos avanzaron llevando delante las aguilas de los regimientos. Tomó aquellos signos amados del soldado, las apretó contra su pecho, y tocándolos con los lábios: «¡Queridas águilas, dijo con voz varonil pero enternecida, que este último beso resuene en el corazon de todos mis soldados! ¡Adios otra vez, antiguos compañeros, adios!...»

Todo el ejército prorumpió en llanto. Un coche abierto en donde el general Bertrand aguardaba á su amo y amigo, recibió al emperador, que se precipitó en él cubriéndose el rostro con ambas manos. En seguida rodó hácia la primera parada de su destierro.

XXXIII.

El primer imperio habia concluido. Napoleon conocia el poder de la imaginacion sobre los hombres y sabia el papel que el corazon representa en la historia. Habia ofrecido en espectáculo el suyo y el de sus tropas á la

Francia y al mundo en aquella escena. Hasta á sus enemigos pareció digna de las mayores páginas de la vida de los pueblos. Habian sido necesarios quince años de victorias y de reveses para prepararla, un ejército y un héroe para representarla, un mundo para mirarla, y un destierro para hacerla mas patética. Esta es la página mas sensible del emperador. Habia sido soberano, pero nunca hombre. Al volver á la naturaleza recobró su grandeza. La despedida de su ejército le restituyó la admiracion, la compasion y el corazon del pueblo.

XXXIV.

Asi comenzó el primer destierro de Napoleon. Mientras se dirige hácia la isla adonde le habian relegado la venganza de la Europa y el cansancio de la Francia, juzguemos y reflexionemos un momento. La historia no es solo un drama; es tambien una justicia. Los conquistadores y los déspotas tendrian mucha ventaja sobre la verdad si no se les juzgase como Napoleon lo ha sido hasta aqui mas que por la fama de su nombre y el esplendor de su gloria. Hay aduladores de nombradías como hay aduladores de poder, porque la nombradía es tambien un poder, y cuando alguno se coloca en el radio de un gran nombre cree participar de su prestigio y anonadar al mundo con la autoridad de su prestigio. Este es el *væ victis* del historiador. Pero este poder de las nombradías de hecho es tambien un poder malo, al que debe tenerse el valor de resistir en una justa medida para que la posteridad no se doblegue como el siglo, la moral no se desaliente como la independencia, y para que la virtud tenga al menos su protesta y su testigo.

XXXV.

Napoleon no es un hombre de Plutarco, sino de Maquiavelo. Su móvil no fué ni la virtud ni la patria, sino el poder y la fama. Ayudado por circunstancias que ningun hombre encontró nunca, ni aun César, y por un genio de la fuerza igual á su obra, se propuso poseer el mundo á toda costa, no mejorarle ó engrandecerle. Este único objeto evidente de todas las acciones de su vida las rebaja y pervierte á los ojos de la verdadera política. Dios no ha dicho á ningun hombre: Harás de tí mismo tu propio objeto, harás de tí el centro de las cosas humanas, harás servir al mundo para tu uso. Por el contrario, ha dicho: Serás en cuanto de tí dependa el medio, el instrumento, el servidor de la tierra; te sacrificarás por el servicio de tu pueblo: te engrandecerás no en tí mismo, ser pequeño y pasagero, sino en el pueblo, ser eterno, á quien habrás servido, y en el espíritu humano, mejorado y engrandecido por tus obras!... ¡Hé aqui el tipo!.... ¡hé aqui la verdadera grandeza!... Allí están la alta política y la gloria inmortal, porque allí está la virtud del hombre de Estado, no segun la historia, sino segun Dios.

XXXVI.

Ahora bien, el pensamiento de Napoleon fué el pensamiento contrario. Su plan de vida á la inversa se halla en contradicion con el plan de Dios en la humanidad. Apoyado en esta verdad, sólida como la conciencia, se atreve uno á juzgar lo que no ha sido mas que celebrado, sin temor de equivocarse. Siente en sí la inflexibilidad, no del ánimo, sino de la moral, y prosigue.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

Hemos hablado del plan de vida general de Napoleon, y hemos dicho que fué el de poseer á toda costa la tierra. Nos esplicaremos: entendemos por plan de vida, la significacion general y contínua de todos los actos de un hombre de historia, y la tendencia constante de su pensamiento ó de su instinto manifestada por sus costumbres. No atribuimos á esta espresion la idea de una premeditacion desde la cuna, ó de una combinacion sistemática de cada uno de sus pasos, de sus gestos, y de sus palabras en todas circunstancias. El hombre no está formado de ese modo: no es una abstraccion, no es una línea matemática, es un hombre, es decir, una inconstancia, una movilidad, una inconsecuencia viviente. El plan de vida de un hombre histórico, es su carácter. Asi, pues, en el carácter de Napoleon mas habitualmente revelado en sus actos y en sus pensamientos, buscamos su moralidad ó su depravacion, su pequeñez ó su grandeza, para ofrecerlas á los ojos menos deslumbrados de la posteridad. En dos palabras, su inspiracion provenia habitualmente del mundo á él, ó de él al mundo, de la abnegacion ó del egoismo, de arriba ó de abajo, de Dios ó de él mismo. He aqui á lo que respondemos interrogando á su memoria, no para rebajarla, sino para que no pervierta al porvenir.

XXXVII.

Nació en Corcega: aquella isla buscaba su independencia. Se declaró contra Paoli, libertador de su cuna: trató de buscar una patria, y escogió la mas agitada, la Francia. Presintió con una precoz sagacidad de instinto, que los grandes azares de fortuna, serán ó son los grandes movimientos de las cosas y de las ideas. Hervia entonces la revolucion francesa, y se lanzó en ella; la gobernaba el jacobinismo, y le ensalzó. Aparentó los principios radicales, las exageraciones demagógicas, su lenguage, su trage, su cólera, su popularidad. Escribió la *Cena de Beaucaire*, arenga de club en un campamento. Subia ó bajaba la revolucion segun los accesos de ardor ó de frialdad, de la opinion en París; subió y bajó con ella, sirviendo con igual celo á los convencionales en Tolon, á los thermidorianos en París, á la Convencion contra los demagogos, á Barrás y al Directorio contra los realistas: todo por las circunstancias, nada por los principios: preevió el poder, ayudó al triunfo, y se elevó indiferentemente sobre todos y por todos. Jóven de la raza y del tiempo de aquellas repúblicas italianas, que alquilaban su valor y su sangre á todas las facciones, y á todas causas, con tal que las engrandeciesen. Soldado, ofreció su inteligencia y su espada al mas resuelto ó al mas feliz. En su juventud hasta entonces oscura, no se ve ningun escrúpulo de opinion, de principio, ni de virtud pública. Tampoco se vé mas en su fortuna rápida. El origen de ella fué el favor del mas influyente de los directores, con una muger hermosa, familiarizada con los poderosos de la época. Barrás le dió por dote el ejército de Italia; amó, es cierto, y fué amado. Pero aquel cariño no fué desinteresado, luego que ya quedó satisfecho. Parecia menos sincero porque fué dotado con un mando, que es precisamente la fecha de su genio. Le comunicó á sus tropas, esparció la juventud por los envejecidos campamentos, reformó la rutina militar, les infundió entusiasmo, é infundió en ellos la nueva táctica: inventó la audacia, ese genio de las guerras revolucionarias: aceleró los movimientos de los ejércitos: aumentó diez veces el tiempo por la rapidez de las marchas; desconcertó los cálculos y la prudencia de los alumnos de Federico y de Laudon: conquistó, pacificó: hace desaparecer á unos y respeta á otros: hizo pactos con el que era fuerte en la opinion de los pueblos, como Roma: ar-

Hemos hablado del plan de vida general de Napoleon, y hemos dicho que fué el de poseer á toda costa la tierra. Nos esplicaremos: entendemos por plan de vida, la significacion general y contínua de todos los actos de un hombre de historia, y la tendencia constante de su pensamiento ó de su instinto manifestada por sus costumbres. No atribuimos á esta espresion la idea de una premeditacion desde la cuna, ó de una combinacion sistemática de cada uno de sus pasos, de sus gestos, y de sus palabras en todas circunstancias. El hombre no está formado de ese modo: no es una abstraccion, no es una línea matemática, es un hombre, es decir, una inconstancia, una movilidad, una inconsecuencia viviente. El plan de vida de un hombre histórico, es su carácter. Asi, pues, en el carácter de Napoleon mas habitualmente revelado en sus actos y en sus pensamientos, buscamos su moralidad ó su depravacion, su pequeñez ó su grandeza, para ofrecerlas á los ojos menos deslumbrados de la posteridad. En dos palabras, su inspiracion provenia habitualmente del mundo á él, ó de él al mundo, de la abnegacion ó del egoismo, de arriba ó de abajo, de Dios ó de él mismo. He aqui á lo que respondemos interrogando á su memoria, no para rebajarla, sino para que no pervierta al porvenir.

XXXVII.

Nació en Corcega: aquella isla buscaba su independencia. Se declaró contra Paoli, libertador de su cuna: trató de buscar una patria, y escogió la mas agitada, la Francia. Presintió con una precoz sagacidad de instinto, que los grandes azares de fortuna, serán ó son los grandes movimientos de las cosas y de las ideas. Hervia entonces la revolucion francesa, y se lanzó en ella; la gobernaba el jacobinismo, y le ensalzó. Aparentó los principios radicales, las exageraciones demagógicas, su lenguage, su trage, su cólera, su popularidad. Escribió la *Cena de Beaucaire*, arenga de club en un campamento. Subia ó bajaba la revolucion segun los accesos de ardor ó de frialdad, de la opinion en París; subió y bajó con ella, sirviendo con igual celo á los convencionales en Tolon, á los thermidorianos en París, á la Convencion contra los demagogos, á Barrás y al Directorio contra los realistas: todo por las circunstancias, nada por los principios: preevió el poder, ayudó al triunfo, y se elevó indiferentemente sobre todos y por todos. Jóven de la raza y del tiempo de aquellas repúblicas italianas, que alquilaban su valor y su sangre á todas las facciones, y á todas causas, con tal que las engrandeciesen. Soldado, ofreció su inteligencia y su espada al mas resuelto ó al mas feliz. En su juventud hasta entonces oscura, no se ve ningun escrúpulo de opinion, de principio, ni de virtud pública. Tampoco se vé mas en su fortuna rápida. El origen de ella fué el favor del mas influyente de los directores, con una muger hermosa, familiarizada con los poderosos de la época. Barrás le dió por dote el ejército de Italia; amó, es cierto, y fué amado. Pero aquel cariño no fué desinteresado, luego que ya quedó satisfecho. Parecia menos sincero porque fué dotado con un mando, que es precisamente la fecha de su genio. Le comunicó á sus tropas, esparció la juventud por los envejecidos campamentos, reformó la rutina militar, les infundió entusiasmo, é infundió en ellos la nueva táctica: inventó la audacia, ese genio de las guerras revolucionarias: aceleró los movimientos de los ejércitos: aumentó diez veces el tiempo por la rapidez de las marchas; desconcertó los cálculos y la prudencia de los alumnos de Federico y de Laudon: conquistó, pacificó: hace desaparecer á unos y respeta á otros: hizo pactos con el que era fuerte en la opinion de los pueblos, como Roma: ar-

rasó sin pretesto ni compasion á lo que era débil, como Venecia: usurpó atrevidamente la autoridad, la diplomacia, y el principio de su gobierno. Tan pronto proclamaba como hacia traicion: vendió el dogma de la revolucion francesa, segun la oportunidad y las necesidades de su popularidad personal en Italia y en Leoben. Aqui restableció el despotismo; allí consagró la theocracia; mas allá traficó con la independencia de los pueblos, y en otra parte vendió la libertad de las conciencias. Ya no era el general de una revolucion, ni el negociador de una república. Era el hombre que trabaja por sí y para sí, á espensas de todos los principios, de todas las revoluciones, y de todos los poderes que le habian facilitado medios para ello. Desaparecieron los frutos del entendimiento humano, los del siglo XVIII, de la filosofía moderna, y de la revolucion francesa. Solo aparece Bonaparte. Ya no es un siglo el que se conmueve, es un hombre que se burla de un siglo, y que se sustituye á una época. ¡Ya no hay Francia, revolucion, ni república!... ¡él, nada mas que él, y siempre él!...

XXXVIII.

La revolucion, embarazada con él, le envió á que pereciese ó se engrandeciese en Egipto. A otro continente, otro hombre, pero en punto á conciencia, lo mismo. Se anunció como el renovador del Oriente, y segun decia, le llevaba la libertad europea. Primero trató de convencerle de que era necesario se dejase conquistar. El fanatismo mahometano era un obstáculo para su dominacion; en vez de combatirle, le lisonjeo. Se declaró en favor de Mahoma contra las supersticiones europeas. Se valió de las religiones como medios de policía y de conquista. El negociador que se prosternó ante el papa en

Milan, se inclinó ante el Profeta en el Cairo. La lejanía dá prestigio á proezas contra una raza enervada, proezas exageradas por la fama, pero que recuerdan la poesía de las cruzadas. Lo que buscaba allí era la nombradía y la imitacion de Alejandro. Asi fué, que al primer revés en San Juan de Acre, abandonó la conquista, el imperio, y sus sueños asiáticos, y dejó á su ejército sin refuerzos y sin probabilidad de una capitulacion. Pasó á bordo de un buque velero, y volvió á donde estaba la realidad; se anticipó al rumor de sus reveses, y sorprendió la popularidad. Miró á la República, vió que ya habia pasado la hora de los peligros anárquicos, que los poderes se iban regularizando, que los ejércitos mandados por sus rivales triunfaban, y que el gobierno democrático, comprado á tanta costa por la nacion, llegaria á ser, si le dejaba, un obstáculo para la ocupacion de un soldado. Conspiró á mano armada contra aquel gobierno que le habia entregado su fuerza para que le defendiese: unió la astucia á la fuerza; corrompió á sus compañeros de armas, engañó á los directores, violó la representacion, desgarró las leyes con sus bayonetas, y se apoderó de su patria. La Francia era un pueblo: ya no fué mas que un hombre, y ese hombre era él.

XXXIX.

Consumado ya aquel crimen anti-nacional y anti-revolucionario, fué preciso hacerle sancionar por la opinion: habia dos; una republicana y progresiva, que impelia al mundo hácia adelante, por la corriente de la verdad, de la libertad y de la virtud cívica «y otra contra-revolucionaria y retrógada que procuraba conducir á las instituciones y el espíritu humano á la esclavitud, las preocupaciones, y los vicios de lo pasado. No

apreció la verdad de cada una de ellas, sino su fuerza. Vió que la verdad estaba con la libertad, pero que la fuerza estaba en la contra-revolucion. Se precipitó en ella porque le llevaba á un trono. Esplotó el cansancio, compró la venalidad, intimidó á la cobardía, favoreció las apostasías del dia, y colmó con grados y con autoridad, la ambicion del gobierno militar, el menos liberal de todos los poderes. Reinó, por fin, en su pais, que desapareció á su vez bajo el trono, en que él se colocó.

XL.

Para que aquel trono se sostuviese le era necesario un principio. Todavía podia escoger: podia hacer á su reinado el de las ideas de raciocinio: podia aclimatarlas en el mundo moderno por medio de la monarquía. Pódia ser en la filosofía y el espíritu de civilizacion moderna, lo que Carlo-Magno fué con respecto al cristianismo, el imitador y organizador armado, de la idea naciente y desarmada. El mundo moral, á semejante precio, hubiera, si no escusado, comprendido al menos la usurpacion militar. Desde el primer dia, rechazó aquel gran papel de un genio fundador de una idea. Declaró la guerra y la tiranía á todas las ideas, escepto las que ya habian caducado. Maldijo el pensamiento de palabra ó por escrito, como una rebelion del raciocinio contra el hecho. Dijo; el raciocinio es el mal supremo y el origen de todo daño. Impuso silencio á la tribuna, la censura á la imprenta, trabas á la publicacion de obras, y el terror ó la adulacion á los escritores. Blasfemó contra la luz: cerró la boca al menor murmullo de una teoría. Desterró á cuantos no le vendian su palabra ó su pluma. Solo honró en las ciencias, á las que no piensan, las matemáticas. Si hubiera podido, habria suprimido hasta el alfabeto, para

que no subsistiesen entre los hombres mas que los números, porque las letras espresan el sentimiento del alma humana, y los guarismos no espresan mas que fuerzas materiales. Su odio á la filosofía y á la libertad, le exaltó hasta el ateismo de la inteligencia humana. En cada suspiro presentía una revolucion, un obstáculo en cada pensamiento, y una venganza en cada verdad. Negó hasta la libertad á las conciencias, entró en convenios con Dios, en quien no creia, celebró un concordato con la iglesia, profanó la religion aparentando honrarla. Hizo del sacerdote un magistrado civil y un instrumento de servidumbre encargado de suavizarle las almas: puso en el catecismo al imperio como un culto del Estado, y al emperador al lado de Dios. Destruyó una por una todas las verdades civiles conquistadas y promulgadas por la Asamblea constituyente y por la República: la igualdad con un nuevo feudalismo, las herencias domésticas con las substituciones y los mayorazgos: niveló las costumbres con los títulos, la democracia con una nobleza hereditaria, la representacion nacional, con un cuerpo legislativo subordinado y mudo, y con un Senado del Bajo Imperio, encargado de votarle la sangre del pueblo, y por último, las nacionalidades, con dinastías de su raza, impuestas á los tronos. Convirtió en irrision y en tiranía todas las instituciones de la independencia de los pueblos, de que no se atrevió á borrar el nombre: rehizo lo pasado comenzando por sus vicios, y lo restituyó todo entero á sus adoradores, con condicion de que aquel pasado fuese él.

XLI.

Sin embargo, un reinado necesita un espíritu: le buscó. De todos aquellos principios con que un fundador puede hacer estables sus instituciones, libertad, igual-

dad, progreso, luces, conciencia, eleccion, raciocinio, discusion, religion y virtudes públicas, eligió el mas personal y el mas inmoral de todos, la gloria ó la nombradía. No queriendo convencer, ni ilustrar, ni mejorar, ni moralizar su patria, dijo para sí: La deslumbraré; de este modo fascinaré el mas noble y fácil de seducir de todos sus instintos, la gloria ó la vanidad nacional. Fundaré mi poder ó mi dinastía sobre un prestigio. Todas las naciones tienen una virtud ó un orgullo: el orgullo de la Francia será mi derecho.

XLII.

El principio de la fama le condujo inmediatamente al de conquista: la conquista exige la guerra, y esta los destronamientos y las pérdidas de las nacionalidades. Su reinado no fué mas que una campaña, y su imperio un campo de batalla tan vasto como la Europa. Colocó el derecho de los pueblos y de los reyes en su espada, y la moralidad en el número y en la fuerza de sus ejércitos. Nada de lo que le amenaza es inocente, nada de lo que le sirve de obstáculo es sagrado, nada de cuanto le precede en fecha debe ser respetado; queria que la Europa datase de él.

XLIII.

Destruyó la República con el pie de sus soldados: arrolló el trono de los Borbones en el destierro. Envió á prender en la oscuridad como un asesino al mas intrépido y confiado de los príncipes militares de aquella raza, el duque de Enghien, que se encontraba en pais estrangero. Le mató en los fosos de Vincennes, por no sé

qué presentimiento de crímen, que le hacia mirar á aquel jóven como el único competidor armado del trono, contra él ó contra su raza. Conquistó la Italia que se habia perdido, la Alemania, la Prusia, la Holanda reconquistada despues de Pichegrú, la España, Nápoles, reinos, y repúblicas. Amenazó á la Inglaterra, acarició á la Rusia para adormecerla, dividido en pedazos el continente, distribuyó los pueblos, elevó tronos para toda su familia, y gastó diez generaciones de la Francia para crear un patrimonio imperial ó real, á cada uno de los hijos ó hijas de su madre. Su fama, que crecia sin cesar con esplendor y estruendo, produjo en la Francia y en la Europa ese vértigo de gloria, que les ocultaba la inmoralidad y el abismo de semejante reinado. Dió el impulso y le siguieron hasta el delirio de la campaña de Rusia. Se introdujo en un torbellino de acontecimientos tan inmensos y tan acelerados, que tres años de faltas no le dejaron caer. La gloria que le elevó le sostuvo en el vacío de los demas principios que habia despreciado. La España devoró sus ejércitos: la Rusia sirvió de sepulcro á setecientos mil hombres, y Dresde y Leipsick se tragaron los restos. La Alemania irritada se le separó: la Europa entera le cercó y le persiguió desde el Rhin hasta los Pirineos, con una multitud de pueblos. La Francia estenuada y desafecta, le miró combatir y decaer, sin que un solo brazo se levantase á defender su causa. No tenia contra el mundo mas que un puñado de hombres, y á pesar de eso no caia: todo estaba aniquilado en derredor de su trono, pero le quedaba su fama, que estaba siempre suspendida encima de él.

XLIV.

Como diplomático fué sumamente hábil cuando tuvo que servir á su ambicion y preparar su reinado. En su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

campaña de Italia, combatió con una mano y negoció con otra. Se burló atrevidamente de las instrucciones del republicanismo radical de la Convencion. Hizo un tratado con el Piamonte vencido, que pudo destruir. Aumentó el ejército republicano contra el Austria con los contingentes de una monarquía. Hizo un convenio con el papa, á quien tenia encargo de arrojar de Roma. Alistó en su partido las costumbres, los respetos y hasta las supersticiones de los pueblos. Trató con Módena por algunos millones, é hizo que le pagase sueldo el tesoro de los príncipes. Trató tambien con Nápoles y Toscana para dividir á sus enemigos, y combatirlos uno á uno como el Horacio antiguo. Adormeció á Venecia mientras necesitó su neutralidad, y en cuanto ya no la temió la insultó y atropelló. Encendió el fuego del entusiasmo revolucionario y de la independencia en Milan. Vendió en seguida Venecia al Austria, y á ese precio compró la sombra de paz que queria ofrecer á la Francia para hacerse popular. Hasta allí su diplomacia fué la de Maquiavelo, pero de un Maquiavelo patriota que al menos hacia traiciones útiles á su pais.

XLV.

Mas apenas subió al trono, todas aquellas negociaciones fueron vértigos tan funestos para sí mismo, como para la sólida grandeza de su patria. Amenazó á la Inglaterra, á la cual no podia acercarse ni por tierra ni por mar: se declaró su enemigo eterno é impotente. De este modo se grangeó un odio de Anibal contra su nacion y contra su dinastía. Puso al continente á sueldo de aquella potencia, y el comercio del Universo bajo su pabellon.

Se enagenó la Alemania independiente por la ambicion de territorio, y patrimonios de familia que no le daban mas que príncipes y ningun apoyo. Rehusó á la Rusia el imperio de Oriente, asegurando para sí el de Occidente. Declaró que su poder era incompatible con cualquiera otra potencia independiente, aunque estuviese en los confines del Universo. Se declaró aspirante á la monarquía universal, es decir, el enemigo comun de todos los tronos y de todas las nacionalidades. De este modo, con sus propias manos, colocó á la Inglaterra, la Rusia, el Austria, la Prusia, y al mundo, en la liga de la especie humana contra él.

Combatió: su fama y su talento le dieron la victoria. Hizo paces falsas, cortas, precarias, amenazadoras para los que habia subyugado á medias, paces que dejaban respirar, pero que desarmaban.

En la espectativa de una nueva guerra premeditada con la Rusia, cometió la locura de entregarla el imperio Otomano, privándose asi del único y grande aliado que le quedaba en el dia de la lucha.

Conquistó á Viena y restableció la monarquía austriaca: vió que la Hungría aspiraba á la independencia, y la dejó sujeta á aquella monarquía.

Conquistó á Berlin, y no borró del mapa á la Prusia. Vió á la desmembrada Polonia palpitar de patriotismo, pudo resucitarla con un gesto, hacerla aliada de la Francia, el puesto avanzado de sus ejércitos, la árbitra del Norte y de la Alemania, el dique de la Rusia, y vendió sus pedazos á las potencias vencidas, para comprar de ellas favores y consideraciones de antiguas razas para su dinastía.

Vió á la España arrojarse en sus brazos, aceptar sus decisiones arbitrales, implorar su tutela, asociarse á la Francia con el pacto natural y eterno de las razas del Mediodía contra las razas conquistadoras del Norte. Prefirió humillarla á atraerla, y conquistarla para su hermano.

En fin, se arrojó con un millon de hombres al centro

de la Rusia, para invadir temerariamente el Norte, para no poseer mas que nieve y cenizas. La Alemania que dejó imprudentemente armada é irritada á su espalda, volvió á cerrarse, y quedó preso en el lazo que él mismo se habia preparado. Parecia que no se habia propuesto mas que un objeto en su política, ya hacia diez años, el de reunir á todos los pueblos indignados contra él. Hacer de la Francia el enemigo irreconciliable del género humano, era su proyecto en lo esterior. ¡Genio del egoismo que llega á ser el genio de la ruina!

XLVI.

Por fin capituló, ó mas bien la Francia lo hizo sin él. Emprendió solo, atravesando su patria conquistada y sus provincias asoladas, el camino de su primer destierro. Tuvo por acompañamiento los resentimientos y los murmullos. ¡Qué queda detrás de él, de su largo reinado!... porque por esa señal Dios y los hombres juzgan el genio político de los fundadores. Toda verdad es fecunda, la mentira es estéril. En política, lo que no crea, no es. La vida la juzga el que sobrevive. Dejó la libertad encadenada, la igualdad comprometida por instituciones posthumas, parodiado el feudalismo sin poder existir, la conciencia humana vendida, la filosofía proscripta, fomentadas las preocupaciones, el talento humano disminuido, la instruccion materializada y concentrada únicamente en las ciencias exactas, las escuelas convertidas en cuarteles, la literatura degradada por la policía ó envilecida por la bajeza, la representacion nacional pervertida, abolida la eleccion, esclavizadas las artes, agotado el comercio, aniquilado el crédito, muerta la navegacion, reanimados los odios internacionales, el pueblo oprimido pagando con sus contribuciones y con su sangre la ambicion de un

soldado, pero disfrutando con el nombre engrandecido de la Francia, de las miserias y degradaciones de la patria. ¡Hé ahí al fundador, hé ahí al hombre!.... ¡Un hombre en vez de una revolucion!... ¡Un hombre en lugar de una patria! ¡Un hombre en lugar de una nacion!...¡Nada despues de él!.... Nada en derredor suyo mas que su sombra esterilizando todo el siglo XVIII representado en él solo! Se hablará siempre de su gloria personal, pero jamás se dirá de él lo que se ha dicho de Augusto, de Carlo-Magno y de Luis XIV, el siglo de Napoleon. No hay siglo, no hay mas que un nombre, y ese nombre no significa para la humanidad, mas que él mismo.

XLVII.

Falso en instituciones, porque remonta; falso en política, porque envilece; falso en moral, porque corrompe; falso en moral, porque oprime; falso en diplomacia, porque aisla; no fué verdadero mas que en guerra, porque derramó bien la sangre humana. Pero el que la economiza ¿qué es? Su genio individual será grande, pero es el genio del materialismo; su inteligencia era vasta y clara, pero era la inteligencia del cálculo. Contaba, pesaba, media, no sentia, no amaba, no compadecia: era una estátua, mas que un hombre. De aqui su inferioridad con respecto á Alejandro y César. Mas bien recuerda al Aníbal de la aristocracia. Pocos hombres ha habido de un temple tan frio. Todo era sólido; nada se conmovia en aquel pensamiento. Se conoce aquella naturaleza metálica hasta en su estilo. Quizá es el mayor escritor de las cosas humanas despues de Maquiavelo. Muy superior en cuanto á la narracion desus campañas á César, su estilo no es únicamente el de la palabra escrita, es tambien el de la accion. Cada palabra de sus páginas, es, por de-

cirlo asi, la huella del hecho. No hay letra, ni sonido, ni color entre la cosa y la palabra, la palabra es él. La frase concisa, pero como esculpida, recuerda aquellos tiempos en que Bayaceto y Carlo-Magno no sabiendo escribir su nombre en las actas de su imperio, mojaban la mano en tinta ó en sangre, y aplicándola sobre el pergamino, la marcaban en él con todas sus articulaciones. No era la firma, sino la mano del héroe, la que se tenia continuamente á la vista. Asi sucede con las páginas de sus campañas dictadas por Napoleon. Todo es alli movimiento, accion y combate.

XLVIII.

Aquella fama de que habia formado su moralidad, su conciencia y su principio, la mereció por su naturaleza y por su inteligencia de la guerra y de la gloria. Tambien inundó con ella el nombre de la Francia. Obligada ésta á aceptar su tirania y sus crímenes, debió tambien aceptar su gloria con severo reconocimiento. No podia separar su nombre del suyo sin disminuirle. Aquel nombre se incrustó en sus males y en su grandeza. Quiso nombradía, y él se la dió. Pero lo que sobre todo le debe es un gran ruido.

XLIX.

Aquel eco que se continúa en la posteridad y que se llama impropiamente gloria, fué su medio y su objeto. ¡Que goce de él en buen hora! ¡Hombre de ruido que resuene á través de los siglos! Pero que ese ruido no pervierta la posteridad ni falsee el juicio del pueblo. Ese hombre, una de las mas vastas creaciones de Dios, em-

prendió, con una fuerza que no ha sido dada á ningun hombre, acumularla en el camino de las revoluciones y de las mejoras del entendimiento humano, como para detener las ideas y hacer retrogradar las verdades. El tiempo le ha atravesado, y las ideas y las verdades han vuelto á seguir su curso. Admírasele como soldado, se le mide como soberano y se le juzga como fundador de pueblos. Grande por la accion, pequeño por las ideas, nulo por la virtud: hé ahí el hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LIBRO DECIMO.

Los Borbones.—Luis XVIII.—Su vida en la córte de Luis XVI.—Su carácter.—Su talento.—Su conducta durante la revolucion.—Su fuga de París.—Su permanencia en Coblentza.—Tratado de Pilnitz.—Manifiesto de los príncipes franceses.—Fisonomía de la córte del conde de Provenza en la emigracion.—Sus opiniones.—Su impopularidad en la emigracion.—Popularidad de su hermano el conde de Artois.—Carta del conde de Provenza á Luis XVI.—Guerra contra la República.—El conde de Provenza, regente.—Sus intrigas en Francia y la Vendée.—Su manifiesto despues de morir Luis XVII.—Su vida en Verona.—Deja á Verona y se dirige al ejército de Condé.—Sus negociaciones con Pichegrú.—Abandona el ejército de Condé.—Sus aventuras y su vida en Alemania.—Se retira á Mittau.—Se ve obligado á marchar de allí.—Su regreso á Mittau.—Pasa á Inglaterra.—Le recibe el duque de Buckingham.—Se retira á Hartwell.—Mr. de Blacas.—Vida y meditaciones de Luis XVIII en Hartwell.—La Inglaterra y Luis XVIII en 1813.

I.

Mientras Napoleon se dirigia de aquel modo á su primer destierro, adonde bien pronto tendremos que seguirle, los príncipes de la casa de Borbon se acercaban á París. Iban á ocupar ó rodear aquel trono que la guerra les devolvia despues de restablecido por otro, y que la revolucion y la contra-revolucion, unánimes entonces, iban bien pronto á disputarse. La Francia no conocia de ellos mas que el nombre.

Antes de referir su advenimiento, su ensayo de reinado y su segunda caida, diremos de qué príncipes y princesas se componia entonces la familia real, tan proscripta ya hacia veinte años de la memoria como del suelo. Diremos tambien con qué espíritu volvian á entrar en el reino de sus padres aquellos miembros de la familia soberana, y con qué espíritu los contemplaba la Francia y saludaba su regreso.

II.

La familia real se componia de siete príncipes y de cinco princesas: el rey Luis XVIII; su hermano el conde de Artois; los dos hijos de este último príncipe, el duque de Angulema y el duque de Berry; el príncipe de Condé; su hijo el duque de Borbon y el duque de Orleans.

Las princesas eran: la duquesa de Angulema; la duquesa de Orleans, viuda de Felipe Igualdad; la duquesa de Orleans, esposa de Luis Felipe de Orleans; la señorita de Orleans, hermana de Luis Felipe; la duquesa de Borbon, y ademas los hijos de Luis Felipe, duque de Orleans, la princesa Luisa y el duque de Chartres.

En aquella vuelta al hogar comun de la antigua Francia, despues de tantos años de adversidades y de luto, despues de tantas mutilaciones del trono real y de sus ramas por el hacha revolucionaria ó por el asesinato de Vincennes, en aquella tardía reparacion de las proscripciones, en aquel asombro de los palacios que volvian á ver á sus primeros dueños, en el júbilo de los criados al recibir á sus antiguos amos, y la inesperada felicidad de aquella familia que volvia á pisar, entre el ruido de las aclamaciones y de las esperanzas públicas, aquel suelo por el que tanto debia haber suspirado, en todo eso, repetimos, habia tal simpatía, aun para los corazones es-

traños á inmerecidos infortunios y á reparaciones interesantes, semejante efusion de la sensibilidad popular asociándose á aquellas impresiones reales. Tal enternecimiento en el aspecto del pais, todo esto reunido, parecia formar en cierto modo un espíritu nacional, y que la imaginacion del pueblo participaba de las adversidades y felicidades de una familia. Ese es el poder de la naturaleza, cuando se la encuentra con la política; es el prestigio de los recuerdos, cuando por un instante se confunde con las esperanzas; es la renovacion de las tradiciones en los corazones, cuando estas se hallan personificadas en razas que vuelven de un largo destierro; es la compasion que se venga; es la consagracion popular de las restauraciones. No tienen mas que estos dias, pero son simultáneamente hermosos como lo pasado y el porvenir. El dia siguiente vuelve á producirlas nuevas dificultades y nuevos peligros, porque se las pide un imposible, la fusion de ideas y de intereses que se rechazan, de lo que fué y de lo que ya no puede ser, de lo que está por venir y de lo que ya ha pasado, del prestigio y de lo real, de la memoria y del tiempo. Pero no nos anticipemos al porvenir de la familia real. No se descubria en su regreso; iba precedido de un inmenso póder que era el poder del sentimiento.

III.

Luis XVIII rayaba en los sesenta años de su edad, época de la vida en que el entendimiento ha llegado á toda su madurez, y en que el cuerpo no pierde todavia su vigor en las razas fuertes. Era hermano de Luis XVI, el Cárlos I de la Francia. Su padre era el Delfin, hijo de Luis XV, príncipe que no habia hecho mas que vislumbrar el trono, y que no parecia destinado á llevar á él

mas que oscuras virtudes. Luis XVIII, antes del asesinato de su hermano Luis XVI, llevaba el título de conde de Provenza. Casó siendo todavía jóven con Josefina de Sabova, hija de Victor Manuel III, rey de Cerdeña. No tuvo hijos y perdió á su esposa en la emigracion. Este príncipe, que con rara felicidad ha desempeñado uno de los papeles mas difíciles en la historia, merece ser examinado. Su inteligencia se hallaba á la altura de las circunstancias, si bien su carácter era inferior á su obra. Si hubiese sabido mantenerse habria fundado. Estudiemos su vida, porque ella nos esplica su reinado.

IV.

El conde de Provenza, solitario y reservado en la córte de su hermano Luis XVI, se habia rodeado de una pequeña córte aparte que convenia á su carácter estudioso, familiar y un poco afeminado. Su alma carecia de virilidad como su cuerpo. Aunque demasiado jóven, se notaba en él algun recuerdo de aquella sagacidad y penetracion de los eunucos soberanos de sus soberanos en las córtes griegas de Bizancio: Narsès que habia nacido en las gradas de un trono y que gustaba como ellos de desenlazar y desenredar los nudos de la política en las misteriosas intrigas de un palacio, acariciando en lo interior el favor de las córtes y en lo esterior la popularidad de la opinion, ambicioso de deseos, pero modestos y contenidos, encubriendo sus tramas con el rigor del ceremonial y con las puerilidades de la etiqueta, rodeándose de filósofos, literatos, cómicos, artistas, y aun aparentando pasion á las mugeres, pero sin amar en ellas mas que su flexibilidad, su gracia y su malignidad de espíritu, buscaba la amistad de los hombres á falta de amor, y esperimentaba la necesidad constante de apoyar su alma en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

un favorito. Tal era el carácter primitivo del conde de Provenza.

V.

Creia con razon que tenia un talento muy superior al de su hermano Luis XVI, y al superficial é irreflexivo de su otro hermano el conde de Artois. Dejaba con mucho respeto al primero el goce, las consideraciones y la responsabilidad del trono. Aparentaba encubrir su superioridad con una verdadera adhesion, y con fingida indiferencia del poder. Manifestándose muy á las claras, hubiera temido ofuscar con su mérito, no á Luis XVI, incapaz de recelar rivalidades, sino á la jóven y hermosa reina María Antonieta, princesa seductora, celosa é incapaz de dominacion. El conde de Provenza dejaba con mas trabajo á su segundo hermano el conde de Artois, ídolo de la reina, de la córte y de la juventud, el imperio de la gracia, de la lijereza y del favor público. No pudiendo igualarle, procuraba diferenciarse de él con sólidas superioridades. Desempeñaba el papel de un sábio precoz y censurador en una córte fútil y un pais mal gobernado. Estudiaba la historia, la política, y las teorías de economía y de gobierno de los imperios: escribia mucho y sobre todas materias. Cultivaba ademas toda especie de literatura. Tenia la ambicion de talento, y el apetito de gloria. Hacia insertar poemas en las publicaciones de aquel tiempo, y representar dramas en los teatros populares de París, con el nombre de sus amigos y servidores. Gozaba como el emperador romano de sus triunfos en la escena, y de su rango al lado del trono. Se rodeaba de filósofos, teóricos, y censores del reinado y del culto. Les permitia que dejasen traslucir sus críticas contra los ministros, sus miras acerca de la reforma del reino, y su complicidad de talento y de voluntad

contra la tendencia general de la nacion, que prorumpía en murmuraciones contra el gobierno y en entusiasmos precursores de una revolucion. Pero nunca permitia que aquellos murmullos y entusiasmo traspasasen los límites del respeto esterior al culto y al trono. Aunque escéptico en religion y revolucionario en administracion, miraba á la iglesia y á la monarquía como dos ídolos populares, cuya divinidad podia ponerse en duda, sin quitar nunca de la vista del pueblo aquellos dos simulacros. Hasta en sus convicciones se observaba etiqueta y ceremonial; creia en el derecho divino de la costumbre. Toda reforma que llegaba hasta su raza le parecia un sacrilegio.

Presentia una revolucion. Creia que su hermano no podia luchar con su siglo. Pensaba que su debilidad le conduciria á la abdicacion, que el conde de Artois se perderia con su futilidad en la corriente del mundo, y que reconstituida la Francia bajo un nuevo plan monárquico se refugiaria en su propio reinado. No conspiraba, no deseaba; aguardaba. Sin embargo, amaba al rey su hermano, como era capaz de querer á cuanto le era superior.

VI.

Los apuros del tesoro, las disipaciones de la córte, la negativa del clero y de la nobleza á contribuir á las necesidades del erario, las amenazas de la opinion pública manifestada por los escritores, los murmullos del pueblo, la buena fé y la confianza del rey en la cooperacion de la nacion, hicieron que fuese convocada la Asamblea de los notables. El gran consejo íntimo y oficioso del pais en derredor de su rey. El conde de Provenza se manifestó en él al pueblo, como un príncipe popular y novador. Se colocó contra la aristocracia al lado del número, de la justicia y del derecho. Su actitud, sus votos, sus

palabras, prometieron á la vez un tribuno y un moderador de la revolucion: su nombre adquirió una inmensa popularidad. La respiró con embriaguez y jamás consintió abdicarla voluntariamente, mientras aquella popularidad no le exigió mas que sacrificio de ideas. Mas bien pronto la Asamblea constituyente comenzó á minar los apoyos seculares del trono. El clero y la aristocrácia sucumbieron á manos del tercer Estado ó de la mayoria nacional. El conde de Provenza habia favorecido la supremacía de aquella mayoria numérica de la nacion, votando por que el pueblo tuviese una representacion proporcionada, no á su unidad como órden del Estado, sino á su masa como poblacion. Por aquel voto se nacionalizó mas: se declaró del partido de Mirabeau fué popular, pero queria permanecer príncipe.

VII.

Los ultrages directos al trono le advirtieron que la revolucion avanzaba hasta la monarquía, pero esperaba que al menos respetaria al monarca. Contaba todavia con su propia popularidad. Vituperó la emigracion prematura. Dejó á su hermano, el conde de Artois, huir de Versalles, pasar al estrangero, correr desde Turin á Viena y Petersburgo, para formar con la nobleza militar de Francia y las córtes de Europa, una cruzada contra la revolucion. El conde de Provenza, mas firme, mas fiel y mas político, siguió á su hermano Luis XVI arrebatado de Versalles por la sublevacion de los dias 5 y 6 en París. El pueblo le respetó, le aclamó, y le dió muestras de afecto en el palacio del Luxemburgo. Parecia un conciliador entre la córte y la revolucion.

Pero bien pronto perdió su popularidad. La sospecha de una conspiracion contra-revolucionaria tramada por el marqués de Favras, oficial de la guardia, recayó sobre

él. Favras habia sido encargado de negociar empréstitos considerables para su antiguo amo. Al mismo tiempo habia urdido, sea con el consentimiento tácito, o sin noticia del conde de Provenza, una conspiracion que tenia por objeto, deshacerse de los tres gefes de la revolucion Lafayette, Necker y Bailly: quitar al rey del poder de los que le custodiaban, conducirle á Peronne, y nombrar al conde de Provenza regente del reino. Favras, acusado, preso y sentenciado, murió sin revelar ningun complice. Se llevó al sepulcro el enigma de la complicidad ó de la inocencia del hermano del rey. Pero antes de morir, prorumpió en maldiciones contra un cómplice poderoso que le abandonaba á su suerte. La opinion pública completó justa ó injustamente la revelacion, y nombró al conde de Provenza. El misterio quedó envuelto en el féretro de Favras. Pero el conde Provenza temiendo las consecuencias de semejante acusacion, las previno por medio de una justificacion tímida y atrevida al mismo tiempo ante el consejo comunal de París. Se dirigió á él con grande aparato, y habló allí como acusado ante los jueces del pueblo. Refirió sus relaciones con Favras, especificó su naturaleza, separó los negocios financieros encargados á aquel caballero, de las empresas contra-revolucionarias que hubiera podido fraguar de su propia cuenta. Se produjo con el acento de la franqueza y la persuasion de la verdad. Hizo mas, proclamó en alta voz sus principios revolucionarios: «Desde la Asamblea de los notables, dijo, en que me declaré por la doble representacion del pueblo, no he cesado de creer que se hallaba próxima una gran revolucion: que el rey, por sus intenciones, sus virtudes y su rango supremo debia ser su gefe, y que la autoridrd real debia ser el antemural de la autoridad nacional. ¿Tengo derecho para ser creido bajo mi palabra?....» La multitud envanecida de ver al hermano del rey reconocer su jurisdiccion é implorar su absolucion, le aplaudió estrepitosamente y le volvió en triunfo á su

palacio. Pero el perdon de Favras que habia ido á pedir, no le fué concedido.

VIII.

Los peligros iban en aumento. Los príncipes de la casa de Condé, y las tias del rey iban abandonando sucesivamente el suelo de la Francia. Divulgóse el rumor de la próxima partida del conde de Provenza. El pueblo se dirigió á su palacio para asegurarse de su presencia. Mandó abrir las puertas, se presentó, conversó familiarmente con las mugeres que iban al frente de aquella muchedumbre, y las juró no abandonarlas jamás. «¿Pero y si el rey partiese?.... le preguntó una de ellas.—Para ser una muger de talento, la contestó el príncipe, me haceis una pregunta bien necia.» De este modo eludió la contestacion, y dió á entender por su acento, que si su hermano llegaba á abandonar el trono, no seria él su sucesor, porque no ambicionaba subir á el.

Toda la conducta y el talento de este príncipe se hallaban comprendidos en aquellas palabras.

IX.

Manifestó obstinacion, reserva y valor en los dias de la conmocion, en que invadiendo el pueblo las Tullerías, ultrajó al rey y á la reina, concentrando toda su cólera contra el monarca. Protegia y consolaba á su hermano. En medio del tumulto le recitaba aquellos versos en que su favorito Horacio, alaba la tranquilidad y serenidad de los campos en oposicion con las agitaciones de los palacios y de los negocios públicos. Las desgracias de María Antonieta le habian reconciliado con ella: la admiraba á fuerza de compasion. Era el confidente de su hermano y de su cuñada. Aparentando á los ojos del pueblo la firme resolucion de no abandonar su puesto de ciudadano y de heredero eventual del trono, se preparaba á salvar su cabeza de manos de la revolucion. Mientras que fingia buen semblante á las sospechas y alarmas del pueblo, abria por detrás de sí secretamente la puerta de la emigracion. Mas político que intrépido, su valor era menos emprendedor que su espíritu. El rey le participó que meditaba su fuga para el 20 de junio. El conde de Provenza corrigió como gramático la declaracion que Luis XVI dejaba sobre su mesa, protestando contra los actos que la nacion hiciese sin él. Bien sabida es la suerte de aquel príncipe y su familia detenidos en Vincennes, y conducidos encadenados á Paris para reinar y morir. El conde de Provenza, mas hábil, mas afortunado ó menos perseguido, consiguió lo que á su hermano se le frustró. El mismo escribió con una curiosa puerilidad de artista, mas bien que con una dignidad de rey esta página de evasion. Es un comentario un poco grotesco de la huida y del miedo. Al leerla escitaria la risa, si detrás del fugitivo no estuviese el cadalso. Habia tomado sus medidas con habilidad y astucia, virtudes femeniles que jamás faltaron á aquel príncipe, en los embarazos ó peligros de sus diversas situaciones.

X.

Su favorita madama de Babbi, muger cuyo talento apreciaba en mas que sus gracias, y su amigo el conde de Avaray, fueron sus únicos confidentes. El conde de Avaray lo preparó todo para la fuga. Concluidos los preparativos, el príncipe fué á las Tullerías como tenia de costumbre, afectó tranquilidad de ánimo, permaneció con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

el rey y la reina hasta las once, se despidió del rey, la reina, y de su hermana Isabel que contenian sus lágrimas por no descubrir nada, se dejó acompañar por sus cortesanos hasta su palacio y su habitacion, hizo que le desnudase su ayuda de cámara que se acostaba á los pies de su cama y de quien desconfiaba, se metió en el lecho, corrió las cortinas por un lado, se salió por el otro sin hacer ruido, entró en un gabinete que comunicaba con un pasillo, de allí fué á un retrete en donde el conde de Avaray le aguardaba con un disfraz, se tiñó las cejas, se puso una peluca, se puso una ancha escarapela tricolor en un sombrero redondo, bajó al patio de palacio en donde le aguardaba un coche, encontró en el malecon una silla de posta, subió en ella con su amigo con nombre y pasaportes ingleses, salió de las barreras sin infundir sospechas, y corrió por el camino de Soissons. Allí se rompió un eje del carruage y retardó su fuga. Afectó un acento inglés, conversó con los ociosos que rodeaban el carruage, los engañó, jugó con el peligro, se confió aunque poco crédulo, á una imágen milagrosa que le habia dado la víspera su hermana Isabel; llegó á Maubeuge, última puerta francesa antes de la Bélgica, á fuerza de oro hizo dar vuelta al postillon á la ciudad fronteriza, la pasó, y arrancando de su sombrero la escarapela tricolor, gozó por fin del placer de arrojar aquel signo de su opresion y de su terror. Cuando llegó á Mons, estrechó en sus brazos á su libertador, el conde de Avaray, y se arrodilló para dar gracias al cielo por su libertad: luego, mezclando sus recuerdos escénicos y literarios, á las felicitaciones que se dirigia á sí mismo por su salvacion, parodió versos de ópera y aplicó su sentido trágico á las circunstancias mas grotescas de su disfraz. ¡Ay!... mientras se estasiaba con la alegría de su propia seguridad, su esposa, cuya suerte ignoraba, corria los mismos riesgos por otro camino, y el rey, la reina, sus hijos, sus hermanos, alcanzados en el camino

de Varennes, iban á pagar con su libertad y su vida aquel dia que á él le devolvia la seguridad en suelo estrangero.

XI.

Madama de Babbi le esperaba en una fonda de Mons: á pesar de la ansiedad acerca de la suerte de su familia, no olvidó la delicadeza de la mesa ni las dulzuras del vino. Al dia siguiente partió para Namur apuntando en su libro de memorias las particularidades de la mesa y del hospedage, puerilidades de príncipes que conservan hasta en la adversidad el culto de su persona á que les han habituado sus córtes. En fin, cerca del Luxemburgo un nuevo accidente suspendió el curso de su carruage. Se sentó como un califa disfrazado en un tronco de árbol en el umbral de una choza; allí dió limosna á una vieja estropeada y á una jóven hermosa estenuadas de hambre y de cansancio. Su liberalidad le descubrió: las mugeres se arrojaron á sus pies, y las recomendó que rogasen al cielo por el rey de Francia y por su hermano. — «¿Su hermano?... dijo el conde de Avaray á las aldeanas señalando al príncipe, héle ahí.—Y he aquí á mi libertador, esclamó el príncipe arrojándose en los brazos de su confidente.»

Con esta escena teatral, dice el conde de Provenza que terminó su viage, y volvió á entrar en la vida política.

XII.

Refugióse en Coblentza en el palacio del elector de Tréveris, Wenceslao, príncipe de Sajonia, hermano de su madre. Coblentza, centro de la emigracion, llegó á

ser el campamento, la córte y el congreso de los príncipes y de la nobleza, que procuraban unir la Europa entera á su causa y librar á Luis XVI de las garras de la revolucion. Aquel príncipe, despues de haber sido detenido en Varennes y llevado preso á las Tullerías, aunque con la apariencia de un respeto constitucional, no era mas que el instrumento pasivo de la nacion. Sus hermanos y partidarios reunidos en Coblentza no obedecian ya sus órdenes. Obraban aun contra sus instrucciones y su voluntad, no mirando mas que por el interés de su propia causa, y aprovechando contra la Francia revolucionaria cuantas enemistades y temores podian suscitar en Alemania. «Si vuestros opresores nos hablan en vuestro nombre, escribia el conde de Provenza al rey cautivo, no los escucharemos. Si es por parte vuestra, escucharemos, pero seguiremos derechos nuestro camino. Asi, si los que os rodean quieren que nos comuniqueis órdenes ó instrucciones, no os molesteis, estad tranquilo por vuestra seguridad. Nuestra existencia está consagrada á serviros, trabajamos para ello con ardor, y todo va bien. Nuestros enemigos tienen demasiado interés en vuestra conservacion, para cometer un crímen inútil que acabaria de perderles.»

XIII.

El emperador de Austria, el rey de Prusia, y los príncipes de Alemania, firmaron á vista y por inspiracion de los príncipes franceses el tratado de Pilnitz, en que con las armas en la mano, tomaban la causa de Luis XVI, como la de todos los tronos. Los príncipes franceses, creyéndose ya los árbitros de su pais, redactaron y publicaron un manifiesto que puede considerarse como el ultimatum de la aristocracia desterrada. Intimaron á Luis XVI que negase su sancion á la constitucion que la rebelion de sus pueblos queria arrancarle.

Aquel manifiesto, tan impotente para salvar al rey como para intimidar al pueblo, no detuvo ni á Luis XVI, ni á la nacion. «No espereis ya nada mas que del estrangero, escribió entonces el conde de Provenza á su hermano, solamente ahi puede encontrarse el auxilio. Os hallais rodeado de hombres que solo quieren haceros traicion ó destruiros.» Conforme á estas palabras, dos ejércitos franceses se formaban en las fronteras compuestos de emigrados, uno en Coblentza á las inmediaciones del conde Provenza y del conde de Artois, y otro en Worms á las órdenes de los tres príncipes militares de la casa de Condé. Pero el conde de Provenza que no tenia nada de soldado, y si todo de diplomático, parecia mas apto para reinar que para combatir. Sin tomar todavía el título de regente del reino, ejercia en realidad sus funciones. Su derecho eventual á la corona y su edad, le hacian á propósito para ello. Su talento superior al del conde de Artois, le hacia el hombre de Estado, el negociador y el publicista de la emigracion. La pequeña y fugitiva córte que el destierro y el odio á la revolucion habia formado en derredor suyo, atraia á su consejo todos los escritores de la irritada Francia y de la Europa. Sus conversaciones, sus escritos y su liga contra los nuevos principios, aguzaron bien pronto el espíritu inteligente y activo del conde de Provenza, en el sistema y las polémicas de la guerra de ideas. Aquel fué el punto de reunion y el orígen de la escuela monárquica aristocrática y paradójica de los Maistre, Entragues, Bonald, Montlosier, Chateaubriand y Burke. La monarquía, mas atacada en el espíritu de los pueblos que en los campos de batalla, conoció la necesidad de interrogarse, justificarse á sí misma y defenderse por medio de la palabra, los libros, los folletos y los periódicos Tan pronto llamó en su auxilio á la razon y á la tradicion, como á los sofismas y preocupaciones. Entre los escritores, unos deificaron al gobierno teocrático, y colocaron

la aristocracia, la monarquía, los establecimientos y riquezas de la iglesia, en el rango de los dogmas: otros refugiaron su fé monárquica en la educacion servil del gobierno absoluto y hereditario, y en el desprecio manifiesto á los pueblos. Algunos fijaron la vista en los diferentes sistemas de gobierno que regian en Europa, adoptando de cada uno de ellos lo que les parecia mas análogo á sus pensamientos; confundieron aquellos principios en una especie de conciliacion general de intereses y de cartas, y presentaron la monarquía aristocrática, democrática y representativa de la Inglaterra, como el tipo de las instituciones. El conde de Provenza, por la naturaleza de su situacion y de su talento, se inclinó alternativamente á cada una de aqellas teorías segun le atraia prosélitos ó le proporcionaba argumentos y fuerzas para su causa; teócrata con los príncipes de la iglesia, aristócrata con la nobleza, era constitucional y liberal con los partidarios de la constitucion inglesa. El príncipe que no tenia mas que la esterioridad de la fé, se prestaba sin violencia á toda especie de sistemas. La única cosa en que creia profundamente era en sí mismo, en su sangre, en su tradicion, en su derecho y en su necesidad. Adoptaba todo cuanto le era útil. Pero en el fondo su inteligencia era muy pronta, y su tacto demasiado ejercitado para no reconocer que estaba efectuándose una grande revolucion en el espíritu humano, que aquella revolucion, despues de haber trasformado las ideas, trasformaba las cosas, y que el príncipe que comprendiese mejor la naturaleza, la direccion y la moderacion de aquel movimiento en Francia, seria el heredero de aquellas tempestades y el genio del siglo. Se burlaba por lo bajo de aquellas preocupaciones de la emigracion, que por su papel se veia obligado á aplaudir en voz alta. Ya combinaba en su pensamiento y en sus conversaciones, los planes eventuales y diversos de una restauracion monárquica y constitucional, que algun dia seria llamado á intentar.

XIV.

Asi es, que la emigracion le amaba poco y desconfiaba de él. Se acordaba de sus temeridades populares en la Asamblea de los notables y en los Estados generales: solo le tributaba los honores debidos á su rango, y reservaba todo su entusiasmo para el conde de Artois. Aquel príncipe jóven no tenia bastantes ideas para balancear entre muchos sistemas. Una invencible repugnancia á todas las concesiones del trono que llamaba debilidades, una parodia brillante y esterior de la antigua caballería, su edad, sus gracias, su arrojo, sus palabras lijeras y vacías, su aturdimiento y hasta su irreflexion, le hacian el ídolo de la emigracion. La representaba admirablemente por sus preocupaciones, su confianza, su desprecio y sus ilusiones: se adheria á él como á su propia imágen.

El conde de Provenza no abrigaba envidia contra su jóven hermano, mas favorecido que él por la opinion del ejército de Coblentza: conocia su lealtad y su bondad. Sabia de antemano que la irreflexion de su talento traspasaria bien pronto aquella superficie de resoluciones temerarias. Las inclinaciones del conde de Provenza, su obesidad y sus dolencias precoces, le impedian el aspirar nunca al papel heróico de soldado de la causa de los reyes. Con mas recelo veia la estremada popularidad del príncipe de Condé, del duque de Borbon, su hijo, y del duque de Enghien, su nieto, en el ejército de Worms. Aquellos tres príncipes parecia que atraian á su campo toda la nobleza. Eran de raza heróica, valientes, nacian soldados, y eran muy allegados al trono: victorias demasiado independientes y demasiado personales, podian entregar la Francia á sus nombres.

XV.

Habiendo obligado la Asamblea nacional á Luis XVI á que llamase á sus hermanos y á los príncipes de su familia, cuya presencia en medio de los ejércitos contra-revolucionarios, ofendia y turbaba á la patria, el conde de Provenza contestó por todos: «He leido vuestra carta, decia aquel príncipe al rey, con el respeto debido á la letra y firma de vuestra magestad. La órden que contiene de que me traslade al lado de vuestra real persona, no es la libre espresion de vuestra voluntad; mi honor, mi deber, y hasta mi ternura me prohiben obedecerla.» Formó su guardia y confirió el mando de ella al conde de Avaray, su amigo y compañero de fuga. La emperatriz de Rusia, Catalina II, decidida á defender la causa de la nobleza y de los reyes que su predileccion por los filósofos tanto habia destruido, acreditó un enviado cerca de los príncipes. Escribió á la nobleza emigrada que iba á socorrer á Luis XVI, como Isabel de Inglaterra habia auxiliado á Enrique IV. «Al abrazar la causa de los reyes en la del de Francia, no hago, decia, mas que cumplir con un deber del rango que ocupo en la tierra.» La Francia contestó á aquellas amenazas y demostraciones de los príncipes, declarando al conde de Provenza destituido de sus derechos á la regencia. Comenzó la guerra revolucionaria: los príncipes se separaron de las operaciones y se retiraron á espaldas de los ejércitos, para quitar á las hostilidades el carácter de una guerra de restauracion. Fué blanda, vacilante, mezclada de triunfos incompletos, de reveses inmensos, y de retiradas ignominiosas. Solo los príncipes de Condé y su cuerpo de ejército, tomaron en ella una parte un poco activa. Los condes de Provenza y de Artois continuaron fomentándola en las córtes, y apenas se presentaron en los campamentos. Dumouriez los contuvo en los desfiladeros del Argonne. El duque de Brunswick, comandante en gefe de los ejércitos prusianos combinados, se replegó al ver los batallones franceses. Al saber aquella retirada, un grito unánime de indignacion y de traicion salió del ejército de los emigrados y del consejo de los príncipes. Les quitaba á París, la Francia, y la Restauracion. Era el primer paso retrógrado de la Europa, ante el genio revolucionario de la Francia. Dumouriez, vencedor en Verdun por la táctica, lo fué en Jemmapes por el valor. El conde de Provenza, huyendo de la insurreccion de la Bélgica, volvió á pasar el Rhin, y se resguardó en Dusseldorf. Su hermano y él habian abierto un empréstito de algunos millones en Holanda, con lo que pagaban su servidumbre, su guardia, y su córte. Allí siguieron con la vista y con el corazon el drama fúnebre que la revolucion ejecutaba en París: el 10 de agosto, la prision de la familia real en el Temple, la proclamacion de la República, el proceso y la ejecucion de Luis XVI. El conde de Provenza tomó entonces el título de regente que la misma emigracion le habia disputado hasta entonces. Reconoció por rey al niño preso y lentamente sacrificado en el Temple: dió una satisfaccion á los amigos de su hermano el conde de Artois, nombrándole lugarteniente general del reino, desmembracion penosa pero política de la autoridad ideal que aquellos dos príncipes iban á ejercer en el destierro. Reconocido por el ejército de Condé y por la emperatriz de Rusia, se rodeó de un consejo y nombró ministros. Imitó un reinado en el estrangero. A cada golpe trágico que la Convencion descargaba sobre los individuos de la familia real, dirigia proclamas solemnes al ejército de Condé y á la Europa. Fomentó con todas sus fuerzas, las turbulencias, insurrecciones, y las guerras civiles del Mediodía y de la Vendée. Acogió á todos los negociadores distinguidos, y á todos los aventureros de partido, que se lanzaban entre las dos

causas, menos para servirlas que para servirse de ellas. Su córte y su consejo fueron un foco perpetuo de planes, de quimeras, de conspiraciones reales ó supuestas, de corrupcion de los generales, de venalidad de los tribunos, y de movimientos del pueblo con que los hombres de intriga entretuvieron la ociosidad de las córtes desterradas. Allí adquirió la costumbre y la aficion á las relaciones secretas, á las confidencias subalternas, á las intrigas de diplomacia, de policía, de gobierno, de favoritismo doméstico, y de trabajo corporal que luego le acompañaron al trono. Conservó tambien allí esa actitud real y esa distancia entre él y la multitud, que no dejó violar jamás sino á algunos cortesanos. Conocia el prestigio del alejamiento para las cosas y para los hombres; constantemente se apartó de las miradas y del acceso para ser mas imponente. Estudió asíduamente la historia de su pais y de su raza para personificar en si los reinados, los reyes, las grandezas de su casa, y para recordar un dia á la Francia en si solo, todo lo mas ilustre, ó por lo menos todos los recuerdos de su raza. Se revistió sin interrupcion del aparato del trono no dudando que seria llamado á él por las vicisitudes de las cosas humanas, y no queriendo que el reinado le encontrase un solo dia falto de dignidad. Poco buscado, y menos amado, imponia respeto á los demas, por el que se tenia á si mismo: tal fué este príncipe desde que llegó á Coblentza hasta el fin de su largo destierro.

XVI.

Este destierro le condujo á Verona, á Mittau, y por último á Inglaterra, espulsado del continente por las victorias de los franceses y por el terror de las potencias, á medida que la revolucion ocupaba mas espacio en el

suelo de la Europa, y que intimidaba mas á los reyes. Durante estas diversas paradas de la emigracion. Luis XVIII, entonces rey por muerte del delfin, creyó tener muchas veces en sus manos los hilos de la contrarevolucion en París. Sus agentes, sus emisarios y sus corresponsales le lisongeaban á menudo con la esperanza de atraerse á Danton, de dirigir á Robespierre, ejercer influencia con Tallien, supeditar al comité de Clichy, poner la república en manos de un nuevo Monk, Pichegru, negociar con Barrás la traicion del Directorio y el restablecimiento de la dignidad real, y por último, con la de preparar á Bonaparte para que llámase al monarca legítimo despues de establecer la monarquía con su espada. A escepcion de Mirabeau que vendió, no su conciencia, sino sus servicios por un puñado de oro, y de Pichegrú que permitió se le acercasen los negociadores de traiciones, pero que quizas pensó nunca en llevarlas á cabo, todos aquellos mercados, todas aquellas supuestas negociaciones, solo tenian realidad en los sueños de aquellos oficiosos corredores de venalidades imposibles. Vendian diariamente lo que no podian entregar. De este modo adquirian confianza, misiones, títulos y oro del gabinete de Luis XVIII, y subsidios, la mayor parte engañosos, del gobierno inglés. Suponian tráficos de opinion y de conciencia en París, entre ellos y los hombres influyentes de la revolucion. Penetrando hasta el fondo de aquellas negociaciones y corrupciones elevadas á la proporcion de tramas políticas por sus autores, se descubria hasta la evidencia que no eran mas que intrigas y supercherías para darse importancia y saciar la ambicion. Jamás Danton, Tallien y Barrás escucharon seriamente á aquellos supuestos mediadores entre ellos y la monarquía desterrada. Las revoluciones no se venden como las córtes. Arrastran á los hombres que trafican con ellas, en vez de ser arrastradas por ellos. Esos grandes y apasionados movimientos de las opiniones y de las masas, se debilitan algunas veces

pero nunca se hacen traicion. Nadie posee una revolucion y la revolucion posee á todo el mundo. Puede contenérselas en la hora del cansancio y del desfallecimiento, pero jamás se las corrompe. ¿Y de que serviria corromper á los gefes y á los que las manejan? Ellos mismos obedecen á la opinion reinante, y son conducidos por el torrente del tiempo. Muerto Mirabeau, hundido Danton, guillotinado Robespierre, separado Tallien, deportado Pichegrú y depuesto Barrás, ¿la revolucion pasó de sus manos á las de la monarquia? No: al venderla á Luis XVIII, aquellos hombres no le hubieran vendido mas que sus cabezas, su honor y una sombra. Solo se levantó la Vendée, pero se levantó por sí misma. Ni los emisarios de Luis XVIII, ni el oro de los ingleses fueron los que sublevaron á los bretones, fué el doble fanatismo de sus costumbres y de su fé. Murieron por su Dios y no por intrigantes. Las memorias de los agentes de intrigas, han engañado á la historia con respecto á este particular. Profundizando su exámen, cualquiera se convencerá de que ni Entragues, ni el marqués de la Maisonfort, ni Fauche-Borel, ni Brottier, ni sus corresponsales de París, tuvieron en su mano las defecciones revolucionarias que creian tener y con las que traficaban en la córte.

XVII.

El rey trató con mas juicio de entablar correspondencia con Charette, el héroe de la Vendée, el Aníbal de la república. Su misma carta manifiesta que Charette habia sublevado á su pais, sin aguardar la señal ni el beneplácito de la autoridad real. «En fin, caballero, le escribió de su propia mano el rey, he encontrado ya el medio que tanto deseaba de tener con vos una comunicacion directa. Puedo hablaros de mi admiracion, de mi

reconocimiento, de mi ardiente anhelo por reunirme con vos, y de participar de vuestros peligros y de vuestra gloria. La cumpliré aunque para ello tuviese que derramar toda mi sangre. Pero hasta que llegue este feliz momento, la inteligencia entre el que por sus proezas es el *segundo fundador de la monarquía*, y el que por su nacimiento está llamado á gobernarla, seria de la mayor importancia. Mi voz debe hacerse oir en donde quiera que el pueblo toma las armas por su Dios y por su rey. Si recibís esta carta la víspera de una batalla, dad como señal del combate la voz de ¡*San Luis*!... y como la de reunirse, ¡*el rey*!... Principiaré á estar entre vosotros el dia en que mi nombre se asocie á uno de vuestros triunfos.»

El rey, su hermano y los príncipes, no estuvieron allí jamás mas que en el nombre. Divididos los gefes por falta de una autoridad superior que redujese sus rivalidades á la unidad de accion, los paisanos cansados de derramar su sangre por un rey y unos príncipes invisibles, se desgarraron despues de desgarrar las entrañas de la patria, y sucumbieron. Ninguna restauracion puede hacerse con las armas sin tener por gefe á un héroe. Los Borbones no eran mas que reyes.

XVIII.

Luis XVIII y su hermano, prontos siempre á presentarse en el campo de batalla de la Vendée en donde morian por ellos, no combatian en él mas que con sus manifiestos y proclamas. Luis XVIII sobresalia en el talento de la paz. Sus cartas á los soberanos reprendiéndoles su ingratitud y cobardía para con los príncipes de su raza, sus declaraciones á la Europa en las grandes crísis de su destierro, sus comunicaciones á Bonaparte pi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

diéndole el trono y prometiéndole el reconocimiento y la gloria, y en fin, las alocuciones dirigidas desde el destierro á su pueblo para recordarle á su rey, son dignas por el estilo, de su rango, de la elevacion de su alma, y de su infortunio. Se complacia en reinar al menos de aquel modo por medio de una correspondencia con su siglo. Ninguno de los cortesanos fieles, pero medianos que le rodeaban era capaz de redactar aquellos documentos. Los escribia solo respetando su papel ante la posteridad, y su talento de literato ante si mismo. Ningun rey, desde Dionisio de Siracusa, ni desde Federico de Prusia, habló ni escribió mejor desde el destierro, ni desde el trono.

XIX.

El manifiesto que publicó en aquella época con motivo de la muerte del delfin, y de su propio advenimiento al trono, es una muestra en su estilo y de sus miras. «Al privaros, decia á sus pueblos, de un monarca, que solo ha reinado en la prision, pero cuya infancia prometia un digno sucesor del mejor de los reyes, los impenetrables decretos de la divina Providencia, nos han trasmitido con la corona la necesidad de arrancarla de las manos de la rebelion, y el deber de salvar á la patria, que una revolucion ha colocado al borde de su ruina. La esperiencia os ha hecho conocer de un modo terrible vuestras desgracias y sus causas. Hombres impíos y facciosos, despues de haberos seducido con mentidas declamaciones y falaces promesas, os arrastraron á la irreligion y la rebelion. Desde aquel momento os ha inundado por todas partes un diluvio de calamidades. Fuisteis infieles al Dios de vuestros padres, y ese Dios justamente irritado, os ha hecho sentir el peso de su cólera. Fuisteis rebeldes á la autoridad que habia establecido para gobernaros, y un despotismo sangriento, una anarquía no menos cruel, sucediéndose alternativamente, os han despedazado sin cesar con un furor siempre creciente. Vuestros bienes llegaron á ser presa de los bandidos en el momento en que el trono lo era de los usurpadores. La esclavitud y la tiranía os han invadido en cuanto la autoridad real cesó de cubriros con su égida. Propiedad, seguridad, libertad, todo ha desaparecido con el gobierno monárquico..... Es preciso volver á esa religion santa que habia atraido sobre la Francia las bendiciones del cielo: es necesario restablecer el gobierno que durante catorce siglos fué la gloria de la Francia y las delicias de los franceses, que hizo á vuestra patria el mas floreciente de los Estados, y á vosotros el mas feliz de los pueblos. Los implacables tiranos que os tienen esclavizados son los que únicamente retrasan ese dichoso momento. ¡Despues de haberlo arrebatado todo, nos pintan á vuestros ojos como un vengador irritado!... Conoced el corazon de vuestro rey, y confiadle el cuidado de salvaros.

«No solo no miraremos como crímenes unos simples errores, sino que hasta los crímenes que estos hayan producido, serán veniales para nosotros. Todos los franceses que abjurando opiniones funestas acudan al pie del trono, serán bien recibidos. Los que dominados todavía por una cruel obstinacion, no se avengan á la razon y al deber, serán nuestros hijos.... ¡Somos franceses!... Los crímenes de algunos malvados no pueden envilecer este título.... Hay sin embargo delitos, (que no pueden borrarse de nuestra memoria ni de la de los hombres), hay delitos cuya atrocidad pasa los límites de la clemencia: (eran los regicidas), á esos mónstruos, ¡no podrá la posteridad nombrarlos sin horrorizarse!... La Francia entera pide que caiga sobre sus cabezas la espada de la justicia. El sentimiento que nos hace restringir la venganza de las leyes á límites tan estrechos, es una prenda segu-

diéndole el trono y prometiéndole el reconocimiento y la gloria, y en fin, las alocuciones dirigidas desde el destierro á su pueblo para recordarle á su rey, son dignas por el estilo, de su rango, de la elevacion de su alma, y de su infortunio. Se complacia en reinar al menos de aquel modo por medio de una correspondencia con su siglo. Ninguno de los cortesanos fieles, pero medianos que le rodeaban era capaz de redactar aquellos documentos. Los escribia solo respetando su papel ante la posteridad, y su talento de literato ante si mismo. Ningun rey, desde Dionisio de Siracusa, ni desde Federico de Prusia, habló ni escribió mejor desde el destierro, ni desde el trono.

XIX.

El manifiesto que publicó en aquella época con motivo de la muerte del delfin, y de su propio advenimiento al trono, es una muestra en su estilo y de sus miras. «Al privaros, decia á sus pueblos, de un monarca, que solo ha reinado en la prision, pero cuya infancia prometia un digno sucesor del mejor de los reyes, los impenetrables decretos de la divina Providencia, nos han trasmitido con la corona la necesidad de arrancarla de las manos de la rebelion, y el deber de salvar á la patria, que una revolucion ha colocado al borde de su ruina. La esperiencia os ha hecho conocer de un modo terrible vuestras desgracias y sus causas. Hombres impíos y facciosos, despues de haberos seducido con mentidas declamaciones y falaces promesas, os arrastraron á la irreligion y la rebelion. Desde aquel momento os ha inundado por todas partes un diluvio de calamidades. Fuisteis infieles al Dios de vuestros padres, y ese Dios justamente irritado, os ha hecho sentir el peso de su cólera. Fuisteis rebeldes á la autoridad que habia establecido para gobernaros, y un despotismo sangriento, una anarquía no menos cruel, sucediéndose alternativamente, os han despedazado sin cesar con un furor siempre creciente. Vuestros bienes llegaron á ser presa de los bandidos en el momento en que el trono lo era de los usurpadores. La esclavitud y la tiranía os han invadido en cuanto la autoridad real cesó de cubriros con su égida. Propiedad, seguridad, libertad, todo ha desaparecido con el gobierno monárquico..... Es preciso volver á esa religion santa que habia atraido sobre la Francia las bendiciones del cielo: es necesario restablecer el gobierno que durante catorce siglos fué la gloria de la Francia y las delicias de los franceses, que hizo á vuestra patria el mas floreciente de los Estados, y á vosotros el mas feliz de los pueblos. Los implacables tiranos que os tienen esclavizados son los que únicamente retrasan ese dichoso momento. ¡Despues de haberlo arrebatado todo, nos pintan á vuestros ojos como un vengador irritado!... Conoced el corazon de vuestro rey, y confiadle el cuidado de salvaros.

«No solo no miraremos como crímenes unos simples errores, sino que hasta los crímenes que estos hayan producido, serán veniales para nosotros. Todos los franceses que abjurando opiniones funestas acudan al pie del trono, serán bien recibidos. Los que dominados todavía por una cruel obstinacion, no se avengan á la razon y al deber, serán nuestros hijos.... ¡Somos franceses!... Los crímenes de algunos malvados no pueden envilecer este título.... Hay sin embargo delitos, (que no pueden borrarse de nuestra memoria ni de la de los hombres), hay delitos cuya atrocidad pasa los límites de la clemencia: (eran los regicidas), á esos mónstruos, ¡no podrá la posteridad nombrarlos sin horrorizarse!... La Francia entera pide que caiga sobre sus cabezas la espada de la justicia. El sentimiento que nos hace restringir la venganza de las leyes á límites tan estrechos, es una prenda segu-

ra de que no consentiremos venganzas particulares..... ¿Quién se atreveria á vengarse cuando el rey perdona?...»

XX.

Despues del tratado de Basilea que desarmaba á la Prusia y á la España, solicitó del gobierno inglés recursos de hombres y armamentos, que le permitiesen, decia, reconquistar su reino.

Escribió al duque de Harcourt, su enviado en Lóndres, una carta, llena á un mismo tiempo de destreza y de arrojo, con la doble intencion de escusarse de no haberse presentado en la Vendée, como prometiera á Charatte, y con la de pedir de un modo estrepitoso á la Inglaterra un ejército que sabia muy bien le habia de negar.

«Mi situacion, decia, es semejante á la de Enrique IV, escepto que él tenia muchas ventajas con que yo no cuento. ¿Estoy como él en mi reino? ¿Estoy á la cabeza de un ejército dócil á mi voz? ¿He ganado la batalla de Contras? No; me encuentro en un rincon de la Europa, y una gran parte de los que combaten por mi no me han visto jamás. Mi inactividad forzada dá á mis enemigos motivos para calumniarme, y aun me espone á juicios desfavorables por parte de los que me permanecen fieles... ¿Puedo conquistar de este modo mi reino?... Os dirán que las ventajas de mi hermano el conde de Artois, á quien se permite bajar hasta la Bretaña, son decisivas, y que me conducirá á mis Estados. Dios es testigo, y vos lo sabeis, querido duque, vos que conoceis el fondo de mi corazon, de que oiria con efusion el grito de los israelitas «¡Saul ha muerto mil hombres, y David diez mil!» Pero mi júbilo como hermano, no salva mi gloria como rey. Y lo repito, si no adquiero gloria personal, mi

reinado podrá ser tranquilo por efecto del cansancio general, pero no podré construir un edificio duradero.... No creais que me hace hablar asi la sangre de Enrique IV que circula por mis venas... No; he reflexionado: mi vida no es indispensable para la monarquía. Tengo un hermano y sobrinos que pueden reinar despues de mí. Si fuese muerto, lejos de desanimar este incidente á mis fieles súbditos, mis vestidos, teñidos con mi sangre serian la mas arrebatadora de las enseñas.... Me separan del ejército de Condé, que en este momento permanece inactivo.... ¿Qué me queda? La Vendée. ¿Quién puede llevarme á ella? el rey de Inglaterra. Decid á sus ministros en mi nombre, que les pido mi trono y mi sepulcro.»

XXI.

Este lenguage trágico y teatral estaba hábilmente combinado para imprimir en el ánimo de los vendeanos la conviccion de un heróico deseo de combatir con ellos, y para adornar á los ojos del mundo con palabras decorosas á su papel una inaccion que debia presentarse forzada para que no pareciese voluntaria. Nada impedia entonces á un príncipe desesperado correr á donde acudía sin obstáculo alguno el último noble de su reino. La Vendée estaba aun en su apogeo, y la Inglaterra la suministraba en aquel mismo momento millones, refuerzos, municiones y escuadras. Pero Luis XVIII no tenia de Enrique IV mas que su sutil y elocuente inteligencia. No habia sido criado ni educado para las aventuras, los peligros y las privaciones de la guerra civil. Político consumado, el trono, el estudio y las dulzuras de la vida eran sus campamentos, y la pluma su espada. Se escusaba atribuyendo á la fortuna el alejamiento de los campos

de batalla, que tanto convenia á la molicie de sus inclinaciones.

XXII.

Entonces llevaba el título de conde de Lila. Permanecia encerrado en su residencia con cinco ó seis cortesanos, elegidos por la amistad mas que por el mérito. Desde muy temprano se vestia y ceñia la espada con todo el rigor de la etiqueta real. Pasaba la mañana solo ocupado en leer su numerosa correspondencia ó en escribir á sus agentes en todas las córtes. Se complacia en engañarse á sí mismo acerca de la vaciedad de sus ocupaciones con la apariencia del gobierno. Al medio dia daba audiencias, y encantaba á los que le visitaban, especialmente á los literatos, con la gracia y la solidez de su conversacion. Cuidaba de su nombradía como de su persona. Se ocultaba de las miradas del pueblo y se rodeaba del misterio que produce el respeto de la opinion. Salia rara vez, y siempre en coche: por la noche se limitaba al pequeño círculo de sus amigos, y hacia que le leyesen, ó leia él mismo, las obras notables y los periódicos de aquel tiempo. El conde de Avaray, gentil-hombre que le era muy adicto desinteresadamente, gobernaba su casa y servidumbre. El rey habia perdido á su esposa durante el destierro, y habia casado á su sobrina, hija de Luis XVI, con su sobrino el duque de Angulema, y la trataba como á una hija querida. Adornaba su trono y enternecia su adversidad con aquella víctima y huérfana del regicidio. Sobrellevaba su desgracia con magestad. Vivia con una pension de ochenta mil reales mensuales que le daban los Borbones de España: la mayor parte de aquella suma la empleaba en el pago del sueldo de sus amigos y servidores. Aun en aquella indigencia habia conservado la costumbre de hacer limosnas régias. No queria que un rey manifestase nunca su mano al pueblo sin algun beneficio, por mínimo que fuese el don, y guardaba con una estremada escrupulosidad de actitud y de lenguage la dignidad de su sangre y de su rango.

XXIII.

Intimidada Venecia por Bonaparte, insinuó al rey su huésped que dejase á Verona, ciudad de los Estados venecianos de tierra firme: «Marcharé, contestó con desdeñosa indignacion á los enviados encargados de notificarle aquella órden; marcharé, pero exijo dos condiciones: la primera que se me presente el *Libro de oro*, en donde se halla inscripto el nombre de mi familia, para que yo le borre para siempre con mi mano; y la segunda que se me devuelva la armadura que mi abuelo Enrique IV, regaló á vuestra república.»

Espulsado de Venecia se presentó un momento en el ejército de Condé, y pasó revista á sus nobles. Escribió á Pichegrú, general del ejército de la república con quien sus agentes le habian hecho creer que tenian concluidas negociaciones: «La historia, le decia, os ha colocado ya en el rango de los grandes generales, y la posteridad confirmará el juicio que la Europa ha formado de vuestras victorias y virtudes. Desde el primer dia habeis sabido unir el valor del mariscal de Sajonia al desinterés de Turena y á la modestia de Catinat. No os separais en mi memoria de esos nombres tan gloriosos en nuestros fastos. Vuestra gloria eclipsará la suya, porque tengo la confianza de que cumplireis los altos destinos que os aguardan. El príncipe de Condé os ha manifestado ya hasta qué punto estoy satisfecho de las pruebas de adhesion que me habeis dado; pero lo que no ha podido espresaros como lo siento, es la impaciencia que esperi-

mento de publicar vuestros servicios y daros las mas brillantes muestras de mi confianza. Si los acontecimientos os obligan algun dia á dejar vuestra patria, teneis señalado vuestro puesto entre Condé y yo.»

Aquella negociacion con Pichegrú apenas era una tentativa de corrupcion de algunos agentes interesados en hacer creer su importancia y en esplotar la credulidad de las córtes desterradas. Pichegrú no dió mas que esperanzas muy vagas. Verosimilmente él mismo se valió de aquellos agentes para conocer y prevenir las disposiciones de los generales enemigos: no hizo ninguna promesa ni escribió jamás una palabra: tampoco ejecutó ninguna de las medidas convenidas, segun los agentes, con el príncipe de Condé. Los medios de restauracion que se le proponia por la derrota de sus tropas y por la traicion de su propia gloria, eran tan ineficaces como ridículos. No podia concebirlos mas que un insensato. Pichegrú titubeaba y era desafecto á la Convencion, pero era hábil y político. Dejó vislumbrar algunas predisposiciones, verdaderas ó falsas, favorables al restablecimiento de la dignidad real, en sus sospechosas conversaciones con los oficiosos mediadores de los príncipes. Mas no por eso dejó de batir y dispersar al ejército austriaco y al de los príncipes. Si acaso pensó en el papel de Monk, desempeñó el papel de general de la república. La historia debe desgarrar esas páginas calumniosas: hubo intrigas, pero nada de traicion. Cuando despues de cierto número de años se acude á testimonios verídicos, se concluye siempre por reconocer que la verosimilitud es en todo el mejor síntoma de la verdad.

XXIV.

Despues de un simulacro de campaña durante pocos dias con el ejército de Condé, campaña que se redujo á algunas marchas y contramarchas en derredor de Friburgo, á las orillas del Rhin, el rey pretestó que aquella retirada podia producir muchos peligros, entre ellos el de ser envueltos por Pichegrú, para dejar bruscamente el ejército. Cuando llegó á Dillingen, pequeña poblacion del electorado de Tréveris, á orillas del Danubio, fué, segun dicen los escritores de la emigracion, víctima de un asesinato misterioso. Un tiro de carabina, disparado por casualidad ó con criminal intento, pasó rozándole la cabeza, cuando se hallaba tomando el fresco en el balcon de su posada, en medio de sus cortesanos. Aquel atentado sin motivo, en una ciudad alemana de los estados de su tio, en donde ninguno tenia interés ni odio contra un príncipe fugitivo, reemplazado en caso de morir por otros seis príncipes de su sangre, sirvió al menos de ocasion para una espresion real que manifestaba la sangre fria del príncipe. El conde de Avaray se precipitó con los duques de Grammont y de Fleury al lado del rey, y manifestándole su espanto de que la bala hubiese pasado tan cerca del sitio de la vida: «Pues bien, amigos mios, dijo sonriéndose el príncipe, si la bala hubiese tocado una línea mas abajo, el rey de Francia se llamaria en este momento Cárlos X.» Por el ejército de los emigrados se divulgó la noticia de aquel crímen frustrado, con sus circunstancias, la sangre fria y las palabras del rey. «¡Qué placer, escribió el rey al príncipe de Condé, qué placer hubiera sido para mí el recibir esa herida en el campo de batalla de Frisenheim! Decid de mi parte á mis valientes compañeros de armas que estoy en estremo reconocido al sentimiento que han manifestado al saber mi accidente. En todos tiempos, en todas partes y en todas circunstancias tendrán en mí un padre!...» El rey necesitaba un pretesto, y aquel conato de asesinato le era muy útil para alejarse, sin parecer sospechoso, por sus riesgos personales. Daba un carácter trágico é interesante al drama siempre teatral de la dignidad real.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA

XXV.

Aquel drama le sirvió de motivo para internarse mas en Alemania, y retirarse á Blankenbourg pequeña poblacion en las montañas del ducado de Brunswick. Allí, alojado estrechamente como un huésped de paso, en la modesta casa de un fabricante de cerveza, rodeado de sus dos jóvenes sobrinos los duques de Angulema y de Berry, de su sobrina, sus ministros, sus empleados superiores, sus cortesanos, sus amigos, de su capitan de guardias, los duques de Villequier, y de Fleury, el conde de Avaray, el conde de Cossé, comandante de la guardia suiza, el marqués de Jancourt, el duque de la Vauguyon, el mariscal de Castres, sus gentiles hombres, sus capellanes, y de todo el aparato eclesiástico y cortesano de que iba acompañado, representaba en pequeño la córte y la etiqueta de Versalles. Diferente de Dionisio de Siracusa que enseñaba á los niños en Corinto, no sabia mas oficio que el de rey, y le ejercia aun entre los aldeanos de Brunswick: hubiérase dicho que su largo destierro no era mas que la repeticion de un reinado. La misma solemnidad presidia á cada uno de sus actos y de sus pasos. Las ceremonias del culto, la hora de levantarse, los consejos, las comidas, la tertulia y el juego, estaban distribuidos con la etiqueta uniforme de los palacios. Desde allí daba y retiraba los poderes á todos sus comisionados en las provincias. Reinaba idealmente en sus Estados cuyo mapa tenia siempre á la vista. Alentaba á sus ejércitos con proclamas, y á los gefes con palabras. Escribia con un estilo cargado de alusiones épicas al mariscal de Broglie hablando de su hijo que se habia distinguido á orillas del Rhin: »Las antiguas crónicas refieren que el Cid era el último de los hijos de don Diego de Vivar, y que le sobrepujó, segun cuenta toda España. Adios, mi querido mariscal.»

XXVI.

Desanimado de conseguir la restauracion por medio de las armas, el rey creia lograrla con la intriga. En Francia habia ocurrido una reaccion contra-republicana. Pichegrú, que habia llegado á ser miembro de la representacion, pero siempre soldado, prometia un general contra el Directorio, al comité contra-revolucionario de Clichy. El rey y sus amigos no dudaban que la caida de la república á impulsos de los conspiradores no fuese la señal de una restauracion. Entre la Francia y él, no veia al pueblo y al ejército; no veia mas que al Directorio. Barrás, con un movimiento brusco y decidido, previno á los conspiradores, y con auxilio de los republicanos, los obligó á espatriarse. El golpe de estado del 18 fructidor, absuelto porque era un golpe defensivo, salvó á la república, y alejó las esperanzas del rey. Barrás no podia dar un mentís mas solemne á las ambiciones y venalidades con que los agentes de Luis XVIII suponian haberle encadenado. Hizo prender, juzgar y fusilar á los mas osados de aquellos negociadores. El rey atribuyendo aquellos reveses, hijos de la fuerza de las cosas, á la impericia de su ministro, el duque de la Vauguyon, mudó el ministerio, y depositó su confianza en el mariscal de Castres y en Mr. de Saint-Priest. Ya puede calcularse la influencia que ejercería sobre las opiniones en Francia, sobre el gobierno de Paris, y las maniobras de los ejércitos en el continente, el cambio de dos ministros de un reinado oculto en casa de un cervecero de Blankenbourg. Mas no por eso el rey dejó de proseguir su política ideal, afectando representar su papel desapercibido de soberano de la Francia en los asuntos de la Europa, que apenas sabia el lugar de su retiro. Largo sueño de rey.

XXVII.

Fingió creer que todos los diputados proscriptos en París el 18 fructidor eran víctimas adictas á su causa. «Si sabeis el sitio, escribia á uno de sus agentes en Lyon, á donde se han retirado algunos de vuestros dignos colegas, sed mi intérprete para con ellos. Decidles que tienen parte en los sentimientos que acabo de espresaros. Añadidles que este revés no abate mi inalterable constancia, ni mi tierno afecto hácia ellos, y que tengo la dulce y firme confianza de que su decidida adhesion á los verdaderos principios de la monarquia, no será ya alterada.»

Las victorias de la Francia en Italia, y el tratado de paz entre la república y el Austria en Campo-Formio, obligaron á la Alemania á negar cobardemente la hospitalidad á la fugitiva córte del rey. La Rusia le ofreció un asilo en Mittau, capital de la Curlandia, en donde aquel príncipe fué recibido como un monarca. Paulo I, irritado entonces contra la Francia, se vengaba coronando solo al soberano rechazado por su pueblo, y vendido por la Europa. Se encargó de pagar el sueldo de su guardia, le rodeó de un ceremonial respetuoso, le construyó un palacio, y le juró constante amistad y alianza. El palacio, situado fuera de la ciudad, á la orilla de un rio, y junto al camino de Rusia, era un asilo melancólico, pero magestuoso, conveniente á un soberano proscripto. Un subsidio de seiscientos mil francos ofrecido al rey por la generosidad de Paulo I, agregado á otro casi igual de la córte de España, le permitió dar mas ensanche á su córte, y recobrar las pompas del trono. Diputaciones de la Vendée y de los comités realistas, verdaderos ó supuestos, del Mediodía y de París, fueron á recibir sus órdenes. Tomó una parte verbal en todas las transacciones de aquel tiempo. Aparentó, en consideracion al carácter religioso

de sus partidarios en el Oeste de la Francia, el confundir su causa con la de la iglesia, y reivindicar el título y los sentimientos de rey cristianísimo. Cuando el papa Pio VII fué arrebatado del Vaticano por los franceses, y encerrado por ellos en la Cartuja de Florencia, el rey le escribió una carta que hizo esparcir por Francia y por Enropa: «Permitid, decia el rey al pontífice perseguido, que la voz de un hijo tierno y respetuoso se eleve hasta vos para espresaros lo que siento yo mismo. Mi tristeza seria menos profunda si los atentados cometidos contra vuestra santidad lo hubiesen sido por otros que no fuesen franceses. Pero, santísimo padre, son hijos estraviados que desconocen en mi á su propio padre: no es estraño que hayan desconocido tambien al padre comun de los fieles. Dignaos no acusarlos y mucho menos á la Francia. Ella es y será siempre el reino cristianísimo, como vuestra santidad será siempre el sucesor de San Pedro. Los únicos culpables son los tiranos que oprimen á mi pueblo. No confundais sus víctimas con ellos, y dirigid vuestras oraciones al cielo, mas agradables que nunca al Señor en estos dias de tribulacion y de prueba, en favor de esa nacion que esperimenta de un modo tan terrible los efectos de la cólera celestial.»

Era precisamente el momento en que la Francia, reuniendo todas las fuerzas procedentes de la revolucion, y haciendo un esfuerzo armado, subyugaba la Italia Occidental, poseia á Roma, destronaba á Nápoles, conquistaba la Bélgica y la Holanda, dictaba la paz á la Prusia y al Austria, la alianza á la España, y se presentaba por todas partes próspera y victoriosa. Solo el rey protestaba en nombre de lo pasado contra la fortuna de la Francia.

Souwarow al pasar por Mittau para combatir en Italia, se presentó á Luis XVIII, y le juró vencer ó morir por su causa. El Trebbia y Zurich desmintieron las promesas del salvage lugarteniente de Paulo I.

XXVIII.

Sin embargo, todo se le escapaba nuevamente en Francia, y todo cedia en Europa al ascendiente que Bonaparte habia heredado de la revolucion. La Vendée, se pacificaba: Georges, uno de sus últimos combatientes, fué á Paris y vió en secreto á Bonaparte: «No podeis permanecer en el Morbihan, le dijo el primer cónsul, pero os ofrezco el grado de general en mis ejércitos. —Dejareis de apreciarme si le aceptase, contestó Georges; he prestado juramento á la casa de Borbon, y nunca le violaré.» Despues de esta negativa partió para Inglaterra con monsieur Hyde de Neuville, cuya fidelidad llegaba hasta la muerte pero no hasta el crimen. Feliz Georges si no hubiese vuelto para deshonrar su nombre con empresas indignas de un soldado.

XXIX.

Las llanuras de Marengo habian llegados á ser para Bonaparte las de Farsalia. Habia vuelto de ellas como César vencedor del estrangero, dueño de su pais. Luis XVIII le escribia por conducto del abate de Montesquion, para inducirle á que fuese el restaurador de la monarquía. Bonaparte contestó con el establecimiento de su propio trono y con la conquista de la Europa. Hizo á Paulo I un cargo por la hospitalidad que concedia la Rusia á los Borbones. Paulo I cedió ó al entusiasmo por Bonaparte, ó al terror de sus armas. Luis XVIII, espulsado en el rigor del invierno de su residencia de Mittau, tuvo que sufrir durante una larga fuga la intemperie de aquel clima glacial, y la severidad de la suerte. Su sobrina, la duquesa

de Angulema, se vió precisada á vender sus diamantes para aliviar la indigencia de su tio. La Prusia le recibió en Varsovia; pero bien pronto á intimaciones imperiosas de Bonaparte, el rey de Prusia le hizo proponer que renunciase al trono de Francia, recibiendo en compensacion una ámplia indemnizacion territorial en Italia.

«No confundo á Bonaparte, contestó noblemente Luis XVIII, con los que le han precedido. Aprecio su valor, sus talentos militares, le agradezco muchos actos de administracion porque el bien que se haga á mi pueblo me será siempre grato: pero se equivoca si cree hacerme transigir acerca de mis derechos. Lejos de eso, los establecerian sus proposiciones, si esos derechos fuesen cuestionables.

«Ignoro cuales son los designios de Dios acerca de mi raza y de mí, pero conozco las obligaciones que me ha impuesto por el rango en que me ha hecho nacer. Como cristiano, cumpliré esas obligaciones hasta mi último suspiro. Hijo de San Luis sabré á imitacion suya respetarme hasta en cadenas: sucesor de Francisco I, quiero al menos poder decir como él: todo lo hemos perdido menos el honor.»

XXX.

No podia honrarse al infortunio con palabras mas enérgicas. Eran á un mismo tiempo un sentimiento y una venganza. Decian á los reyes que le abandonaban que su adversidad era menos cobarde que su poder.

En vano le amenazaron con la indigencia y la proscripcion europea. «No temo la pobreza, contestó, si es necesario comeré si es preciso pan negro con mi familia y mis fieles servidores; pero nunca me veré reducido á ese estremo. Tengo otro recurso de que poder usar mientras enga amigos poderosos: cuando este me falte haré cono-

cer mi situacion á la Francia, la tenderé la mano, no al gobierno usurpador, ¡eso nunca! sino á los que me conservan fidelidad en sus corazones, y bien pronto seré mas rico que en la actualidad.»

Bonaparte replicó á aquellos actos y á aquellas palabras con el asesinato del duque de Enghien. Luis XVIII protestó contra el Imperio. «Ese nuevo acto, me impone la confirmacion de mis derechos, escribió en una declaracion pública. Responsable con mi conducta á todos los reyes cuyos tronos han sido derrocados por los mismos principios, responsable á la Francia, á mi propio honor y á mi familia, creeria hacer traicion á la causa comun, si guardase silencio en esta ocasion.»

Devolvió á la córte de España que habia reconocido al emperador, las insignias de sus órdenes, y el subsidio que habia recibido de aquella parte de su familia que aun permanecia coronada. «Con mucho sentimiento, escribia al rey de España, os devuelvo el *Toison de oro*, que vuestro padre, de gloriosa memoria, me habia confiado. No puede haber nada comun entre mi y el gran criminal que la audacia y la fortuna han colocado sobre mi trono, desde que ha tenido la barbarie de teñirle con la sangre inocente de un Borbon, el duque de Enghien. La religion puede conducirme á perdonar á un asesino, pero el tirano de mi pueblo debe ser siempre mi enemigo. En el siglo presente vale mas merecer un cetro que empuñarle. La Providencia, por razones incomprensibles á nuestra inteligencia, puede condenarme á concluir mis dias en el destierro; pero ni la posteridad ni los contemporáneos podrán decir, que en el tiempo de la adversidad me he mostrado indigno de ocupar el trono de mis antepasados.»

XXXI.

Por única respuesta á aquellas palabras verdaderamente regias, la Prusia hizo poner presos en sus fortalezas á uno de los consejeros del rey, Imberto Colomés, y al conde de Precy, intrépido defensor de Lyon contra la Convencion. El rey de Suecia era el único que en Europa no calculaba la fuerza sino el derecho de los tronos. Luis XVIII y su hermano el conde de Artois, fueron á Colmar en sus estados, á conferenciar con aquel príncipe, vengador caballeresco, pero impotente de los reyes. Despues de aquella entrevista redactó una nueva declaracion á sus pueblos, en la que admitia por fin una transaccion política entre el derecho absoluto de las soberanías legítimas, y el derecho de representacion de los pueblos. Aquella declaracion tenia dos objetos: negociar con el espíritu de un siglo que arrastraba á las opiniones muy lejos de las preocupaciones del derecho divino de las monarquías, y captarse la opinion en Inglaterra, que no podia armarse mas que por reyes constitucionales.

XXXII.

El asesinato de Paulo I y el advenimiento del emperador Alejandro al trono de Rusia, devolvian por un momento á Luis XVIII el asilo de Mittau. Desde allí hacia penetrar todavía en Francia por medio de sus agentes, las quejas de sus infortunios, y los nuevos principios que contaba fuesen el alma de su gobierno. «¿Qué mas quereis que diga á mis pueblos?... escribia á sus mediadores ocultos en París. En Europa creen que no hay que hacer nada por mí. Por otro lado, mis amigos en Francia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me acusan de abandonarlo todo. Colocado entre ambos partidos, en vano les dirijo la palabra. ¿Qué instrucciones puedo daros?... Se pide que hable de nuevo: ¿y á quién?... ¿y con qué lenguage? ¿No está comprendido todo en mi declaracion de Colmar?... ¿Se trata de tranquilizar á los militares?... Conservacion de grados, ascensos proporcionados á los servicios, abolicion del privilegio de la nobleza en la clase de oficiales.... ¿Se trata de lo civil?... Conservacion de los empleos. ¿Se trata del pueblo?... Abolicion de la conscripcion, del impuesto personal. ¿Se trata de los nuevos propietarios de bienes nacionales?... me declaro el protector de *los derechos y de los intereses* de todos. ¿Se trata de los culpables?... prohibo las persecuciones, anuncio la amnistía, abro la puerta del arrepentimiento á todos. Si alguna vez me encuentro en el caso de Enrique IV de rescatar mi reino, entonces daré poderes: pero en este momento, ¿qué puedo?...»

XXXIII.

El jóven Alejandro al partir para la campaña de Jena, fué á visitar á su huésped á Mittau. Ambos soberanos se presentaron mútuamente como amigos, y conversaron largo tiempo á solas. La edad, los achaques de Luis XVIII, su esperiencia del infortunio, y la superioridad de su talento, daban al rey desterrado la actitud de un padre que aconsejaba á su hijo. Alejandro enternecido, se prometia servir por medio de sus armas, aquella causa abandonada del mundo y recogida en sus estados. Pero volviéndose contra él la victoria, le hizo mudar de pensamiento y desear verse libre del embarazo de aquella hospitalidad que le hacia sospechoso á Napoleon. El sentimiento de aquel abandono pesó desde entonces sobre el alma de Alejandro. Se avergonzó de su debilidad, y el remordimiento que por ello esperimentaba sin saberlo, le hizo abandonar la causa de las monarquías antiguas, para arrojarse enteramente en los brazos de la amistad de Napoleon. Desde ese dia, aquel príncipe tuvo cierta repugnancia á la restauracion de los Borbones.

XXXIV.

El rey lo comprendió, y se alejó de un asilo en que la amistad no honraba ya la hospitalidad. El rey de Suecia le prestó una fragata para trasportarle á Inglaterra, en donde desembarcó con todos los suyos. El gobierno británico, cansado de las intrigas de la emigracion, y de los auxilios siempre inútiles que habia dado á sus empresas en la Vendée, vió con disgusto el desembarco del rey en el suelo inglés. Temió comprometerse por su causa mas de lo que convenia á sus intereses y sus miras políticas sobre el continente. Quiso confinarle á Escocia en el antiguo palacio de Holy-Rood, el San German de los soberanos destronados. El rey, que habia desembarcado en Yarmouth, declaró que volveria á arrostrar todos los destierros del continente, antes que consentir en una residencia forzosa en Holy-Rood. Reclamaba los simples derechos de todo ciudadano particular en el territorio libre de la Inglaterra.

El marqués de Buckingham le ofreció su palacio de Gosfield-Hall, en el condado de Essex. Allí vivia como huésped, independiente de la aristocracia inglesa, sin que el gobierno abrazase su causa, ó reconociese su título de rey. El estudio, la familia, y las distracciones campestres, dulcificaron allí sus aspiraciones al trono, y tuvo que conformarse con la fortuna de Bonaparte. Desalentaba sus esperanzas, pero no cansaba la apacible obstinacion de Luis XVIII en creer en su vuelta. Bien pronto

aquella fortuna se quebrantó con su propio peso. El rey vió que la decadencia seria tan rápida como la elevacion. Se aproximó á Lóndres para asistir desde mas cerca á los movimientos eventuales de la política. Se estableció en el condado de Buckingham en el palacio de Hartwell, posesion agreste y modesta de un particular inglés, Mr. Sée. La fortuna de aquel príncipe, disminuida con la falta de los subsidios de España y Rusia, que noblemente habia renunciado, no escedia del mediano pasar de un hidalgo de lugar. Aquella córte casi indigente ahorraba las cosas de lujo, para aliviar la miseria de sus compañeros de destierro de Inglaterra. Llegó á ser el oscurecido centro de todos los príncipes proscriptos de la casa de Borbon. Desconocido en Inglaterra, el rey estaba olvidado en Francia. Todas sus relaciones con sus partidarios eran interceptadas con motivo de la guerra, ó descubiertas por la policía de Bonaparte. Su amigo el conde de Avaray, obligado por su quebrantada salud á buscar un aire mas templado en Madera, dejó su puesto en el corazon y en el gobierno del rey, al conde de Blacas. Aquel príncipe necesitaba un favorito en la prosperidad, no porque hubiese nacido sensible, sino porque era teatral, y queria que mediase cierta distancia entre el público y su persona. Necesitaba un confidente en la adversidad, porque tenia constantemente algun proyecto político, y le era indispensable una mano que anudase y desenlazase sus negociaciones. Por lo demas, era fiel y perseverante en sus amistades: convertianse en costumbres para él, llegaban á serle amadas y tiernas, y las imponia á su familia y á los que le rodeaban. Queria que se respetase y se consintiese en la autoridad de los favoritos, su propia autoridad. El conde de Avaray, hombre de suma dulzura, modestia é indulgencia, habia templado aquella especie de reinado del favoritismo, con la gracia y la abnegacion de su carácter. El conde de Blacas estaba mas envanecido con el rango que la amistad del rey le habia elevado, y hacia sentir mas su peso.

El papel que fué llamado á representar en la Restauracion, exige que nos detengamos en este nombre.

XXXV.

Era un noble de una familia, soberana en otro tiempo en el Mediodía, pero cuyo nombre, olvidado ya hacia muchos años, se habia confundido con los de las familias nobles pobres de la Provenza, y sin títulos ilustres. Emigrado, ocioso en Alemania, puesto en contacto con Luis XVIII, por el conde de Avaray, su protector, dotado de hermosa presencia, ventaja necesaria para un príncipe que se decidia por la vista; implacable contra una revolucion en que solo veia la insolencia del pueblo contra la nobleza y un sacrilegio del siglo contra los reyes, el conde de Blacas fué empleado por el rey en algunas negociaciones confidenciales cerca de las córtes estrangeras. A su regreso quedó definitivamente en la casa del príncipe desterrado, y ayudó al conde de Avaray en sus trabajos y en el servicio de su amo. La muerte de Mr. de Avaray, á quien reemplazaba, hizo naturalmente que fuese promovido á su rango y funciones de primer ministro. Tenia la familiaridad, y obtuvo la confianza: bien pronto llegó á poseer la amistad sin límites de su amo: no la merecia mas que por su honor y su fidelidad. Adicto en su interior y aun desinteresado, pero soberbio en lo exterior, viéndolo todo en el rey y nada en la Francia; con el talento suficiente, pero mediano, sin cultura, herméticamente cerrado á las ideas que hacia un siglo trabajaban el mundo; incapaz de comprender á su tiempo por medio de la inteligencia, incapaz de flexibilidad por dureza de carácter; llevando á un destierro oscuro y á un reinado de transaccion, todo el orgullo y al-

tanería de las antiguas córtes absolutas, cortesano de Luis XIV despues de una revolucion, presentando el cetro á un pueblo nuevo como se presenta el yugo á una pueblo vencido, tan estraño á los sentimientos y costumbres de la Francia revolucionaria, como ésta era estraña á aquella aristocracia pósthuma, duro con los servidores inmediatos al rey, oneroso y antipático á su familia, con toda la fidelidad, pero con todo el egoismo de un favoritismo envidioso, no dejando que se acercasen y amasen á su amo, colmado de sus títulos, de sus dones y munificencias, labrándose una fortuna espléndida con sus favores, pero compensando todos esos vicios de situacion con una adhesion fanática á la monarquía, y con su constancia en la desgracia, tal era el favorito tan agradable á Luis XVIII en su retiro de Hartwell, y tan funesto en su palacio.

XXXVI.

Luis XVIII, siguiendo con la vista desde Hartwell los reveses de Napoleon, suspendió toda maniobra activa durante los últimos años del Imperio, dejando obrar la ambicion de Napoleon, y que cayese sobre él el reflujo de la Europa. Solo leia los periódicos franceses con una inteligencia que la edad y la paciencia habian aguzado, y que distinguia, aun bajo la adulacion de la prensa vendida á la policía del Imperio, los síntomas de la ruina y de la desafeccion. Cuanto mas seguro estaba de la caida, menos presuroso se manifestaba en precipitarla. No se le ocultaba la debilidad de la Europa victoriosa, dispuesta hasta el último momento á sacrificar la causa de los Borbones á la paz. Tampoco se le escapaban las dificultades de su propio reinado, pero la fé que tenia en la necesidad de la sangre, formaba una religion de su ambicion. El restablecimiento de un Borbon en el trono de Francia, le parecia un deber del mismo Dios. Aguardaba su hora como una justificacion de la Providencia: iba por fin á sonar. Su hermano, el conde de Artois, le disputaba y devoraba, decia, aquel reinado, aun antes de que estuviese asegurado.

XXXVII.

Los años, el destierro, las lecciones de la esperiencia, las luces del estudio, el manejo de los negocios y de los grandes proyectos, y sobre todo, la residencia en Inglaterra, suelo clásico de la política, habian aumentado, madurado y consumado aquella inteligencia. En aquel pais de un pueblo libre, de aristocracia liberal, y de monarquía que discute, se respira con el aire la política. Luis XVIII se habia impregnado en ella: sus ideas se habian modificado. Despues de los largos rodeos de Coblentza, Verona y Mittau, habia vuelto del absolutismo, de la teocracia y de la emigracion, á su punto de partida de 1789. Habia comprendido que para concluir con la conquista y el despotismo de Napoleon era preciso un reflujo de la Europa, mas para estinguir la revolucion era necesaria la libertad. Solo que la media en su pensamiento, con la medida de concesiones muy limitadas y siempre revocables, hechas por una autoridad real, superior, anterior, y colocada como un dogma sobre la esfera de las borrascas y de las discusiones.

En aquella época de 1813, la Inglaterra casi entera confirmaba al rey en sus pensamientos. La indignacion contra el terror, la compasion hácia sus víctimas, el asesinato de los príncipes y de las mugeres, la larga anarquía, las doctrinas del jacobinismo último, la lucha desesperada contra Bonaparte, habian llevado la opinion de la Inglaterra á manos de los torys, es decir, de la

monarquía y la aristocracia ligadas con la gran masa del pueblo, contra los escesos y despotismo de la revolucion. El espíritu británico era el alma de la Europa, sublevada contra la tiranía de la Francia. Mr. Pitt, en su largo y grande ministerio, habia sido el ministro de aquella reaccion contra-revolucionaria, el Aníbal del patriotismo europeo anti-francés. Su partido le sobrevivia. Los hombres de Estado de Inglaterra vivian con su alma y con sus tradiciones. El principio monárquico prevalecia por todas partes en Lóndres sobre el principio popular. La opinion casi unánime alentaba á los Borbones á creer en su santa legitimidad. El partido wigh ó popular era repudiado como fautor de los desórdenes del continente, y como que preparaba á la misma Inglaterra la anarquía y la demagogia de la Francia. Mr. Fox y sus amigos, unidos sin eleccion y sin medida, con los demócratas y aun con los demagogos de 1792 y 1793 de París, habian asustado y escandalizado á su país, con una proteccion elocuente, pero escesiva, á los hombres y á los actos reprobados por la conciencia de la Inglaterra. Habian hecho de la revolucion francesa en sus mas siniestros períodos, un medio de tribuna y un elemento de popularidad: habian jacobinizado el partido popular en la Gran Bretaña; por lo mismo, le habian debilitado y estrechado. Es carácter de los oradores y de los partidos ingleses, mezclarse, sin comprenderlos suficientemente, en los asuntos nacionales y políticos del Continente. Mr. Fox, al tomar aquella tintura del jacobinismo de París se habia unido por mucho tiempo á la causa de la revolucion constitucional y republicana. Aquel hombre, mal juzgado en el Continente, no tenia de hombre de Estado mas que la palabra. Hombre de oposicion y de popularidad antes que todo, eco debilitado de Mirabeau en el parlamento británico, rival impotente de Mr. Pitt, la verdadera personificacion de las opiniones ó intereses de su país, le habia fatigado sin vencerle. El buen sentido inglés habia sostenido á

Mr. Pitt, contra la oposicion de Fox, tribuno de fama, ídolo del club. Aquella disposicion pasagera de la opinion de la Inglaterra, en el momento en que Luis XVIII meditaba sobre su próximo gobierno en los jardines de Hartwell, era eminentemente propio para engañarlo sobre el espíritu de la Europa, y para inspirarle en el principio monárquico que abrigaba en sí, una fé exagerada, de que la Europa no participaria por mucho tiempo.

XXXVIII.

Sin embargo, sus ideas eran mas avanzadas que todas las que le rodeaban en su soledad. Unico hombre reflexivo, y exento de las preocupaciones de corte y de cuna de su hermano, de sus sobrinos, y de sus cortesanos, tenia una mirada á la altura del horizonte que se abria para él. Mas aislado, hubiera sido mas libre y mas fuerte: los que le rodeaban, le molestaban para pensar. Por complacencia y por debilidad se veia obligado á fingir con su familia y servidumbre, mas odio y desprecio á la revolucion, de lo que efectivamente sentia. En el fondo, estaba muy inclinado á perdonar una revolucion que le restituyese el trono, y que se estendiese con él para consolidarle por el poder del nuevo espíritu. Su entendimiento se habia rejuvenecido con la reflexion, á medida que su cuerpo envejecia con los años. Era un rey de lo pasado, pero era un hombre del siglo. Tenia recuerdos de rutina, y presentimientos de genio. La Providencia parecia haberle amoldado y reservado á propósito para enlazarse lo pasado con el porvenir, para concebir una restauracion, y para frustrarla no por falta de inteligencia, sino por la falta de su nombre.

En su esterior se advertia la lucha que sostenia su

legislador, un conquistador, porque su reposo y magestad, alejaban toda semejanza con esas profesiones, que empalidecen y arrugan las facciones; diria, ¡es un rey!... pero un rey que no ha esperimentado todavia las inquietudes y el cansancio del trono, es un rey que se dispone á reinar, y que ve por el lado mas lisongero, el trono, el porvenir y los hombres. Tal era el rey en Hartwell, la víspera del dia en que la Providencia iba á buscarle al destierro para ceñirle la corona.

LIBRO ONCE.

El conde de Artois.—Su carácter.—Su situacion en la córte y en Francia en 1789.—Su fuga de Versalles.—Sus viages por Bélgica, Italia, Alemania y Rusia.—El conde de Artois y el conde de Provenza en Coblentza.—Su situacion respectiva en la emigracion.—Guerra contra la Francia.—El conde de Artois se retira á Inglaterra.—Sus manejos.—Parte para desembarcar en Bretaña.—Se queda en la Ile Dieu.—Su regreso á Lóndres.—Carta de Charette.—Tentativa de los emigrados de Lóndres contra el primer cónsul.—Muerte de madama de Polastron.—Dolor del conde de Artois.—Influencia de aquella muerte en el carácter y la política del conde de Artois.—El duque de Angulema.—El duque de Berry.—La duquesa de Angulema.—Su vida en el Temple.—Muerte de su hermano.—Sale de su prision y pasa á Alemania.—Su matrimonio en Mittau.—El duque de Orleans.—El príncipe de Condé.—El duque de Borbon.—El duque de Enghien.—Su carácter.—Su amor.—Su vida en Ettenheim.—Napoleon le manda espiar.—Rapto del duque de Enghien.—Le conducen á Estrasburgo.—Su carta á la princesa Carlota.—Su diario.—Es conducido á Paris y encerrado en Vincennes.

I.

El conde de Artois era mas jóven que su hermano Luis XVIII, pero aunque hubiera vivido un siglo, su talento habria sido mas jóven todavia. Aquel príncipe tenia una de esas naturalezas que no maduran jamás, porque solo tienen las cualidades y defectos de la primera edad. En su adolescencia el conde de Artois habia sido el ídolo de su familia, de la córte, y de Paris. Su belleza, sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

legislador, un conquistador, porque su reposo y magestad, alejaban toda semejanza con esas profesiones, que empalidecen y arrugan las facciones; diria, ¡es un rey!... pero un rey que no ha esperimentado todavia las inquietudes y el cansancio del trono, es un rey que se dispone á reinar, y que ve por el lado mas lisongero, el trono, el porvenir y los hombres. Tal era el rey en Hartwell, la víspera del dia en que la Providencia iba á buscarle al destierro para ceñirle la corona.

LIBRO ONCE.

El conde de Artois.—Su carácter.—Su situacion en la córte y en Francia en 1789.—Su fuga de Versalles.—Sus viages por Bélgica, Italia, Alemania y Rusia.—El conde de Artois y el conde de Provenza en Coblentza.—Su situacion respectiva en la emigracion.—Guerra contra la Francia.—El conde de Artois se retira á Inglaterra.—Sus manejos.—Parte para desembarcar en Bretaña.—Se queda en la Ile Dieu.—Su regreso á Lóndres.—Carta de Charette.—Tentativa de los emigrados de Lóndres contra el primer cónsul.—Muerte de madama de Polastron.—Dolor del conde de Artois.—Influencia de aquella muerte en el carácter y la política del conde de Artois.—El duque de Angulema.—El duque de Berry.—La duquesa de Angulema.—Su vida en el Temple.—Muerte de su hermano.—Sale de su prision y pasa á Alemania.—Su matrimonio en Mittau.—El duque de Orleans.—El príncipe de Condé.—El duque de Borbon.—El duque de Enghien.—Su carácter.—Su amor.—Su vida en Ettenheim.—Napoleon le manda espiar.—Rapto del duque de Enghien.—Le conducen á Estrasburgo.—Su carta á la princesa Carlota.—Su diario.—Es conducido á Paris y encerrado en Vincennes.

I.

El conde de Artois era mas jóven que su hermano Luis XVIII, pero aunque hubiera vivido un siglo, su talento habria sido mas jóven todavia. Aquel príncipe tenia una de esas naturalezas que no maduran jamás, porque solo tienen las cualidades y defectos de la primera edad. En su adolescencia el conde de Artois habia sido el ídolo de su familia, de la córte, y de Paris. Su belleza, sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gracias, la indiferencia de su carácter, la frivolidad de su talento, que correspondia mas á la mediania de los que le rodeaban; un corazon franco y bondadoso, una liberalidad pródiga, un carácter leal, una fidelidad de palabra caballeresca, la pasion á las mugeres, vicio tolerable y que con frecuencia honra á los héroes, la apariencia mas que la realidad de las inclinaciones militares, sus agudezas, y la futilidad que sus aduladores llamaban genio francés, habian grangeado mucho partido á aquel jóven principe en la aristocracia. Trataron de que formase contraste con su hermano el conde de Provenza. Cuanto mas favorable se mostraba éste á las reformas del reino y á las intenciones populares de Luis XVI, mas se declaraba el conde de Artois adversario desdeñoso de las concesiones, y el conservador obstinado de los vicios y vetusteces del gobierno. Aparentaba no ver en la revolucion que iba tomando incremento, mas que una de esas emociones pasageras de la plebe, con las que se debe combatir y no discutir. Ninguna de las ideas que se generalizaban habia penetrado en su alma. Aquellas ideas suponian en efecto inteligencia, y él no reflexionaba jamás.

II.

Echado á perder por la córte, adulado por un pequeño círculo de jóven aristocracia, tan fútil é irreflexiva como él, presentado al ejército y á la nobleza como el príncipe que los reuniria bajo la bandera de la monarquía absoluta, y que bien pronto desgarraria con la punta de su espada todas las ilusiones liberales de la nacion, y las concesiones del trono, aquel príncipe no veia la revolucion. Continuaba cazando, representando, amando, y criticando á la córte, se alimentaba con el viento de la opinion contra-revolucionaria, é incitaba á Luis XVI á que

diese los golpes de fuerza ó de audacia que sus consejeros le inspiraban.

La revolucion, que habia medido desde lejos la impotencia de aquel aturdimiento en un príncipe jóven, le perdonaba por desprecio sus antipatías contra ella: no le temia bastante para aborrecerle. Le olvidaba ó le confundia en segunda línea. Mirabeau, el duque de Orleans, Barnave, el partido constitucional, y el partido jacobino, estaban convencidos de que en aquel príncipe no habia recursos ni peligro serio para la revolucion. Le perdonaban por indiferencia. La reina y su córte íntima, los Polignac, los Rezenval, Lamballe, Vandreuil, Coigni, Adhemar y Fersen, fomentaban en secreto el heroismo de ideas del conde de Artois y de la juventud que le rodeaba. El rey le queria pero no le consultaba. El conde de Provenza se compadecia de su jactancia. Unos y otros deseaban que se alejase de la córte para que se llevase la impopularidad que atraia sobre el rey su hermano. El partido decidido contra las innovaciones lo deseaba mas vivamente para hacer de aquel jóven príncipe el embajador de la monarquía absoluta y de la aristocracia francesa en Europa, para agrupar en derredor suyo á los emigrados en las fronteras, y para colocarle, como él mismo se colocaba de antemano cual héroe libertador del trono, en el lugar del vengador de la osadía de la nacion.

III.

El sentimiento de antipatía que le profesaba el pueblo de París, las primeras conmociones populares, la sesion del juego de pelota, la toma de la Bastilla, el ministerio de Mr. Necker impuesto á la corona, la prevision de los ultrages y de los peligros de la córte, no tardaron en de-

cidirle á adoptar el partido desesperado de la emigracion y de la guerra á su pais. Huyó de Versalles á fines de 1789, fué á Bruselas, luego á Turin á casa de la familia de su esposa, solicitó socorros y subsidios de la córte de Cerdeña, agrupó algunos cuantos nobles descontentos en derredor suyo en Chambery, en la última frontera, esparció algunos agentes y provocaciones en Lyon y en el Mediodía, salió mal en todas partes, volvió á pasar los Alpes, tuvo conferencias en Mántua con el emperador de Austria, para inclinarle á una liga de reyes contra su pais, no obtuvo mas que promesas, y despues de largas dilaciones, marchó, por fin, á Petersburgo al lado de Catalina II. Aquella princesa, que habia vislumbrado de una mirada el alcance de los principios revolucionarios sobre los pueblos, buscaba un héroe que oponer á los tribunos. Lo que habian dicho del conde de Artois, de su intrepidez, de su impaciencia por los combates, habia hecho esperar á la emperatriz que el conde de Artois seria el Macabeo de los tronos. Le recibió como al futuro libertador de la monarquía en el Occidente, le dió subsidios, le animó y le preparó contingentes de tropas para la coalicion, en que procuraba hacer entrar á la Prusia y al Austria. Le regaló con solemnidad una espada guarnecida de diamantes, y le dirigió palabras que realzaban el precio de aquel don, y le daban la significacion de una declaracion de guerra á la Francia. No tardó en reconocer que el jóven príncipe no tenia mas que el corazon y el esterior de un héroe, y que su inteligencia, evaporada por la vida de la córte, y enervada por las adulaciones de sus palaciegos, se consumiria en movimientos sin objeto, y en jactancias estériles para la causa comun. Catalina, despues de haberle visto, no esperó ya nada de él.

IV.

El conde de Artois recorrió de ese modo todas las cortes de Europa, dejando en ellas la impresion de su gracia, de su lijereza, de su lealtad, y tambien de su insuficiencia. Se replegó á las orillas del Rhin y fué el héroe de Coblentza. La emigracion aumentada por el terror á cada nuevo acceso de la revolucion, y convertida bien pronto en moda entre la nobleza, en la córte y en el ejército, se agrupó en derredor suyo, con todos sus temores, sus amenazas y sus locuras. Era el príncipe que convenia á sus ilusiones: reinaba en ella por derecho de ceguedad y de imprevision: gozaba la popularidad que da la mancomunidad de causa y de vértigo. Rodeábase allí de todas las impopularidades y doctrinas, que el sentimiento de su incompatibilidad con la nacion obligaba á abandonar la patria. Era la corte de la vejez y de la juventud. Los emigrados viejos hablaban, escribian é intrigaban por él, y los jóvenes le ofrecian con la mayor abnegacion sus brazos y sus vidas. Aquella pequeña Francia fugitiva en el estrangero, se creia bastante fuerte para luchar cuerpo á cuerpo con la revolucion, y para someter la Francia á aquel nuevo Coriolano.

V.

Las intrigas y amenazas del conde de Artois comprometian á Luis XVI con su pueblo y agravaban inmensamente sus embarazos y sus peligros en París. El jóven príncipe escitaba á todas las potencias del Norte y del imperio Germánico á la guerra, mientras el rey, rehen de la Francia en las Tullerías, negociaba la paz. Aquel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL BIBLIOTECAS

desgraciado monarca no desconocia que la guerra exigida con hábil obstinacion por los jacobinos y girondinos, daria un acceso mas decisivo á la revolucion aletargada, y que los primeros reveses de la Francia serian el texto de todas las acusaciones y de todos los ultrages contra su familia y contra él. Solo Robespierre, mas político entonces que los jacobinos, y mas honrado que los girondinos, resistia el impulso universal hácia la guerra, y parecia secundar al rey en su deseo de conservar la paz. Y era porque Robespierre tenia una teoria, y los jacobinos y girondinos no tenian mas que intereses y ambiciones. El obstinado tribuno, que mas tarde debia hacer uso de la hacha, temia á la espada. Conocia con la exactitud del instinto, que si la guerra era desgraciada, aniquilaria la revolucion, y que si era feliz, no tardaria en volver al ejército contra la Asamblea nacional, crearia las popularidades militares las mas peligrosas de todas para una democracia, y haria que las armas dominasen las ideas. Pero el rey y Robespierre no podian por sí solos contener al conde de Artois; los emigrados, los jacobinos y los girondinos que creian tener un interés en la guerra, sacrificaban al rey. Por último estalló.

VI.

El conde de Artois, se la dejó hacer al príncipe de Condé, al duque de Borbon, y al jóven duque de Enghien que habia nacido soldado. Se habia reunido en Coblentza con el duque de Provenza, de mas edad, mas sério, y mas reflexivo que él. Estos dos príncipes, que recelaban uno de otro, y que no querian perder el prestigio con sus partidarios, se dividieron en partes casi iguales las pretensiones y la autoridad, que en nombre de Luis XVI se abrogaban en el estrangero. Ambos tuvieron su córte, su política algunas veces comun, pero con mas frecuencia separada, y sus agentes y sus intrigas en Francia y en todas las córtes. Desde aquella época en que la Restauracion no era mas que un sueño lejano, los publicistas, los palaciegos, y los enviados del conde de Artois, se distinguian de los del conde de Provenza, por un desacuerdo de tiempo mas incurable, y de odio irreconciliable, contra los principios populares, y contra las concesiones hechas á la revolucion.

VII.

La guerra fué blanda. Despues de la tentativa de invasion de la Prusia en Francia, la retirada del duque de Brunswick, las victorias de Dumouriez, el 10 de agosto, y la prision y muerte de Luis XVI, el conde de Artois quedó abandonado en el continente. No queriendo permanecer subordinado á su hermano, continuó viajando por Europa, y por último, se retiró á Inglaterra con el vano título de lugarteniente general del reino, que Luis XVIII le dió para satisfacer su ambicion, y su necesidad de aparente actividad en los negocios. Desde alli, rodeado de los mismos amigos que tan mal le habian aconsejado en su juventud, no cesó de urdir tramas de restauracion realista en la Vendée, en Bretaña, y en Normandía. Pero sus cortesanos nunca le permitieron que desembarcase él mismo. Testigo de las insurrecciones, de los sacrificios y los prodigios de Charette, la Rochejaquelein, Lescure y sus intrépidos y obstinados soldados, se limitó á enviarlos de cuando en cuando armas, subsidios, proclamas y emisarios. Un Enrique IV, ó un Gustavo Wasa francés, podia entonces haber dado tal unidad, tal impulso y tal entusiasmo á la guerra contra la Convencion gastada y cansada, que si no hubiese

vencido la restauracion, la monarquía habria al menos sucumbido con gloria.

VIII.

Por último, el gobierno inglés, odiosamente calumniado por la emigracion en los socorros que la prodigaba sin tasa, consintió en llevar al conde de Artois á las costas de Francia con una escuadra, y con fuerzas regulares dignas de un pretendiente. El valor y el talento del general Hoche, desconcertaron é impidieron el desembarco de la vanguardia en Quiberon. El conde de Artois, invocado por los ejércitos realistas de Bretaña, despues de pasar muchas semanas á vista de la costa ó de la ile Dieu, pareció temer al suelo que le llamaba. Se dejó conducir á Lóndres por el almirante inglés, con una fingida apariencia de violencia hecha á su valor, sin haber puesto el pie en el territorio francés, que hacia tantos años estaba amenazando con su presencia. Los emigrados á su regreso, prorumpieron en invectivas contra el gobierno inglés, á quienes acusaban de haberles querido entregar á los republicanos. La ingratitud oscureció durante algun tiempo la verdad, mas apareció por fin: el príncipe habia carecido de prudencia al solicitar una espedicion de desembarco, ó de resolucion no desembarcando para reunirse con Charette y los ejércitos vendeanos. Charette indignado no pudo contener su cólera: escribió que sabria morir por los que no sabian combatir.

Hé aqui la carta en que hizo avergonzar á los tímidos consejeros del conde de Artois por su abandono: en la guerra civil, la cobardía es un crímen mas.

«Señor: la cobardía de vuestro hermano todo lo ha perdido. No podia presentarse en la costa mas que para perderlo ó salvarlo todo. Su regreso á Inglaterra ha decidido nuestra suerte. Dentro de poco no podré hacer mas que morir inútilmente por vuestro servicio.

«Soy con el mas profundo respeto de vuestra magestad etc.»

IX.

Otras tentativas igualmente infructuosas se hicieron por aquella pequeña córte despues de la caida del Directorio y del advenimiento de Bonaparte al poder. Aquellas tentativas en que tomaron parte Georges y sus amigos, Pichegrú y los suyos, y que costaron la libertad á los jóvenes Polignac, no tenian mas que el carácter aislado y desesperado de los golpes de mano. El honor y la compasion del conde de Artois, alejan de él hasta la sombra de complicidad en la composicion de la máquina infernal, y en el rapto á mano armada del primer cónsul que Georges premeditaba en Paris. Pero si los que rodeaban al conde de Artois no tenian ningun contacto con asesinos, le tenian con los intrépidos aventureros de restauracion, que no habiendo podido conquistar la Francia, trataban de sorprenderla.

X.

Cansado el príncipe de esperanzas defraudadas en la tierra, hacia ya algun tiempo que se habia refugiado en esperanzas celestiales. Una pérdida cruel y vivamente sentida, le separó de repente del mundo. El motivo, la energía y la perseverancia de su mudanza de vida, descubrieron en él un poder de amar, y una constancia de resolucion, que nadie sospechaba en la molicie é incon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sistencia de sus costumbres: probó que si hubiera sido mejor inspirado por los que le rodeaban, habria podido mostrar el heroismo de la politica, como mostraba el del amor y de la piedad.

El jóven príncipe se habia inclinado en la sociedad de la reina, á una cuñada de la condesa Julia de Polignac, favorita de aquella princesa. La jóven, de una hermosura que rivalizaba con la de la condesa de Polignac, estaba casada con el conde de Polastron. Los amores del conde de Artois y de la condesa comenzados en las fiestas de Trianon habian continuado en el pais estrangero. El conde de Artois, estasiado con la ternura y las gracias de aquella muger completa, habia renunciado por atractivo y por fidelidad á todas las pasiones lijeras que su hermosura personal hiciera concebir en su adolescencia. No vivia mas que para madama de Polastron. Era para él la ternura viva y el recuerdo adorado de la juventud, de la córte y de la patria. Una enfermedad de languidez agravada por el clima brumoso de la Inglaterra, atacó á madama de Polastron. Vió acercarse lentamente la muerte en toda la frescura de sus gracias, y en medio de las delicias de una pasion correspondida. La religion la consoló como habia consolado á la Valliere: quiso hacer partícipe de aquellos consuelos é inmortalidad á su amante. Se convirtió á la voz de aquel mismo amor que con tanta frecuencia y tan deliciosamente le habia apartado de pensamientos graves. Uno de sus capellanes, que despues fué el cardenal de Latil, recibió en la misma habitacion de la hermosura arrepentida, las confesiones y remordimientos de los dos amantes. «Juradme, decia madama de Polastron al jóven príncipe, que yo seré vuestra última falta y vuestro último amor sobre la tierra, y que despues de mí, no amareis mas que al único objeto de que no puedo tener celos, Dios.» El príncipe lo juró con el corazon y con los labios. Madama de Polastron consolada, llevó con su último abrazo su corazon al cielo. El conde de Artois, de rodillas al pie de la cama de su querida, repitió aquel juramento á su sombra, y le guardó toda su larga vida hasta el sepulcro, aunque era jóven, hermoso, príncipe y rey todavía querido. Desde aquel dia, fué otro hombre.

XI.

Pero aquella probidad de corazon que encontró en en amor, y la piedad que sacó de la muerte, no hicieron mas que cambiar la naturaleza de sus debilidades. Sul nuevas virtudes hicieron desde aquel dia para él, el efecto de sus antiguas faltas. Estrecharon su inteligencia sin elevar su valor. Le entregaron enteramente á influencias eclesiásticas, que esplotaron piadosamente su conciencia como otros habian esplotado sus lijerezas. Su politica no fué mas que una ciega adhesion á la restauracion temporal de la iglesia, á cuyos ojos no era menos culpable la revolucion, que á los del trono y de la aristocracia: quiso rescatar las incredulidades de su juventud, por los servicios á la fé de su edad madura. Dedicó de corazon su reinado futuro á aquel pensamiento. Conservó á su lado como consejeros prácticos á los obispos emigrados de su córte, que habian sido testigos de su dolor, y habian bendecido su despedida de la muger que amaba. Mr. de Latil y Mr. de Couzée, el uno futuro cardenal, y el otro ya obispo de Amiens, el abate de Bouvans y otros miembros del clero refugiados en Lóndres, influyeron cada vez mas en politica. Su intimidad recordaba la córte desterrada y devota de Jacobo II en San German. El trono y el altar fueron las dos únicas palabras de órden de sus consejos y sus agentes. Creyó que la proteccion divina, la sinceridad de su fe y la santidad de sus designios, aseguraban su causa, le dispensaban de toda sabiduría humana, y haria triunfar por medio de milagros, la politica del rey confundida con

la de Dios. Los pensamientos mundanos y la política terrestre de su hermano Luis XVIII, le parecian casi una concesion á la impiedad del tiempo, y una aceptacion funesta de las doctrinas filosóficas y revolucionarias del siglo XVIII. Vivió en Lóndres en una esfera aparte de amistad, prácticas piadosas y de oposicion anticipada al reinado. Espiaba con la vista el momento en que el imperio se hundiria completamente, para entrar el primero en Francia por la brecha de los ejércitos estrangeros, para adelantarse á su hermano, para justificar su reputacion de príncipe militar y emprendedor, y para tomar con el nombre de lugarteniente general del reino, una iniciativa, un papel y un partido, que le asegurasen una grande influencia en la restauracion. El carácter circunspecto y solemne de su hermano, las enfermedades que le condenaban á la inaccion, el título de rey que le prohibia aventurarse en los campamentos, dejaban al conde de Artois y á sus hijos aquella delantera que querian tomar á la córte de Hartwell. Su juventud, su noble y elevada estatura, su fisonomía régia que recordaba á Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, su hermosa mirada, su acento marcial y franco, y su gracia para montar á caballo, le hacian eminentemente propio para grangearse las miradas del pueblo, y para ser el programa viviente de una restauracion.

XII.

Este príncipe tenia dos hijos, el duque de Angulema y el de Berry. El duque de Angulema era uno de esos hombres de talento mediano, de corazon escelente, modesto en sus pretensiones, valiente de sangre fria, y en quien jamás se hubieran notado mas que virtudes, si no hubiese sido puesto en escena por su nacimiento en papeles demasiado elevados para sus cualidades oscuras.

Jamás habia tenido juventud. Llamado de los campamentos de la emigracion por su tio Luis XVIII para casarse con la hija de Luis XVI, habia vivido casi siempre á la vista del conde de Provenza, y bajo el imperio de su muger, mas inteligente y dominante que él. Desde muy luego habia aceptado aquellas dos superioridades. Subordinado de corazon á la sabiduría magistral del rey y á la ferviente piedad de su muger, pensaba como el uno y obraba como la otra. No era propia por su naturaleza mas que para el papel de discípulo obediente de un maestro que admiraba, y de esposo fiel de una muger que habia sido su primero y único amor. Luis XVIII se complacia en formarle para el trono que debia ocupar algun dia. Era el Telémaco dado por el destierro á aquel sabio, y del cual queria modelar un rey: pero la naturaleza no se prestaba á ello: no habia puesto en el duque de Angulema, mas que la materia de un hombre honrado. Hasta su esterior desmentía desgraciadamente su papel de príncipe hereditario, destinado á fascinar las esperanzas del pueblo en derredor del trono de un anciano. Hijo de una princesa de la casa de Saboya, llevaba en sus facciones y en su trage, yo no sé qué sello de esas naturalezas inteligentes que se encuentran en los elevados valles de aquellos Alpes. Aquella marca no era de ningun modo la espresion de su talento que por el contrario era sano, reflexivo y estudioso: era la desgracia de su fisonomía. Sus ojos se cerraban al mirar como si temiesen la luz. Su sonrisa era convulsiva y en contradiccion con sus pensamientos: su cabeza se movia como si estuviese mal unida al cuerpo, y cuando andaba lo hacia como un pato, fijando la vista en la punta de los pies. Balbuceaba cuando hablaba, y todo le intimidaba menos la espada, porque era soldado de nacimiento. Amaba los campamentos, pero estos no podian quererle sino á fuerza de conocerle y apreciarle. Vivia en Hartwell, dócil á su muger y al rey: sus opiniones eran constitucionales.

XIII.

El duque de Berry tenia el carácter, la naturaleza y los gustos mas opuestos. Era turbulento y brusco como un príncipe abandonado á su exuberancia y á sus estravíos: poseia la vivacidad y las cualidades de la juventud, aumentadas por la independencia precoz y por la adulacion de los cortesanos de su padre. Siendo casi niño, se habia señalado en el ejército de los príncipes por un valor temerario y arrebatado que le habia hecho amar de la juventud noble emigrada. La ociosidad le habia llevado á Lóndres, y allí vivia en los placeres, y con los amoríos de su raza y de su edad. No tenia la reflexion del duque de Angulema, las doctrinas políticas de su tio, ni la devocion de su padre. Rodeado de amigos y de queridas, recordaba la juventud de Cárlos II, mezclando la frivolidad y los placeres con las aventuras del destierro: pero no tenia las gracias seductoras de aquel príncipe. De corta estatura, grueso de cuerpo, ancho de espaldas como Duguesclin, corto de cuello, cabeza gruesa, facciones comunes, y movimientos sin gracia, sus rasgados y espresivos ojos azules recordaba la raza de los Borbones, y su sonrisa su bondad. Se le creia dotado de un talento inculto, pero con ocurrencias felices que son los destellos del alma. Su generosidad compensaba sus arrebatos y sus rudezas: ofendia, pero reparaba pronto las ofensas. Habia nacido soldado, le gustaba manejar las armas, los caballos y las tropas, pero no sabia seducirlas. Su mano era en todo como su espíritu, demasiado brusca y áspera, pero su valor era impetuoso. Habia nacido para derramar su sangre por un trono y por una patria en otro sitio que en el pórtico de un teatro, y á impulsos del puñal de un asesino.

XIV.

La duquesa de Angulema era el lazo que unia á la córte del conde de Artois, y á la severa de Hartwell. Era hija de Luis XVI, la huérfana abandonada en los calabozos del Temple, despues del asesinato de toda su familia, y de la larga agonía de su hermano el rey niño y martirizado Luis XVII. Ni en la antigüedad ni en los modernos tiempos, ha habido destino trágico comparable á la vida de aquella princesa. La he seguido, en la *Historia de los Girondinos*, desde su cuna en Versalles hasta el suplicio de su tia, madama Isabel, á quien su madre María Antonieta la habia encomendado al salir de de su prision para subir al cadalso. Me remonto á este momento para seguirla rápidamente hasta la época en que iba á acercarse al trono. La compasion de la Francia y de la Europa, no la habia perdido de vista desde que se alejó. Las desgracias, los calabozos, el luto, los suplicios, las lágrimas de aquella jóven que pagaba por su raza males de que estaba pura, víctima de una revolucion que devoraba á su padre, su madre, su tia, su hermano, y que la dejaba sola en las bóvedas de una cárcel llena de sus sombras, entraban por mucho en los recuerdos y en el interés que atraian la imaginacion de la Francia hácia los Borbones ausentes. Pareciales á los corazones generosos que pesaba con su nombre un remordimiento sobre la patria, y que el pueblo francés la debia una secreta espiacion. Cuando la naturaleza ultrajada habla tan alto en las almas de los hombres, de las mugeres, de las madres, de las hijas, y de las generaciones jóvenes, la naturaleza ocupa su lugar en la política. La duquesa de Angulema era el sentimiento en la causa de la restauracion.

XV.

Al dia siguiente en que su tia madama Isabel, jóven hermana de Luis XVI subió al cadalso á los veinte y nueve años de su edad, en medio de las muestras de respeto de sus cuarenta compañeras de suplicio que la besaban la mano antes de entregar su cuello al verdugo, la jóven princesa que tenia menos de quince años, preguntaba por su tia y por su madre á todos los carceleros, sin sospechar que las hubiese separado la muerte. Las creia en otra prision ó detenidas por el interrogatorio de un tribunal: esperaba ver abrir la puerta del Temple, y que volviesen á su soledad y su ternura. Los carceleros no fueron bastante crueles para desengañarla. Solo prolongándose el tiempo y la ausencia la hicieron perder sus ilusiones. Pidió que la enviasen los vestidos y la ropa blanca que las dos víctimas se habian dejado en los armarios de su habitacion. Los carceleros se turbaron y comenzó á sospechar que su madre y su tia ya no necesitaban ropas en la tierra. Prorumpió en llanto sin desesperar sin embargo de su regreso. Aquella esperanza fué amortiguándose todos los dias y todos los meses, y la contristada fisonomía de los carceleros, acabó de completar la revolucion.

Su madre y su tia al salir de la prision, la dijeron: Si no volvemos pide al ayuntamiento de Paris una muger para que te asista en el calabozo, para que no te quedes sola con los hombres. Las obedeció por deferencia, sin esperanza de que la dureza de sus guardadores accediese á su pretension. La contestaron en efecto que no necesitaba ninguna muger para adornarse entre aquellas paredes. Finjieron temer que el aislamiento y la desesperacion la condujesen al suicidio, que su tierna piedad miraba como el mayor de los crímenes. La quitaron los cuchillitos que servian entonces para limpiar el polvo de la frente de las señoras, las tijeras, las agujas de hacer media, y hasta los mas inocentes utensilios de hierro y de acero necesarios para las labores mugeriles, con los que por lo menos hubiera podido entretener la ociosidad de su soledad, ó componer sus destrozados vestidos: la recogieron hasta un eslabon con el que podia encender luz para pasar las noches y el insomnio: hasta la luz pareció un alivio del cielo demasiado indulgente para la jóven cautiva. La prohibieron encender la estufa con que calentaba su encierro.

XVI.

No tenia mas consuelo que el sueño, la vista del cielo á través de las rejas, y algunas visitas al Delfin su hermano, preso en un cuarto inmediato, y ya muy decaido por la enfermedad y la ferocidad de sus guardas. Los que la llevaban y volvian eran algunas veces clementes y tiernos, pero con mas frecuencia beodos y brutales. La vista y la conversacion de su hermano no hacian mas que aumentar su consternacion.

Aquel niño de once años, que al entrar en la prision era hermoso como su madre, habia enflaquecido y marchitádose prematuramente, desde que habia pasado del regazo de María Antonieta y de las rodillas de Luis XVI á manos de unos fanáticos pagados para matar en él á lo que llamaban el cachorro del trono. Habianle enseñado las canciones obscenas y los ultrages populares contra su propia familia, y obligado á que su inocente mano firmase contra su madre una deposicion incestuosa cuya impía significacion no comprendia, y le habian embrutecido para quitarle su candor infantil y su inteligencia.

«Aquel pobre niño, escribia su hermana, estaba acur-

rucado en su infecta habitacion entre inmundicias y harapos: no barrian mas que de mes á mes. El niño que habia ido perdiendo sus sentidos, tenia horror á aquel sitio, y vivia como un ser inmundo en un albañal. Solo entraban allí cuando le llevaban la comida, que se componia de pan, lentejas, y un pedazo de cecina en una cazuela de barro, sin vino ni fruta. Despues de la muerte de Robespierre se dulcificaron un poco aquellas brutalidades, pero sin embargo, todavía eran insoportables.»

XVII.

«Le encontramos, dice Harmand, representante del Mosa, en un cuartito pequeño sin mas mueble que una estufilla de porcelana que comunica con la pieza inmediata. En aquel cuarto tenia la cama. El príncipe estaba sentado á una mesita cuadrada, sobre la que habia esparcidos varios naipes, unos doblados en formas de cajitas, y otros en la de castillos: cuando entramos estaba ocupado con sus cartas. No suspendió su juego: el traje que vestia era como el de los marineros, de paño de color de pizarra, y en la cabeza no tenia nada: á los pies de la cama habia un gergon, que servia de lecho á un zapatero de viejo llamado Simon, que la municipalidad de París habia colocado al lado del niño, antes de la muerte de Robespierre. Bien sabido es, que ese tal Simon, se burlaba cruelmente del sueño del preso: sin consideracion á una edad para la que el sueño es una necesidad tan imperiosa: durante la noche le llamaba varias veces.—Héme aquí, ciudadano, respondia el niño mojado de sudor ó transido de frio.—Acércate que te toque: replicaba Simon. Acercábase el pobre niño y el brutal carcelero le solia dar un puntillon que le hacia rodar por el suelo, diciéndole: vete á acostar, lobezno.... Me acerqué al príncipe. Nuestros movimientos no parecian hacer ninguna impresion en él. Le invitamos á que anduviese, hablase y se distragese, y que contestase á un médico que la Convencion iba á enviarle. Escuchaba con indiferencia, parecia comprender, pero no respondia nada. Nos dijeron que desde el dia en que los comisarios del comun habian obtenido de su ignorancia infames deposiciones contra sus padres, en que habia comprendido las desgracias y los crímenes de que le habian hecho instrumento, habia tomado la resolucion de no proferir una palabra por temor de que no abusasen de él.... Tengo el honor de preguntaros señor, le replico Harmand, si deseais un perro, un caballo, pájaros ó uno ó muchos compañeros de vuestra edad que traeremos á vuestro lado. ¿Quereis bajar ahora al jardin ó subir á las torres?... Ni una palabra, ni una seña, ni un gesto, aunque tenia la cabeza vuelta hácia mí y me miraba fijamente. Aquella mirada, añade el comisario, tenia tal carácter de resignacion y de indiferencia, que parecia decirnos: despues de haberme hecho deponer contra mi madre venís sin duda á exigir que declare contra mi hermana. Me haceis morir: ya hace dos años se va estinguiendo mi vida ¡qué me importan ahora vuestras caricias: acabad con vuestra víctima!... nosotros le suplicamos se pusiese de pie: sus piernas eran largas y delgadas, los brazos lo mismo, el cuerpo corto, y el pecho hundido, los hombros altos y estrechos; solo la cabeza era hermosa en todo su conjunto, la piel blanca pero sin vigor, los cabellos largos, rubios y rizados. Andaba con mucha dificultad: despues de haber dado algunos pasos se sentó en su silla, apoyando los codos sobre la mesa. La comida que se le llevó en una escudilla de barro encarnado consistia en algunas lentejas, seis castañas asadas y un cubierto de estaño sin cuchillo y sin vino. Mandamos que le tratasen mejor é hicimos que le trajesen algunas frutas. Le preguntamos si le gustaban la fruta y las uvas, no contestó y lo comió

sin hablar. Cuando comió las uvas le preguntamos si queria mas; guardó el mismo silencio, preguntamos si aquel silencio tan obstinado, databa efectivamente del dia en que le habian arrancado con violencia la monstruosa declaracion contra su madre, y nos aseguraron que desde aquel dia el niño habia cesado de hablar. El remordimiento habia precedido á la inteligencia.»

XVIII.

La jóven princesa, cuya prision estaba contigua á la de su hermano, le veia algunas veces, por condescendencia de sus carceleros. Le veia empeorarse y ella moria tambien con dos agonías. Bien pronto el niño caminó á la muerte, como una planta privada de aire y de sol.

«La Convencion, dice ella, al saber su próximo fin envió una diputacion para que hiciese constar su estado. Los comisarios se compadecieron y mandaron se le diese mejor tratamiento. Lorenzo, hombre de un carácter mas humano, que habia reemplazado al zapatero Simon, hizo bajar de mi cuarto una cama al tabuco ocupado por mi hermano. La suya estaba llena de insectos; bañaron al niño, le limpiaron la inmundicia de que estaba cubierto y le dejaron completamente solo. Lorenzo, preguntado por mi acerca de la suerte de mi madre y mi hermana, cuya muerte ignoraba, me respondió con aire de compasion y de misterio, que no podia darme ninguna noticia acerca de eso.

«Al dia siguiente, unos hombres con banda que vinieron á visitarme y á quienes hice la misma pregunta, me respondieron con el silencio, y añadieron que hacia mal en recordar la reunion con mis padres porque estaba bien allí.—¿No es horroroso, les dije, estar separada de mi madre y de mi tia ya hace un año, sin tener noticias suyas?—¿No estais enferma? dijeron aquellos hombres.—No, les contesté: ¿pero hay enfermedad peor que la del corazon?—Esperad, me dijeron al retirarse, en la justicia y en la bondad del pueblo francés —¿Era aquello compasion ó ironía?

XIX.

Asi trascurrian los dias, los meses y los años, para la cautiva del Temple, que solo tenia diez y seis. A principios de noviembre, la Convencion mas clemente, envió un hombre de corazon sensible á Lorenzo para cuidar al niño. Aquel hombre llamado Gonin, tuvo un cuidado paternal. Permitióse por fin al niño tener luz por la noche en su prision, y Gonin pasaba con él las horas para distraerle. Le hizo bajar algunas veces á un salon del piso bajo de la torre, cuyas ventanas sin claraboya, dejaban penetrar el sol y ver las hojas, y luego al jardin para que pasease, pero el golpe de la muerte ya estaba dado. Gonin podia dilatar la muerte, pero no reanimar la vida en aquella víctima de cuatro años de soledad y de abandono. El invierno trascurrió de un modo bastante uniforme. Permitieron á la princesa que encendiese luz á discrecion en la prision y la llevaron los libros que habia pedido, para que conversase al menos con los hombres y con Dios. La negaron únicamente contestar á las preguntas acerca de sus padres.

A principios de la primavera, la autorizaron para que subiese de cuando en cuando á la plataforma de su torre desde donde podia ver el horizonte de Paris y los campos inmediatos con entera libertad. ¡Que pensamientos la ocurrian al ver los tejados del Louvre, de las Tullerías, de las catedrales y de los palacios de sus padres! La estenuacion de su desgraciado hermano iba

agravándose: ya no era permitido á la jóven princesa verle ni cuidarle: solo sabia por los carceleros la languidez y el progreso de la enfermedad de aquel pobre niño, de quien no la separaba mas que un techo.

XX.

Espiró por fin sin agonía, pero sin haber proferido una palabra, en 9 de junio de 1795, al medio dia. Los médicos que le asistieron en sus últimos momentos, no le habian visto jamás antes de la hora suprema. En sus certificaciones á la Convencion no pudieron decir mas que una cosa y fué que les habian presentado un niño enfermo, con el nombre de hijo de Luis XVI, cuyo niño habian visto morir. No parece que la jóven princesa fuese admitida á ver á su hermano en los últimos meses de su existencia, ni durante la enfermedad, ni despues de muerto. De aquí, suposiciones y conjeturas que no han sido justificadas ni desmentidas, acerca de la sustitucion de un niño mudo y enfermo por otro en la torre del Temple; sobre la evasion del verdadero hijo de Luis XVI, y sobre la existencia de un rey legítimo pero desconocido, que durante largo tiempo preocupó las imaginaciones amigas de maravillas. Aunque estas suposiciones fuesen inverosímiles, no eran sin embargo, imposibles para desanimar las credulidades ó las ficciones. Podia admitirse que convencionales poderosos, creyendo adquirir algun dia un título para el reconocimiento de los tronos como partidarios adictos á la familia real, encubiertos con el uniforme de los guardas del Temple, hubiesen llegado á reemplazar en el calabozo un niño con otro y encerrar su piadosa sustitucion en el secreto del féretro.

Pero que aquel niño asi libertado de las cadenas, en una edad en que los recuerdos son ya inveterados en el

corazon, no recordase jamás las circunstancias de sus primeros años y de su evasion; que los agentes de aquella sustitucion de persona no hubieran reivindicado jamás el mérito de su abnegacion; que la jóven princesa á quien al encontrarla su hermano habria dado mil testimonios irrecusables de su identidad por sus facciones, por su memoria, por las confianzas de una vida de once años confundida con la de su hermana, no hayan hablado nunca, serian milagros de silencio, de discrecion, de imposibilidad moral mas asombrosa que el mismo prodigio de la evasion. El silencio de tantos agentes de aquella libertad, y el silencio del mismo niño libertado, desmienten semejante suposicion. Para admitirla seria necesario admitir otras inverosimilitudes, mas improbables que la misma libertad. Seria necesario que los instrumentos de aquella sustitucion hubiesen muerto todos antes que sonase para ellos la hora de revelarla. Seria preciso que al morir no hubiesen confiado su precioso secreto á ningun individuo de su familia ni á ningun amigo. Seria indispensable que el niño libertado hubiese muerto antes de haber proferido una sola palabra acerca de su existencia anterior. Se necesitaria que las personas á quienes fué entregado aquel niño, bien en Francia ó en el estrangero, no hubieran hablado de aquel misterioso depósito. Todo esto es posible, sin duda alguna; pero de una imposibilidad tan estremada y tan contra la naturaleza, que la existencia de Luis XVII puede servir de pábulo á la imaginacion y de testo para sueños, pero jamás para las sérias investigaciones de la historia. Es uno de esos enigmas que los hombres forjan eternamente y que no pueden ser resueltos mas que por la probabilidad ó por Dios.

XXI.

La princesa bendijo aquella muerte al llorarla: Dios libraba por fin á su hermano y su rey de su largo suplicio. Ella concluyó en silencio el suyo. Desde el dia en que la Convencion no temió ya á ningun pretendiente en el Temple, permitió á la compasion pública que se aproximase á ella. Nueve dias despues de la muerte de Luis XVII, la ciudad de Orleans salvada en otro tiempo por una jóven heróica se atrevió á interceder por la inocente hija de Luis XVI. Aquella ciudad envió diputados á la Convencion para reclamar la libertad de la jóven princesa y su traslacion al seno de su familia. «Porque ¿quien de nosotros, dijeron los diputados de la ciudad de Orleans querria condenarla á habitar en unos sitios humeantes todavía con la sangre de su familia?» Nantes imitó aquel ejemplo. Charette habia pedido tambien en nombre de la Vendée como condicion de la pacificacion de aquellas provincias, que la hija de Luis XVI fuese entregada á sus parientes. El Comité de seguridad general, compuesto desde la caida de Robespierre de hombres saciados ó indignados de proscripciones, permitió á los guardas del Temple que la dejasen bajar por la primera vez al jardin. Paseábase allí seguida del único compañero de sus cuatro años de soledad, el perro de su padre Luis XVI que aquel príncipe dejó confiado á su cuidado al marchar al cadalso. Varias señoras de la antigua córte adictas á la princesa antes de su infortunio, y que habian podido escapar del patíbulo y de los calabozos de la revolucion, madama de Chantereine, madama de Mackan, madama de Tourzel, y su hija la señorita Paulina Tourzel, compañera de los primeros juegos de la princesa, obtuvieron permiso para visitarla. El infortunio habia añadido en aquellas tiernas almas de muger el

respeto á la compasion. Los balcones de las casas contiguas al jardin de la prision, se llenaban como los primeros dias del cautiverio del rey de semblantes amigos, y desde allí llovian flores y versos sobre la jóven cautiva. Los folletos, los periódicos, hablaban de ella á la opinion pública, dulcificada ó arrepentida. «La hija de Luis XVI tiene por fin libertad, decian aquellos diarios, de pasearse por los jardines del Temple. Dos comisarios vigilan sus pasos. Se acercan á ella con consideracion y la tratan con el respeto que inspira el recuerdo de lo que fué y el triste espectáculo de lo que es en el dia. Una cabra que se la permite mantener á su lado es el objeto de sus cuidados: el manso animal la sigue con fidelidad. Pero sobre todo un perro es el inseparable compañero de la jóven princesa y parece que la tiene mucha inclinacion. Es el perro del rey, que ahora no tiene amo, pero que todavía le quiere en la persona de su hija.»

XXII.

Mr. Huc, antiguo servidor del rey, alquiló uno de los balcones que daban al jardin. Cantó como Blondel, servidor de otro rey cautivo, palabras consoladoras á la hija de su amo. Por medio de señales logró hacer llegar á sus manos una carta de su tio Luis XVIII. La princesa pudo contestar con connivencia de los comisarios que cerraban los ojos. Charette la trasmitió por aquel medio los votos y la adhesion de su ejército. Todo anunciaba el fin de su cautiverio. El 30 de julio, la Convencion despues de oir el dictámen de su Comité de salud pública y de seguridad general, decretó que la hija de Luis XVI, fuese cangeada al Austria por los representantes y ministros que Dumouriez habia entregado al príncipe de Coburgo en el acto de su defeccion: Drouet Semonville, Maret,

XXI.

La princesa bendijo aquella muerte al llorarla: Dios libraba por fin á su hermano y su rey de su largo suplicio. Ella concluyó en silencio el suyo. Desde el dia en que la Convencion no temió ya á ningun pretendiente en el Temple, permitió á la compasion pública que se aproximase á ella. Nueve dias despues de la muerte de Luis XVII, la ciudad de Orleans salvada en otro tiempo por una jóven heróica se atrevió á interceder por la inocente hija de Luis XVI. Aquella ciudad envió diputados á la Convencion para reclamar la libertad de la jóven princesa y su traslacion al seno de su familia. «Porque ¿quien de nosotros, dijeron los diputados de la ciudad de Orleans querria condenarla á habitar en unos sitios humeantes todavía con la sangre de su familia?» Nantes imitó aquel ejemplo. Charette habia pedido tambien en nombre de la Vendée como condicion de la pacificacion de aquellas provincias, que la hija de Luis XVI fuese entregada á sus parientes. El Comité de seguridad general, compuesto desde la caida de Robespierre de hombres saciados ó indignados de proscripciones, permitió á los guardas del Temple que la dejasen bajar por la primera vez al jardin. Paseábase allí seguida del único compañero de sus cuatro años de soledad, el perro de su padre Luis XVI que aquel príncipe dejó confiado á su cuidado al marchar al cadalso. Varias señoras de la antigua córte adictas á la princesa antes de su infortunio, y que habian podido escapar del patíbulo y de los calabozos de la revolucion, madama de Chantereine, madama de Mackan, madama de Tourzel, y su hija la señorita Paulina Tourzel, compañera de los primeros juegos de la princesa, obtuvieron permiso para visitarla. El infortunio habia añadido en aquellas tiernas almas de muger el

respeto á la compasion. Los balcones de las casas contiguas al jardin de la prision, se llenaban como los primeros dias del cautiverio del rey de semblantes amigos, y desde allí llovian flores y versos sobre la jóven cautiva. Los folletos, los periódicos, hablaban de ella á la opinion pública, dulcificada ó arrepentida. «La hija de Luis XVI tiene por fin libertad, decian aquellos diarios, de pasearse por los jardines del Temple. Dos comisarios vigilan sus pasos. Se acercan á ella con consideracion y la tratan con el respeto que inspira el recuerdo de lo que fué y el triste espectáculo de lo que es en el dia. Una cabra que se la permite mantener á su lado es el objeto de sus cuidados: el manso animal la sigue con fidelidad. Pero sobre todo un perro es el inseparable compañero de la jóven princesa y parece que la tiene mucha inclinacion. Es el perro del rey, que ahora no tiene amo, pero que todavía le quiere en la persona de su hija.»

XXII.

Mr. Huc, antiguo servidor del rey, alquiló uno de los balcones que daban al jardin. Cantó como Blondel, servidor de otro rey cautivo, palabras consoladoras á la hija de su amo. Por medio de señales logró hacer llegar á sus manos una carta de su tio Luis XVIII. La princesa pudo contestar con connivencia de los comisarios que cerraban los ojos. Charette la trasmitió por aquel medio los votos y la adhesion de su ejército. Todo anunciaba el fin de su cautiverio. El 30 de julio, la Convencion despues de oir el dictámen de su Comité de salud pública y de seguridad general, decretó que la hija de Luis XVI, fuese cangeada al Austria por los representantes y ministros que Dumouriez habia entregado al príncipe de Coburgo en el acto de su defeccion: Drouet Semonville, Maret,

de otros prisioneros importantes del Austria. No dejó mas huellas de su cautiverio y de sus lágrimas en la prision, que las dos líneas grabadas por ella en la piedra de su ventana en los largos ocios de su reclusion. «Padre mio, vela sobre mí desde los cielos.... Dios mio, perdonad á los que han hecho morir á mi padre.....»

XXIII.

El 19 de diciembre de 1795, á media noche el dia de su nacimiento salió de su prision. El ministro de lo Interior Benesech, para evitar la emocion del pueblo, la condujo á pie desde el Temple hasta una calle inmediata en donde le aguardaba su coche, que siguió por senderos desiertos y apenas trillados hasta entonces por los alrededores del baluarte, y se detuvo en un terreno solitario detras de la puerta de San Martin. Allí recibió á la princesa una silla de posta ocupada por madama de Souce sub-aya de los príncipes, y por un oficial de gendarmería. El ministro aumentó el precio de la libertad por el respeto y la compasion que manifestó en sus palabras y preparativos. La jóven princesa no pudo contestar mas que con el llanto. Dejaba detras de sí con sus cuatro años de juventud trascurridos en la oscuridad de un calabozo, los cadáveres de su padre, de su madre, de su tia, de la princesa de Lamballe, de su hermano, de princesas de su córte y de todo cuanto habia conocido y amado desde la cuna. Las ruedas del carruage no le parecian bastante rápidas para huir de una tierra que habia bebido tanta sangre y devorado tantas víctimas viudas, mugeres, niños, inocencia y virtud, por el crímen de la corona. La agonía del hijo de Luis XVI, los suplicios de su hermana, el cautiverio de su hija, serán largos remordimientos para el corazon del pueblo, y fúnebres manchas

sobre la revolucion. Han sido necesarios cincuenta años de una revolucion mas pura, para devolver su inocencia á la libertad. Aquellos suplicios inmerecidos, aquellas decapitaciones de mugeres, aquellos sacrificios lentos de un niño y una jóven, aquellas agonías de cuatro años, peores que el hacha á vista de una nacion famosa por su generosidad hacen temblar á la mano que lo refiere. ¿Será acaso cierto que la estremada civilizacion se confunde en esos sacrificios humanos con la estremada barbarie? No, sin duda; ese pueblo salia de una larga ignorancia y se vengaba en inocentes. No habia aprendido aun que las venganzas salen de las venganzas, y que Dios no concede una libertad duradera mas que á la justicia y á la magnanimidad del pueblo.

XXIV.

El nombre de Sofía ocultaba el suyo verdadero, pero no ocultaba su rostro. La semejanza de aquella jóven con el semblante de María Antonieta, grabado en las miradas del pueblo la hizo descubrir tres veces en el camino. Pero allí no habia ya como en Varennes, guardias nacionales para conducirla á la prision, no habia mas que miradas humedecidas para admirarla y manos amigas para aplaudir su libertad.

XXV.

La belleza habia triunfado del dolor y de la reclusion. La fuerte sávia de los Borbones habia desarrollado sus encantos en la oscuridad del Temple. Cabellos ondeantes, cuello flexible, talle esbelto, ojos azules, facciones á la vez magestuosas y delicadas, el colorido de la ado-

lescencia en un rostro antes de tiempo madurado por la soledad, la altivez que da la sangre, esa tristeza que infunde el recuerdo y aquella alma desolada en un semblante radiante de juventud, escitaban y fijaban las miradas. No podia mirársela sin ver cuánto habia atravesado su destino y lo que todavía la esperaba. Era la aparicion trágica de la revolucion escapando del hacha de los verdugos, teñidos los pies con la sangre de los suyos y librándose de la muerte en el destierro. En todas partes fué recibida con esta impresion. En Alemania se arrodillaban cuando pasaba y creian ver en ella una resurreccion de todos aquellos sepulcros.

Su tio el emperador de Austria la tenia preparada una habitacion; toda la familia imperial salió á recibirla á la puerta de palacio. Fué tratada allí como archiduquesa: tenia entonces diez y siete años. La intencion del emperador era casarla con su hermano el archiduque Cárlos, el héroe del Austria. Se acordó de que su padre Luis XVI la habia destinado para su primo el duque de Angulema, hijo del conde de Artois y quiso obedecer su última voluntad. Partió para Mittau adonde el rey su tio la llamaba para aquella union de familia. Se arrojó á sus pies y se los abrazó como si hubiese encontrado en él á un padre. Aquel príncipe la presentó al duque de Angulema como un esposo destinado por el cielo. En seguida la llevó al abate Edgeworth que habia recibido las últimas oraciones y el último arrepentimiento de Luis XVI, y que no le dejó hasta el pie ensangrentado del cadalso. Pocos dias despues, aquel venerable sacerdote, santificado á sus ojos por la circunstancia que le recordaba, bendijo su union con el jóven duque. Aquel matrimonio fué estéril. El hacha con su terror, el cautiverio con sus tormentos, habian herido la posteridad del trono hasta en aquel último vastago.

La duquesa de Angulema siguió en todas sus vicisitudes, los destierros y las mudanzas de patria y de fortuna

de su tio. Aquel príncipe la amaba por sentimiento y por política, se adornaba á los ojos de la Europa con aquella hermosura, aquella juventud y aquella piedad: la llamaba su Antígone. Presentábase apoyado en el brazo de su sobrina como un monarca protegido desde el cielo por el ángel del desconsuelo. Vivia á su lado en el palacio de Hartwell, acordándose de la Francia con amargura, pero del trono y de la patria con el orgullo y la magestad inherente á su sangre.

XXVI.

El duque de Orleans, hijo de Felipe Igualdad, habia separado su causa y su vida de la rama primogénita de los Borbones. Adicto á la revolucion por su padre, educado y aguerrido por Dumouriez, habia combatido al lado de aquel general, en Jemmapes contra los emigrados. Habia seguido á su gefe en su traicion y en su defeccion contra la Convencion, y pasádose al enemigo con Dumouriez y su estado mayor. Emigrado á su vez, su nombre y sus opiniones le habian impedido buscar un asilo en el campo de los príncipes ó en la córte de los emigrados. Habia vegetado en Suiza y en América con un nombre supuesto y desempeñando funciones vulgares. Su talento comun, pero sagaz, se habia aguzado con las dificultades de la vida. Habia vencido los obstáculos que su nacimiento y sus antecedentes oponian á su fortuna, á fuerza de reserva y de contemporizacion, tan pronto príncipe como ciudadano segun la hora y el pais, se habia hecho tan aceptable á la libertad como á la corona. Durante el reinado de Bonaparte, fué á reconciliarse con los Borbones, y á desaprobar las defecciones y votos de su padre. Durante la guerra de la independencia, pasó á España, ofreciendo como Moreau su espada contra Napoleon. Los

Borbones y las Córtes españolas temieron aceptar el auxilio de un príncipe de su sangre, que los hubiera obligado á guardar demasiado reconocimiento á un pretendiente eventual á la corona. El duque de Orleans, marchó á Sicilia, en donde la proteccion de los ingleses y el parentesco del rey, le hicieron obtener la mano de una princesa de la casa de Nápoles. En derredor suyo crecia una jóven familia: parecia haber olvidado la Francia. La caida de Bonaparte y las confusas esperanzas de hacer papel en una restauracion, le hicieron acercarse. Sus opiniones encubiertas como su alma y su origen ambiguo, le hacian tan á propósito para defenderla como para combatirla. Luis XVIII y el conde de Artois, desde su visita en Lóndres, no veian en el duque de Orleans mas que un príncipe honrado, hombre esclusivamente dedicado al cuidado de su familia. Pensaban que devolviéndole su rango de primer príncipe de la sangre y su inmensa fortuna, se adheriria sin peligro á una monarquía, que todo tenia que perdonárselo á su nombre. La apariencia engañaba hasta la misma sutileza de Luis XVIII. El duque de Orleans era probo en sus actos mas que verdadero en su abnegacion. No debia conspirar, sino aguardar. Esperar, en ciertas situaciones es conspirar.

XXVII.

El príncipe de Condé, y el duque de Borbon, su hijo, aunque distantes del favor de Luis XVIII, y mas queridos en los campamentos que en la córte, vivian en Lóndres con la actitud de primeros soldados de la monarquía.

Desde el gran Condé y Rocroy, el heroismo de la sangre de los Borbones parecia haberse perpetuado en aquella raza. Era la única mano de la familia que no queria empuñar mas que la espada. La gloria militar de su abuelo era para ellos una segunda nobleza, que preferian hasta á su parentesco con el trono.

El príncipe de Condé, antiguo guerrero de la escuela de Federico II, se habia formado contra aquel príncipe en la guerra de los Siete años. Aun los mismos reveses se le convertian en gloria. Los cañones salvados por él en Rosbach, adornaban sus magníficos jardines de Chantilly. Luis XV pasaba por haber amado entre otras mugeres, á la princesa de Hesse, madre del príncipe de Condé. El favor que constantemente manifestó á su hijo, hacia creer en un parentesco mas próximo y querido que el de familia. Aquel príncipe habia cifrado desde luego su felicidad y su orgullo en no conceder nada á las ideas de la revolucion. Le parecia cosa muy inferior á su raza el hablar al pueblo de otro modo que con la espada en la mano. Desde 1789 habia emigrado con su hijo, el duque de Borbon, y su nieto el duque de Enghien, y habia plantado la enseña de la monarquía en las orillas del Rhin. La nobleza francesa se le habia reunido como su gefe, la Alemania le habia adoptado, el ejército habia tomado su nombre, y habia llegado á ser el campo de la aristocracia armada en tierra estrangera, que procuraba reconquistar su patria al lado de los ejércitos del Austria y de la Prusia. Despues de las campañas de 1792 y 1793, desgraciadas para la coalicion, el ejército del príncipe de Condé pasó á sueldo de la Inglaterra. Habia quedado reunido pero inactivo al frente de los ejércitos de la república, espiando la guerra civil para mezclarse en ella y la guerra estrangera para aprovecharla. Lleno de valor, de indisciplina y de inesperiencia, al mando de tres gefes intrépidos, el ejército de Condé no habia podido conseguir resultados decisivos. El nombre de los Condé se habia allí engrandecido, la contra-revolucion no habia adelantado un paso en las fronteras. Aquella existencia era grande para el príncipe de Condé. Trataba

con las córtes de la Alemania, procuraba armar tramas con Pichegrú, hablaba á la república como de igual á igual, y por su fama y su popularidad en la emigracion contrabalanceaba con el rango y el título del conde de Provenza y del conde de Artois. Sostenia ámpliamente su noble representacion militar con los subsidios que la Rusia, la España, la Alemania y el Austria suministraban para el sueldo de su ejército.

Conquistada la Alemania, aquel cuerpo de ejército pasó á sueldo del gobierno británico, se diseminó por España, Vendée y Rusia, por todas partes, y volvió á entrar indigente en Francia. El príncipe de Condé y su hijo se retiraron á Inglaterra á una magnífica casa de campo, en donde se entregaron á la caza, pasion favorita de su familia. Allí el príncipe se casó por fin con la hermosa princesa de Monaco, á quien habia amado y arrebatado antes de la emigracion, mezclando de este modo el amor con la guerra y el destierro, como el gran Condé.

XXVIII.

El duque de Borbon, su hijo, y su lugarteniente en el ejército, le igualaba en intrepidéz. Enamorado este príncipe á los quince años de su prima, hermana del duque de Orleans, la habia robado del convento en donde se hallaba encerrada. El duque de Enghien, su hijo, era el fruto de aquellos amores precoces. La duquesa de Borbon, su esposa, se habia separado luego de él, y vivia en Inglaterra en una libertad profana, mezclada con sentimientos piadosos. El duque de Borbon habia asombrado al ejército republicano en la campaña de 1792, por temeridades y proezas de vanguardia, que habian hecho de él, el Roldan ó el Murat de la emigracion. Desde el asesinato del duque de Enghien, aquel príncipe,

sin porvenir para su casa, se habia abandonado á una molicie y á una indiferencia melancólica, que solo se reanimaban con el sonido de la trompa de caza en los bosques de la Inglaterra. La gloria misma no le parecia digna de un esfuerzo desde que aquella gloria debia morir con su nombre.

Lo que faltaba á aquellos dos Condé, era el duque de Enghien su hijo y nieto, su recuerdo y su porvenir. En la pérdida de aquel príncipe habia que llorar dos generaciones. La revolucion y el campo de batalla le habian respetado, la ambicion le habia sacrificado.

Es preciso decir por qué acontecimiento faltaba aquel príncipe al completo regreso de los Borbones ausentes desde 1789, por qué su falta era mas sensible á la imaginacion y al corazon de la Europa, que lo habria sido su presencia. El sentimiento del crímen á cuyo impulso aquella víctima habia desaparecido, tenia mucha parte en el interés que inspiraba su familia, y en la antipatía que generalmente se tenia á su asesino. Dios ha formado el corazon del hombre de manera, que una sola mancha de crímen, borra en él todo un disco de gloria, y la justicia se venga para siempre con un implacable desprecio.

XXIX.

El duque de Enghien, como acabamos de decir, era el primero y único fruto de los amores del duque de Borbon, de edad de quince años, y de su prima Batilde de Orleans. Aquella princesa habia sido arrebatada por él, del convento despues del matrimonio, á pesar de las dos familias que querian separar á los amantes. La poesía se habia apoderado de aquel drama de córte, y le habia popularizado en la escena, por medio de la música y de los versos. Aquella union demasiado prematura, no

fué feliz mucho tiempo. La duquesa de Borbon habia sido objeto de nuevas ternezas con motivo de un respetuoso duelo entre su marido y el conde de Artois, por una indiscrecion en un baile de máscaras. El duque de Borbon adoraba á su hijo, y le daba una educacion guerrera aun antes de la edad competente, como un niño de los campamentos, en las tiendas y campañas de la emigracion. La naturaleza habia anticipado en aquel jóven príncipe, la varonil inclinacion á los combates. Habia nacido soldado, no respiraba mas que heroismo, no queria deber mas que á su espada, y á su sangre derramada, sus grados en el ejército de su abuelo de quien era ayudante de campo, y el respeto de sus compañeros de armas y de destierro. Su hermosa figura, mezcla de la gracia femenina de los de Orleans y del marcial entusiasmo de los Condé, sus ojos azules, su nariz aguileña, el óvalo español de su rostro, la franqueza de sus labios y de su gesto, el juvenil colorido de sus facciones, su corazon de igual y de amigo con los jóvenes de su edad, su gracia á caballo, su gentileza á pie, su arrojo en el fuego, su ardor en el placer, le habian hecho el favorito del ejército. En vano su abuelo y su padre le recomendaban en las acciones de puestos avanzados á la prudencia de los veteranos: no podian contenerle. Tenia impaciencia de derramar su sangre por la causa en que habia sido alimentado: ya habia atravesado tres veces por entre las balas y los sables de los republicanos. A los veinte y dos años, el duque de Enghien tenia ya el instinto ejercitado de la guerra, y la ojeada de un general. Mandaba la caballería del ejército.

XXX.

Cuando el licenciamiento del ejército de Condé, condujo una parte de él á Rusia. La jóven princesa Carlota

de Rohan á quien amaba y tenia voluntariamente espuesta á sus riesgos en los campos de batalla, le acompañó en aquel viage, y á la vuelta. El amor que la profesaba y la pasion á los combates, le impidieron seguir á su abuelo y su padre, á su retiro de Lóndres. Quiso vivir aislado, lejos de las córtes, pero siempre á vista de la Francia, y cerca del teatro de la guerra por si llegaba á encenderse. Recorrió la Suiza con la compañera de su juventud, y volvió á fijarse con ella en Ettenheim, pueblecito del pais de Baden Descansaba allí en la oscuridad, el amor y los trabajos campestres, de los siete años de combates y de actividad que le habian madurado antes de tiempo. Algunos amigos de su casa que habia dejado su padre, y algunos ayudantes de campo de sus guerras, vivian retirados en la misma aldea, y participaban de sus sencillas é inocentes distracciones.

XXXI.

Avergonzándose de su inacion, hubo un momento en que concibió la idea de entrar al servicio en uno de los ejércitos de las potencias. Su padre le escribió recordándole su sangre. «Eso no es para vos, mi querido hijo, le escribia el duque de Borbon, jamás ha tomado ese partido ninguno de los Borbones Todas las revoluciones del mundo, no impedirán que seais hasta el fin de vuestra vida, lo que sois y lo que Dios os ha hecho. Penetráos de esta idea. Al principio de la guerra, que me atrevo á creer he hecho como cualquiera otro, he rehusado admitir ningun grado en el servicio estrangero. Lo mismo debeis hacer. Otra conducta, os haria quizá aliado de los rebeldes de la Francia, y podria esponeros á combatir la causa de vuestro rey..... Aquí tendreis una vida oscura en vuestro interior, aguardando el complemento de vuestra gloria. A Dios. Recibid un abrazo.»

XXXII.

El príncipe obedeció á su padre. Estraño á las intrigas, y conceptuándose á cubierto de todo peligro en los estados del gran duque de Baden, se entregaba en los bosques de aquel príncipe á la caza, su diversion predilecta. Se ha dicho que arrebatado por la imprudencia de su edad, por el sentimiento de su inocencia y por el instinto del desterrado, que goza hasta con el peligro de pisar el suelo de la patria, pasaba algunas veces el Rhin, y asistia de incógnito á las representaciones del teatro de Estrasburgo. Pero ese rumor, divulgado sin pruebas por sus asesinos como una escusa, ha sido desmentido despues de el suceso, por los amigos que no le abandonaban.

Sea como quiera, su abuelo el príncipe de Condé, se alarmó de aquel aturdimiento, cuya noticia habia llegado hasta él en Lóndres. «Se asegura, escribió á su nieto, que habeis hecho una escursion á París, aunque otros dicen que á Estrasburgo. Es necesario convenir, en que eso es arriesgar inútilmente vuestra vida ó vuestra libertad, porque en cuanto á vuestros principios, estoy tranquilo: se hallan grabados en vuestro corazon, tan profundamente como en los nuestros. Me parece que ahora podriais confiarnos lo pasado, y decirnos, si eso es cierto, lo que habeis observado en vuestro viage.... A propósito de vuestra seguridad, que á todos nos es tan querida, estais demasiado cerca de Francia, tened cuidado, no descuideis ninguna precaucion para ser advertido á tiempo, y retiraros con oportunidad, no sea cosa que se le pase por la cabeza al cónsul, el haceros arrebatar.... No creais que hay valor en aventurarlo todo en punto á esto. Seria una imprudencia imperdonable á los ojos del universo, y que tendria consecuencias desastrosas.... Asi, pues, os lo repito, guardaos, y tranquilizadnos contestándonos que conoceis perfectamente la necesidad de precauciones que os conjuramos tomeis, y que podemos estar tranquilos en cuanto á vos.»

XXXIII.

«Seguramente, mi querido papá, contestó el duque de Enghien, es necesario conocerme muy poco para haber podido decir, ó tratar de hacer creer que he puesto el pie en el suelo republicano, de otro modo que en el rango y en el lugar, en que la *casualidad* me ha hecho nacer. Soy demasiado orgulloso para inclinar cobardemente la cabeza; el primer consul, podrá quizá conseguir el matarme, pero jamás me hará humillar: puede viajarse desconocido por los ventisqueros de la Suiza, como lo he hecho en la estacion última; pero cuando vuelva á entrar en Francia, no tendré necesidad de ocultarme. Puedo pues daros mi palabra de honor mas sagrada, de que jamás me ha ocurrido ni me ocurrirá una idea semejante. Os abrazo, mi querido papá, y os ruego que nunca dudeis de mí ni de la ternura que os profeso.»

XXXIV.

Poco tiempo despues, los complots de Georges, de Pichegrú, y el proceso de Moreau, sembraron de sospechas y de sangre los primeros pasos de Napoleon hácia el imperio. Creia amenazada su vida por la triple complicidad de los jacobinos, de los emigrados, y de sus rivales de gloria Moreau y Pichegrú, impulsados al crímen por la envidia de su omnipotencia. Aquel fué el tiempo en

que hombres de la policía, vendidos y traidores á un tiempo mismo á los dos partidos, entraban en Lóndres en conspiraciones ocultas, y las aumentaban con mentiras para subirlas de precio en París. Todo eran sordos rumores, lazos encubiertos, recelos, prisiones, juicios, sentencias de muerte y ejecuciones en derredor del futuro emperador. Aquel reinado usurpado á la monarquía y á la libertad, iba á rodearse de los terrores que él mismo sentia, y queria evitar el asesinato con el suplicio. El alma de Napoleon que no habia manifestado en Saint-Cloud, el valor civil en el mismo grado que el militar en los puentes de Lodi y de Arcola, afectaba la ferocidad de su ambicion. Queria abrir detrás de sí tal abismo entre el poder supremo y la destitucion, que ni el pueblo ni la Europa pudiesen dudar de su obstinacion en reinar ó morir. Su resolucion tomaba en él el caractér de la irrevocable fatalidad. Queria que el mundo se convenciese de ello á toda costa, para desalentar á sus enemigos y rivales, y quitarles hasta el pensamiento de atentar contra su futura dinastía. Hé aqui cual era el verdadero estado de su alma, cuando delaciones de policía mal redactadas y peor interpretadas le hicieron presumir que el duque de Enghien y el general Dumouriez, renovaban contra él en Ettenheim, las conferencias de Georges, de Pichegrú y de Moreau en París, y que la pacífica mansion del príncipe era un foco de tramas y asesinatos premeditados contra él. Mandó al instante á su policía, que aclarase por medio de un espionage aquellas sospechas que nada justificaba. Parecia que tenia prisa por sorprender el nombre de un Borbon en un crímen y deshonrar la casa cuyo sitio queria ocupar y la herencia sobre el trono de su país. De todos aquellos príncipes refugiados en tierra estrangera, tal vez no habia mas que uno solo que por su pasion á las armas, su popularidad en los campamentos, su carácter y su filiacion de héroe pudiese hacerle temer en el porvenir, un competidor ó un vengador. Al desig-

nársele la fortuna en aquellas circunstancias, parecia entenderse con sus intereses, sus previsiones, y sus sospechas. Aquellas disposiciones que le ayudaban á encontrar un culpable, le apresuraban quizá á herir. Se dice, y nada lo desmiente ni lo confirma, que Mr. de Talleyrand, su ministro entonces de Negocios estrangeros, lisongeando sus terrores como habia lisongeado su audacia le animó no á encruelecerse, sino á sorprender la supuesta conspiracion, y á violar osadamente el derecho de las naciones y de la paz, haciendo arrebatar al príncipe en territorio estrangero. Mr. de Talleyrand, jamás ha manifestado en su larga vida la execrable indiferencia de la sangre, y mucho menos de las pasiones crueles. Sus vicios eran de otra naturaleza; era demasiado suave para ser inflexible, pero tambien demasiado servil para resistir. Puede creerse que manifestó por la seguridad del primer consul un celo que no conocia escrúpulos. No puede admitirse que aconsejó el crímen y la muerte. Irreconciliable únicamente con la iglesia por sus costumbres y su matrimonio, irreconciliable con los Borbones por sus servicios á sus enemigos, debia naturalmente inclinar á su amo, á romper irrevocablemente con unos príncipes, de que él mismo no esperaba perdon. A eso se limitó sin duda toda su complicidad. Napoleon en Santa Elena se la ha atribuido toda entera, luego á otros, y despues la ha reivindicado para si mismo en un codicilo mas cruel que el asesinato. Pero la aberracion es el carácter de los remordimientos. Cuando pesa el crímen, se echa al azar sobre otras manos, y cuando por fin la verdad le vuelve á restituir, y no se puede menos de recogerle, se reivindica y constituye el orgullo. Es el último subterfugio de la conciencia, la última forma del delito.

XXXV.

El cónsul comenzó desde aquel dia á hacer trazar por su policía en derredor de la morada del príncipe, el círculo de averiguaciones, vigilancia y emboscadas en que meditaba encerrarle. El 4 de marzo de 1804, el prefecto de Estrasburgo por órden de Real, prefecto de policía en París, conferenció con el coronel Charlot, comandante de la gendarmería. Procuraron juntos buscar los medios para disipar la oscuridad que reinaba en la casa del príncipe y entre los que le rodeaban. Aquellos dos funcionarios fijaron la vista en un sargento inteligente y amaestrado en aquella especie de esploraciones, por la costumbre de perseguir y espiar á los criminales. Se llamaba Lamothe.

Era natural de Alsacia y hablaban el aleman. Se dirigió á Ettenheim con el pretesto de un tráfico cualquiera: reconoció los caminos, los sitios, el pequeño palacio gótico que habitaba el príncipe, la casa separada de la aldea, en que residian la princesa Carlota y el príncipe de Rohan, su padre. Despues de trabar conversacion con los habitantes del pais, y de hablar de su supuesto comercio, preguntó con aparente indiferencia á los aldeanos por el duque de Enghien, su comitiva, el género de vida que observaba en aquel retiro, por los refugiados franceses que habitaban con él ó en derredor suyo, y en fin, por las relaciones mas ó menos frecuentes que tenia con personas estrañas al pais.

XXXVI.

Lamothe volvió al dia siguiente á Estrasburgo, y en su relacion al coronel Charlot, decia: «Primero fui á la aldea de Capel, á cierta distancia de Ettenheim. Conversando allí con el maestro de postas, supe que el duque de Enghien estaba siempre en Ettenheim, con el general Dumouriez y el coronel Granstein que hacia poco habian llegado de Lóndres. Cuando llegué á Ettenheim, me confirmaron la presencia en la aldea del príncipe y del general Dumouriez. Me dijeron que el príncipe habitaba en el palacio inmediato á la aldea, que siempre estaba de caza, y que no tenia á su lado mas que un secretario. Que Dumouriez y el coronel Granstein vivian separados y en casas diferentes; que la correspondencia del príncipe era mas activa que de costumbre; que era adorado en el pais; que no se trataba de modo alguno de su marcha á Lóndres. Se acercaba la noche, y mi mision estaba concluida.» El resto del parte concierne á otros datos que Lamothe estaba encargado de recoger acerca de la baronesa de Reisch, y los emigrados en el inmediato pueblecito de Offembourg, foco de intrigas y de correspondencia de los emigrados en las orillas del Rhin.

XXXVII.

Aquella relacion exacta acerca de los pormenores de la vida y de la residencia del príncipe era inexacta en cuanto á los nombres. El acento aleman del aldeano de Ettenheim, habia desnaturalizado la pronunciacion del nombre del coronel de Thomery, emigrado francés, ayudante de campo del príncipe, y habia derivado de él el nombre del general Dumouriez. Este se hallaba entonces en Hamburgo, y el príncipe jamás habia tenido la menor relacion con aquel general residente en Lóndres y á quien miraba como un traidor á su casa, y como traidor á la república. El coronel Charlot se apresuró á remitir las noticias de su espia al general Moncey, comandante en

gefe de la gendarmería en París, por la correspondencia de aquel cuerpo. Aquella correspondencia se dirigia entonces de brigada en brigada, con mayor rapidez que la de los correos.

Moncey llevó aquella relacion al primer cónsul, antes que el prefecto de policía Real, hubiese recibido el parte del prefecto de Estrasburgo que contenia las mismas noticias. Bonaparte, al leer el nombre de Dumouriez creyó tener el hilo de la trama en que se creia envuelto. Mandó llamar á Real, gefe de la policía: «¿Y qué, le dijo en tono de reprension al verle entrar, me dejais ignorar que Dumouriez está en Ettenheim con el duque de Enghien, y que los dos organizan allí complots militares á cuatro leguas de la frontera?...»

Real se escusó con el retraso de la correspondencia del prefecto de Estrasburgo. Por la noche recibió el parte que confirmaba la narracion de Charlot. La comunicó al primer cónsul y á Mr. de Talleyrand presente á la conversacion. Convencidos los tres de la realidad de la noticia, y conociendo la importancia, la audacia y el genio agitador de Dumouriez, se asombraron é indignaron del silencio de las autoridades próximas al Rhin, y de Massias, enviado de la república. «Es preciso, dijo Mr. de Talleyrand dejar que los emigrados conspiradores se encuentren en ese foco del Rhin, y prenderlos allí.»

La opinion de la complicidad del duque de Enghien en las conspiraciones que entonces agitaban sordamente á París, se confirmó cada vez mas en el ánimo del primer cónsul, de su ministro y de su policía. Mil coincidencias concurrieron á fortificarla é irritarle mas.

XXXVIII.

Georges á quien se buscaba vánamente en París ya hacia tres semanas, fué acechado y sorprendido la noche

del 9 de marzo. Salió de su retiro, subió en el cabriolé de Leridant, uno de sus cómplices, y observó que le seguian cuatro agentes de policía. Tomó las riendas, quitándoselas á Leridant, y dirigió su caballo á galope por las calles que bajan desde el Luxemburgo hácia el Sena. Los agentes sin aliento, se encarnizan en su persecucion. Mira por la ventanilla del cabriolé y se vé muy próximo á ser alcanzado. Vuelve las riendas, prepara sus pistolas y hace fuego á los dos primeros agentes que se presentan. Mata al uno y hiere mortalmente al otro; se defiende puñal en mano de los otros dos y de los auxiliares que se reunen para desarmarle. Derribado en fin por un sombrerero llamado Tomás, y rodeado por la multitud, fué maniatado y conducido al depósito de criminales. Interrogado por Real, confesó que habia ido á París para arrebatar al primer cónsul á viva fuerza, pero de ningun modo para asesinarle: que habia tenido relaciones con Saint-Rejant, el maquinador de la calle de San Nicasio, pero que al fabricar Saint-Rejant la máquina infernal, se habia escedido de sus instrucciones, que no eran otras que reclutar cierto número de hombres resueltos y montados, para atacar la escolta de Bonaparte en una de sus escursiones fuera de la ciudad, y llevar aquel dictador prisionero á Lóndres: que nada habia aun preparado para aquella empresa, y que para consumarla, se aguardaba la próxima llegada á París de un príncipe.

XXXIX.

Aquel príncipe, en la mente de Bonaparte y de la policía no podia ser otro que el duque de Enghien. Otra declaracion de Leridant, confirmaba aquella falsa apariencia. Aquel conspirador, amigo de Georges, decia haber visto en Chaillot acudir á la casa en donde Georges

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vivia desconocido, á un jóven, cuyo nombre callaba, elegantemente vestido, de hermosa presencia, maneras aristocráticas, y que habia creido que aquel jóven era el príncipe que aguardaban los conjurados. Hasta mas tarde no se supo que aquel hombre cuyo esterior misterioso tanto habia chocado á Leridant, era el conde Julio de Polignac, confidente del conde de Artois, el mismo cuya fatal adhesion á su amo, produjo despues la ruina de la monarquía.

Los confidentes y ministros del primer cónsul escitaron su cólera al oir aquellas confusas revelaciones, y le impelieron á que contestase con una guerra de emboscadas á otra del mismo género, y á un asesinato con otro. Era anticiparse á su indignacion y servir su pensamiento.

XL.

El 10 de marzo convocó un consejo íntimo, al cual fueron llamados Cambaceres, Lebrun, sus dos cólegas en el consulado, Mr. de Taylleraud, Fouché y Regnier ministro de la Justicia. Este expuso el asunto hablando siempre de la falsa suposicion de complicidad del duque de Enghien en los complots enteramente distintos de Georges, Pichegrú, Moreau, Saint-Rejant, del conde Julio de Polignac, de los corresponsales de los príncipes de Londres, y de la suposicion igualmente falsa de la presencia del general Dumouriez en Ettenheim. Todo es sospecha para el miedo, y todo es prueba para la sospecha.

«Se atribuye, decia la esposicion de los hechos, al primer cónsul, el pensamiento de una complicidad personal en esas tramas urdidas contra él, y la premeditacion del papel de Monk: es necesario que se sincere desmintiendo solemnemente á esos conjurados. Se trata de un asesinato contra él y contra la república: es necesario que el gobierno desconcierte esas conspiraciones, y se apodere de ellas en donde quiera que estén. El gran duque de Baden no podrá quejarse de la violacion de su territorio, si consiente en él á sabiendas atentados contra la Francia: y si no es así, no podrá menos de aplaudir una justicia que evita un crímen tramado en su casa.» A Cambaceres le repugnaba la violacion del territorio estrangero: «Si es cierto que el príncipe va con frecuencia á Estrasburgo, ¿por qué no se le observa y se le prende en fragante violacion de su destierro sin atentar contra el derecho de las naciones?» Regnier ministro de la Justicia, aunque habia leido el informe, apoyó contra él el dictámen legal y moderado de Cambaceres. Mr. de Talleyrand contestó que semejante partido tenia dos inconvenientes graves: el primero dar tiempo para que se trasluciese la resolucion del gobierno, con lo que los conspiradores evitarian el riesgo de ir á Estrasburgo; y el segundo el de no ocupar en Ettenheim sus papeles, mas importantes que sus personas, puesto que en ellos debia encontrarse la clave de los complots mas peligrosos y secretos contra la Francia. Aquel dictámen fué aprobado, y resuelta la espedicion contra Ettenheim. Ademas, se concertó otra espedicion simultánea y de la misma naturaleza á Offembourg, otro foco presunto de los mismos complots, á orillas del Rhin.

XLI.

Apenas entró Bonaparte en su habitacion, fijó la vista en dos hombres de cabeza y de corazon de entre los que le rodeaban, á quienes pudiese confiar con seguridad aquella doble espedicion. Eligió para la espedicion de Offembourg al general Caulaincourt, su ayudante de cam-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po, y para la de Ettenheim, al general Ordener, comandante de los granaderos á caballo de la guardia de los cónsules.

Caulaincourt, noble de Picardía, era hijo del marqués de Caulaincourt, teniente general de los ejércitos del rey antes de la revolucion. Su madre estaba adicta á la corte de madama la condesa de Artois. El jóven Caulaincourt, destituido como noble de sus primeros grados á los diez y seis años en el ejército republicano, se habia hecho soldado para continuar la carrera de las armas. Aquella inclinacion á las armas y á la patria, no le habia librado de las persecuciones del terror aun contra la aristocracia mas oscura. Habia permanecido algunos meses en los calabozos Un carcelero antiguo criado de su familia le ayudó á fugarse. Debia conocer mejor que otro el precio de la libertad y serle repugnante la mision que una fatal confianza iba á hacer pesar sobre él. Valiente y diplomático á un mismo tiempo, recibió bien pronto sus grados en los campos de la Alemania y de la Italia. Bonaparte habia enaltecido su nombre, su valor y su talento. Le sacó un momento de los campamentos para enviarle con una mision á Rusia, y á su regreso le nombró uno de sus ayudantes de campo.

Ordener no era mas que uno de aquellos simples soldados de 1792, que habia ascendido de grado en grado y de proeza y proeza hasta el rango mas elevado del ejército. Bonaparte, testigo de uno de sus actos de resolucion y de energía, en una accion, le confirió el mando de los granaderos á caballo de su escolta. Era uno de esos hombres á quienes la disciplina doblega á toda órden en que ven un deber militar, y que no raciocinan acerca de la obediencia. Ninguno de los recuerdos de su familia, de las preocupaciones de su infancia, podia hacerle titubear para poner la mano sobre un Borbon.

XLII.

A las diez de la noche despues de aquel consejo, Bonaparte envió á llamar á Caulaincourt y Ordener, como asi mismo á su secretario particular Menneval. Este jóven estaba enterado de todos sus pensamientos. De alma apacible, de corazon honrado y de mano segura, Menneval, escribió con el escrúpulo de la conciencia la relacion circunstanciada de aquella noche, de cada personage, presente ó ausente: cada sílaba, cada hora en el cuadrante de la péndola, son un testimonio en pro ó en contra de los actores del oscuro drama que iba á representarse para la posteridad.

«A las diez de la noche, dice Menneval, me vinieron á buscar de parte del primer cónsul. Le encontré en una pieza contigua á su gabinete con muchos mapas á sus pies, que habia arrojado al suelo, y buscando otra carta del curso del Rhin. Despues de encontrarla la estendió sobre una mesa y comenzó á dictarme instrucciones para el ministro de la Guerra Berthier. Mientras que escribia, anunciaron al mismo Berthier y poco despues al general Caulaincourt. El primer cónsul hizo tomar la pluma á Berthier y siguiendo en la carta el camino que era necesario tomar para llegar á Offembourg y Ettenheim concluyó de dictarme sus instrucciones que decian:

París 10 de marzo de 1804.

AL MINISTRO DE DE LA GUERRA.

«Servios, ciudadano general, dar órden al general Ordener, que pongo á vuestra disposicion, para que esta

misma noche se traslade en posta á Estrasburgo. Viajará con un nombre supuesto.

«El objeto de su mision es dirigirse á Ettenheim, cercar la ciudad y arrebatar al duque de Enghien, Dumouriez y un coronel inglés. El general de division de Estrasburgo, el cuartel-maestre, que ha ido á reconocer á Ettenheim y el comisario de policía, le darán todas las noticias necesarias. Hará salir de Schelestadt trescientos dragones del regimiento núm. 26 que se trasladarán á Rheinan en posta. Ademas de la barca deben procurar que haya allí cinco barcos capaces de poder pasar en sola una noche los trescientos caballos. La tropa tomará pan para cuatro dias y se proveerá de cartuchos. Ademas se les agregarán treinta gendarmes.

«En cuanto el general Ordener haya pasado el Rhin se dirigirá directamente á Ettenheim, á la casa del duque y á la de Dumouriez. Despues de su espedicion regresará á Estrasburgo.»

Bonaparte dictó aquí las instrucciones mas minuciosas con respecto á las medidas que debia tomar el general Ordener para que no se le escapase su presa, y para llevarla con seguridad y secretamente á Paris; luego se ocupó de Caulaincourt.

XLIII.

«Dareis órden escribió al ministro de la Guerra, para que el mismo dia, á la misma hora, doscientos hombres del regimiento núm. 26 de dragones, se dirijan á Offembourg á las órdenes del general Caulaincourt para cercar la ciudad y arrebatar á la baronesa de Reisch y á otros agentes del gobierno inglés.

«Desde Offembourg el general Caulaincourt dirigirá patrullas hacia Ettenheim, hasta que sepa que el general Ordener ha conseguido su objeto. Ambos se prestarán auxilios mútuos.

«Al mismo tiempo, el general que manda en Estrasburgo, hará pasar el Rhin á trescientos hombres de caballería, y cuatro piezas de artillería lijera ocuparán el espacio que media entre los dos caminos de Offembourg y Ettenheim.

«El general Caulaincourt, llevará treinta gendarmes. El general de la division, el general Ordener y el de igual clase Caulaincourt celebrarán un consejo.» De esto modo las dos espediciones eran simultáneas, y estaban combinadas de manera, que cada uno de los generales encargados de ejecutarlas tenia conocimiento de la espedicion de su colega y le auxiliaba en caso de necesidad.

Escritas aquellas instrucciones llegó Ordener. Bonaparte hizo que le leyesen las instrucciones generales, á fin de que se penetrase bien del sentido de su mision, luego le entregó cartas para el general Laval de la division de Estrasburgo, un pasaporte con nombre supuesto y una libranza de doce mil francos contra su tesorero. La carta para el general Laval, no era mas que la repeticion mas esplícita de las instrucciones que acababan de leerse. Insistia en el consejo que deberian celebrar juntos los tres generales para combinar mejor la espedicion á la vez diversa y comun. El general Ordener, decia aquella carta, está prevenido de que el general Caulaincourt debe partir con él para obrar por su lado. He entregado, añadia Bonaparte, doce mil francos para los dos

XLIV.

Ordener partió en la misma noche del 10 al 11 de marzo, llegó á Estrasburgo el 12. En cuanto llegó se

misma noche se traslade en posta á Estrasburgo. Viajará con un nombre supuesto.

«El objeto de su mision es dirigirse á Ettenheim, cercar la ciudad y arrebatar al duque de Enghien, Dumouriez y un coronel inglés. El general de division de Estrasburgo, el cuartel-maestre, que ha ido á reconocer á Ettenheim y el comisario de policía, le darán todas las noticias necesarias. Hará salir de Schelestadt trescientos dragones del regimiento núm. 26 que se trasladarán á Rheinan en posta. Ademas de la barca deben procurar que haya allí cinco barcos capaces de poder pasar en sola una noche los trescientos caballos. La tropa tomará pan para cuatro dias y se proveerá de cartuchos. Ademas se les agregarán treinta gendarmes.

«En cuanto el general Ordener haya pasado el Rhin se dirigirá directamente á Ettenheim, á la casa del duque y á la de Dumouriez. Despues de su espedicion regresará á Estrasburgo.»

Bonaparte dictó aquí las instrucciones mas minuciosas con respecto á las medidas que debia tomar el general Ordener para que no se le escapase su presa, y para llevarla con seguridad y secretamente á Paris; luego se ocupó de Caulaincourt.

XLIII.

«Dareis órden escribió al ministro de la Guerra, para que el mismo dia, á la misma hora, doscientos hombres del regimiento núm. 26 de dragones, se dirijan á Offembourg á las órdenes del general Caulaincourt para cercar la ciudad y arrebatar á la baronesa de Reisch y á otros agentes del gobierno inglés.

«Desde Offembourg el general Caulaincourt dirigirá patrullas hacia Ettenheim, hasta que sepa que el general Ordener ha conseguido su objeto. Ambos se prestarán auxilios mútuos.

«Al mismo tiempo, el general que manda en Estrasburgo, hará pasar el Rhin á trescientos hombres de caballería, y cuatro piezas de artillería lijera ocuparán el espacio que media entre los dos caminos de Offembourg y Ettenheim.

«El general Caulaincourt, llevará treinta gendarmes. El general de la division, el general Ordener y el de igual clase Caulaincourt celebrarán un consejo.» De esto modo las dos espediciones eran simultáneas, y estaban combinadas de manera, que cada uno de los generales encargados de ejecutarlas tenia conocimiento de la espedicion de su colega y le auxiliaba en caso de necesidad.

Escritas aquellas instrucciones llegó Ordener. Bonaparte hizo que le leyesen las instrucciones generales, á fin de que se penetrase bien del sentido de su mision, luego le entregó cartas para el general Laval de la division de Estrasburgo, un pasaporte con nombre supuesto y una libranza de doce mil francos contra su tesorero. La carta para el general Laval, no era mas que la repeticion mas esplícita de las instrucciones que acababan de leerse. Insistia en el consejo que deberian celebrar juntos los tres generales para combinar mejor la espedicion á la vez diversa y comun. El general Ordener, decia aquella carta, está prevenido de que el general Caulaincourt debe partir con él para obrar por su lado. He entregado, añadia Bonaparte, doce mil francos para los dos

XLIV.

Ordener partió en la misma noche del 10 al 11 de marzo, llegó á Estrasburgo el 12. En cuanto llegó se

avistó con el general Laval, el coronel de gendarmes Charlot y el comisario de policía. Resolvieron hacer preceder la espedicion nocturna por un escrupuloso reconocimiento del sitio. Un agente de policía llamado Stahl y un sargento de gendarmería llamado Pfersdoff, naturales ambos de la orilla alemana del Rhin y conocedores de los caminos y de las costumbres partieron al instante, anduvieron toda la noche y llegaron á las ocho de la mañana á Ettenheim.

Dieron vueltas con una indiferencia afectada, pero que encubria mal su curiosidad, alrededor de la casa del príncipe para enterarse bien de las avenidas. Su rostro desconocido de los criados del duque, sus pasos sin objeto y sus miradas escudriñadoras infundieron sospechas. El ayuda de cámara del príncipe escondido detras de un balcon observó aquellos dos estrangeros que daban vuelta á las tapias y que examinaban con detencion el sitio. Llamó á otro de los criados de la casa nombrado Cannone para comunicarle sus temores. Este era un antiguo soldado compañero del príncipe desde su infancia, que habia combatido con él en todas sus campañas y que le habia salvado la vida en Polonia resguardándole con su cuerpo y su sable. Creyó haber visto en alguna parte á Pfersdoff y reconocer en él un gendarme disfrazado. Cannone corrió á advertir al príncipe la presencia sospechosa de aquellos dos observadores, y las conjeturas que formaba sobre la fisonomía de uno de ellos. El príncipe, con la indiferencia de su edad, despreció aquellos síntomas de espionage. Sin embargo, un oficial de su ejército llamado Schmidt estaba en aquel momento á su lado, salió, se acercó á Stahl y Pfersdoff, les preguntó sin afectacion y aparentando seguir el mismo camino que ellos, los acompañó por espacio de mas de una legua, pero viendo en fin que tomaban un camino que se internaba en Alemania en vez de seguir el del Rhin, se tranquilizó y volvió á tranquilizar á los criados de Ettenheim.

Pero el amor no se tranquiliza tan fácilmente como la amistad. Sabedora la princesa Carlota de Rohan de la aparicion de aquellos hombres junto á la casa del príncipe, concibió presentimientos, le suplicó que no despreciase aquellos indicios, y se alejase por algunos dias de una mansion en que tan ostensible y criminalmente era espiado. Por amor hácia ella, mas bien que por temor, el duque consintió en ausentarse dos ó tres dias. Se convino en que partiria al dia siguiente á una cacería distante en los bosques del gran duque de Baden, durante la cual se disiparian ó confirmarian las sospechas de la querida. Pero aquel dia siguiente no debia amanecer en Alemania para él

XLV.

Caulaincourt partió de París algunas horas despues que Ordener y llegó á Estrasburgo el 14 de marzo. No se sabe lo que pasó entre Ordener, Laval y él, como ni tampoco si se celebró el consejo prevenido en las instrucciones del primer cónsul. Sea como quiera todas las disposiciones relativas á la mision separada de los dos generales se cumplieron con la simultaneidad y esactitud de medidas administrativas ó militares que debian asegurar su ejecucion. La noche del 14 el general Ordener acompañado del general Fririon, gefe de estado mayor, del general Laval, y del coronel de gendarmes Charlot, se dirijió hacia la barca de Rheinan sobre el Rhin. Alli encontró á la hora prefijada los trescientos dragones del 26, los quince pontoneros, los cinco barcos, y en fin los treinta gendarmes á caballo destinados á allanar el domicilio y á prender á las personas en una espedicion, menos de soldados que de lictores. Atravesaron el Rhin en silencio en medio de la noche. La columna que no se percibió durante el sueño de los aldeanos alemanes de la orilla de-

recha, guiada por diversos caminos llegó á Ettenheim al rayar el dia. Los espias que Ordener y Charlot habian llevado consigo enseñaron con el dedo á los gendarmes las casas que debian embestir. El coronel Charlot hizo cercar primero, la en que se suponia que habitaba Dumouriez y que ocupaba efectivamente el general emigrado Thomery; luego corrió con otro destacamento de tropas á cercar y á asaltar la casa en que se hallaba designada la principal presa en París. Ordener con sus dragones formó un cordon de caballería alrededor de la poblacion, para que ninguna evasion ni resistencia pudiese defraudar la venganza del primer cónsul.

XLVI.

El duque de Enghien que habia pasado la noche en casa del príncipe de Rohan Rochefort al lado de la princesa Carlota, y que la habia prometido ausentarse algunos dias para dar tiempo á que se desvaneciesen ó aclarasen los complots que temia contra su seguridad, se preparaba á cumplirla su promesa. Iba á marchar en cuanto saliese el sol, para aquella cacería de algunos dias acompañado de su amigo el coronel Grunstein. Ya se habia levantado, se estaba vistiendo y preparaba sus armas. Grunstein, contra su costumbre, se habia acostado en casa del príncipe para hallarse mas pronto á escoltarle. Aquel compañero de sus guerras y de sus cacerías se hallaba tambien á medio vestir, cuando el ruido de los caballos, la vista de los dragones y de los gendarmes despertaron á todos los de la casa.

Ferón, el criado mas allegado al príncipe entró en la alcoba de su amo y le anunció que el patio y el jardin estaban cercados como todas las salidas por soldados franceses, y que el comandante intimaba en alta voz á los

criados que abriesen las puertas, declarando que en caso de negativa, las haria romper á hachazos. «Pues bien; es preciso defendernos,» esclamó levantándose á medio vestir el intrépido jóven. Al decir estas palabras se arrojó sobre su escopeta de dos cañones, cargados ya con bala para la caza, mientras que su criado Cannone animado de la misma resolucion le alargaba un fusil. Frunstein tambien armado entró en la habitacion y los tres se dirigieron hacia los balcones para hacer fuego. El príncipe apuntaba al coronel Charlot, que amenazaba la puerta y al cual iba á dejar tendido en el umbral, cuando divisando Grunstein por todas partes una multitud de cascos y de sables, y que otro destacamento de gendarmes se habia ya hecho dueño de una de las salas del palacio, puso la mano sobre el cañon del fusil del príncipe, levantó el arma y mostrando con un gesto al duque de Enghien lo inutil de la resistencia contra semejante masa le impidió tirar. «Monseñor, le dijo, ¡estais comprometido! —No, contestó el duque.—Pues entonces, no intenteis una lucha imposible: estamos rodeados de tropas, mirad por todas partes las bayonetas.»

XLVII.

Al oir aquellas palabras el príncipe, volviéndose para contestar, vió á Pfersdoff, á quien reconoció por el espía de la antevíspera, que se precipitaba en la habitacion con carabina en mano. El coronel Charlot los seguia, y sus soldados prendieron y desarmaron al príncipe, Grunstein, Ferón y Cannone. El duque, pronto á marchar como ya hemos visto y perdido únicamente por algunos minutos, vestia un trage de cazador tirolés, llevaba en la cabeza una gorra con galon de oro y su calzado eran unas botas de gamuza. Su varonil hermosura y la intrépida

espresion de sus facciones, redoblada por la emocion de la sorpresa y por la resolucion de la lucha asombraban á los soldados. En medio del tumulto de semejante escena y del ruido de los pasos y de las armas en la casa, un ruido de lo esterior vino á infundir por un instante esperanzas al príncipe y á sus criados. Gritos de fuego salian de la aldea, y repitiéndose de casa en casa como una señal de alarma de voces humanas, se abrieron las ventanas y las puertas se cubrieron de habitantes despertados por la invasion de los franceses; viéronse correr á los artesanos medio desnudos, volar al campanario para tocar las campanas y llamar á los paisanos á la venganza. El coronel Charlot los hizo prender; arrestó igualmente al montero mayor del duque de Baden, que al oir el ruido se dirigia á la casa del príncipe. Charlot le dijo que todo aquello era cosa convenida entre el primer cónsul y su soberano. Al oir aquella mentira se calmó la agitacion de los habitantes, se resignaron con la tristeza pintada en el semblante y con gestos de desesperacion, con la desgracia de un jóven que se habia hecho adorar de ellos.

XLVIII.

Aquellos gritos salian de los habitantes de la casa, en donde la gendarmería habia buscado á Dumouriez y no habia encontrado mas que al general Thomery, ayudante de campo del príncipe. El coronel Charlot, convencido del error producido por una conformidad de nombres, fué á preguntar á los patrones de Mr. de Thomery si el general Dumouriez habia en efecto ido al pais en cualquier época, y fué unánimemente desengañado. Dumouriez era desconocido á todo el mundo como tambien al mismo príncipe, cuyo cómplice se le suponia en la orilla alemana del Rhin.

Charlot volvió á entrar en el palacio con Mr. Thomery. Arrestó igualmente al caballero Jacques, secretario del príncipe, aunque la órden no hacia mencion de él. Se apoderó de cuantos papeles encontró en las habitaciones, los empaquetó y selló, y envió á advertir al general Ordener que todo estaba concluido, y que ya no habia mas que quitar á los dragones de sus puestos de observacion alrededor de Ettenheim, y formar la columna para volver á pasar el Rhin.

XLIX.

Arrancaron al príncipe de su domicilio, sin permitirle despedirse de la que quedaba anegada en llanto. Mientras que Ordener replegaba y reunia sus dragones, colocaron al duque de Enghien y á sus compañeros de prision á algunos pasos de la aldea, en un molino llamado la Tejería, por detrás del cual corria un riachuelo profundo, ancho y rápido. El caballero Jacques, secretario del duque, se habia resguardado varias veces de la lluvia en aquel molino: se acordó de que una puerta de la habitacion en donde estaban los presos mezclados con los gendarmes daba á la esclusa del molino, que separaba la casa de una pradera y un bosque inmediatos. Con una mirada llamó á su lado á su amo, é inclinándose sin afectacion á su oido: «Abrid esa puerta, le dijo en voz baja, atravesad el torrente, quitad el tablon, yo obstruiré la puerta con mi cuerpo mientras huís, y estais salvo.»

El príncipe se fué en efecto aproximando insensiblemente hácia la puerta, dirigió con viveza la mano al picaporte, y la empujó hácia el lado en que sonaba el ruido de la piedra y del agua. Pero ¡oh disposicion de la Providencia!.... El hijo del molinero, asustado al ver entrar los soldados en casa de su padre, habia huido un momento antes por aquella puerta, y temeroso de que los

gendarmes le persiguiesen, habia corrido el cerrojo. Advertido por el movimiento del príncipe, el comandante mandó colocar allí dos centinelas.

L.

Sentóse entonces tristemente el duque en la choza, pidió que se le permitiera enviar uno de sus criados al palacio para buscar su perro, y traerle vestidos y ropa blanca. Se accedió á su peticion, y se autorizó á los criados que no quisiesen seguirle para que regresasen libremente á Ettenheim. Todos suplicaron á los gendarmes que les permitiesen participar de la suerte de su amo, fuese cual fuese. Charlot y Ordener, impacientes por volver á pasar el Rhin con su presa, antes que informado el pais del rapto se conmoviese y sublevase, no dieron tiempo á los criados de Ettenheim para que proporcionasen un carruage al príncipe. Colocaron al duque de Enghien y sus dos oficiales en una carreta rodeada de un peloton de gendarmes, y les hicieron adelantarse á los dragones que al galope los alcanzarian en el camino. Durante el tránsito, los amigos del preso observaron señales de inteligencia en la fisonomía de uno de los oficiales de su escolta. Creyeron comprender que les indicaba la travesía del Rhin en barco, como una ocasion de fuga, arrojándose al rio. Pero faltaron oportunidad y audacia á aquel amigo desconocido.

LI.

Cuando llegaron al rio colocaron al duque de Enghien en el barco que ocupaba el general Ordener. Informado el príncipe por uno de los pasageros, que aquel general era el gefe de la espedicion, trató de entablar conversacion con él para saber los motivos de su rapto. Hasta le recordó, para interesar la lealtad del soldado por la conformidad de la profesion de las armas, que habian combatido uno contra otro, en tiempo en que Ordener no era todavía mas que coronel del décimo regimiento de cazadores á caballo. El general, embarazado con una situacion tan diferente, ó temeroso de enternecerse con semejantes recuerdos, afectó no acordarse de aquella circustancia, y cortó la conversacion con el silencio.

LII.

El general, al saltar del barco dejó al príncipe encargado á la custodia del coronel Charlot y marchó solo á Estrasburgo, en donde anunció él mismo al general Laval y al prefecto, el buen resultado de la espedicion. El duque de Enghien le siguió á pie en medio de los gendarmes, como un criminal vulgar que aguarda el carcelero. Se detuvo á almorzar en la aldea de Plosheim; durante el desayuno llevaron un carruage preparado al efecto de antemano. El coronel Charlot y el sargento Pfersdoff, los dos genios maléficos del duque, uno el ojo, y otro la mano de su pérdida, subieron con él, y le llevaron rápidamente á Estrasburgo.

El príncipe trató en el camino de continuar la conversacion que habia interrumpido el silencio de Ordener, y trató de descubrir los motivos de su rapto. El coronel Charlot le contestó, que en su concepto, el primer cónsul veia en él un cómplice de las tramas de Georges, Pichegrú y Moreau: «¡Qué odiosa suposicion! esclamó el príncipe, ¡cuán contrarios son semejantes complots á mi modo de obrar y de pensar! Nadie aborrece mas esa clase de medios. Admiro personalmente el genio y la gloria del

general Bonaparte, aunque en mi calidad de príncipe de la casa de Borbon, mi deber y mi honor sean el combatirle con armas leales.

«¿Qué creeis que quieren hacer de mí? añadió dirigiéndose al coronel de gendarmería. Si me destinan á la prision, prefiero mil veces una muerte pronta; y recordando al coronel que habia estado á punto de hacerle fuego cuando sus soldados iban á prenderle. Si fuese condenado á un largo cautiverio, dijo, sentiria no haberme defendido, y no haber decidido mi suerte con las armas en la mano.» La conversacion recayó despues sobre Dumouriez, y habiendo preguntado el oficial á su prisionero si era cierto que hubiese tenido ó debido tener relaciones con aquel general: «Jamás ha puesto Dumouriez los pies en Ettenheim, dijo el príncipe. Como la Inglaterra debia de un momento á otro dirigirme comunicaciones, seria posible que el gobierno británico hubiese elegido á Dumouriez, para traérmelas sin noticia mia. Pero en ese caso yo no le habria admitido, por ser inferior á mi rango, y porque no tengo carácter para entenderme con esa gente.»

LIII.

El coronel Charlot llegó á las cinco de la tarde con su prisionero á Estrasburgo. Mientras órdenes superiores decidian el destino que debia darse al príncipe, y se le preparaba una habitacion en la ciudadela, colocó al duque de Enghien en su propio alojamiento. El duque, aprovechando un momento en que estaba solo con su huésped, aventuró algunas palabras propias para inspirarle el pensamiento de favorecer su evasion. Charlot fingió no comprenderlas y cerró su corazon y sus oidos á las súplicas del príncipe. Un instante despues paró á la puerta un coche de alquiler, y el duque de Enghien fué conducido á la ciudadela.

Caulaincourt y Ordener, de regreso en Estrasburgo, dieron parte al ministro de la Guerra y de Negocios Estrangeros, de las circunstancias y resultado de sus operaciones. Caulaincourt, en cuanto supo que el duque de Enghien estaba preso, dirigió al gran duque de Baden la tardía peticion de estradicion que le habia remitido Mr. de Talleyrand para que la violacion del territorio de aquel príncipe, pareciese únicamente efecto de la precipitacion, y no una premeditacion de hostilidad y desprecio á la Alemania.

LIV.

El duque de Enghien entró á las siete de la noche en la ciudadela. Un diario de sus actos y de sus pensamientos que llevaba puntualmente aquel jóven, que se le encontró en el momento de su muerte, y que aunque luego fué inutilizado, quedó, sin embargo, copiado por los depositarios, refiere desde aquel instante hora por hora, los secretos de su prision. El mayor, Mechin, comandante de la ciudadela, le recibió, dice, con las consideraciones debidas á la desgracia y al rango. Era, añade, un militar de formas decentes y suaves. Como el mayor no habia tenido tiempo para preparar al duque un alojamiento conveniente, le ofreció su propio salon, é hizo tender colchones en el suelo para su prisionero y su comitiva. El preso, abrumado con el cansancio y con las emociones del dia, escribió algunas líneas en su diario, y en seguida se tendió vestido en una de aquellas camas. Su amigo Grunstein se colocó en el colchon mas inmediato, y preocupado siempre con el temor de que la acusacion no encontrase algun fundamento en los papeles ocupados en Ettenheim, preguntó en voz baja al príncipe si no habia

nada en aquellos papeles de que pudiesen prevalerse contra él. «No, le contestó en voz alta el preso, esos papeles no contienen mas que lo que todo el mundo sabe acerca de mi nombre y de mi situacion. Acreditan que me he batido bien hace ocho años, y que estoy pronto á batirme todavía. No creo que quieran mi muerte. Me encerrarán en alguna fortaleza como un rehen. Mucho trabajo me costará acostumbrarme á esa vida.»

LV.

El sueño interrumpió aquella conversacion y aquellos pensamientos. Durmió con la tranquilidad de la juventud y la seguridad del valor. Al dia siguiente 16 de marzo al salir el sol, el comandante fué á saber de su prisionero, y á conversar con él. El príncipe protestó de nuevo que era enteramente estraño á toda conjuracion contra la vida del primer cónsul, y que proyectos de aquella clase habian horrorizado siempre á su conciencia y á su honor. «Soldados de mi sangre, dijo, se baten, pero no asesinan.» El comandante, que parecia regocijarse con la inocencia de su jóven cautivo, le aseguró que no dudaba, si era asi, que su prision fuese únicamente de algunos dias.

Alentado el duque de Enghien por la bondad de aquel oficial, y pensando en la inquietud que debia tener por su suerte la jóven de que era amado, solicitó del comandante Mechin permiso de escribir á la princesa Carlota de Rohan á Ettenheim. El mayor le contestó que no podia prometerle dirigir la carta por sí mismo, pero que la entregaria á su gefe el general Laval, comandante de la division, y que si la carta no contenia mas que noticias de su viage, y espresiones de afecto, no dudaba que el general la haria llegar á su destino. Con esta esperanza, el príncipe escribió una larga carta, en que se desahogaba

y contenia á la vez con palabras encubiertas, y por temor á miradas enemigas ó indiferentes, la secreta ternura que rebosaba su corazon y que le ocupaba desde su rapto, mas que el temor de su propia suerte.

LVII.

EN LA CIUDAD DE ESTRASBURGO.

Viernes 16 de marzo de 1804.

«Me prometen que esta carta os será fielmente entregada. Hasta este momento no he podido obtener el permiso de tranquilizaros acerca de mi suerte. No pierdo un momento en hacerlo, suplicándoos que tranquiliceis á cuantos me aprecien de los que os rodean. Temo que esta no es encuentre en Ettenheim, y os hayais puesto en camino para venir aqui. La felicidad que esperimentaria al veros, no igualaria con mucho al temor de haceros participar de mi suerte. Conservadme vuestra amistad y vuestro interés. Puede serme muy útil, porque os será fácil interesar en mi desgracia á personas de suposicion. He pensado que tal vez habriais ya partido. Por el buen baron de Ischterlzheim habreis sabido la manera con que he sido arrebatado, y habeis podido juzgar por la mucha gente que para ello se ha empleado que hubiera sido inútil toda resistencia: no se puede nada contra la fuerza. He sido conducido por Rheinan y el camino del Rhin. Me guardan consideracion y atenciones: puedo decir que escepto la libertad, por que no se me permite salir de mi habitacion, estoy tan bien como es posible. Todos estos caballeros se han acostado conmigo porque asi lo he deseado: ocupamos una parte de la habitacion del comandante, y me están preparando otra en la que estaré

mañana y estaré mucho mejor. Hoy por la mañana deben examinarse á presencia mia, los papeles que me fueron ocupados y sellados con mi sello. Segun lo que he visto, encontrarán cartas de mis padres, del rey, y algunas copias de las mias. Todo esto, como ya sabeis, no puede comprometerme mas de lo que mi nombre y mi modo de pensar han podido hacerlo durante la revolucion. Creo que todo se enviará á Paris, y me aseguran, que segun lo que digo, estaré libre dentro de poco tiempo. ¡Dios lo quiera!.... Buscaban á Dumouriez que suponian entre nosotros. Sin duda creian que habiamos tenido conferencias, y se halla complicado en la conjuracion contra la vida del primer cónsul. Mi ignorancia de todo esto me hace esperar que podré obtener mi libertad, mas sin embargo, no nos hagamos todavía ilusiones. Si algunos de estos caballeros quedan libres antes que yo, tendré un gran placer en enviároslos, hasta que logre otro mayor. La abnegacion de mis gentes, me hace con frecuencia derramar lágrimas: podian librarse, no los obligaban á seguirme, pero lo han querido. Tengo á Ferón, José, y Poulaix: el buen Mylof no me ha abandonado un paso. Todavía no he visto esta mañana mas que al comandante, hombre que me parece honrado y compasivo, al mismo tiempo que rígido en el cumplimiento de sus deberes. Espero al coronel de la gendarmería que me ha prendido y que debe abrir mis papeles á presencia mia. Os suplico encargueis al baron cuide de la conservacion de mis efectos: si debo permanecer mas tiempo enviaré á pedir mas de los que tengo: espero tambien que los patrones de estos caballeros, tendrán tambien cuidado de los suyos. El pobre abate Wembern y Miguel, son de nuestra conscripcion y han venido con nosotros. Os suplico hagais presentes mis respetos á vuestro padre. Si obtengo uno de estos dias enviar uno de mis criados, lo cual deseo mucho y solicitaré, os comunicará todos los pormenores de nuestra triste situacion. Es necesario esperar. Si sois bastante bondadosa para venir á verme, no vengais hasta despues de haber estado, como deciais, en Carlsruhe. ¡Ay!.... ademas de vuestros negocios y de las insoportables dilaciones que acarrean, ahora tendreis tambien que hablar de los mios: el elector habrá tomado sin duda interés, pero os suplico que no por eso olvideis los vuestros.

«Adios, princesa, ya hace largo tiempo que conoceis mi tierno y sincero cariño: libre ó prisionero, siempre será el mismo.

«¿Habeis participado nuestra desgracia á madama de Ecquevilly?»

Firmado: L. A. H. de Borbon.

LVII.

El príncipe entregó aquella carta abierta al comandante. Pocos instantes despues, el general Laval, comandante de la division, entró con el general Fririon, su gefe de estado mayor. Este, que habia concurrido al rapto de Ettenheim, fué reconocido por el prisionero. Anunciaron al duque que le preparaban otro alojamiento en la ciudadela. La conversacion fué corta y mesurada: el frio semblante de los generales impidió al príncipe hablarles de la carta que acababa de escribir, y que tanto deseaba hacer llegar al corazon que le amaba.

Se le condujo con sus compañeros á la parte de la ciudadela que acababan de destinarle. Su nueva habitacion comunicaba con la de Mres. de Thomery, Jacques y Schmidt. Separaron á Grunstein, su amigo particular, cuya energía y empresas parecian temer mas. Fué alojado en otra ala del edificio diferente á la en que habitaba el prisionero.

El coronel Charlot y el comisario general de policía,

roconocieron sus papeles, los clasificaron y los enviaron á Paris con un correo estraordinario. Si solo se hubieran leido aquellos testimonios de su vida, y si se hubiese buscado su inocencia la habrian encontrado allí. Despues de aquella operacion quedó solo y escribió en su diario:

«Tendré que aburrirme aquí semanas y tal vez meses. Mi pesar se aumenta á medida que reflexiono sobre esta cruel situacion. Si dura esto mucho, creo que la desesperacion se apoderará de mí!.... ¡Son las once!... Me acuesto, pero estoy agitado y no podré dormir. El mayor Mechin ha venido á verme despues de estar acostado, y procura consolarme con palabras tiernas.»

Viernes 16 de marzo.

«.....He bajado á casa del comandante: por la noche me acuesto en su salon en unos colchones en el suelo. Los gendarmes ocupan la antesala. Hay dos centinelas en la habitacion..... uno á la puerta..... He dormido mal.

«Van á mudarme de habitacion: tendré que pagar la comida y probablemente la lumbre y la luz. Los generales Laval y Fririon vienen á verme: su saludo es frio. He sido trasladado á otro pabellon, á la derecha segun se viene de la ciudad: puedo comunicarme con Thomery, Jacques y Schmidt, pero ni yo ni mis gentes podemos salir. Sin embargo, me aseguran que me permitirán pasear por un jardinito que hay en un patio á espaldas de mi pabellon. A mi puerta hay una guardia de doce hombres y un oficial. Despues de comer me separan de Grunstein á quien han dado una habitacion sola al otro lado del patio. Esta separacion aumenta mi desgracia... Esta mañana he escrito á la princesa, y por medio del comandante he enviado una carta al general Laval. No he tenido contestacion: le pedia me permitiese enviar uno de mis criados á Ettenheim: sin duda me lo negarán todo. Son por todos lados estremadas las precauciones para que no pueda hablar con nadie. Si dura mucho, me voy á desesperar. A las cuatro y media vienen á registrar mis papeles, los leen superficialmente y luego forman legajos separados. Segun tengo entendido serán remitidos á Paris... Será necesario aguardar semanas y tal vez meses... Cuanto mas reflexiono en mi situacion mas se aumenta mi pesar...» El 17 de marzo escribió en cuanto se levantó: durmiendo y despierto siempre le ocupaba un mismo pensamiento, el de la que le seguia con el corazon desde Ettenheim.

«No sé nada de mi carta... Tiemblo por la salud de la princesa, una palabra de mi mano la devolveria la calma. ¡Cuán desgraciado soy!... Acaban de hacerme firmar el proceso verbal de la apertura de mis papeles... Pido y obtengo añadir á ellos una nota, que prueba que jamás he tenido otra intencion que servir y hacer lealmente la guerra.

Aquella nota, referida despues por los que la leyeron decia, que jamás habia entrado, y era verdad, en ningun complot contra la vida de Bonaparte: que adoraba á la Francia y que admiraba el genio del primer cónsul, que no podia creer se le imputase como un crímen á él, príncipe que habia salido de Francia á los catorce años con su abuelo y su padre, y que no conocia mas que los deberes de hijo, de nieto, de soldado y de miembro de la familia de los Borbones, el haber sostenido con las armas en la mano, los derechos de su raza y de su sangre.

LVIII.

Mientras el príncipe escribia aquellas nobles líneas, el comisario de policía Popp, que acababa de abrir sus

papeles, pedia al gobierno grados y ascensos para Charlot y Pfersdoff en recompensa del celo que habian manifestado en aquel atentado, exagerando los peligros que habian corrido, por el fuego que el duque de Enghien les hacia cuando forzaban su puerta en Ettenheim.

El general Ordener por su parte escribia al primer cónsul. «Os remito el proceso verbal y los papeles del duque de Enghien. Segun se vayan reconociendo los de los demas individuos, los enviará el general Caulaincourt. Aunque mi mision está cumplida, aguardaré vuestras órdenes para mi regreso á París...»

Satisfecho el príncipe al saber que sus papeles, que no contenian indicios de ningun crímen, le precedian en su marcha á París, escribió el 17 por la noche en su diario. «Esta noche me han prometido que recibiré permiso para pasearme por el jardin, y aun por el patio, con el oficial de guardia y mis compañeros de infortunio, y he sabido que mis papeles han sido enviados á París por un correo estraordinario. He cenado y me acuesto muy contento.»

Mientras su corazon se abria de este modo á la confianza, el telégrafo de París respondia al de Estrasburgo que habia anunciado á Bonaparte el buen resultado del rapto. Un correo estraordinario que habia salido de las Tullerías, mandaba á los generales Laval y Caulaincourt, que hiciesen salir inmediatamente en posta al principal prisionero para París, y que los demas fuesen dirigidos sucesivamente en los carruages públicos.

LIX.

El ejecutor de aquella órden, el coronel Charlot, se presentó á media noche en la ciudadela con una silla de posta. Despertado el soñoliento príncipe á la una de la

mañana, fué arrastrado solo al carruage; como era consiguiente se alarmó de una marcha tan repentina, cuyo objeto no se le indicaba. Durante la jornada, apuntó en sus notas.

Domingo 18 de marzo.

«A la una de la madrugada han venido á sacarme de la cama. No me han dado mas tiempo que el indispensable para vestirme. He abrazado á mis desgraciados compañeros y á mis criados. Marcho solo con dos oficiales de gendarmería y dos gendarmes. El coronel Charlot me ha dicho que vamos á casa del general de division Laval, que ha recibido órdenes de París. Mas allá en la plaza de la iglesia, he encontrado un carruage de posta con seis caballos. Me han obligado á entrar en él: el teniente *Peterman*, ha subido á mi lado, el cuartel-maestre Blitendoff, en el pescante, dos gendarmes dentro y otro fuera.»

No conocia la Francia, ignoraba el nombre de las puertas de Estrasburgo, y la direccion de los caminos porque le llevaban. Sus guardas eran muchos. Por la mañana, el teniente Peterman le anuncia por fin que se dirigian á París. Entonces tuvo un acceso de alegría: «¡Ah! dijo al teniente, no dudo que el primer cónsul quiere verme: un cuarto de hora de conversacion con él lo desvanecerá todo completamente.» Muchas veces le ocurrió esa idea. Estaba tan inocente de los crímenes que le atribuian que no dudaba que el sentimiento de su incompatibilidad se comunicase al instante á todo el que leyese en su alma: por otra parte, jóven, amante y soldado, suponia en todo el mundo la generosidad de que se encontraba poseido. Sus miradas se fijaban con placer en el camino: parecia que no podia saciarse con la vista de su patria. Su reconocimiento hácia Peterman era tan vivo, que se sacó del dedo una de las sortijas, y rogó á su

guarda que la conservase en recuerdo de aquel viage. Peterman no se atrevió á contristarle rehusándola.

Escoltado el carruage de parada en parada, por gendarmes al galope corriendo dia y noche, llegó el 20 de marzo á las tres de la tarde á las puertas de París cerca de la barrera de la Villette. Por temor de alguna conmocion en la ciudad á vista de aquel carruage escoltado y misterioso, se dirigió á los baluartes desiertos que circuyen esteriormente á París, y luego por la calle de Sevres le condujeron por el arrabal de San German al palacio del ministerio de Negocios estrangeros, que entonces estaba situado en el palacio Galefoi, en la esquina de la calle de Bac y de la de Grenelle. Abrieron la puertecilla y el prisionero iba á saltar al patio cuando una contra-órden le detuvo en el estribo. Hiciéronle entrar en el carruage, cerraron la portezuela, y mandaron al postillon que no desenganchase los caballos y que esperase órdenes que habian ido á buscar no se sabe donde. Sin duda Mr. de Tayllerand fué él mismo á las Tullerías á anunciar la llegada del prisionero y á recibir aquellas órdenes, porque paró á la puerta del palacio un coche, y salió conduciendo alguno que habia bajado por la escalera. Despues de media hora de esperar en silencio, los postillones que habian permanecido á caballo recibieron órden de dirigirse por los baluartes esteriores á Vincennes. El carruage que ya era esperado, atravesó el puente levadizo de la fortaleza y se detuvo en el patio á las puertas del gefe de batallon Harel, comandante de Vincennes.

LX.

El comandante Harel, antiguo sargento de los guardias franceses, protegido de los jacobinos, que le habian ascendido, destituido en el 18 brumario por el primer cónsul, descontento del gobierno consular, incitado con este motivo por los conspiradores Cerachi, Arena y Dernerville, cuyas insinuaciones habia despreciado y denunciado sus proyectos, habia recibido como una reparacion el mando de aquella prision de estado.

El primer cónsul previendo el drama de que iba á ser teatro Vincennes, quiso enterarse por si mismo de las seguridad de las paredes y de los carceleros. Una nota escrita por su órden á Harel, el 16 de marzo, en cuanto se supo en París el rapto de Ettenheim con las dos palabras al márgen *urgente* y *reservado*, le pedia un estado de las habitaciones, de las tropas, de los obreros, de los habitantes libres del palacio y hasta de los criados, con noticias exactas de cada uno de ellos. Real escribió ademas á Harel el dia 20: «El duque de Enghien llegará esta noche, y el primer cónsul ha mandado que su nombre y cuanto le pertenece permanezca secreto... En fin. el mismo dia, pocos instantes despues. Real en otra instruccion decia á Harel: «Un individuo, cuyo nombre no debe ser conocido, será conducido á ese castillo... la intencion del gobierno es que no se le haga ninguna pregunta acerca de su persona ni de los motivos do su prision; vos mismo debeis ignorar quien es... Solo vos debeis hablar con él y no le dejareis ver á nadie. Es probable llegue esta noche.»

LXI.

Apenas acababa Harel de leer aquel pliego cuando el carruage que no se esperaba hasta la noche, habiéndose anticipado por su rapidez á la hora de la oscuridad que se deseaba para que no fuese advertida su entrada en Vincennes, se detuvo á la puerta del alojamiento de Harel. Bajó el príncipe transido de frio con

el viento y la lluvia. Harel, compadecido al verle temblar, le invitó á subir á su cuarto donde se calentaria en la chimenea. «Con mucho gusto, dijo el príncipe dándole las gracias, veré con placer la lumbre, y tomaré tambien algun alimento porque no he comido en todo el dia. Una pobre religiosa que educaba á los hijos de madama Harel y que vivia fuera del castillo, bajaba la escalera del comandante cuando éste la subia seguido de su prisionero. Oyó el diálogo y se apartó á un lado para dejar pasar al jóven. Estaba pálido, dice, y parecia muy cansado, su estatura era elevada y su aire noble y distinguido: vestia un largo redingot de uniforme de paño azul, y en la cabeza llevaba una gorra de paño con doble galon de oro.

Harel dejó al príncipe calentarse á la chimenea: uno de sus antiguos camaradas de guardias francesas nombrado Aufort, y que mandaba entonces la brigada de gendarmería de Vincennes era amigo íntimo de Harel. Entrevió al príncipe, ayudó á Harel á prepararle el alojamiento, y fué á una hostería de la aldea á pedir la cena para el prisionero. Concluidos aquellos preparativos y reanimado el príncipe por la lumbre del hogar del comandante, Harel le condujo á su alojamiento definitivo que era un cuarto del pabellon llamado pabellon del Rey. Allí habian llevado apresuradamente lumbre, algunos muebles, una cama, una mesa y sillas. Las paredes lisas y algunos vidrios rotos por las golondrinas de las torres, atestiguaban la precipitacion de un mueblage que no habia habido tiempo para concluir.

LXII.

El príncipe, tratado con finura y bondad por Harel, no pareció de modo alguno triste ni dominado de presentimientos al establecerse en su habitacion, antes bien se manifestó sereno y casi alegre. Conversó con el comandante con todo juicio: le dijo que en su infancia, poco tiempo antes de la revolucion, habia estado con su abuelo el príncipe de Condé á visitar el castillo de Vincennes: que entonces no pensaba que algun dia seria del número de aquellos pobres prisioneros á quienes tanto compadecia, y que aun le parecia acordarse de aquel cuarto, y reconocerle como una de las habitaciones que habia recorrido: mirando luego por las ventanas las copas de las encinas y los caminos que se pierden en el bosque que rodea la fortaleza, admiró tan hermoso sitio. Habló de su pasion por la caza, y dijo que si durante su cautiverio se le permitia cazar por aquellos bosques daba su palabra de honor de no escaparse. Por lo demas, no parecia preocupado por el resultado de su rapto, y repitió á Harel lo que habia dicho á Peterman: «Esta prision no puede durar mas que algunos dias, solo el tiempo necesario para reconocer un error y mi inocencia.»

LXIII.

Durante aquellas conversaciones mas bien de un viagero que descansa, que de un prisionero que gime, un jóven llamado Turquin, que servia en la hostería de Vincennes, llevó la cena pedida por Aufort. El príncipe se acercó á la mesa é iba á sentarse, cuando viendo sobre el mantel unos cubiertos de estaño sucio en vez de ser de plata, esperimentó una repugnancia involuntaria, y sin hacer ninguna observacion se volvió hácia la ventana y comenzó á dar paseos á lo largo y á lo ancho sin mirar la cena. Harel lo notó y se apresuró á enviar á su cuarto, por su propio cubierto. Entonces se sentó el duque y pareció recobrar el apetito. Su perro, que habia tenido

á sus pies ó á su lado durante todo el camino colocó la cabeza sobre sus rodillas. Dió al pobre animal una parte de la cena que habia sobre la mesa, y mirando á Harel: «Presumo, le dijo, que no hay indiscrecion en que dé una parte de mi comida á mi perro.»

Concluida la cena, el príncipe escribió una carta á la princesa Carlota, y la guardó en su bolsillo por cualquiera acontecimiento.

Luego se acostó y durmió con un profundo sueño, como un hombre que tiene seguridad de despertar, y que confia tener muy feliz el dia siguiente.

LIBRO DOCE.

Napoleon en la Malmaison.—Sus preparativos para la muerte del duque de Enghien.—Interrogatorio del duque de Enghien.—Su juicio.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Llegada de la princesa Carlota á Paris.—Juicio de la conducta de Napoleon.

I.

Pero no dormian en el palacio de la Malmaison, en donde el primer cónsul, para recogerse en sus pensamientos, en los ratos de ocio y para gozar de las primeras delicias de la primavera se habia retirado ya hacia ocho dias. Aquellos dias y aquellas noches, todo se volvia agitacion, cólera, consejos, órdenes espedidas á los generales y ministros revocadas por otras, vigilias, idas y venidas de correos y de confidentes de Paris á aquel retiro y de aquel retiro á Paris. Era evidente que allí se fraguaban resoluciones trágicas y una precaucion de estado, un terror á la Europa, una advertencia superior á los numerosos conspiradores, una venganza, tal vez un crímen y bien pronto un remordimiento.

En aquella mansion fué en donde parecia aguardar un acontecimiento desconocido á todos, que recibió por el telégrafo el 15 de marzo por la noche, la noticia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á sus pies ó á su lado durante todo el camino colocó la cabeza sobre sus rodillas. Dió al pobre animal una parte de la cena que habia sobre la mesa, y mirando á Harel: «Presumo, le dijo, que no hay indiscrecion en que dé una parte de mi comida á mi perro.»

Concluida la cena, el príncipe escribió una carta á la princesa Carlota, y la guardó en su bolsillo por cualquiera acontecimiento.

Luego se acostó y durmió con un profundo sueño, como un hombre que tiene seguridad de despertar, y que confia tener muy feliz el dia siguiente.

LIBRO DOCE.

Napoleon en la Malmaison.—Sus preparativos para la muerte del duque de Enghien.—Interrogatorio del duque de Enghien.—Su juicio.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Llegada de la princesa Carlota á Paris.—Juicio de la conducta de Napoleon.

I.

Pero no dormian en el palacio de la Malmaison, en donde el primer cónsul, para recogerse en sus pensamientos, en los ratos de ocio y para gozar de las primeras delicias de la primavera se habia retirado ya hacia ocho dias. Aquellos dias y aquellas noches, todo se volvia agitacion, cólera, consejos, órdenes espedidas á los generales y ministros revocadas por otras, vigilias, idas y venidas de correos y de confidentes de Paris á aquel retiro y de aquel retiro á Paris. Era evidente que allí se fraguaban resoluciones trágicas y una precaucion de estado, un terror á la Europa, una advertencia superior á los numerosos conspiradores, una venganza, tal vez un crímen y bien pronto un remordimiento.

En aquella mansion fué en donde parecia aguardar un acontecimiento desconocido á todos, que recibió por el telégrafo el 15 de marzo por la noche, la noticia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haberse verificado el rapto. Sus pensamientos hasta entonces endurecidos por la cólera, comenzaron á moverse. Se sintió como embarazado con su triunfo y con su presa. Al momento escribió á Real: «Venid esta noche á las diez; un carruage os esperará en el puente de Neuilly para acelerar vuestra llegada.»

Al dia siguiente 16, á consecuencia de las entrevistas con sus consejeros, creyéndose seguro entonces de suministrar pruebas de una criminalidad indudable para la opinion, concibió la idea de hacer juzgar al príncipe, por un tribunal supremo nacional, con todas las garantías de la defensa y publicidad. Despues se fijó en la de un gran tribunal militar compuesto de los principales generales que tenian asiento en el Senado. Murat, cuñado del primer cónsul y gobernador de Paris, parece haber sido el encargado de las primeras proposiciones de aquel plan. Murat, de carácter soldadesco pero heróico, sintiendo con su jóven esposa una prision, que no podia menos de ensangrentar y manchar el poder naciente y hasta entonces puro de su cuñado, se habria inclinado al menos por el modo de ejecucion mas magnánimo. Decimos *ejecucion y no juicio*, porque todo juicio supone en los jueces el derecho de juzgar. Ahora bien, ningun francés tenia el derecho de juzgar á un príncipe, que no habia cometido un crímen en Francia; que residia desde la edad de catorce años en un pais estrangero y cuyo rapto era una ilegalidad europea y un atentado contra el derecho natural y de gentes.

II.

Murat mandó llamar al coronel Preval, jóven militar, famoso por su talento de esposicion y de palabra en los consejos de guerra, y que mandaba el segundo regimiento de coraceros de guarnicion en San German, situado á las puertas de París: le dijo que el primer cónsul habia fijado en él la vista para que fuese el relator de un negocio de Estado en que se hallaba complicado un elevado personage. El coronel Preval preguntó el nombre del culpable, y habiéndole contestado Murat confidencialmente que era el duque de Enghien, Preval, con un noble instinto de consideracion no aceptó las funciones que se le imponian en aquel proceso. «He servido antes de la revolucion, dijo, en el regimiento del jóven príncipe. Mi padre y mis tios servian antes que yo á las órdenes de los Condé, y el papel de acusador de su hijo y de su nieto despedazaria mi corazon y deshonraria mi espada.» Murat opinaba y comprendia lo mismo que el jóven oficial, y no podia vituperar en otro una repugnancia que habria respetado en sí mismo. Comunicó, pues, su negativa al primer cónsul, y ya no se volvió á hablar del gran tribunal militar de Estado. El temor de remover demasiado profundamente la opinion realista, sublevado por la lentitud y solemnidad de largos debates que resonarian en la Vendée, el presentimiento del apasionado interés que se adheria á un jóven príncipe arrebatado por la violencia de su asilo, y á quien se volvia por fuerza á su patria para que le sirviese de sepulcro, influyeron sin duda tambien en la forma del juicio. Se necesitaba prontitud, secreto silencio, cubrir con un velo á la víctima, y dar el golpe de modo que cuando resonase no fuese ya tiempo de pedir gracia. Todas estas condiciones del crímen político, se encontraban en una comision militar sin formalidad, sin publicidad, sin lentitud nocturna, rápida, instantánea que juzgase é hiriese con una palabra bajo las bóvedas y en los fosos de una prision de Estado. Bonaparte se fijó en este modo, conforme á aquellas venganzas y á aquellas precauciones de Estado del Consejo de los Diez, y de los calabozos sin eco de Venecia. El genio trágico del italiano, respiraba

todo entero en aquel tribunal, en aquellos jueces y en aquella ejecucion nocturna. Solo que Venecia no juzgaba de aquel modo mas que á sus ciudadanos, y no enviaba á arrebatar sus víctimas, que vivian sin desconfianza en la inviolabilidad del asilo estrangero.

III.

El 17, el primer cónsul recibió en la Malmaison los pormenores circunstanciados de la doble espedicion de Ordener y Caulaincourt. De este modo supo que la presencia de Dumouriez en Ettenheim era una quimera: el parte del coronel Charlot lo decia testualmente. Este coronel esplicaba la confusion de nombres entre Thomery y Dumouriez: ninguna sospecha fundada podia quedarle ya en cuanto á esto al primer cónsul.

El 18 recibió Mr. de Talleyrand el parte de Caulaincourt sobre su mision paralela en Offembourg, y sobre sus comunicaciones diplomáticas á la córte de Baden. Los papeles ocupados en casa del duque de Enghien llegaron por el mismo correo: Mr. de Talleyrand los llevó á la Malmaison. El príncipe no podia tardar en seguir á aquellos correos, á aquellos pliegos y á aquellos documentos justificativos de su supuesto complot que le precedian á París. Desde el 15 por la noche, Bonaparte habia mandado á sus oficiales en Estrasburgo que hiciesen salir inmediatamente al duque de Enghien para París. La órden que llegó por el telégrafo fué ejecutada por la noche como ya hemos visto: pero desde aquel momento el cielo brumoso de las montañas de la Alsacia impedia al telégrafo anunciar á la Malmaison la marcha del prisionero. Solo se calculaba por conjeturas que llegaria en la tarde ó en la noche del 20 de marzo.

El primer cónsul preparó todo en la mañana de aquel

dia siniestro, para que el juicio y la ejecucion esperasen á la víctima á hora fija en Vincennes. La rápida sucesion de deliberaciones, mensages y actos consignados con esta fecha, en la mañana del 20 de marzo, prueban que el pensamiento de Bonaparte, pendia con una impaciencia y puntualidad febriles hácia el mas rápido y trágico desenlace en la noche siguiente. Diríase que temia los remordimientos de la reflexion, y que decidido á no arrepentirse no queria tomarse tiempo para deliberar.

IV.

Todo se apresuró en aquella fecha y en aquellas horas. Escribió primero al ministro de la Guerra encargase á Murat, gobernador de París, el nombramiento de vocales de una comision militar para juzgar al duque de Enghien.

Hizo redactar á Real un informe sobre las supuestas conspiraciones en que el príncipe se habia mezclado, segun las engañosas revelaciones de los esploradores de policía en el Rhin y en Lóndres. Hizo reasumir aquellas acusaciones conjeturales en un decreto del gobierno, en que se afirmaba que el príncipe formaba parte de los complots fraguados por la Inglaterra contra la seguridad esterior é interior de la República.

Hizo que Real, director de la policía secreta, escribiese en aquel mismo dia á Murat primero y á Harel despues, para que el príncipe fuese conducido y recibido en Vincennes. Al medio dia recibió á Mr. de Talleyrand, y conferenció con aquel ministro en los jardines.

Su hermano José Bonaparte, al oir los rumores que circulaban, corrió desde Morfontaine á la Malmaison. Josefina, esposa del primer cónsul, fué la primera que le recibió, le participó la prision del jóven príncipe, le dijo

que temia los consejos de aquel maldito cojo (Mr. de Talleyrand), y suplicó á su cuñado que hablase á su marido, le aconsejase la indulgencia, y sobre todo que no le dijese que ella le habia prevenido, para que no le pareciese que su opinion habia sido supeditada por el enternecimiento de una muger.

José, bien dispuesto por su propio corazon y por sus amigos y patrones de Morfontaine, madama de Staël, Mateo de Montmorency, Mr. de Jaucourt, bajó al jardin, é interrumpió la conversacion del cónsul y Mr. de Talleyrand: este se retiró. Bonaparte confió á José su resolucion de hacer juzgar al duque, como cómplice de conjuraciones contra él. José trató de disuadirle y le suplicó se acordase de que el príncipe de Condé gobernador de la Borgoña durante su infancia, le habia favorecido y asistido con su proteccion en el colegio de Autun, y que á él debia su admision en el cuerpo de artillería: «¿Quién nos hubiera dicho entonces, añadió José enternecido, que tendriamos que deliberar un dia sobre la vida ó la muerte de su nieto, único heredero de su nombre?» Bonaparte inflexible contestó que el duque de Enghien era uno de los gefes de los complots de Georges contra su propia vida, y que no habia inviolabilidad para unos Borbones que iban á conspirar tan cerca de las fronteras. Cortó la conversacion para leer un despacho telegráfico de Estrasburgo, que habiéndose aclarado el horizonte le participaba la salida del príncipe para París. A las cuatro, un nuevo despacho de París le noticiaba la llegada del prisionero al ministerio de Negocios estrangeros. Sin embargo, Murat con arreglo á sus órdenes de la víspera habia nombrado la comision militar: no habia entresacado los jueces con la parcialidad de un hombre que manda una condenacion. La casualidad y las graduaciones los habian designado. Eran Hullin, que mandaba los granaderos de infantería de la guardia de los cónsules, presidente; Guiton, coronel del primer regimiento de coraceros; Bazancourt del 4.°; Ravier del 18; Barrois del 96; Rabbé, de la guardia municipal, todos oficiales de la guarnicion de París. El mayor de la gendarmería de Autencourt era relator. La desgracia de Murat era el tener que buscar jueces en las filas donde no se discute la obediencia, en donde se dejan mandar y juzgar, como se dejan mandar morir, y en donde no se sabe hacer distincion entre una sentencia y un juicio.

Al punto que aquellos jueces de un desterrado que no habia contravenido voluntariamente á ninguna disposicion, que solo la fuerza habia sometido á su jurisdiccion, fueron designados por el gobernador de París, el primer consul les hizo prevenir que se dirigiesen á casa de Murat para que les enterase de su mision. Mandó al ministro de la Guerra que hiciese reunir en la barrera de San Antonio mas inmediata á Vincennes, una brigada de infantería acuartelada en aquel arrabal. A aquella brigada de fuerza imponente y desproporcionada para toda circunstancia ordinaria, debia agregarse una legion de gendarmería, de que era coronel el general Savary, ayudante de campo del consul. Savary, actor seguro y principal, ojos y manos del primer consul en aquel acontecimiento, debia, durante la corta duracion del juicio, mandar en gefe la brigada de tropas de línea, la legion y hasta la fortaleza. Harel desaparecia ante aquel supremo ejecutor de los designios de su amo. Savary recibió la órden de presentarse por la tarde en casa del gobernador de París y darle conocimiento preliminar de las medidas concertadas en la Malmaison y en el ministerio de la Guerra para las disposiciones militares que le concernian en el plan general de la noche.

Maret, que regresaba de la Malmaison á París, recibió de manos del primer consul una copia de las mismas disposiciones para el gefe de la policía, Real. Este, segun se dice, debia ir tambien por su parte á interrogar al prisionero á su llegada á Vincennes. Se ha forjado sobre es-

ta órden dada á Real y sobre las circunstancias accidentales é improbables que impidieron en efecto, un sistema de escusa ó de atenuacion del crimen que espondremos mas adelante. Tomadas aquellas medidas sobrevino la noche y la Malmaison esperó.

V.

Savary salió de la Malmaison á las cinco, y recibió de Bonaparte en su gabinete y en su propia mano las instrucciones que enviaba á Murat. Al llegar á casa de éste, Savary encontró mas abajo de la cochera á Mr. de Talleyrand que salia de palacio. Subió á casa del gobernador de París: sea que Murat estuviese realmente malo aquel dia, ó que repugnase como á su muger el acto odioso conocido de antemano de ambos, ó bien que no quisiese aceptar la responsabilidad futura de ninguna intervencion activa ni directa en una crueldad capaz de empañar algun dia su fama, rechazó sobre la enfermedad verdadera ó falsa su inmovilidad en el acontecimiento. Se presentó como en estado de no poderse tener en pie ni de velar personalmente la ejecucion de las órdenes militares. Se limitó, pues, á decir á Savary, á quien no queria: «Debeis saber las órdenes de que sois portador, ejecutadlas en lo que os concierne.»

Salió Savary y se dirigió al cuartel de la gendarmería de que era coronel, la reunió, la dirigió á Vincennes y luego marchó á la barrera de San Antonio para tomar, en virtud de las órdenes del cónsul, el mando de la brigada de infantería que le fué conferido en la Malmaison. A las ocho de la noche llegó á Vincennes con aquella fuerza, formó la brigada de infantería en la esplanada que da frente al bosque, é hizo entrar la legion de caballería en el patio, colocando puestos de gendarmes en todas las salidas, con órden de impedir toda comunicacion con lo esterior bajo cualquier pretesto que fuese. Aquella consigna indica bastante que no se esperaban contra-órdenes de París ni de la Malmaison.

VI.

En el mismo momento Hullin, presidente de la comision militar, acudió con el relator y jueces designados en casa de Murat para recibir sus instrucciones. Murat les mandó dirigirse á Vincennes, y les entregó la órden oficial que los constituia en tribunal. El último párrafo de aquel decreto decia: se reunirán inmediatamente en Vincennes para juzgar al procesado con arreglo al acuerdo del gobierno y segun los cargos manifestados en él. Aquellos oficiales fueron marchando sucesivamente á Vincennes: su reunion en casa de Murat, la redaccion de las órdenes, su salida de Paris, la travesía de la barrera de San Antonio al castillo, habian invertido horas. La noche estaba ya avanzada cuando se reunieron en casa del comandante Harel, el cual dispuso para juzgar á un huésped el mismo salon en que le habia dado hospitalidad. El presidente Hullin distribuyó á sus colegas las piezas de la acusacion. Segun las fórmulas dió órden al comandante Harel para que fuese á buscar el prisionero y le llevase á la pieza contigua al salon para ser interrogado por el fiscal de la comision militar. Mientras se cumplian aquellas formalidades, los jueces se pusieron á hablar junto á la lumbre: Savary y algunos de los que habitaban en el castillo andaban por las escaleras, por las habitaciones del comandante, y hasta por aquel salon convertido bien pronto en pretorio. Todo estaba taciturno; pero sin murmurar. Cuando se ve de ese modo y á cierta distancia el amberso de un asesinato, el juez que se estre-

mece, la víctima que duerme, ¿no se truecan en el pensamiento los papeles? ¿Y no se preferiria mil veces ser el condenado que el ejecutor? Pero en los tiempos dominados por la esclavitud se encuentran instrumentos para todo.

VII.

Mientras se hacian aquellos preparativos de muerte en la Malmaison, en Paris, y tan cerca de su cabeza en Vincennes, el duque de Enghien, que se habia acostado con la mayor confianza, dormia con el profundo sueño del cansancio, la juventud y la inocencia al lado de sus jueces, sentados ya para condenarle. Savary habia colocado en su antesala un teniente y dos gendarmes, y les dió órden de que condujesen al preso al consejo reunido en casa del comandante del castillo.

Eran las once de la noche, cuando el teniente Noirot y los dos gendarmes Thesis y Lerma entraron en la habitacion del jóven que dormia. Bajo su uniforme aquellos hombres abrigaban un corazon tierno. Despues confesaron cuán costoso les fué interrumpir de aquel modo por un mandato de muerte, la única felicidad que puede disfrutar un preso, y cuánto hubieran deseado prolongar al menos algunos minutos el reposo ó los sueños de aquel jóven príncipe soldado como ellos. Pero el tribunal y Savary aguardaban.

Despertaron sin precipitacion y sin palabras duras ni adusto semblante al príncipe, que leyó la compasion en sus miradas y en su acento. Se vistió con el mismo trage que la víspera, se puso sus botas y su gorra de camino en la cabeza, porque ignoraba si se le llamaba para una comparecencia ó para una marcha. Permitió á su perro, que dormia á sus pies, que le siguiese. Atravesó, acompañado del teniente y los gendarmes, las escaleras, los corredores y los patios, y fué introducido en la pieza contigua al salon de Harel, en donde se encontró frente á frente con el fiscal Antencourt. Era entonces media noche, como lo acredita la fecha del interrogatorio: le acompañaba Jaquin, gefe de escuadron de gendarmes.

VIII.

A las preguntas del fiscal, contestó que se llamaba Luis Antonio Enrique de Borbon, duque de Enghien, natural de Chantilli, Versalles de los Condé.

Que habia salido de Francia en una época que apenas recordaba, con su abuelo el príncipe de Condé, y su padre el duque de Borbon.

Que habia andado por Europa con su familia, y hecho despues la guerra en el ejército de su abuelo: que habiendo sido licenciado aquel ejército, se retiró á las montañas del Tirol, visitó la Suiza como simple viagero, y que por último, habiendo pedido al príncipe de Rohan permiso para habitar en sus estados del ducado de Báden, se habia fijado en Ettenheim:

Que jamás habia estado en Inglaterra, y que sin embargo se sostenia con el subsidio que aquella potencia pasaba á los príncipes refugiados, única pension con que contaba para vivir:

Que razones íntimas y su aficion á la caza eran los motivos principales de que prefiriese la residencia de Ettenheim:

Que como era natural, mantenia correspondencia con su abuelo y su padre, únicos lazos que tenia en tierra estrangera:

Que en 1796, tenia el grado de comandante de la vanguardia del ejército de Condé:

Que nunca habia tenido la menor relacion con el go-

neral Pichegrú: que aquel general habia manifestado deseos de verle, pero que se felicitaba de no haberle visto, segun los medios viles que se decia habia empleado aquel general, siempre que semejante acusacion fuese cierta:

Que tampoco conocia á Dumouriez.

Que habia escrito algunas veces á Francia á varios amigos y compañeros de armas que le apreciaban, y que aquellas correspondencias no eran de la clase de las que le podian arruinar.

El príncipe, despues de aquellas respuestas sóbrias, claras y francas como su alma, debia firmar el interrogatorio con los oficiales y gendarmes presentes: pero dirigiéndose al fiscal Autencourt, le manifestó el deseo de tener una entrevista con el primer cónsul. Ya hemos visto que desde el momento de su prision habia cruzado por su mente aquel pensamiento. No creia que podia existir una sombra entre la mirada del héroe y la del soldado, y que encontrándose se comprenderian. Autencourt le aconsejó que escribiese de su mano aquel deseo al pie del interrogatorio, pues que aquel documento iba á pasar al consejo de guerra. El príncipe tomó la pluma y escribió.

«Antes de firmar el presente proceso verbal, suplicó con instancia el tener una entrevista con el primer cónsul. Mi nombre, mi rango, mi modo de pensar, y el horror de mi situacion, me hacen esperar que no se me negará mi peticion.»

IX.

El fiscal, dejando al duque solo con sus guardias, llevó aquel documento al consejo. Los jueces le leyeron, recibieron las impresiones que parecia imponerles la colocacion artificiosa de las preguntas redactadas en el decreto del gobierno, y conferenciaron brevemente acerca

del deseo manifestado por el acusado, de ver al primer cónsul. Algunos opinaron que debia suspenderse el juicio hasta que se trasmitiese aquel deseo á la Malmaison y se recibiese la respuesta. Una hora y un gendarme montado eran suficientes para ello. Si despues debia pronunciarse un fallo de muerte, todavía precedería á la aurora. El hombre que conocia el pensamiento íntimo del gobierno, dijo que aquella suspension y aquel recurso de una comunicacion directa con Bonaparte, no le parecia que debian entrar en las miras del primer cónsul. El consejo negó la peticion del príncipe y acordó que fuese inmediatamente juzgado.

X.

Abrieron la puerta y se encontró de repente en presencia de sus jueces. Para satisfacer el tenor literal de la ley, que exigia una falsa apariencia de publicidad, el tribunal, que juzgaba por la noche bajo la consigna de una legion de gendarmería y las bóvedas de una prision de Estado, dejó introducir en la sala y sus inmediaciones á algunos oficiales y habitantes del castillo. Todos se enternecieron al ver la dignidad modesta y firme, y sobre todo la actitud intrépida del prisionero. En su memoria quedó grabada la última hora del duque de Enghien, para honor de su raza y para la justicia de la posteridad.

El presidente Hullin era hombre de estatura y fisonomía soldadesca, que habia nacido en las montañas de la Suiza: antes de la revolucion, marchó á Paris como artesano, entró en clase de criado en casa del marqués de Conflans, se mezcló en las escenas revolucionarias del 14 de julio, fué uno de los vencedores populares de la Bastilla, luego voluntario, y se señaló en los campamentos por su intrepidéz. Oficial muy apegado á su grado, y de carácter pasivo, era un órgano muy bien elegi-

do para la impasibilidad de semejante tribunal. No añadia nada por su rigor al de tal mision, ni cercenaba nada de la indulgencia, por la responsabilidad. Sentia mucho el tener que juzgar, pero lo hacia sin tener en cuenta quién era el que estaba delante de él, de dónde venia, y si un rapto en pais estrangero era suficiente para formalizar una acusacion segun la conciencia, segun la humanidad y segun la ley.

Dirigió una por una al acusado las mismas preguntas del interrogatorio, que ya habian sido contestadas. El príncipe respondió con la misma precision y sinceridad. Rechazó lejos de sí, con noble indignacion, la suposicion de complots contra la vida del primer cónsul, y de la complicidad con los conjurados Georges, Pichegrú, y otros. Se pronunció con toda la altivez de su alma contra una especie de guerra, que haria que la victoria se asemejase á un crímen. La energía y la franqueza de su acento hacian fuerte impresion en los oidos de los espectadores, así como la evidencia convencia á su ánimo.

«Pero sin embargo, caballero, le dijo Hullin, ¿cómo nos persuadireis que ignorabais tan completamente como decís, lo que pasaba en Francia, cuando todo el mundo lo sabia, y que con vuestro rango y nacimiento, que tanto cuidais de recordarnos, habeis podido permanecer indiferente á unos acontecimientos de tanta importancia y cuyas consecuencias debian ser para vos? Por la manera con que nos contestais, parece que desconoceis vuestra posicion: tened cuidado, porque esto puede llegar á ser sério, y las comisiones militares, juzgan sin apelacion.»

Aquellas palabras ¿eran una impaciencia del juez, que exigia en la confesion un pretesto para tranquilizar su conciencia, ó eran una advertencia al acusado para que variase su defensa y apelase, no á la justicia, sino á la gracia? Hullin lo ha pretendido despues: entonces nada lo reveló. El juicio por la noche, la precipitacion de las

medidas, el olvido de las formalidades, la aparente publicidad, el número y la actitud de las tropas que estaban sobre las armas, y la insinuacion de Savary en no insistir en una entrevista con el primer cónsul, anunciaban bastante, que se habia tomado un partido de pronta é irrevocable ejecucion. El príncipe, confesando complots imaginarios, hubiera hecho traicion á su inocencia y á la verdad, sin que ninguna confesion hubiera prolongado sus horas que ya estaban contadas en la Malmaison.

XI.

Se quedó pensativo un momento con las manos sobre los ojos, y luego dijo: «Solo puedo, caballero, repetiros lo que ya he dicho. Al saber que la guerra estaba declarada, he solicitado entrar al servicio de la Inglaterra. El gobierno inglés me contestó que no podia acceder á mi solicitud, pero que permaneciese en las orillas del Rhin, en donde tenia que representar un papel, y aguardaba: hé aquí, caballero, todo cuanto puedo deciros.»

Hullin refiere que los jueces se esforzaron indirectamente y por varias veces, en hacer que el acusado abandonase aquella franqueza, que segun ellos, no les permitia absolver, é inducirle á confesiones ó alteraciones de la verdad, ó á escusas á que no quiso recurrir. «Veo, dijo el príncipe, sensible á aquellos indicios de clemencia, veo con reconocimiento las honrosas intenciones de los individuos de la comision, pero no puedo valerme de los medios que parecen ofrecerme. No desconozco mi peligro, pero no quiero alejarle por medio de ningun subterfugio indigno. Solo deseo una entrevista con el primer cónsul.....» Todo estaba dicho.

Hullin mandó retirar al acusado. Savary, los oficiales de la legion de gendarmería y de línea y los espec-

tadores, se retiraron tambien para que los jueces fallasen en silencio y secreto. La deliberacion no duró mas tiempo que el necesario al decoro del acto, para dar una apariencia de que los jueces habian reflexionado. ¡Por unanimidad declararon la criminalidad del acusado, por unanimidad la pena, y por unanimidad la muerte!....

«Que se traslade cualquiera, dice el presidente de aquel tribunal, al tiempo en que vivíamos: nombrados jueces, nos era preciso fallar sopena de ser juzgados nosotros mismos.»

Olvidaron que no hay juez sin acto justiciable, que no le habia entonces, sino un desterrado arrastrado á su presencia con la bayoneta al pecho.

Olvidaron que debian ser juzgados en efecto por la equidad del mundo, por su conciencia, y por Dios.

El príncipe no tuvo defensor. Hullin atribuyó la falta de defensa del acusado, que todas las leyes civilizadas le conceden, á la negligencia de Autencourt. Ninguno de los jueces recordó aquel deber al presidente. El príncipe no quiso pedir uno, ó ignoraba que la ley le pedia por él.

XII.

En cuanto se pronunció la sentencia, y aun antes de redactarla, Hullin hizo poner en conocimiento de Savary y del capitan fiscal, la condenacion de muerte, para que tomasen las medidas que les concernian para la ejecucion. Hubiérase dicho que el tiempo parecia tan corto al tribunal como á los que aguardaban su fallo, y que un genio invisible acumulaba unos sobre otros los actos, las formalidades, y las horas, para que el sol no viese nada de la obra de la noche. Hullin y sus colegas, que habian quedado en el salon del consejo, redactaron al azar el fallo que acababan de pronunciar. Breve, nada

conforme á la práctica, y reasumiendo todo un interrogatorio en dos preguntas y dos respuestas, aquella sentencia terminaba con la órden de que se ejecutase en seguida.

XIII.

Savary no habia aguardado que se escribiese aquella órden, para preparar su ejecucion. Ya habia señalado el sitio. Como el patio y la esplanada estaban llenos de tropas, por hallarse ocupados por la brigada de infantería y la legion de gendarmería, no habia espacio en que el fuego de un peloton no corriese el riesgo de herir á algun soldado ó á algun espectador. Temíase tambien sin duda dar demasiada publicidad al asesinato en medio de un ejército, la distancia del sitio de la ejecucion al de la sepultura, y la compasion y el horror de las filas á vista del mutilado cadáver de aquel jóven. El foso del castillo evitaba aquellos riesgos y aquella ignominia: cubriria el asesinato como cubriria la víctima: fué, pues, elegido. Harel recibió órden de entregar las llaves de las escaleras y de las rejas, que bajando desde las torres daban paso á los cimientos del castillo, de que indicase las salidas y los sitios, y de que proporcionase un sepulturero que abriese la huesa, mientras el que debia ocuparla respiraba todavía. Despertaron á un pobre jardinero del palacio, llamado Bontemps, le manifestaron cuál era su encargo, y le dieron una linterna para que atravesase el laberinto de los fosos y pudiese llevar á cabo su obra. Bontemps bajó con su pala y su azadon al fondo del foso, y al ver que por todas partes estaba la tierra seca y dura, se acordó de que el dia anterior se habia comenzado á abrir, al pie del pabellon de la Reina, en el ángulo que formaba la torre, una zanja para echar en ella escombros. Dirigióse al pie de aquella torre, tomó con sus pa-

sos la medida del cuerpo de un hombre, y concluyó de abrir en la tierra removida de antemano el sepulcro de un cadáver. El duque de Enghien, por entre el murmullo de las tropas, podia oir desde su ventana, los sordos y acompasados golpes del azadon que preparaban su último lecho. Savary al mismo tiempo hacia bajar y formar lentamente en los fosos, los destacamentos de tropa que debian asistir á la ejecucion militar, y cargar las armas al piquete designado para ella.

XIV.

El príncipe estaba muy distante de sospechar en sus jueces ni tal rigor, ni tanta precipitacion. No dudaba que aun cuando la comision le condenase á muerte, no fuese una ocasion de magnanimidad para el primer cónsul. Habia amnistiado á los emigrados cogidos con las armas en la mano. ¿Cómo dudar que el que habia perdonado á desterrados oscuros y culpables, no se honraria con la justicia ó con la clemencia para con un príncipe ilustre, querido de la Europa, é inocente?

Despues de su interrogatorio le habian vuelto al cuarto en que dormia: entró en él sin manifestar ninguna de las angustias que los acusados esperimentan en la espectativa ó incertidombre de sus fallos. Con sereno semblante y espíritu tranquilo, conversaba con los gendarmes y jugaba con su perro. El teniente Noirot, que le custodiaba, habia servido en otro tiempo en un regimiento de caballería, mandado por un coronel amigo del príncipe de Condé. Habia visto al duque de Enghien siendo niño, acompañar algunas veces á su padre á las revistas y ejercicios del regimiento. Recordaba al príncipe aquel tiempo y las circunstancias de su juventud. El duque se sonreia con aquellos recuerdos y los repasaba en su memoria con otros de su infancia, que se confundian con los de Noirot. Se informaba con una curiosidad llena de interés de la carrera de aquel oficial, de sus campañas, de los combates á que habia asistido, de los ascensos que habia obtenido, del grado que tenia, y de los que esperaba, y de la aficion que tenia al servicio. Parecia complacerse en aquella conversacion sobre lo pasado con un valiente oficial que le hablaba con el lenguage y el corazon de un hombre, que sin la severidad del deber, querria poder enternecerse.

XV.

Un ruido de pasos que avanzaba lentamente hácia la habitacion, interrumpió aquel dulce y postrer desahogo del cautiverio. Era el comandante de Vincennes, Harel, acompañado del gefe de la gendarmería de la aldea, Aufort. Este, que era amigo de Harel, habia permanecido por tolerancia en una de las piezas de la habitacion del comandante, despues de haber encargado la cena del príncipe, y desde allí habia oido ó visto todas las escenas de aquella noche. Harel, enternecido y temblando por la mision que iba á desempeñar, permitió á Aufort que le siguiese y auxiliase en su mensage al prisionero.

Saludaron respetuosamente al príncipe: ninguno de ellos tuvo valor para decirle la verdad. La actitud abatida y la voz consternada de Harel, revelaban á los ojos y al alma del príncipe un funesto presentimiento del rigor de sus jueces. Creia que iban á buscarle únicamente para que le leyesen su sentencia; Harel le invitó de parte del tribunal á seguirle. Le precedió con una linterna en la mano, por los corredores, pasadizos y patios que era necesario atravesar para llegar á la torre llamada del Diablo. En aquella torre se hallaba la única es-

calera y puerta que daba á la profundidad de los fosos. El príncipe pareció vacilar dos ó tres veces al penetrar en aquella torre sospechosa, semejante á una víctima que olfatea la sangre, que se resiste y que vuelve la cabeza al pasar la puerta de un matadero.

Savary, mientras el prisionero bajaba al lugar del suplicio, y los destacamentos y el piquete se preparaban, estaba de pie calentándose en la chimenea de Harel en la sala del consejo. Hullin, despues de haber concluido su proceso verbal de condenacion, estaba sentado junto á la mesa, vuelta la espalda á Savary. Esperando que la sentencia fuese suavizada por la clemencia y omnipotencia del primer cónsul, comenzaba en su nombre y en el de sus colegas una carta á Bonaparte, manifestándole el deseo del acusado de que le concediese una audiencia, y suplicándole mitigase una pena, que solo el rigor de sus funciones les habia obligado á imponer. «¿Qué haceis ahí?.. le dijo el hombre de Bonaparte aproximándose á Hullin. — Escribo al primer cónsul, contestó el presidente, participándole el deseo del condenado y el voto del consejo.» Savary quitando la pluma de la mano al presidente: «Vuestro encargo ya está concluido, dijo, lo demas me corresponde á mí.»

Hullin cedió al ascendiente del general que mandaba soberanamente en el castillo. Se levantó con sentimiento al verse arrebatar el privilegio de pedir una gracia, privilegio habitualmente ejercido por los tribunales y por las comisiones. Creyó que Savary le reivindicaba para sí mismo. Se quejó á sus colegas de un despotismo que dejaba en su conciencia un remordimiento desgarrador, y se dispuso á volver con ellos á Paris.

XVI.

Harel y Aufort precedian en silencio al duque por las gradas de la estrecha escalera, que bajaba como una

poterna por entre las gruesas paredes de aquella torre. El duque, por el horror de aquel sitio, y por la altura de los escalones, muchos de los cuales se hallaban enterrados en el suelo, principió á comprender que no le llevaban á presencia de sus jueces, sino á la de asesinos, ó á encerrarle en una mazmorra. Tembláronle todos sus miembros, y retirándose convulsivamente, se dirigió á los guias que le precedian, y con voz sofocada les dijo: «¿A donde me llevais? ¡Si es para sepultarme vivo en uno de esos calabozos, prefiero morir ahora mismo!...»

«Señor, le contestó Harel volviéndose, seguidme y armaos de todo vuestro valor.»—El príncipe le comprendió á medias, y le siguió.

XVII.

Salieron de la escalera por una puerta muy baja que daba á los fosos. La comitiva anduvo largo tiempo á oscuras siguiendo el pie de las elevadas paredes de la fortaleza, hasta el basamento del pabellon de la Reina. Cuando volvió el ángulo de aquel pabellon que encubria otra parte de los fosos, oculta por las murallas, el príncipe se encontró de repente, frente á frente con los destacamentos de tropas colocadas para verle morir. El piquete de fusileros destinado á su suplicio, estaba separado de los demas soldados, y sus armas brillaban á algunos pasos de él. Algunos faroles que llevaban varios hombres, iluminaban los fosos, las murallas, y el sepulcro. El príncipe se detuvo á una señal de sus guias: vió con una mirada su suerte y no palideció. Una lluvia menuda y glacial caia de la encapotada atmosfera. Un triste silencio reinaba en el foso: solo se oia á alguna distancia los cuchicheos y los pasos de un grupo de oficiales y soldados que se apiñaban hácia los parapetos y el puente levadizo del bosque de Vincennes.

XVIII.

El ayudante Pelé, que mandaba el destacamento, se adelantó con los ojos bajos hácia el príncipe. Tenia en la mano el fallo de la comision militar que leyó con voz apagada pero inteligible. El príncipe la escuchó sin debilidad y sin hacer ninguna observacion. Parecia haber recogido en un momento todo su valor y todo el heroismo militar de su raza, para manifestar á sus enemigos que sabia morir. Dos solos pensamientos le ocuparon al parecer durante el momento de silencio que siguió á la lectura de su condenacion á muerte: uno, el de acudir á la religion en su último suspiro, y otro el hacer llegar su pensamiento á la que iba á dejar sobre la tierra.

Preguntó si podian darle el consuelo de ser auxiliado por un sacerdote, pero allí no le habia. En algunos minutos pudo hacerse llegar al cura de Vincennes, pero era preciso aprovechar la noche que estaba ya muy adelantada y que debia cubrirlo todo. Los oficiales mas cercanos al condenado, le hacian señas de que era forzoso renunciar á aquel consuelo. Una voz que salió entre tinieblas de un grupo, dijo con ironía: «¿Quiéres morir como un capuchino?» El príncipe levantó la cabeza con indignacion.

Entonces se volvió hácia el grupo de oficiales y gendarmes que le habian precedido, y preguntó en alta voz, si habia alguno entre ellos que quisiese prestarle el último servicio. El teniente Noirot salió del grupo y se acercó á él: su paso denotaba su intencion. El príncipe le habló algunas palabras en voz baja. Volviéndose entonces Noirot hácia la tropa: «Gendarmes, dijo, ¿alguno de vosotros tiene tijeras?» Los gendarmes buscaron en sus cartucheras, y pasaron de mano en mano al príncipe un par de tijeras. Se quitó la gorra, cortó uno de los rizos de sus cabellos, sacó una carta de su pecho, se quitó una sortija del dedo, lo envolvió todo en un papel, y entregó aquel pequeño paquete, su única fortuna, al teniente Noirot, encargándole en nombre de su situacion y de su muerte, que lo dirigiese á la jóven princesa Carlota de Rohan, en Ettenheim.

Confiado de aquel modo el último mensage del amor, se recogió un momento con las manos juntas para orar por la postrera vez, y en voz baja encomendó su alma á Dios. Luego anduvo cinco ó seis pasos para colocarse enfrente del peloton cuyas armas veia brillar. Un gran farol colocado en el pretil del foso, reflejaba sobre él, y con su claridad permitia dirigir sus tiros á los soldados. El piquete se retiró algunos pasos para medir la distancia, y el ayudante dió la voz de ¡fuego!.. El jóven príncipe, como si hubiese sido herido por un rayo, cayó en el suelo sin vida y sin lanzar un solo grito. El reloj del castillo daba las tres de la mañana.

Hullin y sus colegas aguardaban en el vestíbulo de la habitacion de Harel sus carruages para volverse á París, y hablaban con amargura de la negativa de Savary á entregar su carta á su amo, cuando oyéndose en el foso de la puerta del bosque una detonacion inesperada, les hizo estremecer, y les dió á conocer que los jueces no deben contar mas que con su justificacion y su conciencia. Aquel estruendo les persiguió toda su vida: el duque de Enghien ya no existia.

Su perro, que le habia seguido al foso, aullaba y se precipitaba sobre su cuerpo. Costó mucho trabajo separar de él al pobre animal, que fué entregado á uno de los criados del príncipe, y llevado á la princesa Carlota, único mensagero de aquella tumba en donde yacia el que no cesó de llorar.

XIX.

Le colocaron vestido en la huesa abierta debajo de la muralla, y enterraron con él su oro, su relój, sus sortijas, sus joyas, y la cadena que llevaba al cuello: solo le estrajeron del bolsillo su diario de viage. Hullin se le dirigió á Real para que lo entregase al primer cónsul.

Savary volvió con sus tropas á París antes de amanecer. El ayudante de campo, Murat, y el general Brunet, testigo consternado de los sucesos de aquella noche, fué á dar cuenta de ellos al gobernador de París. Murat derramó lágrimas, y tuvo una especie de presentimiento de la suerte idéntica que le esperaba, tan valiente pero menos inocente, en la playa del mar de Nápoles.

Savary, al hacer desfilar sus batallones por el camino de París, encontró á Real, que segun decia, iba á interrogar al duque de Enghien, y que al parecer se quedó confundido al saber una ejecucion tan pronta. Ambos corrieron sin atravesar París, á la Malmaison, á dar parte de la ejecucion al primer cónsul.

Sobre esa suposicion de que Real llegó demasiado tarde á Vincennes, á consecuencia de un sueño fatal y de una confusion de órdenes mal interpretadas, se ha fundado despues un sistema de escusas, segun el cual debería atribuirse aquel crímen á la casualidad. Ese sistema puede disculpar á Real, pero de ningun modo al primer cónsul. ¿Cómo se hubieran podido acumular tantos preparativos, y acelerar tantos instrumentos de juicio y de suplicio en una sola noche, si no se hubiera querido la condenacion y la ejecucion? ¿La vida ó la muerte del último de los Condé, arrebatado á mano armada y muerto en un foso, que iba á asombrar y sublevar á la Europa, era un acontecimiento tan insignificante en la fama y en la política de Bonaparte, próximo á subir al trono, que permitiese á un ayudante de campo como Savary, defraudar

impunemente su justicia ó su clemencia? ¿Bonaparte era hombre para tolerar que sin su consentimiento se jugase con semejante sangre? Y si asi hubiese sido, ¿habria aceptado tan odiosa responsabilidad? ¿Hubiera sufrido y recompensado á los autores? No; todo indica que una mano oculta apresuró la ejecucion, y que solo queria hacer pesar cierta incertidumbre sobre una casualidad que habria desconcertado su clemencia, para conseguir á un mismo tiempo el efecto de la muerte y la popularidad del perdon.

Savary fué el primero que llegó á la Malmaison. El primer cónsul, que no acostumbraba á madrugar, habia tenido el insomnio de la espera, y tal vez de los remordimientos. Al rayar el dia, ya estaba en su gabinete con su secretario Menneval. Savary le dió cuenta de lo ocurrido por la noche y del encuentro tardío de Real. Este se presentó á su vez, y refirió la mala inteligencia efectiva ó calculada, que le habia impedido llegar á tiempo á Vincennes. En lugar de la esplosion de represiones, de indignacion y de cólera, que aquella ejecucion debia producir en una alma semejante, al saber que se habia esparcido una mancha sobre su vida, y frustrado su virtud, el primer cónsul los escuchó en silencio, sin dar muestra alguna de emocion ni de sentimiento, y les dijo: «Está bien.»

Su favor no cesó de honrarles y engrandecerles despues.

XX.

Al dia siguiente, en el momento en que el comandante Harel pasaba el puente levadizo del castillo para ajustar la cuenta con el hostelero de Vincennes que habia suministrado la cena del duque de Enghien, una silla de posta con cuatro caballos, en la cual iban una señorita

y un caballero de alguna edad, paró en la posada y preguntó si habia sido conducido el dia anterior á la fortaleza un preso de distincion. Con la respuesta que les dió el niño que habia servido al príncipe, pero que ignoraba su nombre, los viajeros bajaron del carruage, y durante largo tiempo, miraron con humedecidos ojos las torrecillas y torreones. Mas tarde se dijo que era la princesa Carlota, que desde las orillas del Rhin, habia acudido á implorar gracia por el que amaba, ó á encerrarse con él en la prision. Solo llegó á Paris para saber su muerte y llorar su eterna separacion.

XXI.

El primer cónsul habia dicho:—Está bien.—La conciencia, la equidad y la humanidad protestaron contra aquella satisfaccion del asesinato, que se aplaudia á sí mismo. En su testamento de Santa Elena se atribuyó aquel crímen á él solo: ¡qué lo guarde todo entero!... Hizo desaparecer millones de hombres por mano de la guerra, y la necia humanidad, parcial contra sí misma por lo que llama gloria, se lo ha perdonado. Mató á uno solo, cruel y cobardemente, en las tinieblas de la noche, por medio de la conciencia de jueces prevaricadores, y por las balas de ejecutores pagados, sin esponer siquiera su pecho, no como guerrero, sino como asesino. Ni los hombres, ni la historia le perdonarán esa gota de sangre: se le ha elevado un sepulcro en las bóvedas construidas por Luis XIV para los inválidos, en donde las estátuas de doce victorias formadas en el granito, que constituyen uno solo con las macizas pilastras que sostienen el templo, parecen reunir los siglos en derredor de la urna de pórfido que contiene sus huesos. Pero entre las sombras, y sentada en medio de su sepulcro, hay una estátua invisible que empaña y entristece á todas las demas, la estátua de un jóven arrancado por sicarios nocturnos, de los brazos de la que amaba, del asilo inviolable en que vivia con confianza, y asesinado al resplandor de una linterna, al pie del palacio de sus padres. Se van á visitar con fria curiosidad los campos de batalla de Marengo, Austerlitz, Wagram, Leipsick y Waterloo, se atraviesan con ojos enjutos, y luego se enseña en el ángulo de un muro, junto á los cimientos de Vincennes, en medio de una zanja, un sitio cubierto de ortigas y de malvas, y se dice: ¡Allí es!... ¡Se lanza un grito, y se concibe una compasion eterna por la víctima, y un resentimiento implacable contra el asesino!...

Ese resentimiento es una venganza por lo pasado, y es tambien una leccion para el porvenir. Que los ambiciosos soldados, tribunos ó reyes, piensen que si hay genízaros para servirlos, y aduladores para escusarlos mientras reinan, hay tambien una conciencia humana despues de ellos para juzgarlos, y una compasion para aborrecerlos. ¡El asesino no tiene mas que una hora: la víctima tiene la eternidad!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TRECE.

Los Borbones dejan la Inglaterra.—Indiferencia de la Francia y de los aliados para con los Borbones en enero de 1814.—El conde de Artois entra en Francia.—Su situacion entre los aliados.—Desembarco del duque de Angulema en España.—Sus proclamas.—Orden del mariscal Soult.—Actitud de Wellington.—Conspiracion realista en Burdeos.—Entrada del duque de Angulema en Burdeos.—El duque de Berry en Jersey.—Dualidad del partido realista en Paris.—Discusiones entre el Senado y el abate de Montesquiou, comisario de Luis XVIII.—Reconocimiento de Luis XVIII como rey de Francia por el Senado, el 6 de abril de 1814.—Salida del conde de Artois de Nancy.—Su entrada en Paris.—El Senado le reconoce como lugarteniente del reino.—Recibimiento del Senado y Cuerpo legislativo por el conde de Artois.—Nombra un consejo de Gobierno.—Mr. de Vitrolles.—Convenio del 23 de abril.—Diputacion del conde de Brujas y de Pozzo di Borgo á Luis XVIII.—Partida de Luis XVIII de Hartwell el 18 de abril.—Su entrada en Lóndres.—Su llegada á Douvres.—Su discurso al principe regente.—Marcha á Francia.—Desembarco en Calais.—Pasa por Bolonia, Montreuil, Abbeville y Amiens.—Hace alto en Compiegne.—Diputacion de los mariscales de Napoleon.—Discurso de Berthier.—Diputacion del Cuerpo legislativo.—Conferencia de Luis XVIII y de Alejandro.—El emperador de Austria y el rey de Prusia marchan á Compiegne.—Banquete de los soberanos

I.

Tal era la familia de los Borbones, con sus ancianos hombres de edad madura, sus príncipes jóvenes, sus presentes y sus ausentes, sus víctimas y sus recuerdos, que formaban parte de su nombre en el pensamiento, en la memoria de la Europa, en el momento en que Napoleon dejaba á Fontainebleau.

Los síntomas de su decadencia, y las esperanzas de su ruina no habian dejado á los miembros de aquella familia indiferentes, ni inactivos, durante la campaña de París. La política de Luis XVIII en Hartwell se habia preparado á disputar y recoger la herencia del trono que el Imperio iba á dejar vacante. Aquel príncipe ilustrado, sufrido y codicioso de antemano del reinado que se aproximaba á él, no queria que su dinastía intentase en el continente aventuras desproporcionadas á sus fuerzas. Sabia que la suya consistia en su nombre, en el principio hereditario del poder, á que la Europa victoriosa tendria que recurrir para fundar alguna cosa análoga á ella misma en Francia. Se presentaba como un dogma, no como un pretendiente. La palabra legitimidad, que tan bien espresaba aquel principio y aquel dogma, habia sido adoptada y popularizada por Mr. de Talleyrand, pero la habia inventado Luis XVIII en Hartwell. La impaciencia del conde de Artois y de su pequeña y cabalieresca córte, no se avenia á aquella lentitud. Aquel príncipe y sus amigos ardian en deseos de lanzarse en medio de los acontecimientos y de los aliados en Francia, para aprovechar las circunstancias, para volver á formar en lo interior, si era posible, un ejército de príncipes, para estrechar á los gabinetes de los soberanos coaligados en sentido de sus intereses, para disuadirles de la paz con Napoleon, y sobre todo para substituirse por cualquiera demostracion de opinion realista á la regencia de María Luisa, á la proclamacion de un segundo imperio en la persona de Napoleon II, ó á las empresas republicanas del Senado, que despues de haber vendido su ambicion al despotismo, podia tratar de perpetuarla vendiéndola á la República.

II.

Luis XVIII, que tenia igualmente la lijereza y el ardor de reinado ó de importancia de su hermano, habia contenido, en cuanto le fué posible, con decoro, la impaciencia de pasar al continente, que devoraba el alma del conde de Artois. Aquel pensamiento era muy prudente. Los Borbones, para ser fuertes y populares en Francia, en el caso de una restauracion, necesitaban ser llamados por la nacion, como unos salvadores despues de la conquista, no el ser presentados, patrocinados ó impuestos por mano de los conquistadores. Eso seria una mancha que se estenderia sobre todos sus reinados y que falsearia su posicion. Confundidos por la nacion con sus reveses y con los ejércitos estrangeros, pareceria, aunque injustamente, que aquellos príncipes tenian parte en sus dolores y en sus humillaciones. Pero pensamientos tan sábios y previsores no entraban en los cálculos precipitados y superficiales, del conde de Artois. La política de aquellos dos hermanos era ya tan opuesta en la tierra del destierro, como debia serlo en el suelo de la patria. Se querian pero no se asemejaban: Luis XVIII le parecia al conde de Artois un pedagogo sedentario y pedantesco, mal desimpresionado de las doctrinas filosóficas y revolucionarios de 1789, una especie de jacobino coronado. El conde de Artois á los ojos de Luis XVIII, era siempre un héroe teatral de Coblentza, un corazon bondadoso, un talento fútil, un político preocupado, un hermano comprometedor y peligroso, una edad madura sin madurez y una juventud y aturdimiento con canas. Pero la causa y las esperanzas comunes los unian y los obligaban á apaaentar que convenian en sus designios. Luis XVIII no podia, pues, ejercer sobre su hermano mas influencia que la del título, de la edad y de los consejos,

sin compelerle con una autoridad que hubiera ofendido y dividido á la familia ante los realistas emigrados y ante la Europa.

Entre los príncipes jóvenes, uno, el duque de Berry, parecia seguir la política acelerada y emprendedora del conde de Artois: el otro, el duque de Angulema, de espíritu modesto, reflexivo y subordinado, era obediente á las inspiraciones de su tio Luis XVIII. La duquesa de Angulema igualmente venerada de las dos córtes de Hartwell y de Lóndres, víctima de la revolucion, no tenia mas política que sus lágrimas y sus resentimientos contra los perseguidores de su padre. Todo lo que databa de la época de su suplicio la parecia demencia ó crímen. No se la podia acusar de unas preocupaciones, que estaban, por decirlo asi, santificadas en ella por la piedad filial y por la sangre de la familia. Pero aquella princesa poseia mas que ningun individuo de su familia esa virilidad de corazon y esa intrepidez que habia recibido de las venas de María Teresa. Se esforzaba en comunicar el heroismo á su marido.

III.

Luis XVIII cedió mas bien que consintió con conviccion, á las instancias del conde de Artois, y sus sobrinos para dejar la Inglaterra, y para aventurarse en el continente en el cúmulo de acontecimientos que la coalicion iba á producir en la Francia. El gobierno británico concedió pasage á aquellos príncipes á 14 de enero de 1814 en buques de guerra. Partieron con la vaga esperanza de volver á encontrar un trono, entre los restos que la política y la guerra iban á esparcir por su pais. Entonces no eran llamados por ningun partido. La Vendée dormia, el Mediodía esperaba, la opinion estaba en espectativa,

el centro se armaba y el ejército se batía. París, dominado por la córte imperial, por los funcionarios, por la policía y por la guardia nacional, pueblo armado indiferente á las cuestiones del trono, adicto al patriotismo y al órden, no ofrecia ninguna probalilidad, de hacer demostraciones en favor de la dinastía olvidada. Unicamente se comenzaba á murmurar, acá y allá, el nombre de aquella raza desterrada que en otro tiempo habia gobernado el pais y que aparecia en la lontananza de los sucesos que amenazaban, como una resurreccion, ó como la última posibilidad de la Providencia. Apenas algunos corresponsales tímidos de Luis XVIII le daban de cuando en cuando noticias generales sobre el estado de los ánimos. En algunos salones de París y algunos palacios, se lisonjeaban misteriosamente con la restauracion de la dinastía de sus corazones. Urdianse algunas tramas realistas con mas ilusion que realidad: eran mas bien intrigas que conspiraciones, sueños mas bien que empresas, esplotados por la importancia y por la vanidad de algunos aventureros de opinion. He aqui á la Francia en 1814. Los ejércitos estrangeros no ofrecian tampoco mas garantías á los proyectos de los tres príncipes de la casa de Borbon: iban á jugar un albur.

IV.

El conde de Artois y sus dos hijos se repartieron el continente y las diferentes fronteras de la Francia. El conde de Artois resolvió lanzarse en medio de los ejércitos ruso, austriaco y prusiano, que amagaban el Norte y el Este de la Francia. Envió á su hijo primogénito el duque de Angulema, á España para que acompañase al ejército anglo-español y avanzaba al Mediodía y al Oeste. El duque de Berry, su segundo hijo y el mas temerario

en sus resoluciones, se dirigió á la isla inglesa de Jersey, para pasar á una barca, y abordar á Normandía, en donde, segun las noticias pueriles y falaces de los agentes realistas de Hartwell, encontraria á su desembarco un ejército de cincuenta mil hombres ya regimentados, en cuyas filas ondeaba la bandera blanca. La tierra estrangera hace siempre crédulos á los pretendientes, porque la esperanza de volver á ver la patria, forma siempre la mitad de las ilusiones que sus interesados agentes les hacen concebir.

V.

El conde de Artois desembarcó en Holanda con una pequeña córte que se fué aumetando en el camino, y se componia de Mres. Trogoff, de Wals, de Escars, de Polignac, de Bruges y su consejero mas asiduo el abate Latil: remontó el Rhin por la orilla alemana, y penetró en Francia por la Suiza. En ninguna parte se anticipó á la invasion austriaca: los generales de aquel ejército ni le opusieron obstaculo ni le axiliaron: le dejaron entrar en las poblaciones que ocupaba. desapercibido como un simple emigrado. Intimidado el pueblo con la invasion estrangera, no hizo demostracion alguna á su paso. Algunos nobles en corto número y con estremada circunspeccion, fueron acudiendo uno á uno desde las ciudades y provincias inmediatas á presentarle su fidelidad y á ofrecerle planes de poblaciones imaginarias indiferentes hasta allí á su nombre. Despues de una corta permanencia en Pontarlier se trasladó á Vesour. El recuerdo de las dudosas intrigas en Fauche-Borel y Pichegrú. le hacian creer que los departamentos del Franco-Condado se levantarian á su aproximacion con el doble fanatismo del catolicismo español y del realismo emigrado. El príncipe se desengañó tristemente desde los primeros pasos: veián-

le pasar con la mayor indiferencia. Los comandantes austriacos le disputaron las puertas de Vesour: solo le permitieron entrar como simple viagero, y se le prohibió tomar ningun título que pudiere prejuzgar la cuestion del trono en Francia. Algunas visitas que recibió en una fonda de la ciudad, fueron la única acogida de la poblacion El congreso de Chatillon, que negociaba todavía con los plenipotenciarios, de Napoleon, enfriaba los ánimos y hacia que reinase la soledad en derredor de un príncipe, que podia ser monarca hoy y proscripto mañana.

VI.

Esperó mas de los ejércitos rusos que ocupaban la Lorena, y les pidió proteccion franca y apoyo para su causa. Los generales rusos eludieron con dureza su pretension: pero concluyeron por autorizarle para que fuese á Nancy, pero solo, sin escarapela, sin condecoraciones y sin mas título político, con condicion de que no se habia de alojar en ningun edificio público. El conde de Artois asi desnacionalizado marchó á Nancy. Allí recibió hospitalidad en casa de un simple ciudadano, estableció un pequeño centro de negociaciones secretas con los generales de las potencias, y de maniobras mas tenebrosas con los ambiciosos descontentos de la sociedad de Mr. de Talleyrand, y con algunos realistas de Paris. El baron de Vitrolles fué el agente mas activo, el mas persuasivo é intrépido de aquella córte errante. Penetró hasta el emperador Alejandro; infundió en el ánimo de aquel príncipe la fé de una inmensa causa realista, que no existia mas que en sus deseos. Minó en su alma y en la de sus ministros la idea de la omnipotencia de Napoleon en el corazon de los franceses; corrió desde Paris á Nancy, desde Nancy á Saint-Dizier, desde el conde de Artois á

Mr. de Talleyrand, de Mr. de Talleyrand á Foucher, de este á los realistas, de los realistas á los republicanos, insinuando á estos una mision, arrancando á aquellos una palabra, interpretando aqui el silencio, el lenguage, arriesgando su libertad por los caminos entre los dos ejércitos, y primero importuno, bien pronto útil, á la vez necesario á todos, llegó á reunir casi en sí solo los hilos de una triple negociacion realista, de que habia tomado la iniciativa con su activa y temeraria resolucion.

VII.

El conde de Artois desanimado, y próximo á ser envuelto en Nancy por el ejército francés, temiendo la suerte del duque de Enghien, se preparaba á salir otra vez de la Lorena cuando Mr. de Vitrolles fué á suplicarle que no violentase la fortuna y se mantuviese en la línea de los acontecimientos, aun á costa de algunos riesgos y humillaciones. Comunicó al príncipe la resolucion atrevida y decisiva, que los consejos de Pozzo di Borgo y los suyos habian hecho tomar al emperador y á Blucher de marchar á todo evento y directamente sobre París. El príncipe no debia esperarlo todo de una capitulacion de Paris, arrancada en ausencia del emperador, del embarazo de los soberanos en proclamar un gobierno para la Francia, del celo de sus amigos, de la habil connivencia de Mr. de Talleyrand, de la complicidad de Foucher, del cansancio del pais, de la impaciencia de venganza del partido republicano, pronto á transigir con una constitucion liberal, y en fin de la movilidad de la Francia.

VIII.

El conde de Artois permaneció y se fué aproximando paso á paso á la capital á medida que los estrangeros le abrian el camino. Mr. de Vitrolles, detenido un momento por los franceses, y fugado despues, volvió á París y no cesó de tener á su nuevo amo al corriente de las sordas maniobras que urdia por su causa, con los allegados de Mr. de Talleyrand, con los republicanos y con los realistas de la alta aristocracia del arrabal de San German. Mr. de Vitrolles tuvo arte para hacer creer al ejército de los aliados que era el representante de una fuerza interior irresistible, y á los diferentes partidos de la capital, que tenia la palabra de las potencias en favor de los Borbones. Fué el emprendedor múltiple de tres ó cuatro conspiraciones que fraguó él solo. El las concibió, él las anudó y las combinó; y despues de haber persuadido á todos que existian, las dejó abandonadas á los acontecimientos que no podian menos de favorecerlas. Fué la conspiracion de Malet con los ejércitos de la Europa detras de ella, para dar realidad á los sueños de tres hombres que del seno de una prision habian sepultado al imperio y supuesto un gobierno.

IX.

El duque de Angulema se encontraba poco mas ó menos en la misma perplejidad en la frontera de España. Habia desembarcado en San Juan de Luz con algunos ayudantes de campo, y seguia el flujo y reflujo del ejército inglés sin que lord Wellington le diese fuerza ni le alentase. Desde el cuartel general de aquel ejército, el

jóven príncipe lanzaba proclamas á los Pirineos y al litoral del Océano. «He llegado, decia, estoy en Francia, vengo á romper vuestras cadenas y á desplegar la bandera blanca. Unámonos, franceses, y marchemos juntos á derrocar la tiranía. ¡Mi esperanza no quedará defraudada: soy hijo de vuestros reyes, y vosotros sois franceses!....»

El mariscal Soult, que mandaba el ejército francés opuesto al de Wellington, contestaba á aquellos medios de enganche con alocuciones á sus tropas, que rechazaban con desdeñosa indignacion aquellas provocaciones á la defeccion del ejército.

«¡Soldados... les decia, el teniente todavía fiel de Napoleon, el general que manda el ejército contra el cual nos batimos diariamente, tiene la imprudencia de provocaros á la sedicion! ¡Habla de paz y os llama á la guerra civil!... ¡Tiene la infamia de escitaros á que hagais traicion á vuestros juramentos al emperador! ¡Esta ofensa solo puede vengarse con sangre! ¡A las armas!... ¡Condenemos al oprobio y á la execracion pública á todo francés que favorezca los insidiosos proyectos de nuestros enemigos! ¡Combatamos hasta el último enemigo de nuestro augusto emperador y de nuestra patria!... ¡Odio á los traidores!... ¡Guerra á muerte á los que intenten dividirnos!... ¡Contemplemos los prodigiosos esfuerzos de nuestro grande emperador y sus señaladas victorias, y muramos con las armas en la mano, antes que sobrevivir á nuestro deshonor!»

X.

Aquellas quejas de Soult contra Wellington eran injustas. El general inglés permanecia inflexible á las exigencias de los amigos del duque de Angulema, y se negaba con prudente y severa lealtad á reanimar la causa

de los Borbones, por temor de tener que abandonarla despues de haberla comprometido. La correspondencia secreta de aquel general con su gobierno, con los conjurados de Burdeos y con el mismo duque de Angulema, revelada despues, manifiesta una probidad de carácter, y una reserva de promesas que honran su mando. Wellington era en la frontera del Mediodía, el general del gobierno inglés. Este gobierno era el que menos comedimiento tenia que guardar con el emperador. La insurreccion de los Pirineos, de Burdeos y de Tolosa, podia servir eficazmente á sus planes militares. La bandera blanca enarbolada en las provincias, bajo la confianza de que la Inglaterra apoyaria aquella causa, podia quitar departamentos enteros y aun cuerpos de ejércitos al mariscal Soult. Wellington no quiso comprar aquellas ventajas á precio de mentiras, ni aun de reticencias acerca de sus verdaderas intenciones. No queria esponer á los realistas á provocaciones de insurreccion, que despues los entregarian á la venganza de Bonaparte. No cesó de escribir á su gobierno, disuadiéndole de aquellas incitaciones al realismo. «Veinte años han trascurrido, decia al primer ministro, desde que los Borbones han abandonado la Francia. Estos príncipes son mas desconocidos en ella, que los de cualquiera otra casa real de Europa. Indudablemente es necesario para la paz del mundo, el que la Europa espulse á Bonaparte, pero importa muy poco que sea reemplazado por un príncipe de la casa de Borbon, ó por cualquiera otro de una casa coronada.» No escribia con menos franqueza y severidad al duque de Angulema, prohibiéndole toda palabra que pudiera presentarle á las poblaciones francesas como apoyado por él.

XI.

Durante cinco meses enteros, el duque de Wellington permaneció obstinado en la misma frialdad, y el duque de Angulema, en los puestos avanzados con el mismo desaliento. El ejército inglés calculaba sus pasos hácia Burdeos, por los progresos que las armas de Alejandro y de Blucher hacian en el Norte. El genio infalible de Wellington, fué siempre y por todas partes la prudencia. Avanzar poco, no retroceder jamás, morir en la posicion tomada, y no dejar á la fortuna mas que sus azares, es la grandeza de ese Aníbal inglés. Burdeos le llamaba en vano: no le escuchaba.

Aquella gran ciudad estaba impaciente por sacudir el yugo de Napoleon: Burdeos era simultáneamente la ciudad de los girondinos y de los vendeanos. Revolucionaria liberal, intelectual como los amigos de Vergniaud; real, entusiasta, temeraria como Charette y La Rochejacquelein, era el nudo del Oeste y del Mediodía. Burdeos era ademas una ciudad comerciante, la mayor escala de las colonias francesas, y el puerto de la marina mercante, estancada entonces en sus aguas; esportaba para Lóndres y la Bélgica los vinos de la Gironda, é iba á buscar á Santo Domingo los ricos cargamentos de azúcar y café. Por todos estos títulos, Burdeos era la ciudad de oposicion al gobierno de Bonaparte. Aquel gobierno de guerra y de despotismo, habia muerto el pensamiento, acriminado la elocuencia, mutilado la libertad, vendido la Luisiana, despreciado ó perdido las colonias, cerrado los mares, aniquilado el comercio marítimo, y reducido á Burdeos á la penuria y la humillacion. Todas las clases de la poblacion, marinos, comerciantes, abogados, agricultores; todas las opiniones, revolucionarias ó realistas, profesaban allí el mismo odio á la férrea dominacion de Napoleon. Burdeos aspiraba á la caida de su despotismo como á su propia resurreccion. Ninguna ciudad podia escogerse mejor para centro de una conjuracion sorda, y para foco de una esplosion decisiva contra un imperio que pesaba sobre las afecciones en la Vendée, sobre las opiniones en la Gironda, y sobre lo

intereses del litoral de toda aquella costa bloqueada del Océano.

XII.

Aquella conjuracion se habia organizado desde los desastres de la Rusia, entre un corto número de habitantes de Burdeos de todas clases, y algunos nobles vendeanos. Aquellos conspiradores á cara descubierta, no necesitaban confiar sus secretas miras á la multitud. Estaban seguros de que les seguiria por sí misma el dia que conviniese que estallase. Los corazones de la generalidad, conspiraban casi unánimemente. La guerra nacional no tenia mas que mudar su bandera, para ser el ejército de una sublevacion. Las autoridades municipales de la ciudad y Mr. Linch, maire de Burdeos, se entendian con Mr. de la Rochejacquelein, hermano del héroe de la Vendée, y con los emisarios del duque de Angulema. ¡Cosa estraña!... el mismo general inglés era el que comprimia la esplosion de Burdeos; el comité realista de aquella ciudad, le habia enviado muchas diputaciones, solicitando que avanzase con confianza y ocupase la ciudad. Se negó á ello. Lord Beresford, general de su vanguardia, recibió por fin órden de aproximarse á la ciudad, pero al mismo tiempo, lord Wellington le encargó severamente que se abstuviese de toda escitacion á la insurreccion contra el gobierno imperial, y de todo compromiso con la causa aventurada de los Borbones. Lord Beresford, mas seducido que su general por las instancias del duque de Angulema, y por el entusiasmo de Burdeos, se aproximó con quince mil hombres á la ciudad, y toleró la presencia del duque de Angulema en su cuartel general. Al acercarse, estalló la conspiracion. El comisario de Luis XVIII, Mr. de Saint-Germain, se dirigió, acompañado de toda la juventud realista del pais,

á la casa de ayuntamiento, confirmó al maire, Mr. Linch, y al consejo municipal en sus funciones, que llegaban á ser soberanas, por ausencia de las autoridades imperiales que habian huido. Recibió sus juramentos al rey.

Al dia siguiente, 12 de marzo, siguiendo á sus magistrados, fué á presentarse al duque de Angulema, que avanzaba con el ejército inglés. Las autoridades, al verle, arrancaron los signos del Imperio, que hasta entonces habian llevado, las arrojaron al suelo, y enarbolaron la bandera blanca. «Tened cuidado, les dijo Beresford, os perdeis tal vez repudiando á Napoleon. Todavía se negocia con él en el congreso de Chatillon. Pero vosotros sois los amos; vuestras resoluciones no me incumben: tomo posesion de vuestra ciudad en nombre de las potencias beligerantes.»

XIII.

El duque de Angulema marchaba aislado; á cierta distancia de las columnas inglesas, rodeado de la juventud de Burdeos y de la Vendée. Aquel acompañamiento, entusiasmó á la poblacion con los gritos de *¡viva el rey!* El duque respondia á las aclamaciones del pueblo, con las promesas que mas halagaban al pais: «¡Nadade guerra! Nada de conscripcion! Nada de impuestos sobre los vinos!» La bandera blanca enarbolada repentinamente en todos los edificios públicos, y que ondeaba en los balcones de todas las casas, saludó el regreso de la dinastía desterrada. Mr. Lainé, á quien su valor y la cólera de Bonaparte, habian grangeado el aprecio y la popularidad de la Gironda, hombre que agradaba á los republicanos por sus opiniones, á los realistas por su ódio á la tiranía, y á todos por su elocuencia y su virtud, fué investido de la autoridad soberana en nombre de la revolucion con-

sumada. Aquel golpe conmovió al Mediodía y rechazó en el interior del imperio.

XIV.

Pero no alteró á lord Wellington. En vano provocaron á este general Mr. Linch, el duque de Angulema y los realistas de las dos previncias, se negó á tomar bajo su responsabilidad los movimientos revolucionarios, que le suplicaban sostuviese enviando algunas tropas á las provincias sublevadas. Reprendió á lord Beresford lo complaciente que habia sido con la causa realista. Rechazó con inflexibilidad las pretensiones del duque de Angulema: «Contra mi opinion y mi modo de ver, contestó aquel príncipe despues del 12 de marzo, estas personas de la ciudad de Burdeos han creido conveniente proclamar rey á Luis XVIII. Esas personas no se han tomado ningun trabajo, no han suministrado un óbolo, ni levantado un solo soldado para sostener su causa, y ahora, porque se ven en peligro, me acusan de no ayudarlas con mis tropas... no se si traspasó la línea de mis deberes prestando á vuestra causa la menor proteccion y apoyo... es necesario que el público sepa la verdad. Si de aquí á diez dias, no habeis desmentido la proclama del maire de Burdeos, que me atribuye el deber de proteger la causa de los realistas, la desmentiré yo mismo públicamente.» Pero mientras que lord Wellington se conducia con tanta severidad, los acontecimientos de París, impulsaban á la Francia y a los aliados á derrocar completamente el Imperio.

En cuanto al duque de Berry, desengañado bien pronto de la supuesta insurreccion de Normandía que debia salirle á recibir á la ribera y conducirle en triunfo hasta las puertas de París, se quedó en el peñasco de Gersey, á

vista de la Francia, temiendo un lazo de la policía de Bonaparte, en cada nueva insinuacion de desembarco que recibia del Oeste, sosteniendo una correspondencia insignificante con los agentes subalternos del realismo en París. No salió de la isla, ni corrió á París hasta que la revolucion estuvo consumada y sentado en el trono su tio Luis XVIII.

XV.

Hemos dejado fluctuante á París, despues de la entrada de los aliados, entre los diferentes partidos que la caida irremediable, y universalmente aclamada entonces de Napoleon, dejaba á la Francia. Hemos visto al pequeño número de realistas que habia salido de las grandes familias ó de los salones literarios y liberales de la capital, reunirse en los baluartes el dia de la entrada de los soberanos, pronunciarse por la vuelta de los Borbones y afanarse, sin oposicion y sin apoyo, por parte de la poblacion, igualmente desafecta al Imperio que en hacer creer en su fuerza á los estrangeros por la energía de su entusiasmo. Despues, cada hora fueron adquiriendo mas consistencia y audacia. París y la Francia se encontraban en uno de esos momentos de postracion y de fluctuaciones, frecuentes en la vida de las naciones, en que algunas manos activas, intrépidas y concertadas, bastan para imprimir un impulso inesperado y general á las cosas.

Mr. de Tallevrand; el abate Luis; el abate de Pradt, arzobispo de Malinas, capellan del emperador, adulador, luego insultador de aquella fortuna, carácter ingenioso, turbulento, y que en su versatilidad no se respetaba á sí mismo; Mr. de Vitrolles; el duque de Alberg; Mr. de Jancourt; los propietarios del *Diario de los Debates*; Laborie; insaciable de intrigas; los dos Bertin, ami-

gos de Mr. de Chateaubriand, habituados desde 1789 á las peripecias revolucionarias, y de una superioridad de táctica y de talento que les hacia unos verdaderos hombres de Estado de la opinion; el abate de Montesquiou; el mismo Mr. de Chateubriand, que con una página hacia inclinarse entonces al destino; Mateo de Montmorency, gran nombre y grande alma; Sosthene de la Rochefoucauld, su yerno, adicto hasta la pasion; todo el partido de Mad. de Stael; algunos gefes del partido republicano que habian sobrevivido á la tirania en el Senado; la jóven aristocracia, y la jóven literatura, ansiosas de precipitarse con la impetuosidad de la edad y de la sangre en las novedades con nombres antiguos; y en fin, el partido siempre madrugador de los hombres que miran de qué parte sopla el viento y que se apoderan de las primeras horas de un reinado para ocupar las avenidas del favor y del poder, eran los principales motores del movimiento favorable á la restauracion.

Sin embargo, dos campos se divisaban ya en el partido realista; el de los que querian llamar á los Borbones como amos, y el de los que querian admitirlos con condiciones y obligarles á que asociasen á su reinado á los hombres del Imperio, el Senado y los principales constitucionales, para que su regreso no fuese ni la ruina de su fortuna política, ni la apostasía de la revolucion.

XVI.

Este último partido, que dirigia Mr. de Talleyrand y al que convenia hacer que se inclinase el emperador Alejandro, contenia de intento el impulso de la opinion realista, y negociaba. unas veces abierta y otras secretamente con Luis XVIII, que todavia estaba en Hartwell, para obtener de él garantías y concesiones. Se apoyaba

en la sombra de aquel Senado, arruinado de antemano en el espíritu de la nacion, y que en vano se esforzaba en conquistar un poco de aprecio, interponiéndose, como representante de las libertades que habia vendido, entre el monarca y el pueblo. Era demasiado evidente que no representaba mas que su propia ambicion, y todas las ignominiosas bajezas del reinado de Napoleon. La hipocresía del Senado en aquel momento supremo no era mas que otra bajeza que le envilecia en vez de popularizarle en el país. La constitucion que reclamaba como condicion del llamamiento de los Borbones, no era mas que la estipulacion de sus sueldos y honores. Habia vendido la libertad y queria volverla á vender: el pueblo no se engañaba. Solo cuatro ó cinco grandes caractéres se habian hecho en aquel cuerpo superiores á la corrupcion general, y procuraban encontrar entre las ruinas del imperio, algunos cimientos de la antigua libertad.

XVII.

El Senado preparó en algunos comités, las bases de la declaracion de principios que queria hacer aceptar preliminarmente á todo gobierno, todavía no nombraba á los Borbones. Queria antes de nombrarlos, que Luis XVIII se esplicase y declarase con qué títulos y condiciones reivindicaba el trono. El abate de Montesquiou, comisario confidencial de aquel príncipe en el Senado y en el gobierno provisional, insistia en que los senadores reconociesen desde luego al rey. Mr. de Talleyrand fluctuaba, daba palabras á los dos partidos, aconsejaba resistencias á estos, concesiones á aquellos y era necesario á todos. En comunicacion diaria con los senadores, en correspondencia secreta con Hartwell, en relaciones mas mesuradas con el conde de Artois en Nancy, por medio de Mr. de Vitro-

lles, en intimidad con el emperador Alejandro, con Pozzo di Borgo, Mr. de Nesselrode y Mr. de Metternich; arrastrado por los acontecimientos y variando con las horas solo era fiel á un interés, el de su importancia y su porvenir. La narracion de aquellos dias que trascurrieron en Paris entre la caida de Napoleon y la entrada de los Borbones, no seria otra cosa que la narracion de las fluctuaciones de aquella larga y fastidiosa intriga para hacer creer á los Borbones que el Senado tenia el poder de conceder el imperio, y al Senado que los Borbones entraban en composicion con él. Nada de todo esto, era cierto. Los Borbones tenian que transigir para ser duraderos con el espíritu del siglo, que salia jóven é impaciente de entre los restos del derrocado despotismo. Pero un movimiento irresistible impelia á la Francia hácia ellos por el sentimiento de su necesidad. No dependia del Senado el detener aquel movimiento, como tampoco dependia de Mr. de Talleyrand el acelerarle. Napoleon era la antipatía de la Europa, la república era el terror de las aristocracias y de los tronos, la regencia de Maria Luisa era la tela del Austria. El duque Orleans, desconocido entonces, era una usurpacion de familia, la mas sospechosa y peligrosa de todas las usurpaciones para las dinastías. La particion de la Francia era el crímen contra las nacionalidades, un crímen imposible. La necesidad de paz, la impaciencia de librar al territorio de la ocupacion estrangera, el disgusto de la gloria, la aniquilacion de la riqueza y de la poblacion, la influencia de los gabinetes estrangeros que no encontraban sérias garantías de reconciliacion sino en los príncipes legítimos, la imposibilidad de dejar indefenso un pueblo conquistado, los recuerdos, los terrores y las esperanzas, todo conducia á la Francia política á la restauracion. El ejército no resistia, y sus gefes adoptaban á los nuevos príncipes. Los hombres se vanaglorian de la obra de Dios, cuando pretenden haber creado semejantes movimientos. No hacen mas que seguirlos: la accion individual desaparece en esas grandes impulsiones instintivas de las épocas y de los pueblos. Los Borbones en 1814, podian llamarse la Providencia. Volvian hácia todos y contrá todos, con el reflujo de una revolucion, que habia concluido su círculo de vicisitudes y desbordamiento.

XVIII.

Las discusiones de un pacto entre la nacion y los Borbones, entre Mr. de Montesquion y los senadores, no fueron mas que las puerilidades dogmáticas de un cuerpo que nada representaba, y de un ministro que no representaba mas que sombras. Versaron sobre el preámbulo de una revolucion que declarase, que era obra de la nacion ó el don de la corona. Por lo demas, estaban de acuerdo en la naturaleza de las instituciones de que debia rodearse la nueva monarquía. El sistema representativo dividido en dos cámaras, la libertad de cultos, del pensámiento, de discusion, que habia llegado á ser el derecho comun de las monarquías constitucionales, eran igualmente admitidos por los dos partidos. Cada uno cedió algo, no en los principios sino en los términos. Encubriéronse con la vaguedad ó la reticencia los artículos en que no estaban de acuerdo. Con auxilio de esas composiciones mútuas de Mr. de Montesquion y del Senado, éste llamó el 6 de abril, «al trono de Francia á Luis Estanislao Javier de Francia, hermano del último rey, y despues de él á los demas miembros de la familia de los Borbones segun el órden antiguo.»

Pero en la misma carta que Mr. de Montesquion dirijió á Hartwell participando al rey el acta del Senado, prevenia de antemano á aquel príncipe contra el carácter obligatorio de la constitucion que se le imponia. «Esa

constitucion, decia á su amo, no puede ser un obstáculo para vos, ¿dónde están los títulos, dónde el mandato del Senado? Publicad al entrar en Francia un real decreto y conceded vos mismo privilegios á la nacion. Tratad, no con ese Senado despreciable, sino con algunos de sus miembros accesibles á todas las promesas de ventajas personales. La nacion quiere lo antiguo. »

XIX.

Luis XVIII, con la circunspeccion que caracterizaba su política, dejaba sábiamente que se gastasen en París aquellas intrigas impotentes, seguro de antemano de recoger el fruto del cansancio general, y de dictar condiciones que su presencia prematura le hubiera obligado á consentir. Aguardaba, reflexionaba, discutia consigo mismo ó con sus favoritos, y aplazaba su ambicion. Seguro del trono, parecia gozar con su perspectiva, sin apresurarse á acercarse á él: se hacia desear como una solucion y esperar como un misterio. Sabia que la impaciencia de cada dia aumentaba su fuerza y que el impulso de la nacion hácia él, seria igual á la perplejidad en que se consumia.

XX.

Las disposiciones del conde de Artois eran enteramente contrarias. Aquel príncipe creia que era necesario sorprender á la nacion en vez de esperar. Menos inteligente que su hermano, se imaginaba que el movimiento de la Francia hácia los Borbones, era una pasion y no una razon. Se lisongeaba de que su presencia conduciria aquella pasion hasta el delirio, y que conquistaria la Francia con una mirada. Los que le rodeaban y sus corresponsales de París, le mantenian en esta ilusion. Veian en él al representante de la aristocracia y de la dignidad real segun sus corazones, el príncipe de su juventud, el Cárlos II de sus sueños, y el carácter incorruptible para las novedades. No consideraban á Luis XVIII mas que como un príncipe, el conde de Artois era por sí solo á sus ojos la restauracion.

Seducido aquel príncipe por las adulaciones del partido aristocrático, que le habia rodeado desde su juventud, se daba mas importancia y movimiento de la que convenia á un príncipe de segundo rango. Habia tomado, como para rejuvenecer su antiguo papel durante la emigracion, el título de lugarteniente general del reino, que Luis XVIII le dejaba por tolerancia, pero que no le habia dado. Aquel título, medio usurpado, medio concedido, atribuia al conde de Artois todas las funciones y determinaciones reales en ausencia de su hermano. Luis XVIII no veia aquella omnipotencia ejercida en su nombre y sin su consentimiento, sin recelos ni inquietud. Temia que consejos interesados y ambiciosos, hiciesen afectar al conde de Artois una autoridad sobre la opinion, que mas tarde molestaria á su propio reinado. Temia que su hermano despopularizase de antemano su regreso con algunos actos ó palabras que ofendiesen el espíritu nuevo. Confiaba en su conciencia, pero no en su talento ni en su solidez. Pero lo que temia sobre todo era que el conde de Artois fuese supeditado por las influencias eclesiásticas y su infatuacion por la nobleza emigrada. Luis XVIII sabia bastante de la Francia para comprender que la libertad de cultos y la igualdad de las condiciones eran las dos pasiones de la revolucion, que habian sobrevivido al terror y al despotismo, y que presentar á la Francia á la casa de Borbon entre un obispo reclamando los privilegios de sus altares y un noble reclamando los privilegios

de su nacimiento, era introducir dos sombras funestas en los primeros pasos de la revolucion.

XXI.

Poco seguro el conde de Artois del recibimiento que tendria en París habia permanecido hasta entonces en Nancy. Mr. de Talleyrand, viendo que la indecision calculada del gobierno provisional, no podia prolongarse, y que la opinion comenzaba á quejarse de que sacrificaba los intereses de la Francia á los del Senado, abandonó secretamente la causa de aquel cuerpo, y escribió por fin por medio de Mr. de Vitrolles al conde de Artois suplicándole fuese á encargarse del gobierno en calidad de lugarteniente de su hermano. Aquel príncipe se puso en marcha al momento: atravesó la Lorena y la Champaña entre el entusiasmo de las poblaciones que veian en él un libertador y á los gritos de paz y de abolicion de la conscripcion y de los impuestos. En el camino recibió el proyecto de constitucion votado por el Senado como condicion del reconocimiento de su poder, se desdeñó de contestar á aquella acta ó discutirla. Pensó y con razon, que la desacreditada voz del Senado, seria sofocada, á su entrada en París por las reclamaciones del pueblo que reconoceria en él al heredero de un trono anterior.

Cuando llegó al palacio de Livry, á las puertas de París en casa del conde Cárlos Damas, uno de sus oficiales, recibió la visita de Mr. de Choiseul Gouffier enviado por Mr. de Talleyrand. Este habia encargado á Mr. de Choiseul una nota del gobierno provisional, en que le indicaba con que títulos seria investido del poder al entrar en el palacio de sus padres. «Las pretensiones del Senado, decia Mr. de Talleyrand, son inadmisibles: el hermano del rey y su representante, no puede dividir la autoridad con una comision del Senado. El ejercicio puro y simple de la autoridad de lugarteniente general es peligroso. El gobierno propone que el hermano del rey sea nombrado por un decreto del Senado, gefe del gobierno provisional.» El príncipe no se detuvo por aquel compromiso, no contestó, La impaciencia de París exaltada por los realistas, de que participaba el pueblo que no comprende nunca mas que las ideas sencillas, le abria las puertas á pesar del Senado y de los escrúpulos del gobierno provisional. La multitud se precipitaba hácia Livry para ver al príncipe. Mr. de Talleyrand, el gobierno, las autoridades, las corporaciones constituidas y los mariscales se dejaban guiar por uno de esos impulsos que ninguna política puede domar y contener. El presidente del gobierno provisional recibió al príncipe en la barrera de Bondy. Las palabras que se cruzaron entre Mr. de Talleyrand y el príncipe, fueron vagas como meras congratulaciones. Nada prejuzgaban acerca de las condiciones propuestas entre el príncipe y el pueblo bien fuesen desechadas ó aceptadas. El conde de Artois fué recibido en calidad de Borbon y conducido á las Tullerías como á casa de sus padres.

XXII.

La alta nobleza y los principales ciudadanos de París acudieron á caballo á la barrera, para acompañar al hermano del rey. Los Damas, Luxembourg, Crillon, Mortemart, Rohan, Montmorency confundidos con los generoles y mariscales del Imperio, Ney, Marmont, Oudinot, Moncey, Kellermann Nansouty, precedian ó seguian al príncipe: unos, como el mismo conde de Artois, adornados con la escarapela blanca: otros llevaban todavia la tricolor con que habian combatido. La guardia nacional á caballo, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

de su nacimiento, era introducir dos sombras funestas en los primeros pasos de la revolucion.

XXI.

Poco seguro el conde de Artois del recibimiento que tendria en París habia permanecido hasta entonces en Nancy. Mr. de Talleyrand, viendo que la indecision calculada del gobierno provisional, no podia prolongarse, y que la opinion comenzaba á quejarse de que sacrificaba los intereses de la Francia á los del Senado, abandonó secretamente la causa de aquel cuerpo, y escribió por fin por medio de Mr. de Vitrolles al conde de Artois suplicándole fuese á encargarse del gobierno en calidad de lugarteniente de su hermano. Aquel príncipe se puso en marcha al momento: atravesó la Lorena y la Champaña entre el entusiasmo de las poblaciones que veian en él un libertador y á los gritos de paz y de abolicion de la conscripcion y de los impuestos. En el camino recibió el proyecto de constitucion votado por el Senado como condicion del reconocimiento de su poder, se desdeñó de contestar á aquella acta ó discutirla. Pensó y con razon, que la desacreditada voz del Senado, seria sofocada, á su entrada en París por las reclamaciones del pueblo que reconoceria en él al heredero de un trono anterior.

Cuando llegó al palacio de Livry, á las puertas de París en casa del conde Cárlos Damas, uno de sus oficiales, recibió la visita de Mr. de Choiseul Gouffier enviado por Mr. de Talleyrand. Este habia encargado á Mr. de Choiseul una nota del gobierno provisional, en que le indicaba con que títulos seria investido del poder al entrar en el palacio de sus padres. «Las pretensiones del Senado, decia Mr. de Talleyrand, son inadmisibles: el hermano del rey y su representante, no puede dividir la autoridad con una comision del Senado. El ejercicio puro y simple de la autoridad de lugarteniente general es peligroso. El gobierno propone que el hermano del rey sea nombrado por un decreto del Senado, gefe del gobierno provisional.» El príncipe no se detuvo por aquel compromiso, no contestó, La impaciencia de París exaltada por los realistas, de que participaba el pueblo que no comprende nunca mas que las ideas sencillas, le abria las puertas á pesar del Senado y de los escrúpulos del gobierno provisional. La multitud se precipitaba hácia Livry para ver al príncipe. Mr. de Talleyrand, el gobierno, las autoridades, las corporaciones constituidas y los mariscales se dejaban guiar por uno de esos impulsos que ninguna política puede domar y contener. El presidente del gobierno provisional recibió al príncipe en la barrera de Bondy. Las palabras que se cruzaron entre Mr. de Talleyrand y el príncipe, fueron vagas como meras congratulaciones. Nada prejuzgaban acerca de las condiciones propuestas entre el príncipe y el pueblo bien fuesen desechadas ó aceptadas. El conde de Artois fué recibido en calidad de Borbon y conducido á las Tullerías como á casa de sus padres.

XXII.

La alta nobleza y los principales ciudadanos de París acudieron á caballo á la barrera, para acompañar al hermano del rey. Los Damas, Luxembourg, Crillon, Mortemart, Rohan, Montmorency confundidos con los generoles y mariscales del Imperio, Ney, Marmont, Oudinot, Moncey, Kellermann Nansouty, precedian ó seguian al príncipe: unos, como el mismo conde de Artois, adornados con la escarapela blanca: otros llevaban todavia la tricolor con que habian combatido. La guardia nacional á caballo, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

acababa de formarse espontáneamente, se habia adornado la víspera con aquel signo agradable á los Borbones. Blandia sus sables por encima de la multitud, á los gritos de ¡*Viva el rey*!... El conde de Artois era objeto de todas las miradas y de todos los entusiasmos. Aquel príncipe montaba con gracia un caballo magnífico. Conservaba á pesar de los años, y de las huellas de un largo destierro, esa serena hermosura de fisonomía, y esa dulce altivez de espresion, unida á la apariencia de vigorosa juventud, que hacian se le mirase como el ídolo de la córte, y el modelo esterior de la aristocracia. Tenia todos los dones que atraen las miradas, y que conmueven el corazon de la multitud. La restauracion de una familia real ausente no podia presentarse de un modo mas gracioso é imponente. El nombre de Borbon, la tristeza del destierro, la alegría de la vuelta, la sombra de Luis XVI su hermano, le rodeaban de un respeto, de un prestigio, de un enternecimiento de recuerdos, que hacian que todas las cabezas se inclinasen ante él. Sus amigos hacian circular entre la multitud, una palabra que no habia dicho, pero que habia sido admirablemente inventada para abrirle los corazones y prepararle los aplausos. «Vuelvo á ver á mi pais, y soy feliz. Nada ha cambiado en Francia; no hay sino un francés mas.»

Por entre las oleadas del pueblo se dirigió hácia la catedral, para dar gracias al Dios de sus padres, antes de volver á pisar el umbral de su palacio. Todo París le acompañó hasta las Tullerías. En el momento en que echaba pie á tierra en el patio, se desarrolló en la parte mas elevada del edificio el pabellon blanco. El príncipe volvió á ver con un júbilo mezclado de lágrimas sus habitaciones y sus jardines, llenos á sus ojos de la grandeza de su raza, de las gracias de la reina, de las angustias, de la muerte y del cautiverio de Luis XVI, de los tumultos de la Convencion, y de los trofeos del Imperio. Al volver á entrar en la mansion paternal, la

hallaba vacía de todos los suyos, y llena de las dificultades, de los peligros y de las catástrofes del trono. Entre semejante vuelta y un eterno destierro, no se sabe que hubiera preferido el corazon de un hombre vulgar. El corazon del príncipe se distrajo bien pronto de la naturaleza, por las exigencias de los partidos, los cuidados del gobierno, y los opuestos consejos de la revolucion y de la contra-revolucion, como tambien por las perspectivas de la ambicion.

XXIII.

El emperador Alejandro, que hasta entonces habia habitado el palacio de Mr. de Talleyrand y pronunciado en última instancia las medidas del gobierno provisional, dejó al instante aquella residencia del gobierno, y fué á habitar, como simple general estrangero, el palacio del Elíseo. Fué á visitar al conde de Artois á las Talleyrías, donde ambos príncipes conversaron sin testigos. El emperador Alejandro, convencido ya por Mr. de Talleyrand y por los hombres del imperio, aconsejó al príncipe las transacciones constitucionales, únicas que podian hacer popular y durable la Restauracion. El Senado, vencido por la exaltacion popular, se presentó en palacio y reconocido el título de lugarteniente general del reino. El conde de Artois contestó con promesas vagas de Constitucion, pero sin comprometer formalmente á su hermano. El discurso que leyó á la diputacion del Senado, redactado por Foucher en casa de Mr. de Talleyrand, y exijido por el emperador Alejandro, encerraba el testo de todas las libertades y garantías nacionales, reivindicadas por el partido republicano que habia llegado á ser el partido liberal.

El mismo dia recibió á los miembros del Cuerpo le-

gislativo que se hallaban en París. El presidente de aquella asamblea Felix Faulcon, omitió en sus palabras al príncipe todo cuanto podia asemejarse á una intimacion ó á una condicion de garantías constitucionales. El conde de Artois, frio con el Senado, fué cordial con el Cuerpo legislativo. Aparentó ver en los miembros de la representacion nacional los verdaderos órganos del pais.

XXIV.

Tres dias despues el conde de Artois compuso su gobierno, que era una prolongacion del provisional y tomó la forma de un gran Consejo de Estado reunido en rededor del príncipe para ayudarle con sus consejos y administrar en su nombre. Aquel consejo de Gobierno se componia de Mr. de Talleyrand, del mariscal Moncey, del mariscal Oudinot, del duque de Alberg, del conde de Jaucourt, del general Bernonville, del general Dessoles y del abate de Montesquiou. El baron de Vitrolles, hasta entonces mediador oficioso entre el príncipe y los partidos dominantes en París, fué nombrado secretario del consejo con el título de secretario de Estado. Alojado en las Tullerías al lado del príncipe, verdadero ministro personal del conde de Artois en medio de aquellos ministros desconocidos ó sospechosos, Mr. de Vitrolles, útil al príncipe en el consejo, útil al consejo junto al príncipe, apoyándose en sus servicios prestados a la corona como agente activo de la Restauracion, y otras en sus antecedentes con Talleyrand y Foucher, desempeñó durante algunos dias el papel de un hombre necesario. Cuando pasados algunos meses de aquellos acontecimientos Mr. Vitrolles subió al poder, tranquilizaba al príncipe por su adhesion á los constitucionales, por sus relaciones secretas con ellos y á los realistas por su fervor. Hombre de accion mas bien que de reflexion, sin raices en ninguno de los partidos, obligado á adularlos á todos para que aceptasen su dominacion, Mr. de Vitrolles era un buen esplorador de las emboscadas en que podia caer un príncipe nuevo al entrar en un mundo desconocido, pero era un mal consejero para trazarle una línea política en grande escala. Servidor mas que ministro, demasiado adicto para ser independiente, teniendo necesidad de todos sin poder dominar á nadie, hizo fluctuar á su amo durante algunas semanas, entre el imperialismo, el liberalismo y el absolutismo, y despues le arrastró despechado á esa oposicion sorda y á esas maniobras ocultas que falsearon la vida política del conde de Artois, embarazaron el reinado de su hermano y perturbaron fatalmente el suyo.

XXV.

El lugarteniente general del reino se apresuró á nombrar comisarios generales con encargo de que hiciesen reconocer en todas las provincias la autoridad del rey. Aquellos comisarios fueron elejidos en su mayoria entre los hombres de la familiaridad del príncipe: algunos de entre los mariscales y generales que primero se habian presentado al nuevo poder. En ninguna parte encontraron resistencia. La Francia entera recibió con el entusiasmo de la esperanza el regreso de los Borbones. Solo el ejército permaneció triste y silencioso, pero sus murmullos no estallaron jamás en sediciones. Pasó del emperador al rey con el decoro de sus pesares pero con la unanimidad y con la disciplina de su patriotismo. Conocia que la nacion habia pagado demasiado cara su gloria y que debia desaparecer para que se completase la paz. Las órdenes del gobierno le alejaron de los provincias ocupadas por

el estrangero y le confinaron momentáneamente detrás del Loira.

XXVI.

Diez dias despues de la salida de Napoleon de Fontainebleau, Mr. de Talleyrand concluyó con las potencias aliadas una suspension de hostilidades, por la cual quedaba enteramente desarmada la Francia. Concediase á los aliados las plazas fuertes con cuantas armas, municiones y artilleria contenian; era una capitulacion completa de un pais vencido. Sin prejuzgar nada sobre las condiciones ulteriores de la paz que debian ser ejecutadas, los soberanos prometian hacer que sus tropas evacuasen las fronteras de la Francia tales como existian en 1792, en cuanto las tropas francesas evacuasen las plazas y territorios que todavia ocupaban en Europa. Un murmullo general acojió aquella capitulacion de la Francia firmada por el conde de Artois, como primer acto de su advenimiento. De este modo, sus consejeros le hacian el ejecutor de los rigores de la invasion y de las humillaciones de la conquista. Sin duda, una nacion cuya capital estaba ocupada por doscientos mil hombres no podia discutir libremente las condiciones de su paz; pero podia no ratificarlas tan despojadoras é ignominiosas por la mano de su propio gobierno. El conde de Artois mejor aconsejado, no hubiera debido entrar en Paris sino para realzar á la Francia y no para firmar con el nombre de un Borbon, severidades, ruinas y desarmes, que eternamente le serian censurados. Creyóse ver en aquel acto al genio de Coblentza, dando la mano al estrangero y vendiendo la Francia para rescatar un trono: pero no era mas que ligereza é irreflexion. La nacion descontenta finjió ver en ello una complicidad. Aquel acto despopularizó en pocos dias al principe, á sus consegeros y á su gobierno. Volviéronse las miradas hacia Luis XVIII. Se comprendió la prudencia de aquel príncipe que habia dejado hacer aquella necedad á su hermano, y que iba á entrar para protestar contra aquella precipitacion y debilidad. Mr. de Talleyrand podia dar otros consejos al príncipe, pero sobre todo necesitaba dar prendas. Sospechoso á los emigrados, y odioso á los obispos que rodeaban al conde de Artois, útil pero repugnante á aquella córte, era preciso comprar con ámplias concesiones diplomáticas el apoyo de que tenia necesidad en el consejo de los soberanos estrangeros. Puede creerse que vendió el favor á la Europa que le hacia necesario en las Tullerias.

XXVII.

Su correspondencia con Hartwell se iba estrechando de dia en dia. Habia destruido en Paris las pretensiones del Senado: la opinion era contraria á aquel cuerpo. No era hombre para luchar infructuosamente contra la opinion: entonces preparaba el camino al rey y queria adquirir títulos á su reconocimiento. Las exigencias constitucionales se debilitaban diariamente. Habia servido con demasiada sutileza á la contra-revolucion y al despotismo de Napoleon, para que se hallase dispuesto á conceder prendas de libertad. Para él, la mejor constitucion seria la que le garantizase su ascendiente sobre los nuevos príncipes, su fortuna y su dignidad. Luis XVIII le habia conocido antes de la revolucion, le habia seguido con la vista durante el Directorio y el imperio. No temia en él un obstáculo, por el contrario veia un complaciente obligado de su gobierno. Sabia que las restauraciones necesitan de hombres flexibles mas que ninguna otra clase de revoluciones, porque conservando los principios, varian únicamente los instrumentos de reinado. La ver-

satilidad y la ingratitud son virtudes de circunstancias en los ministros que quieren pertenecer á dos reinados. Mr. de Talleyrand habia tomado osadamente su papel, y ninguno tenia mas habilidad, mas audacia é inflexibilidad para sostenerle. Pertenecia al antiguo régimen por su nacimiento, á la revolucion por su sacerdocio repudiado, al imperio, por sus dignidades, á la Europa por su defeccion al imperio, á la Restauracion por su complicidad en las maniobras que habian sublevado al Senado contra el emperador, y á todos los partidos por la facilidad con que se dejaba llevar del viento. Era el tipo de la veleidad, el modelo é instrumento de las inconstancias que un soberano restaurado debia pedir á los caractéres, á las leyes y á las costumbres de una revolucion sofocada. Asi, pues, Luis XVIII acariciaba desde lejos á Mr. de Talleyrand. No le apreciaba ni le queria, pero le comprendia. Mr. de Talleyrand era á sus ojos una preciosa casualidad de las circunstancias, un resúmen de todas las habilidades, para hacer pasar una nacion por matices graduados desde un principio á otro. Hombre predestinado por su naturaleza para encontrarse á tiempo en el zaguan de las Tullerías, para despedir á la dinastía caida y para introducir á la futura, antiguo con los antiguos, moderno con los modernos, prenda para los vencidos y cómplice para los vencedores, era el hombre de todos.

XXVIII.

Luis XVIII escuchaba de este modo, desde su retiro de Hartwell, todas las voces que le llegaban de Francia, unas invocando el principio de la soberanía del pueblo, otras pidiendo el establecimiento de las órdenes y estados generales, algunas la antigua constitucion, como si jamás hubiesen existido en Francia otras constituciones que las costumbres modificadas por el azar, y dadas por

el poder y por la voluntad del rey, y algunas otras, en fin, un despotismo franco, santificado por el derecho de nacimiento, por la tradicion y por la religion: todos, al menos en aquellos diversos pensamientos, reconocian la conveniencia ó la necesidad de los Borbones: «Y qué, decia entonces M..... que defendia entonces el derecho divino, á los que imponian condiciones para la vuelta del rey, ¿qué, vendreis con vuestro pedazo de papel en la mano á persuadirnos que el príncipe que llega no es nuestro rey?—Es preciso asegurar el porvenir, aseguraba Foucher, en un mensage dirigido al conde de Artois. El cielo y la tierra resuenan con las aclamaciones, los trasportes de la alegría universal son la espresion de todas las almas. Es preciso garantías para todas las opiniones, para todos los intereses. Un legislador de la antigüedad de los mas nombrados por su sabiduría, Solon, despues de largas agitaciones, que la ciudad de Minerva fuese purificada toda entera como un templo cuyos mármoles era necesario lavar; sacó en procesion las estátuas de los dioses por todas las calles y plazas; puso la reconciliacion y la paz pública bajo la garantía del cielo..... el reino seguirá el ejemplo de Cárlos II, que despues de haber prometido el olvido á todos, no perdonó á nadie, mezcló el espectáculo de los cadalsos con el de los regocijos, y preparó una nueva destitucion á la familia de los Estuardos. Creo conocer el espíritu de la Francia, la Francia entera se halla dispuesta á agruparse en derredor del trono de los Borbones, si una constitucion real y nacional garantiza todos los derechos.» Los realistas puros, replicaban que la mejor constitucion era el al alma de un buen rey.

XXIX.

El abate Montesquion, ministro confidencial de Luis XVIII, miembro del gobierno provisional, unido

con Mr. de Talleyrand por política, con los realistas por sentimiento, colocado en el centro de aquel tumulto de opiniones diversas, y que procuraba descubrir el espíritu general de la situacion en medio de aquellos opuestos pareceres, escribia á Hartwell «mi opinion y la de Mr. de Talleyrand es que el rey al entrar en Francia publique simplemente un real decreto, en el que declare su soberanía, sin dejarse poner trabas por una constitucion, que despues el rey proclame y reconozca los derechos de la nacion, y la reunion de los cuerpos legislativos. El estado de la Hacienda me decide á ello.»

El conde de Artois, evidentemente embarazado con las concesiones que habia hecho por su precipitacion de entrar en Paris y gozar de las primicias del gobierno, no daba ni luces ni consejos al rey su hermano. Parecia que temia comprometerse con unos consejeros que habrian desagradado en Hartwell, ó que hubieran podido oponérsele mas tarde, cuando su carácter le condujese á resistir las concesiones. Se contentó con enviar al rey el conde de Brujas, uno de sus ayudantes de campo mas familiares, para invitar á su hermano á que fuese á ceñirse la corona. El conde de Brujas manifestó al rey el verdadero y secreto pensamiento del conde de Artois, que no era otro que el de los emigrados y el de los publicistas del antiguo régimen, que miraban todo reconocimiento de derechos de la nacion y de los actos revolucionarios como una abdicacion parcial y una degradacion anticipada de la dignidad real de derecho divino. El rey en el fondo propendia hácia este dogma, no por conviccion, sino por costumbre de nacimiento y por respeto á su raza; mas por política se inclinaba á una transaccion aparente entre los derechos del pueblo y el de su soberanía. Solo que queria que aquel reconocimiento fuese concedido por él y no arrancado por las circunstancias, y que el origen enteramente real y los términos soberanos de aquella transaccion entre el trono y el pueblo, fuesen tales que todo pareciese un don de la corona, y que ese don condicional pudiese ser suspendido ó retirado, si alguna vez la nacion pretendia ponerse al nivel del trono ó elevarse sobre él.

Mientras que el conde de Brujas llegaba á Hartwell para llevar al rey las inspiraciones absolutistas de su hermano, Pozzo di Borgo, ayudante de campo del emperador Alejandro, y amigo de Mr. de Talleyrand, le escribia allí en nombre de las potencias aliadas, para infundir en el ánimo de aquel príncipe las inspiraciones constitucionales que prevalecian en el consejo de los soberanos y de los diplomáticos en Paris. Luis XVIII tenia, pues, que decidirse en la tierra estrangera por uno de los dos grandes pensamientos que ya se combatian en Francia y que iban á disputar el triunfo durante todo su reinado. Prudente, reflexivo, negociador y contemporizador, como envejecido en las intrigas y vacilaciones de un largo destierro, aquel príncipe escuchaba, se inclinaba alternativamente hácia los dos partidos, daba esperanzas, meditaba palabras de oráculo, de sentido doble y profundo, pero no se decidia con irrevocable franqueza por ninguno de ellos. Su elevada razon le inclinaba á los acomodamientos con el tiempo y con la opinion pública: Mr. de Blacas y la duquesa de Angulema, el uno, espíritu retrasado y estrecho, y la otra princesa ulcerada y enérgica, le retenian en la supersticion de su soberanía absoluta.

Con estas disposiciones de ánimo, dejó, en fin, su mansion campestre de Hartwell, el 18 de abril, y atravesó por Lóndres para volver á entrar en su reino.

XXX.

La Inglaterra toda entera parecia mirar la restauracion de los Borbones, como un triunfo nacional largo

tiempo preparado, esperado por el pueblo de la Gran Bretaña. La nacion inglesa conmovida á la voz de Burke y de sus oradores por la muerte trágica de Luis XVI, de la reina y de la familia real, testigo indignado y enternecido del suplicio de tantas víctimas sacrificadas por el terror, era constitucional por instinto y realista por compasion. La historia de la revolucion francesa, continuamente referida y comentada en Lóndres por los escritores realistas refugiados, habia llegado á ser allí una poesía de desgracia, de crimen, de trono y de cadalso. El hogar de los ingleses habia sido generoso, pródigo y hospitalario para la nobleza francesa emigrada y reconocida entonces. El gobierno inglés habia contemplado desde lejos los prodigios de intrepidez de los aventureros y de los héroes realistas de la Vendée, los habia socorrido con sus auxilios y sus escuadras, habia combatido en seguida diez años la usurpacion del continente por Napoleon en Portugal, España, Alemania y Sicilia: estaba envanecida por la libertad del mundo, llevada á cabo por la obstinacion de su política, de su tesoro y de sus ejércitos. La caida de Napoleon y su reemplazo en el trono de Francia por un hermano de Luis XVI parecian á los ingleses una de las mayores obras de su historia. Su corazon se exaltaba de júbilo y de orgullo, al ver á aquel sábio, por largo tiempo su huésped, y entonces rey, salir de su oscura morada de enmedio de su isla para ir á recibir de sus manos el trono de sus padres y volver á ocupar su lugar á la cabeza de las antiguas razas coronadas. La ciudad de Lóndres se habia adornado y se agrupaba por los caminos y calles que atravesaban Luis XVIII y la duquesa de Angulema, desde las puertas del jardin de Hartwell hasta el palacio del príncipe regente. La entrada del rey en Lóndres fué tan solemne y tan régia como en su propia capital. La embriaguez del pueblo fué aun mas completa, porque en ella no se mezclaba el sentimiento de la ocupacion de

pais por tropas estrangeras, ni los sordos presentimientos de la division de los partidos. El príncipe regente salió á recibir al rey de Francia á las puertas de Lóndres y al dia siguiente le acompañó hasta Douvres, para saludarle y despedirle como rey en su último paso por la playa inglesa.

«Suplico á vuestra alteza real, respondió el rey á las felicitaciones del príncipe regente, que os digneis admitir mis mas vivas y sinceras acciones de gracias por las felicitaciones que acaba de dirigirme: se las doy muy particulares por las contínuas atenciones de que he sido objeto, tanto por parte de vuestra alteza real como por la de cada uno de los miembros de vuestra ilustre casa, á los consejos de vuestra alteza real, á ese glorioso pais y á la constancia de sus habitantes, atribuiré siempre despues de la Divina Providencia el restablecimiento de nuestra casa en el trono de nuestros antepasados, y ese feliz estado de cosas, que permite cicatrizar las llagas, calmar las pasiones y devolver la paz, el reposo y la felicidad de todos los pueblos.»

Estas palabras que el reconocimiento inspiraba al desterrado, pero que la dignidad de rey de Francia prohibia á sus lábios, fueron mas tarde el remordimiento de su reinado y el testo de patriotismo contra su casa. La Francia no solo estaba en ellas olvidada, sino humillada.

XXXI.

Luis XVIII se embarcó en Douvres el 24 de abril en el navío *Real Soberano*, escoltado por la fragata *Jason*, entre las salvas de la artillería de la costa y de la escuadra, que saludaban desde el mar y desde la ribera, la partida de aquella dinastía desterrada, que iba á volver á encontrar una familia, un pueblo, y un trono. El estre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

cho estaba cubierto de barcas y buques empavesados, que acompañaban al navío que llevaba la antigua monarquía á Francia. La bandera blanca ondeaba en todos los mástiles, y los aplausos y hurras se renovaban á cada oleada. Una mar tranquila, un viento suave y un sol sereno favorecian aquella manifestacion del júbilo de dos pueblos impacientes por reanudar la paz, de que aquel rey parecia ser el símbolo. La dulzura que debia esperimentar el alma del desterrado parecia haberse esparcido por la de toda la Inglaterra. Estaba envanecida de haber conservado y de restituir aquel soberano á su pais. En medio del canal, el navío que conducia al rey, pasó del acompañamiento naval de los ingleses, al de las barcas y buques franceses. Encontró á su patria que se avanzaba hácia él por medio de las olas, y entró triunfante en el puerto de Calais. Los cañones de la costa francesa, respondian desde la aurora á los de Douvres. Las dunas, los cabos, las lenguas de tierra que se internaban en el mar, las murallas y torres de Calais, estaban cubiertas de un inmenso pueblo, que aguarda al rey como su salvador y su esperanza. Ninguna division existia en aquel momento en los ánimos ni en los corazones. Los que no tenian recuerdos ni afecto á la antigua monarquía, la mirabansin repugnancia: un murmullo de alegria salia de entre aquella multitud que habia abandonado sus hogares. Hasta la tierra misma y las murallas, con el sonido de las campanas y el estruendo de los cañones parecia participar de aquella emocion de los hombres. Luis XVIII, enternecido hasta derramar lágrimas, y hábil en calcular sus sinceras espresiones, dirigia á las diputaciones y á los curiosos que rodeaban el buque palabras felices de esas en que el sentimiento brota de las circunstancias para volar de boca en boca. Se apoderaba de su nueva patria por la oportunidad de sus respuestas, y fijaba por decirlo asi el entusiasmo, espresándole. La naturaleza parecia haberle formado para

semejantes momentos: era el genio natural de aquellas solemnidades.

XXXII.

De pie sobre la elevada proa del navío, apoyado en los fieles compañeros de su proscripcion, rodeado de la nueva Francia que habia salido á recibirle, alargaba los brazos hácia la ribera y luego los estrechaba contra su corazon, elevando sus miradas al cielo, como para abrazar á su patria. Tenia á su lado á la duquesa de Angulema, hija de Luis XVI, á quien la Francia debia en amor y compasion la sangre de su padre, de su madre y de su tia: el príncipe de Condé, el duque de Borbon, cuya fisonomía contristaba la sombra del duque de Enghien, su hijo y nieto, y convertia la vuelta en un visible duelo. El pueblo inmóvil de emocion respondia á cada gesto con aclamaciones y lágrimas. El rey, al poner el pie en tierra, quiso primero, siguiendo el antiguo uso, dar gracias al Dios de sus padres, para imprimir un carácter mas religioso al abrazo del pueblo y del soberano. Sentado en una carretela al lado de la duquesa de Angulema, atravesó por entre la multitud, que se inclinaba, para dirigirse á la iglesia de Calais. Hizo allí oracion en una piadosa actitud ante los altares de sus padres. El resto del dia se empleó en los recibimientos y ceremonias del regreso. Las poblaciones del Norte de la Francia, se apresuraron á enviar diputaciones á Calais. Aquel pais frio, reflexivo y sensible, habia conservado mejor que las regiones lijeras de la Francia, la memoria de la monarquía y la compasion á la familia real. El general Maison, que mandaba el ejército del Norte, soldado que se habia señalado en la última guerra por la energía y el patriotismo mas obstinados, habia acudido desde Lila con una parte de sus tropas, para ofrecer las primeras bayonetas

y los primeros homenages del ejército. Al dia siguiente escoltó al príncipe á su salida de Calais. El rey recibió á aquel representante del ejército francés y á sus soldados, como si hubiesen servido su propia causa, sirviendo la de la patria á las órdenes de otro gefe. Manifestó con los oficiales y la tropa la confianza que inspira la lealtad, y les dirigió palabras que borraban todos los recuerdos menos el de la gloria. En todo el camino hasta París, en Boloña, Montreuil, Abbeville y Amiens, encontró el mismo pueblo, el mismo enternecimiento en los semblantes, el mismo anhelo en las poblaciones, y la misma unanimidad de esperanza. Conoció por el júbilo universal y espontáneo de su patria que era dueño de aquel pueblo, y que no se le vendería muy caro el trono en París. Era evidente para él y para todos, que si el pais confiado y versátil hubiera estado solo al frente de su rey, este habria dictado arbitrariamente y sin obstáculos las condiciones del nuevo pacto entre el trono y el pais: el emperador Alejandro, estipulaba por la libertad en aquel momento, mas que ella misma.

XXIII.

Correos de París se unian al rey de hora en hora en el camino y le llevaban las noticias, las impresiones y las disposiciones públicas, por mensages confidenciales del abate de Montesquion y de Mr. de Talleyrand. En cada parada parecian aflojar las exigencias de Mr. de Talleyrand, y sus consejos, en un principio rigorosamente constitucionales, llegaban á ser mas flexibles y acomodaticios. Sin embargo, todavía le invitaba á que no entrase en París sin haber publicado una proclama real, tranquilizando á la nacion por lo pasado, y de naturaleza que decidiese y fijase la opinion y el juramento del ejército.

El rey siguió aquellos consejos y determinó hacer alto en Compiegne antes de entrar en su capital, ya para dar tiempo á la reflexion, ya para combinar con Mr. de Talleyrand sus palabras y sus actos, y para dar, con la misma lentitud de su marcha, mas dignidad y solemnidad á su regreso, y aumentar la impaciencia de su capital con la aparente vacilacion de su ánimo. Tal vez tambien el hombre privado prevaleció en esto sobre el soberano, y aquel príncipe quiso fortalecer sus ojos y su corazon en la antigua mansion y seculares bosques de una posesion de sus abuelos, querida á su juventud, fijando algunos dias sus miradas en los árboles, las aguas y las torres, en donde habia pasado sus primeros años, antes de sumergirse en el palacio de las Tullerias, lleno de los cuidados del trono, de recuerdos, de lágrimas y de sangre.

XXXIV.

Los mariscales de Napoleon y sus confidentes mas íntimos, se habian apresurado á adelantarse al rey en Compiegne, para asegurarse de las primeras miradas, y apoderarse los primeros del reinado. El mariscal Berthier, que durante doce años no habia dejado la tienda ó el gabinete del emperador; el mariscal Ney, su mas intrépido teniente en todos los campos de batalla, de quien el emperador habia dicho: «Tengo trescientos millones en oro en los sótanos de mi palacio, y los daria por rescatar la vida de semejante hombre» fueron los que mas presurosos se manifestaron en prestar homenage á su sucesor. El mariscal Ney, á caballo con sus compañeros en derredor de la carroza real, y agitando su espada por encima de la cabeza, gritaba mostrando el príncipe á la multitud: «¡Viva el rey! ¡Mirad aqui, amigos mios, al verdadero, al legítimo rey de la Francia!...»

¡Esos guerreros tan intrépidos en el fuego, suelen mostrarse débiles de corazon en las mudanzas de las córtes! El pueblo se asombraba de tanta versatilidad en tanto heroismo. Comenzaba á sospechar, lo que despues ha tenido tantas ocasiones de reconocer, que la costumbre de obedecer á todos los poderes no crea la constancia en el corazon de los hombres de guerra, y que las revoluciones que tienen que combatirlos la víspera, los encuentran al dia siguiente sus mas complacientes servidores.

El rey aparentaba apreciar á aquellos inconstantes que no engañaban su sagacidad: cubria con decoro sus adulaciones para alentar á otros. Juzgaba del pais por los representantes del ejército, pero se equivocaba. Los hombres del 18 brumario y del Imperio, habian perdido el derecho de comerciar con la libertad. Quedaban ciudadanos en las clases civiles y oscuras de la poblacion.

El mariscal Berthier á título de gefe del estado mayor general, y de mas antiguo de los mariscales presentes dirigió un discurso al rey. Hubiérase creido oir la voz de la antigua monarquía rindiendo el homenage de la inviolable fidelidad al heredero no interrumpido de la antigua raza: «Vuestos ejércitos, señor, le dijo, de que vuestros mariscales son el órgano en el dia, se conceptuan dichosos en ofreceros su adhesion.» En seguida presentó todos los tenientes de Napoleon al rey, indicándole nombres que aquel príncipe habia oido repetir durante largo tiempo como los mas implacables apoyos de la causa enemiga.

El rey, preparado para aquel recibimiento, y que habia grabado en su memoria las principales acciones de guerra en que aquellos compañeros del emperador se habian hecho ilustres, dirigió á cada uno de ellos las palabras y recuerdos que mas debian lisongearles. Encadenó por el orgullo á los que solo exigian ser encadenados por el favor. Al fin de la audiencia fingió no poderse sostener por el peso de la edad y de los achaques. Su servidumbre se adelantó para ayudarle, pero apartándoles el rey con un gesto, y asiéndose de los brazos de los mariscales con una afectacion de abandono y de confianza llena de astucia y de gracia: «Sobre vosotros, señores, les dijo sonriéndose, quiero apoyarme en adelante. Acercaos y rodeadme; habeis sido siempre buenos franceses; espero que la Francia ya no tendrá necesidad de vuestra espada; pero si alguna vez, lo que á Dios no plazca, nos vemos obligados á sacarla, aunque esté enfermo marcharé con vosotros.» Aquellas palabras y aquel gesto enternecieron hasta la embriaguez á unos hombres que no querian mas que ser conmovidos para justificar la prontitud de su interesada adhesion con la apariencia de un impulso del corazon.

XXXV.

Una diputacion del Cuerpo legislativo se habia anticipado al rey á Compiegne. El presidente y el orador de aquella diputacion era Mr. Bruys de Charly, diputado del Saona y Loira, hombre de una figura imponente, realista de corazon, de una adhesion razonada pero tradicional á la sangre de los Borbones y á los principios de la monarquía templada. «Si, dijo al rey, con una voz cuya fuerza y emocion enternecian: ¡llegad, descendiente de tantos reyes! ¡Subid al trono en que nuestros padres colocaron á vuestros augustos antepasados, y que somos muy felices en veros ocupar hoy dia! Todo cuanto habíamos esperado en vano lejos de vos nos lo trae vuestra magestad. Venís á enjugar todas las lágrimas y á cicatrizar todas las heridas.

«Os deberemos mas todavía; este regreso va á cimentar las bases de un gobierno sábio y prudentemente balanceado. Vuestra magestad no quiere entrar mas que en

el ejercicio de los derechos que bastan á la autoridad real. La ejecucion de la voluntad general confiada á vuestras manos paternales, no será por eso menos respetable y segura.»

El rey sabia, por su correspondencia y por los periódicos, que la nacion no veia en el Senado mas que el apoyo del despotismo repudiado del Imperio, y que favorecia mas á los miembros del Cuerpo legislativo, de donde habian salido las primeras voces de independencia. Tuvo la presencia de ánimo de apoyarse, desde las primeras palabras, en el Cuerpo legislativo contra el Senado ausente. Reconoció formalmente en su contestacion á los individuos del Cuerpo legislativo como los representantes de la nacion, y no temió comprometer su prerogativa, hablándoles de la union necesaria de su poder con los diputados del pais, para asegurar la fuerza de las leyes, y la felicidad pública.

XXXVI.

El efecto producido por aquella primera entrevista del soberano con los representantes del ejército y de la nacion, la emocion que lo apasionaba todo, la adulacion que todo lo encorvaba, y los consejos de los que le rodeaban, tanto antiguos como modernos, parecieron suficientes al rey, para arrostrar las exigencias de aquel Senado, medio sumiso y medio rebelde, que ni habia enviado mensage ni diputacion á su nuevo amo. Luis XVIII se decidió á tomar posesion de su trono, sin condiciones ni estipulaciones con aquel poder débil, exigente y aborrecido. El emperador Alejandro, acosado mas que nunca por los hombres de la córte imperial, dueños del Senado, y que querian conservar aquella prenda de seguridad y de influencia en el nuevo reinado, cedió á sus instancias, y partió para Compiegne, para llevar por sí mismo á Luis XVIII, y apoyar con su crédito omnipotente, las pretensiones del Senado.

Luis XVIII vió llegar á Alejandro con disgusto. Sabia que la popularidad con que le habian embriagado en Paris los imperialistas, habia fascinado su juicio, y que tomaba en su capital la actitud de negociador imperioso entre la nacion y los Borbones. No ignoraba la repugnancia que el jóven emperador habia manifestado á su familia en los primeros dias de la Restauracion. Se acordaba que aquel soberano habia recordado con orgullo y hasta con ostentacion la amistad de Napoleon. En fin, esperaba pretensiones imperiosas, ó una proteccion humillante de Alejandro: su política y su orgullo estaban igualmente alarmados. Este era el motivo secreto de su fluctuacion en marchar á Paris despues de tantos dias de marcha y de su prolongada permanencia en Compiegne, Pero en el sentimiento de su dignidad y en el recuerdo de su sangre, encontró el penoso valor de resistir á un negociador coronado y de no complacer al que le devolvia un trono: desde el primer dia fué rey.

XXXVII.

Luis XVIII recibió con frialdad al czar. Despues de los primeros cumplimientos los dos soberanos se retiraron á lo interior del palacio y tuvieron á solas una larga y séria conferencia. Alejandro insistió en persuadir al rey que los derechos tradicionales de su sangre, y los misterios del derecho divino de las coronas estaban ya descubiertos y rechazados por la opinion: que convenia reinar en virtud de un nuevo título y de un llamamiento voluntario de la nacion, espresado por el Senado, en cambio de una constitucion aceptada de manos de aquel

poder del Estado: que la fecha del reinado de los Borbones debia rejuvenecerse y confundirse con la fecha de la caida del Imperio: que la necesidad y la prudencia imponian al rey el reconocer, á lo menos de hecho, la existencia de los gobiernos que habian regido la Francia ya hacia veinte y cinco años; y que si las familias reales tenian intrigas, las naciones no. En fin, aumentó demesuradamente á los ojos del príncipe desterrado, la importancia de aquel pequeño grupo de hombres ambiciosos de que estaba rodeado en Paris, y que segun él tenian la opinion y la corona en sus manos ofreciéndola en cambio de una constitucion dictada por ellos, y retirándola en cambio de una constitucion emanada del monarca. En una palabra, pareció poner el trono y la entrada en Paris á precio de las condescendencias que proponia al rey, justas unas, tímidas é impolíticas otras.

XXXVIII.

Luis XVIII le escuchaba con impaciencia, é interrumpia con libertad, y le contestó con imperturbable firmeza: «Estoy asombrado de tener que recordar á un emperador de Rusia, le dijo, que la corona no pertenece á los súbditos, ¿con qué título un Senado, instrumento y cómplice de todas las violencias y locuras de un usurpador, poblado de sus mas serviles y criminales hechuras, dispondria de la corona de Francia? ¿Acaso le pertenece? Y aun cuando efectivamente le perteneciese ¿la ofreceria libremente á un Borbon? ¿No hay en su seno hombres viciados en la revolucion de 1783, y manchados con la sangre de un Borbon decapitado? Soy demasiado ilustrado, para dar al derecho divino la significacion que las supersticiones religiosas y populares le atribuian en otro tiempo; pero ese derecho divino que ni para vos ni para

mi es mas que una ley del buen sentido pasado en política inmutable por la trasmision hereditaria del derecho de soberanía, ha llegado á ser tambien una ley de la nacion, violada por diez años y seguida por diez siglos. La muerte de mi hermano y de mi sobrino me han trasmitido ese derecho; y en virtud de ese título estoy aqui y la Europa me está llamando, para restablecer en mí no un nombre, no una raza, sino un principio. Yo no tengo otros que presentar á la Francia ni los quiero tampoco. La aceptacion de otro título, haria desaparecer en mí este. Soy rey y entonces seria un mendigo del trono. ¿Y qué otro derecho tendria yo fuera del que la sangre ha hecho circular por mis venas? ¿Qué soy yo? un anciano enfermo, desgraciado, proscripto, reducido largo tiempo á pedir una patria y un pedazo de pan en tierras estrangeras; tal era yo hace pocos dias, pero este viejo, este proscripto era el rey de Francia, y he ahí por qué V. M. se halla aqui; he ahí porque una nacion entera que no me conoce mas que de nombre, me ha llamado al trono de mis padres. Acudo á su voz, pero vuelvo rey de Francia en donde todavía no soy mas que un proscripto.

«Vos mismo, añadió dirigiendo á Alejandro una mirada como de muda reprension por lo inconducente de su demanda, ¿en virtud de qué título mandais á esos millones de hombres cuyos ejércitos habeis conducido para libertar mi trono y mi pais?» Alejandro conoció la fuerza de aquella interrogacion y se limitó á negar la omnipotencia de los hechos consumados y los consejos imperiosos de las circunstancias. Pero Luis XVIII no se rindió á aquellas razones que, segun él, rompian el cetro en sus manos, y le dejaban á merced de un cuerpo que si hoy era obediente mañana podia ser sedicioso. «No, dijo, yo no mancillaré con una cobardía el nombre que llevo y los pocos dias que me restan que vivir; no compraré un favor movible de opinion á precio de un derecho sagrado mio, de mi casa y de mi principio. Sé que debo á vues-

poder del Estado: que la fecha del reinado de los Borbones debia rejuvenecerse y confundirse con la fecha de la caida del Imperio: que la necesidad y la prudencia imponian al rey el reconocer, á lo menos de hecho, la existencia de los gobiernos que habian regido la Francia ya hacia veinte y cinco años; y que si las familias reales tenian intrigas, las naciones no. En fin, aumentó demesuradamente á los ojos del príncipe desterrado, la importancia de aquel pequeño grupo de hombres ambiciosos de que estaba rodeado en Paris, y que segun él tenian la opinion y la corona en sus manos ofreciéndola en cambio de una constitucion dictada por ellos, y retirándola en cambio de una constitucion emanada del monarca. En una palabra, pareció poner el trono y la entrada en Paris á precio de las condescendencias que proponia al rey, justas unas, tímidas é impolíticas otras.

XXXVIII.

Luis XVIII le escuchaba con impaciencia, é interrumpia con libertad, y le contestó con imperturbable firmeza: «Estoy asombrado de tener que recordar á un emperador de Rusia, le dijo, que la corona no pertenece á los súbditos, ¿con qué título un Senado, instrumento y cómplice de todas las violencias y locuras de un usurpador, poblado de sus mas serviles y criminales hechuras, dispondria de la corona de Francia? ¿Acaso le pertenece? Y aun cuando efectivamente le perteneciese ¿la ofreceria libremente á un Borbon? ¿No hay en su seno hombres viciados en la revolucion de 1783, y manchados con la sangre de un Borbon decapitado? Soy demasiado ilustrado, para dar al derecho divino la significacion que las supersticiones religiosas y populares le atribuian en otro tiempo; pero ese derecho divino que ni para vos ni para

mi es mas que una ley del buen sentido pasado en política inmutable por la trasmision hereditaria del derecho de soberanía, ha llegado á ser tambien una ley de la nacion, violada por diez años y seguida por diez siglos. La muerte de mi hermano y de mi sobrino me han trasmitido ese derecho; y en virtud de ese título estoy aqui y la Europa me está llamando, para restablecer en mí no un nombre, no una raza, sino un principio. Yo no tengo otros que presentar á la Francia ni los quiero tampoco. La aceptacion de otro título, haria desaparecer en mí este. Soy rey y entonces seria un mendigo del trono. ¿Y qué otro derecho tendria yo fuera del que la sangre ha hecho circular por mis venas? ¿Qué soy yo? un anciano enfermo, desgraciado, proscripto, reducido largo tiempo á pedir una patria y un pedazo de pan en tierras estrangeras; tal era yo hace pocos dias, pero este viejo, este proscripto era el rey de Francia, y he ahí por qué V. M. se halla aqui; he ahí porque una nacion entera que no me conoce mas que de nombre, me ha llamado al trono de mis padres. Acudo á su voz, pero vuelvo rey de Francia en donde todavía no soy mas que un proscripto.

«Vos mismo, añadió dirigiendo á Alejandro una mirada como de muda reprension por lo inconducente de su demanda, ¿en virtud de qué título mandais á esos millones de hombres cuyos ejércitos habeis conducido para libertar mi trono y mi pais?» Alejandro conoció la fuerza de aquella interrogacion y se limitó á negar la omnipotencia de los hechos consumados y los consejos imperiosos de las circunstancias. Pero Luis XVIII no se rindió á aquellas razones que, segun él, rompian el cetro en sus manos, y le dejaban á merced de un cuerpo que si hoy era obediente mañana podia ser sedicioso. «No, dijo, yo no mancillaré con una cobardía el nombre que llevo y los pocos dias que me restan que vivir; no compraré un favor movible de opinion á precio de un derecho sagrado mio, de mi casa y de mi principio. Sé que debo á vues-

tras armas victoriosas la libertad de mi pueblo; pero si esos importantes servicios debiesen poner á vuestra disposicion el honor de mi corona, apelaria á la Francia y me volveria al destierro.»

XXXIX.

La Francia entonces casi unánimemente habria contestado al llamamiento del rey, proclamándole nuevamente. La marcha de Luis XVIII, hubiera sido la señal de nuevos obstáculos, de graves agitaciones para los aliados. Alejandro se intimidó á su vez: se limitó á recordar al rey los compromisos medio consentidos por el conde de Artois, su hermano, á su entrada en París. Luis XVIII no los desmintió, pero fingió satisfacerlos por la promesa de una declaracion ó de un decreto que los confirmase de su libre y espontánea autoridad, en vez de aceptarlos como una ley de los aliados y una condicion de su pueblo.

Alejandro salió de aquella conferencia vencido y asombrado. Habia creido encontrar un anciano de espíritu débil, sediento de trono, y que se conceptuaria muy dichoso en recobrarle á cualquier precio. Pero encontró un talento superior, una fé obstinada, una elocuencia magestuosa, un carácter inflexible, un rey que todavía podia rechazarse, pero que una vez sentado en el trono se colocaria por su legitimidad al nivel y aun por encima de sus libertadores.

El emperador de Austria y el rey de Prusia llegaron mas tarde á Compiegne y no renovaron con Luis XVIII las tentativas de Alejandro. Aquellos soberanos, menos supeditados por los jóvenes cortesanos del Imperio; por los antiguos restos de la revolucion, estaban mas dispuestos por su carácter y por el de sus ministros á sostener la

autoridad personal del rey, que á debilitarla con tímidas concesiones. Alejandro les era sospechoso sino de complicidad con la revolucion, al menos de juventud y de debilidad con los revolucionarios. Aquel mismo dia se reunieron en la mesa los cuatros soberanos y sus principales tenientes. Bernadotte, ese rey de Suecia antiguo jacobino que habia llegado al trono y que combatia contra su patria por conservar su corona, asistia tambien á aquel banquete. Uno de los augustos convidados habiendo hablado al rey con la libertad propia de un banquete, de aquella movilidad de francés que le precipitaba con la misma facilidad en la insurreccion que en la servidumbre; «Haceos temer, señor, dijo Bernadotte á Luis XVIII, y os amarán: salvad únicamente con ellos el honor y las apariencias: tened guantes de terciopelo y manos de hierro.» Aquellas palabras han quedado como un dogma para los ambiciosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO CATORCE.

Proyecto de declaracion real propuesta por el Senado á Luis XVIII —Su negativa.—Se traslada á Saint-Ouen.—Diputacion del Senado. —Discurso de Mr. de Talleyrand.—Declaracion de Saint-Ouen.— Entrada de Luis XVIII en París.—Su acompañamiento.—Va á la catedral.—Su entrada en las Tullerías.—Nombra sus ministros.— Mr. de Ambray.—El abate de Montesquion.—El abate Luis.—Monsieur Bengnot.—El general Dupont.—Mr. Ferrand.—Mr. de Talleyrand.—Mr. de Blacas.—Memoria de Fouché á Luis XVIII.—Creacion de la guardia del rey.—Carta de 1814.—Oposicion de Mr. de Villele.—Tratado de París.—Marcha de los aliados.—Formacion de la Cámara de los pares.—Apertura de las cámaras el 4 de junio de 1814.—Discurso del rey.—Discursos del canciller de Ambray y de Mr. Ferrand.—Mensage de la Cámara de los pares y del Cuerpo legislativo.—Decreto sobre la observancia del domingo.—Proyecto de ley sobre la imprenta.—Discurso del abate de Montesquion.— Informe de Mr. Raynouard.—Adopcion de la ley por el Cuerpo legislativo y la Cámara de los pares.—Medidas rentísticas presentadas al rey por el abate Luis.—Ley de restitucion de las rentas y bienes no vendidos.—Esposicion motivada de Mr. Ferrand.—Informe de Mr. Bedoch.—Discursos de Mr. Lainé y del mariscal Macdonald.— Adopcion de la ley.—El general Excelmans y el mariscal Soult.— El duque de Orleans en el palacio real.—El duque y la duquesa de Angulema en la Vendée.—El duque de Berry.—El conde de Artois. —El príncipe de Condé.—El duque de Borbon.—Vuelta de la Francia á los Borbones.—Situacion de Luis XVIII.—Partida de Mr. Talleyrand para Viena.—Congreso de Viena.

I.

Sin embargo, el emperador Alejandro volvió á París, y refirió la impresion que le habia causado la firmeza de Luis XVIII y su negativa. El Senado temblaba, vacilaba y retrocedia: Mr. de Talleyrand iba perdiendo cada dia

terreno en su papel de mediador confidencial de las exigencias de unos, y la obstinacion de los otros, y engañándolos á todos. Planes dulcificados y enmendados de constitucion se sucedian vanamente unos á otros en el Luxemburgo, en los salones de aquel ministro. El diplomático conservó el tono festivo con los puritanos del Senado, para prepararlos á los sacrificios por la duda esparcida de antemano en su consejo: «Vais les decia, á habéroslas con un rey que es un hombre superior: esperad á verle discutir vuestra constitucion; preparaos al honor de entrar en controversia con él.»

Los senadores sometieron al fin á Mr. de Talleyrand un proyecto de declaracion real en que hacian prometer á aquel príncipe conservar el Senado, á cuyas luces reconocia que debia el haber vuelto á su reino. Mr. de Talleyrand fué á Compiegne á presentársele al rey, bien seguro de que no seria aceptado. Pero aquel príncipe, tan inflexible á las insinuaciones del negociador como lo habia sido á las intimaciones de Alejandro, respondió con altivez á Mr. de Talleyrand: «Si aceptase una constitucion de mi pueblo, en la sesion en que jurase observarla vos estariais sentado y yo de pie.» Solo la actitud del que presta un juramento ante el que le impone, le parecia al rey la refutacion mas enérgica del papel subalterno que las pretensiones del Senado querian señalar á la corona. Meditaba otro para ella: queria confundir la magestad de un descendiente de Luis XIV y la prudencia de un político del siglo XIX, iba á pacificar una revolucion sin reconocerla, en una sabiduría que emanase del trono, no por sugestion sino por inspiracion. Pero el temor al emperador Alejandro y el deseo de gastar la resistencia de aquel príncipe por medio de la contemporizacion le impidieron entrar inmediatamente en la capital. Queria acercarse á ella paso á paso, á fin de aumentar el deseo del pueblo por la impaciencia. Los realistas que á cada momento iban á referirle los sentimientos de aquel pue-

blo decian al rey que al aproximarse estallaria un movimiento irresistible de opinion á pesar del emperador de Rusia y del Senado, y que una aclamacion echaria por tierra las barreras facticias que querian elevar entre la nacion y él. Se trasladó al palacio aislado de Saint-Ouen, antigua morada de Mr. Necker, en la llanura de San Dionisio, á las puertas de Paris, como si hubiese querido, con la eleccion de aquel lugar de conferencias recordar á la nacion un ministro popular que él mismo habia sostenido en otro tiempo en la convocatoria de los Estados generales del reino. La necesidad de preparar su entrada régia en Paris fué el pretesto de una mansion inesplicable al pie de los muros de su capital. El verdadero motivo fué una última negociacion con Alejandro y con las resistencias de opinion que le disputaban el poder supremo.

II.

Pero aquella aproximacion era una amenaza á la que el Senado, á la vez apremiado y contenido por Mr. de Talleyrand, no resistió. Apenas se estableció el rey en Saint-Ouen, cuando todos los realistas, ó que aparentaban serlo, acudieron á aquella residencia. Paris se despoblaba de impaciencia, de emocion y de curiosidad hacia Saint-Ouen. El Senado se apresuró á enviar una diputacion encargando á Mr. de Talleyrand que usase la palabra en su nombre. Esta, que no tenia otra mision mas que la de salvar las apariencias, se procuró que fuese tan flexible y tan agradable al rey, como reservada y digna para el Senado. Pero se conocia ya en ella la resistencia que se cansa y las pretensiones que capitulan con la fuerza refugiándose en el sentimiento.

«Señor, decia Mr. de Talleyrand en nombre de la

diputacion del Senado, todos los corazones sienten que ese beneficio no podia deberse mas que á vos: así, todos se precipitan á vuestro paso. Hay júbilos que no pueden fingirse, y el de que os los trasportes es verdaderamente nacional.

«El Senado profundamente conmovido con ese patético espectáculo, y dichoso en confundir sus sentimientos con los del pueblo, viene como él, á depositar al pie del trono los testimonios de su respeto y de su amor.

«Señor, calamidades sin número han desolado el reino de vuestros padres. Vuestra gloria se ha refugiado en nuestros campamentos; los ejércitos han salvado el honor francés; al subir al trono sucedeis á veinte años de ruinas y de desgracias.

«Esta herencia podria asustar á una habitud comun; la reparacion de tan gran desórden exige la abnegacion de un grande valor; son necesarios prodigios para curar las heridas de la patria; pero somos vuestros hijos y los prodigios están reservados á vuestros cuidados paternales.

«Cuanto mas difíciles son las circunstancias, tanto mas poderosa y reverenciada debe ser la autoridad real. Hablando á la imaginacion con toda la brillantez de los antiguos recuerdos, sabrá conciliarse todos los votos de la razon moderna, prestándola las mas sábias teorías políticas.

«Una carta constitucional unirá todos los intereses al del trono, y fortificará la voluntad primera con el concurso de todas las voluntades.

«Vos sabeis mejor que nosotros, señor, que semejantes instituciones tan bien esperimentadas en un pueblo vecino, son un apoyo y no unas barreras para los monarcas amigos de las leyes y padres de los pueblos.

«Sí, señor, la nacion y el Senado, llenos de confianza en la alta sabiduría y en los magnánimos sentimientos de vuestra magestad, desean con ella que la Francia sea libre para que el rey sea poderoso.»

El rey afectando una magestad silenciosa, como un espíritu en que la resolucion ya no delibera, se limitó á contestar con una de esas vagas «gracias» que todo lo dejan esperar y temer. No hizo ninguna alusion á los términos ambiguos y políticos con que Mr. de Talleyrand habia envuelto las pretensiones espirantes del Senado. Aquel silencio correspondia bastante á él por su desprecio, y como si hubiera querido arrostrarlos ó desafiarlos mas, hizo publicar algunas horas despues la famosa declaracion de Saint-Ouen, *ultimatum* de la corona á la revolucion. Aquella declaracion recordaba en todo la de Luis XVI cuando este príncipe quiso eludir tardiamente los Estados generales anticipándoseles por concesiones al siglo. Pero Luis XVI hablaba solo y sin fuerza la víspera de una revolucion que no queria esperar. Luis XVIII hablaba en medio de un millon de bayonetas europeas dueñas del suelo de la patria, al corazon de un pueblo fatigado de veinte y cinco años de luchas y sobre las ruinas de un imperio, que pedia á la autoridad real no la libertad sino la vida. El emperador Alejandro, que habia tenido noticias por la mañana de aquel proyecto de declaracion exigió en términos imperiosos la modificacion de algunos artículos.

Aquella declaracion se espresaba asi:

«Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, á todos los que las presentes viesen, salud.

«Llamado por el amor de nuestro pueblo al trono de nuestros padres, iluminado por las desgracias de la nacion que somos llamado á gobernar, nuestro primer pensamiento es invocar esa confianza mútua tan necesaria para nuestro reposo y nuestra felicidad.

«Despues de haber leido con la mayor atencion el plan de constitucion propuesto por el Senado en su sesion del 6 de abril último, hemos observado que sus bases eran buenas, pero que un gran número de artículos llevan el sello de la precipitacion con que han sido redactados, y que no pueden, en su forma actual ser leyes fundamentales del Estado.

«Resuelto á adoptar una constitucion liberal, deseoso de que sea sábiamente combinada, y no pudiendo aceptar una que es indispensable rectificar, convocamos para el dia 10 del mes de junio del presente año al Senado y al Cuerpo legislativo, comprometiéndonos á presentarles el trabajo que hayamos hecho con una comision elegida del seno de ambos cuerpos, y á dar por base de esta constitucion las garantías siguientes:

«El gobierno representativo será conservado tal como existe en el dia, dividido en dos cuerpos, á saber: el Senado y la Cámara de los diputados de los departamentos.

«El impuesto será libremente consentido:

«La propiedad pública é individual asegurada:

«La libertad de imprenta respetada, salvo las precauciones necesarias para la tranquilidad pública:

«La libertad de cultos garantida:

«Las propiedades serán inviolables y sagradas: la venta de los bienes nacionales permanecerá irrevocable:

«Los ministros, revocables, podrán ser acusados por una de las cámaras legislativas, y juzgados por la otra:

«Los jueces serán inamovibles: el poder judicial independiente:

«La deuda pública será garantizada; las pensiones, grados y honores militares serán conservados, como tambien la antigua y moderna nobleza:

«La legion de honor, cuya condecoracion determinaremos, será conservada:

«Todo francés será admisible para los empleos civiles y militares.

«Y en fin, ningun individuo podrá ser molestado por sus opiniones y sus votos.»

III.

Una inmensa aclamacion del pueblo saludó aquella declaracion de principios, que se fijó con profusion en todas las esquinas de París como un preámbulo de reinado. Era la revolucion legitimada por la autoridad real, el tratado de pacificacion entre lo pasado y el porvenir, la amnistía mútua del rey al pueblo y del pueblo al rey. No se disputó acerca del orígen de donde provenia aquel reconocimiento de la revolucion. Poco le importaba en aquel momento á la nacion, que aquella constitucion bajase del trono ó saliese del pueblo, con tal que garantizase sus conquistas al siglo y sus intereses al país. La popularidad de Luis XVIII todo lo arrastró en la corriente de la pública alegría. Los realistas, únicos que habian conservado en su destierro los sofismas, los sistemas ó las supersticiones de la dignidad real sin contrapeso, murmuraban sordamente contra una sabiduría que llamaban por lo bajo cobardía. Aquellos murmullos de algunos atrasados en el siglo, solo servian para aumentar el aprecio público del rey. Cuanto mas los obstinados cortesanos del principio muerto repudiaban á aquel príncipe mas le adoptaba la nueva nacion.

El rey se aprovechó con habilidad de aquel movimiento apasionado de asombro y de entusiasmo, para volver á entrar en la ciudad y en el palacio de sus padres. Todo un pueblo estaba de pie para anticipársele y volverle á ver.

IV.

El 3 de mayo de 1814, la llanura de Saint-Ouen, las colinas de Montmartre, las avenidas de París y las

orillas del Sena, estaban cubiertas como las gradas de un circo de un gentío inmenso, y de las tropas que habian salido de las aldeas y arrabales para asistir á la entrada del rey en su capital. Lo despejado del cielo, un sol radiente y un verdor de primavera, parecian asociar la naturaleza á aquella multitud para solemnizar una de las épocas mas asombrosas de la vida de una nacion, la primera entrevista de un pueblo y de un rey, la reconciliacion de una corona proscripta y de una revolucion pacificada, la libertad en fin del suelo de la patria por la mano desarmada de un sábio.

El rey salió á las once de los jardines de Saint-Ouen, en donde dejaba el grato recuerdo de su permanencia, las huellas de sus meditaciones, y de que hizo mas tarde un homenage monumental á una favorita de la amistad. Un inmenso y suntuoso cortejo á caballo formado de los príncipes de su casa y de los hombres notables de las dos épocas; emigrados, soldados de la República, cortesanos de Hartwell, cortesanos de las Tullerías, generales estrangeros, mariscales del Imperio, nombres consulares de todas las fechas de la historia de los treinta últimos años, nombres ilustres de la antigua monarquía, ministros, administradores, diplomáticos, escritores ú oradores célebres, confundidos en grupos por la reconciliacion de las circunstancias y por el milagro de los acontecimientos, precedian, seguian y rodeaban el coche descubierto del rey tirado por ocho caballos blancos de las caballerizas del emperador. Los uniformes y los trages de aquella comitiva de todas fechas, de todos los reinados, de todos los ejércitos, atestiguaban el encuentro de todo un pueblo y de toda la Europa, en aquel recibimiento unánime de un soberano por largo tiempo ausente que volvia á representar, confundir y unir dos tiempos. Ningun príncipe era mas apropósito que Luis XVIII para personificar aquella reconciliacion y para representar paternalmente al viejo siglo que se hacia acoger de nuevo.

Su edad imponia por la madurez de los años sin ofrecer todavia ningun otro signo de decadencia, que sus cabellos blancos, apariencia de sabiduria sobre un rostro todavia jóven: los achaques de sus piernas, se encubrian á la multitud por un manto que le caia sobre las rodillas. Pero aquel rey sentado, cuya vida forzosamente sedentaria, y cuyos padecimientos eran bien conocidos, era un símbolo de reconciliacion y de paz. Aquella misma enfermedad, interesando por aquel anciano parecia ofrecer una prenda de reposo, pasion unánime en aquel momento de la Francia. Su fisonomia marcada de una fina inteligencia, el brillo y la firmeza de sus miradas que caian desde arriba sobre aquella multitud, como la de un pensamiento acostumbrado á mirar sin asombrarse á su pueblo; la curiosidad y el asombro natural de sus ojos que procuraban reconocer al través de las alteraciones de veinte y cinco años los horizontes, las campiñas, las paredes, los monumentos de su juventud; las preguntas que dirigian de cuando en cuando á los personages de su séquito mas afortunados que él y que no habian jamás abandonado la patria; aquella alegria íntima y triste del regreso, mezclándose en sus facciones á la dignidad de una entrada triunfal; su trage estrangero que recordaba el tiempo y el destierro; aquella princesa á su lado, la duquesa de Angulema, á quien la patria arrepentida no podia devolver mas que un nombre, pero no una familia, que habia desaparecido en la borrasca; las lágrimas involuntarias que luchaban con la felicidad, en los ojos de aquella huérfana del cadalso; el anciano príncipe de Condé, veterano de las guerras monárquicas, debilitado de cuerpo por cerca de un siglo de combates, debilitado de inteligencia y de memoria por el destierro, y paseando sus miradas de niño por aquella pompa de que era objeto que apenas parecia comprender; el duque de Borbon, su hijo, con el rostro y el corazon enlutado como si siguiese el cortejo fúnebre del duque de

Enghien en vez de seguir el triunfo de la corona; el conde de Artois, sonrisa y popularidad caballeresca de la dinastía, á caballo al estribo de la carroza, que parecia presentar su hermano al pueblo y el pueblo á su hermano; sus dos hijos los duques de Angulema y de Berry, herederos futuros del trono, uno modesto y reflexivo, y afectando otro la rudeza marcial de los oficiales del Imperio; el brillo de las armas, el movimiento de los caballos, la ondulacion de los penachos, el valladar viviente del pueblo y de los soldados; las casas llenas de mugeres y niños hasta en los tejados; los balcones adornados con banderas blancas, las palmadas, las prolongadas aclamaciones, que espiraban y renacian á cada giro de las ruedas de la carroza real, la lluvia de flores que caian desde los balcones y cubrian el suelo, los instrumentos músicos, el redoble de los tambores, las salvas de artillería en Montmartre, y los Inválidos, que interrumpian los cortos silencios de la multitud y eran como el rechazo de las emociones de un millon de hombres; todos aquellos aspectos, aquellas miradas, aquel ruido, aquel asombro, y aquellos sentimientos de la multitud, daban á la entrada de Luis XVIII en Paris un carácter tan patético y sensible, que borraba hasta la misma pompa de una entrada triunfal. La naturaleza tenia mas parte en ella que el ceremonial. Habia algo de padre en el rey, de piedad filial en aquel pueblo y de lágrimas sinceras en ellos. Volvian á verse despues de una larga separacion, procuraban reconocerse mútuamente, presentirse, esperaban unos en otros y deseaban amarse: el corazon de un rey y el de un pueblo, no palpitaron quizá nunca tan cerca uno de otro. La tradicion monárquica recobraba un trono, el destierro una patria, la revolucion una consagracion, lo pasado un olvido, el porvenir una prenda, las ideas un árbitro, la patria la independencia, y el mundo la paz.

El rey recibió en la puerta de San Dionisio las llaves

de Paris de manos de Mr. de Chabrol, prefecto en tiempo de Napoleon. Se las devolvió con una palabra de confianza, como para imprimir á su gobierno una significacion de amnistía por todos los servicios prestados bajo otra bandera, y para dar una prenda de inmutabilidad á todos los funcionarios del imperio. El cortejo avanzó desde allí, por los cuarteles mas populosos de Paris hasta la catedral. Fué recibido como sus abuelos á la puerta de aquel templo del viejo culto, y de la vieja dinastía por el clero, que le presentó el agua lustral y los símbolos de la soberanía. «Hijo de San Luis, dijo á los sacerdotes que le recibieron en el santuario, imitaré sus virtudes.» Atribuyó tambien el fin de las desgracias de su raza á la proteccion de Dios y de su madre, como para avivar desde la primera palabra las piadosas costumbres de Luis XIII y las ceremonias queridas á la credulidad del antiguo pueblo. Político, con los políticos, creyente, con los creyentes, rey de las dos edades que se volvian á encontrar bajo aquellas bóvedas en él. Despues de los cánticos de alegría que la iglesia consagra á las victorias ó á la felicidad de las naciones, el rey y los príncipes volvieron á subir en el carruage, y atravesaron por entre las olenadas del pueblo las calles y malecones que separan la catedral del Louvre. La fisonomía del príncipe, y la de la duquesa de Angulema, se entristecian segun iban aproximándose á las Tullerías en donde se habia preparado su mansion. El rey no habia visto aquel palacio desde el dia de la partida de Luis XVI y de la reina para Varennes, víspera de su cautiverio y de su largo suplicio; la duquesa de Angulema, desde la mañana del 10 de agosto cuando habia huido dando la mano á su padre, al oir el ruido del asalto que derribaba las puertas pasando por encima de los cadáveres de sus defensores. Las aclamaciones de aquella multitud, que parecian darle una reparacion de su familia sacrificada, se confundian en su memoria con los clamores de las grandes sediciones, que en otro tiempo habian sitiado su infancia en aquellos mismos patios. Al pasar por enfrente del antiguo palacio de San Luis, la Consergería, no pudo ver sin desfallecer las lumbreras y las rejas del calabozo de su madre. Al bajar del carruage en la puerta de las Tullerías, cayó desmayada en brazos de sus servidores y la trasladaron medio muerta á su habitacion. Allí pasó encerrada el resto del dia entre Dios y el recuerdo de su estinguida familia. La era necesaria la soledad y la oracion, para hacerla tolerables aquellas grandezas cuyos reveses conocia, y aquellos triunfos cuyos cambios presentia.

V.

El rey recorrió los salones de palacio, llenos todavía de todo el lujo y de todas las pompas militares del Imperio. No habia habido tiempo para borrar de las paredes las cifras coronadas de Napoleon, ni para quitar las estátuas, los cuadros y los retratos, en los que durante diez años habia contemplado su imágen y su gloria: Luis XVIII se sentia bastante fuerte y glorioso por sus antepasados para mirar sin cólera y sin envidia, aquellos vestigios de un soldado de la victoria. De este modo parecia adoptar todo cuanto habia decorado á la Francia, aunque fuese contra él. Aquella magnanimidad de su derecho tranquilizaba y enternecia á los guerreros de la córte de Napoleon, que le introducian en el palacio de su gefe. Manifestábanse envanecidos de verse adoptados por aquella monarquía de los siglos pasados, que parecia dar antigüedad á sus nuevos títulos. Prosternábanse ante el tiempo, para que este mezclase sus nombres recientes, á los antiguos nombres de la monarquía. Dos córtes rivalizaban en adulaciones, unas naturales, y serviles otras, y se confundian para recibir en el palacio al

rey y su familia. Luis XVIII, pareció olvidar á sus antiguos servidores, para no ocuparse mas que de los nuevos. Su corazon estaba con la emigracion, pero las sonrisas eran para el imperio y la revolucion. La estátua de su abuelo Enrique IV que habia vuelto á ser colocada en el puente nuevo para que la viese al pasar por él, y que habia saludado al atravesar el rio, parecia haberle inspirado su sonrisa y sus palabras. Hábil inconsecuencia de los soberanos reconciliados con sus súbditos, que sacrifican los amigos por reconquistar á los enemigos.

VI.

En cuanto la noche disipó aquella turba de cortesanus y aquella multitud ébria de esperanza, el rey retuvo á su lado á Mr. de Talleyrand y compuso su ministerio. Las circunstancias no permitian perder un momento para reinar. La Francia estaba conquistada, y era necesario tratar en su nombre de rescate y de libertad. Los ánimos fluctuaban y estaban ansiosos por saber la significacion del nuevo gobierno: la obra era difícil. Un acto ó un nombre, podian convertir el entusiasmo en desafeccion. Si la ambicion inquieta y el imperialismo descontento tenian sus exigencias, la opinion realista tenia sus arrebatos, la emigracion sus susceptibilidades y sus ambiciones, la duquesa de Angulema sus repugnancias, y el conde de Artois y su córte, sus audacias contra-revolucionarias y sus pretensiones. El rey, de acuerdo con Mr de Talleyrand, buscó nombres sepultados largo tiempo hacia en la oscuridad y en el retiro, cuyo mérito era un misterio, cuyas opiniones eran un secreto, y cuya sabiduría é imparcialidad presuntas, desarmaban la envidia y tenian al menos el prestigio de lo desconocido. Aquellos nombres fueron tomados en su mayor parte de

la antigua magistratura parlamentaria. Como si el rey al escoger aquellos hombres intermedios entre los plebeyos y los patricios, hubiese querido tranquilizar á la aristocracia y á la clase media, y dejar su favor indeciso entre la antigua y la nueva nobleza. Nombró canciller de Francia y ministro de la Justicia á Mr. de Ambray. Este, antiguo fiscal general del parlamento de París, se habia distinguido antes de la revolucion en el ejercicio de sus funciones, por un talento que la memoria y el largo retiro habian exagerado. No habia emigrado. La revolucion y las persecuciones le habian respetado en su retiro en Normandía, como uno de esos hombres que se doblegan bastante á las circunstancias, y que desaparecen en las revoluciones de su pais, para ser respetados y tolerados por todos los partidos. Su título para las funciones de canciller con que el rey le investia, era el ser yerno del antiguo canciller de Luis XVI, Mr. de Barentin, especie de herencia de los elevados cargos de la corona, á la que Luis XVIII se atenia estrictamente, como á una de las tradiciones sagradas de la dignidad real. Mr. de Ambray era inferior á su tiempo; propio únicamente para honrar la justicia con virtudes personales, pero incapaz de elevar sus funciones hasta la altura de un sistema político adaptado á una transicion de genio entre dos reinados. Formular y firmar las órdenes de la córte, era toda su aptitud y toda su adhesion. Pasaba por haber sostenido una correspondencia secreta con Hartvell, durante el reinado de Napoleon, como tambien su suegro Monsieur de Barentin. Aquellas especies de correspondencias conocidas y toleradas por la policía de Napoleon, porque eran evaporaciones sin riesgo de las opiniones realistas, y revelaban al mismo emperador los pensamientos inofensivos de los últimos partidarios de los Borbones, eran sin embargo un título para el reconocimiento del rey, que pagaba á su advenimiento al trono. Aquella adhesion le parecia meritoria, aunque no hubiese corrido peligro.

Era bien fácil hacer creer á la nacion y á la Europa, que no lo debia todo á la fuerza de las cosas, sino que tambien tenian alguna parte en su regreso, sus hábiles y secretas negociaciones de Hartwell. De este modo recompensaba mas fidelidad de la que presumia.

VII.

El abate de Montesquion, otro de sus corresponsales íntimos, y su verdadero negociador entre la opinion y él, fué nombrado ministro de lo Interior. Mas propio para la córte, que para los negocios y la administracion, el abate de Montesquion tenia demasiada flojedad para un hombre de Estado. Bordeando entre dos ideas y dos épocas sin satisfacer ni irritar á ninguna de ellas, tenia el único mérito de los espíritus fluctuantes, el de su debilidad. El abate Luis, hombre consumado en hacienda y apasionado contra el despotismo imperial, adicto a Mr. de Talleyrand por analogía clerical, y por analogía de repudiacion del sacerdocio, fué llamado al ministerio de Hacienda, arruinada por Bonaparte y por la invasion. Se necesitaba en él, génio, actividad, audacia, é iniciativa. El abate Luis, que habia estudiado en la escuela de Mirabeau, de Necker, y de Calonne, los misterios del crédito y los milagros de la confianza, entraba con ánimo firme, y mano atrevida. No desesperaba al encargarse de un tesoro exhausto, y que tenia que hacer frente á exigencias insaciables del estrangero y de la emigracion. Evocó del seno de aquellas ruinas el verdadero genio de la hacienda, la probidad del gobierno: encontró la riqueza en la prodigalidad del reembolso.

Mr Beugnot recibió la direccion general de Policía, verdadero ministerio de la opinion, el mas importante de todos para un príncipe nuevo, que debe conocer á fondo el espíritu de los partidos para tratar con ellos. Mr. Beugnot, hombre de un talento general y de una flexibilidad llena de gracia, parecia indicado por su carácter y sus antecedentes para aquellas difíciles funciones. Engañó todas las esperanzas: demasiado superficial para ver bien, demasiado adicto para aconsejar bien, era demasiado flexible para resistir á los caprichos de la córte.

VIII.

Un hombre envuelto en una de esas nombradías misteriosas, que ocultan mucha nulidad, bajo mucha consideracion, fue encargado de las postas: era este Mr. Ferrand. Aquel era entonces un segundo ministerio de la Policía, formado por el emperador para el espionage de las opiniones. Mr. Ferrand, antiguo parlamentario como Mr. de Barentin y Mr. de Ambray, habia emigrado. Cansado del destierro habia vuelto á entrar en su patria á principios del imperio. Semejantes hombres no inquietaban á Napoleon. Adoradores y restos del antiguo régimen, les perdonaba fácilmente sus sentimientos en favor de sus dogmas. Aquellos hombres como Mres. Fontanes, Montlosier, Molé, Ferrand y Bonald, formaban la teoría de su despotismo. Cuando no podia atraerlos á su trono, los enaltecia en la opinion. Eran aliados que respetaba y que acariciaba en el campo de los Borbones. Mr. Ferrand habia escrito un libro titulado *Espíritu de la Historia*, larga y fastidiosa parádoja contra todas las novedades y libertades del espíritu humano. Aquel libro, adoptado por la Universidad del imperio como un catecismo de la servidumbre razonada, y encomiado por la nobleza y por el clero como una dedicacion de lo pasado, habia formado á su autor una de esas glorias cubiertas con un velo que nadie levanta, y ante las que todo el mundo se inclina

por solo su palabra. Luis XVIII parecia que participaba tambien de aquel culto á la autoridad de Mr. Ferrand. Era el Montesquieu de las circunstancias que introducia en el consejo, y á quien encargaba meditar la constitucion.

En fin, Mr. de Talleyrand, como hombre de la necesidad y de la doble tradicion revolucionaria y monárquica, recibió el ministerio de Negocios Estrangeros, y la presidencia del consejo de ministros. Su gracia', su indiferencia, su negligencia que todo lo dejaba flotar, menos su fortuna; sus palabras de doble interpretacion, sus sonrisas á las dos opiniones, su deferencia para con el rey, y su crédito con Alejandro, le hacian el centro aceptado, el auxiliar y la esperanza de todo el consejo.

IX.

El rey no reservó á la amistad mas que una plaza, la mas humilde en la apariencia, pero la mas importante en el fondo. Fué esta el ministerio de la casa real, verdadera mairia del palacio, sucesion del gran mariscalato del Imperio, establecido por Napoleon en favor de sus mas intimos servidores, ministerio del favoritismo en el reinado de un principe que no podia pasarse sin un amigo. Aquel ministerio, olvidado ó concedido por Mr. de Talleyrand, fué dado á Mr. de Blacas, sucesor del conde de Avaray en el corazon del rey. Era la intimidad de Hartwell, trasportada á las Tullerías, y trasformada en poder político. Aquel ministro, que tenia abierta ó cerrada la puerta del gabinete del rey, que recibia á los demas ministros, que reasumia su trabajo, que examinaba sus comunicaciones al príncipe, que era el único que oia, y trasmitia la palabra al rey, no tardó en absorberlo todo. La responsabilidad y la constitucion fueron borrándose ante la costumbre y el carácter. La verdad no pudo atravesar sin un pasaporte de Mr. Blacas. Imbuido de una fidelidad supersticiosa hácia su amo, estraño al pais, nuevo en los negocios, y despreciador de la opinion, toda libertad y severidad de lenguage le hubiera parecido un atentado de lesa magestad contra su soberano.

El conde de Artois, humillado de las lijerezas que habia cometido, empeñando la palabra de su hermano al Senado, y entregando las plazas fuertes á los aliados, se retiró al pabellon de las Tullerías que le estaba señalado, con sus hijos y su pequeña córte de emigrados revoltosos, de obispos implacables, nuevos aventureros del antiguo régimen, y malos consejeros de su debilidad. El rey le colmó de honores casi reales, de munificencias, de crédito, de guardias, casi rey por las pompas de su casa, pero separado respetuosamente del gobierno, del que el rey sabia que era tan ambicioso como incapaz. Los favoritos del hermano del rey, comenzaron desde aquel dia á infundirle la oposicion, el descontento y las intrigas contra el sistema pacificador de la corona, y á agitar sordamente el palacio, el gobierno y la familia real. Dos espíritus parecia que habian entrado con una sola familia en las Tullerías, y se dividian ya la nacion.

X.

Fouché, impaciente por señalarse á los ojos del nuevo monarca, y lavar la sangre de Luis XVI, con servicios audazmente ofrecidos, hizo presentar al rey una memoria en la que desde los primeros dias trazaba á aquel príncipe el camino, en que segun decia, seria seguido por la nacion. Su título de antiguo ministro de la Policía, la ambigüedad de su papel durante los últimos años del imperio, su desgracia y su relegacion á Italia, y has-

ta su misma traicion, hacian preciosos sus consejos, al rey y á Mr. Blacas. El ministro confidencial y el príncipe los leyeron con atencion, y formaron de ellos la línea de sus principios políticos. La audacia y la rudeza de aquellos consejos, les dieron mas autoridad en el ánimo del rey. Creia poder fiarse de un hombre que despreciaba en la aparienciencia el complacer, y que no temia adular con la adulacion peor de todas, que se encubre con la insolencia, el servilismo, y que sazona la ambicion con verdades.

«Queremos, de buena fé, decia Fouché en aquella memoria que encontró el rey sobre la mesa de su gabinete al levantarse, queremos de buena fé y de todo corazon el restablecimiento de los Borbones. Todos sabemos que su reinado no puede ser ni tan duro, ni tan dispendioso, ni tan molesto como el de Bonaparte; estamos persuadidos de que el gobierno con sabiduria, justicia y moderacion, cicatrizará una parte de nuestras heridas. Tenemos que espiar infidelidades con respecto á él. Pero tal es la confianza que tenemos en su bondad hereditaria, tal es el arrepentimiento que nos conduce hácia ellos, que nadie ha buscado ni en el territorio ni fuera de él, ningunos competidores, ni ha vuelto á subir pacíficamente al trono de sus mayores sin que haya derramado una gota de sangre ni una lágrima.

«Porque queremos de buena fé que los Borbones se restablezcan en el trono de Francia debemos desear que no escuchen á los consejeros estúpidos ó pérfidos que les impelen á ser el alma de un partido, mas bien que los padres de la nacion, á demoler la obra que encuentran hecha y á atacar las ideas establecidas á riesgos de encender las pasiones, inflamar y agriar los amores propios y esparcir en los ánimos una desconfianza general cuyas consecuencias serian incalculables.

«Seguramente si la nacion se estravia, conmueve y lanza á turbulencias, solo tendrán que atribuir su desgracia á ellos mismos. Las tiendas están llenas de sus libelos y constituciones. Bonaparte, que no era mas liberal en materia de concesiones nos dejó, sin embargo, dos garantías, el jurado y la representacion nacional, nuestros actuales juristas no quieren mas, pero afortunadamente el rey será menos realista que esas gentes. Tiene bastante entendimiento y un alma bastante elevada; su gusto, sus estudios en las ciencias y en la literatura le han puesto en relacion con demasiados hombres instruidos para que sea preciso temer que su reinado haga retrogradar al siglo XIX. La guerra que en nuestros dias se hiciese á las ideas liberales, costaria mas cara á la Francia que la revocacion del edicto de Nantes; en todo caso seria mas peligrosa para los que la declarasen que para los que la sostuviesen.

«Ademas de los seiscientos mil ciudadanos que han vuelto al seno de sus familias despues de haber servido victoriosamente como militares, contamos todavía quinientos mil sobre las armas. Otros muchos hombres han participado mas próxima ó remotamente de sus opiniones ó sus escritos, de los acontecimientos de la revolucion y del reinado de Bonaparte. Casi todos tienen energía y elevacion en su carácter. Todos esos hombres que se creen elevados por los acontecimientos y las ideas de su siglo, no sufrirán que se burlen de lo que han hecho. No vituperarán á los que han seguido otro camino; pero que tampoco se los vitupere.

«La familia de los Borbones vuelve á subir al trono en las circunstancias mas favorables. La fuerza de la guerra nos habia llegado á ser insoportable, deseábamos la paz. La conservacion de cuatrocientos mil hombres que hubieran perecido este año se debe al regreso, de esos príncipes. Pero preservados de un escollo que la candidez y la lijereza de nuestros libelistas no les han dejado ver, Napoleon se cree todavía un coloso en su isla de Elba: nuestros enemigos le tienen aun en reserva como

un espantajo que sirve maravillosamente á su política, y de que sabrian hacer uso contra nosotros si tuviésemos la imprudencia de dividirnos y dejarles descubrir una parte que no estuviese agrupada en derredor del trono. No tenemos mas que un medio de aniquilarlos y defraudar los cálculos de los que tan preciosamente los conservan, y es el de sofocar entre nosotros todos los gérmenes de la guerra civil, todos los amores propios, toda clase de servicios, toda clase de gloria y de ilustracion. Este es el modo de evitar los descontentos, los rencores, las venganzas, los odios y las querellas de religion y de política: eso es obrar como sino hubiese habido revolucion en Francia, y no perder nunca de vista que Bonaparte seria el refugio natural y el alma de todos los partidos que se separasen de la causa del rey.»

XI.

Mientras que Luis XVIII meditaba aquellas ideas de Fouché, comunes á Mr. de Talleyrand y al emperador Alejandro, el entusiasmo del antiguo partido realista, que al volver á recobrar su gefe natural en el trono creia deber encontrar tambien el antiguo órden de cosas, se exaltaba hasta el delirio y comenzaba á ser gravoso á la sabiduría del rey. Aquel príncipe tan ilustrado y tan amigo de transacciones en materia de gobierno estaba dominado por sus tradiciones y sus costumbres. No veia trono sin nobleza ni restauracion sin esos cuerpos privilegiados á quienes las largas guerras de la república y el imperio habian quitado los grados esclusivos del ejército, y á quienes queria devolver al menos la guardia de su persona y los altos empleos de palacio. El mismo Napoleon habia dado aquel ejemplo, aquel pretesto al rey con la formacion de su guardia imperial, pretorianos del Imperio y privilegiados de la victoria de que estaba rodeado. El primer pensamiento de Luis XVIII habia sido confiarse á aquella fuerza escogida del ejército francés, y entregar su trono y su familia á la lealtad de aquellos intrépidos soldados; pero le disuadieron de ello. La frialdad de algunos regimientos de aquella guardia imperial formados al tiempo de su entrada en Paris, pareció una señal de descontento y un presagio de sediciones y de traiciones. Apresuráronse á alejar á aquellos regimientos sin disolverlos, destinándolos á los departamentos del Norte de la Francia, y se pensó en sustituirlos por otra guardia personal del rey. Ademas era necesario satisfacer las promesas hechas en la emigracion á los compañeros de adversidad del príncipe. Era necesario dar grados y sueldos á los oficiales y soldados del ejército de Condé y del de los príncipes que habian vuelto indigentes á su patria, en donde habian encontrado vendidos sus bienes: y por último era preciso, reservando las altas dignidades de la monarquía para los grandes nombres, crear para los mariscales y generales transfugas del imperio cierto número de dignidades militares que les conservase con su nuevo amo, los honores y tratamientos de la alta servidumbre de palacio, á que se habian atenido mas que á su fidelidad.

La guardia real del rey de Francia correspondia á todas las necesidades de la situacion.

XII.

El rey volvió á crear su guardia tal como existia en tiempo de Luis XVI, antes de las reformas que aquel monarca hizo con paternal economía en aquel lujo armado. Guardias de corps, caballos-ligeros, mosqueteros, alabarderos, cien suizos, guardias de la puerta y guar-

un espantajo que sirve maravillosamente á su política, y de que sabrian hacer uso contra nosotros si tuviésemos la imprudencia de dividirnos y dejarles descubrir una parte que no estuviese agrupada en derredor del trono. No tenemos mas que un medio de aniquilarlos y defraudar los cálculos de los que tan preciosamente los conservan, y es el de sofocar entre nosotros todos los gérmenes de la guerra civil, todos los amores propios, toda clase de servicios, toda clase de gloria y de ilustracion. Este es el modo de evitar los descontentos, los rencores, las venganzas, los odios y las querellas de religion y de política: eso es obrar como sino hubiese habido revolucion en Francia, y no perder nunca de vista que Bonaparte seria el refugio natural y el alma de todos los partidos que se separasen de la causa del rey.»

XI.

Mientras que Luis XVIII meditaba aquellas ideas de Fouché, comunes á Mr. de Talleyrand y al emperador Alejandro, el entusiasmo del antiguo partido realista, que al volver á recobrar su gefe natural en el trono creia deber encontrar tambien el antiguo órden de cosas, se exaltaba hasta el delirio y comenzaba á ser gravoso á la sabiduría del rey. Aquel príncipe tan ilustrado y tan amigo de transacciones en materia de gobierno estaba dominado por sus tradiciones y sus costumbres. No veia trono sin nobleza ni restauracion sin esos cuerpos privilegiados á quienes las largas guerras de la república y el imperio habian quitado los grados esclusivos del ejército, y á quienes queria devolver al menos la guardia de su persona y los altos empleos de palacio. El mismo Napoleon habia dado aquel ejemplo, aquel pretesto al rey con la formacion de su guardia imperial, pretorianos del Imperio y privilegiados de la victoria de que estaba rodeado. El primer pensamiento de Luis XVIII habia sido confiarse á aquella fuerza escogida del ejército francés, y entregar su trono y su familia á la lealtad de aquellos intrépidos soldados; pero le disuadieron de ello. La frialdad de algunos regimientos de aquella guardia imperial formados al tiempo de su entrada en Paris, pareció una señal de descontento y un presagio de sediciones y de traiciones. Apresuráronse á alejar á aquellos regimientos sin disolverlos, destinándolos á los departamentos del Norte de la Francia, y se pensó en sustituirlos por otra guardia personal del rey. Ademas era necesario satisfacer las promesas hechas en la emigracion á los compañeros de adversidad del príncipe. Era necesario dar grados y sueldos á los oficiales y soldados del ejército de Condé y del de los príncipes que habian vuelto indigentes á su patria, en donde habian encontrado vendidos sus bienes: y por último era preciso, reservando las altas dignidades de la monarquía para los grandes nombres, crear para los mariscales y generales transfugas del imperio cierto número de dignidades militares que les conservase con su nuevo amo, los honores y tratamientos de la alta servidumbre de palacio, á que se habian atenido mas que á su fidelidad.

La guardia real del rey de Francia correspondia á todas las necesidades de la situacion.

XII.

El rey volvió á crear su guardia tal como existia en tiempo de Luis XVI, antes de las reformas que aquel monarca hizo con paternal economía en aquel lujo armado. Guardias de corps, caballos-ligeros, mosqueteros, alabarderos, cien suizos, guardias de la puerta y guar-

dias del conde de Artois. El grado de oficiales que tenian los soldados de aquellos cuerpos, los privilegios de guarnicion de córte y de palacio, los caballos de mano, los brillantes uniformes, la residencia esclusiva en la capital ó pueblos inmediatos á ella, el sueldo de teniente de caballeria que disfrutaban los simples guardias, la familiaridad diaria con el rey y los príncipes, las cacerías, los viages, y en fin, la esperanza de ver salir de aquel plantel de jóven nobleza todos los gefes y oficiales del nuevo ejército monárquico, y sobre todo, la aficion á las novedades y el desinteresado entusiasmo de aquella juventud realista hacia el reinado de unos príncipes que habian ocupado el trono en tiempo de sus padres, produjeron un movimiento irresistible en París, ó hicieron que en pocos dias se alistasen algunos millares de jóvenes de las familias mas nobles y mejor acomodadas de la Francia. No hubo una casa ilustre de la antigua aristocracia, ni un palacio del arrabal de San German, ni una quinta de las provincias, ni una casa regular en los departamentos, que no suministrase un hijo para aquel alistamiento voluntario de la guardia del rey. En pocas semanas quedaron aquellos cuerpos completos, montados, armados, disciplinados é instruidos. Asombraron á París por la elegancia de su uniforme, la brillantez de sus armas, y la insolencia de su valor. La inclinacion á las armas y la tradicion del valor personal, familiares en la nobleza de las provincias y trasmitida de padres á hijos, la hermosura y el vigor de aquellas razas militares y caballerescas, trasformaron en un momento aquella escogida aristocracia en una especie de guardia pretoriana. Admirados de París, envidiados del ejército, frecuentemente burlados y desafiados por los oficiales de Napoleon, aquellos jóvenes rivalizaban en insolencia y valor con aquellos veteranos que censuraban sus privilegios, sus opiniones ó su juventud. Ejercitados de este modo en los combates ó asaltos de la esgrima, como lo

otros lo estaban en las batallas y en las victorias, tuvieron todos los dias numerosas reyertas con los soldados del Imperio, mataron ó hirieron un gran número de adversarios, é hicieron bien pronto respetar su espada. Pero aquel gérmen de preferencia y de division entre los dos ejércitos introdujo desde luego la discordia y el odio en el antiguo ejército. La necesidad de economías, que no alcanzaron á la córte y á los nuevos cuerpos militares, pesaron sobre el inmenso cuadro de oficiales de Napoleon, desproporcionado para las fuerzas del ejército en pie de paz. Quince ó diez y seis mil oficiales de todas graduaciones, reducidos á medio sueldo, llevaron á todas las ciudades y aldeas el descontento de su carrera interrumpida y de su combatida existencia. Mas cerca del pueblo que la nobleza, aquellos oficiales á medio sueldo, que habian salido de las familias mas humildes, y mezclados con las poblaciones rurales, comenzaron la impopularidad de los Borbones, y llegaron á ser el gérmen activo de una sorda conspiracion militar y popular, en que la democracia y el despotismo debian unirse contra la restauracion y la libertad.

Luis XVIII con política imparcialidad, escogió los gefes de las tropas de casa real entre los mariscales del Imperio y los grandes nombres de la antigua monarquía. Los mariscales Berthier y Marmont y los duques de Luxemburgo y Havré fueron nombrados capitanes de guardias. Los mosqueteros y caballería ligera de la guardia fueron tambien mandados por generales de la época imperial. El conde de Artois, el príncipe de Condé, y el duque de Orleans, volvieron á tomar sus antiguos títulos de coronel general de los suizos, de la infantería, de los dragones, y de los húsares. El ejército envejeció con todas las tradiciones del antiguo estado militar de Francia y con todos los oficiales de la emigracion, del ejército de Condé ó de la marina, que la revolucion, el destierro, el cansancio ó la edad, habian hecho salir de las filas,

ya hacia veinte años. Los grados, las pensiones, las condecoraciones militares se remontaron una cuarta parte de siglo para recompensar en lo pasado servicios dudosos fidelidades sospechosas, incapacidades ridículas, y pretensiones justificadas unas veces y otras no. Los títulos, los honores y el tesoro estuvieron á merced de los veteranos de la restauracion. Paris ofrecia el estraño espectáculo de un siglo desenterrado, que salia del olvido con sus nombres, sus opiniones y sus trages, para arrancar ó mendigar los favores de otro siglo. El ridículo comenzó á luchar con el respeto, mostrando al pueblo aquel vetusto cortejo de fidelidad y de mendicidad, á la puerta de los ministros y del palacio de los Borbones. El mismo rey se reia, pero mandaba á sus ministros que prodigasen las indemnizaciones y los favores útiles ú honoríficos, para sofocar en derredor suyo los murmullos de ingratitud de los realistas, y para ser dueño de su política, entregándoles sus tesoros.

El general Dupont, que el rey habia conservado en el ministerio de la Guerra para ser el ejecutor del licenciamiento, redujo el ejército á doscientos mil hombres. Era bastante para un pais que mantenia en aquel momento ochocientos mil soldados estrangeros, y que negociaba una paz como se implora una capitulacion. Pero la transicion de una monarquía universal que pagaba y reclutaba un millon de hombres, á otra limitada y pacífica que debia pagar los atrasos de sus conquistas y las indemnizaciones de su gloria, pesaba fatalmente sobre la nacion. Se hacia cargar injustamente con aquel peso al nuevo gobierno, inocente de la ambicion de Napoleon y de la penuria de la Francia.

XIII.

Hasta la paz, primera promesa del rey, sufria lentitudes y dificultades que impacientaban á la opinion pública. Las provincias ocupadas por las tropas estrangeras sufrian mucho y quedaban consumidas. Paris estaba humillado con la vista de los ejércitos del Norte, acampados en sus jardines y en sus parques. Pero la faccion bonapartista y senatorial, que cada vez asediaba mas á Alejandro, le hacia imponer como primera condicion para la paz, la proclamacion de una carta constitucional, garantía de su pasado, prenda de su porvenir. El rey se decidió por fin á designar comisarios en proporcion casi igual, entre los hombres de su confianza personal, tanto del Cuerpo legislativo como de los antiguos senadores, para fijar las bases de la constitucion, y deliberar su testo. Eran el abate de Montesquiou, su ministro íntimo y confidencial; Mr. Ferraud, su teórico dogmático, defensor de su prerogativa absoluta; Mr. Beugnot, negociador de sus concesiones: y Mres. Barthelemy, Barbé-Marbois, Boissy de Anglas, Fontanes, Garnier, Pastoret, Semonville, el mariscal Serrurier, Blancart de Bailleul, Bois-Savary, Chabaud-Latour, Clausset de Coussergues, Duchesne, Duhamel, Faget de Baure, Felix Faulcon, Lainé, y Ambray, canciller de Francia, la mayor parte realistas puros, algunos hombres de fructidor, proscriptos por su realismo prematuro ó por su oposicion heróica á los escesos revolucionarios; otros, como Mr. Lainé y sus colegas, querian una libertad moderada, con una dignidad real antigua; todos enemigos del régimen imperial y favorablemente dispuestos á la reconciliacion de la nacion y de la familia de los Borbones. Era una especie de conferencia diplomática encargada de preparar los preliminares de aquel gran tratado de pacificacion entre las razas y las ideas que se combatian ya hacia treinta años, el concilio del trono y de la libertad moderna. Pero el rey se reservaba la facultad de admitir ó desechar y firmar ó no las cláusulas de aquel tratado. Queria que aquella carta le perteneciese, aun despues de haberla promulgado.

Algunas sesiones, apresuradas por la imperativa im-

paciencia del emperador Alejandro, que declaraba que sus tropas no dejarian á París antes de la promulgacion de la Carta, bastaron para la discusion y redaccion de aquel documento. El rey le firmó con la reserva formal y repetida de que aquel derecho de la nacion era un don y una concesion del trono, reservándose, como lo habia hecho en Compiegne, el volver á traer á su origen la omnipotencia de que abandonaba una parte.

He aquí el tratado de paz entre los Borbones y la nacion, cuya sabiduría ninguno negó entonces, que nadie creyo revocable, que bastaba á la autoridad del trono y á la libertad del tiempo y que sirvió de base moral para el sólido restablecimiento de la monarquía tradicional y temporal, y que habria soportado todavía largo tiempo aquel gobierno apoyado en dos derechos y en dos épocas, si la impaciencia del rey contra las agitaciones del pueblo, no hubiese minado las bases bajo su propia monarquía.

DERECHO PÚBLICO DE LOS FRANCESES.

«Todos los franceses son iguales ante la ley, sean cuales fueren sus títulos y su rango.

«Están obligados á contribuir indistintamente en proporcion de su fortuna, á sostener las cargas del Estado.

«Todos son igualmente admisibles para los empleos civiles y militares.

«Queda igualmente garantida su libertad individual: nadie puede ser perseguido ni preso, sino en los casos previstos por la ley, en la forma que ella prescribe.

«Todos pueden profesar su religion con igual libertad y obtener para su culto la misma proteccion.

«Sin embargo, la religion católica, apostólica, romana, es la religion del Estado.

«Los ministros de la religion católica, apostólica, romana, y los de los demas cultos cristianos serán dotados por el tesoro real.

«Los franceses tienen el derecho de publicar y hacer imprimir sus opiniones, conformándose á las leyes que deben reprimir los abusos de esa libertad.

«Todas las propiedades son inviolables, sin ninguna escepcion de las que se llaman nacionales, porque la ley no hace ninguna distincion de ellas.

«El Estado puede exigir el sacrificio de una propiedad, por causa de interés público legalmente justificado, previa indemnizacion.

«Están prohibidas las pesquisas de votos y opiniones hasta la Restauracion. Se recomienda el mismo olvido á los tribunales y ciudadanos.

«Queda abolida la conscripcion. La forma del reemplazo del ejército de mar y tierra, será fijada por una ley.

FORMAS DEL GOBIERNO DEL REY.

«La persona del rey es sagrada é inviolable. Los ministros son responsables. Solo al rey pertenece el poder ejecutivo.

«El rey es el gefe supremo del Estado, manda las fuerzas de mar y tierra, declara la guerra, hace los tratados de paz, de alianza y de comercio, nombra todos los empleados de la administracion pública, espide los decretos, y forma los reglamentos necesarios para la ejecucion de las leyes y la seguridad del Estado.

«El poder legislativo se ejerce colectivamente por el rey, la Cámara de los pares, y la de los diputados de los departamentos.

«El rey propone las leyes.

«La proposicion de la ley, puede presentarse á voluntad del rey, á la Cámara de los pares ó á la de los dipu-

tados, escepto la de los impuestos, que debe presentarse primero á la de los diputados.

«Toda ley debe ser discutida y votada libremente por la mayoria de cada una de las dos Cámaras.

«Las Cámaras tienen la facultad de suplicar al rey que proponga una ley sobre cualquier objeto, é indicar lo que les parezca conveniente que la ley contenga.

«Esta peticion podrá hacerse por cada una de las dos Cámaras, despues de haber sido discutida en sesion secreta: hasta pasados diez dias, no será remitida á la otra Cámara por la que la haya propuesto.

«Si la proposicion es adoptada por la otra Cámara, se presentará al rey: si es desechada, no podrá volver á ser presentada en la misma legislatura.

«Solo el rey sanciona y promulga las leyes.

«La lista civil para la duracion de todo el reinado, se fijará en la primera legislatura despues del advenimiento del rey.

DE LA CÁMARA DE LOS PARES.

«La Cámara de los pares es una parte esencial del poder legislativo.

«Será convocada por el rey, al mismo tiempo que la Cámara de los diputados de los departamentos. La legislatura de una comienza y concluye al mismo tiempo que la de la otra.

«Toda asamblea de la Cámara de los pares que se celebre fuera del tiempo de la legislatura de la Cámara de los diputados, es ilícita y nula de derecho.

«El nombramiento de los pares de Francia pertenece al rey. Su número es ilimitado. Puede variar sus dignidades, nombrarlos vitalicios ó hereditarios, segun su voluntad.

«Los pares tienen entrada en la Cámara á los veinte y cinco años, y voz deliberativa á los treinta.

«La Cámara de los pares será presidida por el canciller de Francia, y en su ausencia por un par nombrado por el rey.

«Los miembros de la familia real, y los príncipes de la sangre, son pares por derecho de nacimiento: tendrán su asiento inmediato al del presidente: pero no tendrán voz deliberativa hasta los veinte y cinco años.

«Los príncipes no pueden tomar asiento en la Cámara sino por una órden del rey, manifestada para cada legislatura por un mensage, bajo pena de nulidad de cuanto se haga en su presencia.

«Las deliberaciones de la Cámara de los pares, serán secretas.

«La Cámara de los pares conoce de los crímenes de alta traicion, y de los atentados contra la seguridad del Estado, que serán espresados por una ley.

«Ningun par puede ser preso sino por órden de la Cámara, ni juzgado mas que por ella en materia criminal.

DE LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS DE LOS DEPARTAMENTOS.

«La Cámara de los diputados, se compondrá de diputados elegidos por los colegios electorales, cuya organizacion será determinada por las leyes.

«Cada departamento tendrá el mismo número de diputados que ha tenido hasta ahora.

«Los diputados serán elegidos por cinco años, de manera que la Cámara se renueve cada año por quintas partes.

«Ningun diputado podrá ser admitido en la Cámara

sino acredita tener cuarenta años y pagar una contribucion directa de mil francos.

«Los electores que concurran al nombramiento de diputados no pueden tener el derecho de sufragio, si no pagan una contribucion directa de trescientos francos, y si tienen menos de treinta años.

«Los presidentes de los colegios electorales serán nombrados por el rey, y de derecho, miembros del colegio.

«La mitad por lo menos de los diputados, será elegida entre los elegibles, que tengan su domicilio político en el departamento.

«El presidente de la Cámara de los diputados, será nombrado por el rey entre una lista de cinco miembros presentada por la Cámara.

«Las sesiones de la Cámara serán públicas, pero la peticion de cinco diputados bastará para que se reuna en secreta.

«No puede hacerse enmienda alguna en una ley, si no ha sido propuesta ó consentida por el rey, y si no ha sido remitida y discutida en las oficinas.

«La Cámara de los diputados recibirá todas las proposiciones de impuestos: hasta despues que hayan sido admitidas aquellas proposiciones, no pueden enviarse á la Cámara de los pares.

«No podrá establecerse ni cobrarse ninguna contribucion, si no ha sido votada por las Cámaras y sancionada por el rey.

«La contribucion territorial solo puede votarse por un año. Las contribuciones indirectas pueden serlo por muchos años.

«El rey convocará cada año las dos Cámaras: puede prorogar y disolver la de los diputados de los departamentos: pero en ese caso debe convocarla de nuevo en el plazo de tres meses.

«Durante la legislatura y en las seis semanas que la

precedan ó sigan, no se podrá proceder contra ningun diputado.

«Ningun miembro de la Cámara puede, durante la legislatura, ser preso ni perseguido criminalmente, escepto en caso de fragante delito, sin que la Cámara haya concedido la autorizacion para ello.

«Toda peticion á cualquiera de las Cámaras, debe ser presentada por escrito. La ley prohibe presentarse personalmente en la barra.

DE LOS MINISTROS.

«Los ministros pueden ser miembros de la Cámara de los pares ó de la de los diputados. Tienen entrada en ambas Cámaras, y deben ser oidos cuando lo pidan.

«La Cámara de los diputados tiene el derecho de acusar á los ministros y pasar la acusacion á la Cámara de los pares, que es la que debe juzgarlos.

«No pueden ser acusados mas que por traicion ó por concusion.»

DEL ÓRDEN JUDICIAL.

«La justicia emana del rey, y se administra en su nombre por jueces que nombra é instituye.

«Los jueces nombrados por el rey son inamovibles.

«Los tribunales ordinarios que en la actualidad existen, serán conservados. No se variará nada, sino en virtud de una ley.

«La actual institucion de los jueces de comercio, será conservada.

«Igualmente lo serán los jueces de paz. Estos, aunque nombrados por el rey, no son inamovibles.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Nadie podrá ser separado de sus jueces naturales.

«En su consecuencia, no podrán crearse comisiones ni tribunales estraordinarios. En esta denominacion, no se comprenden las jurisdicciones prebostales, si se conceptúa necesario su restablecimiento.

«Los debates en materia criminal serán públicos, menos que la publicidad sea peligrosa para el órden y las costumbres, en cuyo caso el tribunal lo declarará así.

«La institucion de los jurados será conservada. Las variaciones que una larga esperiencia acredite que son necesarias, no podrán efectuarse sino por medio de una ley.

«Queda abolida la pena de confiscacion, y no podrá ser restablecida.

«El rey tiene el derecho de indultar y conmutar las penas.

«El código civil, y las leyes actualmente existentes que no sean contrarias á la presente Carta, quedan en su fuerza y vigor, hasta que sea legalmente derogado.

DERECHOS PARTICULARES GARANTIDOS POR EL ESTADO.

«Los militares en activo servicio, los oficiales y soldados retirados, las viudas, oficiales y soldados pensionados, conservarán sus grados, honores y pensiones.

«La deuda pública queda garantida. Toda especie de obligacion contraida por el Estado con sus acreedores, es inviolable.

«La nobleza antigua volverá á tomar sus títulos, y la nueva conservará los suyos. El rey puede hacer nobles á su libertad, pero solo se concederán rangos y honores, sin ninguna exencion de las cargas y deberes de la sociedad.

«La legion de honor queda conservada. El rey determinará sus reglamentos interiores y su condecoracion.

«Las colonias serán regidas por leyes y reglamentos especiales.

«El rey y sus sucesores jurarán en el solemne acto de su consagracion, observar fielmente la presente Carta constitucional.

«Dada en París el 4 de junio del año de gracia 1814, y de nuestro reinado el diez y nueve.

«*Firmado*: Luis.

y mas abajo

«El ministro secretario de Estado,

»*Firmado*: El abate de Montesquion.»

XIV.

Esta acta es la fecha de las verdades políticas, pasadas entonces al estado de derecho comun entre el espíritu de los pueblos y las pretensiones de los reyes. A escepcion de la libertad sincera y séria de las conciencias, inconciliable con una religion del Estado que paga uno ó dos cultos y proscribe los demas, todas las libertades constitucionales estaban proclamadas y garantidas en ella. Era el acta del nacimiento del nuevo régimen, bautizado con la sangre en los cadalsos y en el campo de batalla ya hacia veinte y cinco años, en contraste con el antiguo régimen que se hundió en 1789. Era un Enrique IV, repudiando su antigua fé por un trono, y confesando los nuevos dogmas. La autoridad real, triunfante en la apariencia, estaba sometida por su mismo regreso. Adoptaba los derechos, las costumbres, la lengua y las instituciones de los vencidos.

Aquel acto satisfizo á la Francia. Solo se elevaron dos murmullos, pero fueron sofocados por el consentimiento general. Uno, de los antiguos realistas, manifestado por un hombre que despues ha llegado á ser célebre é importante, Mr. de Villele, noble de Tolosa, imbuido en el espíritu feudal y absoluto del Mediodía. El otro, de Carnot, de Fouché, de los amigos de madama de Staël, y de los cortesanos despedidos del despotismo imperial, los unos sinceros en su receloso liberalismo, y otros afectando precipitarse en las doctrinas constitucionales mas exigentes, para vengarse de su despotismo perdido.

XV.

Mr. de Villele se atrevió á escribir: «El cansancio general permitirá tal vez el hacer marchar, durante algun tiempo, esta obra de egoismo y de imprevision; pero al primer choque todo se hundirá, y volveremos á entrar en una revolucion.

«Conservemos las instituciones que nos convienen: tengamos la sabiduría y el noble orgullo de creer que son tan buenas para nosotros, como las de nuestros vecinos lo son para ellos, y no nos creamos reducidos á tener que ir á buscar fuera de nuestra casa el modelo de nuestra constitucion.

«Las luces han hecho grandes progresos en Francia: la riqueza y la instruccion, se hallan esparcidas en todas las clases: el deseo de ver convertido el mérito en gloria y provecho de nuestro pais, se halla grabado en todos los corazones. Hagamos en el régimen que nos gobierna las variaciones que el tiempo nos indique, y restablezcamos cuanto sea susceptible de ser restablecido. Seamos sóbrios en innovaciones: la declaracion del rey que nos ocupa, está calcada casi enteramente sobre la constitucion propuesta ya por el Senado. *Esa obra no es, pues, la del rey*, es la de un cuerpo, que, como toda la Francia sabe, no tenia facultad para hacerla.

«¿No han hecho bastantes ensayos entre nosotros los hombres por quienes nos hemos dejado dirigir largo tiempo? ¿No hemos sacrificado por sostener las funestas ideas de esos empíricos, bastantes riquezas y generaciones? ¿Qué ha resultado de su ciencia y de la confianza que hemos tenido en sus promesas? la devastacion del mundo y la invasion de nuestra patria... Las instituciones políticas no se vacian en un molde, y no pueden fundarse en teorías: ya hemos hecho una larga esperiencia. Volvamos á la constitucion de nuestros padres, á la que es conforme á nuestro carácter nacional, que está en el sentido de nuestras opiniones, y se halla grabada con rasgos indelebles en el corazon de todos los franceses: las partes de nuestra organizacion que han padecido nos costarán menos de reparar, que nos costaria el establecer las nuevas instituciones: la esperiencia y la opinion pública exigen la primera de estas medidas y se unen para hacer que se desechen las otras.»

XVI.

Aquellos murmullos se perdieron en la impaciencia de ver el suelo de la patria evacuado por los ejércitos estrangeros. El 30 de mayo, el cañon de los Invalidos anunció á la Francia que se habia firmado el tratado preliminar de Paris, entre los soberanos aliados y el gobierno del rey. El conde de Artois, le habia prejuzgado demasiado con el convenio del 23 de abril. Aquel príncipe habia soltado todas las prendas para una negociacion mas favorable en manos de la Francia. Luis XVIII y Mr. de Talleyrand no tuvieron mas que ratificar aquel

acto precipitado. Era preciso presentir los próximos tratados de Viena, en que la Europa anti-francesa y monárquica iba á reconstituirse todavia con las armas en la mano, y en que la Francia, en la apariencia mas independiente y respetada, no tendria mas que el honor de deliberar sobre su propio abatimiento.

El tratado de Paris decia: «Que habria paz y amistad perpétuas entre el rey de Francia, el emperador de Austria y sus aliados:

«Que la Francia volvia á entrar en los límites de 1792, escepto algunas variaciones en las fronteras de sus departamentos del Norte, de Sambre y Mosa, de la Mosela, de la Sarre y del Bajo Rhin, escepto tambien la conservacion de Mulhouse, Aviñon, Montbeliard, y la subprefectura de Chambery:

«Que la libertad de navegacion del Rhin, garantizada á todos los Estados ribereños, seria arreglada por el futuro congreso:

«Que la Holanda colocada bajo la soberania de la casa de Orange, recibiria un aumento de territorio:

«Que todos los Estados de Alemania, serian independientes y estarian unidos por un lazo federativo:

«Que la Suiza permaneceria independiente:

«Que la Italia, escepto los paises que se devolverian al Austria, se compondria de Estados soberanos:

«Que la isla de Malta y sus dependencias serian posesiones británicas:

«Que la Francia recobraria sus antiguas colonias, menos las islas de Tabago, Santa Lucía, la isla de Francia, Rodrigo, las Sechelles, que cedia á la Inglaterra, como tambien los fuertes y establecimientos que dependian de ellas:

«Que la Francia se abstendria de toda especie de fortificacion en los territorios que recobraba en las Indias, y que no podria tener en ellos mas número de soldados que los necesarios para mantener el buen órden:

«Que el derecho de pesca en el gran banco y en las costas de Terranova, y en el golfo de San Lorenzo, seria devuelto á la Francia:

«Que la Francia partiria con las potencias aliadas todos los buques armados ó sin armar que se encontrasen en las plazas marítimas cedidas por ella:

«Que aquella particion tendria lugar en la proporcion de una tercera parte para las potencias de que aquellas plazas llegaban á ser una propiedad, y las dos terceras partes para la Francia, que renunciaria ademas todos sus derechos sobre la escuadra del Texel:

«Que ningun individuo perteneciente á los paises cedidos ó restituidos, podria ser perseguido por sus actos ú opiniones políticas anteriores al tratado.»

Este tratado comprendia ademas en artículos adicionales la anulacion de los otros dos de 1805 y 1809 en favor del Austria: el concurso de la Francia con la Inglaterra para la abolicion del tráfico de negros: el pago de los débitos á los prisioneros de guerra: la promesa de un próximo tratado de comercio: la anulacion en favor de la Prusia de los compromisos patentes ó secretos que aquella potencia hubiese contraido con la Francia desde la paz de Basilea: con la Rusia el nombramiento de una comision encargada del exámen y liquidacion de créditos del duque de Varsovia con el gobierno francés.

Aquel tratado contenia cinco artículos, por los cuales la Francia se obligaba á reconocer de antemano la distribucion que los aliados pudiesen hacer entre sí de los territorios abandonados por ella, y consentia en el aumento de territorio á la Cerdeña, y en la libre navegacion del Rhin y del Escalda.

XVII.

Un grito de censura se elevó y se ha prolongado hasta el dia contra aquella condescendencia de la Francia,

que cedia una pequeña parte de sus colonias, privándose de toda concurrencia armada con los ingleses en las Indias, y en fin consintiendo ceder Malta á la Inglaterra, esa fortaleza del Mediterráneo. Eso era olvidar la situacion de la Francia desarmada, prosternada y conquistada por un millon de invasores victoriosos: era exigir de sus derrotas mas de lo que se habria exigido de sus victorias: era echar en cara á Luis XVIII la espiacion fatal é imperiosa de las faltas del emperador. ¿Qué hubiera podido y qué podia hacer la Francia sin él? ¿En que su presencia en el trono de sus padres aumentaba el rescate de la patria que una ambicion de que estaba inocente habia entregado maniatada á la Europa? ¿Aun cuando Luis XVIII no hubiera estado en Paris, la Francia habria sido mas libre y mas fuerte para discutir sus condiciones? ¿Los soberanos y sus ejércitos habrian concedido á la Francia sin gefe, ó á la Francia, bajo la tutela de una regencia austriaca, ó á la Francia combatiendo detrás del Loira y en las mesetas de sus montañas del centro con sus últimas armas, condiciones mas suaves que las que concedia á un rey de su sangre y de su principio, restaurador de la monarquía moderada? ¿El mismo Napoleon, en el apogeo de su fuerza y de su gloria, no habia cedido aquellas colonias, vendido el inmenso imperio de la Luisiana, trocado á Venecia con el Austria, garantido la desmembracion de la Polonia al Austria y la Rusia, y dejado la isla de Malta y la Sicilia á los ingleses? El bonapartismo, único culpable de todos aquellos reveses, los rechazaba con iniquidad sobre los Borbones; el liberalismo repetia sus quejas sin comprenderlas: la oposicion contra la Restauracion, comenzaba entonces, como todas las oposiciones sistemáticas, por la ingratitud y la mala fé.

XVIII.

En virtud de este tratado, las islas Jónicas, Hamburgo y Magdeburgo, fueron evacuadas por sesenta mil franceses, y restituidas á las potencias. Volvieron aquellas tropas de sus inútiles fortalezas, en donde la imprevision y la fluctuacion de Napoleon las habia tenido encerradas, mientras pedia en vano batallones á la aniquilada patria, para defender su suelo. Mr. de Talleyrand, que queria autorizarse mas tarde con gratificaciones diplomáticas, segun costumbre, á los negociadores de tratados de territorio, distribuyó siete ú ocho millones á los diplomáticos europeos, signatarios del tratado de Paris. Mr. de Metternich, ministro de Austria, lord Castlereagh, plenipotenciario del gobierno británico, Mr. de Nesselrode y Mr. de Hardenberg, uno en nombre de la Rusia, y otro en el de la Prusia, recibieron cada uno un millon. Los ministros de las potencias secundarias recibieron sumas considerables, proporcionadas á la importancia de las córtes que representaban. Aquel rescate, ofrecido y aceptado por precio de la paz, la hizo mas pronta, pero mas humillante. Como procedimiento, era ignominiosa, como mercado, era ventajosa al pais, porque cada dia de ocupacion costaba mas de ocho millones á la Francia.

XIX.

Los soberanos salieron de Paris y dieron órden á sus ejércitos de evacuarle al dia siguiente de firmarse el tratado. El emperador Alejandro fué á gozar de su popularidad triunfal en Lóndres, antes de trasladarse á sus estados. El rey de Prusia y el emperador de Austria, vol-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vieron á pasar el Rhin. Bernadotte, rey de Suecia, que favorecido por Alejandro habia, durante algun tiempo, alimentado la necia esperanza de suceder á Napoleon, por precio de su parte de hostilidades contra su propia patria, se retiró vencedor, pero confuso ante los remordimientos de su conciencia y la reprobacion de sus antiguos amigos. Moreau y Bernadotte habian sido castigados de diferente modo por sus faltas contra la patria, con la muerte el uno, y el otro con la victoria; pero los dos con la reprobacion del patriotismo.

XX.

El rey se preparó á su primer acto de reinado constitucional, la apertura de las Cámaras.

El silencio de la Carta habia borrado al Senado del número de los poderes públicos. Los senadores, inquietos ó consternados, imploraban individualmente el favor de ser llamados á la Cámara de los pares. Cincuenta y cuatro senadores fueron escluidos de ella por mano del rey, en memoria de actos ú opiniones á los cuales habia prometido olvido, no favor. Los principales eran, Cambaceres, Chaptal, Chasset y Fouché, á quien un favor secreto no eximió de la responsabilidad del regicidio: el tio del emperador, el cardenal Fesch: Francisco de Neufchateau, poeta precoz de los últimos años del reinado de Luis XVI, castigado por su entusiasmo sucesivo por la República y el despotismo del Imperio: Garat, que habia entregado á Luis XVI al verdugo, aunque llorando sobre la víctima: Gregoire, que se defendia de toda complicidad en aquel voto, pero que confesaba su culto perseverante por la república: Ræderer, intrépido defensor del trono constitucional el 10 de agosto, pero cuyo nombre era injustamente proscrito con los recuerdos mal trasmitidos de aquella jornada, y con las quejas contra el ayuntamiento de París, y en fin, Sieyes, el primer profeta de la revolucion de 1789, el legislador que habia concedido la cabeza de un rey á la saña implacable del pueblo, el director que habia tramado su propia destitucion con la ambicion de Bonaparte y preferido el despotismo como antídoto de la anarquía. Todos aquellos hombres se retiraron por un momento, pero con títulos, honores y sueldos que no tenian otras persecuciones que el olvido. Entre los mariscales, el rey no escluyó mas que á los que databan de las guerras de la revolucion y de la República: Brune, á quien un murmullo injusto y odioso acusaba de haber prestado su mano para las matanzas de setiembre y la decapitacion de la princesa de Lamballe, favorita de la reina, que habia ido á buscar la muerte por ser consecuente con la amistad: Davourt, antiguo noble, que repudió su raza, y adquirió sus grados en el ejército plebeyo de 1792: Jourdan, el vencedor de Fleurus, republicano por conviccion y por respeto á sus propias proezas: Soult, el mas consumado de los tenientes del emperador sospechoso de una ambicion personal que se elevaba hasta los tronos, y que acababa de prolongar la lucha en Tolosa por una batalla, dada, segun se decia, mas por su popularidad que por la patria: y en fin Victor, elevado desde la clase mas oscura del ejército al rango de los mariscales, y que despreciado entonces por los Borbones, debia vengarse bien pronto de aquella injusticia con la fidelidad, venganza de los bravos.

XXI.

El clero y la alta nobleza volvian á entrar con ámplia proporcion en la política y en el privilegio de la iglesia y del nacimiento, por la puerta de la patria. Todas las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grandes sillas episcopales, las altas dignidades, y los grandes nombres de la antigua aristocracia y de la antigua córte, volvian á encontrar su restauracion hereditaria en aquel cuerpo del Estado. Era un renacimiento indirecto y constitucional de lo mas ilustre de la nacion, en el nuevo ennoblecimiento de las familias seculares ó históricas. Allí volvian á encontrarse con cierto orgullo patriótico los nombres de los Perigord, Luzerne, Clermont-Tonnerre, como obispos de las principales mitras de Francia, y como antigüedad ó gloria, los nombres de los Elbeuf, Montbazon, la Tremouille, Chevreusse, Brissac, Richelieu, Rohan, Luxembourg, Grammont, Mortemart, Noailles, Saint-Aignan, Aramont, Harcourt, Fitz-James, Brancas, Ducas, Vauguyon, Choiseul, Coigny, Rochefoucauld, Croy, Montmorency, Levis, Maillé, la Force, Saulx-Tavannes, y De Seze, al lado de los Ney, Berthier, Suchet, Massena, Oudinot, Serurier, Mortier, Perignon, y de los hombres que habian rejuvenecido la gloria militar ó civil de la Francia.

XXII.

Convocado el Cuerpo legislativo, no tenia necesidad de eliminaciones del modo que estaba compuesto. El único regicida que todavia formaba parte de aquella representacion nacional subordinada á las inspiraciones del Imperio por medio de sus prefectos, se retiró espontáneamente por decoro, al ver el hermano de Luis XVI, para que ningun recuerdo siniestro contristase el oido ni las miradas del nuevo soberano. La Francia entera participaba entonces de aquel sentimiento: no renegaba de las obras de su revolucion, pero hubiera querido borrar de su suelo y de su historia, las huellas de sus discordias y de sus venganzas, para que su paz no fuese turbada por ningun fantasma escapado de sus tumbas.

La sesion de apertura estaba señalada para el 4 de junio de 1814. Luis XVIII, acompañado de todos los príncipes de su casa, se trasladó allí con toda la pompa de los sucesores de Luis XIV. Cuanto mas consentia en conferenciar con aquel parlamento nacional, tanto mas queria que brillase la magestad de la corona en medio de las armas, y que mediase una inmensa distancia entre su grandeza y la representacion del pueblo. Deslumbrados los ánimos como los corazones, estaban dispuestos á saludar en aquel prestigio. No disputaban con el sentimiento que agrupaba á la nacion en derredor de aquel anciano legislador. El emperador habia acostumbrado la vista al aparato de las armas: todos se conceptuaban felices en saludar la pompa de las leyes. Una multitud inmensa, comparable á la que recibió al monarca el dia de su entrada en Paris, estaba apiñada en las dos orillas del Sena, para ver desfilar la régia comitiva y bendecir al rey por las instituciones que iba á confirmar. Las tribunas del Cuerpo legislativo estaban llenas de lo mas escogido de la Francia y de la Europa. Los pares y los miembros del Cuerpo legislativo estaban reunidos en el salon, en el que se habia preparado el trono.

Cuando se presentó el rey, las bóvedas del palacio resonaron con un aplauso unánime: unos saludaban al monarca restablecido, y otros esperaban con ansiedad oir de sus labios la primera consagracion de la libertad. El rey, elevando aquel dia su actitud á la altura de la magestad de los siglos personificados en su nombre, y esparciendo sobre el grupo de familia y de dignatarios que le rodeaban, el esplendor real y dominante de su inteligencia, se sentó en el trono, y con una dignidad mezclada de ternura, se inclinó al escuchar las aclamaciones de los legisladores que se mantenian en pie. Las lágrimas de las señoras y de los ancianos, compañeros de su largo destierro, corrian abundantemente en las tribunas, á vista de aquella nueva coronacion del que ha-

grandes sillas episcopales, las altas dignidades, y los grandes nombres de la antigua aristocracia y de la antigua córte, volvian á encontrar su restauracion hereditaria en aquel cuerpo del Estado. Era un renacimiento indirecto y constitucional de lo mas ilustre de la nacion, en el nuevo ennoblecimiento de las familias seculares ó históricas. Allí volvian á encontrarse con cierto orgullo patriótico los nombres de los Perigord, Luzerne, Clermont-Tonnerre, como obispos de las principales mitras de Francia, y como antigüedad ó gloria, los nombres de los Elbeuf, Montbazon, la Tremouille, Chevreusse, Brissac, Richelieu, Rohan, Luxembourg, Grammont, Mortemart, Noailles, Saint-Aignan, Aramont, Harcourt, Fitz-James, Brancas, Ducas, Vauguyon, Choiseul, Coigny, Rochefoucauld, Croy, Montmorency, Levis, Maillé, la Force, Saulx-Tavannes, y De Seze, al lado de los Ney, Berthier, Suchet, Massena, Oudinot, Serurier, Mortier, Perignon, y de los hombres que habian rejuvenecido la gloria militar ó civil de la Francia.

XXII.

Convocado el Cuerpo legislativo, no tenia necesidad de eliminaciones del modo que estaba compuesto. El único regicida que todavia formaba parte de aquella representacion nacional subordinada á las inspiraciones del Imperio por medio de sus prefectos, se retiró espontáneamente por decoro, al ver el hermano de Luis XVI, para que ningun recuerdo siniestro contristase el oido ni las miradas del nuevo soberano. La Francia entera participaba entonces de aquel sentimiento: no renegaba de las obras de su revolucion, pero hubiera querido borrar de su suelo y de su historia, las huellas de sus discordias y de sus venganzas, para que su paz no fuese turbada por ningun fantasma escapado de sus tumbas.

La sesion de apertura estaba señalada para el 4 de junio de 1814. Luis XVIII, acompañado de todos los príncipes de su casa, se trasladó allí con toda la pompa de los sucesores de Luis XIV. Cuanto mas consentia en conferenciar con aquel parlamento nacional, tanto mas queria que brillase la magestad de la corona en medio de las armas, y que mediase una inmensa distancia entre su grandeza y la representacion del pueblo. Deslumbrados los ánimos como los corazones, estaban dispuestos á saludar en aquel prestigio. No disputaban con el sentimiento que agrupaba á la nacion en derredor de aquel anciano legislador. El emperador habia acostumbrado la vista al aparato de las armas: todos se conceptuaban felices en saludar la pompa de las leyes. Una multitud inmensa, comparable á la que recibió al monarca el dia de su entrada en Paris, estaba apiñada en las dos orillas del Sena, para ver desfilar la régia comitiva y bendecir al rey por las instituciones que iba á confirmar. Las tribunas del Cuerpo legislativo estaban llenas de lo mas escogido de la Francia y de la Europa. Los pares y los miembros del Cuerpo legislativo estaban reunidos en el salon, en el que se habia preparado el trono.

Cuando se presentó el rey, las bóvedas del palacio resonaron con un aplauso unánime: unos saludaban al monarca restablecido, y otros esperaban con ansiedad oir de sus labios la primera consagracion de la libertad. El rey, elevando aquel dia su actitud á la altura de la magestad de los siglos personificados en su nombre, y esparciendo sobre el grupo de familia y de dignatarios que le rodeaban, el esplendor real y dominante de su inteligencia, se sentó en el trono, y con una dignidad mezclada de ternura, se inclinó al escuchar las aclamaciones de los legisladores que se mantenian en pie. Las lágrimas de las señoras y de los ancianos, compañeros de su largo destierro, corrian abundantemente en las tribunas, á vista de aquella nueva coronacion del que ha-

bian seguido errante y abandonado. Ante la unanimidad de aquel sentimiento, desaparecia la diferencia de opiniones políticas.

XXIII.

Luis XVIII, quiso escribir solo, y sin cooperacion de ninguno de sus ministros, el discurso que tenia que pronunciar. Príncipe literato, veia con júbilo y orgullo en aquella solemnidad, la ocasion, rara para un rey, de hacer brillar el talento de que la naturaleza y el estudio le habian dotado. Ademas, sabia que el corazon es la verdadera fuente de la elocuencia: el suyo estaba enternecido por lo pasado, y confiaba en el porvenir; ninguno de sus ministros ó de sus servidores hubiera podido encontrar en sus reflexiones el acento patético, elevado y verdadero, que el hermano de Luis XVI, encontraba en su alma. El rey habia meditado sus palabras, pero dejaba hablar á sus sentimientos. Sus blancos cabellos, su mirada magestuosa y tierna, su semblante paternal, su pronunciacion llena de inflexiones en las que se descubria el corazon, el sonido de su voz grave y vibrante, conmovia las almas, porque él mismo estaba conmovido, y sus palabras se grababan en el oido y en la memoria. Un profundo silencio, parecia que anticipaba las palabras en sus labios. Hubiérase dicho que todo un pueblo, aguardaba en cada pensamiento la revelacion de su suerte.

XIV.

«Señores, cuando por primera vez vengo á este recinto y me veo rodeado de los grandes cuerpos del Estado, de los representantes de una nacion que no cesa de prodigarme las mas señaladas pruebas de su amor, me

felicito de haber llegado á ser el dispensador de los beneficios, que la Divina Providencia se digna conceder á mi pueblo.

«He celebrado con la Rusia, el Austria, la Inglaterra y la Prusia, una paz en que se hallan comprendidos sus aliados, es decir, todos los príncipes de la cristiandad. La guerra era universal y la reconciliacion lo es igualmente.

«El rango que la Francia ha ocupado siempre entre las naciones, no ha sido transferido á ninguna otra, y la ha quedado sin menoscabo alguno. Cuanta mas seguridad adquieren los otros Estados, mas se aumenta la suya, y por consiguiente su verdadero poder. Lo que no conserva de sus conquistas, no debe mirarse como cercenado de su fuerza real.

«La gloria de los ejércitos franceses no ha sufrido el menor ataque: los monumentos de su valor subsisten, y las obras maestras de las artes nos pertenecen ya por derechos mucho mas estables que los de la victoria.

«Las vias del comercio, por tanto tiempo cerradas van á quedar libres: el mercado de la Francia no estará ya abierto, únicamente abierto á las producciones de su suelo y de su industria: aquellas de que la costumbre ha formado una necesidad, ó que son indispensables para las artes que ejerce, le serán suministradas por las posesiones que recobra. Ya no se verá reducida á carecer de ellas ó á obtenerlas con condiciones onerosas. Nuestras manufacturas van á volver á florecer, nuestras ciudades marítimas van á renacer, y todo nos promete que una larga tranquilidad en lo esterior, y una felicidad duradera en lo interior, serán los ópimos frutos de la paz.

«Sin embargo, un recuerdo doloroso turba mi alegria. Habia nacido, y me lisongeaba permanecer toda mi vida el súbdito mas fiel del mejor de los reyes, y ocupo en el dia su lugar... pero al menos no ha muerto completamente, vive en ese testamento que destinaba para ins-

truccion del augusto y desgraciado niño á quien yo debia suceder... Fija mi vista en esa obra inmortal, penetrado de los sentimientos que la dictaron, guiado por la esperiencia, y ayudado por muchos de vosotros, he redactado la Carta constitucional, cuya lectura vais á oir, y que fija sobre bases sólidas la prosperidad del Estado.»

XXV.

La voz del rey se habia debilitado en este último párrafo de su discurso. Aquellas alusiones á un hermano muerto en la creacion de la libertad, cuya idea le hacia sonreir, y que le sacrificó, como para castigarle por su virtud; á una reina, á un niño, heredero de tantos tronos, y luego de tantos cadalsos de su raza; aquella resurreccion de la dignidad real que salia del destierro como del sepulcro, en las personas de los parientes mas cercanos de las víctimas; aquel testamento evangélico de Luis XVI, elevado por la mano del rey su hermano y su vengador como una bandera de paz entre los dos partidos; aquel perdon que descendia del cielo en la última voluntad de un mártir del pueblo para inspirar á aquel mismo pueblo la confianza, y tambien el perdon á su dinastía; aquel trono en que creia verse sentados dos reyes, uno para inspirar y el otro para reinar; aquella princesa huérfana, la duquesa de Angulema, que asistia desde una tribuna á aquellas reparaciones de la Providencia, inundando con sus lágrimas el velo con que enjugaba sus ojos, y conteniendo con suma dificultad sus sollozos; todos aquellos recuerdos, todas aquellas escenas, todas aquellas emociones, añadian á la elocuencia del discurso, la elocuencia de los ojos, memorias, compasiones, y el estremecimiento de los oyentes. En fin, presentábase una prenda de libertad sancionada por la corona, admitida por el pueblo, pagada con la sangre, y regada por las lágrimas de aquella escena, simultáneamente trágica, política y santa, cuyos actores eran un pueblo y un rey. Un largo silencio lleno de reflexiones, de júbilo y de tristeza, sucedió á los aplausos que habian cubierto las últimas palabras del rey.

El canciller Ambray tomó la palabra para leer el discurso que iba á comentar y motivar la carta. Calmáronse las emociones naturales, y las susceptibilidades políticas volvieron á ocupar prontamente el lugar de los sentimientos. Aquel discurso, inhábil, dogmático, paradójico, lleno de reservas en las concesiones; que quitaba á la corona con una mano, lo que parecia que se daba á la libertad con la otra; que heria á la revolucion; que desafiaba y provocaba, esforzándose en vano en conciliar los dogmas absolutos de la antigua monarquía feudal con los dogmas racionales de la monarquía de consentimiento nacional; que borraba veinte y cinco años de la historia; que suponia á la patria emigrada como el trono; que databa el reinado de los Borbones, no desde el llamamiento del rey por la Francia, sino desde la muerte de Luis XVII en los calabozos del Temple, y que escitaba en fin la controversia en donde debia sofocarse con la unanimidad de la reconciliacion, confundiendo el derecho de las dos épocas y de los dos principios, enfrió los corazones, secó las lágrimas, irritó los ánimos, y produjo murmullos.

Circularon por toda la asamblea, y á pesar del respeto y la ternura que todos querian manifestar al rey, le advirtieron el disgusto general, cuando el canciller llamó torpemente á la Carta un simple decreto de reformas. Redobláronse, cuando llamó estravíos y teorías culpables á los perseverantes esfuerzos de una nacion, para crear un nuevo órden, conforme al desarrollo de las ideas y de los derechos de una civilizacion mas perfecta. Subieron de punto y se prolongaron mas sensiblemente, cuando Mr. de Ambray, remontando su pensamiento hasta mas

allá de los Estados generales de 1789, llamó á los pares y representantes, los *notables* del reino. El rey pudo presentir la próxima é inevitable lucha de los dos principios, entre los que queria interponer su sabiduría personal, y que iba á dispertar la imprudente provocacion de los teóricos de la antigua monarquía. Aquellas palabras eran concesiones á su hermano el conde de Artois, y á los publicistas de la emigracion, que querian reconquistar en nombre del derecho imperecedero é infalible del trono, un pueblo para quien Luis XVIII debia ser por el contrario reconquistado.

XXVI.

Mr. Ferrand, uno de los teóricos mas imperiosos y menos entendidos, habló tambien antes de hacerse lectura de la Carta. Habló de las funestas desviaciones que habian interrumpido las cadenas de los tiempos: llamó á la Carta un don y no un derecho, una concesion y no una conquista del tiempo: ofendió, inquietó y contristó las almas que solo deseaban espansion. Pero la lectura de la Carta y de los principios é instituciones que en adelante iban á regir las relaciones entre el trono y el pueblo, borró todas aquellas irritaciones pasageras, y devolvió á todos la completa seguridad con la posesion de la libertad. Atribuyéronse á aquellos consejeros poco diestros las palabras que al dar retenian. Atribuyóse al rey solo la sabiduría y la consagracion de los principios de la Carta. Todos encontraban en ella alguna de las verdades por la que habian consumido su inteligencia ó su sangre. Aquel símbolo del nuevo siglo meditado, escrito y adoptado por un príncipe sin preocupaciones y sin resentimiento, se conciliaba todo el amor que se profesaba á los mismos principios. Luis XVIII, al salir del palacio, era

verdaderamente el rey de todas las convicciones y de todos los corazones: reuníanse en su cabeza las bendiciones y las aclamaciones de dos siglos. Siguiéronle á su palacio, y resonaron hasta la noche, por los patios y jardines de las Tullerías. Habia conquistado la Francia presentándola su imágen en aquel código de nuevas instituciones.

«Mi corona está allí, dijo al contemplar desde un balcon de las Tullerías aquel pueblo entusiasmado de volver á encontrar sus ideas en su rey; Enrique IV la conquistó con las armas, yo la he conquistado con mis meditaciones en Hartwell. He ganado mi batalla de Ivry.»

XXVII.

Los murmullos que habian estallado en la sesion de apertura, al oirse las palabras de Mres. Ambray y Ferrand, ministros restrictivos de las concesiones reales, agitaron ligeramente las primeras reuniones de ambas Cámaras. Los proyectos de contestacion al discurso de la corona, de los dos cuerpos, solo hicieron algunas alusiones. Parecia que se temia turbar la armonía que la Francia entera deseaba entre los representantes del pais y el representante hereditario del poder real. Confundiéronse las disidencias en cuanto al orígen y revocabilidad de la Carta en circunlocuciones ambíguas que dejaban espacio entre las pretensiones del pueblo y los derechos del trono.

«Señor, decia la Cámara de los pares, los fieles súbditos de vuestra magestad, vienen á deponer al pie del trono, el tributo del mas justo reconocimiento, por el doble é inapreciable beneficio de una paz gloriosa á la Francia, y de una constitucion regeneradora. La Carta que vuestra magestad acaba de hacer publicar, consa-

gra de nuevo el antiguo principio constitutivo de la monarquía francesa, que establece sobre un mismo fundamento, con admirable armonía, el poder del rey y la libertad del pueblo. La forma que vuestra magestad ha dado á la aplicacion de ese inalterable principio, es un brillante testimonio de su profunda sabiduría y de su amor á los franceses: así se desarrollará la fuerza de la monarquía, y se aumentará cada vez mas, como la gloria personal de vuestra magestad: despues que hayamos tenido la dicha de ser gobernados largo tiempo por ella, la posteridad se apresurará á unir el nombre de Luis XVIII al de sus mas ilustres predecesores.»

Los diputados adoptaron la misma reserva, y no disputaron ningun entusiasmo ni ninguna lisonja anticipada al rey.

«Señor, decian los legisladores, la Carta constitucional promete á la Francia el goce de esa libertad política, que elevando á la nacion da esplendor al trono, y los beneficios de la libertad civil, que haciendo amable la autoridad real á todas las clases, convierte la obediencia en mas suave y segura. La duracion de estos beneficios parece debe ser inalterable, cuando llegan en el momento de una paz, que el cielo concede por fin á la Francia. El ejército que ha combatido por la patria y por el honor y el pueblo á que ha defendido, reconocen á porfía que esa paz firmada en la capital al primer mes del regreso de vuestra magestad es debida á la augusta casa de Borbon, en derredor de la cual se agrupa toda entera la familia francesa, con la esperanza de reparar sus desgracias.

«Si, señor, todos los derechos, todos los intereses y todas las esperanzas se confunden en la proteccion de la corona. Ya no se verán en Francia mas que verdaderos ciudadanos, que solo se ocuparán de lo pasado para buscar en él útiles lecciones para el porvenir, y dispuestos á hacer el sacrificio de sus encontradas pretensiones y de

sus resentimientos. Los franceses, igualmente llenos de amor por su patria y por su rey, no separarán jamás en su corazon estos nobles sentimientos, y el rey que la Providencia les ha devuelto, uniendo estos dos grandes resortes de los estados antiguos y modernos, conducirá súbditos libres y reconciliados á la verdadera gloria y á la felicidad que deben á Luis el deseado.»

XXVIII.

Mr. Lainé, primera voz de la libertad y primer precursor de una restauracion constitucional, fué nombrado presidente del Cuerpo legislativo. Aquella eleccion espresaba en un solo nombre el doble pensamiento que dominaba á la Cámara de los diputados, la voluntad de un gobierno libre, y la aceptacion de los Borbones. Principiaron sus trabajos las dos Cámaras. Notábanse en ellos, la inesperiencia y la fluctuacion de un pueblo que habia perdido ya hacia largo tiempo el uso de las discusiones políticas, y que no conociendo ni sus derechos ni sus límites, aventuraba comprometerlos ó escederse. El rey atento y aun no definitivamente decidido acerca de las atribuciones que pensaba conceder á las dos Cámaras, vigilaba desde su gabinete los primeros debates con recelosa solicitud. Los cortesanos le asustaban con la oposicion. Los realistas, llenos de recuerdos y de terrores, no habian comprendido nunca nada de aquella division de soberanía, cuya oscilacion entre un rey y un pueblo, constituye el gobierno mixto y representativo de la Inglaterra. Cada independencia les parecia un insulto, cada derecho nacional una rebelion, cada discurso un indicio de lesa magestad. El rey, mas ejercitado y mas firme, los tranquilizaba, y se esforzaba en moderar por una parte la audacia, y por otra los temores de aque-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

lla nueva forma de gobierno. Pero ninguno de sus ministros era capaz por su sagacidad ó su elocuencia, de habituar la tribuna ó el consejo, al mecanismo del régimen representativo. Mres. de Ambray y Ferrand no eran mas que unos retóricos: Mr. de Talleyrand, hombre de gabinete, de pasillo, y de salon, no tenia en su carácter, ni ese vigoroso valor que lucha, apoyado en convicciones fuertes contra los tumultos de una asamblea, ni ese talento radiante y fulminante que los subyuga, ni ese acento en la voz, que es la dominacion del orador público. Amigo silencioso de Mirabeau, siempre se habia mantenido á espaldas de aquel gran discutidor en la Asamblea constituyente. Solo fué adquiriendo prestigio en la opinion, cuando la tribuna fué derribada por el despotismo, y se habian adquirido nombradías, no á buena luz, sino con el artificio y el misterio de las habilidades de córte. Afectaba despreciar aquel ruido vano de las discusiones públicas, y tener en su mano algunas conciencias y ambiciones de las dos Cámaras. Olvidaba y hacia olvidar al rey, que la Francia habia pasado en un dia por la promulgacion de la Carta, del gobierno del silencio al gobierno de la opinion

Bajo sus órdenes, Mr. Beugnot, hombre del mismo carácter daba á la policía las atribuciones de la justicia y de la ley. La censura de los periódicos y de los libros, herencia del Imperio, se egercia por Mr. Beugnot bajo las inspiraciones del abate de Montesquiou. Un jóven, célebre despues en varios reinados, Mr. Guizot, dirigia en el ministerio de lo Interior aquella parte de la administracion, y aspiraba por la vigilancia arbitraria del pensamiento, á una vida de publicidad y de tribuna que debia desmentir sus primeros años. Uno de los choques del gobierno y de la opinion, fué producido imprudentemente por Mr. Beugnot, con motivo de una órden de la policia sobre la observancia obligatoria y escrupulosa del domingo. El rey creyó debia rendir aquel homenage al clero,

cuya restauracion miraba como una consecuencia de la de su propio trono. Olvidaba que la revolucion era en el fondo mas bien religiosa que política. Las conciencias, mas susceptibles que las opiniones, querian la restauracion de la iglesia católica con la libertad, como las opiniones querian la restauracion del trono con la constitucion; pero un acto de represion ó de compresion sobre las conciencias, parecia un síntoma de dominacion de un solo culto privilegiado, y un atentado contra la razon y la tolerancia del siglo. Un grito de indignacion elevó la multitud, que hizo retroceder á los ministros y advirtió al rey. Despreciada y desobedecida la órden, quedó en desuso desde el primer dia: la tentativa de Mr. Beugnot, espiró entre el ridículo. Sin embargo, bastó para irritar á la nacion contra la iglesia, y para esparcir en la oposicion naciente un gérmen de descontento y de agitacion que despopularizó algun tanto á la corona. La Cámara de los diputados amenazó con promover leyes que garantizasen á un mismo tiempo la conciencia, la opinion y la discusion por medio de la libertad de la prensa. El gobierno, advertido é intimidado por aquellas proposiciones, se apresuró á presentar una ley acerca del pensamiento, por temor de que la Cámara no le declarase libre. Los ministros especialmente encargados de presentar y defender aquella ley, decian bastante por sus nombres cual seria su sentido. Eran los miembros del consejo mas antipáticos á toda inteligencia de la libertad: Mr. Beugnot que prendia á los impresores, Mr. Ferrand que maldecia la imprenta, y Mr. de Blacas que veia la revolucion en la independencia del juicio. Parecia que Mr. de Talleyrand habia querido burlarse de sus colegas, enviándolos á sostener con fuerzas tan desiguales, en unas asambleas exaltadas y elocuentes, la lucha del espíritu de córte contra el espíritu de libertad.

El abate de Montesquiou, ministro de lo Interior, menos nuevo que los demas en las discusiones de las asam-

bleas deliberantes, leyó un discurso que hacia presagiar toda la ley. Habia sido meditado por Mr. Royer-Collard, indeciso todavia entre su pasado y su porvenir, y redactado por Mr. Guizot, servidor oficioso de un gobierno, en donde queria hacerse lugar por su talento.

«Señores, decia Mr. de Montesquiou, ya lo sabeis, no son vanas sutilezas, sino el resultado de una triste esperiencia: la libertad de imprenta proclamada con frecuencia en Francia desde hace veinte y cinco años, siempre se ha convertido ella misma en su mayor enemigo: la causa, se dirá, era la efervescencia de las pasiones populares, y la facilidad con que se podia impeler á un pueblo, incapaz todavia de juzgar los escritos y de preveer sus consecuencias.... Pero ¿han desaparecido aquellas causas?... ¿Nos podemos lisonjear de que ya no volverán á obrar?... Nosotros no nos atrevemos á creerlo asi. La silenciosa esclavitud que sucedió á la turbulencia de los primeros años de la revolucion, no nos han formado mejor para la libertad; las pasiones que no han podido manifestarse durante aquel intervalo, estallarian hoy fortalecidas con otras nuevas. ¿Qué opondriamos á la esplosion? Casi la misma inesperiencia y mayor debilidad.... Tal es la naturaleza de la libertad, que para saber hacer uso de ella, es necesario haberla disfrutado. Dadla, pues, toda la estension necesaria para que la nacion aprenda á servirse de ella; pero ponedla tambien algunas barreras para salvarla de sus propios escesos.

«En estos principios se apoyan las bases de la ley que se os propone: los artículos de que se compone no son mas que su desarrollo. Al pediros que señaleis algunos límites á la libertad de imprenta no se os pide que violeis un principio, sino el que se aplique como conviene á nuestras costumbres. El rey no os propone nada que no sea rigurosamente necesario para la salvacion de las instituciones nacionales y para la marcha del gobierno. Lo que sobre todo se trata de contener es la publicacion

de escritos de pequeño volúmen, que mas fáciles de esparcir y de ser leidos con avidez, pueden hacer peligrar el órden público.

«Todo escrito de mas de treinta páginas de impresion podrá imprimirse libremente y sin exámen de censura prévia.

«Lo mismo será, cualquiera que fuere el número de páginas, con los escritos en lenguas muertas y lenguas estrangeras: cartas pastorales, catecismos, devocionarios y alegatos en derecho firmados por un abogado.

«Si dos censores por lo menos juzgan que el escrito es infamatorio, ó que puede turbar la tranquilidad pública, ó que es contrario al artículo 11 de la Carta, ó que ofende á las buenas costumbres, el director general de librería podrá mandar que se suspenda la impresion.

«Al principiar cada legislatura de la Cámara se formará una comision de tres pares y tres diputados, elegidos respectivamente de su seno y de tres comisarios del rey.

«No podrá ejercerse la profesion de impresor ni librero sin obtener título real y prestar juramento. Las imprentas clandestinas serán destruidas, y sus dueños ó depositarios incurrirán en la pena de seis meses de prision y 10,000 francos de multa.

«La falta de declaracion antes de la impresion y la de depósito antes de la publicacion, serán castigadas cada una con una multa de 1,000 francos por primera vez y 2,000 por la segunda. Los que tomen un nombre supuesto ó varien las señas de su domicilio, pagarán la multa de 6,000 francos sin perjuicio de la prision marcada por el código penal.

«Todo librero á quien se ocupe una obra sin nombre de impresor será condenado á una multa de 2,000 francos, que se rebajará á 1,000 si el librero señala al impresor.»

Por último, la ley debia ser revisada en el término

de tres años para introducir en ella las modificaciones que la esperiencia acreditase que eran necesarias.

XXIX.

Aquella ley de circunstancias que desde el primer dia desmentia una de las promesas de la Carta mas queridas á la nacion, pareció un atentado contra la misma Carta, de que era la única garantia la libertad de pensar y de escribir. La prerogativa de la opinion concluia con la de la policía. La Cámara y el pais contuvieron á duras penas su indignacion. Los periódicos y los folletos, despreciando á la policia, esparcieron por todas partes los murmullos, la ironia, las quejas y la cólera contra los ministros. Los escritores mas moderados y favorables á los Borbones, Dussault, Benjamin Constant y Suard, discutieron la severidad y la demencia de la ley. La Cámara de los diputados nombró para redactar el informe á Mr. Raynouard, escritor realista y liberal, amigo y cómplice de Mr. Lainé en su rebelion contra el despotismo imperial. Una multitud inmensa que manifestaba la ansiedad pública, ocupaba las inmediaciones y lo interior de la Cámara de los diputados el dia en que monsieur Raynouard debia presentar su trabajo á la Cámara para que fuese discutido. La fuerza armada tuvo que intervenir para hacer evacuar las tribunas: la multitud y el tumulto hicieron suspender la sesion hasta el dia siguiente.

XXX.

Una fuerza imponente aseguró aquella vez la reunion de los diputados y la calma de la deliberacion. Mr. Raynouard leyó su informe: era digno de aquel hombre de

bien. Sabia sacrificar á sus opiniones hasta su inclinacion á los Borbones.

Habló en medio de un silencio que atestiguaba el interés de la curiosidad pública. Despues de una teoria sábia y fuerte de la libertad reglada de la primera de las facultades humanas, la de pensar, y de la primera de las prerogativas políticas, la de discutir el gobierno, Mr. Raynouard concluia pidiendo se desechase la ley de la censura y del silencio. Fué muy aplaudido. Abrióse la discusion con la impaciencia de opiniones, que no quieren esperar ni la victoria, ni la derrota. Duró cuatro dias. En ella se dijo cuanto era posible sobre las ventajas y peligros de la libertad completa ó de la restricion del pensamiento, á consecuencia de una revolucion que habia excitado los resentimientos, y que todavía hervia. La asamblea en masa temblaba ante el poder que iba á desencadenar. Aquella reunion de hombres cansados de revoluciones, tímidos de ideas, indecisos de doctrinas, acomodados por un largo silencio á las costumbres del despotismo, y que no se habian sublevado contra él, hasta el dia en que vieron que se desplomaba sobre ellos, no tenian ni la inteligencia, ni el carácter, ni la audacia de una asamblea por largo tiempo libre. La inmensa mayoría cedió á las razones de prudencia alegadas por Mr. de Montesquiou. Solo ochenta diputados, entre los que se hallaban todos los hombres de mas nota en la revolucion y la literatura, Dupont (del Eure), Dumolard, Darbach, Raynouard, Gallois y Lainé, protestaron contra aquella debilidad, y aquel aplazamiento de la opinion libre. La ley fué adoptada.

Boissy de Anglas y Lanjuinais, en la Cámara de los pares, combatieron con energía y elocuencia aquella ley servil. Aquellos dos veteranos de la tribuna, que habian sido los mas intrépidos contra la demagogia, y contra la tiranía del pueblo en la Convencion, fueron los mas inflexibles contra la arbitrariedad del monarca á quien amaban.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mr. de Talleyrand guardó silencio, bien porque conociese su impotencia en la tribuna, ó porque quisiese, temeroso de la indecision del resultado y de la impopularidad de la ley, permanecer tambien indeciso, enigmático y libre para sacrificar sus colegas á la opinion, si la opinion exigia aquel sacrificio. Los hombres de la córte y de la emigracion sostuvieron las doctrinas que habian mamado con la leche, y maldijeron en la libertad del pensamiento, la causa de su ruina y de su destierro. La ley fué aprobada por una mayoria insignificante. Aquella independencia dió á la Cámara de los pares, la popularidad que el Senado habia perdido.

XXXI.

Las Cámaras se ocuparon en seguida de la hacienda, que tenia contra sí una deuda de mas de mil millones, producida por las guerras de Napoleon. El abate Luis, ministro hábil y de sangre fria, se atrevió á evocar el crédito público, que todo lo salva cuando todo está perdido. Indicó la amortizacion de la deuda pública, medida pueril en sí misma, pero satisfactoria para los prestamistas. Sin turbarse á vista de la enormidad de los sacrificios, preparó no solo el presupuesto de gastos del ejército, de la administracion y de la córte, sino la liquidacion pronta y completa de las reparaciones é indemnizaciones que el emperador habia dejado sin pagar á la nacion, como el rescate de su gloria y de sus reveses. Aquel ministro habia propuesto osadamente al rey, la venta de un gran número de bosques nacionales, resto de las propiedades del clero. La iglesia habia usurpado tres veces en trece siglos la propiedad de todo el suelo de la Francia. Luis XVIII, al principio de la revolucion, habia aplaudido la redencion del territorio invadido por aquel

feudalismo de las conciencias. Pensaba como Mirabeau, y como se pensaba generalmente en 1789, que corporaciones inmortales, célibes, y siempre crecientes, no debian poseer mas que sueldos del Estado proporcionados á su servicio, ó las limosnas con que la piedad de los fieles les contribuyese voluntariamente, y que la propiedad territorial debia reservarse para las familias, manantial de la poblacion. Pero Luis XVIII, supeditado durante su destierro por su hermano, y por los obispos que componian la córte del conde de Artois, cedia entonces á escrúpulos de política, mas bien que de conciencia, que estaba muy distante de tener en 1789. Por el interés de su reinado, queria restablecer, en cuanto la revolucion se lo permitiese, el establecimiento eclesiastico: no queria que su hermano, la duquesa de Angulema, los obispos que habian vuelto de la emigracion, y los teóricos puritanos del antiguo régimen de que estaba llena su córte, tuviesen que echarle en cara su parte de despojo y de profanacion en los bienes que aun quedaban á la iglesia. En vano Mr. de Talleyrand y el abate Luis le instaban para que consintiese en la venta de aquellos montes: aparentaba no entenderlos, y solo contestaba con el silencio. Era evidente que queria que las Cámaras le obligasen á ello, por lo menos en la apariencia. En fin, habiéndole uno de sus confidentes renovado un dia las instancias de su gabinete para que aprobase formalmente aquella medida, «Jamás, caballero, le contestó el rey con el acento de la indignacion, obtendrán de mí ese consentimiento: la venta de los bienes de la iglesia, no es tan solo un despojo, es un sacrilegio.» Aguardaron, pues, una hora mas favorable para arrancarle una aprobacion que estaba en su corazon, pero que no queria saliese de sus labios.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XXXII.

La nacion se mostró pródiga en reparaciones, indemnizaciones y dotaciones para con la corona y los príncipes. Un voto espontáneo y unánime de las Cámaras, señaló una suma de treinta y tres millones al rey para el gasto anual de su casa. Ademas pagó treinta millones de deudas que habia contraido durante su destierro, como tambien las del conde de Artois, y de los príncipes. Ademas, le devolvió los bienes de la corona.

El rey se ruborizaba de tener para sí y su familia una renta tan cuantiosa, mientras los emigrados despojados y proscriptos por su causa, veian sus campos y sus casas en manos de los compradores de bienes nacionales. La mendicidad de aquellos defensores del trono, era un cargo para él, habiéndose levantado sobre sus ruinas. Deseaba con anhelo ventilar y terminar aquel litigio, entre los antiguos y los nuevos poseedores. Habia cedido á las exigencias del tiempo, aun durante la emigracion, prometiendo en sus declaraciones reales, que nunca pondria en duda la validez de aquellos contratos entre los compradores de los bienes del clero y de los emigrados, corriendo un velo sobre lo pasado. Pero queria devolver, y tenia razon en quererlo, al menos á las familias proscriptas, lo que aun quedaba intacto de sus despojos en manos de la nacion. Parecíale odioso en el reinado de un Borbon, el que el tesoro público se aprovechase de las heredades, rentas y montes confiscados á aquellas familias, por el crímen de fidelidad á los Borbones. Aquello era conveniente, político y justo, todos lo reconocian como él, escepto la recelosa clase de los nuevos adquirentes, que temblaban con solo oir el nombre de emigrados, y que en el principio de la no enagenacion de los bienes de los proscriptos veian condenada la posesion de los bienes

confiscados. Aquellos compradores eran ricos, en gran número, y se hallaban diseminados por toda la superficie del territorio: la naturaleza de sus bienes la habia adherido mas apasionadamente que las demas clases, á los principios y aun á las violencias de la revolucion únicos títulos de su propiedad. Se habian adherido en seguida al imperio con toda la masa de sus bienes, adquiridos escandalosamente por precios insinificantes, pero de que la distancia de los Borbones era una garantía. Turbaban al pais con sus inquietudes, compraban los periódicos interesaban al pueblo en sus quejas, esparcian la alarma, y presentaban por todas partes el fantasma de la contra-revolucion. Una palabra difundia en ellos el terror pánico, y esto los ponia furiosos. Tocar á su causa era tocar á la misma causa de la revolucion. El pueblo que los habia visto enriquecerse de una manera rápida y frecuentemente odiosa, les queria poco. El sello de la proscripcion y de la sangre, que todavia estaba visible en sus heredades y en sus casas, los hacia impopulares entre los aldeanos. Las casas antiguas ocupadas por ellos llamaban á sus primitivos dueños, con ese grito de los recuerdos, de las costumbres y de la naturaleza, consagracion de la propiedad por el sentimiento. Pero su causa aunque impopular estaba de tal modo confundida con la del derecho de la revolucion y del patriotismo, que la opinion de las masas, aunque contraria á los compradores protegia el principio de su posesion. Ademas de eso, aquellas propiedades habian mudado de dueño por la trasmision hereditaria despues de veinte y cinco años. Lo que habia sido injusto en su origen, se habia hecho legítimo con el tiempo.

XXXIII.

El rey se aprovechó del entusiasmo que se habia apoderado de la Francia, para obtener de las Cámaras,

la parte de reparacion debida á las familias proscriptas, que habian vuelto con él. Hizo presentar una ley que restituia á los antiguos propietarios, las rentas y bienes no vendidos que hasta entonces se hallaban en manos de la nacion. Aquella ley, prudentemente motivada no hubiera producido ningun murmullo. Por el contrario, habria tranquilizado á los compradores, consagrando por disposiciones formales la amnistía del tiempo sobre sus propiedades. El poco tacto, la ambigüedad y las reticencias de Mr. Ferrand, redactor del preámbulo de la ley difundian la alarma, la controversia y la irritacion en los ánimos. Aquella mano echó á perder la obra: otra mas política y mas sábia, la de Mr. de Villele, debia emprenderla y llevarla á cabo mas tarde con honra de la nacion, y con provecho de la riqueza pública y del derecho de las familias.

«Cuando despues de esperimentar las borrascas de la revolucion de que no ofrece ejemplo la historia, decia Mr. Ferrand, una gran nacion vuelve al fin al puesto de un gobierno sábio y paternal, la felicidad general que esperimenta, puede, durante largo tiempo, hallarse mezclada de desgracias individuales..... esa es una consecuencia de los inconvenientes que con demasiada frecuencia van unidos á las leyes que reemplazan á otras revolucionarias: no pueden tener el sello único y puro de una equidad rígida y absoluta. Meditada segun los principios, redactada segun las circunstancias, son algunas veces arrastradas por estas, cuando no quisieran separarse de aquellos. El soberano que se resigna á tan grandes sacrificios es el único que puede saber cuanto le cuesta y solo un pensamiento puede suavizarlos, y es el de que, identificándose con todos sus súbditos, destruye todas las denominaciones revolucionarias que habian dividido la gran familia. Tales han sido las máximas que el rey ha seguido constantemente desde su regreso. Es bien reconocido en el dia que los regnícolas, como esos

fieles franceses arrojados pasageramente á estrangeras playas, deseaban con ansia un cambio feliz aunque no se atreviesen á esperarle. A fuerza de desgracias y de agitaciones, todos se encontraban en un mismo punto; todos habian llegado á él, unos siguiendo la línea recta sin separarse de ella, y otros despues de haber recorrido mas ó menos las fases revolucionarias en medio de las cuales se han hallado. La ley que os presentamos señores, reconoce un derecho de propiedad que siempre existia, legaliza su reintegro, pero en esto mismo, el rey ha querido emplear una gran reserva.»

Aquella controversia tan temerariamente suscitada de las dos patrias, los dos patriotismos, y las dos propiedades, produjo un incendio en la opinion. La Cámara de los diputados contestó al imprudente ministro que habia emitido doctrinas tan escesivas, por medio de consideraciones que no lo eran menos aunque en otro sentido. Mr. Bedoch, diputado moderado fué el encargado de redactar el dictámen sobre aquella proposicion del ministro. Aquel dictámen rechazaba con desprecio é indignacion las temeridades y ultrages de Mr. Ferrand.

«Vuestra comision, decia Mr. Bedoch, no entrará en la imprudente investigacion de los sacrificios y pérdidas recíprocas, de los errores y de las faltas comunes. ¿De qué serviria reconocer las relaciones que existen entre los acontecimientos mas opuestos en la apariencia, que el descubrir, por ejemplo, que los mayores atentados han sido quizá consecuencia de las primeras é imprudentes resistencias? El rey ni tiene ni puede tener en el fondo de su corazon mas deseo que el de cumplir sus promesas. Ha declarado que todas las propiedades eran inviolables y que los derechos adquiridos debian ser conservados. ¿No se puede esperar que llegue una época que permita disminuir las escepciones contenidas en el proyecto de ley que nos ocupa? ¿Qué sirve dar á unos esperanzas que jamás podrán realizarse, é inspirar á los otros temores

mal fundados? No, el preámbulo de Mr. Ferrand, no es la espresion de la voluntad del rey, digámoslo francamente, el ministro ha sustituido la acrimonia de sus sentimientos particulares á los sentimientos del monarca.

«Pero ya es demasiado, señores, el insistir en el discurso de Mr. Ferrand. Al presentaros las reflexiones de vuestra comision, he hecho cuanto de mí ha dependido para conciliar los miramientos debidos al carácter del ministro de Estado, con la voluntad firme y formalmente espresada por vosotros, á quienes algunos queriais pedir la supresion de un discurso tan amenazador para la seguridad pública.»

La discusion fué agresiva por parte de los emigrados, y dura y cruel por parte de los hombres de la revolucion; los primeros disputaban el derecho á la patria; los otros las indemnizaciones y los consuelos á la desgracia. Todo iba envenenándose, cuando un hombre que templaba siempre la justicia con el sentimiento, cuyo corazon engrandecia su talento, Mr. Lainé, levantándose de la silla de la presidencia con la emocion de un hombre honrado, subió á la tribuna y esclamó con la imparcialidad de la historia. «Vuestra comision al negarse á reconocer hasta el derecho de indemnizacion y de reparacion ¿Cree añadir algo á la tranquilidad de los compradores? Seguros ya por el tiempo, por una larga posesion, todavia mas por la palabra real, ¿no lo están por la Carta constitucional que por decirlo asi ha prestado sus términos de la religion al decir que las propiedades en otro tiempo nacionales serian en adelante inviolables y sagradas? .. ¿Quereis ahora prohibiros de antemano, y privar á vuestros sucesores de la posibilidad de ser justos, del derecho de ser caritativos? ¿Por qué la mayor parte de vosotros, pues creo leer en vuestros corazones os habeis negado á esa módica indemnizacion, último sosten de los desgraciados que han vuelto á entrar en su patria y que hasta este dia han sido sostenidos por el estrangero? No ha sido mas que

en consideracion á la indigencia del pais. Pues bien, si nuestra patria llega algun dia á un estado mas próspero, la union de los franceses, los progresos de la industria, ¿cómo es posible que esa numerosa clase de hombres que han creido defender á su patria y á su príncipe dejasen de encontrar algun socorro? En esta misma tribuna ha pronunciado alguno ayer el siniestro augurio de una guerra posible. Si alguna vez nos atacan los enemigos, los emigrados se reunirán con nosotros, como sus hijos con los nuestros para defender el territorio amenazado; y sin embargo, la mayor parte de ellos, á quienes nada quiere darse, no tendrian que defender mas que á su rey y á los compradores de sus propios bienes. Despues de haber combatido, despues de haber derramado su sangre por su rey, por su patria, por los nuevos propietarios, no os pedirán nada, sin duda alguna; pero si juzgais á propósito la causa de su indigencia y de su desgracia, escuchad la voz del reconocimiento y de la humanidad ¿podríais escuchar en la ley una declaracion, que os prohibiese á vosotros mismos y á vuestros sucesores esos sentimientos? No, señores, no temo que la asamblea haya agotado en lo presente, y mucho menos para el porvenir, los tesoros de la justicia, y aun, me atreveré á decirlo, los tesoros de la misericordia nacional.»

Estas palabras restablecieron por un momento la serenidad en las almas con la justicia y la piedad. La elocuencia habia hecho desaparecer todo el peso del odio; toda la Cámara se levantó aliviada de aquellas controversias y votó casi por unanimidad aquel acto á que monsieur Lainé habia restituido su carácter, la magnanimidad.

XXXIV.

El mariscal Macdonald, el mas fiel y el mas independiente de los generales de la república y de los te-

mal fundados? No, el preámbulo de Mr. Ferrand, no es la espresion de la voluntad del rey, digámoslo francamente, el ministro ha sustituido la acrimonia de sus sentimientos particulares á los sentimientos del monarca.

«Pero ya es demasiado, señores, el insistir en el discurso de Mr. Ferrand. Al presentaros las reflexiones de vuestra comision, he hecho cuanto de mí ha dependido para conciliar los miramientos debidos al carácter del ministro de Estado, con la voluntad firme y formalmente espresada por vosotros, á quienes algunos queriais pedir la supresion de un discurso tan amenazador para la seguridad pública.»

La discusion fué agresiva por parte de los emigrados, y dura y cruel por parte de los hombres de la revolucion; los primeros disputaban el derecho á la patria; los otros las indemnizaciones y los consuelos á la desgracia. Todo iba envenenándose, cuando un hombre que templaba siempre la justicia con el sentimiento, cuyo corazon engrandecia su talento, Mr. Lainé, levantándose de la silla de la presidencia con la emocion de un hombre honrado, subió á la tribuna y esclamó con la imparcialidad de la historia. «Vuestra comision al negarse á reconocer hasta el derecho de indemnizacion y de reparacion ¿Cree añadir algo á la tranquilidad de los compradores? Seguros ya por el tiempo, por una larga posesion, todavia mas por la palabra real, ¿no lo están por la Carta constitucional que por decirlo asi ha prestado sus términos de la religion al decir que las propiedades en otro tiempo nacionales serian en adelante inviolables y sagradas? .. ¿Quereis ahora prohibiros de antemano, y privar á vuestros sucesores de la posibilidad de ser justos, del derecho de ser caritativos? ¿Por qué la mayor parte de vosotros, pues creo leer en vuestros corazones os habeis negado á esa módica indemnizacion, último sosten de los desgraciados que han vuelto á entrar en su patria y que hasta este dia han sido sostenidos por el estrangero? No ha sido mas que

en consideracion á la indigencia del pais. Pues bien, si nuestra patria llega algun dia á un estado mas próspero, la union de los franceses, los progresos de la industria, ¿cómo es posible que esa numerosa clase de hombres que han creido defender á su patria y á su príncipe dejasen de encontrar algun socorro? En esta misma tribuna ha pronunciado alguno ayer el siniestro augurio de una guerra posible. Si alguna vez nos atacan los enemigos, los emigrados se reunirán con nosotros, como sus hijos con los nuestros para defender el territorio amenazado; y sin embargo, la mayor parte de ellos, á quienes nada quiere darse, no tendrian que defender mas que á su rey y á los compradores de sus propios bienes. Despues de haber combatido, despues de haber derramado su sangre por su rey, por su patria, por los nuevos propietarios, no os pedirán nada, sin duda alguna; pero si juzgais á propósito la causa de su indigencia y de su desgracia, escuchad la voz del reconocimiento y de la humanidad ¿podríais escuchar en la ley una declaracion, que os prohibiese á vosotros mismos y á vuestros sucesores esos sentimientos? No, señores, no temo que la asamblea haya agotado en lo presente, y mucho menos para el porvenir, los tesoros de la justicia, y aun, me atreveré á decirlo, los tesoros de la misericordia nacional.»

Estas palabras restablecieron por un momento la serenidad en las almas con la justicia y la piedad. La elocuencia habia hecho desaparecer todo el peso del odio; toda la Cámara se levantó aliviada de aquellas controversias y votó casi por unanimidad aquel acto á que monsieur Lainé habia restituido su carácter, la magnanimidad.

XXXIV.

El mariscal Macdonald, el mas fiel y el mas independiente de los generales de la república y de los te-

nientes del emperador, fué mas lejos en la Cámara de los pares. Fué el primero que concibió el pensamiento y tuvo la valentía de proponer una gran medida de reparacion, que estinguiese para siempre aquella guerra civil de las propiedades entre los franceses de las dos fechas. Su opinion meditada y escrita de concierto con los realistas políticos y previsores de las dos Cámaras, ensanchó el horizonte de la indemnizacion que Mr. Lainé habia iluminado como un relámpago. «Los fieles defensores de la monarquía, vuelven a presentarse entre vosotros, dijo el mariscal, protegidos por la ancianidad y la desgracia; son una especie de cruzados que han seguido el oriflama á tierra estrangera y nos cuentan esas largas vicisitudes y esas tempestades que les han arrojado al puerto á donde nunca creyeron abordar. ¿Quién de nosotros podria abstenerse de alargarles la mano en señal de tierna amistad?...

«¡Pero cuántas mudanzas se han efectuado en esa Francia por tan largo tiempo deseada! ¡Cuántas destrucciones se han consumado! ¡Cuántos monumentos destruidos, cuántos otros elevados sobre sus ruinas! ¡Cuántos sueños dorados desvanecidos en un solo dia despues de haber sido por tantas noches los consuelos del destierro! Examinemos nuestros corazones, señores, para juzgar á nuestros semejantes. Coloquémonos con el pensamiento en la posicion que yo describo, y en vez de participar de las quejas vulgares sobre la acogida de unos hermanos que hemos vuelto á recobrar, reconozcamos á unos franceses por la calma y el desinterés de la mayor parte de ellos y por la nobleza de su actitud

«¿Importa á la tranquilidad pública que la varien? Entonces es necesario variar las relaciones de otro modo, nuestros campos estarian sembrados de agitaciones secretas indeterminadas para los que las esperimentasen é involuntarias para los que fuesen la causa. El regreso de una sola familia desterrada será en una comarca objeto de

la curiosidad y de las conversaciones domésticas. Al dia siguiente llegará á ser motivo de afecciones de algunas, y al inmediato el de alarma de otros muchos. Las narraciones y las suposiciones correrán de boca en boca. Una vez puestos en juego los intereses de la propiedad y de la estimacion pública se hablará á las pasiones, entrarán en efervescencia cuando un anciano eche una dolorosa mirada sobre su antiguo patrimonio, ó bien aparente apartar la vista de él. En este cuadro, señores, ya lo veis, no escito ni las imprudencias ni las provocaciones. No supongo ni resentimientos ni temores en su origen, pero establezco que unos y otros nacerán por un hecho que está fuera de la autoridad del rey y de la vuestra.

«Sostengo que este hecho, tendrá, si no las tiene ya, las consecuencias mas desastrosas para la tranquilidad pública; ahora bien, como este hecho (la existencia de los antiguos propietarios á presencia de los compradores de sus bienes) no puede ni debe cesar de ser, deduzco naturalmente la consecuencia de que es preciso zanjar la dificultad en vez de intentar vanamente vencerla y cambiar el estado presente por otro nuevo; en una palabra, atreverse á dar á conocer el abismo abierto ante nosotros, atravesarle y lanzarnos armados con toda la generosidad, todos los recursos de la nacion en un ámplio sistema de indemnizaciones. Si es posible será adoptado; tengo para ello por garantes el corazon del rey, los nuestros, los de todos los franceses, y la única gloria que nos queda que contestar, la union entre todos los ciudadanos.

«..... No temo proclamarlo, yo no encuentro nada en el proyecto de ley, que tienda á borrar el recuerdo de aquellas calamidades que han conmovido la sociedad, diseminado las familias; cambiadas las propiedades esperaron los franceses hasta el carácter nacional. No, señores. El proyecto de ley no llena este objeto tan deseado, y si me es lícito espresarme con la franqueza de un soldado, las discusiones provocadas en la Cámara de los

diputados y que han resonado en toda la Francia, nos han alejado de él. ¿Qué debia hacerse, por el contrario, para aproximarnos? Dos operaciones bien distintas: por la primera, devolver á las familias que han sufrido el secuestro ó la confiscacion todos los bienes raices que existen en manos del gobierno; esta medida resulta de la ley. Para obtenerla no era necesario discusiones declamatorias, la justicia hablaba por sí sola. La segunda ni aun siquiera ha sido indicada en el proyecto de ley, pero se espera de vuestra sabiduría. La humanidad, la justicia, la salvacion de la Francia y el deseo de su rey exijen que se cicatricen todas esas llagas; han vuelto á abrirse por discursos imprudentes. Si muchos millones de compradores de bienes nacionales están inquietos por la direccion que algunos individuos tratan de dar á la opinion pública y se regocijan de sus alarmas; abrigan la quimérica esperanza de que temores hábilmente infundidos en los ánimos tendrian de nuevo los despojos contra los cuales se hubiera estrellado todo el poder del gobierno mas fuerte de que hasta ahora haya hecho mencion la historia ¿y qué los espectadores de su rápida caida están aun estupefactos para no haber meditado sobre sus causas? ¿Ignoran acaso que ni las constituciones, ni las leyes, ni los años, no defienden á los gobiernos contra la masa de los intereses sociales? Ignoran que cuando esos intereses se hallan en un peligro inminente al primero que alcanzan es al gobierno...

«Lejos de mí la idea de concurrir á aumentar las cargas públicas para satisfacer á disposiciones de una proporcion mas elevada. Puedo asegurar, sin temor de ser desmentido, que soy aquí el intérprete de mis compañeros de armas: todos reclamarán conmigo vuestra justicia para los derechos y necesidades de esos valientes; pero ninguno solicitará que vuelvan esas munificencias, cuya duracion ha amenazado su mismo esceso. No pertenecerian á nosotros los recuerdos de la pasada fortuna. Seremos felices cuando el rey y cuando sus compañeros de desgracia, sean defendidos aquí por su respetable gefe: cuando los que han padecido nuestros largos y memorables trabajos, no tengan deseos que formar, ni privaciones que sufrir: seremos dichosos tanto como somos fieles y adictos, cuando los hombres encanecidos en el arte de la guerra, se asocien á la gloria que hemos conservado á sus banderas; cuando podamos estrecharlos en nuestros brazos como á nuestros padres de quienes hemos sido dignos discípulos: y cuando tranquilas nuestras provincias y libres nuestras ciudades de toda especie de disensiones políticas, no presenten á las miradas del rey, mas que franceses satisfechos de lo presente, que han olvidado lo pasado, y ricos para el porvenir, tales son, señores, nuestros mas fervientes votos: vosotros participais tambien de ellos indudablemente, y con esta seguridad me he atrevido á ocuparme de un trabajo que me es enteramente estraño.

«Y si despues de prestar á este lijero bosquejo el apoyo de vuestras luces, le haceis digno de llegar á ser el objeto de una proposicion al rey, mereceréis eternamente la gratitud nacional, por haber contribuido á la alianza inseparable de la gloria con los mas nobles infortunios, de la justicia con la generosidad, y de la paz pública con la felicidad del monarca.»

La proposicion del mariscal Macdonald, aprobada unánimemente por la Cámara alta, recibió muchos aplausos, pero no produjo ningun voto. Era una tentativa sobre la opinion. El mariscal solo queria presentarla á la meditacion de los partidos, como un gérmen de paz que debia madurar. La ley fué votada como una tendencia á una indemnizacion mas completa.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

XXXV.

Aquella discusion habia tranquilizado por un momento la animacion que renaciera entre los hombres del destierro y los de la revolucion: una circunstancia accidental, volvió á encender inopinadamente aquel fuego. Confundió en una misma causa la República y el Imperio, la oposicion revolucionaria y la oposicion bonapartista, las susceptibilidades de la gloria y la irritacion de la libertad. Fué el primer síntoma de esa fusion, que un odio comun iba á efectuar entre los liberales y bonapartistas. Un guerrero leal, intrépido, cuyo nombre era querido al ejército y al pueblo, y que se habia hecho ilustre con recientes proezas, fué la causa involuntaria: hablamos del general Excelmans.

Este general habia sido compañero de armas y caballerizo mayor del rey de Nápoles, Murat. Fiel á la amistad y al reconocimiento, el general, que se encontraba entonces en Paris, escribió sin ninguna intencion hostil contra los Borbones, una carta de congratulacion á su antiguo amigo por la conservacion de su trono. Aquella carta, que manifestaba sentimientos no de odio al nuevo gobierno, sino de un pesar muy natural por un pasado tan grato á los soldados, fué interceptada á un viagero, y Mr. de Blacas la entregó al rey. El monarca no vió en ella mas que el inconveniente de una correspondencia secreta de un oficial superior con un rey estrangero enemigo de su casa, y no acriminó aquella lijereza mas de lo que merecia la falta. Solo encargó al general Dupont ministro de la Guerra, que recomendase al general Excelmans, que en lo sucesivo tuviese mas reserva en sus relaciones. Aquel negocio quedó concluido al parecer con semejante indulgencia, y conmovió el tierno y generoso corazon del general.

Mas algunos dias despues, el mariscal Soult, que por su victoria de Tolosa, su autoridad en el ejército y su repentina y estrepitosa adhesion á la nueva córte habia llamado la atencion del rey, fué nombrado ministro de la Guerra y quiso imprimir en el ejército, con un ejemplar, el vigor de su mano, y la severidad de su disciplina. Esperó poder introducir el espíritu de los campamentos en la administracion militar, y enseñar á los generales que no habia constitucion ante el cetro y ante su espada. Desterró de su propia autoridad ministerial á una ciudad de departamento al general Excelmans. Este en un principio no resistió con insubordinacion. Se contentó con representar al rey, y al ministro, que no tenia mas residencia que Paris ó los campamentos, que su esposa estaba próxima al parto y no podia seguirle, y concluia pidiendo algunos dias para obedecer la órden de destierro. Aquella reclamacion respetuosa, en que el mariscal Soult enriquecido por la guerra, habia visto alusiones ofensivas á su persona, por la misma afectacion con que el general Excelmans hacia resaltar su pobreza, irritó mas al ministro. No quiso que aquella tentativa de resistencia á una órden arbitraria quedase impune, y alentase á otros en el ejército. Mandó al general Maison, gobernador de Paris, que arrestase á Excelmans: Maison obedeció. Excelmans cerró su puerta, desafió á los soldados enviados para forzar su morada, se armó con la ley y con su espada, y declaró que haria fuego con sus pistolas al primer oficial ó soldado que se le aproximase. El destacamento de tropa y de gendarmes enviado para prenderle, titubeó al ver la temeraria intrepidez de un hombre, amado y célebre por su valor. Excelmans, atravesando las filas fué á refugiarse en casa de un amigo suyo, y á arrostrar desde allí el descontento de la córte.

El acto de aquel Siduey militar, conmovió á Paris y á la Francia. Escribió á la Cámara de los diputados, po-

niendo su persona amenazada, su domicilio allanado, y su esposa custodiada por soldados, bajo la proteccion de la ley y de los diputados del pais. Aquel fué el primer llamamiento á la constitucion. La opinion contestó á él con entusiasmo, la Cámara con debilidad. La costumbre del servilismo contraida por los diputados en tiempo del Imperio, los hacia vacilar todavia en reconocer y ejercer unos derechos en oposicion con la voluntad de la córte. Un cuerpo que ha servido al despotismo, no es á propósito para inaugurar la libertad: los actos pasados son un cargo para su independencia presente: recuerda demasiado la subordinacion para elevarse á la dignidad. Tal era aquel cuerpo legislativo imperial, mal colocado en una monarquía representativa. El rey le despreciaba, los realistas le aborrecian, y los liberales no tenian ninguna confianza en él. Gastado aun antes de nacer, fué disuelto en noviembre de 1814, y prorogado hasta el mes de mayo de 1815. La nacion, mas atenta á la córte que al parlamento, no hizo el menor caso de aquel interregno de su representacion.

XXXVI.

Mientras aquella legislatura trascurria y se terminaba en medio de la indiferencia pública, Luis XVIII restablecia el esplendor tradicional de la antigua córte. Acababa de borrar con magnanimidad lo pasado, y de conceder la amnistía hasta á la familia real restituyendo al duque de Orleans, hijo de Luis Felipe, Igualdad, los inmensos bienes de su casa incorporados al patrimonio de la corona, mas cuidadoso en aumentar las dotaciones y la pompa de la casa real, que en prevenir las rivalidades del trono. El genio del duque de Orleans, flexible para la córte, y acariciador para la popularidad, su

origen, la complicidad de su nombre en los actos mas reprobados de la revolucion, sus relaciones fácilmente anudadas con los amigos de su padre que aun existian, el peligro de añadir á todos aquellos medios de candidatura á la corona aquella omnipotencia de corrupcion y de clientela que un príncipe ambicioso encuentra en unos bienes desmesurados, no contuvieron á Luis XVIII. Creia en la sinceridad y en el arrepentimiento del duque de Orleans. Se acordaba del homenage que aquel príncipe habia ido á prestar en Lóndres á la rama primogénita, y del retiro con que vivia en Twykenham, á orillas del Támesis. Pensaba que un hombre de aquel nombre y de aquel carácter, jamás seria peligroso en Francia durante su reinado, que su mismo nombre le abrumaria, y que le llevaria en la oscuridad de un padre de familia, entre las reconvenciones de los realistas, y la desconfianza de los republicanos. Sus hijos, despues de su muerte partirian s herencia, y aquella fortuna, distribuida en muchas porciones, dejaria de ser peligrosa para la corona. Pero el duque de Orleans, en cuanto llegó á Francia, desmintió aquellas previsiones del rey. Habia desempeñado sobre los demas príncipes de la familia real y de la casa de Condé, el doble papel que le asignaban su nombre y su situacion. Príncipe en las Tullerías gozando del respeto que su sangre real le aseguraba, hombre popular en el palacio real, apoderándose de las preferencias de la opinion que por instinto se dirigian hácia él; reservado en su conducta, cortesano del rey, y sobre todo de la opinion liberal, esplicándose siempre con medias palabras, pero dejando entrever y penetrar en sus reticencias, un secreto desprecio hácia la córte, y un grato recuerdo en todo lo que pertenecia á la revolucion, asociándose con una hábil adulacion á los pesares y á la gloria del ejército, eligiendo los gefes de su guardia entre los generales jóvenes de Napoleon, su sociedad íntima con los escritores y oradores de la libertad, irrepren-

sible en la apariencia para la córte, gracioso y atractivo para la oposicion naciente, parecia que la fomentaba en el mismo palacio de Orleans, cuna de la revolucion.

XXXVII.

Los demas príncipes recorrian la Francia para mostrarse al ejército y al pueblo, y recogian al paso el entusiasmo de la ancianidad emigrada y de la jóven nobleza realista. El duque y la duquesa de Angulema estaban en Burdeos. Llevaban á aquella ciudad, la primera que habia enarbolado el pendon de su causa antes de la capitulacion de Paris, el reconocimiento de su familia. Atravesaron rápidamente la Vendée por entre aquellas heróicas poblaciones, que se ponian en pie, para saludar á la hija de Luis XVI. El respeto que aquella infortunada princesa inspiraba en aquellas comarcas, participaba mas del culto que del realismo: el martirio del padre habia divinizado á la hija. Tímida y silenciosa, la duquesa no se espresaba mas que con lágrimas, reprimia como una debilidad de su rango todo impulso de sensibilidad en público, y agradaba sin seducir. Su marido, príncipe modesto y estudioso, pero desprovisto de esos dones que popularizan á los herederos del trono, no prometia al pais mas que la sabiduría y la meditacion. Aquellas virtudes sin esplendor, no le grangearon mas que aprecio, pero jamás pasion. Sin embargo, su modestia agradaba al ejército. Le hablaba con ese sério respeto que realza á unas tropas humilladas por los reveses. En presencia de los oficiales se conducia como un hombre que vá á recibir lecciones, no á dárselas á los maestros de la guerra, y que desea ser adoptado por unos valientes desgraciados.

El duque de Berry, príncipe mas turbulento, recordaba la juventud de Cárlos II, sin poseer su gracia ni su atractivo. Afectaba al frente de las tropas las maneras y el tono del emperador, sus familiaridades con el soldado y sus rudezas con los generales. Creia adular al ejército tomando sus defectos por modelo y por gloria. Se habia rodeado de los oficiales mas calaveras é insolentes del estado mayor de Napoleon, mezclados con algunos amigos de su infancia, que habian vuelto con él de la emigracion. Palabras poco comedidas, escenas violentas, gestos bruscos y frecuentemente ofensivos, revistas continuamente pasadas con la severidad de un discípulo de Federico II y con el desprecio de un antiguo soldado hácia las tropas nuevas, ocurrencias mas brutales que soldadescas, conducta muy lijera, amoríos que se perdonan á los Enrique IV, pero que se vituperan en los príncipes en quienes la gloria no encubre las debilidades, y una agitacion perpétua sin mas objeto que llamar la atencion pública, hacian á aquel príncipe, aunque bueno, valiente y generoso, un motivo de burla, de antipatía popular, y de desafeccion militar, entre la opinion pública y los Borbones. Sin embargo, tenia virtudes, talento pronto, el valor de sus abuelos, pasion á la gloria, la franqueza del soldado, la reparacion magnánima y espontánea de las ofensas que habia hecho, la fidelidad en la amistad, la prodigalidad en el amor, y gusto é inteligencia en las artes: habria agradado á los franceses si no se hubiese apresurado tanto en agradar, y al ejército si no hubiera afectado con tan grande estremo las maneras de soldado. La impaciencia, la brusquedad, su continente ó ademan soldadesco, y la superioridad del rango entre los generales sus maestros, lo echaba á perder todo. Al dia siguiente le era preciso reparar las faltas de la víspera. En cada una de sus visitas á las guarniciones, y de sus revistas en Paris, adquirian nueva impopularidad su casa y su causa.

XXXVIII.

El conde de Artois, padre de aquellos dos príncipes, era ya en Paris, lo que habia sido en Versalles en 1790, y lo que fué en Inglaterra, el cetro y la esperanza de la contrarevolucion. Rodeado de todo el alto clero, de toda la emigracion y de toda la nobleza, era la córte de lo pasado descontenta y exigente, al lado de la córte política y conciliadora de su hermano. Parecia que se preparaba á heredar las faltas que Luis XVIII le dejaria que reparar. Sin embargo, en lo esterior no manifestaba ninguna oposicion formal al gobierno. Se habia contentado con tener en él un ojo y una mano en la persona de Mr. de Vitrolles, á quien habia hecho nombrar secretario de Estado del consejo de ministros. Pero la influencia íntima de Mr. de Blacas, y la esterior de Mr. de Tallevrand, redujeron bien pronto á la nulidad la accion de Mr. Vitrolles en los negocios. Un espíritu censurador, sordas intrigas, relaciones misteriosas con Fouché y Barrás para pedir á la revolucion el secreto del espíritu revolucionario, espionages de alta policía, planes eventuales de gobierno, ligas de periódicos, escitaciones y escritos ultra-realistas, subsidios de córte devorados por escritores aduladores y famélicos, formaban toda la política del hermano del rey. La duquesa de Angulema, que como las mugeres, no tenia mas que instintos por política, se inclinaba á la córte del conde de Artois. Era demasiado piadosa para desear la venganza; pero habia sufrido y llorado mucho para no tener un horror secreto á cuanto le recordaba la sangre de su padre y de su madre. Bien queria perdonar á la revolucion, pero no queria verla. Compadecia al rey su tio, por verse obligado á valerse de las manos sospechosas ó manchadas á sus ojos, de los hombres de la República y del

Imperio. Comprendia la necesidad, mas no podia aparentar un semblante risueño; refugiábase en la habitacion de su suegro el conde de Artois, y cuando se presentaba en la del rey se revestia de su dignidad y de su silencio glacial. Se tomaba por orgullo lo que no era mas que memoria y desolacion. De este modo se enagenaba los corazones, que no tenian la justicia de perdonarla su aversion.

XXXIX.

El anciano príncipe de Condé vegetaba en el palacio Borbon, enmedio de una córte compuesta de antiguos servidores y soldados veteranos de su ejército, que contrastaban con el nuevo, y que conseguian grados, favores y prodigalidades del tesoro. Su hijo, el conde de Borbon, rodeado de algunas señoras y amigos compañeros de su mala suerte, se refugiaba en el palacio de Chantilly, y procuraba distraer sus desgracias, con incesantes cacerías en sus bosques natales.

Se ve pues, que á escepcion del rey, ninguno de aquellos príncipes de la casa de Borbon que habian vuelto á entrar en Francia, estaba formado por la naturaleza ó por la educacion para reconquistar por el ascendiente de la popularidad, el corazon del pais. Lo que el duque de Orleans reconquistase en la oscuridad, no seria para los Borbones. Habia separado ya su causa de la dinastía: pensaba en un porvenir, pero un porvenir para él solo.

XL.

La Francia sin embargo, no manifestaba ningun despego á la familia real. Los recientes reveses tenian aba-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tidas las opiniones. Contentábanse todos con respirar un momento entre dos borrascas, ibanse cicatrizando las llagas, descansaban de las agitaciones, plegábanse con facilidad al tiempo, aguardaban buen porvenir, se extasiaban con la idea de una larga paz, y se envanecian con la libertad devuelta á la tribuna, y con la discusion discretamente permitida á los periódicos. Los imperialistas participaban de los empleos de la córte, de los grandes mandos militares, las magistraturas y prefecturas, con los elevados nombres de la antigua nobleza: los republicanos gozaban de la caida de aquella larga tirania del Cromwell de la libertad francesa, y no exigian de los Borbones mas de lo que republicanos envejecidos pueden exigir á un rey. Los realistas se rodeaban de recuerdos, compasiones reales, leyendas del *Temple*, de la *Consergería*, del *cadalso* del rey y de la reina, de ceremonias espiatorias consagradas á la memoria de las víctimas de la causa real, Luis XVI, la reina, Luis XVII, madama Isabel, Pichegrú, Moreau, confundidos á propósito en un mismo culto de recuerdos, para que la opinion del pueblo viese partidarios de los Borbones en todos los que habian conspirado contra la tirania de Napoleon. Exhumábanse del cementerio de la Magdalena, sepultura de los ajusticiados, los restos del rey y de María Antonieta, medio consumidos por la cal viva, para hacerles unas exequias regias en San Dionisio. Los generales y mariscales, los dignatarios del Imperio, las corporaciones constituidas, las academias, los escritores y los poetas, se apresuraban á concurrir á aquellas ceremonias, maldecian aquellos crímenes y lavaban de ellos al ejército y la nacion. Lisonjeaban con sus imprecaciones y sus lágrimas á una raza real, cuya causa habian olvidado ya hacia veinte y cinco años. Confundiánse en aquellas solemnidades con la antigua aristocracia y la emigracion, para confundirse tambien en los favores que eran su premio. Hubiérase dicho que ya no existia en Francia un solo hombre de

aquella nacion, de aquellas asambleas, de aquella República ó de aquel Imperio, que habian visto aquellos tiempos, aquellas guerras, aquellos tribunales y aquellos suplicios. La Francia entera parecia datar del regreso de los Borbones. Los mismos regicidas rechazaban sobre el terror y la calamidad de los tiempos los votos de muerte en el juicio de Luis XVI, ó en el del duque de Enghien que cada uno se afanaba en negar y esplicar á su manera. No se contentaban con la amnistía: aspiraban á las atenciones y favor del rey. Querian forzar la entrada de las Tullerías, para encontrar con los príncipes que habian vuelto á ocupar aquel palacio, el premio de los servicios sospechosos que habian prestado á Napoleon, y de sus complicidades con los nombres mas siniestros de la República.

XLI.

Luis XVIII no tenia mas que moderar el celo de sus antiguos amigos, y la impaciencia de los nuevos: ninguna oposicion tenia que combatir. La única dificultad consistia entonces, en distribuir en su palacio sus sonrisas y sus favores con bastante imparcialidad y medida entre la antigua y la nueva córte, para que el descontento de la vanidad ofendida, no hiciese imprudentemente prevalecer la una sobre la otra, y para que la antigua y la nueva Francia, estuviesen igualmente satisfechas de su acogida, y creyesen que poseian su confianza. Empleaba en eso un arte y una diplomacia consumada. Los hombres nuevos se creian necesarios á su lado, y los antiguos conocian que eran preferidos. Solo las señoras, mas envidiosas que los hombres, se quejaban con amargura, unas de verse confundidas con las advenedizas de la Revolucion ó del Imperio, y las otras de verse despreciadas por las de la antigua córte. A las primeras les costaba mucho

trabajo el perdonar una restauracion, que las recordaba el poco tiempo que contaban en las filas de la nobleza. Las segundas despreciaban una política que las humillaba, y las recomendaba la igualdad con rivales de títulos y de rangos, que solo reconocia por condescencia al rey. Todas llevaban á su sociedad los desprecios de su antiguo orgullo, y la cólera de sus humillaciones. La opinion estaba pacificada, la vanidad volvia á crear los partidos.

XLII.

El tratado preliminar de París, no era mas que un bosquejo de la paz general, y el reglamento particular de las relaciones de la Francia con las potencias. Un congreso debia arreglar en Viena las relaciones definitivas de todas las naciones entre sí, y volver á formar, por decirlo así, el mapa de la Europa. Mr. de Talleyrand parecia dispuesto á dejar á otros las responsabilidades y embarazos del gobierno interior que se le escapaba de las manos desde que el rey todo lo abarcaba por medio del imperioso Mr. Blacas, y por el espíritu indolente de monsieur de Montesquiou. Partió para Viena. El papel que acababa de representar en la obra de la restauracion, su crédito con el emperador Alejandro, su intimidad con los principales diplomáticos europeos, su gran fama de habilidad, y en fin, la confianza de Luis XVIII, y el mandato de representar ante todos los tronos el derecho, la independencia y la dignidad de aquel trono antiguo, de que los soberanos no podian querer la humillacion, puesto que habian querido su restablecimiento, colocaban á Mr. de Talleyrand en una de las posiciones mas elevadas, en que puede hallarse el plenipotenciario de un pueblo vencido en presencia de sus vencedores. El conocimiento de su carácter, su aficion á la intriga, su ambicion, su nacimiento, sus relaciones de revolucionario con los nuevos príncipes, de restaurador de la legitimidad con los príncipes legítimos, la corruptibilidad que se presumia en su carácter, que si no le hacia seducible por el oro de las córtes, le hacia, segun decian, complaciente á sus seducciones, y accesible á sus recompensas en títulos, en posesiones y sueldos para él y para su familia, contribuia á que Mr. Talleyrand fuese en Viena el móvil y el árbitro de aquel manejo europeo. Desde el tiempo de Carlo-Magno, jamás se habia visto la Europa á merced de una reunion de príncipes y de hombres de Estado. Su dominador estaba abatido. Los restos que habian escapado de sus manos, estaban sobre la mesa del congreso. Un millon de hombres todavía armados estaban prontos para ejecutar sus resoluciones. Las nacionalidades hechas pedazos, y los pueblos que durante la cuarta parte de un siglo habian pasado de una dominacion á otra, aguardaban en silencio su suerte. El congreso podia á su arbitrio restablecer la antigua Europa ó crear otra nueva. El primer partido era evidentemente el mas conforme al espíritu de una liga de príncipes, armados para protestar contra las convulsiones de una revolucion, y contra las invasiones de una monarquía universal: era mas conforme tambien al interés de aquellos príncipes que no podian consagrar la legitimidad de su corona, sin consagrar con la misma mano la legitimidad de las nacionalidades. Pero las largas guerras de la República y del Imperio; los tratados separados entre Napoleon y las potencias que habia trastornado; las concesiones de territorio hechas á unas á espensas de las otras; los servicios prestados por Suecia ó por Nápoles que habia que recompensar; las infidelidades de algunas potencias germánicas, como la Sajonia, que habia que castigar; el engrandecimiento de la Rusia que habia que satisfacer en Polonia; los subsidios de la Inglaterra que habia que ir pagando lentamente en el continente ó en los mares, hicieron inclinar

al congreso hácia el segundo partido. Una nueva distribucion de territorio, calcada en cuanto fuese posible sobre los límites antiguos, y consagrada por las antiguas soberanías restauradas, pero sin consideraciones ni escrúpulos, las pequeñas potencias ya borradas de la carta, y de los señalamientos de poblaciones ó territorios, arbitrariamente dadas y quitadas á las grandes potencias y á las potencias secundarias, para establecer, no una justicia apoyada en los derechos, sino un equilibrio aproximado, basado en las fronteras naturales y en el cálculo numérico de los súbditos: tal fué el espíritu general del congreso de Viena.

Se ha censurado injustamente á Mr. de Talleyrand, el no haber obtenido para la restauracion mas que su emancipacion, sus límites antiguos y la incorporacion de la Saboya, frontera importante y nueva, que completaba la Francia por el lado de la Suiza y de la Italia. Esta reconvencion era irrisoria en boca de los bonapartistas, que acababan de capitular en París, y de atraer sobre su patria la invasion de la Europa. ¿Era acaso del derecho de sus perdidas conquistas, de la Francia invadida, del imperio derruido, del territorio agotado de hombres y de oro, de lo que un negociador podia prevalerse en nombre de los Borbones, para reivindicar en nombre de la Francia una parte de los despojos del mundo? ¿Y en virtud de qué derecho, en nombre de que fuerza, hubiera Mr. de Talleyrand, dictado la ley á la Europa victoriosa? El emperador estaba encadenado en la isla de Elba, el ejército habia desaparecido, la Francia exhausta de sangre y la Europa armada é irritada. Era demasiado para la restauracion obtener en nombre de los Borbones, la entrada en el consejo de los soberanos, la discusion libre de sus intereses, la evacuacion de su territorio, la paz sin humillacion, las fronteras de Luis XIV, y ademas una provincia quitada por las potencias á la casa de Saboya para aumentar y fortificar á la Francia. Esta fué la

obra de los Borbones y el mérito de Mr. de Talleyrand. Si los tratados de Viena pesan sobre la Francia, la justicia histórica debe descargar su peso, no en la debilidad de los Borbones, sino en la ambicion del Imperio.

XLIII

El congreso se prolongó todo el invierno de 1814 á 1815. Sus largos debates interiores, no ofrecen ya interés en el dia mas que por sus resultados. En medio del concierto general de las potencias aliadas, se suscitaban luchas sordas, repulsas, afinidades y preferencias, que agrupaban á la Europa en alianzas naturales para contrabalancear otras alianzas de situacion. Mr. de Talleyrand, que desde su juventud habia presentido, como Mirabeau, la feliz fatalidad de una alianza de la Francia y de la Inglaterra, para la independencia del continente, y para la causa del principio creciente de la libertad del mundo, añadió á aquella alianza natural la del Austria, alianza menos indicada y menos permanente para la Francia. El 3 de enero firmó un tratado particular ofensivo y defensivo entre aquellas tres potencias. La condicion secreta de aquel tratado era el destronamiento de Murat y la restitucion del trono de Nápales á la casa de Borbon, que los ingleses habian sostenido en Sicilia, que el Austria preferia á una soberanía napoleónica y guerrera en Italia, y que Luis XVIII, como gefe de la casa de Borbon, debia naturalmente desear en Nápoles como complemento de su propia restauracion. Asegurado con el resultado que fortificaba con un triunfo de familia su crédito en el ánimo de Luis XVIII, Mr. de Talleyrand concedió fácilmente la humillacion de la Sajonia, la tercera particion de la Polonia, el aniquilamiento de la confederacion del Rhin, sueño desvanecido con la omnipotencia del Impe-

rio, que era la única que podia darla una sombra de realidad, comprendió con exactitud, que la mas comprometida é ilusoria de las alianzas, seria la liga de la Francia con cinco ó seis pequeñas potencias germánicas, que envolverian sin cesar la política francesa en sus discusiones impotentes entre sí, y con los grandes estados de Alemania, sin poder jamás aprontar una fuerza real y preponderante. Las alianzas solo son dignas entre potencias iguales, y no son útiles mas que con estados importantes. Las demas no son alianzas, sino protecciones onerosas. Mr. de Talleyrand mostró en el desprecio de lo que se llama estados secundarios de Alemania, un golpe de vista superior al vulgo, y el genio reflexivo de un negociador. Su correspondencia con Luis XVIII, durante aquel periodo de su vida, manifiesta la superioridad instintiva y la libertad de su entendimiento.

Todas las cuestiones sometidas al tratado de Viena estaban resueltas. Los soberanos se preparaban á volverse á sus estados y licenciar sus tropas. Las fiestas consumian en Viena los últimos dias del invierno: todo anunciaba al mundo una larga era de paz. Solo Murat temblaba en su trono, y se preparaba en silencio á disputársele á la Inglaterra, al Austria, y á la casa de Borbon.

LIBRO QUINCE.

Renacimiento de la literatura, de la filosofía, de la historia, de la imprenta.—Madama de Staël.—Mr. de Chateaubriand.—Mr. de Bonald.—Mr. de Fontanes.—Mr. de Maistre.—Mr. de Lamennais.—Mr. Cousin.—Los salones de Paris.—El gabinete del rey.—Mr. de Talleyrand.—Madama de Staël.—Madama de Duras.—Madama de la Tremouille.—Madama de Broglie.—Madama de Saint-Aulaire.—Madama de Montcalm.—Mr. Casimiro Perier.—Mr. Laffitte.—Beranger.—Los periódicos.—La reina Hortensia.—Folleto de Carnot.—Cartas de Fouché.—Relaciones de Luis XVIII y de Barrás.

I.

Aquella paz, aunque tan reciente, tan cansada de veinte y cinco años de guerra, y tan cargada de problemas desconocidos y que tenian que resolverse por aquella reconciliacion forzada de la revolucion y de la restauracion, comenzaba á reanimar en Francia el pensamiento, el talento y las artes, sofocadas por el largo despotismo, y que renacian con el mismo soplo de la libertad.

Aquella época era el despertar del espíritu humano. En aquella época de la restauracion, muchos hombres de que vamos á hablar, no habian todavía escrito sus obras, ni conquistado su nombradía. No obstante, no nos limitaremos á la historia literaria de aquel momento: la se-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio, que era la única que podia darla una sombra de realidad, comprendió con exactitud, que la mas comprometida é ilusoria de las alianzas, seria la liga de la Francia con cinco ó seis pequeñas potencias germánicas, que envolverian sin cesar la política francesa en sus discusiones impotentes entre sí, y con los grandes estados de Alemania, sin poder jamás aprontar una fuerza real y preponderante. Las alianzas solo son dignas entre potencias iguales, y no son útiles mas que con estados importantes. Las demas no son alianzas, sino protecciones onerosas. Mr. de Talleyrand mostró en el desprecio de lo que se llama estados secundarios de Alemania, un golpe de vista superior al vulgo, y el genio reflexivo de un negociador. Su correspondencia con Luis XVIII, durante aquel periodo de su vida, manifiesta la superioridad instintiva y la libertad de su entendimiento.

Todas las cuestiones sometidas al tratado de Viena estaban resueltas. Los soberanos se preparaban á volverse á sus estados y licenciar sus tropas. Las fiestas consumian en Viena los últimos dias del invierno: todo anunciaba al mundo una larga era de paz. Solo Murat temblaba en su trono, y se preparaba en silencio á disputársele á la Inglaterra, al Austria, y á la casa de Borbon.

LIBRO QUINCE.

Renacimiento de la literatura, de la filosofía, de la historia, de la imprenta.—Madama de Staël.—Mr. de Chateaubriand.—Mr. de Bonald.—Mr. de Fontanes.—Mr. de Maistre.—Mr. de Lamennais.—Mr. Cousin.—Los salones de Paris.—El gabinete del rey.—Mr. de Talleyrand.—Madama de Staël.—Madama de Duras.—Madama de la Tremouille.—Madama de Broglie.—Madama de Saint-Aulaire.—Madama de Montcalm.—Mr. Casimiro Perier.—Mr. Laffitte.—Beranger.—Los periódicos.—La reina Hortensia.—Folleto de Carnot.—Cartas de Fouché.—Relaciones de Luis XVIII y de Barrás.

I.

Aquella paz, aunque tan reciente, tan cansada de veinte y cinco años de guerra, y tan cargada de problemas desconocidos y que tenian que resolverse por aquella reconciliacion forzada de la revolucion y de la restauracion, comenzaba á reanimar en Francia el pensamiento, el talento y las artes, sofocadas por el largo despotismo, y que renacian con el mismo soplo de la libertad.

Aquella época era el despertar del espíritu humano. En aquella época de la restauracion, muchos hombres de que vamos á hablar, no habian todavía escrito sus obras, ni conquistado su nombradía. No obstante, no nos limitaremos á la historia literaria de aquel momento: la se-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guiremos en el porvenir para dilatar el horizonte de aquel renacimiento del pensamiento.

El siglo XVIII habia sido interrumpido en sus pensamientos, en sus obras y sus artes, por una catástrofe que dispersó á sus filósofos, sus poetas, sus oradores, y sus escritores. La emigracion, el terror y el cadalso, habian diezmado la inteligencia. Condorcet y Champfort se habian dado la muerte. Andrés Chenier y Roucher, habian caido á los golpes del hacha. Mirabeau habia muerto de cansancio en la revolucion, y tal vez de angustia ante las perspectivas que no podian escaparse á su penetracion. Vergniaud habia desaparecido en la borrasca, dichoso con librarse del espectáculo del crimen por el martirio de la elocuencia á que aspiraba. Delille habia huido lejos de su patria, y cantado á los desterrados en Polonia y en Inglaterra: el abate Raynal habia envejecido en el arrepentimiento y en el desaliento de sus esperanzas. Paray habia convertido sus amores en cinismo y se habia puesto á sueldo de los publicanos. La filosofia y la literatura en Francia á fines del reinado de Napoleon habian sido condenadas al silencio, ó disciplinadas y alineadas como batallones por medio del sable. Habiase estenuado la naturaleza en los hombres á principio del siglo para preparar y completar la revolucion. Completada esta, el pensamiento que la habia producido parecia haberse asustado de si mismo, al ver que seria aniquilado con su alumbramiento.

Bonaparte, que aspiraba á la tirania y que aborrecia el pensamiento porque es la libertad del alma, se habia aprovechado de aquella estenuacion y de aquel cansancio del espiritu humano para ponerle una mordaza ó para enervar la literatura. Solo habia favorecido las ciencias matemáticas, porque los números miden, cuentan y no piensan.... De las facultades humanas no honraba mas que aquellas de que podia formarse dóciles instrumentos. Los geómetras eran sus hombres, los escritores

le hacian temblar. Era el siglo del compás. Unicamente toleraba la literatura lijera y fútil que distraia al pueblo y que incensaba á la tirania. Hubiera hecho callar por medio de su policia á toda voz cuyo acento varonil hubiera producido vibraciones en una de las cuerdas graves del corazon humano. Permitia las rimas que atruenan los oidos, pero la poesia que exalta el alma, no. Habiendo escrito el jóven Cárlos Nodier una oda en las montañas del Jura, que respiraba sentimientos muy elevados para el servilismo de aquel tiempo, se vió obligado á proscribirse antes que sufrir la proscripcion que le esperaba.

II.

Era preciso que la tirania de Napoleon fuese bien rigorosa para que la vuelta del antiguo régimen pareciese que reanimaba la libertad y el soplo del alma. Asi sucedió en efecto. Apenas fué derrocado el Imperio cuando comenzaron á pensar escribir y cantar en Francia. Los Borbones, contemporáneos de la literatura de su pais, se gloriaron de volverla á traer con ellos. El régimen constitucional devolvia la palabra á dos tribunas. A pesar de algunas leyes preventivas ó represivas, la libertad de imprenta hizo respirar las letras. Todo cuanto callaba volvió á recobrar la voz. Los ánimos humillados por la compresion, la sociedad hambrienta de ideas, la juventud impaciente de gloria intelectual se vengaban de su largo silencio por un torrente repentino y casi continuo de filosofia, historia, poesia, polémica, memorias, dramas, obras artisticas y de imaginacion. El siglo de Francisco I está lleno de originalidad; el de Luis XIV está lleno de gloria; ni uno ni otro tuvieron mas entusiasmo ni movimiento que los primeros años de la Restauracion. La esclavitud todo lo habia acumulado en las almas du-

rante veinte años. Estaban llenas y rebosaban: la historia les debe sus páginas. Aquellas no son únicamente los anales de las guerras ó de las córtes, son especialmente los anales del espíritu humano.

III.

Durante aquellos años de opresion habian madurado grandes talentos, que volvian á aparecer en toda su libertad y esplendor. Madama de Staël y Mr. de Chateaubriand dividian entre sí ya hacia veinte años la admiracion de la Europa y la persecucion de Napoleon.

Madama de Staël, hija de Mr. Necker, talento precoz alimentado en la tertulia de su padre con la lectura y la conversacion de los oradores, de los filósofos y poetas del siglo XVIII, habia respirado la revolucion en su cuna. Hija de la Helvecia, trasplantada á la córte, su alma y su estilo participaban de aquel doble origen, era republicana de imaginacion y aristócrata de costumbres. Habia en ella algo de Rousseau y de Mirabeau: era pensadora como el uno y oradora como el otro. Su verdadero partido en política era el girondino. De mas talento y de alma mas generosa que madama Roland, era un grande hombre con las pasiones de muger. Pero aquellas pasiones tiernas y fuertes daban á su talento las cualidades de su alma, el acento, el calor y el heroismo del sentimiento. Napoleon la creyó mas peligrosa á su tiranía que Lafayette, y la desterró muy lejos de Paris. Aquel ostracismo convirtió á su casa, situada á orillas del lago de Ginebra, en la última mansion de la libertad. Las obras de madama de Staël, poéticas unas veces y políticas otras, aunque proscriptas ó mutiladas por la policía, siempre habian dejado traspirar en Francia y en Europa durante el reinado del Imperio, el fuego del corazon, el entusiasmo del espíritu, las aspiraciones de la libertad y

el odio santo al embrutecimiento y á la esclavitud. Aquella muger habia sido la última de las romanas en tiempo de ese César que no se atrevia á herirla, que no habia podido envilecer. Amigos fieles y generosos, tanto hombres como mugeres, se honraban con su amistad: Mateo de Montmorency, madama Recamier, los filósofos alemanes, los poetas de Italia y los hombres de estado liberales de la Inglaterra. Durante los últimos años del reinado de Napoleon, en que su caída acelerada le hacia mas implacable, madama Staël huyó hasta el centro del Norte. Desde allí promovia la insurreccion de las córtes y de los pueblos contra el opresor del espíritu humano. A su caída volvió á presentarse en Paris triunfante sobre las ruinas de su enemigo. El mundo armado la habia vengado sin querer. Deseaba ella que aquella victoria de las naciones contra la conquista fuese tambien la victoria de la libertad contra el despotismo. Madura por los años y por la esperiencia de las cosas humanas, habia perdido la aspereza de las ideas republicanas, que habian fanatizado su juventud en 1791 y 1792. Tenia recuerdos agradables de los Borbones. Esperaba mucho de una restauracion probada como ella por el cadalso y por el destierro, y que conciliaria en rededor del trono las libertades representativas con las tradiciones del sentimiento nacional. Su tertulia en Paris era una de las fuerzas de la restauracion. Su elocuencia convertia á los viejos republicanos, los jóvenes liberales y las almas fluctuantes á un régimen constitucional, á imitacion de la Inglaterra, que devolviese la independencia á las opiniones, la tribuna á los oradores y el gobierno á la inteligencia. Luis XVIII, con la elevacion de sus ideas, por su gusto literario y por su admiracion hácia ella la consolaba de los desprecios y brutalidades de Napoleon. Trataba á madama de Staël como aliada á su corona, porque representaba al espíritu europeo.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

IV.

Era feliz entonces por su corazon y gloriosa por su talento. Tenia dos hijos. Un varon que no revelaba el talento de su madre, pero que prometia todas las cualidades sólidas y modestas del patriota y del hombre de bien; y una hija que despues casó con el duque de Broglié, que se asemejaba al mas hermoso y puro pensamiento de su madre, encarnada bajo una forma angélica para elevar al cielo la mirada y para representar la sanidad en la hermosura. Apenas todavia en el medio de la vida, con esa juventud renaciente, que renueva la imaginacion esa sávia del amor, madama de Staël, acababa de casarse con el último ídolo de su cariño. Se preparaba á publicar sus *Consideraciones sobre la revolucion*, que habia visto de tan cerca, y la narracion personal y apasionada de sus *diez años de destierro*, y en fin: un libro sobre el genio de la Alemania, en él que habia derramado, y filtrado gota á gota, todos los tesoros de su alma, de su imaginacion y de su religion, cuyo libro vió simultáneamente la luz pública en Francia y en Inglaterra y llamó la atencion de la Europa. Su estilo, especialmente en este libro, sin perder nada de su juventud ni brillantez, parecia haber adquirido un resplandor mas elevado y eterno, al acercarse al último tercio de la vida y á los altares del pensamiento. Aquel estilo ya no sólo pintaba y cantaba sino adoraba. Sus páginas respiraban el incienso de un alma: era Corina convertida en sacerdotisa, y entreviendo desde el borde de la vida al Dios desconocido, en el fondo de los horizontes de la humanidad.

Entonces fué cuando murió en Paris dejando un gran vacio en el corazon de su siglo. Fué el J. J. Rousseau de las mugeres, pero mas tierna, mas sensata y mas capaz de grandes acciones que el genio de dos sexos, uno para

pensar y otro para amar; fué la mas apasionada de las mugeres y el mas varonil de los escritores en un mismo ser. Nombre que vivirá tanto como la historia y la literatura de su pais.

V.

Mr. de Chateaubriand era entonces el único hombre que podia contrabalancear la nombradía de aquella muger. Enemigo como ella de Bonaparte, porque hay una guerra natural entre el genio del pensamiento y el de la opresion, la caida de aquel soldado que todo lo ofuscaba permitió que volviesen á aparecer aquellos dos escritores.

Mr. de Chateaubriand, noble breton, que nació en las playas del Océano, mecido con el murmullo de los vientos y de las olas de su patria, y arrojado en seguida por la casualidad de su nacimiento mas bien que por sus opiniones inciertas, á los campos errantes de la emigracion, luego á los bosques de America, y despues á las nieblas de Lóndres, era el *Osian* francés. Tenia en su imaginacion, el colorido, la inmensidad, los gritos, las quejas y lo infinito. Su nombre era una harpa Eolia, que producia sonidos que encantaban los oidos, conmovian el corazon, y que el entendimiento no puede definir: era el poeta de los instintos mas bien que de las ideas, el recuerdo y el presentimiento de lo indefinible y el murmullo misterioso de los elementos. Aquel hombre habia resonado en todas las almas y conquistado un inmenso imperio no sobre la razon sino sobre la imaginacion de los tiempos.

VI.

Como todos los grandes talentos, habia nacido de sí mismo. Solo, ocioso y miserable en Lóndres, durante los

últimos años de la República escribió un libro escéptico como su pensamiento y como las ruinas de que el hundimiento de la Iglesia y del trono habia cubierto el mundo. Se le habia dicho: no es eso; el mundo no quiere ya dudar, porque tiene necesidad de esperar, devolvedle la fé. Jóven, melancólico, inclinado á las creencias, indiferente á la naturaleza de las emociones con tal que se le convirtiesen en aplausos y en gloria, despues de haberle conmovido á él mismo, quemó su libro y escribió otro. Esta vez fué el *Genio del cristianismo*. La filosofía habia vencido; la revolucion habia minado y sacrificado en su nombre: los filósofos eran acusados de todas las calamidades del tiempo. Habian llegado á hacerse impopulares como son malditos de los fieles, los que arruinaron el templo. Mr. de Chateaubriand emprendió la obra de reconstituirle en la imaginacion: quiso ser el *Esdras* de la iglesia destruida y de los adoradores dispersos.

VII.

Un filósofo piadoso tenia una obra grande y santa que desempeñar con un plan semejante. La filosofía religiosa y luminosa habia avanzado de siglo en siglo penetrando rayo por rayo en las sombras de los templos; habia hecho palidecer las supersticiones, evaporar los ídolos y difundido mas luz, mas razon, y por consiguiente, mas divinidad sobre los altares. Una filosofía impía, cínica, materialista se habia mezclado en los últimos tiempos en la obra indicada y la habia viciado y pervertido. Remontarse á las fuentes del cristianismo, y purificar los corazones; mostrar á los hombres de nuestro tiempo lo que Dios habia mezclado de santidad, de virtud y de eficacia en las doctrinas del cristianismo, lo que la ignorancia, la fuerza, el fraude y la barbarie habian producido de supersticioso, de idolatría, de vicios y de corrupcion: dar á Dios lo que era de Dios y á los hombres lo que era de los hombres, al tiempo pasado lo que debia morir con él, y al porvenir lo que debe durar y vivificar el alma humana, haciéndola respirar una idea mas pura de la divinidad é impregnando los cultos, la legislacion, la política y todas las obras sociales de una mas perfecta santidad; era la obra de una grande razon, de una grande imaginacion, removiendo con mano respetuosa, pero libre, las ruinas del santuario antiguo para levantar el nuevo santuario. Mr. de Chateaubriand estaba dotado de una razon bastante ilustrada para esta empresa y de un grande genio para llevarla á cabo. El cristianismo hubiera tenido su Montesquieu con la poesía ademas.

VIII.

En vez de esta obra, Mr. de Chateaubriand habia hecho en su libro, como Ovidio, los *Fastos de la religion*. Habia exhumado no el genio, sino la mitología y el ceremonial del cristianismo. Habia cantado sin eleccion y sin crítica sus dogmas y sus supersticiones, su fé y sus credulidades, sus virtudes y sus vicios. Habia hecho el poema de todas las vulgaridades antiguas y de todas sus instituciones envejecidas y decaidas, desde la dominacion política de las conciencias por la espada, hasta las riquezas y poderío de la iglesia; desde las aberraciones del ascetismo monacal, hasta sus ignorancias beatificadas; y hasta los engañosos prodigios populares inventados por el celo y perpetuados por la rutina del clero rural para reducir la imaginacion en lugar de santificar el espíritu de los pueblos. Mr. de Chateaubriand lo habia divinizado todo. Su libro era el relicario de la credulidad humana.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

IX.

Habia tenido el mas feliz acierto, mediando dobles razones para el buen éxito; en el escritor por su genio y en la opinion por sus tendencias La revolucion habia trastornado y desorientado todo el espíritu humano. Los temblores de tierra producen el vértigo: viendo el pueblo hundirse al mismo tiempo el trono, la sociedad y los altares, creyó llegado el fin de los tiempos. El hierro y el fuego habian destruido los templos, la impiedad habia perseguido la fé, el hacha habia herido á los sacerdotes, la conciencia y la oracion se habian visto obligadas á ocultarse como los crímenes; el Dios doméstico habia llegado á ser un secreto entre el padre, la madre y los hijos; la persecucion habia escitado la compasion del pueblo hácia el sacerdocio, la sangre habia santificado á los mártires, las ruinas de los templos cubrian el sol y parecian acusar á la tierra de ateismo. El mundo estaba ademas triste como despues de las grandes conmociones. Una inquieta melancolía habia sobrecogido las imaginaciones; buscábase el oráculo que señalara al género humano su porvenir. Mr. de Chateaubriand mostró el altar antiguo y la religion de la cuna; recordó la oracion de rodillas delante de la madre, los ancianos sacerdotes encanecidos en la proscripcion, aparecidos y errantes sobre las tumbas de los antepasados volviendo á traer de las chozas el Dios desterrado; el sonido de la campana, el himno de alabanza, el misterio, la esperanza el consuelo y el perdon. El corazon estaba de su parte. Aceptóse por profeta del porvenir al poeta que bordaba de tantas flores sagradas humedecidas con santas lágrimas la mortaja del pasado. Jamás la poesía habia logrado una conversion semejante de los corazones por la magia de la imaginacion y por la elegancia del sentimiento. Aquel

libro admiró, al mundo como una voz salida del sepulcro Se admiró se tuvo en la memoria; se oró con fervor, se derramó llanto, ya nose discutió mas: la Francia habia sido profundamente convencida. Desde aquel dia Mr. de Chateaubriand llegó á ser el hombre necesario de todas las restauraciones. Habia restaurado el cristianismo y á Dios en las almas; ¿cómo no habia de restaurar la monarquía y á los reyes en su palacio? Querido á la iglesia que él habia rejuvenecido con sus lágrimas, querido á la aristocracia cuya proscripcion habia santificado, querido á las mugeres por la ternura de sus poemas en que, la religion no luchaba con el amor mas que para divinizar la pasion, y querido en fin á la juventud, que percibia por primera vez en esta poesía, notas en las cuales Dios y la naturaleza resonaban como nuevas cuerdas añadidas al instrumento lírico del corazon del hombre; reinó su nombre sobre el santuario, sobre el hogar doméstico, sobre la cuna de los niños, sobre la tumba de los padres, sobre el presbiterio del lugarcillo, sobre el castillo de la aldea, sobre el lecho de los esposos y sobre el sueño del jóven. La poesía se habia perdido en el ateismo: él la encontró en Dios. La poesía será una de las potestades reales de este mundo, mientras que la imaginacion sea una mitad de la naturaleza humana.

X.

Mr. de Chateaubriand habia vuelto á entrar libremente en Francia para publicar allí su libro. Bonaparte, que era tambien el poeta del pasado en accion, queria una mano bastante rica de colorido para dorarle las instituciones y los perjuicios que habia fundado su poder. Su genio vasto pero no creador, no era otra cosa que el genio mismo de las restauraciones. Aspiraba á restable-

cer en sí á Carlo-Magno, el creador de un tiempo al fin de otro tiempo, el décimo siglo al fin del siglo XVIII. Se engañaba en la fecha y queria que el espíritu humano se colocara ocho siglos antes. Mr. de Chateaubriand y Bonaparte se convenian mútuamente; su idea era una misma. Mr. de Chateaubriand era el Napoleon de la literatura.

XI.

El escritor no resistió las primeras gracias del conquistador; fué nombrado secretario de embajada en Roma, capital del catolicismo restaurado, donde un tio de Bonaparte el cardenal Fesch, se hallaba de embajador. Este empleo subalterno no satisfizo por largo tiempo al hombre de genio que reinaba por el talento sobre su patria: rompió por mezquinas quejas con el embajador, sencillo y de escaso talento. Napoleon desconfiaba de toda grandeza natural que no ensalzase la suya. Afectó tratar á Mr. de Chateaubriand como un hombre inferior, y le nombró ministro plenipotenciario en *Sion*, pequeña villa del Valais perdida en un valle de los Alpes. Demostraba á un mismo tiempo favor é ironía en una mision semejante y en la residencia que se señalaba á aquel hombre. Era otro Ovidio entre los sármatas; puede muy bien creerse que Mr. de Chateubriand se resintió con tal nombramiento.

El asesinato del duque de Enghien que produjo la indignacion de la Europa en aquella época, le suministró una noble venganza. Envió la renuncia de sus funciones de ministro plenipotenciario á Napoleon. Era este acto una declaracion de guerra del honor contra el crímen. Aquella dimision nada tenia de injuriosa mas que la fecha. Todavía Mr. de Chateaubriand siguió desde aquel dia haciendo paso á la fortuna de Bonaparte. A pesar de

todo, no le rehusó algunas frases de adulacion en la época de su eleccion para la Academia Francesa, como un preliminar de la reconciliacion. El emperador respiró el incienso pero separó la mano que se le dispensaba. Distraido por la guerra, olvidó al grande escritor que á su lado parecia el árbitro esclusivo en las letras. Mr. de Fontanes, su amigo y uno de los familiares del emperador le escudaba contra toda persecucion real. Gracias á este intermediario los dos grandes rivales en celebridad podian aun volver á unir sus respectivas fortunas. Los síntomas de la decadencia de Napoleon, hecha mas inevitable por el esceso mismo de su tiranía, sorprendiendo y haciendo impresion á Mr. de Chateaubriand, preparó en silencio la última arma con que queria herirle en la ocasion oportuna. Era el libelo titulado: *De Bonaparte y de los Borbones*. Le llevó por espacio de muchos meses como un puñal oculto entre el forro de su vestido. Aquel libelo, una vez descubierto, hubiera podido ser su sentencia de muerte. Era mas que una conjuracion, era un ultrage. Aquel libro poderoso pero odioso, pues que calumniaba al hombre hiriendo al tirano, habia elevado á Mr. de Chateaubriand al rango de los favoritos mas acreditados de la Restauracion. Habia llegado á ser el hombre consular de todos los partidos realistas. Sostenia por medio del periodismo aquello que mas convenia á su dominacion, ya el realismo implacable, ya el liberalismo mas acariciador, unas veces el antiguo régimen sin contrapeso, y otras una capciosa conciliacion, sirviéndole de eco el *Diario de los Debates* y el *Conservador*, de escuela la juventud aristocrática, de móvil la ambicion y la personalidad, alguna vez vencido y alguna otra vencedor, pero seguro siempre de volver á encontrar el favor del público, afectando la persecucion y apelando á su genio.

XII.

Mr. de Bonald, talento bien inferior, pero carácter bien superior á Mr. Chateaubriand, disfrutaba por entonces de un nombre igual; pero su popularidad misteriosa no traspasaba los límites de una escuela y de una secta. Era el legislador religioso del pasado, encerrado en el santuario del tiempo.

Mr. de Bonald, era la mas noble figura que el antiguo régimen podia presentar al nuevo. Hidalgo de provincia, cristiano de fé, patriota de corazon, realista por conviccion, borbonés honrado y fiel, habia reivindicado su parte de proscripcion y de indigencia durante la emigracion. Habia andado errante por los campos y pueblos del estrangero con su muger y sus hijos, alimentados con su trabajo. Habia estudiado la historia, las costumbres, las religiones, las revoluciones de los pueblos en sus catástrofes mismas ocurridas á su vista. Como Arquimedes habia escrito y calculado en medio del asalto de los hombres y del incendio europeo. Su religion era sincera y sumisa, como á un órden recibido de lo alto y no discutido. Prestaba toda su filosofía á los libros santos: creia en la revelacion política como en la revelacion cristiana. Se remontaba siempre de escalon en escalon hasta el oráculo primitivo, Dios. Su teocracia no admitia ni la duda ni la rebeldía; pero como en todas las fées sinceras y cordiales, no tenia cabida en él ni el esceso, ni la violencia. Era indulgente y dulce como los hombres que creen haber llegado á descubrir de un modo cierto é infalible la verdad. Se acomodaba á los tiempos, á las costumbres, y á las circunstancias, pero nunca con la autoridad. Habia en su carácter toda la moderacion posible; hubiera sido el ministro mas sábio de una restauracion prudente, paciente, y mesurada. Poseia el

conocimiento de su opinion, y la costumbre de meditar y de escribir le habian dado el don de la palabra. Tenia mucha elevacion y mucha serenidad para ser orador parlamentario ú orador popular; mas bien que hablar, pensaba en la tribuna. Sus libros y sus opiniones escritas, formaban un dogma en el partido monárquico y religioso. Su estilo sencillo, meditado y fluido, era la imágen de su espíritu. La inteligencia honrada y candorosa, encontraba en él un suavísimo y dulce recreo, que inclinaba á combatir las propias convicciones, cuando la buena fé hacia reconocer el error poniendo de manifiesto la verdad. Era, pues, la confidencia del hombre de bien.

XIII.

Mr. de Fontanes, era reputado despues de la muerte del abate Delille, como el poeta que habia sobrevivido á la escuela antigua del siglo XVII. Su nombre gozaba de una inmensa autoridad encubierta en el misterio. Se hablaba de contínuo de poemas que jamás publicó. Mr. de Chateaubriand, su protegido en la época en que necesitaba de protector, su amigo despues, sentia hácia Mr. de Fontanes la admiracion que rehusaba á la multitud de poetas de su tiempo. No se conocian de él mas que algunos fragmentos elegantes, puros, didácticos, sin originalidad, sin calor, pero correctos; era, pues, un talento que desarmaba á la crítica, pero que ni apasionaba ni producia entusiasmo. Mr. de Fontanes, sobresalia en esa elocuencia de grande aparato que Napoleon le hacia desplegar en las grandes ceremonias de su reinado, como la pompa del Imperio. Habia sido el orador de córte, y el poeta monárquico desde el Consulado hasta la Restauracion. Habíase precipitado en el nuevo reinado con mas conato y actividad, que conveniencia. Poeta para

los políticos, político para los poetas, elevado por el favor de dos reinados á las mas altas dignidades del gobierno, gozaba de una consideracion presente, y de una gloria futura, envuelta en su prestigio, inviolable para la crítica, agradable á la córte, acariciado por los hombres de Estado, presentando de tiempo en tiempo á las academias y á los hombres de letras sus versos como una deferencia y su talento como un favor.

XIV.

La filosofía del siglo XVIII no tenia mas que viejos y escasos adeptos que habian sobrevivido á la revolucion. La filosofía católica estaba representada por dos hombres de un genio poderoso, y de un estilo sublime. Aunque de diferente edad y de distinta patria, aparecian juntos al mismo tiempo sobre el horizonte del nuevo siglo.

El uno, el conde José de Maistre, era un noble saboyano, emigrado como Mr. de Bonald, que habia pasado en Rusia los largos años de la revolucion. Era ya bastante avanzado en edad cuando la caida de Napoleon le restituyó su patria. Volvió á ella con las mismas ideas que profesaba veinte años antes. Los trastornos de la Europa, que él habia contemplado desde el fondo tranquilo de su retiro, no le parecian sino la venganza del cielo, y la merecida espiacion del abandono de las doctrinas antiguas por el espíritu moderno. No discutia como Mr. Bonald, ni cantaba como Mr. de Chateaubriand, profetizaba con los cabellos encanecidos, con la autoridad y la rudeza de un hombre que llevaba la luz y los rayos de Dios. Su rica y fuerte naturaleza le habia predispuesto maravillosamente para este papel, ó por mejor decir, para que obrara en consecuencia de lo que podia

en él considerarse como una fé viva. Creia firmemente cuanto decia. Era un hombre de la Biblia mas que del Evangelio: tenia las audaces imágenes, los relámpagos y prolongados estremecimientos de los oráculos de Jehovah. No retrocedia ante ninguna paradoja, ni aun ante el verdugo y la hoguera. Queria que la autoridad de Dios sobre los espíritus estuviese armada como la de los tronos sobre los hombres. Obligar para salvar, cortar para sanar, é imponer, en fin, la tiranía de la fé por los lictores y la espada, hé aquí la doctrina que se atrevia á presentar á un mundo enervado por el escepticismo y que habia llegado á ser tolerante, al menos por la incertidumbre en la verdad. El escándalo de este reto de un filósofo absoluto al género humano, atrajo la atencion pública hácia sus obras. El género particular de su estilo hizo que las leyesen aun aquellos mismos que le reprobaban. Aquel estilo desprovisto de todas las galas afeminadas del último siglo, tenia la temeridad, la grandeza y hermosura salvage de un elemento primitivo: recordaba los *Ensayos de Montaigne*. Pero era un *Montaigne* ébrio de fé en lugar de perplegidad y de duda, conociendo poco las cosas de su tiempo y encontrando en esta misma ignorancia la sencillez de su dogma y la violencia de su conviccion. Las *Tardes de San Petersburgo*, primer libro de este Platon de los Alpes admiraban á los hombres de letras y calmaban á los hombres de fé. Nadie imaginaba entonces que una secta religiosa se apoderaria de las atrevidas doctrinas del conde José de Maistre, hombre tan dulce y tan tolerante como terribles eran sus imágenes, y que haria de su libro el código de una doctrina de terror.

XV.

El otro, Mr. de Lamennais, era un jóven sacerdote desconocido hasta entonces en el mundo, nacido en la

Bretaña, que fué creciendo en la soledad y en las ilusiones, lanzado por el disgusto de las pasiones, y por la fuerza de la persuasion al pié de los altares mismos donde habia creído encontrar la fé y la paz. No habia encontrado realmente ni lo uno ni lo otro, y su vida debia ser en adelante la larga peregrinacion de su alma en mil otros cultos de ideas. Pero entonces era ardiente, implacable, y su celo le devoraba bajo la forma de su genio. Aquel genio recordaba á la vez á Bossuet y á Juan Jacobo Rosseau. Lógico como el uno, pensador como el otro, mas florido y mas punzante que los dos. Su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion* era uno de los mas elocuentes llamamientos que pudo salir del templo para convocar á la juventud, por la razon y por el sentimiento. Ibanse desuniendo aquellas páginas como si hubieran caido del cielo sobre un siglo desorientado y sin vida. Mr. de Lamennais era entonces mas que un escritor, el jóven apóstol que rejuvenecia una fé.

XVI.

Otra escuela filosófica se agitaba al lado de la de los filósofos sagrados: era la del moderno platonicismo, de esa revelacion por la naturaleza y por la razon, que Juan Jacobo Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, Ballanche, Jouffroy, Keratry, Royer Collard, Aimé Martin, discípulo piadoso, continuador de los *Estudios sobre la naturaleza*, habian sustituido poco á poco á aquel materialismo compañero del ateismo, crímen, vergüenza y desesperacion del espíritu humano. Los filósofos alemanes y escoceses, la habian elevado en alas de la imaginacion del Norte hasta la altura de la contemplacion y del misterio. Un jóven nutrido y como apasionado por aquellas revelaciones naturales, orador y escritor político, comenzaba á revelarlas á la juventud; era Mr. Cousin. Con una elocuencia grave, mística, confidencial y á media voz como los secretos del otro mundo, atraia en su derredor los espíritus ávidos de creer despues de tanto dudar. Su palabra prometia siempre; era por decirlo asi, el eterno crepúsculo de una eminente verdad. Esperábase sin cesar verla brotar mas visible y mas completa de sus discursos ó de sus páginas. La imaginacion concluia lo que la filosofía habia solo bosquejado. Un concurso parecido al que en otro tiempo rodeaba á *Abelardo*, inundaba los pórticos de las escuelas. No se salia ilumi-nado pero sí entusiasmado. El filósofo no habia desenvuelto los misterios que solo Dios revela alternativamente á la inteligencia piadosa de la humanidad, pero habia cumplido el único fin de la filosofía sobre la tierra, habia elevado el alma de la generacion y hecho volver sus miradas á Dios. Estábase ya bien lejos del cinismo y del embrutecimiento de las ideas del Imperio.

XVII.

La historia es la política retrasada de las naciones en reposo, y comenzaba grandes obras: Mr. Agustin Thierry, aquel benedictino homérico, creaba en la historia una restauracion. Hacia revivir en los relatos llenos de erudicion y atractivos como el arte, las costumbres y las figuras de nuestras primeras razas; los orígenes, las leyendas y la amancipacion del tercer estado. Mr. de Segur, referia en estilo épico la campaña de Napoleon en Rusia, y aquella sepultura de setecientos mil hombres en la nieve; Mr Thiers los anales de la revolucion francesa, en que su clara inteligencia ponia de manifiesto la luz de los hechos; Mr. Guizot las consideraciones dogmáticas que ajustaban los acontecimientos á las teorías; Mr. Mi-

chaud, las cruzadas, esa epopeya del fanatismo cristiano; Mr. de Baraute, crónicas que rejuvenecian la Francia en la sencillez de sus primitivas edades; Mr. Michelet las primeras páginas de sus relatos, llenos entonces de la credulidad candorosa de la juventud; Mr. Daru, la grandeza y la caida de Venecia; Lacretelle, todo el siglo XVIII, al cual habia asistido, moderado y puro.

XVIII.

El Imperio que habia impuesto el silencio ó la bajeza á los escritores, dejaba no obstante un gran número de hombres eminentes ó notables en los diversos órdenes de la literatura. El viejo Ducis vivia aun: volvia á traer á los Borbones la fidelidad de sus antiguos recuerdos que habian sobrevivido á su republicanismo. Inflexible á los favores del Imperio, aceptaba los de Luis XVIII, su primer patrono. Raynouard, amigo de Mr. Lainé, alma desinteresada, corazon libre y voz independiente, añadia tragedias severas á su bella tragedia de *Los Templarios*. Chenier, constante en la inconstancia general, protestaba en versos enérgicos por la filosofía y por la libertad. Habiasele acusado de haber asesinado á su hermano durante el terror; lavaba en sus lágrimas de indignacion semejante calumnia á su ternura. Lemercier, espíritu bizarro, asociado á un corazon noble y recto habia conservado tanto su fidelidad á la República que jamás se prosternó ante el Imperio. Briffault despues de haber ensayado la escena francesa con dramas vaciados en el molde Voltaire, renunciaba por la lijera gloria de los salones á los austeros trabajos del trágico, y esparcia como Boufflets su espíritu y su gracia al viento. Casimiro Delavigne cantaba en estrofas latinas y griegas los reveses de la patria en las *Messeniennes* y los preludios de su vida de

poeta. Hugo, niño aun, balbuceaba ya estrofas que hacian enmudecer á las viejas cuerdas de la poesía de tradicion. Soumet, tierno como Andrés Chenier en la elegía, y armonioso como Racine en la epopeya, fluctuaba entre las dos escuelas. Millevoye modulaba un canto divino en sus labios. Vigny meditaba las obras de recogimiento y de originalidad y que recuerdan un alma solitaria. Sainte Beuroc conversaba en términos escasos de espresion pero tiernos con los amigos de su juventud á quienes habia de criticar mas tarde. Andrieux, Guiraud, Etienne, Duval, Parseval Grandmaison, Viennet, Esmenard, Saint Victor, Campenon, BaourL-ormian, Michaud, Pougerville, Julio Lefévre, Emilio Deschamps, Berchoux, Cárlos Nodier, Senancourt, Javier de Maistre, el hermano del filosofo Montlosier, Genoude, Mr. de Frayssinoux predicador, Teletz, madama Dufrenoy, madama Desbordes Valmore, madama Cottin, madama Tastu, madama de Genlis, la señorita Delphine Gay, y despues madama Girardin, cuyo talento debia ilustrar dos nombres, y varios otros cuya memoria se perdia ó comenzaba á figurar en el siglo, asistian á la declinacion del Imperio y á la aurora de la Restauracion. La naturaleza que parecia haberse esterilizado, distraida con la revolucion, la guerra y el despotismo, volvió á mostrarse mas productiva que nunca. Era la vegetacion de una nueva savia por largo tiempo comprimida, el renacimiento del pensamiento bajo todas las formas del arte moderno. Una nueva era de la poesía, de la política y de la religion debia refugiarse en aquel hogar donde la paz y la libertad habian reavivado el calor. Reconocíase á la Francia en el momento que habia sido vencida por el frenesí de la ambicion de su gefe, volvia á tomar el cetro de la inteligencia cultivada y de la opinion en el mundo.

BIBLIOTECA

XIX.

La vuelta de la familia de los Borbones y de una aristocracia que habia siempre patrocinado, honrado y cultivado las letras, contribuyó poderosamente á aquel movimiento de la inteligencia. La sociedad francesa volvia á formarse con los miembros de ella que habian sido dispersados en los salones de Paris. Aquella sociedad es al espíritu humano lo que el calor es á los cuerpos animados. La conversacion es en Francia, como era en Atenas, una parte del genio del pueblo. Las catástrofes de la revolucion, las proscripciones y los destierros, por otra parte las guerras sin término, la dispersion de la aristocracia francesa al estrangero, á las provincias ó á los castillos, y en fin, la policía inquisitorial del sombrío despotismo, la habia muerto ó por lo menos amortiguado despues de veinte años. Las desgracias públicas eran el solo objeto de la pública atencion en los últimos años del Imperio. La conversacion se reanimó con la Restauracion, con la córte, con la nobleza, con el descanso y con la libertad. El régimen constitucional que suministraba continua materia á la controversia de los partidos, la seguridad de las opiniones, la animacion y la licencia para discutir, la novedad misma de aquel régimen político que permitia pensar y emitir con entera libertad las ideas en un pais que acababa de sufrir diez años de silencio, aceleraba mas que en ninguna otra época de nuestra historia aquel torrente de ideas y aquel murmullo regulador y viviente de la sociedad de Paris. Tenia su morada principal en los ricos cuarteles del arrabal de San German y de la carretera de Antin.

XX.

El primer centro de aquella sociedad renovada era el gabinete mismo del rey. Luis XVIII habia vivido familiarmente antes de la emigracion con los escritores graves ó festivos de su juventud. Los largos ocios de la emigracion, la vida sedentaria y estudiosa á que la enfermedad de sus piernas le condenaba, habian aumentado en él el gusto á la conversacion y á las conferencias. Es el placer de todos aquellos que imposibilitados de salir á buscar fuera el movimiento de las ideas, se esfuerzan por retenerle en derredor de sí. La naturaleza le habia dotado y la lectura le habia enriquecido con todas las dotes necesarias para la conversacion, ya naturales en su familia. De tan claro talento, que ningun hombre de Estado ni versado en las letras, Mr. de Talleyrand mismo, tan afamado por su ciencia y por su firmeza, le sobrepujaba, ni tampoco los políticos en elocuencia, los poetas en citas ni los eruditos en memoria. Complacíase sobremanera en dar todas las mañanas audiencias prolongadas é íntimas á los hombres mas eminentes de sus consejos, de sus academias, de sus cuerpos políticos, de su diplomacia y á los estrangeros notables que llegaban á Francia. Las mugeres ilustres y celebradas eran asimismo admitidas y buscadas. De este modo gozaba del trono. Descendia de él para parecer mas grande, á todas las familiaridades de la conversacion. Tenia una complacencia en admirar y hacerse agradable á sus interlocutores; reinaba por el atractivo; se sentia y hacia conocer al hombre de talento por la escelencia de su dominacion. Era su cetro personal á él, y no le hubiera cambiado por el de su nacimiento: Su bella presencia, su mirada penetrante, el sonido de su voz grave y modulado, su gesto franco y afable, su dignidad respetuosa para consigo y

BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

para con los demas, el interés mismo que inspiraba por su enfermedad prematura, aquella necesidad en fin de un brazo siempre pronto á auxiliarle para efectuar cualquier movimiento, la fortuna de poder conferenciar con él y observar durante la conversacion los bellos rasgos de su carácter; todo en fin producia en el alma de los hombres admitidos en su presencia, un sentimiento de respeto hácia el príncipe, y de sincera admiracion hácia el hombre. El talento y la naturalidad habian subido al trono y descendian de él con el hombre eminente que le ocupaba. Durante los recibimientos oficiales de la tarde observaba con cada uno la mas oportuna conducta. Su presencia de ánimo era igual á su talento. Representaba esactamente la antigua dignidad real en un pueblo nuevo; procuraba confundir dos épocas y lo conseguia, parecia querer tanto al hombre de la nueva Francia como al rey de la Francia antigua; hacia olvidar la elevacion de su rango con su talento y elevacion de ánimo.

XXI.

Mr. de Talleyrand asociaba consigo á los diplomáticos, á los hombres eminentes de la Revolucion y del Imperio, atraidos por él al nuevo reinado, los oradores y escritores jóvenes cuya voluntad queria captarse. Como todos los hombres superiores á aquello que forma su ocupacion, consagraba largos ocios al placer, al juego y á la conversacion. Amaba y cuidaba de las letras en medio del tumulto de los negocios. Ninguno como él presentia el genio hasta en los hombres oscurecidos é ignorados. Aquel gran ministro á quien se suponia sin mas tiempo que el necesario para el despacho de los negocios de la córte y de la administracion, trataba de todo, hasta de las mas grandes cosas con negligencia, dejaba mucho al acaso, que siempre trabaja, y pasaba noches enteras leyendo á un poeta, escuchando un artículo ó conversando con personas de uno y otro sexo ociosas pero de talento. Tenia un exacto golpe de vista para los hombres y para las cosas, y era distraido y cuidadoso al mismo tiempo; de conversacion concisa, pero perfecta. Sus ideas, si así puede decirse, se desprendian gota á gota de sus labios, pero cada palabra encerraba un gran pensamiento. Generalmente se le ha atribuido grande inclinacion á los epígramas y chistes de que él carecia. Su conversacion no tenia ni la malignidad ni la licencia que el vulgo se complacia en atribuirle: era por el contrario comedido, abandonado en su lenguage, natural, un poco tardo de espresion, pero sumamente preciso. Tenia sobrado talento para necesitar afectarle. Sus palabras por lo comun algo escasas y oscuras, contenian sin embargo multitud de reflexiones de gran peso.

XXII.

Madama de Staël, atraia alrededor de sí á todos los hombres que habian vuelto de la emigracion sin el horror de 1789 y la antipatía contra el nombre de su padre. Su sociedad se componia de algunos republicanos puros y constantes de la Gironda ó de Clichy, de los restos del partido constitucional de la Asamblea constituyente; de los nuevos realistas, y de los oradores, poetas, escritores y periodistas de todas las épocas. Era su casa el centro de todas las opiniones y de todos los talentos combinados y amalgamados en su salon por la bondad de su alma y por su genio tolerante. Ella daba estimacion á todo porque lo comprendia todo. Era tambien universalmente apreciada, porque sus opiniones nunca habian sido sino efecto del entusiasmo, y aquel entusiasmo era la tempe-

para con los demas, el interés mismo que inspiraba por su enfermedad prematura, aquella necesidad en fin de un brazo siempre pronto á auxiliarle para efectuar cualquier movimiento, la fortuna de poder conferenciar con él y observar durante la conversacion los bellos rasgos de su carácter; todo en fin producia en el alma de los hombres admitidos en su presencia, un sentimiento de respeto hácia el príncipe, y de sincera admiracion hácia el hombre. El talento y la naturalidad habian subido al trono y descendian de él con el hombre eminente que le ocupaba. Durante los recibimientos oficiales de la tarde observaba con cada uno la mas oportuna conducta. Su presencia de ánimo era igual á su talento. Representaba esactamente la antigua dignidad real en un pueblo nuevo; procuraba confundir dos épocas y lo conseguia, parecia querer tanto al hombre de la nueva Francia como al rey de la Francia antigua; hacia olvidar la elevacion de su rango con su talento y elevacion de ánimo.

XXI.

Mr. de Talleyrand asociaba consigo á los diplomáticos, á los hombres eminentes de la Revolucion y del Imperio, atraidos por él al nuevo reinado, los oradores y escritores jóvenes cuya voluntad queria captarse. Como todos los hombres superiores á aquello que forma su ocupacion, consagraba largos ocios al placer, al juego y á la conversacion. Amaba y cuidaba de las letras en medio del tumulto de los negocios. Ninguno como él presentia el genio hasta en los hombres oscurecidos é ignorados. Aquel gran ministro á quien se suponia sin mas tiempo que el necesario para el despacho de los negocios de la córte y de la administracion, trataba de todo, hasta de las mas grandes cosas con negligencia, dejaba mucho al acaso, que siempre trabaja, y pasaba noches enteras leyendo á un poeta, escuchando un artículo ó conversando con personas de uno y otro sexo ociosas pero de talento. Tenia un exacto golpe de vista para los hombres y para las cosas, y era distraido y cuidadoso al mismo tiempo; de conversacion concisa, pero perfecta. Sus ideas, si así puede decirse, se desprendian gota á gota de sus labios, pero cada palabra encerraba un gran pensamiento. Generalmente se le ha atribuido grande inclinacion á los epígramas y chistes de que él carecia. Su conversacion no tenia ni la malignidad ni la licencia que el vulgo se complacia en atribuirle: era por el contrario comedido, abandonado en su lenguage, natural, un poco tardo de espresion, pero sumamente preciso. Tenia sobrado talento para necesitar afectarle. Sus palabras por lo comun algo escasas y oscuras, contenian sin embargo multitud de reflexiones de gran peso.

XXII.

Madama de Staël, atraia alrededor de sí á todos los hombres que habian vuelto de la emigracion sin el horror de 1789 y la antipatía contra el nombre de su padre. Su sociedad se componia de algunos republicanos puros y constantes de la Gironda ó de Clichy, de los restos del partido constitucional de la Asamblea constituyente; de los nuevos realistas, y de los oradores, poetas, escritores y periodistas de todas las épocas. Era su casa el centro de todas las opiniones y de todos los talentos combinados y amalgamados en su salon por la bondad de su alma y por su genio tolerante. Ella daba estimacion á todo porque lo comprendia todo. Era tambien universalmente apreciada, porque sus opiniones nunca habian sido sino efecto del entusiasmo, y aquel entusiasmo era la tempe-

ratura ordinaria de su corazon y de sus palabras. Su conversacion era una oda contínua. Deseábase estar á su lado por presenciar aquella contínua y vehemente esplosion de elevados conceptos y de sentimientos magnánimos espresados por la elocuencia inofensiva de una muger. Al separarse de ella, esperimentábase una decidida pasion por la libertad, por el genio y por las grandes perspectivas de la imaginacion. Aquella luz reflejaba á toda la Europa. Madama de Staël era el Mirabeau de la conversacion y de las letras. No solo removia en sus improvisaciones la revolucion de la Francia, sino la revolucion de la imaginacion humana. Un delirio sublime se apoderaba de sus oyentes. El mundo moderno no habia visto, desde las sibilas, la encarnacion del genio varonil en las delicadas formas de una muger. Era la sibila de dos siglos á la vez, del siglo XVIII y del siglo XIX, de la revolucion en su cuna y de la revolucion próxima á su tumba.

XXIII.

Otra muger, hija de un girondino heróico, la duquesa de Duras, abria mas esclusivamente su casa á los realistas, á los hombres de córte, á las mugeres hermosas ó instruidas de la época, á los escritores ó á los políticos de la escuela monárquica. Aquel salon estaba consagrado al entusiasmo de madama Duras y de Mr. de Chateaubriand, su oráculo y su amigo. Reunia en derredor de él y para él, á todos los admiradores de su talento y á todos los servidores de su ambicion política. Hallábanse allí mezcladas y confundidas las letras y las intrigas de Estado, los versos y los rumores con los discursos. Academia y conciliábulo á un mismo tiempo, aquella reunion recordaba los salones de la Fronde, en donde el amor y la poesía, las mugeres y los ambiciosos entraban

en los complots y en las intrigas de la córte. Madama de Duras escribia con gusto y con pasion. Tenia bastante fuego para reconocer y adorar el talento de los demas. Una niña en toda la flor de la hermosura, la señorita Delfina Gay leia allí sus primeros versos.

XXIV.

En el arrabal de San German, palacio de la princesa de la Tremouille, en otro tiempo princesa de Tarento, era el punto de reunion de la antigua política y de la antigua literatura que habian vuelto con la alta aristocracia del destierro. Allí no se consentia nada de lo que transigiese con el tiempo. El mismo Luis XVIII era allí sospechoso de alianza con los hombres y las ideas de la revolucion. Allí era donde tenian su público Mr. de Feletz, Mr. de Bonald, Mr. Ferrand, Mr. de Maistre, Mr. Bergare y los escritores implacables con las novedades. Allí era tambien donde los oradores del realismo exaltado y de la emigracion irreconciliable acudian á combinar su oposicion, criticar á las Tullerías y aspirar al reinado del conde de Artois, rey anticipado de la cosas rancias.

Otros dos salones mas poblados, mas jóvenes, se abrian en el mismo cuartel á los hombres literarios ó parlamentarios que se encontraban ó se buscaban para reflejarse mútuamente su brillo ó para prestarse la fuerza de opinion. Dos mugeres jóvenes, hermosas y llenas de gracias los atraian á ellos: madama la duquesa de Boglie, y madama de Saint-Aulaire, reunidas por la edad, por la aficion á las cosas intelectuales, por los mismos amigos, por la opinion y por la amistad.

XXV.

Madama de Broglie era hija de madama de Staël, habia sido educado por ella en el entusiasmo del genio. Pero su entusiasmo mas piadoso que el de la madre era especialmente el de la virtud: la piedad santificaba la melancólica belleza de sus facciones, era el himno interior de una hermosa alma revelada en una figura angelical del pensamiento. Su marido, el duque de Boglie, aristócrata de nacimiento, imperialista por educacion y liberal por convencimiento, tenia todas las condiciones de importancia, en un reinado y en una época que participaba de aquellas tres clases de opinion. No podia, pues, dejar de ser buscado por los tres partidos que aspiraban á popularizarse con su nombre y con su mérito. Una oposicion elocuente en una monarquía parlamentaria era la que le convenia, semejante á los Grey, los Sheridan, Holland y Fox, esas grandes familias patricias que adquirieron en la tribuna el favor de los plebeyos. Aquella reunia á los amigos de madama de Staël: los estrangeros de alto nacimiento ó de elevada ilustracion, los oradores de la oposicion de las dos Cámaras, los escritores y publicistas de la jóven generacion, algunos republicanos de teoría que se acomodaban al tiempo y aplazaban sus esperanzas, Mr. de La Fayette contemporizador y sufrido como el pedestal de una columna, solian acudir tambien allí. Era una atmósfera de descontento sin cólera con la actitud mas bien que con el encarnizamiento de las oposiciones. Mr. Guizot hacia allí sus ensayos para la tribuna con sus folletos políticos que dogmatizaban demasiado para conmover. Tenia en sus labios el silencio de la premeditacion, en sus ojos el ardor de la voluntad. No podia vérsele sin un presentimiento. Mr. Villemain, el Fontenelle del siglo, disertaba allí con un indiferente escepticismo

propio de la superioridad. Mr. de Montlosier, adaptaba sus paradojas aristocráticas á las pasiones de la democracia: reinaba en aquella reunion la mayor tolerancia. Los hombres y las opiniones, la juventud, la larga perspectiva de las cosas y de las ideas, la literatura, la poesía, la elocuencia, la gracia de los modales, todo lo dominaban y templaban. Eran las ilusiones de una aurora de gobernantes, un salon de girondinos antes de su triunfo y de su pérdida. Muchos hombres, guiados de la ambicion y condenados á la gloria ó á la desgracia se reunian allí y luego se separaban para emprender diversos caminos. Hubiérase dicho que era un arco antes del combate.

XXVI.

Los mismos hombres y mugeres se veian en casa de madama de Saint-Aulaire, amiga de madama la duquesa de Boglie, y como ella, en el esplendor de su vida, de su hermosura y de su talento. Pero aquella tertulia menos política, admitia á todas las superioridades adquiridas, á las esperanzas de la literatura y de las artes: al entrar allí desaparecian los partidos. El elevado nacimiento y las opiniones realistas se confundian con las doctrinas liberales y los nombres de una celebridad reciente. Allí no se buscaba mas que la distincion personal y la elegancia de las ideas. Era el congreso del talento nacional centralizado en un palacio de París por los encantos de una muger eminente. Mr. de Talleyrand, la duquesa de Dino, su sobrina, favorita estrangera, hermosa y silenciosa como una estrella del cielo de Osian; Mr. de Barante, Mr. Guizot, Mr. de Villemain, Mr. de Saint-Aulaire, Mr. de Forbin, Mr. Beugnot, talento erudito, anedóctico y universal, los Bertin, contenidos y observadores, los Cousin, Sismondi, filósofos, historiadores, publicis-

tas y poetas, cambiaban perpétuamente entre sí las emulaciones y los aplausos, esos preludios de gloria, á que la juventud aspira en el murmullo de los labios de las mugeres admiradas. Creíase uno trasladado al segundo nacimiento de un siglo XVII ampliado y ennoblecido por la libertad.

XXVII.

Otra muger notable por su atractivo y por su talento gracioso y sério, madama de Montcalm, hermana del duque de Richelieu, reunia mas esclusivamente á los hombres políticos y los escritores del partido moderado de la Restauracion. Allí se oia á Mr. Lainé, hombre de candor antiguo; Mr. Pozzo di Borgo, orador, guerrero, diplomático, verdadero Alcibiades ateniense, desterrado largo tiempo en los dominios de Prusias, y que volvia á confundir en su país su doble papel de embajador de un soberano estrangero y de ciudadano de su patria; Capo de Istria destinado por los encantos de su talento á seducir á la Europa en favor de la Grecia y á morir al tratar de resucitarla; el mariscal Marmont que llevaba en sus facciones la tristeza de una defeccion del deber y de la amistad, por lo que habia creido una obligacion superior á toda amistad y á todo reconocimiento, la humanidad, y que decia á Luis XVIII al interceder por el mariscal Ney su compañero de armas. «Me la debeis porque yo os he dado mas que la vida» Mr. Hyde de Neuville, realista liberal, que se esforzaba en retener en un mismo amor el caballerismo y la ibertad, ese caballerismo de los pueblos que no conseguia unir mas que en su corazon. Mr. Molé, retrato de un hombre de Estado, jóven y pensativo á lo Van Dyck, pero que llevaba en sus labios demasiadas sonrisas para demasiadas fortunas; Mr. Pasquier, de nacimiento parlamentario, de inteligencia cultivada, de aptitud universal, palabras fluidas, de convicciones ámplias, fiel tan solo á las elegancias del talento y á la aristocracia de los sentimientos; Mr. Monier hijo del célebre constituyente de aquel nombre, por mucho tiempo secretario íntimo de Napoleon, respetuoso siempre á su memoria, adicto á los Borbones porque eran el gobierno necesario para su patria, espíritu justo, estudioso, modesto, infatigable, que tenia en su corazon el culto de la amistad y del reconocimiento, la burla sarcástica en la sonrisa y la seriedad del hombre de Estado en la conversacion. Aquella reunion, en que las letras se mezclaban todas las noches con la política, era la escuela de los hombres de Estado.

XXVIII.

Mr. Casimiro Perier, Mr. Laffitte y algunos otros hombres nuevos é influyentes, recibian al otro lado del Sena los restos de la República y del Imperio. Los ambiciosos aplazados y los descontentos comenzaban á formar el núcleo de aquella oposicion acerba en que los pesares del despotismo y las aspiraciones á la república, por una contradiccion que la pasion comun esplica, se confundian con el nombre de liberalismo en su animosidad contra la aristocracia y los Borbones. Allí comenzaba á brotar la fama, primero encubierta y bien pronto popular, de uno de los fenómenos mas estraños de la literatura francesa, Beranger, tribuno que cantaba. Como todos los espíritus independientes, Beranger habia sentido el peso de la tiranía, y aquella alma de poeta habia protestado en verso contra la opresion. Su genio, eminentemente plebeyo en el acento, aunque de elegancia aristocrática, era republicano como su alma. El Imperio hubiera debido sublevarle como la grande apostasía del ejército de la república,

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

pero Beranger, mas patriota todavia que republicano, mas sensible á las ruinas de su patria que á las de su opinion, no habia visto mas que la sangre de los valientes y el incendio de las chozas de su pais durante la invasion. Su compasion y su cólera le habian arrebatado á pesar de su repugnancia contra el Imperio. Habia olvidado al tirano de un pueblo y no habia visto mas que al gefe guerrero de una nacion, y luego para los corazones generosos la caida absuelve. El hundimiento de Napoleon le habia valido el perdon del poeta. Chateaubriand habia valido un ejército á los Borbones: Beranger iba á valer un pueblo al bonapartismo; Rouget de Lisle en 1789 habia hecho marchar batallones á la frontera con solo la Marsellesa: Beranger iba á conducir millares de almas á la oposicion con sus poemas cantados

XXIX.

Casimiro Delavigne, Etienne, Jony, Benjamin Constant, Lemercier, Arnault, todos los poetas disciplinados, dotados y premiados por el imperio, que repugnaban á la aristocracia y á los Borbones, frecuentaban aquellos salones plebeyos. Alli se notaban ya nacientes fortunas de talento que acariciaban aquella opinion y que se predestinaban á si mismos á llegar á ser los escritores, oradores y hombres consulares de la clase media bajo el cetro del duque de Orleans. En este número se contaban Mr. Thiers y Mr. Mignet, dos jóvenes del Mediodía, unidos por la amistad y por la esperanza y que comenzaban á distinguirse por algunos buenos trabajos en historia y en política. Remontaban á la revolucion para tomar mejor su curso y su direccion hácia nuevas revoluciones.

Muchos periódicos luchaban en nombre de dos grandes opiniones que comenzaban á dividir la Francia. Pero

las luchas estaban todavia muy lejos de tener aun la acrimonia, la cólera y las injurias que se prodigaron algunos meses despues la *Minerva*, sátira Menippea de la revolucion, y el *Conservador*, abierto á todas las quejas, resentimientos y exageraciones de los realistas. La opinion pública todavía dulce y conciliadora requeria como la censura, cierta moderacion y cierta elegancia aun en las hostilidades de los dos partidos. Hasta entonces no se combatia mas que con epígramas pero bien pronto debia combatirse con venganzas.

XXX.

No era el partido republicano, sino el napoleónico y militar el que comenzaba la guerra con la precipitacion, la imprudencia y la animosidad de un partido que no aceptaba su derrota. La emperatriz Josefina, que habia sido repudiada, vivia retirada y honrada de todos en la Malmaison, estraña, no á las lágrimas, sino á las implacables amarguras de su decaida grandeza. La reina Hortensia, hija de aquella emperatriz y del marqués de Beauharnais, no habia podido conformarse con el retiro y la oscuridad que la imponian la repudiacion de su madre, la separacion de su marido, Luis, hermano de Napoleon, rey de Holanda, y en fin la caida del emperador, único autor de todas aquellas fortunas que arrastraba en pos de sí. Acostumbrada á la adoracion de la córte imperial, que su título de cuñada de Napoleon, y la predileccion de aquel soberano la aseguraban, la reina Hortensia quiso gozar de ella despues de él. Empleó la magia de su nombre, el prestigio de sus recuerdos, y la influencia de sus gracias sobre el emperador Alejandro, para que aquel príncipe obtuviese ó exigiese en su favor de Luis XVIII el título de duquesa de Saint-Leu, la conser-

vacion de sus riquezas, y su residencia en París, ó en su palacio de Saint-Leu. Habia llegado á ser para la juventud militar del Imperio, el ídolo tolerado del napoleonismo, adorado todavía bajo la figura de una muger hermosa, jóven, y apasionada. Todos los oficiales jóvenes de la guardia del emperador, los poetas y los escritores que permanecian fieles á aquella gloria, ó que querian dedicarse al culto de una grandeza mas bien eclipsada que desvanecida, se reunian en casa de la reina Hortensia. De allí salian contra los Borbones y sus servidores, aquellos cantos populares, elegías de la gloria, aquellas burlas, aquellos epigramas, aquellas caricaturas y aquellas palabras de odio y de desprecio, que circulaban entre el pueblo y el ejército para propagar en ellos la conspiracion del desprecio. De allí salian tambien los últimos suspiros de la pasion filial de una jóven, por el que la habia dado su grandeza y su poder, y las primeras insinuaciones de regreso partian para llegar á Napoleon en la isla de Elba, y enterarse de los síntomas de la conjuracion militar que se urdia en su favor, bajo la esterioridad de un culto puramente filial. En aquel cenáculo del culto imperial, el amor, las letras, la poesía, las artes, las intimidades de sociedad, la confianza de la conversacion, los recuerdos de lo pasado, y los estravíos de la memoria, participaban menos de la literatura que de la conspiracion.

XXXI.

Pero mientras que aquella oposicion de familia, de mugeres, de oficiales jóvenes y de cortesanos sin amo, elevaba de este modo en casa de la reina Hortensia en Saint-Leu una córte contra otra, una oposicion mas reservada, mas patriótica y mas nacional, se iba formando

en París por los escritos de Carnot y de Fouché repartidos con profusion al pueblo.

Carnot, republicano de los antiguos tiempos, tanto mas firme cuanto era mas moderado y paciente en sus miras, habia atravesado en una oposicion fria y austera el reinado de Napoleon. No habia vuelto á ofrecer sus servicios hasta el momento supremo en que se hundia aquel despotismo, y en que podia confundirse la causa de la patria con la del emperador, por el peligro de la invasion. Habia defendido á Amberes como el baluarte de la Bélgica y del Norte de la Francia amenazada. Cuando volvió á París con una gloria modesta, midió la profundidad de los reveses y de los riesgos de la Francia. En aquellos mismos reveses veia alguna esperanza para el renacimiento de la libertad constitucional. Olvidó sus propios intereses de partido para acoger á la Restauracion, sino con justicia, con favor. Sin duda Carnot llevaba en su nombre la mancha indeleble á los ojos del hermano de Luis XVI, de su voto de muerte en el juicio de aquel rey, y la mas indeleble todavía de su responsabilidad nominal en las sangrientas proscripciones del comité de Salud pública. Habia tomado asiento en él, al lado de Robespierre y de Saint-Just. Pero todo el mundo sabia en Francia, que aquella aparente complicidad de Carnot encubria una profunda enemistad contra sus sanguinarios colegas, y que en aquel comité del gobierno no era el hacha de la Convencion, sino la espada que cubria las fronteras de la patria. Acordábanse ademas de que Carnot, algunos meses mas tarde habia sido proscripto como partidario de la moderacion revolucionaria, y aun como sospechoso de complicidad con los que conspiraban para el restablecimiento de una soberanía constitucional. Solo pudo librarse de los hombres estremados de la Convencion con la fuga y el destierro voluntario. Jamás consintió en doblegarse á Bonaparte. Carnot, por todos estos títulos, gozaba entonces de cierto ascendiente sobre todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los partidos, de la indulgencia de los realistas, del aprecio de los moderados, y de popularidad entre los republicanos. Su voz era un oráculo.

XXXII.

Atrevióse á hacerla oir, con tan varonil libertad, que alarmó á los unos, y con una audacia que puso en cuidado á los otros. En su manifiesto imputaba el asesinato de Luis XVI, no á los republicanos, sino á los realistas. «La inviolabilidad de la persona real no debió contener á los jueces: Luis XVI ya no era rey cuando fué juzgado: por otra parte, ¿aquella inviolabilidad no tenia límites? ¿Protegeria lo mismo al soberano legítimo que al usurpador? ¿Deberá mirarse como inviolables á los príncipes para quienes no hay nada sagrado ni inviolable? La fuerza es lo que todo lo decide. No es estraño que los jacobinos tuviesen razon primero, luego el Directorio, en seguida Bonaparte, y en fin los Borbones, cuya familia habia tenido ya razon durante nueve siglos. Mas puesto que está reconocido que no hay buen derecho sin la fuerza, es preciso hacer de modo que los Borbones no pierdan la suya, y ademas, que una parte de esa misma fuerza no se vuelva contra la otra.

«Perdonarlo todo, conservar á cada uno sus empleos, sus honores, dejar en el Senado á hombres que no sabian adular, no escluir de los destinos subalternos á los que hubiera podido estraviar un amor escesivo á la libertad, honrar á los militares y no aparentar que se les perdonaban sus victorias impías, he aquí lo que debia hacerse. ¿Y qué se ha hecho? Se ha hecho de cuantos llevaban el nombre de patriota una poblacion enemiga en medio de otra, á la que se ha dado indiscretamente una preferencia muy marcada. Si quereis presentaros en el dia en la córte con distincion, guardaos muy bien de decir que

sois uno de esos veinte y cinco millones de ciudadanos que han defendido su patria con algun valor contra la invasion de los enemigos, por que os contestarán, que esos veinte y cinco millones de supuestos ciudadanos, son veinte y cinco millones de rebeldes, y que esos enemigos fueron siempre amigos. Decid que habeis tenido la felicidad de ser chuan, ó vendeano, ó transfuga, ó cosaco, ó inglés, ó en fin, que habiendo permanecido en Francia, no habeis solicitado empleos de los gobiernos efímeros que han precedido á la Restauracion, mas que para venderlos mejor y hacerlos caer mas pronto: entonces pondrán vuestra fidelidad en las nubes, recibireis tiernas felitaciones, condecoraciones, y respuestas afectuosas de toda la familia real.»

XXXIII.

Fouché, quiso á imitacion de Carnot, pero con otras miras, recobrar sobre la opinion una especie de ministerio de policía. Esparció un gran número de cartas amenazadoras para los Borbones, manuscritas unas é impresas otras. En ellas hablaba al rey como plenipotenciario de la revolucion, trataba de igual á igual con la corona, despreciaba, acusaba y ultrajaba á los hombres de la córte de Luis XVIII, hacia resonar en sus oidos las amenazas de un segundo terror, solo acariciaba al rey, y ponia el mercado en la mano á la Restauracion.

Las cartas de Fouché produjeron en la opinion un efecto diferente pero inmenso. Todos apreciaban á Carnot y despreciaban á Fouché. Pero al mismo tiempo le suponian con grande habilidad. Creiase que era el dictador secreto del partido revolucionario, porque tomaba osadamente su tono y su actitud En su mano se veian los hilos de todas las antiguas policías, que nunca se ha-

bian roto enteramente, ni aun en su destierro. No se le sospechaba capaz de hablar tan alto, si no estuviese apoyado. Median aquella fuerza por su audacia. Sabíase ademas, que tenia conferencias secretas é intimidades políticas con algunos hombres de la familiaridad oculta del conde de Artois, y con el mismo Mr. Blacas. Comenzaba tambien á entenderse con los bonapartistas. Aquel triple papel, que no podia esplicarse mas que por la importancia que aquellos diversos partidos daban á aquel hombre, hacia que las cartas de Fouché fuesen para unos un escándalo, para otros un enigma, y para todos un acontecimiento.

XXXIV.

El rey no se incomodaba con aquellos síntomas. Escuchaba sin cólera, y miraba sin prevencion á los hombres mas comprometidos en el partido republicano. No los consideraba como irreconciliables con el establecimiento de su casa en Francia. Aceptaba, y aun buscaba todas las ocasiones de entrar en relaciones confidenciales con ellos, y parecia que no solo atendia sino que daba crédito á sus consejos. Aquellos hombres, por su parte, se acordaban de cierta complicidad de ideas de aquel príncipe con ellos, al principio de la revolucion, y procurando confirmar en su corazon la amnistía política que les debia por cierto favor secreto y personal, se acercaban á él ocultamente, y no cesaban de responderle de la revolucion, si consentia en dejarse dirigir ó solamente iluminar por ellos.

XXXV.

Tal era Barrás, uno de los restos mas notables de la República, uno de los héroes del 9 thermidor, salvador de la Convencion contra los jacobinos de Robespierre, miembro preponderante del Directorio ejecutivo, autor de la fortuna de Bonaparte, derribado por el soldado á

quien habia elevado, convertido en enemigo del usurpador de la República y del trono, pero regicida, y por este título odioso, aunque necesario á los Borbones. El instinto de un odio comun contra Bonaparte, y de la defensa comun contra el partido de aquel emperador desterrado, debia unir á la córte y á Barrás. Este antiguo director era de nacimiento ilustre. La nobleza de su orígen deja siempre cierta afinidad de inclinacion entre un noble y el mismo trono que ha derribado. La sangre lucha contra las opiniones, triunfa de ellas algunas veces, pero al menos siempre vuelve á los recuerdos de la primera vida. Luis XVIII y el conde de Artois tuvieron por medio de Mr. de Blacas y de Mr. de Brujas conferencias indirectas con Barrás. Aquellos antiguos revolucionarios y los emigrados procuraban de buena fé entenderse, pero no hablaban la misma lengua y no se comprendieron. Las conferencias entre la córte, Fouché y Barrás quedaron sin resultado para el gobierno. Los negociadores se ofrecieron recíprocamente lo que ya no les pertenecia. Fouché y Barrás, la revolucion que ya hacia mucho tiempo se les habia escapado: el rey y Mr. de Blacas, la emigracion y la contra-revolucion que ya no les era posible dominar. Un movimiento sordo, instintivo y general, llevaba ya por su lado á cada uno de aquellos partidos. Uno solo, con probabilidades de vida, surgia de entre los dos é iba á sumergirlos con la mas repentina é irresistible revolucion militar de que conservan memoria los anales del mundo. Porque cuando César pasó el Rubicon para ir á aniquilar la república conducia doscientos mil romanos contra Roma. Napoleon no iba á llevar mas que su nombre y la sombra de sus victorias para derribar la obra de la Europa y reconquistar su patria.

Dejamos esta narracion para otro tomo, para concentrar en un solo drama la grandeza y el interés.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

PAGS.

Preámbulo.. 5

LIBRO PRIMERO.

Ojeada retrospectiva sobre el reinado de Napoleon.—Napoleon en 1813.—Su regreso á Paris.—Los ejércitos coaligados á orillas del Rhin.—Convocatoria del Consejo de estado el 11 de noviembre.—El Consejo de estado decreta una quinta de trescientos mil hombres.—Estado de la Francia militar.—Apertura del Cuerpo legislativo.—Discurso del emperador al Cuerpo legislativo.—Proposicion de Francfort.—Señalamiento de un congreso en Manheim.—Eleccion de comisionados encargados por el Senado y el Cuerpo legislativo del exámen é informe de las negociaciones.—Elecciones hostiles y de oposicion en el Cuerpo legislativo.—Mr. Lainé.—Mr. Raynouard.—Mensage de Mr. de Fonta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

nes.—Cambaceres.—Dictámen de Mr. Lainé.—Indignacion de Napoleon.—Savary.—Supresion del mensage del Cuerpo legislativo.—Su disolucion.—Recibimiento del 1.° de enero de 1814.—Discurso del emperador al Cuerpo legislativo.—Reconstitucion de la guardia nacional de Paris.—Presentacion de María Luisa y de su hijo á los oficiales de la guardia nacional.—Alocucion de Napoleon.—María Luisa.—Partida de Napoleon para el ejército el 23 de enero.—Schwartzenberg y Blucher pasan el Rhin el 31 de diciembre.—Situacion respectiva de los aliados y del emperador.—Cansancio de la Francia.—Llegada de Napoleon á Chalons el 25 de enero. 15

LIBRO SEGUNDO.

Campaña de 1814.—Plan de Napoleon.—Marcha del emperador sobre Saint-Dizier al encuentro de los aliados.—Napoleon se repliega á Brienne.—Combate de Brienne.—Reunion de Blucher y de Schwartzenberg.—Batalla de la Rothiere. Combate de Marmont en Rosnay.—Napoleon se traslada á Troyes.—Su permanencia y sus fluctuaciones en Troyes.—Congreso de Chatillon.—Caulaincourt.—Ultimatum de los soberanos aliados el 8 de enero.—Correspondencia del emperador y de José.—Blucher se replega á Chalons y marcha sobre Paris.—Napoleon se dirige á Champ-Aubert para detener á Blucher.—Combate de Champ-Aubert.—Batalla de Montmirail.—Batalla de Vauchamp.—Napoleon retira á Caulaincourt la autorizacion para firmar la paz.—Schwartzenberg amenaza á Paris y baja por el valle del Sena.—Napoleon corre hácia él.—Batalla de Montereau.—Napoleon vuelve á entrar en Troyes el 23 de enero.—Manifestacion realista.—Ejecucion del caballero de Gonault. 57

LIBRO TERCERO.

Peticion de suspension de armas por los aliados.—Conferencias de Lusigny.—Toma de Soissons por los aliados.—Blucher reune todos sus cuerpos de ejército.—Marcha sobre Troyes hácia Schwartzenberg.—Encuentro de Napoleon y de Blucher.—Combate de Mery-sur-Seine.—Blucher abandona el valle del Sena, y se lanza sobre Paris por el valle del Marne.—Mortier y Marmont se replegan hácia Paris.—Soissons recobrado por Mortier.—Napoleon deja á Schwartzenberg y corre sobre Blucher.—Le alcanza en la Ferté-sous-Jouarre.—Blucher pasa el Marne perseguido por Napoleon.—Blucher, cercado por el emperador, Mortier, y Marmont, se escapa por Soissons, abandona el Aisne, y se retira á Laon.—Napoleon atraviesa el Aisne por Bery-au-Bac, y encuentra en Craonne á los cuerpos rusos y prusianos, que iban á cubrir á Blucher.—Batalla de Craonne.—Batalla de Laon.—Alto de Napoleon en Reims.—Schwartzenberg marcha sobre Paris, y avanza hasta Provins.—Táctica del emperador.—Regresa á Troyes para obrar por la espalda del enemigo.—Terror pánico de los aliados.—Schwartzenberg retrocede hasta Troyes y Dijon.—Batalla de Arcis sur-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aube.—Nuevo plan de campaña del emperador.—Decreto de levantamiento en masa.—Cansancio de la Francia.—Marcha de Napoleon hácia Saint-Dizier.—Tratado de Chaumont.—Concentracion de los ejércitos aliados en Chalons.—Sus vacilaciones.—Marchan sobre Paris.—Situacion de Paris y de la Francia.—Fuga de María Luisa. 84

LIBRO CUARTO.

Marcha rápida de Napoleon sobre Paris.—Atraviesa por Troyes y Sens.—Llegada de los ejércitos coaligados al frente de Paris.—Batalla de Paris.—José manda á Marmont capitular.—Proclama de José.—Fuga de José, de Gerónimo y del gobierno.—Mortier propone una suspension de armas.—Ultima resistencia de Marmont.—Propone una suspension de armas.—Diputacion del consejo municipal á Marmont.—Capitulacion de Marmont el 30 de marzo.—Mres. de Chabrol y Pasquier en el cuartel general de Alejandro.—Alejandro.—Recibe una diputacion de los parisienses.—Discurso de Alejandro.—Entrada de los ejércitos aliados en Paris.—Fisonomía de Paris.—Peticion de los maires de Paris á Alejandro.—Manifestacion realista al pasar los soberanos. 106

LIBRO QUINTO.

Napoleon en la aldea de la Court-de-France, cerca de Paris, el 30 de marzo por la noche.—Encuentro de las tropas francesas en retirada, del general Belliard y del emperador.—El emperador sabe la capitulacion de Paris.—Indignacion de Napoleon.—Envia á Caulaincourt á Paris.—Vana tentativa de Caulaincourt para entrar en Paris.—Su regreso al lado del emperador.—Es enviado por segunda vez á los aliados.—Napoleon se traslada á Fontainebleau.—Encuentro del duque Constantino y de Caulaincourt en las barreras.—Hace entrar á Caulaincourt en Paris.—Le recibe Alejandro.—Entrevista de Alejandro y de Caulaincourt. 130

LIBRO SESTO.

Alejandro en casa de Mr. de Talleyrand.—Mr. de Talleyrand.—Conferencia nocturna de los aliados.—Deliberacion.—Alejandro.—El duque de Alberg.—Pozzo di Borgo.—Mr. de Talleyrand.—Declaracion de los soberanos.—Diputacion realista á Alejandro.—Contestacion de Mr. de Nesselrode.—Propaganda realista.—La prensa.—Folleto de Mr. de Chateaubriand, *Bonaparte y los Borbones*.—Situacion de los ánimos.—Convocacion del Senado.—Sesion del 1.º de abril.—Formacion del gobierno provisional.—Mr. de Talleyrand.—El duque de Alberg.—Mr. de Jaucourt.—El general Beurnonville.—El abate de Montesquiou.—El consejo municipal.—Manifiesto de Mr. de Ballart. 143

LIBRO SÉTIMO.

Sesion del Senado del dia 2 de abril.—Declaracion de destitucion.—Sesion del Senado del 3

de abril.—Texto del decreto de destitucion.—Adhesion del Cuerpo legislativo.—Manifestaciones de París contra el emperador.—Ministerio.—Progresos de la opinion.—Adhesion de los demas cuerpos constituidos.—Manifiesto del gobierno provisional.—Situacion del emperador y de los aliados.—Napoleon en Fontainebleau.—Regreso de Caulaincourt á Fontainebleau la noche del 2 de abril.—Proclama de Napoleon á su guardia el 3 de abril.—Orden del dia para la marcha del ejército á París.—Oposicion de los mariscales.—Entrevista de Napoleon y de Marmont.—Adhesion de Marmont á la destitucion del emperador.—Carta de Marmont al príncipe de Schwartzenberg —Contestacion del príncipe de Schwartzenberg. 180

LIBRO OCTAVO.

Abdicacion de Napoleon.—Envia á París como plenipotenciarios á Caulaincourt y Macdonald.—Consejo de los mariscales y de los soberanos aliados el 4 de abril.—Desaprobacion de la Regencia.—Defeccion del cuerpo de ejército de Marmont.—Banquete nocturno de los generales y oficiales.—Marcha del 6.° cuerpo por entre las líneas enemigas.—Su sublevacion al llegar á Versalles.—Su marcha hácia Rambouillet.—Marmont corre á Versalles; detiene y apacigua al 6.° cuerpo.—Ovacion de Marmont á su regreso al palacio de Mr. de Talleyrand.—Orden del dia de Napoleon el 5 de abril.—Regreso de los plenipotenciarios á Fontainebleau.—Napoleon quiere volver á comenzar la guerra.—Renuncia á ello.—Partida de Caulaincourt para París. 210

LIBRO NOVENO.

Tratado de Fontainebleau del 11 de abril.—Regreso de Caulaincourt y de Macdonald.—Napoleon se niega á firmar el tratado.—Rumores de envenenamiento.—Ratificacion del tratado.—Vida de Napoleon en Fontainebleau.—Viage de María Luisa.—Su permanencia en Blois.—Lucha de María Luisa con los hermanos del emperador.—Su salida de Blois el 16 de abril.—Vuelve á casa de su padre.—Ultimos dias de Napoleon en Fontainebleau.—Despedida y alocucion de Napoleon á su guardia.—Juicio acerca de Napoleon. 213

LIBRO DÉCIMO.

Los Borbones.—Luis XVIII.—Su vida en la córte de Luis XVI.—Su carácter —Su talento.—Su conducta durante la revolucion.—Su fuga de París.—Su permanencia en Coblentza.—Tratado de Pilnitz.—Manifiesto de los príncipes franceses.—Fisonomía de la córte del conde de Provenza en la emigracion.—Sus opiniones.—Su impopularidad en la emigracion.—Popularidad de su hermano el conde de Artois.—Carta del conde de Provenza á Luis XVI.—Guerra contra la república.—El conde de Provenza regente.—Sus intrigas en Francia y en la Vendée.—Su

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS UANL

manifiesto cuando murió Luis XVII.—Su vida en Verona.—Deja á Verona y se traslada al ejército de Condé.—Sus negociaciones con Pichegrú.—Abandona el ejército de Condé.—Sus aventuras y su vida en Alemania.—Se retira á Mittau.—Se ve obligado á salir de allí.—Su regreso á Mittau.—Pasa á Inglaterra.—Es recibido por el duque de Buckingham.—Se retira á Hartwell.—Mr. de Blacas.—Vida y meditaciones de Luis XVIII en Hartwell.—La Inglaterra y Luis XVIII en 1813. 300

LIBRO ONCE.

El conde de Artois.—Su carácter.—Su situacion en la córte y en Francia en 1789.—Su fuga de Versalles.—Sus viages por Bélgica, Italia, Alemania y Rusia.—El conde de Artois y el conde de Provenza en Coblentza.—Su situacion respectiva en la emigracion.—Guerra contra la Francia.—El conde de Artois se retira á Inglaterra.—Sus manejos.—Parte para desembarcar en Bretaña.—Se queda en la Ile Dieu.—Su regreso á Lóndres.—Carta de Charette.—Tentativas de la emigracion de Lóndres contra el primer cónsul.—Muerte de madama de Polastron.—Sentimiento del conde de Artois.—Influencia de aquella muerte sobre el carácter y la política del conde de Artois.—El duque de Angulema.—El duque de Berry.—La duquesa de Angulema.—Su vida en el Temple.—Muerte de su hermano.—Sale de su prision y pasa á Alemania.—Su matrimonio en Mittau.—El duque de Orleans.—El príncipe de Condé.—El duque de Borbon.

—El duque de Enghien.—Su carácter.—Su amor.—Su vida en Ettenheim.—Napoleon le hace espiar.—Rapto del duque de Enghien.—Es conducido á Estrasburgo.—Su carta á la princesa Carlota.—Su diario.—Es llevado á París y encerrado en Vincennes. 349

LIBRO DOCE.

Napoleon en la Malmaison.—Sus preparativos para la muerte del duque de Enghien.—Interrogatorio del duque de Enghien.—Su juicio.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Llegada de la princesa Carlota á París.—Juicio de la conducta de Napoleon. 421

LIBRO TRECE.

Los Borbones dejan la Inglaterra.—Indiferencia de la Francia y de los aliados para con los Borbones en enero de 1814.—El conde de Artois entra en Francia.—Su situacion entre los aliados.—Desembarco del duque de Angulema en España.—Sus proclamas.—Orden del dia del mariscal Soult.—Actitud de Wellington.—Conspiracion realista en Burdeos.—Entrada del duque de Angulema en Burdeos.—El duque de Berry en Jersey.—Dualidad del partido realista en París.—Discusion entre el Senado y el abate de Montesquion comisario de Luis XVIII.—Reconocimiento de Luis XVIII como rey de Francia por el Senado el 6 de abril de 1814.—Partida

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

del conde de Artois de Nancy.—Su entrada en Paris.—El Senado le reconoce como lugarteniente general del reino.—Recibimiento del Senado y Cuerpo legislativo por el conde de Artois.—Nombra un consejo de gobierno.—Mr. de Vitrolles.—Convenio del 23 de abril.—Diputacion del conde de Brujas y de Pozzo di Borgo á Luis XVIII.—Salida de Luis XVIII de Hartwell, el 18 de abril.—Su entrada en Lóndres.—Su llegada á Douvres.—Su discurso al príncipe regente.—Parte para Francia y desembarca en Calais.—Atraviesa por Boloña, Montreuil, Abbeville y Amiens.—Su parada en Compiegne.—Diputacion de los mariscales de Napoleon.—Discurso de Berthier.—Diputacion del Cuerpo legislativo.—Conferencia de Luis XVIII y de Alejandro.—El emperador de Austria y el rey de Prusia van á Compiegne.—Banquete de los soberanos 448

LIBRO CATORCE.

Proyecto de declaracion real propuesto por el Senado á Luis XVIII.—Su negativa.—Se traslada á Saint-Ouen.—Diputacion del Senado.—Discurso de Mr. de Talleyrand.—Declaracion de Saint-Ouen.—Entrada de Luis XVIII en París.—Su acompañamiento.—Va á la catedral.—Su entrada en las Tullerías.—Nombra su ministerio.—Mr. de Ambray.—El abate de Montesquion.—El abate Luis.—Mr. Beugnot.—El general Dupont.—Mr. Ferrand.—Mr. de Talleyrand.—Mr. de Blacas.—Memoria de Fouché á Luis XVIII.—Creacion de las tropas de la casa real.—Carta

de 1814.—Oposicion de Mr. de Villele.—Tratado de Paris.—Marcha de los aliados.—Formacion de la Cámara de los pares.—Apertura de las Cámaras, el 4 de junio de 1814.—Discurso del rey.—Discurso del canciller de Ambray y de Mr. Ferrand.—Mensage de la Cámara de los pares y del Cuerpo legislativo.—Decreto sobre la observancia del domingo.—Proyecto de ley de imprenta.—Discurso del abate de Montesquion.—Informe de Mr. Raynouard.—Adopcion de la ley por el Cuerpo legislativo y la Cámara de los pares.—Medidas rentísticas presentadas al rey por el abate Luis.—Ley de restitucion de las rentas y bienes no vendidos.—Esposicion motivada de Mr. Ferrand.—Informe de Mr. Bedoch.—Discursos de Mr. Lainé y del mariscal Macdonald.—Adopcion de la ley.—El general Excelmans y el mariscal Soult.—El duque de Orleans en el palacio real.—El duque y la duquesa de Angulema en la Vendée.—El duque de Berry.—El conde de Artois.—El príncipe de Condé.—El duque de Borbon.—Vuelta de la Francia á los Borbones.—Situacion de Luis XVIII.—Partida de Mr. de Talleyrand para Viena.—Congreso de Viena. 496

LIBRO QUINCE.

Renacimiento de la literatura, de la filosofía, de la historia, y de la poesía.—Madama de Staël.—Mr. de Chateaubriand.—Mr. de Bonald.—Mr. de Fontanes.—Mr. de Maistre.—Mr. de Lamennais.—Mr. Cousin.—Los salones de París.—El gabinete del rey.—Mr. de Talleyrand.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Madama de Staël.—Madama de Duras.—Madama de la Tremouille.—Madama de Broglie.—Madama de Saint-Aulaire.—Madama de Montcalm.—Mr. Casimiro Perier.—Mr. Laffitte.—Beranger.—Los periódicos.—La reina Hortensia.—Folleto de Carnot.—Cartas de Fouché.—Relaciones de Luis XVIII y de Barrás. . . . 581

BIBLIOTECA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS